HISTORIA
DEL
HOMBRE

7

AE4
H45
V.7
c.1

010265

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

1080014311

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HISTORIA
DE LA
VIDA DEL HOMBRE.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
3-15-83 MICROFILMADO R-47-

OBRAS DEL AUTOR,

Que se hallan en la Librería de Ranz calle de la Cruz.

HISTORIA DE LA VIDA DEL HOMBRE, siete tomos en 4.º á 16 reales á la rústica: 17 en pergamino; y 20 en pasta.

VIAGE ESTÁTICO AL MUNDO PLANETARIO, quatro tomos en 4.º á 14 reales á la rústica: 15 en pergamino; y 18 en pasta.

ESCUELA ESPAÑOLA DE SORDO-MUDOS, dos tomos en 4.º á 14 reales á la rústica: 15 en pergamino; y 18 en pasta.

CATECISMO PARA SORDO-MUDOS, que sirve tambien para toda clase de personas, un tomo en 12.º á 3 reales á la rústica, y 4 en pasta.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
MICROFILMADO

HISTORIA

DE LA

VIDA DEL HOMBRE.

SU AUTOR

EL ABATE D. LORENZO HERVÁS Y PANDURO, Teólogo del Eminentísimo Señor Cardenal Juan Francisco Albani, Decano del Sagrado Colegio, y Canonista del Eminentísimo Señor Cardenal Aurelio Roverella, Pro-datario del Santo Padre.

TOMO VII.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Universitaria "Alfonso Reyes"

CON LICENCIA.

EN MADRID, EN LA IMPRENTA DE LA ADMINISTRACION DEL REAL ARBITRIO DE BENEFICENCIA.

AÑO DE MDCCXCIX.

Se hallará con los seis anteriores en la Librería de Ranz, calle de la Cruz, con el Viage Estático, y la Escuela Española de Sordo-mudos: obras todas del mismo Autor.

1799

AE4
H45
v.7

NOTA.

A la página 144 del tomo VI se lee LIBRO VI. *Anatomía del hombre:* léase LIBRO VII, y lo mismo en todas las cabezas de las planas nones que siguen hasta acabarse el tomo. Se incurrió en este error por las razones que se exponen en el siguiente aviso.

FONDO EMETERIO
VILLERDE Y TELLEZ
132850

AVISO.

Este tomo, en que principalmente se trata del hombre en la vejez, enfermedad y muerte, contiene sobre estas materias y sobre otras relativas á ellas, discursos curiosos é importantes, á los que se siguen un largo discurso útil á la sociedad humana sobre la duracion de la vitalidad humana, y otros discursos ético-físicos sobre la naturaleza del espíritu humano, y sobre la resurreccion del cuerpo que por este fué animado. El dicho tomo, como lo hace conocer la indicacion de sus materias, en el órden de los libros de la historia de la vida del hombre, se sigue al libro V de esta historia, el qual se comprehende en el tomo V ya dado á luz, y en las ciento quarenta y tres páginas primeras del tomo VI últimamente publicado. Entre dicho libro V y resto del tomo VI tiene su lugar propio este tomo VII, que fuera de órden ahora se publica por causa de un accidente que no ha sido fácilmente evitable. En el Octubre del 1778, en que el dicho tomo VI se empezó á imprimir, habia ya salido de Roma el autor, determinado á volver á España; y no teniéndose noticia de la ruta de sus viages hasta Febrero últimamente pasado, en que habiendo atravesado la mayor parte de Italia y toda Francia, apareció en Barcelona; se publicó el dicho tomo VI sin haber podido consultarle sobre el paradero del presente tomo que ahora se publica, y que

010265

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que despues de la publicacion del tomo VI se halló por rara casualidad envuelto con otros manuscritos en casa de una persona ya muerta, á la que el autor se le habia enviado varios años ha para que le imprimiera. El presente tomo contiene la última y mas importante edad de la vida humana; y la historia de esta sin él quedaria totalmente incompleta. Son importantísimos los discursos en que dicha edad se propone, y su tardía publicacion, causada por una desgracia ya desaparecida con su feliz hallazgo, solo invierte materialmente el órden de los tomos ya publicados de la historia de la vida del hombre.

ÍN-

ÍNDICE

De los Capítulos, Artículos y Párrafos contenidos en este tomo VII y libro VI.

LIBRO VI.

Vejez y muerte del hombre. . . . . . Pág. 1
Cap. I. *Estado del hombre en la vejez.* 3
Cap. II. *Incomodidades que añade á la vejez la mala conducta de los hombres.* 7
Cap. III. *Motivos que hacen venerable la vejez.* 14
Cap. IV. *Edad decrépita.* 28
Cap. V. *El hombre en la enfermedad.* 34
Cap. VI. *El hombre en la muerte.* 47
Artíc. I. *Descripcion de algunas circunstancias que suelen preceder á la muerte.* 48
Artíc. II. *Del temor de la muerte.* 53
Párrafo I. *Propónense algunos motivos para conformarse con la muerte.* 55
Párrafo II. *Motivos sobrenaturales para recibir con alegría la muerte.* 65
Artíc. III. *Causa de la diferencia de afectos que se observa en los hombres á la presencia de la muerte. Muerte del hombre.* 71
Cap. VII. *Cadáver del hombre; y conducta poco piadosa que se suele observar con este despues de la muerte.* 79
Cap. VIII. *Funeral al cuerpo y espíritu del hombre muerto.* 87
Párrafo I. *Derecho de los difuntos á la sepultura.* 89
Párrafo II. *Idea comun de las naciones antiguas sobre la sepultura de los muertos; y funerales que se han usado entre las paganas.* 95
Párrafo III. *Funeral christiano.* 110
Cap. IX. *Duracion de la vida del hombre.* 116
Artíc. I. *Duracion de la vida de los hombres antediluvianos, y causas naturales que á ella concurrièron.* 118
Artíc. II. *Duracion de la vida actual de los hombres.* 132
Artíc. III. *Cálculos y reflexiones sobre la vitalidad humana.* 145
Párrafo I. *Cálculos sobre la mortandad humana, y observaciones sobre sus resultados.* 147
Párrafo II. *Tablas sobre la vitalidad humana en varios paises de Europa.* 164
Párrafo III. *Observaciones sobre varias circunstancias de la vitalidad y mortandad humana.* 169
Párrafo IV. *Observaciones sobre la mortandad de mugeres en tiempo de parto, y sobre la de los recien-nacidos.* 192

APÉN-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

APÉNDICE.

Observaciones enviadas por el autor despues de haber remitido el presente tomo. 209
Párrafo V. *Reflexiones sobre la breve duracion de la vida humana.* . . 223
Párrafo VI. *Algunas personas á quienes la muerte ha respetado.* . . . 231
Cap. X. *Espíritu del hombre.* 235
Artic. I. *Se demuestra repugnante á los principios de física y metafísica la opinion de los que pretenden poderse explicar por medio del movimiento impreso en la materia, la naturaleza del entendimiento humano.* 238
Artic. II. *Naturaleza del espíritu humano, y su diversidad del alma de los brutos.* 258
Artic. III. *La espiritualidad del alma del hombre.* 285
Artic. IV. *Inmortalidad del espíritu.* 291
Párrafo I. *Idea innata de los hombres, ó divinamente revelada sobre la inmortalidad de su espíritu.* 292
Párrafo II. *Inmortalidad del espíritu humano segun principios de física y metafísica.* 298
Párrafo III. *Inmortalidad del espíritu humano segun los principios de ética.* 313
Párrafo IV. *Si el espíritu humano es mortal, Dios es mas benéfico con los brutos que con el genero humano, y mejor es ser bestia que hombre.* 323
Párrafo V. *Parenesis filosófica á la naturaleza.* 327
Conclusion. *Parenesis á los impios incrédulos.* 331
Cap. XI. *Resurreccion del cuerpo humano.* 336
Artic. I. *Testimonios sagrados y profanos de la resurreccion de los cuerpos.* 341
Artic. II. *La resurreccion de los cuerpos es muy conforme á la razon natural.* 357
Artic. III. *Dificultades que se oponen á la resurreccion de los cuerpos.* 375
Artic. IV. *La admirable resurreccion de nuestro Señor Jesuchristo Dios humanado, fundamento de la universal resurreccion de todos los hombres, demostrada en juicio contradictorio.* 393
Diálogo entre un Saduceo y un Christiano, sobre el hecho y las circunstancias de la resurreccion de nuestro Señor Jesuchristo. . . 401
Conclusion. 472

HISTORIA
DE LA VIDA DEL HOMBRE.

LIBRO SEXTO.

Vejez y muerte del hombre.

A la virilidad sucede la vejez, la qual constituye al hombre en la última parte ó edad de su vida. La vejez se llamó entre los latinos senectud (1), ó porque es la sexta ó última de las edades en que distribuían la vida humana, ó porque es el tiempo en

(1) Los latinos dividiéron la vida del hombre en seis edades, que llamáron infancia, *infantia*, niñez, *pueritia*, mocedad, *adolescentia*, juventud, *juventus*, virilidad, *ætas virilis*, y vejez, *senectus*; segun este número de edades, algunos autores derivan la palabra *senectus* de la voz *senarius*, otros de *segnities*, otros de *seminex*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

APÉNDICE.

Observaciones enviadas por el autor despues de haber remitido el presente tomo. 209
Párrafo V. *Reflexiones sobre la breve duracion de la vida humana.* . . 223
Párrafo VI. *Algunas personas á quienes la muerte ha respetado.* . . . 231
Cap. X. *Espíritu del hombre.* 235
Artic. I. *Se demuestra repugnante á los principios de física y metafísica la opinion de los que pretenden poderse explicar por medio del movimiento impreso en la materia, la naturaleza del entendimiento humano.* 238
Artic. II. *Naturaleza del espíritu humano, y su diversidad del alma de los brutos.* 258
Artic. III. *La espiritualidad del alma del hombre.* 285
Artic. IV. *Inmortalidad del espíritu.* 291
Párrafo I. *Idea innata de los hombres, ó divinamente revelada sobre la inmortalidad de su espíritu.* 292
Párrafo II. *Inmortalidad del espíritu humano segun principios de física y metafísica.* 298
Párrafo III. *Inmortalidad del espíritu humano segun los principios de ética.* 313
Párrafo IV. *Si el espíritu humano es mortal, Dios es mas benéfico con los brutos que con el genero humano, y mejor es ser bestia que hombre.* 323
Párrafo V. *Parenesis filosófica á la naturaleza.* 327
Conclusion. *Parenesis á los impios incrédulos.* 331
Cap. XI. *Resurreccion del cuerpo humano.* 336
Artic. I. *Testimonios sagrados y profanos de la resurreccion de los cuerpos.* 341
Artic. II. *La resurreccion de los cuerpos es muy conforme á la razon natural.* 357
Artic. III. *Dificultades que se oponen á la resurreccion de los cuerpos.* 375
Artic. IV. *La admirable resurreccion de nuestro Señor Jesuchristo Dios humanado, fundamento de la universal resurreccion de todos los hombres, demostrada en juicio contradictorio.* 393
Diálogo entre un Saduceo y un Christiano, sobre el hecho y las circunstancias de la resurreccion de nuestro Señor Jesuchristo. . . 401
Conclusion. 472

HISTORIA
DE LA VIDA DEL HOMBRE.

LIBRO SEXTO.

Vejez y muerte del hombre.

A la virilidad sucede la vejez, la qual constituye al hombre en la última parte ó edad de su vida. La vejez se llamó entre los latinos senectud (1), ó porque es la sexta ó última de las edades en que distribuían la vida humana, ó porque es el tiempo en

(1) Los latinos dividiéron la vida del hombre en seis edades, que llamáron infancia, *infantia*, niñez, *pueritia*, mocedad, *adolescentia*, juventud, *juventus*, virilidad, *ætas virilis*, y vejez, *senectus*; segun este número de edades, algunos autores derivan la palabra *senectus* de la voz *senarius*, otros de *segnities*, otros de *seminex*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en que la naturaleza se halla ya perezosa y entorpecida; ó porque en ella el hombre se avecina á la muerte. Mas de qualquiera manera que se quiera entender aquella voz, es cosa constante, y muy verdadero, que la senectud es la última edad del hombre, en la que este carece de agilidad, y está vecino á la muerte. Esta se sigue necesariamente á la vejez, no ménos que á la enfermedad mortal; por lo que con razon dixo el Poeta (1) que la misma vejez era enfermedad. Mas aunque la vejez sea la última disposicion para la muerte, la qual ha de venir indefectiblemente despues de ella, no por esto se ha de mirar al hombre anciano como un enfermo en el mundo político; ántes bien se le ha de contemplar como sano y robusto en el consejo, supliendo con su mente vigorosa todo quanto falta á su cuerpo débil.

Por tanto, despues de considerar el estado físico de la vejez, y achaques que en ella padece el hombre, propondré la condicion ventajosa en que le constituye la vejez para la utilidad de la sociedad humana. A la consideracion de la vejez, última edad del hombre, seguirá la de su estado en la enfermedad, que comunmente precede á su muerte. Constituido en esta el hombre, presenta á la vista del mundo el mas miserable espectáculo de temores y angustias de su espíritu; y á la vista de la religion parece un pasagero que en la tranquilidad de un sueño dulce desaparece de la vida temporal, y pasa á la eterna. Nos dexa en depósito, y por prenda de su memoria, sus despojos mortales, que el tierno agradecimiento y la piadosa humanidad recogen y depositan amorosamente. Estos

(1) *Senectus ipsa est morbus.* Terencio, *Phormio, act.* 4, *scena* 1, *v.* 9.

tos hechos y circunstancias del hombre en la muerte, y despues de ella, merecen en su historia atentas reflexiones, despues de las quales se exâminará la duracion de su vida mortal, determinándola, segun las razones físicas, los exemplos de la historia, y los cálculos políticos y económicos de la vitalidad humana en todas las edades. El libro se concluirá con dos discursos los mas importantes; conviene á saber, sobre la inmortalidad del espíritu del hombre, y sobre la resureccion de su cuerpo á vida eterna.

CAPÍTULO I.

Estado del hombre en la vejez.

El hombre no puede estar permanente en un estado, porque desde su formacion no puede dexar la naturaleza de obrar en él, con lo que necesariamente le hace tener continuas mudanzas, insensibles al mismo que las padece. Llega el hombre á la vejez, y sin saber cómo le ha robado el tiempo la belleza de su figura, la bizarría de sus miembros, las fuerzas de su cuerpo, y la perfeccion de sus sentidos, se halla en un nuevo estado, sin entender cómo ha entrado en él. Se ve sin la alegría de la niñez, sin las fuerzas de la juventud, y sin la madurez de la virilidad; y no sabe cómo se le han desaparecido estas prendas y dotes de la naturaleza. Acuérdase que en la primavera de sus verdes años fué un árbol frondoso, adornado de frescas hojas y hermosas flores; y en el invierno ingrato de la vejez se contempla un tronco árido, despojado de quanto ántes le hermoseaba. Acuérdase que fué niño, jóven y varon, y ya nada de esto encuentra en sí. Todo desapareció, y solo le queda

da la memoria de lo que fué. ¡Oh! con quánta razon dixo el Poeta:

Tempora prætereunt, tacitisque senescimus annis.

pues el tiempo, avaro silenciosamente, nos roba con los años la perfeccion de los dotes naturales del cuerpo.

¿Quánto daria el hombre por mantener siempre su vida en un mismo estado de perfeccion? Mas esto es imposible. Es querer gozar de un rio, é impedir el hermoso movimiento y curso de sus aguas. La naturaleza nunca está en ocio. Desde su primer obrar camina apresuradamente á su perfeccion. Poco se detiene en esta; ántes bien, como la fruta que en estando madura, luego empieza á marchitarse, y llega á pudrirse, así desde el estado de perfeccion pasa brevísimamente al de la decadencia, y de la privacion de quantos bienes nos habia dado, y de todos los dotes con que nos habia enriquecido. Los años, dice Horacio (1), al venir nos traen muchos bienes, y muchos nos roban al huirse. Y así es, que por los mismos pasos por donde ha ido dándole al hombre estos bienes ó dotes del cuerpo, por los mismos se los va quitando; porque una y otra cosa son efecto del mismo modo de obrar, como voy á exponer inmediatamente.

Nace el infante como una tierna planta, mostrándonos en su cuerpo la mas delicada organizacion. Sus huesos, que es lo mas duro y sólido que hay en él, no son otra cosa sino canales sutiles, cuya dureza no llega á ser mayor que la de las membranas de un hombre hecho. A proporcion de los huesos, son tambien

(1) *Multa ferunt anni venientes commoda secum, Multa recedentes adimunt.* De art. poetic.

bien tiernos los nervios, fibras, ternillas, carne y piel del infante; y los canales de todas estas partes participan de grande sutileza, segun que á cada uno corresponde. Luego que el infante empieza á crecer, la naturaleza con sus xugos óseos, cárneos, &c. va aumentando, solidando y fortificando todos los miembros del cuerpo, y segun el grado de aumento, solidez y dureza que adquiere en los primeros años, se dice que el hombre llega á la niñez, pubertad y juventud. Continuando la naturaleza en obrar, llegan finalmente los miembros á lograr todo el aumento de que son capaces por su configuracion, segun la disposicion, condicion é influxo de sus humores. Entónces acaban de desembolsarse perfecta y totalmente, con lo que el hombre logra toda su perfeccion física, la qual constituye el estado de su virilidad.

Nada varía la naturaleza en este estado, porque siempre es uniforme: prosigue obrando en la virilidad, como ha obrado ántes de ella: continúa suministrando á cada miembro sus respectivos xugos; y aunque el efecto no se sigue por lo pronto, se advierte muy bien despues de algunos años. Con el continuo obrar de la naturaleza llegan á tal estado los huesos, ternillas y demas partes del cuerpo, que le es imposible crecer mas, porque han crecido ó se han desenvuelto todo quanto permiten su natural configuracion y disposicion. En estas circunstancias, ¿qué se puede esperar de la abundancia y curso de los xugos con que obra la naturaleza? Resulta la solidez de los huesos, nervios, membranas, y demas miembros del cuerpo, los quales se endurecen mas y mas. Así se experimenta una gran diferiencia de peso en iguales volúmenes de huesos de un viejo y de un mozo.

Con la solidez y dureza que van adquiriendo los miembros humanos, empiezan á experimentar todos al-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

alteracion considerable. Los músculos (1) se convierten en tendones; estos en ternillas, y estas en huesos. De aquí proviene que la sangre circula con mayor dificultad, y que la transpiracion, digestion y separacion de los líquidos no se haga tan bien como se hacia ántes. Con estos malignos efectos se encogen las fibras, se disminuye la abundancia de los xugos nutritivos, y las operaciones vitales se empiezan á exercitar con dificultad y fatiga. La figura de un viejo encorvado nos dice, que por haberse osificado los muelles que encadenaban sus huesos, se ve necesitado á guardar una postura, con que el curso de los humores se violenta, y empieza á padecer la economía animal.

Este es el efecto que en el hombre causa la naturaleza con su obrar uniforme. La vejez es aquel estado de la vida mortal, en que se ve y experimenta sublimemente que empieza á faltar todo el vigor natural del cuerpo; por lo que con razon la llamó Ciceron el ocaso de la naturaleza. En los primeros años de la vida del hombre se ocupó esta en enriquecerle y adornarle: en la virilidad se empleó en hacer ostentacion de los bienes con que le habia enriquecido; y en la vejez se da priesa para despojarle de quanto le habia dado. Empieza á caérsele el cabello, á mudarse el color, á faltar los dientes, á arrugarse la piel, á entorpecerse los sentidos, y á cesar el movimiento libre de los humores, con lo que, aun el alma, que no se envejece, llega tambien á sentir los síntomas de la vejez, encontrando dificultad en exercitar sus funciones espirituales. Por esto el

(1) Boerhaav. *Institut. medic. Oecon. anim. n.* 415.

el santo Rey David clamaba al Señor diciendo (1): "Vos me habeis protegido en todas las edades de mi »vida. ¡Ah Señor! no me desampareis en mi última »edad de la vejez, quando me habrán faltado el vi»gor y las fuerzas. Continuad, Dios mio, vuestra »proteccion no solo hasta la vejez, sino hasta el úl»timo periodo de mis dias." La vejez es verdaderamente un estado de tanta necesidad, que el hombre debe en ella implorar, como el que está enfermo, la particular asistencia de la divina gracia para hacerse superior á los achaques y miserias que le estan anexas. Con esta ayuda, si sabe el viejo aprovecharse de su razon, la vejez no le será tan pesada; ántes bien logrará una vida mas quieta y racional que hasta entónces ha tenido, mereciéndose al mismo tiempo no ménos la veneracion, que la compasion de los demas hombres: mas si el viejo, por seguir sus caprichos y la mala conducta que acaso ha tenido en sus pasados años, no quiere arreglarse segun razon y prudencia en su modo de vivir, añadirá nuevas incomodidades á los males físicos de la vejez, como ahora diré.

CAPÍTULO II.

Incomodidades que añade á la vejez la mala conducta de muchos hombres.

Habiéndose considerado el estado de la vejez, y los males físicos que la suelen acompañar, es bien que se propongan las incomodidades que se acarrean muchos viejos por su tenor de vida poco racional, y

(1) Psalm. 70, 9 y 18.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y nada arreglado. No se puede negar que la vejez es un estado miserable por los achaques que trae necesariamente consigo; mas su mayor miseria consiste ordinariamente en la inconsideracion y mala conducta de los hombres que han llegado á ella. Si los viejos que experimentan la mudanza de los estados de su vida, no intentáran practicar en su avanzada edad aquellas cosas que solamente convienen á la juventud ó á la virilidad, podrian prometerse una vida, ya que no del todo dichosa, á lo ménos no tan miserable como la que algunos de ellos pasan. Una de las mayores gracias que puede Dios conceder á qualquiera viejo, es el conocer que lo es. Si logra este conocimiento, su vejez no se le hará pesada, porque se resolverá fácilmente á vivir como conoce que conviene á su estado, y como pide el desengaño práctico del mundo y de sus vanidades, sin desear irracionalmente el vigor y lozanía de la ciega juventud. No hay enfermo mas infeliz é incurable que el que en la enfermedad quiere vivir como en la sanidad: así el viejo mas infeliz es el que quiere vivir como si fuera jóven.

Faltan el vigor y las fuerzas á los viejos; mas esta falta no siempre es tan grande que los prive absolutamente de gozar de todo lo visible. Gocen de ello en buen hora; pero gócenlo segun los límites que la razon y decencia prescriben. En saliendo de su esfera, al punto empiezan á hacerse ridículos y enfadosos. ¿Qué cosa, por exemplo, hay mas ridícula en el mundo que un viejo que pone todo su cuidado en engalanarse y parecer bien? ¿Qué cosa mas disonante que verle freqüentemente en banquetes explendidos, cargando el vientre de mas comida y bebida de la que puede digerir? ¿Y se maravillará despues de aquellos cólicos que le reducen al extremo de la vi-

vida, de aquellas diarréas que le derriten y casi aniquilan, y de aquellos enfados y furores á que su mal humor fácilmente le incita? Así sucede que no obstante de ser la vejez por sí misma tan venerable, como lo es, las modales y conducta de vida que tienen algunos viejos inconsiderados, la llegan á hacer en ellos ridícula y despreciable.

A la afliccion que al hombre en la vejez acompaña por la falta de fuerzas corporales, se suele juntar otra por verse privado de gozar de los placeres ó locuras que desdicen no ménos de su edad, que de toda racionalidad. ¿Qué importa al hombre viejo el no gozar de las locuras del mundo, en que se exercita la inconsiderada juventud? ¿Creerá que es infeliz porque la divina Providencia le ha puesto en un estado en que por necesidad debe vivir con mayor racionalidad, y en que se ve precisado á abstenerse de aquellas cosas que solo pueden servir para pervertir el espíritu, y corromper el cuerpo? ¿No se acuerda que el brio de la juventud le sirvió no pocas veces para precipitarse en una vida bestial? ¿No hace reflexîon que no hubiera llegado tan presto á ser viejo, si no le hubieran acelerado á la vejez los despropósitos de las edades antecedentes? ¿Por qué á lo ménos no se vale de la consideracion de la falta presente de fuerzas, para conocer la loca vanidad del mundo, y para procurar aquella paz y quietud interior que hacen al hombre verdaderamente feliz? Mas si son pocos los hombres que en su juventud abandonen la vida que conocen irracional, ¿qué se podrá esperar que harán en la vejez? Se debe temer que al paso que se endurezcan los miembros del cuerpo, se vayan tambien endureciendo los vicios y malas propensiones del ánimo; las quales si los viejos no ponen en obra muchas veces, es porque les faltan las fuerzas físicas y naturales.

Esta falta de fuerzas podria tenerse por un verdadero mal, si no privára al hombre de muchas locuras y desórdenes del mundo, y no hiciera que viviese una vida mas racional y mas quieta. Porque no es mal verdadero el no poder gozar de lo que no es justo desear; ántes bien lo debe mirar el hombre como un bien digno de todo aprecio. Así Ciceron (1) lo llamó don excelente, que quita en la vejez lo que es viciosísimo en la juventud. Por esto son vituperables aquellos viejos que acordándose de los pasatiempos de su juventud, quisieran quitarse los años, y hacer, si pudieran, que volviera atrás el tiempo; esto es lo mismo que desear ponerse en la boca del precipicio, ó en posibilidad de arrojarse á él.

Es cierto que la vejez suele ser trabajosa no solo por los estragos que causa la naturaleza, sino tambien por los hombres; mas una y otra cosa provienen no pocas veces por causa de los mismos viejos. Si alguno de ellos, olvidándose del estado en que se halla, se empeña en hacer vida de jóven en el comer, beber, salir, entrar, y otros exercicios sin regla ni concierto, no debe atribuir á la naturaleza ni á los años, sino á su mala conducta, los males que experimenta. Asimismo el que en su juventud y virilidad no ha tratado de quitar ó reprimir la mala propension de su genio poco contenido, en la vejez se abandona á sus pasiones geniales, se hace insufrible á los otros, y se ve aborrecido y desamparado de todos. Por lo contrario no hay cosa que mueva mas la compasion, concilie mas amor y veneracion, y que mas robe los corazones de todos, que un viejo apacible en su trato, suave en su palabra, moderado en sus reprehensiones,

(1) *De senectute* §. 12, *n.* 39.

nes, afable con los que conversa, y condescendiente con los de menor edad. Esto es señal clara de que en las edades anteriores ha procurado adornarse de aquellas calidades que le hacen tan recomendable. Si bien se reflexiona, se hallará que rarísimo hombre se hace mejor en la vejez de lo que es al entrar en ella. Se ven jóvenes juiciosos, que fuéron traviesos en la pubertad: se ven hombres, que reconocen y enmiendan en la virilidad los errores de la juventud; mas hombres que en la pubertad, juventud y virilidad no se enmendáron, no hay que esperar que se enmienden en la vejez, como nos dexó dicho el Espíritu Santo (1). Los viejos en mi juicio son como los avarientos, de los quales apénas se hallará uno que seriamente mude de conducta, porque quanto mas se aumentan sus riquezas, tanto mas crece el amor de ellas.

Algunos juzgan que la vejez tiene consigo anexos algunos vicios que ingeniosamente propuso el Poeta (2) diciendo: "Muchos males acometen por todas partes al viejo: se emplea sin cesar en buscar »riquezas; y despues de haberlas adquirido, el in»feliz se abstiene, y teme usar de ellas, pareciéndole que le han de faltar: trata con timidez y frialdad todos los negocios: dilata sus resoluciones: vive en la inaccion: espera y desea con ansia vivir »muchos años: es impertinente y quejicoso: alaba »los tiempos pasados de su mocedad; y es un censor rígido de los que son ménos viejos que él." Estos

(1) Prov. 22, 6.

(2) Horat. De art. poet. *Multa senem circumveniunt incommoda: vel quod quærit, &c. &c.* Véase tambien Jubenal, satyr. 10.

tos y otros defectos semejantes (1) se tienen por tan propios de la vejez, que ya casi se miran como excusables en la edad avanzada. Yo no niego que cada edad tiene sus propias inclinaciones, y que está expuesta á ciertos vicios; mas el verse en los viejos tan generalmente los defectos propuestos, no se debe atribuir á la vejez, sino á sus costumbres, con las que se abandonan á su genio y pasion, estando dominados del mal hábito de aquellas inclinaciones que jamas han procurado corregir. Es verdad que el ver el mal tan universalmente extendido por la gente anciana, nos hace concebir la preocupacion de creerle connatural á aquella edad: mas la reflexîon nos descubre que por hábito se hizo connatural lo que en su principio fué efecto de repeticion de actos viciosos; y como las vívoras conservan el veneno aun quando estan entorpecidas; así el viejo, aunque le falten las fuerzas, y se entorpezca su naturaleza, conserva sus defectos, y las pasiones no reprimidas ántes, se hacen mayores cada dia, y no le desamparan en la última edad. Por esto, al ver un jóven de mal genio, solemos decir que será intolerable en la ve-

(1) Véase Séneca: *De brebit vitæ, cap.* 11. *De Ira, lib.* 2, *cap.* 19, donde pone varios vicios de la vejez. Es comun en muchos viejos ignorantes creer que los tiempos pasados eran mejores que los presentes, lo qual proviene del mayor conocimiento que de las maldades humanas se adquiere con los años. El hombre cada dia oye y aprende nuevos excesos que ignoraba ántes, y mucho mas en la juventud, y por defecto de reflexîon los cree nuevos en el mundo: mas solamente son nuevos para quien los ignora. El que desde jóven estudia bien lo que es el hombre, en este encuentra siempre los mismos vicios.

vejez, en la que á la fuerza del hábito vicioso se hace insensible á la razon.

Prueba eficacísima de todo lo dicho es la diferente conducta que observan aquellos ancianos, que habiendo procurado tener una vida christiana, han corregido los defectos, tanto civiles como morales, que son propios de nuestra frágil naturaleza. Estos llegan á la vejez sin sentir las incomodidades que son propias de ella; porque no ha añadido las que son efecto de los vicios y malos hábitos. Se merecen la compasion, atencion, respeto y veneracion de todos; porque, como dice Ciceron, no son las canas y los años los que hacen venerable la vejez, sino las buenas costumbres. A una vida santa sucede naturalmente una vejez santísima, y llena de todo buen odor. El continuo exercicio de domar las pasiones y el desengaño que necesariamente causa la experiencia con los años, hacen conocer la vanidad de los placeres mundanos, y vivir una vida totalmente arreglada, sin que los mas críticos censores tengan que morder y tachar en ella. De aquí forzosamente se sigue no solo el pasar una vejez quieta y racional, sino tambien el alargar la misma vida, como nos dice el Espíritu Santo (1), y lo acredita la experiencia. Es constante que muchos por su vida desarreglada se acarrean la muerte, y lo contrario otros, como los Pablos, los Antonios, los Macarios que, por su vida racional y bien ordenada, han llegado á los noventa y mas de cien años, no obstante que desde su juventud habian vivido en los desiertos con rigurosísima penitencia. Se puede asegurar que la mayor parte de los hombres muere á manos de sus desórdenes, particularmente de los que causan placer, co-

(1) Ecclesiastic. 1, 12. Psalm. 33, 12.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

como son la gula, embriaguez, luxuria, ocio, &c. los quales corrompen y acaban la naturaleza mas que la mayor fatiga y trabajo. Finalmente, si queremos tener una buena vejez, tengamos siempre presente aquel dicho del Eclesiástico (1): ¿cómo hallarás en la vejez lo que no juntastes en la juventud? porque si en la juventud no recogemos paciencia, impacientes seremos en la vejez; si no recogemos sobriedad, no seremos sobrios; si no recogemos afabilidad para con los otros, seremos ásperos con ellos, enfadosos é insufribles, y así de los demas defectos que se suelen hallar en la vejez; de la qual no son vicios propios, sino de las malas costumbres envejecidas: *Morum vitia sunt, non senectutis* (2).

CAPÍTULO III.

Motivos que hacen venerable la vejez.

Entre algunas naciones bárbaras, de que despues se dará noticia, se acostumbra matar á los hombres quando llegan á tal estado de vejez que no pueden servirse por sí mismos. No es de maravillarse que las naciones bárbaras é inhumanas maten á los viejos como inútiles, porque ellas no buscan, ántes bien huyen de la utilidad que da á la sociedad humana la vejez. Estas naciones desean mantenerse en su bárbara ignorancia é inhumanidad; y para esto es medio eficacísimo deshacerse de las personas que con su edad avanzada y larga experiencia les pueden desengañar.

(1) Ecclesiastic. 25, 4. *¿Quæ in juventute non congregasti, quomodo in senectute invenies?*

(2) Ciceron: *De senect.* §. 18, *num.* 65.

Las naciones cultas, por lo contrario, atienden á conservar los viejos dentro de su seno, y á prolongar su vida, conociendo ser esto un medio cierto para no caer en la barbarie, y mantenerse en la ilustracion. "Buena es la vejez, nos dice Ciceron en el »bello tratado que de ella hizo; porque en la vejez »la vida de los hombres suele ser honesta, de auto»ridad y de consejo. La experiencia de los años hace »al viejo avisado y prudente para los negocios, y la »vecindad de la muerte le obliga ó estimula á hacer »una vida honesta, que sirva de buen exemplo." De estos dos principios resultan los motivos por los que la vejez, segun razon, religion y práctica de las naciones cultas, es estimada, honrada y venerada.

El viejo, creciendo cada dia en edad, pierde por instantes aquella lozanía de la carne y hervor de la sangre, que sirven de estímulo para precipitar al hombre en el vicio; y si Archita Tarentino (1), gobernado de la luz natural, llegó á conocer y decir que el deleyte corporal era la peste mayor que la naturaleza habia dado al hombre, por gracia particular debe mirar este la vejez, en la que á la naturaleza falta la fuerza de los estímulos al placer mundano. A proporcion que al viejo faltan los estímulos para el vicio, crecen los desengaños para adelantar en la virtud. El viejo en cada miembro suyo lee la proximidad de la muerte, y en su figura ya encorvada, ó en su inclinacion á la tierra, ve, como dice el Poeta (2), que está

(1) Ciceron: *De senect.* §. 12, *num.* 39.

(2) Corn. Gall. *Contrahimur, miroque modo decrescimus ipsi:*
Diminui nostri corporis ossa putes.
Nec cœlum spectare licet, sed prona senectu
Terram, à qua genita est, et redditura, videt.

como son la gula, embriaguez, luxuria, ocio, &c. los quales corrompen y acaban la naturaleza mas que la mayor fatiga y trabajo. Finalmente, si queremos tener una buena vejez, tengamos siempre presente aquel dicho del Eclesiástico (1): ¿cómo hallarás en la vejez lo que no juntastes en la juventud? porque si en la juventud no recogemos paciencia, impacientes seremos en la vejez; si no recogemos sobriedad, no seremos sobrios; si no recogemos afabilidad para con los otros, seremos ásperos con ellos, enfadosos é insufribles, y así de los demas defectos que se suelen hallar en la vejez; de la qual no son vicios propios, sino de las malas costumbres envejecidas: *Morum vitia sunt, non senectutis* (2).

CAPÍTULO III.

Motivos que hacen venerable la vejez.

Entre algunas naciones bárbaras, de que despues se dará noticia, se acostumbra matar á los hombres quando llegan á tal estado de vejez que no pueden servirse por sí mismos. No es de maravillarse que las naciones bárbaras é inhumanas maten á los viejos como inútiles, porque ellas no buscan, ántes bien huyen de la utilidad que da á la sociedad humana la vejez. Estas naciones desean mantenerse en su bárbara ignorancia é inhumanidad; y para esto es medio eficacísimo deshacerse de las personas que con su edad avanzada y larga experiencia les pueden desengañar.

(1) Ecclesiastic. 25, 4. *¿Quæ in juventute non congregasti, quomodo in senectute invenies?*

(2) Ciceron: *De senect.* §. 18, *num.* 65.

Las naciones cultas, por lo contrario, atienden á conservar los viejos dentro de su seno, y á prolongar su vida, conociendo ser esto un medio cierto para no caer en la barbarie, y mantenerse en la ilustracion. "Buena es la vejez, nos dice Ciceron en el »bello tratado que de ella hizo; porque en la vejez »la vida de los hombres suele ser honesta, de auto»ridad y de consejo. La experiencia de los años hace »al viejo avisado y prudente para los negocios, y la »vecindad de la muerte le obliga ó estimula á hacer »una vida honesta, que sirva de buen exemplo." De estos dos principios resultan los motivos por los que la vejez, segun razon, religion y práctica de las naciones cultas, es estimada, honrada y venerada.

El viejo, creciendo cada dia en edad, pierde por instantes aquella lozanía de la carne y hervor de la sangre, que sirven de estímulo para precipitar al hombre en el vicio; y si Archita Tarentino (1), gobernado de la luz natural, llegó á conocer y decir que el deleyte corporal era la peste mayor que la naturaleza habia dado al hombre, por gracia particular debe mirar este la vejez, en la que á la naturaleza falta la fuerza de los estímulos al placer mundano. A proporcion que al viejo faltan los estímulos para el vicio, crecen los desengaños para adelantar en la virtud. El viejo en cada miembro suyo lee la proximidad de la muerte, y en su figura ya encorvada, ó en su inclinacion á la tierra, ve, como dice el Poeta (2), que está

(1) Ciceron: *De senect.* §. 12, *num.* 39.

(2) Corn. Gall. *Contrahimur, miroque modo decrescimus ipsi:*
Diminui nostri corporis ossa putes.
Nec cœlum spectare licet, sed prona senectu
Terram, à qua genita est, et redditura, videt.

tá para volver al polvo, de donde salió. El pensamiento de la muerte vecina le creyéron los egipcios tan propio de todo hombre de edad avanzada, que como refiere Diodoro Sículo, por ley, ningun Rey, despues de tener sucesion, y ninguna persona, pasados los setenta años, podia edificar casa alguna, sin haber hecho ántes su sepulcro. De todo esto se infiere, que siendo por una parte la memoria de la muerte tan poderosa en todos para vivir christianamente, y siendo tan natural y propio de la vejez (quando el hombre no se abandona ciegamente al vicio) el mirarla y temerla como vecina, se debe prudentemente esperar que el hombre en la vejez sea de vida ajustada, santa y edificativa, con lo que se logran dos insignes ventajas. La primera consiste en el buen exemplo de los ancianos, que conduce para refrenar la juventud: y la segunda, en los buenos consejos que necesariamente debe dar un hombre que se mira ya con las espaldas vueltas al mundo, y la cara ácia la eternidad. Así el Espíritu Santo (1) nos dice en una parte, que á la vejez hacen venerable no los años, sino la vida santa; y en otra parte nos exhorta (2) á buscar y oir el consejo de los viejos. Por esto nos dice un varon santo (3): *Oye con gusto las sentencias de los viejos, porque nos las dicen sin causa.*

Mas porque se juzga propio y particular de la vejez el don de consejo, no solamente porque el viejo en sus resoluciones tiene presente la muerte, sino tambien porque las da segun la ciencia práctica que tiene del mundo, será justo hacer aquí alguna reflexîon sobre

(1) Sap. 4, 5.
(2) Eccles. 8, 9.
(3) Thom. à Kemp. *De Imit. Christi, lib. 1, cap. 5.*

bre esto mismo. El don de consejo y prudencia, sin que la sociedad humana no puede ser bien gobernada, se ha creido en todo tiempo propio de la vejez por la experiencia y desengaño que dan los años. Por esto el gobierno público se llamó entre los antiguos, y todavía se llama, *senado*; esto es, asamblea de viejos; de donde se dixo: *A senibus prisci sanctum dixere senatum.* Llámase senado el gobierno público, porque el hombre llega al estado de gobernar quando es viejo, ó porque no gobierna bien sin haber llegado á la vejez. Y así Solón estableció, que ningun jóven, aunque pareciese prudentísimo, fuese admitido en el gobierno público. La temeridad, dice Ciceron, es hija de la edad juvenil, y la prudencia lo es de la avanzada; y si se leen las historias, se hallarán repúblicas destruidas por la juventud inconsiderada, y mantenidas ó restablecidas por la vejez prudente. Prueba particular de esto nos da Roboan (1), el qual, rehusando aconsejarse con los viejos que constituian el senado de su padre Salomon, formó un Magistrado de jóvenes; con lo que se rebeló la mayor parte de sus súbditos, y tuvo un infelicísimo reynado. Debia conocer Roboan la necesidad del consejo de los ancianos, viendo que su padre, no obstante ser dotado de sabiduría celestial, se aconsejaba con ellos: mas Dios, que queria castigar á Roboan y á Israel, permitió que su Rey, desatendiendo el consejo de los ancianos, formase un senado de jóvenes, que con su temeridad, ardor y falta de experiencia precipitasen al Rey y reyno en guerras, miserias y calamidades.

Se podria decir que el buen exemplo, autoridad y consejo de los viejos mantienen en la república con todo

(1) Lib. 3. Reg. cap. 12.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do vigor y observancia la religion y los derechos de la sociedad civil. Por esto un Estado sin viejos es como una casa sin cabeza, ó padre de familias; ó es una escuela de niños sin maestro. Las cosas grandes no se consiguen con la fuerza, sino con el consejo y juicio maduro; los quales se aumentan en el hombre con la edad. Así para el gobierno será siempre mas útil un hombre de experiencia, que el jóven mas sabio; porque la ciencia de gobernar la dan los años mas que los libros. La experiencia y el tiempo enseñan lo que no fácilmente se aprende en las escuelas: es don particular de Dios el tener ántes de llegar á la vejez, la ciencia que los años dan despues de haber entrado en ella. Este don singular confiesa haber recibido David (1), diciendo: "Superior soy, aun en el conocimiento, á »los viejos de mas larga experiencia: esta gracia, Dios »y Señor mio, se me ha concedido por la meditacion »que de vuestros santos mandamientos he tenido."

Por razon de la preferencia y respeto á que la venerable ancianidad tiene derecho, y de la utilidad que se logra con el consejo de los discípulos de la experiencia, en las sagradas escrituras se nos prescribe muchas veces el respetar á los viejos, y el aprovecharnos de su ciencia práctica, que no se oye en las escuelas, ni se lee en los libros. "Honra el viejo (2), se nos »dice, y levántate á su presencia, que hace respeta»ble su cabeza cana. No desprecies (3) los recuerdos »de los sabios ancianos; ántes bien los tendrás siempre »presentes, porque servirán para darte conocimien»tos, y para que sepas responder á tiempo." De estos

(1) Psalm. 118, v. 100.
(2) Levitic. 19, 32.
(3) Eclesiastico 9, 9.

tos y otros avisos semejantes, cuya relacion seria prolixa, estan llenos los libros sagrados, con cuya doctrina convienen la natural persuasion, las costumbres y la legislacion de naciones insignes.

Los antiguos albanos (1) veneraban en sumo grado la vejez de sus parientes y extraños: "Los egipcios, »dice Herodoto (2), convienen con los lacedemonios »en dar respetuosamente lugar por las calles y caminos »á los viejos, y en levantarse á su presencia." Entre los griegos, la república de los lacedemonios se distinguió admirablemente por su respeto á la vejez, la qual hizo Licurgo (3) que fuese mas honrada que el valor de la virilidad; porque quanto el ánimo se aventaja al cuerpo, tanto mas excelentes son los certámenes del ánimo (pertenecientes á los viejos) que los del cuerpo (pertenecientes á la edad viril). Se cuentan admirables exemplos del respeto y de la veneracion con que los lacedemonios distinguian á la vejez; por lo que con razon Lisandro lacedemonio solia decir: "Que su patria (4) era el mas honrado domicilio de »la vejez; porque en ninguna otra parte se le rendia »mas

(1) Strabonis *geographia gr. ac. lat. cum notis Casaubonii.* Amst. 1707, fol. lib. 11, p. 168, que corresponde á la p. 503 de la edicion parisiense del 1620.
(2) Herodoti Halicarnassii *historiar. lib.* 9, *gr. ac lat. edente Jac. Gronovio.* Lugd. Batav. 1715, fol. lib. 2. §. 80, p. 117.
(3) Xenophontis: *opera gr. ac lat. cum ceónolig. Dodwelli.* Oxonii 1708, 8. vol. 5. En el tomo *de lacedemonior. republica*, cap. 10, p. 85.
(4) Ciceron: *de senectute*, §. 18, n. 63.

»mas respeto y veneracion." (1) De los lacedemonios, segun constaba de la tradicion, los antiguos romanos, dice Aulo Gelio (2), aprendiéron la veneracion á los viejos. El nacimiento y las riquezas cedian al honor que se daba á la vejez; pues que los mas ancianos eran respetados casi como dioses y padres, y preferidos en todo lugar y en toda especie de honra. Ovidio y Valerio Máximo (3) hablan del respeto que los romanos antiguos tenian á los viejos; y Juvenal (4) nos pinta como delito capital la descortesía de no levantarse á su presencia.

Entre los persas (5) la instruccion suprema de la juventud, y el gobierno principal del pueblo, eran empleos solamente de la vejez, que se contaba de los cinqüenta años de edad. Desde este tiempo entraban en la clase, y en los privilegios y empleos de ancianos, todos los que en su niñez y juventud habian asistido al foro liberal, que era la universidad de todas las ciencias útiles al principado. Los chinos en sus libros morales, y principalmente en los que veneran como sagrados, tienen máximas admirables de veneracion á los viejos; las quales entre ellos pertenecen á la buena crianza, y se practican por todos los que quieren ser tenidos por personas civiles é instruidas. En el libro Siao-hio (1), ó de la enseñanza de los niños, se dice: "Los menores sirvan á los mayores, como »los hijos al padre y á la madre..... al que es veinte »años mayor que yo, le sirvo como á padre natural, »y como á hermano mayor al que me lleva diez años. »No hables nada ántes que el maestro ó el viejo te »pregunten.... Si estás sentado á su lado, y te pre»guntan, espera que acaben de preguntarte, y res»ponde luego. Si te preguntáren sobre tu estudio, ó »sobre los progresos que en él haces, levántate lue»go..... Si te mandan estar sentado, ó no moverte, »obedece." De este modo se prescriben otros actos de respeto á los viejos, en circunstancia de acompañarlos á paseo, á comer, &c. Esta es la práctica de las naciones cultas en honrar á los viejos, segun la qual dixo con razon (2) Beyerlinck, que casi todas las naciones por instinto de naturaleza los habian respetado. Los romanos moderáron (3) los honores á la ve-

(1) Sobre las máximas de los lacedemonios, en órden al respeto de los viejos: Plutarchi Chæronensis *opera gr. ac lat. interpretib. Cruserio, &c.* Lut. Paris. 1624, fol. vol. 2, en el vol. 2 *apopthegmata laconita*, p. 228.

(2) Auli Gellii: *Noctes atticæ recensione Ant. Thysi, &c.* Lugd. Bat. 1666, 8. lib. 2, cap. 15.

(3) Ovidio: *Fastor, lib.* 5, *vol.* 64. Valerio Máximo: *Exemplor. memorabilium libri*, en el lib. 2, cap. 1.

(4) Decii Jun. *Juvenalis satyræ* 13, *vers.* 54.
Credebant hoc grande nefas, et morte piandum.
Si juvenis Vetulo non assurrexerat.

(5) Xenofonte citado: *De institutione Cyri, lib.* 1, *cap.* 2, *sect.* 15; *p.* 16. Bernabé Brixonio en su obra: *De regio principatu*, par. 1606, 4. lib. 2, p. 189 y 208, habla largamente del empleo de los viejos entre los persas.

(1) Francisco Noel Jesuita: *Sinensis imperii libri classici*, Pragæ 1711, 4. lib 6, cap. 2, §. 4, p. 110. El mismo autor en la obra: *Philosophia sinica*, Pragæ 1711, 4, Ethica, *tract.* 3, *pars* 2, *cap.* 4, *p.* 159.

(2) *Magnum theatrum vitæ humanæ, auct. Laurentio Boyerlinck*, Lud. 1656, fol. vol. 7, al articulo *senectus*, p. 181.

(3) Véase Aulo Gelio en el capítulo citado.

vejez de los solteros, para aumentar los de los casados, y desterrar el celibato profano y vicioso; mas con el castigo pudiéron ser compatibles los honores de la venerable ancianidad.

Digno es de notarse que el carácter respetable de los viejos, y la calidad de empleos que deben ocupar en la república, se expresan en los títulos de honor civil que se usan comunmente; de modo, que las expresiones de respeto se fundan en el que desde la primera formacion de las lenguas se daba á los viejos. En griego, el viejo se llama *geron*; del qual nombre provienen *geraio*, yo premio, yo honro; *gerousion*, el premio que se daba á los magnates; *gerai*, matronas principales, y las mas honradas; y *gerousia*, senado. *Presbíteros*, es voz griega, que significa el mas anciano ó mas honrado.

La etimología de la palabra latina *senex*, viejo, es dudosa, como ántes se insinuó; mas es indubitable que dicha palabra es raiz de los nombres honrosos (1) señor, *senhor*, en lengua portuguesa; *sieur*, *seigneur*, *sire*, en la francesa; *ser*, *signore*, en la italiana. Du-Fresne (2) se figura hallar en el griego la etimología de

(1) Juan Mariana en la Historia de España, lib. 5, cap. 11, año 562, dice, que despues de este año, los principales empezáron á llamarse *seniores*, de donde vino la palabra *señor* en España, Italia y Francia.

(2) *Glossarium ad scriptores mediæ, et infimæ latinitat. auctore Carolo Du-Fresne domino Du-Cange.* Venet. 1740, fol. vol. 6. Véanse los artículos *ser*, *siriaticus*. Du-Fresne se inclina á juzgar que la palabra *sire* proviene de la griega *kyrios*, señor. Jorge Hickes: *Linguar. veter. septentrional. thesaurus: franco theostisca grammatica.* Oxonii 1703, fol. p. 98, dice que las palabras *ser*, *sire*, *señor*, *&c.* provienen de la gótica *sihor*, señor, usada en tiempo de San Agustin, epístola 178. *Sir*, en antiguo dinamarqués, significa señor: vease Francisco Junio, *gothicum glossarium*: Amst. 1684, 4, al artículo *arman*, p. 66.

de la palabra *sire*, que claramente la tiene en el nombre *senex*; como tambien las palabras *ser*, *sieur* ya dichas, y la palabra *seor* que se halla en algunos escritos españoles. La misma etimología tiene la voz *senado*, que en italiano se dice *senato*, y *senat* en frances. Afinidad clara con estos nombres tienen los siguientes: en lengua ilírica, *star*, *stararaz*, viejo; *starosta*, senador: en lengua kanarina, *saibi*, *suami*, señor; *saibinni*, *suaminni*, señora; *saibiqui*, señorío: en la marasta, *saib*, señor: en la arábiga, *scheikh*, viejo ó príncipe, doctor, xefe de colegio, ó comunidad religiosa; *scheikhaleslam*, viejo, ó cabeza de la ley; nombre que se da al muftí, que es cabeza de la religion otomana. Varios príncipes musulmanes, ó mahometanos, han tomado el nombre *scheikh* (1), como título glorioso. Vieyra juzga (2), que la palabra *senex* proviene de la voz arábiga *sánna*, que significa *fué de muchos años* (3).

En

(1) Bibliotheque orientale par Mr. Herbelot. Par. 1697, fol. al artículo *scheikh*, p. 783.

(2) *Brevis clara, &c. non solum arabicam linguam, sed etiam persicam addiscendi methodus:* Auct. Antonio Vieyra, Dublini 1789, 4, p. 550.

(3) Juan Seleno, *tituli honorum*, Francof. 1696, 4. vol. 2, en la parte 1, c. 4, p. 61, habla de las palabras *seic*, *scheikh*, viejo, usadas antiguamente por los árabes; y de una medalla hebrea, en que se da el nombre ó título de viejo y vieja á Abraam y Sara, se notará despues que *sarra* en cántabro significa cosa vieja.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En otras lenguas tambien el nombre significante viejo, suele ser radical de títulos de respeto, ó de buen agüero. En la japona, viejo se dice *rotoi*; viejo con honor, *rosocu*; viejo y hombre de consejo, *rogiu*. En la tunkina, *gia* significa viejo; *ou-gia*, *ba-gia*, títulos honrosos; el primero de viejos, y el segundo de viejas. El viejo se dice tambien *lao*; *ou-lao* es título de honor para los hombres; y *ba-lao* es título de honor para las mugeres. En el idioma etiópico, *lhaca* significa viejo principal y superior. En el etiropítico, *plach* significa viejo-el, de donde proviene *agurator*, envejecer; y de estas dos palabras es radical la voz *agur* de saludo y buen deseo: *agur* en su primitivo sentido debió significar vejez; por lo que, el despedirse diciendo *agur*, es lo mismo que decir por muchos años, ó vejez que deseo. La muger vieja se dice *atzna*: para expresar cosa vieja, hablando de bestias ó de insensibles, se dice *zarra*, *sarra*, y en algunos dialectos *zaarra*. Señor se dice *nagusiya*, y *jannia*: la palabra *nagusiya* se compone del nombre *nagusi* mayor, y del artículo *a*, el; se interpone la letra por el buen sonido. La palabra *jannia* se compone de *jave*, dueño, y de *ona*, bueno-el. En hebreo *zachen* significa viejo; *zakan*, barba; y *zikenak*, senador.

La veneracion pues que á los viejos, como se ha expuesto, dan las leyes civiles y morales, la práctica racional de las naciones, y los títulos honoríficos que se derivan de los nombres significantes *viejo* en muchas lenguas, empeña á los mismos viejos en hacerse mas respetables y útiles á la sociedad con su doctrina, consejo y buen exemplo, promoviendo la virtud y ciencia. Su empeño y obligacion son tanto mayores, quanto mas reprehensibles los hace qualquiera motivo que den de escándalo. Ellos, por la veneracion que á su edad se debe, no hacen tal vez, sin delito, lo

lo que en otra edad les fué lícito. Su edad avanzada, y respetable en lo físico y moral, pide mayor moderacion, y mas grave conducta, como hermosamente se describe por Cornelio Galo (1), que cantó:

Singula turpe seni quondam quæsita referre,
Et quod tunc decuit, jam modo crimen habet.
Diversos diversa juvant: nom omnibus annis
Omnia conveniunt: res prius apta nocet.
Exultat levitate puer, gravitate senectus:
Inter utrumque manens stat juvenile decus.

Feliz es la sociedad en que la venerable ancianidad enseña con su exemplo, no ménos que con su doctrina y consejo, á la inconsiderada juventud, y orgullosa virilidad. El gran Caton por la pluma de Ciceron nos dice (2): "Vemos á Solon gloriándose de que »se envejecia aprendiendo cotidianamente alguna co»sa; y yo en mi vejez aprendí la lengua griega." Séneca en edad avanzada iba á la escuela para oir al filósofo Metronato: "Iré, decia Séneca (3), al teatro »en mi vejez; ¿y en esta me avergonzaré de ir á la »escuela para oir un filósofo?" Es singular y admirable el caso (4) que se cuenta del Emperador Marco Au-

(1) Corneluis Gallus: véase *corpus poetarum à P. B. P. G.* Aureliæ Allobr. 1640, 4. vol. 2, p. 844, del vol. 1, verso 112.

(2) Ciceron: *de senectute*, §. 8, n. 26.

(3) L. Senecæ *opera ex recens.* J. Lipsii Amst. 1628, 12, epístola 76, p. 365.

(4) *Philostratorum opera gr. ac. lat. studio Gotteridi*, Olearii Lipsiæ, 1709, fol. *De vita sophistarum, lib.* 2, §. 1. *Herodes, n.* 9, *p.* 557.

Aurelio: "Saliendo este de su casa, le preguntó Lu»cio adónde iba; y el Emperador le respondió: *es »decoroso tambien al viejo el aprender, y por esto voy »á oir á Sexto, filósofo, para aprender lo que aun ig»noro.* Entónces Lucio, levantando las manos al cie»lo, exclamó diciendo: ¡oh Jupiter! ¡el Emperador »de los romanos, ya viejo, con el cartapacio colgado »de la cintura, va á la escuela como los niños!" Estos y otros exemplos de la vejez son eficacísimos para instruccion del hombre en las demas edades inferiores. La perfeccion del christianismo obliga á aventajar en ellos á los paganos.

En los motivos que hacen venerable la ancianidad, se han visto convenir la razon, la práctica de las naciones cultas, y la antiquísima persuasion que exístia al formarse los idiomas; pues que en estos se reconoce inmemorial el orígen de los títulos honoríficos, que se derivan de las palabras significantes *viejo* y *vejez*. No obstante la antigüedad, eficacia y racionalidad de estos motivos, que fundan casi un derecho natural para honrar la vejez, no sin horror de la humanidad se lee, que algunas naciones bárbaras, y monstruos de la naturaleza, de cuyos derechos se despojan, mataban á los viejos quando, endebles por achaques ó edad, eran incapaces de trabajar para sustentarse. Los viejos mesajetas, crueles consigo mismos por la bárbara costumbre de su nacion, juzgaban (1) digno fin de su vejez, que sus nacionales comiesen sus carnes mezcladas con las de oveja: los que morian por enfermedad solamente eran dignos de ser pasto de las fieras. Los

(1) *Strabonis geographia*, &c. de la edicion citada, lib. 11, p. 781, correspondiente á la p. 513 de la edicion parisiense.

Los bactrianos (1) echaban á los perros los viejos y los enfermos desauciados; y los caspios hacian morir de hambre á los viejos. Entre los trogloditas (2) ninguno se veia enfermizo, ni de mas de sesenta años; porque mataban á los incurables, impedidos y viejos. Los herulos (3) hacian lo mismo: y los indios padeos (4) mataban á los enfermos, y se comian á los viejos. Este inhumano y cruel obrar que se cuenta de algunas naciones antiguas, pareceria increible si no se hallase verificado, y renovado en algunas modernas de América y Africa. En esta los hotentotes (5), que tienen vida larguísima, matan á los viejos que no pueden ser útiles. Las naciones bárbaras de América, dice Lafiteau (6), matan freqüentemente á los viejos inútiles: y los de la nacion algonquina, y de otras que viven errantes, no pudiendo seguirlas en las correrías, suelen pedir ellos mismos que se les quite la vida. Esta bárbara crueldad de los hombres no se halla en las bestias: la naturaleza de estas no supo jamas hacer lo que

(1) En el dicho lib. 11, p. 786, correspondiente á la p. 517 de la edicion parisiense.

(2) Diodori Siculi *bibliothecæ historicæ libri gr. ac. lat. edente Petro Wesselingio.* Amstel. 1746, fol. vol. 2. En el vol. 1, lib. 3, n. 116, §. 33, p. 198.

(3) Procopii Cæsariensis *opera gr. ac lat. interprete Claudio Maltreto*, Soc. J. Paris 1662, vol. 2, fol. En el vol. 1, *historiar. libri*, lib. 2, cap. 14, p. 419.

(4) Herodoti Halicarnasei *histor.*, *&c.* de la edicion citada, lib. 3, §. 99, p. 199.

(5) Storia de' viaggi, vol. 18, lib. 14, cap. 3.

(6) Moœurs des sauvages americains par. le P. Lafiteau de la Comp. de Jesus. Par. 1724, 12. vol. 4. En el vol. 2, p. 188.

que llega á practicar la impiedad humana, cuyas exécrandas crueldades nos hacen conocer el influxo casi increible que la educacion viciosa tiene para ofuscar la razon natural en los hombres, y hacer que ellos con la luz de la razon obren lo que repugna á toda naturaleza. Estos hombres, despojados de toda humanidad, no pierden la razon natural; mas la luz de esta se eclipsa tanto en ellos, que quedan en mayores tinieblas que las bestias.

CAPÍTULO IV.

Edad decrépita.

Acertadamente distinguen algunos autores (1) la vejez en tres clases ó edades, que llaman edad verde por la experiencia y prudencia, edad achacosa, y edad decrépita. La primera edad de la vejez se establece bien con los persas á los cinqüenta años; en los que la prudencia humana suele ser consumada. Los Jesuitas (2) cuentan la vejez desde sesenta hasta ochenta años, despues de los quales entra la edad decrépita. La complexion natural, en cada hombre es tan variable, que algunos de cinqüenta años aparecen y son co-

(1) Lorenzo Beyerlinck citado: Joannis de Pineda, *è Soc. J. in Ecclesiastem commentariorum liber.* Par. 1620, fol. in cap. 12, p. 844, &c.

(2) Theologia moralis: *Auct. Claudio La Croix, Soc. J.* Venet. 1722, fol. vol. 2. En el vol. 1, lib. 3, p. 1, n. 1026. Trata de la edad de la vejez Tomas Sanchez, Jesuita, en su obra *Disputationes de S. Matrimonio.* Amst. 1614, fol. vol. 3. En el vol. 2, lib. 7, disp. 32, n. 15, 16, p. 122.

como viejos decrépitos; y otros de setenta años gozan la sanidad de cuerpo y mente, que suele ser propia de la virilidad; por lo que en órden físico no se puede señalar el tiempo en que empieza la edad decrépita; como tampoco se puede determinar la duracion de la vida humana.

La edad decrépita, de que el Ecclesiastés (1) hace elegante y alegórica descripcion, por gracia se podrá llamar parte de la vida humana: "En ella, como di»ce Plinio (2), se entorpecen los miembros y senti»dos: mueren anticipadamente la vista, el oido, el »movimiento y los dientes, instrumentos de lo que se »come: no obstante este tiempo se cuenta entre el de »la vida." Cantó bien Cornelio Galo (3), diciendo:

Jam minor auditus, gustus minor, ipsa minora
Lumina: vix tactu noscere certa queat.
Nullus dulcis odor, nulla est jam grata voluptas:
Sensibus expertem quis superesse putet?

La edad decrépita es parte de vida que es mas animal que humana; ó es vida que hace visible la muerte. Galeno (4) dice, que el camino para esta, que estaba oculto, se hace patente al declinar el hombre con la vejez. El hombre vigoroso en la juventud y virilidad, viendo morir á otros que habia conocido sanos y

(1) Véase Pineda citado, p. 844, *interpretatio* 6.

(2) C. Plinii, *histor. nat. libri cum not. Joan. Harduini, Soc. J.* Par. 1723, fol. vol. 2, en el lib. 7, §. 51, cap. 50, p. 46 del vol. 1.

(3) Cornelio Galo en la edicion citada, verso 129.

(4) Epitome Galeni operum: Auct. Andr. Lacuña, Lugd. 1643, fol. *De marasmo liber*, p. 390.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

que llega á practicar la impiedad humana, cuyas exécrandas crueldades nos hacen conocer el influxo casi increible que la educacion viciosa tiene para ofuscar la razon natural en los hombres, y hacer que ellos con la luz de la razon obren lo que repugna á toda naturaleza. Estos hombres, despojados de toda humanidad, no pierden la razon natural; mas la luz de esta se eclipsa tanto en ellos, que quedan en mayores tinieblas que las bestias.

CAPÍTULO IV.

Edad decrépita.

Acertadamente distinguen algunos autores (1) la vejez en tres clases ó edades, que llaman edad verde por la experiencia y prudencia, edad achacosa, y edad decrépita. La primera edad de la vejez se establece bien con los persas á los cinqüenta años; en los que la prudencia humana suele ser consumada. Los Jesuitas (2) cuentan la vejez desde sesenta hasta ochenta años, despues de los quales entra la edad decrépita. La complexion natural, en cada hombre es tan variable, que algunos de cinqüenta años aparecen y son co-

(1) Lorenzo Beyerlinck citado: Joannis de Pineda, *è Soc. J. in Ecclesiastem commentariorum liber.* Par. 1620, fol. in cap. 12, p. 844, &c.

(2) Theologia moralis: *Auct. Claudio La Croix, Soc. J.* Venet. 1722, fol. vol. 2. En el vol. 1, lib. 3, p. 1, n. 1026. Trata de la edad de la vejez Tomas Sanchez, Jesuita, en su obra *Disputationes de S. Matrimonio.* Amst. 1614, fol. vol. 3. En el vol. 2, lib. 7, disp. 32, n. 15, 16, p. 122.

como viejos decrépitos; y otros de setenta años gozan la sanidad de cuerpo y mente, que suele ser propia de la virilidad; por lo que en órden físico no se puede señalar el tiempo en que empieza la edad decrépita; como tampoco se puede determinar la duracion de la vida humana.

La edad decrépita, de que el Ecclesiastés (1) hace elegante y alegórica descripcion, por gracia se podrá llamar parte de la vida humana: "En ella, como di»ce Plinio (2), se entorpecen los miembros y senti»dos: mueren anticipadamente la vista, el oido, el »movimiento y los dientes, instrumentos de lo que se »come: no obstante este tiempo se cuenta entre el de »la vida." Cantó bien Cornelio Galo (3), diciendo:

Jam minor auditus, gustus minor, ipsa minora
Lumina: vix tactu noscere certa queat.
Nullus dulcis odor, nulla est jam grata voluptas:
Sensibus expertem quis superesse putet?

La edad decrépita es parte de vida que es mas animal que humana; ó es vida que hace visible la muerte. Galeno (4) dice, que el camino para esta, que estaba oculto, se hace patente al declinar el hombre con la vejez. El hombre vigoroso en la juventud y virilidad, viendo morir á otros que habia conocido sanos y

(1) Véase Pineda citado, p. 844, *interpretatio* 6.

(2) C. Plinii, *histor. nat. libri cum not. Joan. Harduini, Soc. J.* Par. 1723, fol. vol. 2, en el lib. 7, §. 51, cap. 50, p. 46 del vol. 1.

(3) Cornelio Galo en la edicion citada, verso 129.

(4) Epitome Galeni operum: Auct. Andr. Lacuña, Lugd. 1643, fol. *De marasmo liber*, p. 390.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

y robustos, no acierta á persuadirse que ha de morir; porque no siente en sí, ni ve la mortalidad. Esta se halla siempre en el cuerpo humano desde su concepcion: se interna y penetra con sus carnes y huesos; y la vejez la hace salir fuera, y como negra sombra de la muerte, extenderse por toda la superficie de su cuerpo.

El hombre en la vejez, miéntras esta le permite hacer figura en la sociedad civil, es el mejor mueble de ella; porque con su estudio y experiencia, es libro vivo que enseña. Entónces es mas de la sociedad que de sí mismo; y es mas del espíritu que del cuerpo; porque debilitado el vicioso vigor de este, su alma se abandona mas desembarazadamente al estudio práctico de la virtud. Pero porque el espíritu en su obrar depende del cuerpo, luego que en este, con la edad avanzada, el mecanismo padece alteracion notable, el viejo, que dexó de poder servir con su valor, no puede ya servir con el consejo. En este estado el viejo suele dar pruebas solamente momentáneas de lo que fué; y hace conocer que la inconstancia de sus conocimientos y discursos depende no de la debilidad de su espíritu, sino de la perturbacion de las ideas materiales en su fantasía, y de la insensibilidad de esta, y de sus órganos y sentidos á la nueva impresion de los objetos. En la edad decrépita el hombre vuelve á entrar en la corta esfera en que la naturaleza le puso en su niñez; por lo que, como los niños, se suele deleytar de cosas superficiales, y de apariencias momentáneas. Su espíritu en la niñez animaba un cuerpo en que el defecto de solidez impedia la permanente configuracion á la impresion de los objetos, como la blandura del agua no hace estables la figura ó rastro del baston que la mueve. En la vejez, por lo contrario, el alma aníma un cuerpo seco, endurecido, y casi osificado; por lo que cesa el mecánico movimiento de algunos órganos corporales; y todos resisten á la impresion de los objetos, haciéndose esta insensible, ó de duracion momentánea. He aquí diversas causas con efectos análogos en las diferentes edades de la niñez y vejez decrépita del hombre.

La vista del viejo impedido, ó decrépito, es humillante y temible para la humanidad. Se humilla esta por el abatimiento infeliz en que se ve á la naturaleza humana; y teme ó tiembla porque se ve práctica y sensiblemente como en todo hombre debe apagarse necesariamente la luz de la vida mortal. No hay hombre que se halle contento con la vejez, aunque no sea decrépita; porque, entrando en la vejez, sabe no seguirse despues de ella otra edad, sino la muerte; y que quanto mas dure la vejez, tantos mayores trabajos le prepara la naturaleza, la qual no le librará de ellos sino robándole la vida. Con todo eso, no hay niño, jóven, ni hombre hecho que no deseen ver la vejez, y vivir mucho tiempo en ella: "Semejantes »son, decia Teodectes (1), la vejez y el matrimo»nio: todos los hombres desean estas dos cosas; y »despues que las logran se entristecen." La vejez achacosa es estado verdaderamente miserable; pero el viejo la sufre con resignacion, porque sabe que la vejez no puede faltar sin venir la muerte, último y tremendo mal. Al que amenaza pena capital, qualquiera otro castigo inferior le parece ser un especial beneficio.

El

(1) *Loci communes sacri, et profani gr. ac lat. per Joan Stobeum, &c.* Francof. 1581, fol. serm. 187, n. 10, p. 641.

El hombre pues en la edad decrépita, da las últimas llamaradas de su vida: "Esta, decia Antifanes (1), es como el vino que se aceda quando es »poco." La vida humana tiene sus grados, y en la vejez decrépita llega al último, en que la naturaleza no le da fuerza sino meramente para vivir. En esta ocasion la vida depende mas de los oficios agenos de humanidad, que de la industria propia. La razon y el agradecimiento piden asistencia y socorros debidos por su justicia en premio de los servicios hechos por el viejo á la sociedad civil. Pide ayuda el hombre que nace, y la razon y equidad se la conceden por la esperanza de su utilidad incierta: el viejo que la ha dado, pide el socorro por derecho de agradecimiento y justicia. Las naciones civilizadas que mantienen siempre viva la lumbrera de la razon, penetradas de humanidad y agradecimiento, compiten en honrar y asistir caritativamente á los viejos. Sus preceptos y máximas de respetar y venerar la vejez, no reconocen límites sino en la muerte. La duracion de la vida de los viejos les parece siempre corta para darles pruebas de su respeto y agradecimiento: su muerte siempre se recibe como temprana con horror y llanto; y despues de ella se esconden respetosamente en depósito sagrado las reliquias de su mortalidad, y al espíritu inmortal se ayuda con obras de piedad.

He propuesto brevemente la edad decrépita del hombre, en la que no sabré determinar si este es digno de compasion. Si atendemos á lo que promete el mundo, ¿qué puede desear ver y gozar el hombre despues del desengaño práctico de toda su vida? Si desea ver lo que ha visto, quiere renovar los motivos

(1) Stobeo en la edicion citada, serm. 268, p. 866.

vos de su afliccion y desengaño. Si no se contenta con lo que ha visto, no dude que se expone á ver cosas peores. Por esto el viejo anticipadamente á su edad decrépita, no debe temer esta como gran mal, digno de su afliccion, y de la compasion de los que la miran. Si atendemos á los motivos de religion, y á la vida del espíritu, la piedad y la razon religiosa hacen desear un perfecto conocimiento en el hombre que se avecina á la muerte, por ser muy estimables los últimos años, y aun momentos de su vida, para clamar á Dios, y disponerse para la eternidad, á que va á entrar. Mas para consuelo de los que temen llegar á la edad decrépita, deberé decir, que si el hombre se ha prevenido con una buena vida para la hora de la muerte, no es desgraciado por llegar á la edad decrépita; porque el haber entrado en esta no es otra cosa sino haberle vendado los ojos de su alma la naturaleza piadosa, para que no vea el extremo miserable de su vida mortal; ni tema su presencia, que aparece horrible á todos los que con vista clara la ven. El viejo decrépito sale de este mundo á poca diferencia de como está él á lo último de su vida, y de como entró en él. Cantó bien Cornelio Galo (1), diciendo:

Ortus cuncta suos reperunt, matremque requirunt:
Et redit ad nihilum, quod fuit ante nihil.

En la naturaleza corresponden maravillosamente los fines á los principios: nos echa de esta region mortal, como nos recibió en ella: y si es felicidad del hombre infante, que nace, el carecer de todo co-

(1) Cornelio Galo en la edicion citada, verso 231.

conocimiento para no afligirse con él de su vida mortal, y del miserable mundo en que ha de vivir; felicidad es tambien del hombre que en la edad decrépita está para morir, el carecer de conocimiento para no afligirse con las miserias de una vida que acaba, y de una muerte que se la roba. ¡Sabia providencia de nuestro Dios, que niega á nuestro espíritu el conocimiento perfecto de los dos extremos de nuestra vida, para que no le asuste la entrada en ella, ni le horrorice la salida!

CAPÍTULO V.

El hombre en la enfermedad.

No es necesario que preceda la enfermedad para que venga la muerte: falta al hombre la vida porque su naturaleza es mortal. Segun esto la enfermedad natural del hombre es aquel estado en que, como se insinua ántes, la naturaleza humana, por ser mortal, se destruye á sí misma con su obrar uniforme. Mas porque en la mayor parte de los hombres suele acaecer algun desconcierto de humores, que no procediendo inmediatamente del obrar uniforme de la naturaleza, sino de causas accidentales, les quita la vida ántes del tiempo que prescribe su mortalidad, ó les pone en peligro de muerte, ó les acarrea freqüentes y trabajosas enfermedades, me ha parecido cosa conveniente, despues de la vejez á que sigue la muerte, considerar al hombre en la enfermedad, para suministrarle algunos avisos y consejos saludables de conformidad y paciencia á su ánimo, entónces afligido con la indisposicion corporal que padece, con el retiro en que vive, y con el horror á la muerte que teme.

En

En toda enfermedad, decia Séneca (1), afligen al hombre tres cosas, que son, el dolor del cuerpo, la interrupcion de los placeres, y el temor de la muerte; así se puede decir con verdad, que la enfermedad se hace pesada por el bien de que priva, por el mal que hace padecer, y por el mayor mal de la muerte que hace temer. Yo no dudo que todos estos motivos de afliccion combaten el espíritu del enfermo; mas este no dexa de tener otros muchos con que resistir vigorosamente á tal combate, exercitando las virtudes de un ánimo racional, heroyco y christiano. Para proponer esto con claridad, empiezo á tratar con distincion de los motivos insinuados que afligen el corazon del enfermo.

Todo dolor corporal atormenta al que le padece, y suele abatir su espíritu; por esto se dice que no hay dolor pequeño; porque qualquiera especie de dolor causa disturbio en el ánimo y cuerpo. Y si todo dolor se hace sensible al que le padece, ¿quánto lo será el dolor agudo de aquellas enfermedades en que el paciente parece no poder atender á otra cosa, sino á considerar su tormento? Es inegable que todo dolor, por pequeño que sea, si es continuo, se hace pesado, y si es agudo, se suele mirar como intolerable; mas si bien consideramos esto, el aparecer pesado todo ligero dolor que sea continuo, y representarse intolerable todo dolor agudo, provienen en gran parte de la aprension. El dolor tolerable se hace muy pesado, si dura; ¿mas quién no ve que el cuerpo siente solamente lo presente, y no lo pasado ni futuro? Si el dolor es tolerable en sí, el ánimo le debe considerar como ligero y momentáneo; porque

(1) Epist. 77.

conocimiento para no afligirse con él de su vida mortal, y del miserable mundo en que ha de vivir; felicidad es tambien del hombre que en la edad decrépita está para morir, el carecer de conocimiento para no afligirse con las miserias de una vida que acaba, y de una muerte que se la roba. ¡Sabia providencia de nuestro Dios, que niega á nuestro espíritu el conocimiento perfecto de los dos extremos de nuestra vida, para que no le asuste la entrada en ella, ni le horrorice la salida!

CAPÍTULO V.

El hombre en la enfermedad.

No es necesario que preceda la enfermedad para que venga la muerte: falta al hombre la vida porque su naturaleza es mortal. Segun esto la enfermedad natural del hombre es aquel estado en que, como se insinua ántes, la naturaleza humana, por ser mortal, se destruye á sí misma con su obrar uniforme. Mas porque en la mayor parte de los hombres suele acaecer algun desconcierto de humores, que no procediendo inmediatamente del obrar uniforme de la naturaleza, sino de causas accidentales, les quita la vida ántes del tiempo que prescribe su mortalidad, ó les pone en peligro de muerte, ó les acarrea freqüentes y trabajosas enfermedades, me ha parecido cosa conveniente, despues de la vejez á que sigue la muerte, considerar al hombre en la enfermedad, para suministrarle algunos avisos y consejos saludables de conformidad y paciencia á su ánimo, entónces afligido con la indisposicion corporal que padece, con el retiro en que vive, y con el horror á la muerte que teme.

En

En toda enfermedad, decia Séneca (1), afligen al hombre tres cosas, que son, el dolor del cuerpo, la interrupcion de los placeres, y el temor de la muerte; así se puede decir con verdad, que la enfermedad se hace pesada por el bien de que priva, por el mal que hace padecer, y por el mayor mal de la muerte que hace temer. Yo no dudo que todos estos motivos de afliccion combaten el espíritu del enfermo; mas este no dexa de tener otros muchos con que resistir vigorosamente á tal combate, exercitando las virtudes de un ánimo racional, heroyco y christiano. Para proponer esto con claridad, empiezo á tratar con distincion de los motivos insinuados que afligen el corazon del enfermo.

Todo dolor corporal atormenta al que le padece, y suele abatir su espíritu; por esto se dice que no hay dolor pequeño; porque qualquiera especie de dolor causa disturbio en el ánimo y cuerpo. Y si todo dolor se hace sensible al que le padece, ¿quánto lo será el dolor agudo de aquellas enfermedades en que el paciente parece no poder atender á otra cosa, sino á considerar su tormento? Es inegable que todo dolor, por pequeño que sea, si es continuo, se hace pesado, y si es agudo, se suele mirar como intolerable; mas si bien consideramos esto, el aparecer pesado todo ligero dolor que sea continuo, y representarse intolerable todo dolor agudo, provienen en gran parte de la aprension. El dolor tolerable se hace muy pesado, si dura; ¿mas quién no ve que el cuerpo siente solamente lo presente, y no lo pasado ni futuro? Si el dolor es tolerable en sí, el ánimo le debe considerar como ligero y momentáneo; porque

(1) Epist. 77.

que ligeró es todo dolor tolerable ; y momentáneo es lo que solamente puede afligir por un instante el cuerpo. No es este , como nuestro espíritu , capaz de sentir al mismo tiempo lo pasado , presente y futuro.

Si se me dice que á lo ménos el dolor agudo, aunque sea momentáneo, se hace casi intolerable al cuerpo por el tormento que le causa , y por el abatimiento en que á cada instante le pone , yo responderé que no puede aparecer como intolerable , lo que puede sufrir una naturaleza tan flaca como es la del hombre. ¿Quién no alaba la maravillosa providencia de nuestro Dios , con que ha dispuesto que la naturaleza humana no sea capaz de dolores agudísimos? Ningun hombre puede naturalmente ser atormentado agudamente y por mucho tiempo ; porque todo dolor, si es agudo , priva luego de sentidos, ó tiene necesariamente sus intervalos. Si un dolor es agudísimo, debe cesar prontamente ó dexando al enfermo , ó privándole de sentidos , ó de vida ; ó debe acabar el dolor , ó debe luego acabar el que le padece ; así no hay dolor que no sea tolerable.

Prescindiendo de las razones que se acaban de decir , se podrá afirmar absolutamente, que todo dolor se representa al enfermo como muy tolerable por la esperanza que tiene de librarse de él. ¿ Quién no admira en todo enfermo la esperanza de sanar con que se mantiene hasta el último aliento de su vida ? Esta esperanza es ménos racional que christiana , y se debe mirar como medio prodigioso para sentir ménos el tormento de los dolores. Conoce el hombre , que si Dios con admirable disposicion ha colocado el espíritu en el vaso frágil del cuerpo , expuesto á tantas enfermedades , tambien con singular providencia ha criado el remedio para curárselas , y le ha dotado del conocimiento de la medicina , de la que el mismo

mo Señor se quiere llamar verdadero autor (1). Con este conocimiento comun , y como natural á todo hombre , experimentamos que todo enfermo vive con esperanza de recobrar la salud : ninguno por mas desauciado que esté , se persuade absolutamente ser su mal irremediable. Una esperanza tan firme y tan comun en todo hombre , no tiene otro fundamento que el conocer la adorable providencia de nuestro Dios , que crió para todo mal su remedio. Si en el enfermo faltára esta esperanza , no dudo que el dolor se le haria mas pesado ; mas solamente llega á faltar quando le falta la vida ó el conocimiento.

No juzgo yo reprehensible en los enfermos la constante esperanza de recobrar la salud por mas incurable que aparezca el mal. La razon es, primeramente , porque la experiencia nos enseña constantemente que esta esperanza conduce mucho para sanar. El espíritu es tan poderoso sobre el cuerpo , que como vemos freqüentemente , unas veces con sus afectos le da vigor y fuerzas , y otras le postra y pone en los umbrales de la muerte. En segundo lugar , la esperanza de la salud en los enfermos no es otra cosa que esperar en los medios que el Altísimo le ha dado para lograrla ; y esto , quando se hace con la conformidad debida , es cosa santa.

Es pues justo , y conforme á los documentos que tenemos en los libros sagrados , el esperar en las medicinas que con piedad y providencia admirable ha criado nuestro Dios para nuestro remedio. Esta esperanza, aunque fundada en medios naturales, mira principalísimamente al supremo Autor de ellos que les da la eficacia. Por tanto el hombre , esperando en las me-

(1) Eccl. 38 , 1.

medicinas, debe poner toda su confianza en el Señor, que les da la virtud. Si en las medicinas no echa de ver aquel efecto que desea, no por esto se ha de abandonar á la desconfianza (1), ántes bien con mayor fe y confianza debe orar humildemente al Señor, que le curará. No sea como otro Asa (2), que ponga toda su esperanza en los remedios humanos solos; sino recurra á la piedad de quien, siendo señor de la vida y muerte (3), da la salud y la enfermedad. Así lo hacia el santo y piadoso Rey David quando decia: (4) "Clamé, Señor, á vos continua-»mente, y levanté las manos á vos. ¿Esperais, por »ventura, Señor, la muerte de vuestros siervos para »hacer prodigios con ellos? ¿Podrán los médicos re-»sucitarlos para que bendigan vuestro santo nombre? »¿Hay alguno que, perdida la vida, publique ó vo-»cee en el sepulcro vuestras piedades? ¿Cómo en aque-»lla region del olvido y de tinieblas se conocerán »vuestras maravillas, y los efectos de vuestra bon-»dad y justicia?"

Si, como hemos propuesto hasta aquí, sirve de consuelo al hombre afligido con la enfermedad, la esperanza en las medicinas, y en el autor de ellas, y de la vida y de la muerte; no es menor el que le deben dar varias consideraciones con que reconozca la enfermedad como prueba amorosa de nuestro Dios, como exercicio meritorio de su paciencia, y como satis-

(1) Eccl. 38, 9. *Filii in tua infirmitate ne despicias te ipsum, sed ora Dominum, et ipse curabit te.*
(2) II. Parap. 16, 12.
(3) Sapient. 16, 13.
(4) Psalm. 87, vers. 10, 11, 12.

tisfaccion de sus culpas. Séneca (1), exhortando á la grandeza de ánimo que debe temer el enfermo, decia: "Si el hombre sufre con heroycidad el dolor de »sus heridas recibidas en la guerra, ¿por qué no se »mostrará tambien valeroso quando está enfermo en »su lecho?" No ménos en este que en la guerra, tie-»ne ocasion de mostrar su valor. "La vanidad de apa-»recer hombre fuerte, decia Ciceron (2), basta para »despreciar todo dolor: es cosa indigna del varon »fuerte, gemir, quejarse, y aun dar señas de sentimien-»to por el dolor: este cede á la magnanimidad." Si estos filósofos juzgaban que el vicio ó la vanagloria de aparecer magnánimo, era bastante para sufrir valerosamente todo dolor, y aun para despreciarlo, ¿quánto mas deberá bastar, no el vicio, sino la verdadera virtud? ¿no la vanidad de aparecer hombre fuerte, sino el conocimiento de ser nuestro cuerpo un vaso frágil, y de ser las enfermedades gages de nuestra mortalidad, prueba de nuestra paciencia, remedio de nuestra soberbia, motivo de nuestra conformidad con la voluntad divina, y pena suave de lo mucho que merecen nuestras culpas?

Estas consideraciones son los medios de que siempre se han valido las personas santas para mantenerse en la enfermedad con la misma quietud de ánimo que tenian en tiempo de salud. ¿Qué consuelo no es ver á tantas personas de virtud, que luchando con los mas crueles dolores, se nos muestran con rostro placentero, y con ánimo superior á toda cosa terrena? Penetradas estas buenas almas de una viva fe, con la que reconocen ser todo gobernado por la providencia

(1) Epistol. 78.
(2) Disput. Tuscul. lib. 2, cerca de la mitad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cia amorosa de nuestro Dios para nuestro mayor bien, miran las enfermedades y dolores como otros tantos medios para purificarse de todo afecto terreno, y como pruebas de una grandeza de ánimo que se muestra insensible, no por vanidad, sino por el exercicio de la humildad, paciencia y conformidad con las disposiciones de nuestro Dios. Así un Job, llagado desde los pies á la cabeza, y teniendo un muladar por lecho, estaba fuerte y alegre, bendiciendo al Señor, no ménos en la desgracia y enfermedad, que en la prosperidad y salud. Así una santa Liduina, treinta y ocho años enferma, y reducida á un pobre lecho por treinta años, siempre atormentada con vivos dolores, se mantuvo con maravillosa tranquilidad y alegría de espíritu. ¡Qué grandeza y heroycidad la de estas benditas almas, cuyo sosiego era inalterable; y en las que no tenia mas poder la enfermedad que la salud! No es miserable de ninguna manera el hombre por estar enfermo y atormentado de dolores; porque estos, si su espíritu se une con nuestro Dios, no son capaces de quitarle la quietud, serenidad y alegría interior, en que consiste la bienaventuranza de nuestra vida. ¿Será feliz el hombre, que gozando de los placeres del cuerpo, vive en continuo combate y afliccion de espíritu? No: luego nada importa padecer en el cuerpo, si el espíritu, léjos de afligirse, vive alegre en medio de este padecer.

Hemos tratado de la afliccion del hombre enfermo por causa de los dolores que acompañan ordinariamente á la enfermedad: síguese tratar del disturbio que suelen padecer algunos por la interrupcion de placeres que causan las enfermedades. Yo no sé como algunos hombres se juzguen miserables por esto, como si fuera verdadero mal la precisa privacion del mayor bien terreno. El cuerpo, á diferencia del

del espíritu, siente solamente el mal que padece; mas no siente la privacion del bien ó placer de que no goza; por tanto la interrupcion ó privacion de los placeres se hace pesada al hombre, no porque no los goza, sino por la aprension de su espíritu vicioso y brutal que los apetece. ¿Mas quién no ve que los placeres humanos, si tal vez agradan momentáneamente al cuerpo, siempre ocasionan grande afliccion al espíritu; y que este por lo contrario sabe, y es capaz de lograr en medio de las enfermedades la verdadera tranquilidad? Las enfermedades, nos dice el Espíritu Santo (1), hacen sobria el alma. Y á la verdad, ¿con quán grande consuelo vemos este efecto en tantos enfermos en que la enfermedad del cuerpo abre los ojos del espíritu para conocer lo vano é irracional de las pasiones de la carne? ¿Qué alegría no es el ver que la enfermedad hace manso, compasivo, dócil, humilde y moderado al que ántes era duro, colérico y desarreglado? ¿En quántos hombres hemos visto que la enfermedad de la carne haya sanado la corrupcion de su mente viciosa? No son, pues, las enfermedades tan temibles como nos las pinta la imaginacion: el hombre se hace con ellas incapaz de gozar de aquellos placeres, de los que si nunca pudiese gozar, seria dichoso en el cuerpo y en el espíritu; porque, ¿quántos y quán repetidos males han acarreado á uno y á otro la glotonería, la soberbia, la cólera, y los demas vicios? ¿Quántas veces los efectos de estos vicios y placeres mundanos, despues de haber dado la muerte espiritual al alma, han ocasio-

(1) Eccl. 31, 2. *Infirmitas gravis sobriam facit animam.*

sionado indisposiciones, dolores y enfermedades peligrosas al cuerpo? Así la interrupcion de placeres que causan las enfermedades, léjos de ser mal físico del cuerpo, causan á este y al alma grande bien.

El último, y quizá mayor mal, que, como se insinuó ántes, causa en los hombres la presencia de la enfermedad, es el temor de la muerte que les amenaza. No hay duda que la muerte es naturalmente temible, aunque no tanto como la quieren temer los hombres. Hay muchos motivos naturales para desterrar este temor, y son muchos mas los sobrenaturales que enseñan á recibirla con alegría, como largamente diré en el siguiente capítulo. Por ahora digo solamente, que la enfermedad podrá hacer temible la muerte, como la hace la vejez; y aun no tanto, porque esta es enfermedad natural incurable; ¿y no seria irracional el viejo que viviese en continua zozobra, porque estaba en un estado de vida á quien amenaza la muerte? Lo mismo se podria decir del enfermo á quien afligiese extraordinariamente el temor de la muerte.

No puedo ménos de hacer aquí una debida reflexîon sobre la irracionalidad y aun impiedad de aquellos christianos que en su enfermedad dilatan recibir por viático el santísimo cuerpo de nuestro señor Jesuchristo, por temor de entristecerse con la muerte que miran vecina. Esta ilusion es un ardid de que el diablo se vale para que muchos mueran sin el socorro y ayuda de este santo sacramento, ó le reciban sin el mayor provecho por estar casi privados de sentidos. Decidme, enfermos, ¿qué temeis en el santo viático, que así resistis el recibirlo? ¿Creeis que os acelera la muerte? Me direis que ántes bien os puede dar la sanidad del cuerpo, al mismo tiempo que da la gracia que recibe el espíritu. Si así es, y así lo

lo creeis, ¿de dónde, sino de una ilusion diabólica, proviene que el enfermo, y quantos le asisten, conspiren á dilatar el santo viático? Si es medicina del alma y del cuerpo, ¿cómo vuestra fe es tan flaca, que no procurais quanto ántes lograrla y recibirla? Para precaver los desórdenes que en esta materia se experimentan comunmente, el zelo y la vigilancia de los pastores eclesiásticos han ordenado que se deba dar el santo viático á los enfermos al asomarse qualquiera enfermedad peligrosa; y para que esta justa providencia tenga el debido efecto, en varias universidades los profesores de medicina, al recibir grado de honor literario en esta, hacen juramento de avisar al enfermo, ó á los que le asisten, el tiempo y circunstancias en que debe confesarse, y recibir la sagrada Eucaristía. Muchísimos médicos se descuidan maliciosamente en dar este aviso; por lo que algunos enfermos se mueren sin recibir el santo viático, y muchos le reciben ya moribundos. Y he aquí, que este desórden, no poco comun, es causa de daños no solamente espirituales, sino tambien corporales, de la mayor importancia. Se experimenta que suele morir á lo ménos una décima parte de los que reciben el santo viático, porque este se da comunmente quando la enfermedad se ha declarado mortalmente maligna; y segun la idea que se tiene de esta práctica, el decir á un enfermo que se disponga para recibir el santo viático, es lo mismo que anunciar la muerte á su fantasía alterada y tímida. Quanto influxo tengan las noticias funestas para empeorar los enfermos, acelerarles la muerte, y aun quitarles repentinamente la vida, lo demuestran freqüentes casos prácticos; y la medicina reconoce por axioma la muerte cierta del enfermo que desconfia de todo remedio, y pierde totalmente la esperanza de recobrar la salud. Si se

experimentára que moria uno solo de ciento que rec i bian el santo viático, no produciria efectos funesto la noticia de deber recibirle. Mas no sucederá este caso miéntras el gobierno público no conozca que toca á su inspeccion la execucion de lo que prescribe la Iglesia sobre el tiempo en que se debe dar el santo viático. Este exercicio religioso merece hoy ser objeto del buen gobierno que procura alejar de la sociedad civil toda sombra de daño ó preocupacion.

¿Y qué se deberá decir del tiempo y de las circunstancias en que, por culpable descuido de muchos médicos, se suele dar el Sacramento de la Extremauncion? Ellos dan motivo para que los heterodoxôs infamen el catolicismo diciendo, que en este la Extremauncion sirve mas para ungir cadáveres, que cuerpos vivos. De diez personas que reciben este sacramento, suelen morir nueve; por lo que el avisar á un enfermo para que la reciba, es lo mismo que anunciarle presente é inevitable el fatal golpe de la muerte; noticia capaz de postrar al mas robusto, y de matar no pocos sanos. Antiguamente, por muchos siglos, la santa Extremauncion se daba ántes del viático, y se daba quando el enfermo estaba vigoroso; porque consta, que en algunas Iglesias se repetia hasta siete veces: los enfermos la recibian de rodillas, y tal vez en la Iglesia. Esta antigua costumbre se abandonó (1) en el siglo XIII, quizá por evitar

(1) Edmundo Martene, Benedictino, trata fundamentalmente de la antigua disciplina eclesiástica en dar la santa Extremauncion. Véase su obra *de antiquis ecclesiæ ritibus. Rotomagi* 1700, 4. vol. 3. En el vol. 2, lib. 1, cap. 2, p. 103. Véase tambien Honorato Tournely, *continuatio prælectionum theologicarum, sive de theologia morali.* En el tomo 6, parte 2, tratado 4 de la Extremauncion, cap. 5.

tar algunos errores que introduxo la ignorancia, ó la avaricia; y parece que convendria renovarle para evitar los funestos efectos que suelen resultar del descuido de los médicos en avisar á los enfermos que reciban la Extremauncion, dexándolo para quando ya estan en los umbrales de la eternidad. Y hasta que por legítima autoridad se renovase la dicha antigua costumbre, convendria que se diese la Extremauncion inmediatamente despues del santo viático. La Extremauncion es medicina no solamente del espíritu, sino tambien del cuerpo: si su efecto primario consiste en dar la gracia espiritual, el secundario consiste en dar salud al cuerpo; por lo que incongruentemente se da no en la enfermedad, sino á presencia de la muerte.

El tiempo de la enfermedad es aquel en que comunmente se hacen los testamentos; por lo que justamente de estos se debe tratar aquí. No son los últimos momentos de la vida humana los mejores ni los mas propios para pensar en las cosas perecederas que han de quedar en este mundo; ni la cabeza de los enfermos está bastantemente despejada para dar la mejor disposicion, quando el espíritu está turbado y angustiado con la enfermedad, con el miedo de la muerte corporal que teme, y con el temor espantoso de su fin incierto por toda la eternidad. Con freqüencia se ve hacerse en la hora de la muerte testamentos contra toda razon, y contra las intenciones que los mismos testadores declaráron sanos en perfecto juicio. El hombre juzga del mérito de los bie-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bienes temporales segun la necesidad ó utilidad que de ellos saca ; y como el enfermo que está en las puertas de la eternidad , mira ó desprecia como inútiles todos los bienes temporales , no suele disponer justamente de ellos. El negocio casi mas importante que en el mundo ocurre al hombre , es el de disponer de todos sus bienes : y la decision de este gran negocio , de que suele depender una larguísima cadena de efectos buenos ó funestos , se dexa para el tiempo de la enfermedad , en que el hombre suele tener ofuscado el conocimiento con los dolores del cuerpo , y con las pasiones del ánimo. Nos lamentamos de los desórdenes gravísimos que cada dia se experimentan ; y necesariamente deben resultar de una causa que las leyes permiten con infinito daño de la sociedad humana : lamentémonos de estas y de los legisladores , y corrijamos sus defectos : no seremos sabios , si no sabemos lo que ellos ignoráron. Las buenas leyes debian determinar , que los hombres, en el primer año en que tomasen estado , ó se hallasen en circunstancias de poder hacer testamento , lo hiciesen habiendo implorado la asistencia del Altísimo con la oracion y exercicios mas sagrados de la religion ; y que cada diez años debiesen renovarlo. De este modo los testamentos no darian motivo á tantos pleytos é injusticias ; y las leyes harian desaparecer la causa de innumerables desórdenes que inquietan el gobierno público , y siembran la cizaña de la discordia entre las familias privadas.

CA-

CAPÍTULO VI.

El hombre en la muerte.

El hombre en la muerte es el hombre en el terrible trance y último periodo de la vida , en que está para finalizar su peregrinacion entre los mortales, y en que se dispone para emprender el largo viage de la eternidad , desapareciendo de la vista de este mundo perecedero. Por tanto , la consideracion del hombre en la muerte nos convida á formar algunas reflexiones acerca de lo que le pasa en aquellos instantes que preceden inmediatamente á ella , y experimenta en el momento mismo de morir. De donde pasaré á proponer á quiénes debe ó no debe ser temible la muerte. No por esto pretendo exâminar aquí menudamente todo lo que pasará en aquella hora por el espíritu del hombre. Las circunstancias de esta obra no permiten extenderse en un asunto tan vasto , que , si se hubiera de tratar difusamente , pedia libros enteros ; siendo cierto , que el pensamiento de la muerte , y la preparacion para ella , son una ciencia en que se debe emplear toda la vida , como nos advierte el Señor en su Evangelio. Aun los filósofos , movidos del impulso de la luz natural , conociéron esto mismo ; por lo qual dixo Séneca : (1) "Toda la vida del hombre ha de ser escuela para saber vivir ; y lo que es mas admirable , toda ella »debe ser escuela para saber morir." Á todos pertenece , y con todos habla la doctrina de la muerte: es-

(1) *De brevit. vitæ.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bienes temporales segun la necesidad ó utilidad que de ellos saca ; y como el enfermo que está en las puertas de la eternidad , mira ó desprecia como inútiles todos los bienes temporales , no suele disponer justamente de ellos. El negocio casi mas importante que en el mundo ocurre al hombre , es el de disponer de todos sus bienes : y la decision de este gran negocio , de que suele depender una larguísima cadena de efectos buenos ó funestos , se dexa para el tiempo de la enfermedad , en que el hombre suele tener ofuscado el conocimiento con los dolores del cuerpo , y con las pasiones del ánimo. Nos lamentamos de los desórdenes gravísimos que cada dia se experimentan ; y necesariamente deben resultar de una causa que las leyes permiten con infinito daño de la sociedad humana : lamentémonos de estas y de los legisladores , y corrijamos sus defectos : no seremos sabios , si no sabemos lo que ellos ignoráron. Las buenas leyes debian determinar , que los hombres, en el primer año en que tomasen estado , ó se hallasen en circunstancias de poder hacer testamento , lo hiciesen habiendo implorado la asistencia del Altísimo con la oracion y exercicios mas sagrados de la religion ; y que cada diez años debiesen renovarlo. De este modo los testamentos no darian motivo á tantos pleytos é injusticias ; y las leyes harian desaparecer la causa de innumerables desórdenes que inquietan el gobierno público , y siembran la cizaña de la discordia entre las familias privadas.

CA-

CAPÍTULO VI.

El hombre en la muerte.

El hombre en la muerte es el hombre en el terrible trance y último periodo de la vida , en que está para finalizar su peregrinacion entre los mortales, y en que se dispone para emprender el largo viage de la eternidad , desapareciendo de la vista de este mundo perecedero. Por tanto , la consideracion del hombre en la muerte nos convida á formar algunas reflexiones acerca de lo que le pasa en aquellos instantes que preceden inmediatamente á ella , y experimenta en el momento mismo de morir. De donde pasaré á proponer á quiénes debe ó no debe ser temible la muerte. No por esto pretendo exâminar aquí menudamente todo lo que pasará en aquella hora por el espíritu del hombre. Las circunstancias de esta obra no permiten extenderse en un asunto tan vasto , que , si se hubiera de tratar difusamente , pedia libros enteros ; siendo cierto , que el pensamiento de la muerte , y la preparacion para ella , son una ciencia en que se debe emplear toda la vida , como nos advierte el Señor en su Evangelio. Aun los filósofos , movidos del impulso de la luz natural , conociéron esto mismo ; por lo qual dixo Séneca : (1) "Toda la vida del hombre ha de ser escuela para saber vivir ; y lo que es mas admirable , toda ella »debe ser escuela para saber morir." Á todos pertenece , y con todos habla la doctrina de la muerte: es-

(1) *De brevit. vitæ.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

esta obra, por ley fatal, inevitable y universal: y al aparecer á los hombres se les presenta dura é implacable: sorda para oir sus ruegos; y ciega para no enternecerse con la vista infeliz de los afligidos.

ARTÍCULO I.

Descripcion de algunas circunstancias que suelen preceder á la muerte.

El hombre conoce que es mortal, y se engaña lisonjeándose ser inmortal. Vivis como mortales, decia Séneca (1), y deseais como si fuerais inmortales. De este fanatismo procede lo que experimentamos que acaece en los últimos instantes de la vida á grande parte de los hombres, los quales llegan á la muerte con su entero conocimiento, y con todo eso mueren sin creerlo. Yo soy de sentir, que la mayor parte de los enfermos muere como si fuera repentina su muerte. Todo conspira á engañar al moribundo, los amigos, los parientes y los que los curan. Por no añadir mas afliccion á su afliccion, le representan su estado ménos peligroso de lo que es, y le dan á entender que aun saldrá de su enfermedad. El mismo moribundo va tambien de acuerdo con todos los que le engañan. ¿Qué hombre se ha visto morir, que por lo ménos no haya esperado vivir un dia mas? Oye su peligro: oye tal vez que está desauciado; y no obstante siempre se lisonjea de no morir en el dia en que está. Ved aquí un espíritu iluso, que se engaña con la inmortalidad fingida de su cuerpo. Mas los hombres que, sin embargo de estar amenazados del golpe inevitable de la muerte, y de no estar seguros de un instante de vida, piensan tan engañosamente, son aquellos que viviéron siempre engañándose con el pensamiento erróneo de la inmortalidad. Todos conocen, y todos dicen que es inevitable el morir; pero los jóvenes se persuaden que esto solamente toca á la edad avanzada. Llegan á esta, y aun esperan vivir algo mas. ¿Qué viejo hay que no espere vivir (1) todavía un año? En saliendo de la rigurosa estacion del invierno, le parece que tiene un salvoconducto, con el que no se le puede atrever la muerte por un año. Acostumbrado á pensar de esta manera, y ayudado del impulso que da á su espíritu el amor á la vida, cree que no morirá tan presto, aun quando se halla entre las congojas y agonías de la muerte; ilusion verdaderamente digna de contarse entre las mayores miserias del hombre; el qual, aun estando entre las garras de la muerte, cree que no se puede desasir de las de la vida.

Pero aunque el moribundo con esta vana persuasion quiera poner en olvido la cercanía de la muerte, no le faltan recuerdos que se la pongan delante y le hagan experimentar quán próximo está su fin. Atormentado con el dolor de la enfermedad, ve que cada instante se halla mas postrado de fuerzas. No le obedecen los miembros; se le entorpecen los sentidos; y aun el alma casi no exerce ya sus funciones. La vista le representa espectros y fantasmas; el tacto anda bus-

(1) Séneca: *De brevit. vitæ*, cap. 4.

(1) Ciceron: *De senectute*, §. 24, n. 7, dice con razon: *Nemo enim est tam senex, qui se annum non putet posse vivere.*

buscando donde exercitar sus sensaciones, y no halla; y la boca, como incapaz de poder servir mas al gusto, se cierra, encaxándose los dientes unos con otros, como si fueran otros tantos cerrojos de hierro. Hierve el pecho, y el ronco estertor se hace oir á muchos pasos: se afila la nariz: se desencaxan los ojos; y se pierde el color. Vienen aquellos síntomas, prenuncios inmediatos de la muerte; los sudores frios, los deliquios, la dificultad de la respiracion, y la repeticion acelerada de ella, interrumpida con freqüentes hipos, con los que parece que á cada instante se quiere exhalar el alma. Se hielan los miembros del cuerpo de manera que por momentos se va quedando como un tronco frio. Si el moribundo tiene despejada la razon, puede conocer ántes de morir como poco á poco va muriendo; y como, por decirlo así, se va retirando el alma ya de un miembro y ya de otro, hasta que no le queda parte alguna donde estar, y entónces desampara todo el cuerpo, dexándole feo y espantoso cadáver.

No llega comunmente á suceder este trance sin haber precedido ántes algunas angustias, las quales se sienten mas, quanto mas se va acercando el hombre al fin de la vida. Es cierto que faltando con la enfermedad las fuerzas, y entorpeciéndose lentamente los sentidos, parecia que quanto mas aumento tomase el mal, y quanto mas adelante fuese, habian de ser menores las angustias; porque la naturaleza va cada vez quedando ménos capaz de sentir la violencia de los dolores; pero no sucede así; ántes bien nos enseña la experiencia, que las congojas al morir son mas terribles y violentas. La causa de esto no puede ser otra sino que los últimos asaltos de la enfermedad son tan fuertes, que pueden hacerse sentir muy bien

de la naturaleza ya postrada, y casi muerta. Quando las fuerzas del cuerpo van decayendo al mismo paso que el dolor se va aumentando, si este llega á ser insufrible, el cuerpo dexa de sentir; ó porque el dolor le priva de sentido; ó porque, desconcertada la economía vital, le desampara el espíritu: y de aquí proviene que algunos enfermos queden insensibles como leños, y que en esta insensibilidad pasen de esta vida á la otra. Por lo qual, las agonías de la muerte son dolorosas hasta que crece tanto la grandeza del dolor, que causa la muerte, ó está ya para causarla. Así se ve, que los moribundos que han padecido ántes grandes congojas y mucho desasosiego, se sosiegan al dar las últimas boqueadas, haciendo apénas algunos pequeños gestos con la boca.

En algunos enfermos no se deben atribuir solamente las agonías que padecen, á la vehemencia de los dolores, y sentimiento del cuerpo, sino tambien, y principalmente, al decaimiento y mala disposicion de su espíritu. Prueba de esto es lo que universalmente se experimenta en la muerte de aquellas personas que han tenido una vida christiana. Mueren estas con toda especie de enfermedades, como los demas hombres; y no obstante se las ve llegar al último trance con tal quietud exterior, como si sus cuerpos fueran insensibles. ¿Podremos decir que la buena conciencia al morir tiene influxo para mitigar ó librar de la violencia de los dolores? Sin duda que no; pero bien podemos asegurar que la mala conciencia es bastante poderosa para poner al enfermo en tal afliccion, que se vea combatido de terribles angustias, aumentándole aun el mal físico que padece. Por lo contrario la buena conciencia, no agitada de pasion alguna, ántes bien reposando en dulce calma, mitiga el mal, ó hace ménos sensibles sus efectos: su principal in-

fluxo consiste en los efectos del espíritu, que exercitado en la virtud de la paciencia, y conforme con la voluntad divina, recibe con la divina gracia tanto esfuerzo, que le hace poderoso y superior á todos los males del cuerpo; á la manera que leemos de los santos Mártires, que sin dexar de experimentar los efectos del fuego, uñas de hierro, potros, y otros tormentos, perseveraban alegres, y con fortaleza superior á todo lo humano, casi insensibles al estrago que en sus miembros hacian el furor y la rabia de sus atormentadores.

No son tan inseparables las agonías de toda enfermedad mortal, que no mueran muchos enfermos sin experimentarlas. Apénas hay género de enfermedad en que no mueran algunos sin tener agonías sensibles: y hay algunas enfermedades, como la tisis, hidropesía, &c. en las que los enfermos suelen morir plácidamente. Es digna de observarse la muerte de los que mueren con estos males. Su cuerpo va muriendo casi insensiblemente y por grados; y quanto mas este se debilita, parece que el espíritu se hace mas fuerte y vigoroso, sin participar efecto alguno de la mortalidad del cuerpo. El enfermo experimenta sensiblemente como va muriendo su cuerpo: él mismo se ve morir, y discurre con los otros de su muerte, como de una cosa que ya ha empezado á experimentar: espira impensadamente en medio de la conversacion, y dexa burlada la atencion de los presentes, que creian mas duradera la vida de quien mantenia tan vigoroso el espíritu. Estos casos nos hacen ver, como de bulto, la diferencia entre lo caduco del cuerpo que muere, y lo inmortal del espíritu vivo en la misma muerte del cuerpo.

AR-

ARTÍCULO II.

Del temor de la muerte.

El hombre en la muerte es el hombre en la enfermedad del cuerpo, y en la pasion del espíritu; y á esta pertenece el temor de la muerte, que es la separacion ó el abandono que el mismo espíritu hace del cuerpo. Quien sabe lo que es muerte, no puede ménos que temerla: las bestias que no saben lo que es morirse, no temen la muerte; mas por naturaleza la rehusan. Algunos filósofos han tratado (1) de la muerte como de objeto no solamente no temible, sino despreciable. Convendré con ellos, en que la muerte se deba racionalmente despreciar, siempre que se trata de interes superior al bien de que priva; y con ellos iré de acuerdo en que la vida corporal se posponga á la virtud, y á la vida del espíritu: mas quando se prescinda de esta relacion, me parece que la filosofía, con todas sus especulaciones, no llegará á persuadir que no sea temible, y mucho ménos que sea despreciable la muerte, con que se pierden la vida, el mayor bien temporal, la basa y fundamento de todos los demas bienes temporales de que es capaz el hombre en este mundo. En vano la filosofía mundana pretende pintar aéreo ó fantástico el temor de la muerte, que es efecto de la naturaleza quando falta la razon. ¡Ah! los filósofos, estando sanos, escribiéron del temor de la muerte; ¿mas quién en su

(1) Ciceron: *Tuscul. quæst. lib.* 1; y en otros tratados filosóficos. Séneca en el tratado *de brevitate vitæ: de consolatione*, cap. 19, 20, y en la epístola 30.

su mayor sanidad formó verdadera idea de lo que es morir? Escribiéron abándonandose á las ideas del espíritu, el qual, sintiendo en sí la inmortalidad, piensa sobre la muerte del cuerpo como sobre un mal que no le toca ó no puede herir su inmortalidad. La muerte es un mal que, sin conocerle, le rehusa la naturaleza irracional; ¿quánto mas le rehusará la naturaleza racional que le conoce? "Si los animales, di»ce San Agustin (1), criados para morir, huyen de »la muerte, y aman la vida, ¿quánto mas huirá de »la muerte el hombre criado para vivir siempre, si »hubiera vivido sin pecado?"

Combinemos el pensar del espíritu (2) con la resistencia de la naturaleza á la muerte; y digamos, que si la naturaleza resiste á morir, la razon, que conoce necesaria la muerte, dicta que el hombre no debe mirarla con tanto horror, que su memoria le haga tener vida siempre inquieta. Motivos grandes hay para esta persuasion; unos son naturales, y otros sobrenaturales: discurriré brevemente de todos ellos.

§. I.

(1) San Agustin: *Sermo* 172 (*alias* 32) *de verbis apostoli Pauli* (I. Thes. 4, 12) n. 1, col. 575, de la edicion antuerpiense del año de 1700.

(2) Juan Robeck escribió la obra *Exercitatio philosophica de morte voluntaria philosophorum, et bonorum virorum, etiam judeæorum, et christianorum. Rintelii*, 1764; á la que Juan Funcio puso notas ménos malas que la obra.

§. I.

Propónense algunos motivos naturales para conformarse con la muerte.

La muerte se pinta como un objeto cuya memoria suele afligir, y cuya presencia suele aterrar hasta los espíritus mas fuertes de este mundo. No se puede negar que la memoria de la muerte, y mucho mas su presencia, excitan comunmente el terror humano; mas esto en gran parte suele provenir de la inconsideracion de los hombres; porque quando estos con la luz de la razon y de la fe se hacen superiores á lo material y visible, descubren desde luego muchos motivos naturales para conformarse con la muerte, pasando con fortaleza su amarga hora; y muchos sobrenaturales para que la amargura de la muerte del cuerpo se convierta en dulzura del espíritu. Para proponer con claridad y distincion unos y otros motivos, empiezo por los naturales, que conducen á conformarse con la presencia de la muerte.

El hombre, conociendo su mortalidad, conoce que esta es la verdadera enfermedad que le conduce á la muerte, y á los umbrales de la eternidad. La naturaleza humana es siempre mortal; por tanto siempre, ya en su primer obrar, ó ya en su estado de perfeccion, está vecina á la muerte: ó se podrá decir, que la naturaleza por ser mortal debe ella misma con su obrar uniforme destruir la misma máquina que habia formado. Los miembros del hombre, habiendo adquirido en la vejez demasiada dureza y solidez, empiezan á entorpecerse; y como la resistencia de todo quanto compone el cuerpo humano es limitadísima, con el sumo entorpecimiento se llegan á

010265

á impedir por último todo curso, y movimiento de humores; esto es, se llega á perder naturalmente la vida sin necesidad de que preceda enfermedad alguna; y este es el efecto necesario de la mortalidad que el hombre debe conocer en sí mismo.

Mas ántes de llegar á la muerte, puede el hombre preveerla seriamente si se atiende al curso de su vida. El hombre en la juventud ve que para él muriéron ya la infancia, niñez y pubertad: en la virilidad experimenta que desapareció su juventud; y en la vejez ve casi muerta toda su vida; porque, como bien dice Séneca (1), toda la edad pasada es muerte; y así con razon puede decir el hombre, cada dia muero. Siendo la vejez lo último de la vida, por necesidad se le ha de seguir la muerte. Con razon pues se llama la vejez enfermedad propia de la naturaleza en que la mortalidad es un efecto necesario de su obrar. Podrá la naturaleza caminar en unos hombres mas lentamente que en otros: mas al fin de pocos años, en todos ha de causar el mismo efecto, porque todos son mortales. El hombre debe morir, no porque esté enfermo, sino porque tiene vida mortal. Por tanto, el hombre enfermo no decaiga de ánimo por el temor de la muerte; porque si es mortal su enfermedad, no es otra la causa que una vejez de la naturaleza. Si le asalta un mal grave en su juventud, persuádase que este es su vejez que le ha venido ántes del tiempo en que la esperaba; porque, así como la vejez es enfermedad mortal del hombre, así la enfermedad mortal, venga en la edad que se quiera, es su vejez, puesto que tanto aquella como esta no son otra cosa que paso para la muerte. No se aflige el hom-

(1) *Epist.* 1, *ad Lucilium.*

hombre para pasar de la juventud á la virilidad, ni de esta á la vejez. ¿Pues por qué se ha de acongojar por pasar de la vejez á la muerte? ¿Querrá mantenerse siempre en una edad sin pasar á otra? Este es un querer irracional contra las leyes establecidas por la naturaleza. Poquísimo conocimiento debiéron tener de esta los que temerariamente pretendiéron hallar remedios para inmortalizar el cuerpo perecedero. No hay arte alguno que alcance á hacer eterno lo temporal. El cuerpo que encarcela nuestro espíritu, es vaso frágil de tierra, y todo lo que es de tierra (1), se ha de convertir en tierra que era. Aunque no hubiera otras causas de la separacion del alma y el cuerpo, el mismo cuerpo, deshaciéndose en polvo, daria libertad para que volase el alma, y saliese de su prision.

Si el hombre fuera como las bestias, que ignorase su inmortalidad, y no esperase otra vida de que gozar, no seria tan grande maravilla que se acongojase con la memoria de la muerte; porque al fin no tendria otra felicidad que esperar sino la de esta vida. Mas si se conoce á sí mismo, hallará que siendo mortal en el cuerpo, é inmortal en el espíritu, tiene grandes motivos para consolarse en la muerte. Si perece lo que de suyo es perecedero, queda vivo lo que es eterno, y va á gozar de los bienes, para cuya posesion entró en este mundo. Prescindo ahora de los premios ó castigos eternos que se merecen las buenas ó malas obras; y hablando precisamente de las funciones naturales del espíritu, discurro así. El cuerpo mortal es incapaz de conocer y amar. Estos nobilísimos actos tocan propiamente al alma espiritual; y por consiguiente, quanto mas libre quede esta

(1) *Eccli.* 40, 11, *y* 41, 13.

ta de toda materia, estará mas apta para exercitarlos. En efecto, la materialidad del cuerpo en esta vida hace que el espíritu exerza sus funciones con grande limitacion, y que siempre tengan algunos resabios de la materia. Ahora pues, si el espíritu es el que conoce y ama; si sabe que, separado del cuerpo, conocerá y amará con mas extension y perfeccion; si se cree que quanto mas perfectos serán sus actos, se hallará en un estado de perfeccion mas noble, y mas espiritualizado; ¿por qué ha de rehusar la muerte, que es el medio por donde ha de llegar á gozar de toda la esfera de su espiritualidad? Verdaderamente que, si el hombre se alegra de ser hombre, no debe temer la muerte, que le abre la puerta para entrar en aquella region en que eternamente exercerá los actos característicos y mas nobles de su espiritualidad.

No sé por qué, siendo poco ménos antigua la época de la muerte que la de la vida de los hombres, no se han acostumbrado todavía estos á perder el horror que generalmente se la tiene. Que se acongojasen nuestros primeros padres al oir de la boca del Señor la sentencia de muerte, no es de maravillar; pues era cosa nueva para ellos, y pena de su delito. Con esta condicion ¡oh hombre! entraste en el mundo: veniste á peregrinar, y no á permanecer en él; no eres el primero que muere, ni serás el último que morirá: no hay, ni hubo, ni habrá hombre alguno á quien le envidies el no morir; porque la muerte no perdona á ninguno. ¿Pues por qué se ha de perder el ánimo por haber de pasar por donde tantos han pasado? Lo que es necesario á todos, no hace miserable á ninguno; irracionalmente se teme lo que no se puede evitar; y en donde reyna la necesidad, no tiene lugar el temor racional.

Si

Si es cosa razonable el conformarse con la muerte por ser un efecto inevitable de la naturaleza, ¿quánto mas lo será por las muchas y grandes miserias á que da fin glorioso la misma muerte? ¿Qué ventajas sacaria el hombre de hacer inseparables por millares de años su espíritu y cuerpo? ¿Qué felicidad se podrá prometer de esta inseparabilidad hasta el fin del mundo? Al principio estaria alegre con el pensamiento de tan larga duracion de vida; mas á pocos siglos, y aun años, ¿quántas mudanzas tendria su contento? ¿quántas veces se convertiria en afliccion? Quien viviese hasta el fin del mundo, veria en la sucesion de los tiempos, allanarse las cumbres hermosas que le divertian; alargarse las llanuras por donde ántes paseaba; pasar á ser morada de los peces, lo que era habitacion deliciosa de los hombres; arruinarse las ciudades mas pobladas; y mudar de figura, no una vez sola, toda la superficie de la tierra. Experimentaria incendios, terremotos, injurias de los tiempos, pestes, hambres, guerras, asechanzas de los amigos, incursiones de los enemigos, traiciones de los paisanos, y esclavitud en poder de los bárbaros. Le faltarian el padre, la madre, la consorte, los hijos, los parientes y los amigos. Sucederian otras y otras nuevas generaciones que le desconocerian, y le tratarian como extraño. Pasaria de un pueblo culto á otro bárbaro; veria su propio pais pasar de la cultura á la barbarie, y estar obligado á huir de la compañía de sus paisanos, ó á vivir entre ellos como entre otros tantos salvages ó enemigos. A estos y otros mayores infortunios estaria expuesto el que viviese vida tan larga; porque todos ellos suceden en el espacio de algunos siglos. Si al leer las historias de los siglos pasados, se angustia el corazon observando las grandes y repetidas miserias que han sucedido en el mundo,

no obstante que no ha quedado monumento de la mayor parte de ellas, y que son cosas que no nos tocan á nosotros, ¿qué dolores y qué angustias hubiera sufrido aquel hombre que las hubiera visto todas, por todas hubiera pasado, y todas las hubiera experimentado? ¡Oh engaño de los hombres que, deseando larga vida, desean un largo padecer!

Si Adan hubiera logrado la gracia de vivir hasta el fin del mundo, ¿seria envidiable por su larga vida? ¿seria mas feliz que los demas hombres? Antes bien seria el mas miserable de todos; porque, ¿quál seria su afliccion al ver y experimentar la malicia de aquellos sus primeros descendientes, que por sus maldades se mereciéron el terrible castigo del diluvio universal en que quedó miserablemente ahogada casi toda su posteridad? ¿Quál seria su nuevo dolor al ver inmediatamente despues del diluvio, que se dividia en facciones toda su descendencia; que se formaban exércitos de unos contra otros, teniendo por honor el quitarse la vida con el furor y rabia de fieras, y por costumbre el comerse mútuamente; que unos se retiraban á las selvas para hacer vida de bestias, y que otros se mantenian en poblado idolatrando en el vicio y en las criaturas como desprecio de su supremo Hacedor? ¿Qué desconsuelo no seria para un padre, si logrando tener grande sucesion de hijos, viese á unos matarse como bestias, y comerse mútuamente sus carnes; á otros ser infamados por viciosos, y á otros ser castigados con la muerte por enemigos del género humano? Todo esto veria Adan, y otro qualquier hombre á quien se le concediese vida tan larga como hemos dicho. No es pues esta tan estimable como se la pintan los hombres; ántes bien la felicidad aparente del mucho vivir es infinitamente mas temible que la miseria verdadera que siempre le acompaña.

Mas

Mas aunque al hombre se concediera vivir hasta el fin del mundo, siendo mortal, debia morir en algun tiempo, y tocarle la suerte comun de los demas. Por tanto, habiendo sido miserable por millares de siglos, vendria últimamente á experimentar la suerte del que vivió solamente una hora. Si un Job, no habiéndose visto en tantas miserias, y habiendo tenido una vida breve, llegó á verse tan aquejado de sus desgracias, que clamó al Altísimo diciendo: (1) "¡Por qué me hi»ciste la gracia de que naciese! ¡Ojalá hubiera pasado »del seno materno al túmulo sin dar tiempo á que me »viesen los hombres!": si Elias, aquel hombre de Dios, todo fuego y espíritu, viéndose perseguido y fugitivo por la amenaza de la impia Jezabel, se vió tan apurado, que pidió la muerte diciendo: (2) "Bas»ta, Señor, quitadme la vida": ¿con quánta mayor razon podria decir esto mismo aquel miserable hombre, que habiendo vivido millares de años entre las mayores miserias, debia últimamente morir, como el que, apénas nacido, espira sin haber experimentado las amarguras de la vida? ¿Y se tendria por infeliz este hombre, porque despues de tanto tiempo le venia la muerte? Yo creo que se tendria por infelicísimo, por haber tardado tanto en venir á dar fin á sus miserias. La vida del hombre es una continua milicia: es una prueba: es una tentacion, cuyo vencimiento dispone para el premio. ¿Pues por qué ha de llevar á mal el hombre que se acaben esta prueba, esta tentacion, y este continuo combate?

¿Pero qué me canso en inventar casos y suposiciones de vidas tan largas como las que acabo de su-

po-

(1) Job 10, 18.
(2) 3 Reg. 19, 4.

poner? Para perder el horror á la muerte basta considerar lo que qualquier hombre padece interior y exteriormente en los pocos dias que vive. La vida humana, por corta que sea, es un continuo exercicio de incomodidades corporales, y de aflicciones espirituales. ¿Qué sitio hay, ni qué dia pasa en que no sean comunes entre los hombres el hambre, la sed, el cansancio, la fatiga y el dolor? "¡Oh! si pudiésemos, »dice San Gerónimo (1), subirnos á alguna atalaya »tan alta, que desde ella viesemos toda la tierra de»baxo de nuestros pies: desde allí viéramos las mi»serias de este valle de lágrimas. Veriamos, como á »unos atormentan, á otros matan: unos se ahogan: »otros son llevados cautivos: aquí veriamos bodas: »allí llantos: aquí nacer unos: allí morir otros: unos »abundar en riquezas: otros mendigar; veriamos en »fin, el soberbio linage humano luchando con todo »mal, y desaparecer en un soplo." Si de estas miserias del cuerpo pasamos á las del espíritu, ¿qué hora, pregunto, se cuenta en la brevísima vida del hombre, en que no sea combatido de pesar, ira, tristeza, desesperacion, ó algun otro afecto interior? "¿No »es el vivir un yugo pesado (2) que nos oprime á to»dos los hijos de Adan desde el nacimiento hasta la »sepultura, nuestra comun madre?" ¿No es la ocupacion de todos los hombres el combate y la lucha continua de los afectos y pasiones del ánimo? Congojas, esperanzas, desconfianzas, zelos y temores de la muerte rodean y oprimen todo corazon: ninguno está exceptuado: en todos tiempos, en todos los lugares, en todos los estados y en todas las edades se ve el hombre agitado del furor de sus pasiones. En las grandes concurrencias y juntas de gentes, me pongo muchas veces á considerar lo que pasará por el pensamiento de cada uno; y me parece ver que á unos atormenta la memoria de un hijo díscolo y vicioso, y de una consorte temeraria, de un amigo ingrato, de un hermano cruel, de un pleyto perdido, de un superior despótico, de un súbdito incorregible, y de un tribunal injusto: á otros veo, que los aflige el pensamiento de la infamia, ó necesidad que padecen, ó les amenaza; y de la vida llena de sinsabores y amarguras que viven. En unos veo reynar despóticamente la traicion, venganza, desesperacion, zelos indiscretos, y vanos temores: en otros la soberbia, la avaricia, la envidia, y el deseo infame de desfogar la mas indecente pasion. En unos veo ansiosos suspiros por la muerte, que dé fin á sus males: en otros desordenados deseos de alargar la vida para satisfacer á sus pasiones brutales; y un afectado olvido de la muerte, cuya memoria les anuncia el justo castigo que les espera. Al considerar estas y otras miserias que combaten el espíritu humano, volviéndome á mí mismo, me digo: si esta es la vida del príncipe y del vasallo, del superior y del súbdito, del rico y del pobre, del infeliz y del dichoso, ¿por qué has de mirar con tanto horror la muerte, que da fin á tantos males? ¿por qué no te vuelves al Altísimo, y le suplicas rendidamente que se contente con los trabajos que has padecido, y corte el hilo frágil de una vida que es mas pesada que la misma muerte? Deberé confesar ingénuamente, que aunque no me tengo ni debo tener por el hombre mas mortificado de los males de este mundo, porque por la misericordia divina gozo de sufi-

(1) Véase el V. P. Fr. Luis de Granada, primera parte de la Oracion, mártes por la noche.

(2) Eccli. 40.

cien-

ciente sanidad en la edad de 41 años (1), y no carezco de lo que basta para no mendigar el pan; no obstante, considerando nuestras miserias, y el tormento de nuestro espíritu, no pocas veces he suplicado con toda humildad al Señor, ó que me haga con su gracia superior á tanto mal, ó que me saque de este valle de miserias, en que la vida del cuerpo es un morir del espíritu afligido. En tales súplicas y consideraciones he tenido delante de mis ojos un David, que en fuerza de las injurias que sufrió de Semei, reflexionando sobre las miserias de esta vida, llegó á exclamar (2): "Obligado, Dios mio, á dar con mis »palabras un desahogo á mi ardor, os diré: Dadme »á conocer si está próximo el fin de mis dias, y haz»me ver el número de los que he de vivir, para que »yo sepa quánto me falta de vida y de sufrimiento. »No sin grande consuelo veo, que vos los habeis re»ducido á una medida muy escasa, y que todo el es»pacio de mi vida es como la nada en vuestra pre»sencia."

§. II.

(1) El autor escribia este tratado en el año de 1776.

(2) Psalm. 38, 5, 6, 7. En este Salmo el santo Rey David expone su paciencia y silencio en sufrir las maldiciones é injurias de Semei; y despues propone las reflexiones que entónces hizo sobre la vida humana.

§. II.

Motivos sobrenaturales para recibir con alegría la muerte.

Hasta aquí nos ha suministrado la razon armas poderosas para resistir al temor que causa naturalmente el morir, haciéndonos ver, que no es mal tan grande como nosotros nos lo figuramos. Ahora viene la religion al socorro con armas mucho mas fuertes, quales son los argumentos que se sacan de la revelacion divina. La razon nos ha convencido á conformarnos con la muerte, como con una cosa naturalmente necesaria, y que nos libra de innumerables miserias; y la religion nos enseñará á recibirla con gusto y alegría, como estímulo puesto por Dios para arreglar bien la vida; y como puerta para entrar á gozar de las mayores felicidades por una eternidad.

Si la muerte fuera fin de todo, ó si acabada esta miserable vida, se acabáran todas las cosas para los hombres; en tal caso la muerte se consideraria como fin de las miserias de unos, y de las dichas de otros; y el deseo, el temor y el pensamiento no se extenderian mas allá de los límites de la vida. Mas la muerte no es el fin y paradero del hombre, sino el pasage de una vida caduca y mortal á otra inmortal y eterna. Por eso la muerte en la escritura santa se llama unas veces sueño (1), en que, aunque el hombre está privado de sentidos, los recobra en despertando; otras se dice partida ó salida (2), con la que se pasa de

(1) I.ª Ad Corinth. 15, 18. I.ª Ad Thesal. 4, 12.

(2) Luc. 9. 31.

de una region á otra. Segun esto, la vida presente, que siempre está en movimiento, no es otra cosa que una peregrinacion, y la muerte es el horizonte por el qual se pasa de un emisferio á otro. A la verdad no es este mundo nuestra patria: otra region mas feliz, y otra mansion mas augusta está señalada para morada nuestra perpetua y estable: otros bienes y otras felicidades nos esperan, bien distintas de las mezquinas y miserables por que anhelamos en este mundo: ni los ojos viéron, ni oyéron jamas los oidos de los hombres, los grandes y magníficos bienes que su Criador les tiene preparados. Basta decir, que el mismo Dios no tiene mayor bien de que gozar, que aquel que ha destinado á los hombres (1); siendo el mismo Dios todo su galardon. ¿Pues quién no anhelará con todas ansias llegar á la posesion de tan gran bien? ¿Qué desterrado hay, que no desee volver á su patria, último término, y fin de su creacion y destino? ¿Qué peregrino hay que no quiera llegar al descanso y término de su peregrinacion? El christiano que cree estas verdades, y debe estar animado de un vivísimo deseo de su felicidad eterna, debe tambien esperar con alegría la hora de su muerte; porque sin morir no puede llegar al lógro de estos deseos.

Por esto claman á una voz todos los teólogos, que estaria en mal estado aquel hombre, el qual por el apego á esta vida renunciase la bienaventuranza por vivir siempre en este mundo. ¡Deseo irracional y quimérico! ¡Voluntad impia y perversa! Semejante despropósito se opondria directamente al fin del hombre, y por consiguiente á la intencion que tuvo el supremo Hacedor en criarle. Seria injuriosa al divino Reden-

(1) Genes. 15, 1. Sap. 5, 16.

dentor, queriendo frustrar uno de los principales fines de la redencion, qual es, que los hombres lleguen á conseguir la vida eterna, segun aquellas palabras del mismo Redentor: "Yo vine al mundo para que los »hombres tengan vida (1), y para que la tengan en »mayor abundancia." Seria tambien destructivo de la virtud teologal de la esperanza, pues excluiria el objeto de esta virtud, que es la bienaventuranza eterna. Seria irracional y bestial; porque aunque supongamos que aquel hombre gozase de quantos gustos y felicidades puede ofrecer este mundo, y estuviese libre de los trabajos y miserias de que en él siempre hay abundante cosecha; ¿qué tienen que ver todos estos bienes con los que el despreciaria? Es ménos que si comparáramos una gota invisible de agua con todo el océano; ó el mas pequeño grano de avena con la gran mole de todo el universo.

Solamente podia caber este necio pensamiento en quien se hubiese despojado de todo sentimiento de religion. El que, cimentado en las máximas del christianismo, conoce los bienes sólidos y verdaderos del hombre, mira con ojos muy diferentes la venida de aquella hora dichosa, que ha de dar principio á su bienaventuranza eterna; porque sabe "que el morir no es »otra cosa que dexar lo corruptible y perecedero (2), »para que despues el mismo cuerpo se vista de incor»rupcion é inmortalidad con el espíritu: sabe, que así »como la semilla no se vivifica si ántes no se corrom»pe; así el cuerpo no se vivificará si no pasa por la »corrupcion: sabe, que se siembra el cuerpo animal, »y se levanta el cuerpo espiritual;" y sabe que á esta vi-

(1) Joan. 10. 10.
(2) Ad Corinth. 1. c. 15. v. 42.

vida miserable se sigue un estado eternamente feliz y dichoso; "estado en que se enxugarán (1) las lágri»mas de sus ojos, y en que no habrá mas muerte, ni »angustia ni dolor; sino todo será alegría del espíri»tu, y placer del cuerpo." ¿Qué mayor consuelo para una alma que hallarse libre de la cárcel que la detenia para que no se uniese con su Dios, ni gozase de la vida bienaventurada en que ni padece, ni teme miseria alguna, sino que siempre está absorta en la contemplacion y amor de aquel supremo bien que le dió el ser, la redimió, y la preparó una felicidad tan inmensa? ¡Oh! como podemos exclamar cada uno de los que aun peregrinamos por este mundo: "¿Quándo »llegará aquella hora (2) en que yo vaya á presentar»me delante de mi Dios?" Hasta que llegue digamos con el pacientísimo Job (3): "todos los dias que aho»ra peleo con los males de este mundo, espero que »venga mi mutacion."

Esta es aquella eficaz consideracion que ha llenado de anacoretas los desiertos, ha poblado los claustros religiosos, ha hecho despreciar las honras mundanas, abandonar las vanidades, arrojar las riquezas, y renunciar los placeres. Por ella el Egipto del mundo se ve despojado de sus mejores despojos, quales son tantas almas santas, que pasando intrépidamente el mar roxo de las tribulaciones, derechamente caminan con pasos acelerados á la verdadera tierra de promision. Por ella misma iban gustosos los santos mártires á encontrar los tormentos, y desafiaban á los tiranos, á los verdugos, y á las mismas fieras. Por ella los confe-

(1) Apocal. c. 21, v. 4.
(2) Psal. 41, 3.
(3) Cap. 14, v. 15.

fesores y las inocentes vírgenes han sufrido con contento las persecuciones que les venian de la parte de otros hombres, y las que ellos se buscaban á sí mismos por medio de sus rigurosísimas penitencias. Esta misma consideracion hizo exclamar á san Pablo (1): "de»seo ser desatado de este cuerpo, y estar con Chris»to." Esta excitó en san Andrés el deseo de morir en la cruz, para que por ella le recibiese, el que por ella le habia redimido. Esta esforzó á san Hilarion para que estando cercano á la muerte exhortase á su alma á salir del cuerpo miserable. Esta llenó de tanto consuelo la inocente alma de san Luis Gonzaga, que hallándose en los últimos instantes de su vida, no pudo ménos de exclamar: *alegres vamos, alegres vamos.* Esta finalmente es la que ha quitado el horror natural de la muerte, y ha hecho dulce aquel trance amargo, á quantos se han valido de ella para ordenar bien y christianamente su vida.

¿Quién, asegurado de que los bienes eternos no se pueden gozar sino despues de la separacion del cuerpo y espíritu, no exclamará ansiosamente: Ó muerte, cuya memoria, si es amarga al que vive en paz con el mundo, y está engañado con la falsa apariencia de sus bienes caducos, es dulce al que conoce su vanidad y los desprecia: ven sin tardanza, y saca mi espíritu de esta dura prision en que está detenido: líbrale de la esclavitud de este cuerpo, y dale la victoriosa libertad que desea, para dexar este valle de lágrimas, acabar la peregrinacion por este mundo mortal, y volar á la mansion eterna que le espera: apresura tu paso; no me asusta tu memoria, ni temo tu presencia; ántes bien deseo con ansia tu venida, con la que se dará

(1) Ad Philip. 1, 23.

rá fin á todo mal, y principio á todo bien: ven muerte, y no tardes; serás piadosa si, cortando luego con tu guadaña el hilo frágil de mis dias, rompes la union de mi espíritu con mi cuerpo; desátame de este lazo para que vuele á la patria celestial, de la que espero ser ciudadano: déxame ir á aquella "region (1) en que »no tienen lugar la pobreza, la enfermedad, el dolor, »ni la muerte: region en que no reynan la envidia, la »ambicion, la ira, ni otro vicio alguno: region en que »ya no hay temor de nuestro comun enemigo, ni de »sus asechanzas; y region en que, por eternidad de »eternidades, he de vivir en paz, consuelo y regocijo, »gozando de la hermosa y amable vista de nuestro »Dios?" ¡Ah Señor y Dios mio! "¿Quánto (2), os diré »con vuestro fiel siervo David, quánto durará mi des»tierro en este valle de lágrimas? Yo me atrevo á ha»ceros una súplica (3): una sola cosa os pido, y os la »volveré á pedir, y es que me levanteis mi destierro »para estar eternamente en vuestra santa casa (4). Co»mo el ciervo despues de una larga carrera anhela »por una fuente de agua que le quite la sed; así mi al»ma suspira por vos, Dios mio, que sois manantial de »toda consolacion. No hubo jamas sed mas ardiente »que la que yo tengo por llegarme á vos, fuente de »aguas vivas. Momento feliz será aquel en que yo »apareceré delante de vos, y veré vuestro amable »rostro (5). Entónces, Dios mio, entónces, quando yo »go-

(1) Vener. Beda, sermon 18, *de sanctis.*
(2) Psalm. 119, 5.
(3) Psalm. 26, 7.
(4) Psalm. 41, 1, 2.
(5) Psalm. 16, 15.

»goze de vuestra gloria, estaré penetrado de una ce»lestial hartura."

Estos sin duda deben ser los sentimientos de quien conoce y anhela por el fin feliz para que fué criado. Tales deben ser los afectos de aquellas almas christianas, que habiéndose empleado en el cumplimiento de los mandamientos divinos, esperan que el señor misericordiosamente las visite en el último punto de su vida; y tales son los deseos de quien puede decir con el Apóstol (1): "Mi vida es Christo, y el morir para »mí seria ganancia." Bienaventurado el hombre á quien la muerte encuentre con esta disposicion; pues estará seguro de entrar en el gozo de su señor.

ARTÍCULO III.

Causa de la diferencia de afectos que se observa en los hombres á la presencia de la muerte. Muerte del hombre.

Hemos tratado en los discursos antecedentes del temor de la muerte, sin habernos detenido en proponer todos los motivos que causan este temor. Nos hemos contentado con presuponerlos como cosa cierta, y que todos experimentan; y en esta suposicion hemos pasado á proponer los motivos naturales que hay para no afligirse con el temor de la muerte, sino para conformarse con ella, y los sobrenaturales que persuaden al hombre christiano á recibirla con alegría de espíritu. Estos motivos bastan para resistir y vencer el temor natural que causa por sí misma la muerte; mas como las circunstancias de esta son de gran-

(1) Ad Philip. 1, 21.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

grande interes para el hombre, de ellas nace otro temor mucho mas grave y fundado, el qual se puede decir, que es el que la hace verdaderamente temible. Ahora pues quiero proponer las causas y motivos de este temor; y para representarlas, como prácticamente suceden, quiero contemplar en el que muere, el espíritu combatiendo consigo mismo por causa de su vida pasada.

Terrible se llama, y es la muerte á los ojos del mundo; pero mas terrible la experimenta la conciencia del que vivió en este mundo, como si no hubiera de morir. Monstruo horrendo y espantoso es para el que vivió sin pensar en la eternidad de males que estan prevenidos para castigo de los viciosos. Es tan temible este trance, que aun la memoria sola de él se representa con el mayor espanto á los mismos que procuran huirla. ¿Pues qué es lo que la hace tan amarga y espantosa? ¿Será, porque siendo inmortal su espíritu, y conociéndose tal, mira con espanto la muerte del cuerpo que anima? ¿Será por la despedida y ausencia de todo lo visible, y principalmente de lo que mas amaba en este mundo; siendo cierto que no se dexa sin dolor lo que con amor se posee? Motivos grandes sin duda son estos para temer la muerte; no obstante suelen quedar en el moribundo como sepultados; porque cosas mas grandes y de mayor importancia le arrebatan toda el alma. El momento desde donde empieza la eternidad de los bienes ó males perdurables, ocupa todas sus potencias; y de tal manera aparta su pensamiento de las otras cosas, que las mira como si fueran vagatelas ó juguetes de niños. Esta es la espada cruel que le atraviesa el corazon: esta es la hiel que convierte en amargura todos los gustos pasados; y esta es la lima que sin cesar le roe todas las médulas de su espíritu.

Por

Por experiencia vemos que la presencia de la muerte es terrible á quien, estando sano, lo fué su memoria. ¿Mas en qué juicio cabe, que huyan de la memoria de la muerte aquellos mismos que, por no haber pensado en ella, han de experimentar terribilísima su presencia? ¡O espíritus mundanos! Huis de la memoria amarga de la muerte, porque os obliga á abandonar los placeres terrenos. Pues qué, ¿juzgais que será ménos espantosa su presencia, porque ahora la intentais borrar de vuestro pensamiento? No, no es el pensamiento de la muerte el que ha de hacer temerosa su venida; sino la memoria de la vida desarreglada, y llena de vicios. El empeño que teneis en sacudir de vosotros la memoria de la muerte, es una prueba práctica de ser ella un eficaz medio para enmendar vuestra vida licenciosa, y un antídoto seguro contra el vicio. Por tanto, si es grande locura pensar en la muerte sin enmendarse; el no querer pensar en ella, por no enmendarse, es impiedad y obstinacion diabólica.

Pero pasemos ya á considerar mas inmediatamente el temor que combate el espíritu del que vivió contra las leyes de la razon y religion. No es el temor de morir el mayor golpe con que la vecindad de la muerte hiere su miserable corazon; sino el temor de lo que se sigue á la muerte. Su cuerpo ha de morir una sola vez con la fuerza de la enfermedad; mas el espíritu muere muchas veces con el terror y espanto. Por grandes que se supongan los dolores del cuerpo en la enfermedad, serán mucho mayores las angustias del ánimo, que se ve ya imposibilitado de gozar de los placeres de este mundo, y pronto para entrar en los castigos perdurables del otro. De aquí es, que la afliccion de su espíritu es mayor quanto mas inquieta está su conciencia. Esta le representa por una par-

te la ley natural y la religion, á cuya direccion debia haber conformado su conducta; y por otra su vida totalmente contraria á las máximas de la razon y de la religion. Con estas dos baterías combate su afligido corazon. De aquí proviene aquella lucha de pensamientos, que pelean entre sí, ya acusándose, ya defendiéndose: pensamientos de mundo, fomentados por el moribundo en toda su vida, que en vano quieren hacer ineficaz la obligacion de los preceptos de la ley; y pensamientos de religion, que representan, como en un lienzo, la vanidad y falsedad de las máximas del mundo, y condenan la vida del que las siguió desenfrenadamente. En vano procura el hombre en aquella hora sacudir de sí estas memorias: su conciencia es un espejo fiel que, á qualquiera parte que mire, se las va poniendo á la vista. En este estado crece la afliccion sin medida, porque falta toda esperanza de consuelo; y podemos decir, que el desconsuelo de un espíritu vicioso va creciendo en tanto grado hasta morir, que llegando á lo sumo, suele causar naturalmente aquella desesperacion que ha de durar para siempre, haciendo que se apresure y adelante el tormento del remordimiento eterno.

Si así en la muerte deben naturalmente ser combatidos los que, habiendo creido las máximas de la religion, no han arreglado su vida por ellas, ¿qué deberá suceder á aquellos incrédulos que, sordos á la voz divina, y ciegos para no ver las pruebas evidentes de que Dios ha hablado, se mofan y burlan de los premios y castigos de la otra vida, contando las verdades evangélicas entre las fábulas de los poetas, ó teniéndolas como sueños de gente que delira? Estos, que el mundo vicioso é ignorante llama filósofos, no porque lo sean, sino porque quiere ocultar la ignorancia y el vicio en este honroso título: estos

tos espíritus, llamados fuertes por antitesis, pues no tienen fortaleza ni valor para resistir un poco á sus pasiones, las quales los dominan de tal manera, que les hacen pensar mas como bestias, que como hombres: esta raza de paganos (de que hoy abunda demasiado la Europa) enemiga de Dios, de la religion, de las buenas costumbres, de la justicia y equidad, de la subordinacion, y de quanto bueno hay, ó puede haber en el mundo: estas gentes, parece que, habiendo vivido como bestias, habian de morir tambien como ellas; esto es, que solamente habian de sentir los dolores de la enfermedad, y la pérdida de la vida temporal, sin pasar con el pensamiento á la eterna, que en vida habian contado entre los entes fabulosos ó quiméricos. Pero no sucede así ordinariamente. Cada dia leemos, y oimos con compasion, la muerte de muchos libertinos que, habiéndose habituado toda su vida con la impiedad, y negado con obras y palabras la eternidad, confiesan en el acto mismo de morir el espanto, terror y agonías que padecen por el mal eterno que temen. Enflaquecido el cuerpo con la enfermedad, y hallándose el espíritu libre del fervor de las pasiones, empieza á juzgar mejor de las cosas, y á dudar si será verdadero aquello de que tantas veces se ha burlado. Esta duda es un laberinto intrincado, de que no se puede desenredar. Ofrécesele que puede ser verdad, y que acaso lo será lo que la fe católica enseña de la otra vida; y la sola duda de poder ser cierto lo que por entusiasmo de la razon, y por corrupcion de costumbres se quiso creer fabuloso, le llena de terror, espanto y confusion. Antes el deseo de la mortalidad del alma se tenia por hecho verdadero: las aparentes lisonjas se juzgaban demostraciones: ahora todo es al contrario, y lo debe ser naturalmente. ¡Rara

mudanza por cierto! Haber vivido tanto tiempo sin creer los bienes y males eternos, y no poder reducirse á morir quietamente en esta misma incredulidad: haber sido incrédulo el hombre por muchos años, y no poderlo ser por pocas horas. ¡O qué tarde llegan los desengaños á los hombres que viven ciegos! ¡O qué tarde sienten los remordimientos de la conciencia, que no cesa de clamar y gritar! ¡Ó quántos impios Antíocos mueren cada dia en el mundo con una penitencia tardía é infructuosa! ¡O combate cruel! ¡O lucha temerosa!

Por lo contrario la experiencia nos enseña, que la rectitud de conciencia es inseparable de la tranquilidad de espíritu al morir. Los que han arreglado su vida segun las máximas de Jesuchristo, aunque sientan el trabajo y dolor de la enfermedad, aunque se vean afligidos por la pérdida de los amigos y parientes, y aunque naturalmente amen la vida que van á perder, en medio de tantos motivos de sentimiento, estan con tanta quietud y consuelo, que parece que han empezado ya á gozar de las delicias de la bienaventuranza. ¿De dónde viene tan grande diferencia entre los que han vivido vida ajustada, y los que la han tenido desarreglada y licenciosa? No hay que buscar otra causa sino el modo tan diferente de vida que unos y otros han tenido. Esto hace á unos mirar los bienes eternos como corona suya, tan cierta y tan segura como si tuvieran su posesion: y á otros hace temer los castigos eternos no ménos seguros y vecinos; temor que necesariamente debe causar desasosiego y desesperacion. Pierden el ánimo, y abaten sus brios los espíritus fuertes y soberbios; y los espíritus humildes y religiosos estan con grande fortaleza y presencia de ánimo. Aun en las batallas, oimos todos los dias á los generales de exército, que valen mas

mil militares de conciencia buena, que diez mil de vida libre. Digno empleo pues de todo hombre será merecerse con sus buenas obras la gracia de bien morir: dignas serán las suplicas que enderece al verdadero Dios para que en tal hora le asista misericordiosamente, sabiendo que al que teme (1) al Señor, todo sucederá bien al fin de su vida, y que Dios le bendecirá en la hora de su muerte. Por tanto digna y santa será tambien la ocupacion de aquellas personas que, como aconseja el Espíritu Santo (2), asisten al moribundo, le confortan y consuelan en la partida de este mundo.

Recopilemos en pocas palabras todo lo dicho. Al morir se ve el hombre colocado en las riberas de la eternidad, desde donde con la vista de su espíritu ve y conoce ser inmenso quanto empieza á descubrir. Olvida todo lo temporal y visible, que mira ya como sombra fugitiva; y atiende solamente á lo invisible, que se le representa infinito, como es. Todo lo pasado le parece sueño y fingimiento, y solo en lo venidero encuentra solidez y realidad. En estas circunstancias terribles sucede el combate de aquellos espíritus, que desde que entráron en el mundo, pasáron sus dias en divertimientos, sin pensar jamas en la hora de su salida. Entónces gime la miserable alma, y se estremece toda por el horror de la partida, y de temor de su destino. Salir del cuerpo le parece insufrible; y el quedarse, le parece imposible. La enfermedad, que la ha hecho insensible á todos los gustos del mundo, crece por instantes, y la pone á punto de despedirse de lo que mas ama, y le está mas unido, que

(1) Eccli. 1, 13.
(2) Eccli. 38, 24.

que es aquel corruptible cuerpo por el que tantas veces violó los dictámenes de la razon, y las máximas de la religion. Entónces asaltan á su espíritu aquellas crueles congojas que serian capaces de hacerle morir, si no fuera inmortal. ¿Qué hará en medio de tales y tan acerbas angustias? Ya nada le queda que hacer en este mundo. Llega el momento de salir, que es el principio de la eternidad, y dexa el cuerpo con un forzado y miserable suspiro. Así la naturaleza, que nos echó á todos á este valle de lágrimas, donde entramos llorando con el cuerpo, hace que, gimiendo con el espíritu, se despida del mundo el hombre que le amó.

Muy diferentemente sucede en la muerte del justo. Llega este alegre y sosegado al fin de la vida, que no amó sino para exercitarla en servicio de su Dios, con quien desea unirse eslablemente: ve cercana la última hora, y su espíritu anhela por dexar la cárcel de su cuerpo, en la que se ha hecho digno de tan inmenso premio: no teme, ántes se alegra de morir; porque cree que la muerte es el medio para que en el último dia (1) resucite de la tierra el mismo cuerpo que muere, y vea y goce con sus propios ojos de carne á su Redentor. Esta esperanza cierta, depositada en el seno de su corazon, le hace mirar con rostro alegre la muerte del cuerpo, con la que da principio la vida eterna, que desde luego empezará á gozar su espíritu, y gozará despues eternamente en compañía suya el mismo cuerpo. En esta disposicion se exhala tranquilamente el espíritu del justo; y sin saber cómo, se halla de repente en el término de sus esperanzas, y en el colmo de todos los placeres. ¡Ó contento indecible! ¡Ó bienaventuranza celestial! *Intra in gaudium Domini tui.* Dichoso el hombre que, habiéndose valido en esta vida de la gracia concedida por los méritos del Redentor, ha obrado con ella de manera que pueda volar desde este valle de miserias á los deleytes eternos del paraiso; y desde la compañía de las criaturas á la presencia y vista del Criador.

(1) Job 19.

CAPÍTULO VII.

Cadáver del hombre; y conducta poco piadosa que se suele observar con este despues de la muerte.

Hemos considerado la vida del hombre, ó al hombre miéntras vive peregrino en este mundo mortal; y porque ya hemos llegado á contemplarle en su muerte, ó fin de la vida, vamos ahora á considerar y reconocer la cárcel en que vivia ó estaba preso su espíritu; esto es, vamos á fixar nuestra atencion en los despojos que nos dexa en esta vida mortal al volar su espíritu á la inmórtal y eterna.

Un hombre muerto ya no es hombre: falta lo que dándole vida le distinguia de lo insensible: falta lo que le diferenciaba de las bestias, y le caracterizaba dentro de nuestra sociedad; en una palabra, falta el espíritu: este ha volado, y nos ha dexado solamente la cárcel en que estaba encerrado: nos ha dexado á nosotros mismos, á los parientes, amigos, compañeros, y á todo lo visible: ha dexado su mismo cuerpo, y ha volado á los espacios que nos son invisibles. Aquí entre nosotros han quedado sus despojos para que nos sirvan de memoria en su ausencia hasta que vayamos nosotros á encontrarle en la region del otro mundo. Si el

que es aquel corruptible cuerpo por el que tantas veces violó los dictámenes de la razon, y las máximas de la religion. Entónces asaltan á su espíritu aquellas crueles congojas que serian capaces de hacerle morir, si no fuera inmortal. ¿Qué hará en medio de tales y tan acerbas angustias? Ya nada le queda que hacer en este mundo. Llega el momento de salir, que es el principio de la eternidad, y dexa el cuerpo con un forzado y miserable suspiro. Así la naturaleza, que nos echó á todos á este valle de lágrimas, donde entramos llorando con el cuerpo, hace que, gimiendo con el espíritu, se despida del mundo el hombre que le amó.

Muy diferentemente sucede en la muerte del justo. Llega este alegre y sosegado al fin de la vida, que no amó sino para exercitarla en servicio de su Dios, con quien desea unirse eslablemente: ve cercana la última hora, y su espíritu anhela por dexar la cárcel de su cuerpo, en la que se ha hecho digno de tan inmenso premio: no teme, ántes se alegra de morir; porque cree que la muerte es el medio para que en el último dia (1) resucite de la tierra el mismo cuerpo que muere, y vea y goce con sus propios ojos de carne á su Redentor. Esta esperanza cierta, depositada en el seno de su corazon, le hace mirar con rostro alegre la muerte del cuerpo, con la que da principio la vida eterna, que desde luego empezará á gozar su espíritu, y gozará despues eternamente en compañía suya el mismo cuerpo. En esta disposicion se exhala tranquilamente el espíritu del justo; y sin saber cómo, se halla de repente en el término de sus esperanzas, y en el colmo de todos los placeres. ¡Ó contento indecible! ¡Ó bienaventuranza celestial! *Intra in gaudium Domini tui.* Dichoso el hombre que, habiéndose valido en esta vida de la gracia concedida por los méritos del Redentor, ha obrado con ella de manera que pueda volar desde este valle de miserias á los deleytes eternos del paraiso; y desde la compañía de las criaturas á la presencia y vista del Criador.

(1) Job 19.

CAPÍTULO VII.

Cadáver del hombre; y conducta poco piadosa que se suele observar con este despues de la muerte.

Hemos considerado la vida del hombre, ó al hombre miéntras vive peregrino en este mundo mortal; y porque ya hemos llegado á contemplarle en su muerte, ó fin de la vida, vamos ahora á considerar y reconocer la cárcel en que vivia ó estaba preso su espíritu; esto es, vamos á fixar nuestra atencion en los despojos que nos dexa en esta vida mortal al volar su espíritu á la inmórtal y eterna.

Un hombre muerto ya no es hombre: falta lo que dándole vida le distinguia de lo insensible: falta lo que le diferenciaba de las bestias, y le caracterizaba dentro de nuestra sociedad; en una palabra, falta el espíritu: este ha volado, y nos ha dexado solamente la cárcel en que estaba encerrado: nos ha dexado á nosotros mismos, á los parientes, amigos, compañeros, y á todo lo visible: ha dexado su mismo cuerpo, y ha volado á los espacios que nos son invisibles. Aquí entre nosotros han quedado sus despojos para que nos sirvan de memoria en su ausencia hasta que vayamos nosotros á encontrarle en la region del otro mundo. Si el

el cadáver del hombre queda entre nosotros como despojo y prenda para su memoria, nuestro agradecimiento y humanidad no deben abandonarle á la voracidad de las fieras, sino colocarle en honrado y seguro depósito.

Habiendo dispuesto el supremo Hacedor que, en la ausencia de nuestros hermanos, queden entre nosotros sus despojos; y siendo dogma religioso, muy conforme á la razon natural, que estos despojos deban revivir unidos al espíritu que en la vida mortal los habia animado, ¿qué quieren decir aquel horror y espanto que la vista del cadáver causa á los que quedamos vivos? Mueren el pariente y el amigo; y aquellos, cuya vista formaba nuestras delicias, despues de su muerte, nos dan motivo del mayor horror. La costumbre de ver las cosas grandes, suele quitarles la admiracion, y á las espantosas el terror; mas, ¿quándo la vista de un hombre muerto, por mas que nos acostumbremos á verlo, nos dexa de llenar de asombro, siendo este tanto mayor, quanto mas conocido y amado nos era el difunto? Esto nos dice claramente, que no fué criado el hombre para ver tales espectáculos. Fué la muerte pena del pecado de nuestro primer padre, á quien el mismo Dios se la intimó (1). ¡O muerte, que entraste en los hijos de un padre desgraciado, como pena de su culpa! ¿Quién no te temerá quando vienes representando en tu horrendo semblante el justo furor de la ira divina? ¿Quién no temblará de tu presencia, siendo tu guadaña tan cruel, que no perdonando á ninguno, dexa á la vista convertidos en horroroso espectáculo los hombres que

(1) Genes. 2, 17. *In quocumque enim die comederis ex eo, morte morieris.*

que vivos eran la dulzura y delicias de nuestra sociedad? ¿Qué desengaño no es para los vivos ver en un calvario, ó en los sepulcros, tantos finados, que en el retiro, en el olvido y en el silencio en que estan, presentan todos escritas sobre sí aquellas fructuosas, aunque breves sentencias del Espíritu Santo: (1) *acuérdate de los novísimos: no te olvides... ¿ayer para mí, y hoy para tí?* "¡Ó quántas veces me acaece, dice un »sabio (2), entrar en los sepulcros de algunos muer»tos, y maravillado y atónito de lo que veo, pongo »los ojos en aquella figura, meneo los huesos, junto »las manos, concierto los labios, y póngome á de»cir entre mí: mira aquellos pies quántos caminos »anduviéron, aquellas manos quánto apañáron y guar»dáron, aquellos ojos quántas vanidades miráron, pa»ra aquella boca quántas golosinas se guisáron, aque»llos huesos de la cabeza quántas torres de viento fa»bricáron, para el deleyte de aquellos polvos y pe»llejos tan sucios, quántos pecados se hiciéron, por »los quales el ánima de este cuerpo por ventura esta»rá ahora penando para siempre! Salgo despues de »aquel lugar atónito, y encontrando con algunos »hombres, pongo los ojos en ellos, y miro, que es»tos tambien, y yo con ellos, nos hemos de ver pres»to de aquella manera, y en aquella misma vileza. »Pues, ¡ó miserable de mí! ¿para qué son las rique»zas, si aquí me tengo de ver tan desnudo? ¿Para qué »las galas y atavíos, pues aquí me tengo de ver tan »feo?

(1) Eccli. 38, 32. *Memento novissimorum: noli oblivisci... mihi heri, et tibi hodie.*

(2) V. P. Fr. Luis de Granada, primera parte de la Oracion, miércoles en la noche, §. 5.

»feo? ¿para qué los deleytes y comidas, pues aquí »tengo de ser manjar de gusanos?"

Debemos conocer y confesar, que ninguna cosa suele abatir tanto el orgullo de los mundanos, como la vista de un cadáver, ó de los sepulcros en que se ven mezclados mútuamente, y convertidos en tierra los cuerpos de tantos hombres que en su vida los trataban con el mayor regalo, delicadeza y distincion. ¿Quántos deben su conversion, y aun santidad, á la simple vista de un cadáver? Un San Francisco de Borja debió el desengaño en el de la Emperatriz Isabel: allí vió convertidos en humo, y en la misma nada, su gentileza admirada, su magestad respetada, y el temblarla y hablarla todos de rodillas, como si fuera una deidad en la tierra. Un Rancé debió su desengaño y retiro al rigor de la Trapa, á la vista del destrozo que se hizo en el cadáver de una señora hermosa, para encaxarlo bien en el ataud. No dudo que estos y otros héroes semejantes de santidad, tendrian muchos imitadores si, como ellos, nos aprovecháramos del desengaño que diariamente nos da la vista del cadáver de nuestros parientes, amigos, conocidos, y de los demas hombres. En su vista hallaríamos escrito de bulto, que nuestra vida, como la suya, es un soplo, la qual, siendo brevísima, se nos vende por larga; siendo fea, se nos representa como hermosa; y siendo miserable en sus principios y medios, y mas miserable en su fin, nos engaña y hace creer que es feliz y dichosa. Por tanto, feliz es aquel que va á la casa del llanto, en donde á la vista de los cadáveres entiende su paradero como nos dice el Espíritu Santo (1), y aprende ó piensa en lo que ha de suceder.

Es

(1) Eccl. 7, 3. *Melius est ire ad domum luctus, quam*

Es notable la conducta que hoy se ve practicar con los muertos. Apénas el hombre dexa de vivir, quando huyen sus mas cercanos parientes, y mas íntimos amigos. Aquí, en muchas ciudades de Italia, es tan pronto el desamparo, que no se cuentan dos horas despues de la muerte de un noble, quando se sienten las carrozas, que apresuradamente llevan todos los parientes domésticos á alguna casa de campo, huyendo de la ciudad, como si un terremoto la hubiera de hundir. Generalmente en la Europa huyen mas del difunto los que por parentesco ó amistad le eran mas cercanos; y si no huyen de él, procuran echarle á lo ménos quanto ántes de la casa, ó desterrarle de su vista las pocas horas que le dexan permanecer en ella. Así los hombres se crian con horror á tal espectáculo, que ellos mismos deben hacer en algun tiempo.

No hemos heredado este abandono de la antigüedad, en la que, segun se infiere de la práctica de los egipcios, los cuerpos muertos se conservaban como reliquias preciosas y estimables. No tenia un egipcio en su casa prenda de mas valor, que el depósito de sus padres difuntos. Es de creer que esta costumbre reynase al principio de la poblacion del mundo; porque vemos que los chinos (cuya monarquía es tanto ó mas antigua que la de los egipcios) miran y mantienen en sus casas por varios años los cadáveres de sus progenitores, como una cosa sagrada; llegando á tanto su veneracion, que ha servido de no pequeño impedimento á la propagacion del evangelio en aquellas partes.

No

quam ad domum convivii, in illa enim finis cunctorum admonetur hominum: et vivens cogitat, quid futurum sit.

No se conservaria entre estas naciones tanto respeto y amor á los despojos de sus ascendientes, si prevaleciera en ellas la mala educacion de proponer los cuerpos muertos como expectáculos de que debe huirse. Ellos miran los cuerpos de sus parientes como memoria y parte de su antigua compañía: los adornan decentemente; los miran sin horror; les hablan con ternura y respeto, y los acompañan con compostura y devocion. ¡Ó quánta utilidad traeria á los hombres esta piadosa costumbre, pues les haria oir de las voces mudas de un cadáver la suerte que les espera! Mas las naciones europeas abominan de esta educacion piadosa y útil; de donde proviene generalmente un horror irracional á los cuerpos muertos. Yo confieso ingénuamente, que ya tenia veinte y cinco años cumplidos de edad, y aun no habia fixado jamas (á lo que me acuerdo) la vista en cadáver alguno; y con este horror hubiera quizá seguido, si no me hubiese hallado solo en la asistencia de un hospital de quatrocientos enfermos en Cáceres, á tiempo de la última guerra de España con Portugal. En esta ocasion los difuntos eran cada dia á lo ménos veinte, y la necesaria asistencia, que por caridad debia darles, me desterró de la imaginacion tan perjudicial fantasma.

Á la verdad esta educacion de huir de los muertos, es causa de muchos males: es causa de que no nos aprovechemos del desengaño que nos representa la muerte de nuestros hermanos; y es tambien causa, de que muchas veces seamos homicidas. Porque, ¿quién ignora que por huir de los muertos, por quitarlos luego de nuestra vista, por desterrarlos de nuestras casas (que fuéron suyas), y por darles pronta sepultura, enterramos muchos vivos en realidad, y muertos en apariencia? Bruhier publicó una obra sobre la incertidumbre (1) de las señales de la muerte: en ella se refieren innumerables casos de haber enterrado muchos vivos que se creian muertos. En todos los paises se ven de quando en quando algunos exemplares de estos. En poco tiempo han sucedido tres ó quatro en esta provincia de la Romaña, y recientemente se ha visto en la ciudad de Bolonia volver en sí uno, tenido por muerto, estando ya sobre el féretro en la iglesia, el qual ha sobrevivido quince años. Por esto era loable la costumbre de los romanos (2), que lavaban con agua caliente el cadáver para excitar los espíritus vitales, si aun estaba vivo.

El gobierno es el que únicamente puede precaver este desórden de acelerar la sepultura á los muertos. Para sus providencias debe tener presente que la palidez del semblante, la frialdad del cuerpo, la rigidez de los miembros, y la falta de todo movimiento y sentido, son señales muy equívocas de la muerte, como advierten los médicos. "Es induvitable (dice Winslow, usurpando las palabras de Terilli, en una disertacion sobre la incertidumbre de las señales de la muerte) »que tal vez el cuerpo aparece tan falto de »funciones vitales y de respiracion, que no se difie»rencia de un muerto. La caridad y la religion piden »de justicia que se establezca un tiempo suficiente pa»ra que la vida, si subsiste, se manifieste; porque »de otra manera nos exponemos á ser homicidas, en»terrando los vivos. Si se cree á la mayor parte de »los autores, quando en el cadáver no se sienta cor»rupcion, es necesario esperar tres dias naturales, ó »setenta y dos horas, para estar seguros de su muerte."

Los

(1) Traité de la incertitude des signes de la mort.
(2) Ennius apud Serv. Æneid. l. 6, vers. 2, 19.

Los médicos antiguos conociéron ser muy fácil la equivocacion de juzgar muertos los vivos, por no sentirse la respiracion. Con ocasion de haber vuelto en sí una muger á los siete dias de muerta aparentemente, se escribió un tratado de la enfermedad sin respiracion (1), que Galeno, Plinio, y Diogenes Laercio atribuyen á Heraclito, y Celso á Demócrito. Si atendemos á la grande semejanza que el mecanismo de nuestro cuerpo tiene con el de los animales, me parece que no debemos extrañar que un hombre vivo se mantenga por algun tiempo sin señales exteriores de vida; porque el liron, el puercoespin, y otros animales, se mantienen así por meses. No pretendo yo, que por causa de dicha semejanza se haya de tener por meses un cadáver en depósito; mas será un acto de justicia natural, y de piedad con nuestros difuntos, el no sepultarlos hasta certificarnos de que estan muertos, si no nos queremos exponer á ser crueles é inhumanos homicidas. Para poner remedio en esto, se podria destinar en cada iglesia una capilla bien guardada de animales carnívoros, ó qualquier otro sitio en que el cadáver, si no daba señales de corrupcion, estuviese depositado tres dias. ¿En esto qué daño ó incomodidad puede haber para los vivos? Si esta providencia es de desear, como tan justa y piadosa, mucho mas se deberia desear otra eficaz que obligase á todas las iglesias á tener los sepulcros embovedados, y que se quitase la inhumana costumbre de enterrar los muertos (como se estila generalmente en España) cubriéndolos de tierra, y aprisionándolos hasta destrozarlos. Por causa de esta usanza, no se cuenta en España casi de ninguno, que despues de una muerte apa-

(1) Tratado intitulado περι απνοης.

aparente haya vuelto en sí; porque se suelen enterrar prontamente los muertos; y la manera de enterrarlos es para matarlos, si por ventura estan vivos. Convendria dar sepultura á los cadáveres en sitios descubiertos, que podrian destinarse cerca de las iglesias, las quales muchas veces estan medio apestadas por razon de las muchas sepulturas que en ellas hay. En un lugar descubierto, aunque sea pequeño, no se puede corromper fácilmente el ayre; y para satisfacer al fin de la religion, y á la piedad de los fieles con los muertos, lo mismo es enterrar á estos en lugar sagrado cubierto, que enterrarlos en lugar sagrado descubierto. En varios reynos se ha empezado en estos años á dar providencias para que los muertos se entierren en cimenterios fuera de las iglesias, como se usó por muchos siglos desde el principio del christianismo. He anticipado oportunamente esta reflexion, que propiamente pertenecia al discurso siguiente, en que se trata de los funerales al hombre muerto.

CAPÍTULO VIII.

Funeral al cuerpo, y espíritu del hombre muerto.

La muerte arrebata al hombre de la compañía y vista de los vivientes sus semejantes, entre quienes no por esto muere su memoria. El hombre mas aborrecido en vida por sus maldades, despues de su muerte se hace comun objeto de compasion; y su nombre, quando no haya sido infame, se suele honrar con el título de buena y feliz memoria. A la respetosa conmemoracion de los muertos, parece concurrir y estimularnos algun derecho natural; pues el uniforme pen-

Los médicos antiguos conociéron ser muy fácil la equivocacion de juzgar muertos los vivos, por no sentirse la respiracion. Con ocasion de haber vuelto en sí una muger á los siete dias de muerta aparentemente, se escribió un tratado de la enfermedad sin respiracion (1), que Galeno, Plinio, y Diogenes Laercio atribuyen á Heraclito, y Celso á Demócrito. Si atendemos á la grande semejanza que el mecanismo de nuestro cuerpo tiene con el de los animales, me parece que no debemos extrañar que un hombre vivo se mantenga por algun tiempo sin señales exteriores de vida; porque el liron, el puercoespin, y otros animales, se mantienen así por meses. No pretendo yo, que por causa de dicha semejanza se haya de tener por meses un cadáver en depósito; mas será un acto de justicia natural, y de piedad con nuestros difuntos, el no sepultarlos hasta certificarnos de que estan muertos, si no nos queremos exponer á ser crueles é inhumanos homicidas. Para poner remedio en esto, se podria destinar en cada iglesia una capilla bien guardada de animales carnívoros, ó qualquier otro sitio en que el cadáver, si no daba señales de corrupcion, estuviese depositado tres dias. ¿En esto qué daño ó incomodidad puede haber para los vivos? Si esta providencia es de desear, como tan justa y piadosa, mucho mas se deberia desear otra eficaz que obligase á todas las iglesias á tener los sepulcros embovedados, y que se quitase la inhumana costumbre de enterrar los muertos (como se estila generalmente en España) cubriéndolos de tierra, y aprisionándolos hasta destrozarlos. Por causa de esta usanza, no se cuenta en España casi de ninguno, que despues de una muerte apa-

(1) Tratado intitulado περι απνοης.

aparente haya vuelto en sí; porque se suelen enterrar prontamente los muertos; y la manera de enterrarlos es para matarlos, si por ventura estan vivos. Convendria dar sepultura á los cadáveres en sitios descubiertos, que podrian destinarse cerca de las iglesias, las quales muchas veces estan medio apestadas por razon de las muchas sepulturas que en ellas hay. En un lugar descubierto, aunque sea pequeño, no se puede corromper fácilmente el ayre; y para satisfacer al fin de la religion, y á la piedad de los fieles con los muertos, lo mismo es enterrar á estos en lugar sagrado cubierto, que enterrarlos en lugar sagrado descubierto. En varios reynos se ha empezado en estos años á dar providencias para que los muertos se entierren en cimenterios fuera de las iglesias, como se usó por muchos siglos desde el principio del christianismo. He anticipado oportunamente esta reflexion, que propiamente pertenecia al discurso siguiente, en que se trata de los funerales al hombre muerto.

CAPÍTULO VIII.

Funeral al cuerpo, y espíritu del hombre muerto.

La muerte arrebata al hombre de la compañía y vista de los vivientes sus semejantes, entre quienes no por esto muere su memoria. El hombre mas aborrecido en vida por sus maldades, despues de su muerte se hace comun objeto de compasion; y su nombre, quando no haya sido infame, se suele honrar con el título de buena y feliz memoria. A la respetosa conmemoracion de los muertos, parece concurrir y estimularnos algun derecho natural; pues el uniforme pen-

pensar y obrar de las naciones bárbaras y cultas en órden al obsequio y á la veneracion que profesan á los muertos, son efectos de la naturaleza que en todas ellas habla. No puede ser comun á todos los hombres sino lo que es natural, ó se aproxima á los derechos naturales. Todas las naciones hacen funerales á los muertos: los hacen al cadáver, desahogándose con actos civiles de humanidad apasionada y resentida por la pérdida de los que mueren; y los hacen al espíritu por impulso de razon, y por innato instinto de creer con toda certidumbre su inmortalidad. El hombre viviente recibe los obsequios y honores sin division ni relacion, ya de cuerpo, y ya de espíritu, que por toda la mortal vida estan íntimamente unidos, y componen una persona: mas despues de la desunion que en ellos causa la muerte, se dividen los honores: unos son civiles, y relativos al cuerpo que queda en el mundo; y otros son religiosos, que pertenecen, y solamente pueden ayudar al espíritu, el qual, aunque entónces invisible, por razon y tradicion constante de todas las naciones, se cree vivo siempre é inmortal. El hombre, despues de muerto, no es ya miembro de la sociedad civil, ni está sujeto á sus leyes; pero estas, rebosando de agradecimiento y humanidad con los que han estado baxo de su direccion en esta vida mortal, tienen siempre presentes á los que de ella han salido, defienden el honor de su memoria, y hacen sus cadáveres mas respetables que los cuerpos de los hombres vivos. No vemos, dice con razon Muret (1), sino infamias, penas pecuniarias, destierros,

(1) Cerimonie funebri di tutte le nazioni del mondo: trattato del sig. Muret, tradotto dal francese. Venezia 1722, 12, cap. 20, p. 260: obra demasiadamente breve.

ros, manos cortadas, y últimos suplicios prescritos en las leyes de los concilios y de los códigos de Justiniano y Teodosio contra los violadores de los sepulcros. Este rigor de las leyes civiles, que corresponde al que por costumbre observan las naciones bárbaras, da á entender, que en todos los hombres la naturaleza habla y aconseja el respeto, el obsequio y la veneracion suma á los difuntos. Los hombres generalmente se han mostrado sensibles á las voces y á los consejos de la naturaleza; mas como en esta no hay derecho tan claro que no se haya ofuscado por la extravagancia y fiereza de las pasiones humanas, el infame desahogo de estas han confundido, y casi corrompido lo que en órden á la veneracion de los difuntos dictan el agradecimiento, la razon, la humanidad, y el instinto natural. De estos motivos provienen el derecho de los muertos á la sepultura, y la comun idea de las naciones en honrarlos con obsequios funerales; y estos dos asuntos darán materia á los discursos siguientes.

§. I.

Derecho de los difuntos á la sepultura.

La naturaleza da sepultura á todos: "A ninguno, decia Séneca (1), pido que me haga los últimos »deberes de humanidad: á ninguno encargo mis des»pojos mortales; porque la naturaleza ha provisto y »dispuesto, que ninguno puede ser sepultado." Dixo bien Mecenas:

Nec tumulum curo, sepelit natura relictos.

Es

(1) Séneca: Epístola 92, al fin.

Es institucion antigua y ley patria, decia Isócrates (1), el derecho á la sepultura: derecho que no está escrito, y es, dice Séneca, mas cierto que los escritos. "En la guerra, como notó bien Dion Chri»sóstomo (2), no vale ninguna ley escrita; pero se »guardan las costumbres comunes á todos, aunque sea »extrema la enemistad: por esto la prohibicion de »enterrar á los muertos no está escrita (si lo estuvie»ra, los vencedores se sujetarian á las leyes de los »vencidos), ántes bien la costumbre hace que se dé »sepultura á los difuntos." Al mismo asunto dixo bien Sofocles (3): "Que las leyes funerales no estaban es»critas; sino eran ciertamente de los dioses: no mo»dernas de ahora, ni de ayer, sino de siempre; por»que siempre valen, y ninguno sabe de dónde hayan »salido."

El derecho pues á la sepultura, mirado por instinto natural, costumbre inmemorial y razon, como sacrosanto, se ha privilegiado y respetado por las leyes civiles en paz, y por los conquistadores en guerra. Las leyes conceden la libre eleccion del lugar de su sepultura, aun á las personas en quienes no reconoce absoluta libertad civil; y las naciones mas enemigas, estando en la mas viva guerra, han hecho armisticios para sepultar á los que en ella han muerto. Cha-

(1) *Isocratis orationes gr. ac lat. interpr. Hieron. Wolfio.* 1613, 8, *Orat. de permutatione*, p. 636.

(2) *Dio Chrysostomus Prusæus Orator gr.* Venet. 1551, 8. En la oracion περὶ τάφου, ó de la costumbre, p. 75.

(3) *Sophoclis tragœdiæ 7, gr. ac lat. opera Johnson.* Etonæ 1775, 12, vol. 2. En el vol. 2. *Antigone* al principio, p. 212 y 98.

Chabrias (1) ateniense, no persiguió á los lacedemonios vencidos, por dar sepultura á los soldados muertos; y los atenienses (2) condenáron á pena capital á diez vencedores, porque no enterráron los soldados muertos. En Julio César y Tito Livio (3) se lee la detencion de los exércitos para dar sepultura á los muertos. Onosandro (4) habla de la santa y religiosa piedad y costumbre de enterrar á los soldados muertos; y Vejecio dice (5), que cada soldado llevaba con separacion lo necesario para sepultarse. Los vencedores daban á los vencidos (6) los cadáveres de sus compañeros que pedian para sepultarlos: y en los desafios públicos de nacion con nacion, ó de sus respectivos xefes, se ponia por condicion inviolable el acto piado-

(1) *Diodori Siculi bibliot. historicæ libri, edente Laurentio Weselingio.* Amst. 1746, fol. vol. 2. En el vol. 2, p. 29, lib. 15, n. 475.

(2) *Valer. Maxim. memorabil. exemplor.* lib. 9, c. 8. §. último.

(3) *Jul. Cæsar. de bello gallico, et civili commentarii*, lib. 1, n. 26, cap. 15. *Tit. Liv. histor. roman.* lib. 39. En la batalla de L. Maulio Acidino.

(4) *Onosander: strategiticus gr. ac. lat. interpr. Nicolao Rigaltio.* Lutet. 1599, 4, cap. 36.

(5) *Flav. Vegetii de re militari libri.* Ant. 1607, 4, lib. 2, cap. 20.

(6) *Véase Johan. Kirchmanni de funeribus romanor. lib. 4, cum appendice.* Lugd. Batav. 1672, 12. En esta edicion, que es la mejor, el autor añadió el apéndice, en el que á los capítulos 4 y 5, desde la p. 610, cita muchos casos antiguos en que los vencedores diéron sepultura á los vencidos, ó les concediéron enterrar á sus compañeros muertos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

doso de enterrarse. Así Collero (1) Rey de Noruega, decia á Horwendillo ántes del duelo: "Al ódio »que reside en los ánimos, sucede la piedad: si las »discordias nos desunen, nos reconcilian los derechos »de la naturaleza: con estos nos unimos, aunque el »rencor del ánimo nos haga contrarios. La condicion »de la piedad es que el vencedor dé sepultura al ven»cido: ninguno aborrece estos oficios de humanidad. »Despues del hado mortal cesa el encono, ó á lo mé»nos se entorpece con el funeral. Glorioso sea el ven»cedor si honrase el sepulcro del vencido. La cruel»dad que se usa con los vivos, no se debe desahogar »contra sus cenizas."

Vemos que el derecho de la sepultura, inmemorial por su orígen, y comun á todas las naciones, se respeta por los hombres al tiempo mismo que ellos, desnudos de toda humanidad, se ensangrientan y matan cruelmente como fieras. La naturaleza misma, con la corrupcion momentánea y pestilencialísima que introduce en los cadáveres, obliga á darles por necesidad la sepultura que ellos exígen de la piedad humana. Mas si la naturaleza, la razon, y la comun costumbre de las naciones convienen en honrar los funerales del hombre muerto, no sin admiracion se ve tanta y tan extravagante diversidad en hacerlos, que parece haberse hecho el sepulcro humano el centro de las supersticiones y crueldades. No me propongo referir aquí la diversidad de funerales que han usado y usan las naciones; porque este asunto, hasta aho-

(1) *Historia de gentib. septentrionalib. auctore Olao Magno, archiep. upsalensi.* Ant. 1568, 8. En el lib. 16, cap. 2, fol. 130.

ahora (1) no tratado exâctamente á mi parecer, da materia abundante para una obra grande; y al fin de la presente solamente pertenece dar breve idea de ellos;

(1) De las ceremonias fúnebres de las naciones han escrito varios autores. Se han citado Muret y Kirchmann: este ha escrito bien sobre los funerales de los romanos.

Libitina, seu de funeribus: auctore Franc. Pomey. Soc. J. Lugd. 1659, 12. Obra erudíta, y crítica, pero breve: se trata en ella de los funerales de los romanos, griegos, egipcios, judios y turcos.

Joan. Casalii de veterib. ægiptiorum ritib. Romæ 1644, 4. Véase el cap. 7. *Ejusdem de antiquis romanor. ritib.* ibid. in 4. Véase el cap. 7. *Ejusdem de veterib. christianor. ritib.* Romæ 1647, fol. edicion aumentada: véase el cap. 66, *de funerib. priscor. christianor.*

Funerali antichi di diversi popoli &c. descritti da Tommaso Porcacchi. Ven. 1574, fol. En esta obra se ponen láminas de los funerales de los romanos, egipcios, trogloditas, macrobios, griegos, indianos, scitas, hérulos, y christianos antiguos.

Hieron. Baruffaldi dissertatio de præficis: et Jos. Lanzoni adversaria de luctu mortuali veterum. Ferrariæ 1713, 12.

Tratan brevemente de los funerales de los romanos, griegos, &c. los autores que escriben sus historias, y se citáron en el tomo segundo hablando de la historia profana. Véanse las colecciones de Grevio y Gronovio sobre las antigüedades romanas y griegas.

Historia religionis veterum persar. auctore Thoma Hyde. Oxomii 1700, 4. En el cap. 34, desde la p. 407 se trata de los sepulcros de los antiguos persas. Véanse tambien Bernabé Brixonio: *de regio persarum principatu.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ellos ; por lo que brevemente discurriré de los funerales de las naciones paganas , antiguas y modernas, y de los que se usan en el christianismo.

§. II.

---

tu. Paris 1606, 4, lib. 1, p. 149, lib. 2, p. 239, lib. 3, p. 263.

De los funerales de los americanos tratan los autores de la historia americana citados en el dicho tomo segundo, y principalmente Clavigero, de los mexicanos en el vol. 2, lib. 6, §. 36, p. 93. Felipe Gilii, de los americanos del Orinoco, vol. 2, lib. 2, cap. 20, p. 104. El Inca Garcilaso de la Vega trata de los funerales de los peruanos: el Jesuita Lafiteau, de los funerales de los salvages americanos septentrionales; y la obra intitulada: *historia canadensis à Francisco Creuxio è Soc. J.* Paris 1664, 4, á la p. 88, lib. 1, sobre los funerales en los reynos del Congo, Loango, &c. Véase Juan Cavassi, Capuchino, en su historia sobre estos reynos: lib. 1, n. 260, 263, 268, &c. Du-Halde en su historia de la China trata largamente de los funerales que en ella se usan. Sobre las ceremonias fúnebres y aniversarios de los chinos, véase el Jesuita Noel citado en su *philosophia sinica*, en el tratado *de ceremoniis erga defunctos.* Asimismo véanse los autores de las historias del Japon, Tunquin, &c. citados en dicho tomo segundo.

De los funerales de los antiguos hebreos tratan diez y siete autores, cuyas obras Blas Ugolini puso en el tomo 33 de su obra: *Thesaurus antiquitatum sacrar.* Venet. 1764, fol. De las ridículas supersticiones de los hebreos modernos en sus funerales trata Pablo Medici, rabino, convertido al christianismo, en la obra: *riti, è costumi degli ebrei.* Venecia 1776, 8, en el cap. 30, p. 241.

§. II.

Idea comun de las naciones antiguas sobre la sepultura de los muertos; y funerales que se han usado entre las paganas.

Convienen las naciones en conceder, por derecho natural, la sepultura á los difuntos; mas varían mucho en el modo de dársela, y en las ceremonias fúnebres con que acompañan el acto de humanidad que inspiran la razon, la piedad y el agradecimiento. Si consultamos á las historias, hallarémos funerales tan varios y extravagantes, que su misma extravagante variedad (prescindiendo de los actos de inhumanidad y fiereza que se mezclan) nos da á conocer claramente que la naturaleza no habla en ellos, ni los dicta, sino solamente el desórden de las pasiones mas brutales. Mas las historias contienen hechos que podemos llamar modernos, y que ciertamente son posteriores á los primitivos en los primeros siglos despues del diluvio. Para hallar los actos de piedad que en estos siglos exercitáron los hombres con los difuntos, ó la especie de sepultura que diéron á sus cadáveres, la historia nos da la luz; y la dará clara el exámen de los documentos que aun se conservan depositados en los idiomas de las naciones. Los idiomas, cuya formacion es contemporánea á la dispersion del linage humano por la faz de la tierra, dicen la especie de sepultura que los hombres, segun buena razon, empezáron á dar á los difuntos; y la historia dice la que despues les diéron por extravagancia y fanatismo irracional.

Conviniéron los primeros hombres en dar á los difuntos sepultura, que la extravagancia humana halló

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lló en la tierra, en el agua, en el fuego, en el ayre, y en el vientre de las fieras, y de los mismos hombres. Estos al principio, para sepultar á los difuntos, escucháron las voces de la naturaleza, y observáron su obrar, segun el qual toda substancia corporal se resuelve en las partes de que se compone. Si la calidad de estas se oculta, ó desfigura tal vez en su composicion, siempre se manifiesta claramente en su desunion; así el orígen y la formacion del cuerpo humano que, miéntras este vive, parecen ocultarse, se echan de ver claramente quando, faltando la vida al cadáver, se convierte visiblemente en las cenizas de que estaba compuesto. El cuerpo humano, que debe su orígen á la tierra, es un mueble que esta presta al espíritu por el limitadísimo tiempo que lo anima: cesando esta animacion, cesa el fin del préstamo: faltan poco á poco el mecanismo y la organizacion del cuerpo, y este se convierte visiblemente en lo que era ántes que fuese organizado. Vuelve pues á ser la tierra que era; y segun el conocimiento práctico de esta experiencia, los primeros hombres, restituyendo á la tierra lo que era suyo, y ella habia prestado, no diéron á los cadáveres otra sepultura que la de tierra, metiendo en su seno los cadáveres, ó enterrándolos; por lo que las palabras *enterrar* y *entierro*, que significan sepultar y hacer los funerales, declaran con su etimología gramatical lo que se debe hacer con los cadáveres, lo que hiciéron los primeros hombres, y lo que la naturaleza enseña á hacer; esto es, esconderlos, ú ocultarlos dentro de la tierra.

Si buscamos en los idiomas la significacion primativa de las palabras radicales, de que en ellos se derivan las voces significantes *enterrar*, *sepultura*, &c. hallarémos que todas ellas declaran no haberse usado antiguamente otro modo de sepultura que el de cubrir los cádaveres con tierra. En

En latin enterrar se dice *humare*; palabra que se deriva de *humus*, tierra, y significa propiamente cubrir con tierra, como dice Plinio; á distincion de la palabra latina *sepelire*, que significa sepultar en general. De la palabra *humus* provienen *humatio*, enterramiento, y *humanum sacrificium*; esto es, funeral sacrificio á los muertos, como dice Pompeyo Festo.

La lengua cántabra abunda de palabras alusivas al depósito de los cadáveres en tierra: enterrar *lupean sartu*, *luperatu*, *lupertu*, *&c.* palabras que se componen de *lur*, tierra; *lurà*, ó *lurrà*, tierra-la. Los cántabros en los nombres compuestos dicen muchas veces *lu*, y no *lur*; por exemplo *lukiteza*, tierra inculta: *lutuguea*, tierra firme, ó continente: *ludárdara*, terremoto: *lutartea*, terreno, espacio. Se dice *lupean* ó *lubean*, tierra-debaxo: *sartu*, meter; de donde, *lupean sartu*, *lupertu*, *luperatu*, en tierra meter. Sepultura, *cortzuloà* de *zuloà*, y *ciloà*, hoyo-el; de donde *arzuloà*, caberna; *zuloguillea*, sepulturero. La palabra *guilleà* es terminacion de nombres de oficios. Cadáver se dice *illotza*: muerto frio (de *ill*, morir; *otza*, frio-lo): *gorputzilla*, cuerpo muerto (de *gorput*, cuerpo; *illa*, muerto-el). Ataud se dice *illoeà*, de-muerto-cama (de *ill*, morir; de *oeà* ú *oyà*, cama-la): *oerà*, á la cama. Usan los cántabros (1) otros muchos

(1) En cántabro sepultura se dice *obia*; enterrar difuntos, *obiratu*; entierro, *obiratzà*; sepulturero, *obiratzallea*: estas palabras provienen claramente de la radical *obi*, de donde quizá se deriva la latina *obitus* muerte. Sexto Pompeyo citado dice, que antiguamente en latin se decia *obitu* por *aditu*: y en este sentido *obitu* proviene de *obeo*;

chos nombres, cuya etimología ignoro. ¿Quándo algun cántabro, zeloso de su honor nacional, presentará á la literatura el deseado y precioso don de un diccionario etimológico de su excelente idioma? En griego, yo entierro, se dice *thaphrò*; de donde provienen *taphè*, sepultura; *taphei s*, sepulturero; *taphrè*, hoyo; *taphros*, foso; *tapheuo* (1), hago foso, &c. palabras alusivas al hoyo, ó á la sepultura en que se deposita el cadáver.

En aleman sepultar se dice *graben*, y comunmente *be-graben*, que proviene de *grabe*, hoyo y foso: *grable*, fosillo; de donde se derivan *grab*, sepultura: *graben*, cavar, grabar: *graber*, escultura. Son claramente análogas la palabra griega *graphein*, esculpir; y las alemanas *graber*, escultura; y *graben*, cavar, grabar, sepultar. Los alemanes llamáron *grab* (esto es, hoyo) á la sepultura, y *graben* (esto es, hacer el hoyo) el acto de enterrar.

En lengua ilírica, enterrar se dice *pokopatti* y *ukopatti*, que provienen de *koppatti*, cavar; de donde las palabras *kapac*, cavador, *kopan*, cultivo, *nekopan*, inculto. Enterrar se dice tambien *paosam* de *piosam*, obscurecer. Sepultura se dice *pocivaliscte*, *taamno*, y *umarljeb*. El nombre *pocivaliscte* se deriva de *pocivanje*, y de *pocoi*, descanso, reposo: *pocivallo* de reposo-lugar. *Taamnos* proviene de *tamnos*, obscuridad; la qual se dice tambien *marklos*, de donde proviene *umarljech*; que tambien puede provenir de *umarli*, mortal; *umarlost*, mortalidad; derivados de *smart*, muerte; *umrjeti*, morir. En ilírico actualmente la sepultura se llama tambien *groba*, nombre quizá tomado del aleman *graben*, porque los ilíricos han estado siempre vecinos á los teutones ó alemanes. Se ve que los ilíricos llamáron *ukopatti* el enterrar, porque se entierra cavando la tierra; y á la sepultura llamáron reposo, obscuridad y mortal; nombres todos que declaran el lugar y las circunstancias del difunto.

En polaco, dialecto del ilírico, enterrar se dice *pogrzesck*, que significa meter baxo de tierra, y se deriva de *zemia*, tierra. La sepultura se llama *grob*, nombre análogo al ilírico *gnoba*, y al aleman *graben*. En ruso, que tambien es dialecto ilírico, enterrar se dice *pognebiu*, palabra que proviene de *grob*.

En hungaro, enterrar se dice *temetni*; palabra proveniente de *temés*, que significa tupimiento, recalcamiento y endurecimiento, porque el cadáver se tupe y recalca con tierra: *temetes* significa la sepultura; y *temetèsi-domb* del muerto la caxa.

En turco, enterrar se dice *giummek*, de *gium*, hoyo; porque en este se deposita el cadáver.

En armeno, enterrar se dice *tagiel*, que propiamente significa ocultar, esconder.

En lengua kurda, ó kurdestana, enterrar se dice *veschierum* y *veschierit*, que provienen de *veschiar*, oculto, escondido: *veschiart*, se enterró; esto es, se ocultó ú escondió. El sepulcro se llama *kabr*, palabra que se deriva de las hebreas *keber*, sepulcro: *kabar*, enterrar (en púnico maltés, sepulcro se dice *kabar*); cuya etimología algunos hacen análoga á

---

obeo; como *aditu* proviene de *adeo*; pero *obitu* en significacion de muerte, parece aludir mas á la palabra cántabra *obi*, que á la latina *obeo*, que radicalmente no significa cosa de muerte.

(1) Véase: *Thesaurus græcæ linguæ ab Henrico Stephano.* 1572. En el vol. 1, col. 1500 y 1502.

 la

la palabra alemana *graben*, y segun Sanctes Pagnino (1) es dudosa.

En lengua ibera ó georgiana, enterrar se dice *defla*; y sepultura *deflavi*: palabras análogas á *dafarzos*, poner tierra sobre el sembrado; y á *daferili* ensolado.

En el japon enterrar se dice *uzzume*, que proviene *azzuke*, poner en depósito; porque se deposita el cadáver que se entierra.

En lengua tonkina enterrar se dice *chön*, *kanh*. La palabra *chön* en su orígen significa poner debaxo de tierra, y así se dice la frase *chön tien*, enterrar dinero. La palabra *kanh* tiene significacion alusiva á las muchas ceremonias funerales que los tonquinos, imitando á los chinos, hacen en las exêquias y aniversarios de los difuntos. De *kanh* provienen *kham*, un papel supersticioso que se pone en la caxa de los muertos: *khao*, sacrificio que se hace á las almas de los difuntos para que no causen mal alguno: *kanh-tan*, fiesta en los sepulcros ó en las iglesias de los difuntos, &c.

En lengua mexicana, enterrar se dice *toca*, que propiamente significa cubrir: *tocayan*, lugar de sepulcros. Enterrar se dice tambien *tlalcoca*, palabra compuesta de *talli*, tierra; y de *toca*, cubrir. La sepultura se dice *miccatecothli*, de muertos-hoya: la palabra *miccat* significa muertos, que en mexicano se nombran comunmente *miccatzin*: la partícula final *tzin*, exprime compasion ó respeto.

En lengua kichua ó peruana, sepultar se dice *pam-*

(1) *Thesaurus linguæ sanctæ, auctore sancte Pagnino ord. Prædic.* Lugd. 1577, fol. col. 2405, á la palabra Kabar.

pampani de *pampa*, plaza ó sitio en que no hay casas; porque los cadáveres se sepultaban antiguamente fuera del poblado. Sepultar se dice tambien *ayacta* de *aya* cadáver, que tambien se llama *acoi*, *acui*. Sepultura se dice *aya-huaci*, esto es, del cadáver-casa; cimenterio *ayap-pampa*; esto es, de cadáveres-plaza, ó sitio despoblado: *aya-pampac* enterrador. El enterrar entre los peruanos se dixo con alusion al sitio despoblado en que sepultaban los cadáveres.

En lengua guarani, se dice sepultar *anötï*: sepulcro del enterrado, *tïbï*: sepultura para enterrar, *ïbïcua*: sepultura en general *tïbïquaru*: todas estas palabras provienen de la voz radical *tï*, esconder debaxo de tierra, sembrar, apretar tapando: puede ser que *ïbïcua* provenga de *ibi* tierra.

En lengua mbaya, llamada tambien eyiguayeji, y guaicurú, tierra se dice *iigo*; de donde provienen *yaligi*, yo entierro, ó pongo en tierra; *calig*, aquel entierra. La sílaba *ig* es radical de todos estos nombres.

La etimología de las palabras significantes enterrar y sepultura, en los idiomas expuestos, y en otros muchos que se podrian citar, nos dice que las antiguas naciones sepultaban los cadáveres escondiéndolos en la tierra, y restituyendo á esta lo que era suyo. Á esta primera y comun costumbre sucedièron la extravagancia y el delirio de los que se valièron de todos los elementos, y de las fieras para dar sepultura á los cadáveres. Los griegos, romanos (1), ga-

(1) Véanse los autores citados sobre los funerales de los griegos y romanos.

galos (1), herulos (2), mexicanos (3), &c. los quemaban, juzgando que el fuego era el elemento mas noble para guardar los cadáveres de las personas ilustres. Ésta costumbre usan los japones y los parecas, nacion bárbara de América; los ictiofagos, indios (4), hiperboreos (5), &c. Algunas naciones, como los coleos, y otras septentrionales (6) de Europa, daban

(1) *Julii Cæsaris de bello gallico comment.* lib. 6, cap. 5, n. 18.

(2) Procopio citado en el cap. 3, véase p. 419.

(3) Sobre los mexicanos, véase Clavigero; sobre los parecas véase Gilij; y sobre los Japones véase Kaemfer; autores citados en el tomo segundo en las respectivas historias de estas naciones.

(4) Diodoro Siculo, citado ántes en el cap. 3, habla de ictiofagos de Africa en el lib. 2, §. 73, n. 15, p. 128, y de los indios en el lib. 2, §. 99, n. 99, p. 171.

(5) De los hiperboreos habla Plinio lib. 4, cap. 12. Sepultaban tambien los muertos en el agua los peones (*Diogen. Laertius in Pyrrhone*), y los etiopes (*Sextus Philosophus* lib. 3.): véase Kirchmanno citado: *appendix ad libros de funerib.* cap. 2, p. 599. Los hombres han juzgado comunmente mas funesta su muerte en el elemento del agua, que entre otros elementos, como se prueba en la disertacion intitulada *mors in undis.* Véase: *observationes selectæ ad rem literariam spectantes.* Halæ Magdeb. 1703, 8, vol. 10. En el vol. 7, observatio 5, p. 114.

(6) *Æliani opera gr. ac lat. cura Conr. Gesueri. Tiburi.* Helvet. 1556, fol. *Var. historiæ*, lib. 4, cap. 1, p. 419, dice: los colcos colgaban de los árboles los cueros en que estaban metidos los cadáveres. Véase tambien Strobeo citado: serm. 277, p. 894.

De las naciones septentrionales de Europa que colgaban

ban sepultura en el ayre, dexando colgados los cadáveres de los árboles. Otras varias naciones, como la masajeta, la padea, y muchas americanas, de que ántes en el capítulo III, se hizo mencion, se comian los cadáveres: la misma inhumana costumbre tenian los scitas, ponticos, irlandeses antiguos, bérbicas, esedones (1), &c. y los hircanos, iberos, bactrianos, barcéos, persas, partos; y algunas naciones (2) de

ban al ayre los cadáveres, habla Olao Magno en la edicion citada, lib. 16. cap. 2. fol. 132.

(1) De los Scitas hablan Tertuliano, *apologetic.* cap. 9. y Luciano Samosateno en el diálogo de los dioses citado: §. *Juno.* De los ponticos habla Tertuliano, lib. 1. *advers. Marcionem*, cap. 1. De los irlandeses antiguos, Estrabon en la edicion citada, lib. 4. n. 201. p. 307. De los derbicas, San Gerónimo, epistol. *adversus Jovinianum.* Los derbicas y sardoas mataban á los viejos, véase Eliano citado, p. 419. De los esedones hablan Pomponio Mela, *de situ Orbis*, lib. 2. cap. 1. Herodoto, lib 4. y Solino, cap. 25. Mela, lib. 3. cap. 7. habla de los indios que se comian los cadáveres. Sobre estas naciones véase Kirchmanno citado: *ad romanos funera appendix*, cap. 2. p. 590.

(2) De los hircanos y caspios que echaban á los perros los cadáveres, habla Porfirio: *de abstinentia ab esu animalium, interpr. Joan. Bern. Feliciano.* Venet. 1547. 4. lib. 4. fol. 99. Dice aquí mismo Porfirio que los tibarenos precipitaban á sus viejos para matarlos; y que los bactrianos los echaban á los perros; y que estuvo para perder el mando Nicanor, general de Alexandro, porque quiso quitar esta fiera costumbre. De los bactrianos habla tambien Estrabon citado, lib. 11. n. 517. p. 786. De los barceos habla Eliano en la edicion citada, *de animalib.* lib. 10. cap. 22. p. 217. De los persas hablan Bernabé Brixo-

de las indias usaban la fiereza de echar los cadáveres á los perros y buitres para que los devorasen. Mas la humanidad parece estremecerse al referir estos hechos de impiedad y fiereza entre las naciones de nombre, ú hombres, en quienes la razon se eclipsó totalmente. Es verdad que tales hombres, enfurecidos contra los cadáveres de sus semejantes, parecen mas bestias que racionales á la consideracion del filósofo; pero este sabe y oye con no ménos admiracion y horror, que entre naciones llamadas cultas se han visto y ven freqüentemente víctimas del furor mas bárbaro y rabioso, no cadáveres insensibles, sino sus mismos semejantes sacrificados en el altar de la venganza mas inhumana á su impiedad cruel. Ha visto y ve muchas veces oprimida é infamada la inocencia, y triunfantes á sus crueles agresores. Así pues, compadezcámonos de la miseria humana, y no creamos que las naciones por llamarse cultas dexan de ser mas inhumanas y crueles que las bárbaras: su diferencia consiste tal vez mas en el modo que en la substancia. La nacion culta viciosa, suele hacer con política tantas crueldades, como la bárbara executa sin cautela. Esta breve digresion servirá para que el lector con paciencia, y sin admi-

ra-

xonio citado, lib. 2. p. 265. Agatias Scolastico, *de imper. Justiniani*, lib. 2. De los partos habla Justino, *historiæ*, lib. 41. Sobre estas naciones véase Kirchmanno citado. Los oritas, nacion de las Indias, echaban los cadáveres á las fieras. Diodoro Sículo citado, lib. 17. §. 618. n. 105. p. 242. Entre los masafetas se echaban á las fieras los cadáveres de los que morian por enfermedad. Estrabon citado, lib. 11. p. 785. correspondiente á la p. 513. de la edicion parisiense de 1620.

racion, lea otras acciones ridículas, indignas y mas crueles, que en los funerales hacian las naciones bárbaras, y brevemente referiré.

Quando la razon, que á el hombre distingue de la bestia, se llega á ofuscar, ya el hombre se confunde con ella; y si entónces llega á distinguirse, la diferencia consiste en que él sea mas fiero que las bestias; porque la razon, aunque ofuscada, le presenta modo y medios para serlo. Los funerales han sido el teatro en que el hombre ha obrado, y suele obrar con la razon ofuscada. Así obraban los japones (1), que celebraban fúnebremente el nacimiento de los hombres, y su muerte con alegría y regocijo. "Los albanos (2) tenian por cosa iniqua cuidar »de los muertos, y aun hacer mencion de ellos, y »enterraban con los cadáveres todo su dinero; por »lo que vivian pobres sin heredar nada." "Los me»gabarios (3) enroscaban el cadáver uniendo el cuello »con las rodillas: le llevaban despues á un collado, y »con gran risa le tiraban piedras hasta cubrirle de »ellas." En el imperio del Mogol varias naciones bárbaras acostumbran aun enterrar mucho dinero con los cadáveres. Algunas naciones antiguas (y no pocas modernas bárbaras) sepultaban con los muertos sus muebles comunes ó preciosos: desperdicio en que la

su-

(1) Olao Magno en la edicion citada, lib. 3, §. 8, fol. 47.

(2) Estrabon en la edicion citada, lib. 11, p. 768, correspondiente á la p. 503 de la edicion parisiense del 1620.

(3) Diodoro Sículo en la edicion citada, lib. 2, §. 99, n. 99, p. 171.

superstición prevalecia contra la comun avaricia, y tal vez la necesidad. Otras naciones, no contentas con hacer inútiles los muebles preciosos con que acompañaban al cadáver, le daban otra compañía con la de los amigos, parientes y criados, que cruelmente sacrificaban para que cortejasen al difunto. Entre los traces (1), que como los lapones lloraban en el nacimiento de los suyos, y se alegraban en su muerte, en esta á los maridos acompañaban sus consortes, quitándose la vida. Los galos quemaban con los cadáveres á los criados mas queridos del difunto. Esta costumbre se ha usado entre los tártaros, llamados mancheux, hasta que Cang-hi (2), emperador de la China, la ha prohibido. En el Indostan, por dogma religioso y civil, las viudas de algunas naciones se deben matar para acompañar á sus maridos muertos. Esta bárbara costumbre se usaba tambien en el Perú, como dice el Inca Garcilaso de la Vega en su historia (3) de los Incas; y en el imperio mexicano, como nota Francisco Clavijero (4) en la historia de México (5). Aun son mas inhumanas las costumbres de varias naciones africanas, quales son las de Congo, Loango, Matam-

(1) Pomponio Mela citado, lib. 3, cap. 2.

(2) *Julii Cæsaris de bello gallico*, lib. 6, n. 18, cap. 5.

(3) Sobre los funerales de los chinos véase la historia de la China por Du-Halde, de la edicion parisiense del 1736, en el vol. 2, p. 124.

(4) En la parte 1, lib. 6, cap. 5, fol. 133 de la edicion lisbonense del 1609.

(5) *Storia antica del Messico.* Cesena, 1780, 4: en el vol. 2, lib. 6, §. 39, p. 93.

tamba (1), Andra y Benin (2). En este último reyno echan el cadáver del Rey en un profundo pozo de boca estrecha, y en su compañía precipitan vivos muchos hombres y mugeres, principalmente de los que eran domésticos suyos. Despues el sucesor al trono da de beber al pueblo licores fuertes; el qual, embriagado, se ocupa por dos ó tres dias en cortar cabezas de quantas personas y bestias encuentra, para llevarlas al pozo. Mas no sigamos con la relacion de estas crueldades, que afean é infaman la historia del hombre; excesos tan inhumanos y fieros no se encuentran en la historia de las bestias feroces. El hombre es capaz de mayor fiereza que las fieras: el hombre pone en práctica tal capacidad: su humanidad y razon ceden al furor de sus pasiones, y á los efectos de la bárbara y supersticiosa educacion. En las naciones bárbaras vemos al hombre cruel contra la humanidad; mas en las cultas le vemos cruel á sangre fria contra sí mismo, siendo un verdadero suicida. La historia del suicidio europeo, leida por las naciones bárbaras, causaria en ellas el horror que nosotros sentimos al leer estas bárbaras crueldades en sus funerales por exceso de dolor.

Siendo tan enorme y varia la crueldad de las naciones en las exêquias de sus difuntos, se debe conjeturar, que en las ceremonias lúgubres sea ridiculísima su extravagancia. Aun entre las naciones cultas se advierte gran contrariedad en este asunto. Las euro-

(1) Juan Cavazzi, capuchino: *istorica descrizione del Congo, &c.* Bologna, 1687, fol. lib. 1, num. 260, &c. p. 116.

(2) *Storia de' viaggj*, vol. 15, *descrizione dell' Andr.* lib. 12, §. 1.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ropeas tienen por color fúnebre el negro, y la china el blanco. La duracion y las señales exteriores del luto son muy varias. Los hotentotes (1) suelen llevar por señal de luto el vientre de un carnero, y el luto dura hasta que se pudra. Los tamanacos, que llevan siempre cabellos largos, se los cortan con el luto; y este dura hasta que los cabellos vuelvan á ser tan largos, como eran ántes del luto. Los maipures (2), que estan siempre pelados, en el luto dexan crecer los cabellos, que se cortan con gran solemnidad en un dia determinado en que primeramente lloran, y despues hacen fiesta con gran regocijo. Los salvajes de la América septentrional (3) usan el luto grande de diez dias, y el pequeño de un año: en el grande se cortan los cabellos, se empuercan feamente la cara, y viven con extraordinaria mortificacion. En la china el luto por el padre y la madre dura tres años, y es uno de los principales objetos de la legislacion política; por lo que la supersticion con los difuntos tanto se ha difundido, y ha inspirado ideas tan extravagantes de veneracion ó temor á las almas de los difuntos, entre los chinos y otros orientales, que por ellas la propagacion del christianismo ha encontrado graves obstáculos, y materia de discordias en las opiniones de los misioneros evangélicos.

Entre las ceremonias funerales de los antiguos, es dig-

(1) *Storia de' viaggj*, vol. 18, lib. 14, cap. 3.

(2) Sobre los tamanacos y maipures véase *Felipe Gilj: saggio di storia americana, &c.* Roma 1780, 8, vol. 4: en el vol. 2, lib. 2, cap. 20, p. 108.

(3) *Lafiteau: mœurs des sauvages amer*, vol. 4, §. 8.

digna de referirse la que usaban los egipcios (1). Sus leyes tenian poder absoluto sobre vivos y muertos; por lo que ninguno de estos podia ser alabado, si por juicio público no se aprobaba la conducta de su vida. Á este fin se unian los jueces en un sitio adonde se pasaba por un lago, y el que los pasaba se llamaba en lengua egipcia *charon*, de cuyo nombre y oficio provino la fábula griega del barquero *Caron*. Llevábase el cadáver á dicho sitio, en que un fiscal público le acusaba; y segun la sentencia de los jueces, se alababa ó condenaba la memoria del difunto, y se negaba ó decretaba su sepultura. El trono no estaba exênto de este juicio, en el que todos, despues de la muerte, eran iguales. Si el juicio era favorable, se hacian despues las exêquias al cadáver con una oracion panegírica, en que nada se hablaba de la distincion del nacimiento, que era reputado de igual nobleza entre todos los egipcios, sino solamente del mérito personal.

De la suntuosidad grande en los gastos funerales, y en la fábrica de los sepulcros, no trataré por no hacer demasiadamente prolixo este discurso; y porque todo quanto se puede decir, prueba solamente la vanidad humana; vicio que debe su orígen al innato deseo de la memoria inmortal. Decia bien Eurípides que se enloquece la mente de los hombres, quando ellos hacen gastos inútiles por los muertos. Las grandezas humanas llaman el deseo, y aun la envidia de los que no pueden tenerlas; mas yo hasta ahora no he conocido hombre alguno que, asistiendo á magníficos funerales, ó viendo suntuosos mausoleos, teñga

(1) Diodoro Sículo citado, lib. 1, §. 58, n. 92, p. 102.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ga envidia de estas grandezas funerales, y las desèe ansiosamente en honor de su cadáver. El gran Ciro pensaba bien sobre la sepultura que convenia darse á los muertos quando en su última enfermedad decia (1): "No sepulteis, ó hijos, mi cadáver en oro, plata, ni »en otra cosa preciosa, sino restituidle quanto ántes »á la tierra. ¿Qué cosa hay mas gloriosa que mez»clarse con la tierra, que produce y fomenta todas »las cosas excelentes, y todos los bienes? Yo, que »he sido amante de los hombres, gustosísimamente »me considero participante de la tierra, que para »ellos es tan benéfica."

§. III.

Funeral christiano.

Por conclusion del discurso de los funerales trataré brevemente de los que á los difuntos se hacen, segun el espíritu del christianismo, por todas las naciones que profesan la pureza de su doctrina. La religion christiana, que rectifica, refina é ilustra maravillosamente la razon natural, pone en punto de vista clara la verdadera bondad ó malicia de los actos humanos, y prescribe la mas perfecta y racional doctrina para hacer los buenos. Entre estos la razon natural cuenta el humano y piadoso de dar sepultura á los difuntos; obra que el christianismo coloca entre las de misericordia religiosa, y propia del hombre. El dar sepultura á los muertos, segun el es-

(1) *Xenophontis de institutione Cyri* (seu Cyripoedia) *historiar. libri* 8, *gr. ac lat. edente Dodwello.* Oxonii, 1703, 8: en el libro 8, cap. 7, p. 550.

espíritu del christianismo, no consiste en la vana ostentacion de magníficas y costosas pompas funerales. "Estas pompas, dice bien San Agustin (1), el exér»cito de exéquias, los soberbios gastos de sepultura, »y la suntuosidad de los sepulcros, son como consue»lo de los vivos; pero no sufragio para los muertos. »Lo cierto es, que con las oraciones de la santa igle»sia, con el sufragio de la salud ó redencion, y con »las limosnas que por las almas se dan, se ayudan los »difuntos, para que el Señor con ellos use mas pie»dad que merecen por sus pecados. Esta es la tradi»cion que de los padres tiene la iglesia universal, y »segun ella, se ruega por todos los que muriéron en la »comunion del cuerpo y de la sangre de Christo, quan»do en el mismo sacrificio se hace conmemoracion de »ellos en su respectivo lugar; de modo que la con»memoracion es porque tambien por ellos se ofrece »el sacrificio... De ninguna manera se debe dudar »que estas cosas ayudan á los difuntos; esto es, á »aquellos que ántes de la muerte viviéron de tal mo»do, que despues de ella les puedan ser útiles." La pompa funeral suele ser desahogo del dolor, y tal vez de educacion viciosa, ó de vana supersticion. La pasion extrèma en la pérdida de las personas amadas, ó necesarias, induce naturalmente al desahogo, que por efecto de ciega pasion muchas veces es inútil ó vicioso. Desahogo de dolor en las naciones bárbaras era el matarse la muger por la pérdida ó muerte de su marido; y ahora en muchas christianas es el empobre-

(1) San Agustin: *sermo* 172 (*alias* 32) *de verbis apostoli Pauli in I. Thess.* cap. 4, vers. 12: en el vol. 5 de las obras de San Agustin de la edicion antuerpiense de 1700, col. 575.

brecer la familia con los excesivos gastos del suntuoso entierro, por vanidad, sin que al espíritu del difunto resulte ayuda alguna. ¿Á qué asunto, y para qué fin tanto gasto en cera, vestidos de luto, y gente asalariada que deba acompañar el cadáver? Es obra de misericordia enterrar á los difuntos; mas la pompa profana de los entierros suele ser efecto de vanidad. El espíritu del christianismo pide humanidad con el cadáver para que se sepulte decentemente; y pide caridad con el espíritu del difunto, para que con oraciones, santos sacrificios y limosnas, le ayudemos, procurando con estas obras aplacar la justicia de Dios, y merecer los efectos piadosos de su misericordia y clemencia á favor del difunto. Á este fin se dirigen los ritos y ceremonias funerales de la santa iglesia. El cadáver del difunto se lleva procesionalmente á la casa de Dios, acompañándole el clero y el pueblo con oraciones y cánticos sagrados, que sirvan de sufragio al alma. Se llevan algunas luces para significar que el difunto hasta su muerte ha conservado siempre inextinguible la luz de la fe divina que recibió en el santo bautismo. Se tocan las campanas, para dar á los fieles aviso de la muerte de su hermano, y acordarles su obligacion christiana de encomendarle al Señor. Al sonido de las campanas se llevan al sepulcro los cadáveres que de él han de resucitar al oirse la terrible trompeta que llame al género humano á juicio universal. El cadáver se inciensa, para significar que por el alma del difunto ofrecemos á Dios en su ayuda y sufragio nuestras obras encendidas en caridad. Se rocía con agua bendita para significar que el alma del difunto quede limpia y sin mancilla, como quando fué bautizada. Se pone la cruz delante del cadáver para significar, que el difunto vivió baxo de la milicia é insignia del christianismo, y que será participante de

de los méritos de nuestro divino Salvador crucificado (1) por el género humano. Segun la costumbre de la primitiva iglesia, el cadáver se enterraba en un sitio separado de los templos; y siempre los fieles se han enterrado en un sitio separado, comun y bendito, porque habiendo vivido juntos en union santa, y en caridad, reposen tambien juntamente sus cadáveres en la misma union y compañía hasta la resurreccion universal.

Así las naciones christianas, alumbradas del conocimiento de la religion verdadera, con piedad y caridad, y por modo de sufragio al espíritu, tributan al cadáver aquellos obsequios que dictan no ménos la religion y caridad christiana, que la misericordia y compasion natural: dan sepultura á su cadáver: lloran su muerte como lo aconseja el Espíritu Santo (2); y hacen por su alma aquellas súplicas que inspira la piedad, y prescribe la costumbre santa de nuestra iglesia católica. Esta buena y santa madre, no solo provee á sus hijos por todo el tiempo de su vida de aquellos medios y socorros que son útiles y aun necesarios para conducirlos por el camino seguro de la salvacion eterna; sino tambien despues de la muerte, sabiendo que en el siglo futuro tiene lugar el perdon en órden á los defectos ó faltas veniales, y en órden á las culpas graves ya perdonadas, los ayuda con oraciones y sufragios, para que lleguen mas presto

(1) Se explica la alusion de las ceremonias fúnebres en las obras catequísticas.

(2) Eccli. 38. 17. *Propter delaturam autem amarè fer luctum illius uno die... et fac luctum secundum meritum ejus uno die, vel duobus.*

to á la eterna felicidad. Á esto se dirigen los cantos lúgubres sobre el cadáver, y sobre su sepultura; á esto los sacrificios que ofrece por el alma de los finados; á esto las indulgencias que dispensa á su favor; á esto el llamar los ángeles y santos del paraiso en su ayuda; á esto tantas súplicas que repite de tantos en tantos dias, meses y años; á esto finalmente tantos otros muchos modos que ha instituido, y usa por medio de penitencias, limosnas y ayunos para ayudar y consolar con sufragios á las almas de los difuntos, sabiendo ser verdad infalible (1) que el pedir por los difuntos es obra provechosa á estos, y acepta á los ojos de nuestro Dios. Penetrada la iglesia de este consejo y aviso santo, y de que no puede entrar en el reyno de Dios, ó presentarse á su presencia, alma que esté manchada aun con la mas ligera culpa, ó que no haya pagado ó satisfecho con obras santas por la pena que mereciéron sus culpas perdonadas, se da priesa para que aquellos que pario felizmente por el bautismo para la gloria, no padezcan, ó se detengan en el lugar destinado para purgar sus defectos, sino que libres de la cárcel del purgatorio, vuelen quanto ántes á su último, feliz y deseado destino, que es gozar eternamente de la hermosa vista de nuestro Criador.

En el modo de ofrecer sufragios por las almas segun nuestro rito católico, no se hallan aquellas extravagancias de las naciones que, aunque civilizadas, viven en las tinieblas, y sombra de la muerte. No hay cosa que no sea prudente, bien ordenada, conforme á la razon, y á la idea innata de ayu-

(1) II. Machab. 12. 46. *Sancta ergo, et salubris est cogitatio pro defunctis exorare, ut à peccatis solvantur.*

yudar á nuestros hermanos, aun despues que desapareciéron de nuestra vista. No se ve, ni ridícula supersticion, ni irreligiosa impiedad: todo es racional, todo es bueno, todo es santo, todo lo dirigen la religion santa, y el Espíritu Santo, que siendo luz inaccesible, alumbra y conduce con sus interiores resplandores el pueblo católico, pueblo feliz y afortunado, que él ha querido sacar de las tinieblas á la luz, y de la muerte á la vida eterna (1).

CA-

(1) De los funerales christianos tratan algunos autores citados ántes sobre las funerales de los paganos: tratan tambien los siguientes: *Francisci Samuelli ord. Præd. praxis nova observanda in ecclesiastic. sepulturis.* Lucæ, 1650. fol. Contiene ocho disputaciones: en la primera se trata del derecho y uso antiguo de la sepultura; y en las demas de casos prácticos, y dudas sobre los entierros: *Jacobi Gretseri S. J. opera omnia.* Ratisbonæ, 1735. fol. vol. 17. En el vol. 1. el cap. 13. del lib. 1. *de sacris processionibus*, trata de los funerales christianos, p. 39. y en la p. 79. empieza la obra: *de funere christianorum libri tres*, que está impresa separadamente en Inglostad, 1611. 4. *Institutio Catholica auct. Petro Cortono, Soc. J.* Moguntiæ, 1618. 4. En el vol. 1. cap. 48. p. 408.

Thaumasia veræ religionis, auct. Silvestro Petrasancta S. J. Romæ, 1643. 4. vol. 3. En el vol. 2. cap. 24. p. 240, se trata de los funerales christianos. Edmundo Martene, citado ántes en el cap. 5. trata largamente de los funerales christianos en el vol. 3. p. 553. lib. 3. desde el cap. 12. En la biblioteca del franciscano Lucio Ferraris, véase el artículo *sepultura.*

to á la eterna felicidad. Á esto se dirigen los cantos lúgubres sobre el cadáver, y sobre su sepultura; á esto los sacrificios que ofrece por el alma de los finados; á esto las indulgencias que dispensa á su favor; á esto el llamar los ángeles y santos del paraiso en su ayuda; á esto tantas súplicas que repite de tantos en tantos dias, meses y años; á esto finalmente tantos otros muchos modos que ha instituido, y usa por medio de penitencias, limosnas y ayunos para ayudar y consolar con sufragios á las almas de los difuntos, sabiendo ser verdad infalible (1) que el pedir por los difuntos es obra provechosa á estos, y acepta á los ojos de nuestro Dios. Penetrada la iglesia de este consejo y aviso santo, y de que no puede entrar en el reyno de Dios, ó presentarse á su presencia, alma que esté manchada aun con la mas ligera culpa, ó que no haya pagado ó satisfecho con obras santas por la pena que mereciéron sus culpas perdonadas, se da priesa para que aquellos que pario felizmente por el bautismo para la gloria, no padezcan, ó se detengan en el lugar destinado para purgar sus defectos, sino que libres de la cárcel del purgatorio, vuelen quanto ántes á su último, feliz y deseado destino, que es gozar eternamente de la hermosa vista de nuestro Criador.

En el modo de ofrecer sufragios por las almas segun nuestro rito católico, no se hallan aquellas extravagancias de las naciones que, aunque civilizadas, viven en las tinieblas, y sombra de la muerte. No hay cosa que no sea prudente, bien ordenada, conforme á la razon, y á la idea innata de ayu-

(1) II. Machab. 12. 46. *Sancta ergo, et salubris est cogitatio pro defunctis exorare, ut à peccatis solvantur.*

yudar á nuestros hermanos, aun despues que desapareciéron de nuestra vista. No se ve, ni ridícula supersticion, ni irreligiosa impiedad: todo es racional, todo es bueno, todo es santo, todo lo dirigen la religion santa, y el Espíritu Santo, que siendo luz inaccesible, alumbra y conduce con sus interiores resplandores el pueblo católico, pueblo feliz y afortunado, que él ha querido sacar de las tinieblas á la luz, y de la muerte á la vida eterna (1).

CA-

(1) De los funerales christianos tratan algunos autores citados ántes sobre las funerales de los paganos: tratan tambien los siguientes: *Francisci Samuelli ord. Præd. praxis nova observanda in ecclesiastic. sepulturis.* Lucæ, 1650. fol. Contiene ocho disputaciones: en la primera se trata del derecho y uso antiguo de la sepultura; y en las demas de casos prácticos, y dudas sobre los entierros: *Jacobi Gretseri S. J. opera omnia.* Ratisbonæ, 1735. fol. vol. 17. En el vol. 1. el cap. 13. del lib. 1. *de sacris processionibus*, trata de los funerales christianos, p. 39. y en la p. 79. empieza la obra: *de funere christianorum libri tres*, que está impresa separadamente en Inglostad, 1611. 4. *Institutio Catholica auct. Petro Cortono, Soc. J.* Moguntiæ, 1618. 4. En el vol. 1. cap. 48. p. 408.

Thaumasia veræ religionis, auct. Silvestro Petrasancta S. J. Romæ, 1643. 4. vol. 3. En el vol. 2. cap. 24. p. 240, se trata de los funerales christianos. Edmundo Martene, citado ántes en el cap. 5. trata largamente de los funerales christianos en el vol. 3. p. 553. lib. 3. desde el cap. 12. En la biblioteca del franciscano Lucio Ferraris, véase el artículo *sepultura.*

CAPÍTULO IX.

Duracion de la vida del hombre.

He seguido al hombre, sin perderle jamas de vista, desde su formacion vital hasta el fin de su vida temporal, que es la muerte corporal, ó la separacion de su espíritu y cuerpo, y he acompañado á este hasta dexarle en la tierra, de que se habia formado: parece que ahora se debia considerar la naturaleza del espíritu que animaba la máquina corporal; mas ántes de considerarla, será justo contemplar la larga ó corta duracion de su morada en ella, ó la duracion de la vida corporal de los hombres. Quien vea las muchas partes ó edades en que se suele dividir la vida humana, y la muchedumbre de exercicios en que ella se ocupa, podrá fácilmente engañarse, creyendo ser casi eterno lo que es poco duradero; y ser de inmensa extension lo que en realidad es limitadísimo, y como un punto. Punto, y ménos que punto, dice sabiamente Séneca (1), es la vida del hombre, aunque la naturaleza con la division de edades la representa aparentemente de grande extension. En estrechísimo lienzo estan delineadas las edades ó divisiones de infancia, niñez, pubertad, juventud, virilidad y vejez que el hombre al entrar en ella mira confusamente, creyéndolas de inmensa extension. Todo lo que es finito es brevísimo, y es como la nada; porque quando dexa de ser, es como si no hubiera sido. Así brevísima, y como sombra de tiempo, es la duracion de mi-

(1) Séneca: epístola 49.

millones de millones de años; porque quando se llega al último momento de ellos, toda su duracion millonaria es ya un punto único de tiempo, que desaparece fugitivamente como si hubiera sido solo en el caos de la eternidad. En un punto solo consiste, y á él se restringe la larga ó corta duracion de todo tiempo; por lo que el hombre, sin ofender su razon, y la naturaleza de todo lo finito, no puede ni debe angustiarse por la mayor ó menor duracion de vida que le conceda la naturaleza, ministra obediente del supremo Hacedor. Mas aunque la religion y la razon inspiran al hombre la conformidad con lo que es necesario, y con lo que hasta ahora ha sucedido, y siempre sucederá por necesidad; no por esto debe despreciar el don que en la vida le ofrece la naturaleza, y que es el mayor bien temporal que le puede dar. Este don (objeto de ideas contrarias, y casi quiméricas en los hombres, de los que unos le venden por nada, y otros le dan valor infinito) es el único medio con que el hombre, haciendo buen uso de él, puede ser temporalmente útil á la sociedad civil, y eternamente á sí mismo. Si tantas son las ventajas que de la vida humana pueden provenir, su duracion no se ha de considerar ya como objeto indiferente respecto de la sociedad humana, ni de la religion. El hombre pues, debe estudiar la naturaleza de este don para gozarle útilmente todo el tiempo que pueda: debe atender á su conservacion (de que se trata en los libros físicos adonde remito los lectores); y debe últimamente saber hasta donde se extienden los términos de la liberalidad de la naturaleza en concederle su uso. Este último asunto es la materia de este discurso, en el que para descubrir los términos de la liberalidad de la naturaleza en la duracion de la vida humana, será ne-

ce-

cesario valerse de hechos ó efectos naturales, de donde se infieran las facultades que el supremo Hacedor ha concedido á la naturaleza para producirlos. Por tanto, será necesario tratar de la varia duracion de la vida humana en las dos edades del mundo, ántes y despues del diluvio universal, en las que separadamente se encuentran los límites de la mas larga y mas corta vida del hombre.

ARTÍCULO I.

Duracion de la vida de los hombres antediluvianos, y causas naturales que á ella concurriéron.

La historia sagrada da á los hombres antediluvianos vida de tan larga duracion, que parece superior á las fuerzas de la naturaleza humana. Los hombres, ántes del diluvio, llegaban á vivir casi mil años, y quando salian de este mundo, habian tenido ya el consuelo de ver una provincia poblada por sus descendientes. La historia de los orientales, que no tenian noticia de la sagrada, y la tradicion algo obscurecida que se contiene en la historia fabulosa de los griegos, dan tambien vida extraordinariamente larga á los primeros pobladores de la tierra. La conformidad que sobre este punto se halla en la autoridad de los libros sagrados, y en la tradicion de las naciones, parece ser conforme á la razon natural, la qual descubre ser equitativa y admirablemente dispuesta en el principio del mundo la mas pronta propagacion del linage humano para su mejor establecimiento; y para este fin convenia que fuese extraordinariamente larga la vida de los primeros hombres. Habiendo empezado el linage humano por la union

union conyugal de un solo hombre, y de una muger sola, si la vida de estos dos consortes y padres de los hombres, hubiera sido tan breve como la actual, ántes que los hombres llegáran á poblar una décima parte del orbe terrestre, todo este estaria ya inundado de animales. Estos con su gran fecundidad se hubieran apoderado de toda la superficie terrestre, y el hombre para habitarla necesitaria de estar en continua guerra con ellos. Si la vida de los primeros hombres hubiera sido tan breve como la de los presentes, las artes mas necesarias no se hubieran perfeccionado jamas, ó solamente despues de millares de años; pues que es indubitable, que para perfeccionar todas las artes que dependen de la experiencia, concurre mas un hombre solo que viva ocho siglos, que diez mil hombres, cuya vida sea de setenta ú ochenta años, de los que la infancia, el sueño, las enfermedades y la vejez roban la mayor parte. Parece pues, que la larga vida de los hombres antediluvianos, que era de nueve y casi diez siglos, y se halla autorizada por la historia sagrada, y por la tradicion de las naciones, es conformísima á la razon, y á la buena providencia en el principio del mundo para la mas pronta poblacion, y para el mejor establecimiento del linage humano; y que la duda, que llamar puede la curiosidad del físico, es solamente sobre si era prodigiosa ó natural la duracion de tan larga vida.

He pretendido probar conforme á la razon y justa providencia, la larga vida de los antediluvianos, que he supuesto hallarse con admirable uniformidad en las historias sagrada y profana. Por no repetir lo que en otras ocasiones se deberá decir mas oportunamente, no expongo aquí la admira-

rable conformidad de dichas historias sobre la vida larga, y sobre el número idéntico de generaciones antediluvianas. De este asunto trato en la historia de la creacion de la tierra; y á la edicion italiana de esta obra remito los lectores hasta que llegue el tiempo de publicarla en español. En el artículo siguiente de este discurso se indicarán algunas pruebas de la historia profana, que da vida de centenares de años á varios hombres de la mas remota antigüedad; y algunos de ellos probablemente fuéron contemporáneos á los hijos de Noe.

Sobre el presente asunto ocurre indicar otra duda que algunos críticos pretenden excitar, dudando de la naturaleza de los años de los antiguos. Los autores christianos convienen en que los años de que se habla en la historia sagrada, son lunares de 354 dias, ó solares de 365. Ilustré en el tomo del diluvio de la edicion italiana, la sentencia que supone solares los años de los antiguos; y nuevamente la ilustraré en la historia de los kalendarios de todas las naciones, cuya impresion en italiano suspendí el año pasado para hacerla en el idioma español: historia importantísima para descubrir y determinar la calidad de año que todas las naciones conociéron y usáron en el tiempo de su dispersion por la superficie terrestre.

Los años pues, con que la sagrada historia mide la vida de los primeros pobladores del mundo, eran solares, y la larguísima vida de estos fué cierta y conveniente al fin de la mas pronta, ventajosa y cómoda poblacion humana de la tierra. ¿Mas la duracion de tan larga vida fué natural, ó prodigiosa? Yo siempre la juzgaré efecto de una naturaleza, para cuyo obrar se uniéron, y admirablemente combi-

binaron causas próvidas, y sabiamente dispuestas por el supremo Hacedor. Quando yo, sin fixar mi consideracion en el inmediato obrar de las causas naturales, contemplo un matrimonio solo en la primera poblacion del mundo, y tres matrimonios fecundos en su repoblacion despues del diluvio, llego á conocer claramente que, por providencia admirable, en la primera poblacion los hombres debieran vivir mas que en la repoblacion; porque esta se hacia con tres matrimonios, y aquella con uno. La diferencia en el número de matrimonios para poblar la tierra, pedia que fuese tambien diferente la duracion de la vida de sus pobladores y repobladores; esto es, pedia que los primeros pobladores tuviesen vida dos ó tres veces mas larga que los primeros repobladores. Asimismo quando contemplo la propagacion humana despues del diluvio por varios siglos, no sin admiracion hago las siguientes observaciones. Sem, que nació noventa y ocho años ántes del diluvio, sobrevivió á él quinientos y dos años; y ninguno de los nacidos en el primer siglo, despues del diluvio, llegó á vivir cinco siglos. Ninguno de los nacidos en el tercer siglo vivió mas que doscientos y cinco años; y ninguno de los nacidos en el quarto siglo vivió mas que ciento y ochenta años; y esta edad, á que en varios siglos posteriores se han acercado algunos hombres, parece haber sido el término de la mayor duracion de la vida humana hasta los tiempos presentes. Al observar esta sucesiva disminucion de la duracion de la vida humana por quatro siglos, al tiempo mismo que los hombres multiplicaban abundantemente, reconozco claramente y admiro la benéfica y sabia providencia obradora de este efecto; mas por esto, ¿diré que la duracion de la vida humana variaba milagrosamente? Nó; porque haria injusticia á la naturaleza y al su-

premo Hacedor. Este, con prevision de todo lo posible, previno y dispuso que sucediese naturalmente lo mejor y mas conveniente. Dispuso que la vida humana ántes del diluvio pudiese naturalmente ser casi milenaria; que despues del diluvio pudiese naturalmente ser de casi cinco siglos; y que los accidentes de la naturaleza, y los efectos funestos á la vida humana, resultantes de la viciosa libertad de los hombres, no pudiesen alterar de pronto, sino sucesivamente, la duracion de la dicha vida; y esta duracion se pudiese disminuir de tal modo, que ninguna combinacion de causas naturales fuese capaz de limitarla tanto, que el mundo se pudiese despoblar naturalmente.

He aquí que la verdadera filosofía en la observacion de los efectos, siempre necesarios de la naturaleza, y en sus sucesivas y naturales alteraciones descubre claramente la admirable providencia del Hacedor, sin la qual la naturaleza procederia ciegamente, y no con el acierto de permitir que la vida humana se haya podido abreviar sucesivamente á proporcion que ha crecido la poblacion humana; y que nunca pueda abreviarse tanto, que el mundo llegue á despoblarse naturalmente. Segun estas reflexiones, fundadas en observaciones ciertas, la filosofía descubre y ve claramente en la naturaleza la admirable providencia del Hacedor; y remontándose al tiempo antediluviano, no halla dificultad en juzgar efecto de causas naturales, y sabiamente dispuestas, la duracion casi milenaria de la vida humana. Este modo de pensar, que se funda en el obrar de la naturaleza, y en la sabia providencia del Hacedor, se ilustrará con las siguientes breves reflexiones sobre la naturaleza de la muerte, y de las causas naturales que aceleran ó atrasan su golpe fatal á la vida de los hombres.

La duracion precisa de la vida humana es incierta,

ta, como despues se probará; y solamente es cierto que es natural y necesaria la muerte, que es su fin. La muerte es tan necesaria al hombre, quanto lo es la uniformidad del obrar en la naturaleza. Esta, desde el primer momento de la organizacion y del mecanismo vital del cuerpo, nutre incesantemente á este, sin variar sus operaciones, en que siempre es constante. Con la nutricion crecen y se desenvuelven los miembros corporales lo que les permite su disposicion; y quando han llegado al término de su aumento empiezan á caminar á su disminucion y ruina. La naturaleza no está jamas en ócio: obra continua y uniformemente; y sus efectos anteriores en nutrir y extender la fábrica corporal, se convierten despues de la virilidad (así se llama el tiempo de su perfeccion) en endurecer todas sus partes. El entorpecimiento y la dureza de estas, ó de los sólidos del cuerpo, son efectos necesarios de la naturaleza, quando no los puede extender mas; con lo que se dificultan las funciones naturales del mecanismo vital de la fábrica corporal. Este se altera notablemente, se imposibilita, y falta ó muere naturalmente á impulsos de la misma causa que le fomentaba y mantenia. Así el hombre muere, no por faltarle el fingido húmedo radical, ó el calor innato, ó la llama vital, ó inmediatamente por causa viciosa de los fluidos; sino únicamente porque los sólidos, entorpeciendo y endureciéndose con el continuo obrar de la naturaleza, resisten al movimiento de los fluidos, quedando con estos en inaccion, así como en las máquinas artificiales el movimiento, que es su vida, falta por el vicio de sus ruedas y muelles. Esta es la muerte natural del cuerpo, con la que le abandona el espíritu inmortal que le animaba. Con ella conviene en el efecto la muerte que acaece por causas intrínsecas que alteran notable-

blemente los sólidos ó fluidos; mas esta segunda muerte no es la que inmediata y directamente causa la naturaleza, la qual solamente pretende destruir la vida humana por medio del mismo obrar con que la conservaba y quiere conservarla hasta el último momento en que los miembros corporales sean capaces de mantener vivo su mecanismo. De esta muerte mueren rarísimos hombres, aun los mas viejos, pues vemos que en los de mas avanzada vejez falta la vida, advirtiéndose en ellos fuerzas corporales para vivir mas años. Si la muerte viniera solamente á los hombres quando faltan naturalmente las dichas fuerzas, muchos de ellos, aun en los tiempos presentes, llegarian ciertamente á vivir dos, y quizá mas siglos; mas la muerte, que les es natural, sucede rarísimas veces por el vicio de las enfermedades hereditarias, de los climas, y de los alimentos, y por la mala conducta de vida. Estas causas perniciosas, que hoy abrevian la vida del hombre, ántes del diluvio no fuéron tan universales y activas como ahora lo son.

No existe hoy persona alguna, cuyos ascendientes no hayan padecido enfermedades, pasadas por herencia á sus descendientes; y consiguientemente se puede afirmar, que en ningun hombre existe el vigor incorrupto y virginal que la naturaleza tuvo en los primeros hombres. La naturaleza humana apareció en Adan, primer hombre, con todo aquel vigor de que era capaz; por lo que él fué la semilla mas pura del linage humano, propagado en los primeros siglos con la mayor sanidad y robustez. Hoy es diferentísima la duracion de vida de los hombres, á proporcion que de sus padres han heredado mayor ó menor sanidad corporal; mas los que hoy nacen mas sanos, se deben considerar como enfermísimos, respecto de los sanísimos primeros descendientes de Adan. Quando con-

considero que algunos (de que se hablará despues) en estos últimos siglos han llegado á vivir mas de siglo y medio, me figuro en su naturaleza una sanidad y robustez muy superiores á las que se observan en los que comunmente llamamos sanos y robustos; mas la sucesiva y viciosa decadencia de la naturaleza humana me hace juzgar que el vigor natural en estos vividores es muy inferior al que tenia la naturaleza pura en los primeros descendientes de Adan; por lo que no aparece difícil que ellos tuviesen vida tres y quatro veces mas larga. Finxamos un pais, de que repentina y prodigiosamente falten todas las enfermedades contagiosas y hereditarias; y naturalmente nos figuraremos que sus habitadores deben ser dotados de vida dos ó tres veces mas larga que la de los hombres presentes.

El clima tiene sobre los hombres no ménos influxo que sobre todo lo sensible, experimentándose la diferencia de sus efectos varios aun en los mismos metales. Si la dureza de estos se muestra muy sensible al buen ó mal influxo de los climas, ¿no se mostrará sensibilísima la delicadez de la fábrica corporal del hombre? En determinados climas y paises, como en Escocia é Irlanda, se ven personas de ciento y cinqüenta años: la naturaleza humana en otros paises no logra jamas tan larga vida; ¿por qué pues el clima antediluviano no pudo ser tan benéfico, que naturalmente conspirase á mayor prolongacion de la vida humana?

En las historias sagrada y profana, que convienen en el hecho del diluvio universal, se encuentran fundamentos gravísimos para juzgar que el clima de los paises, ántes del diluvio, era mas sano que despues del diluvio. Este sucedió repentina y milagrosamente; mas las aguas que cayéron, se secáron segun el

ór-

órden natural; porque, como en la historia del diluvio calculo segun el cómputo de la historia sagrada, Noe se detuvo en el arca trescientos veinte y cinco dias despues que habia cesado el diluvio; y ciertamente esta detencion fué para esperar que faltasen las aguas, y se secase la tierra. En este tiempo no se pudo secar toda la superficie terrestre, sobre la que las aguas del diluvio se levantaban casi veinte mil pies. Se secáron los sitios encumbrados y montañosos en que desembarcó Noe, y se estableciéron sus primeros descendientes, que despues de muchos años baxáron á las llanuras de Sennaar, como dice Moysés en el Génesis. Si Dios no enxugó repentina y milagrosamente la superficie terrestre, tampoco impidió los efectos naturales de su anegamiento universal por tanto tiempo. El anegamiento de una provincia por pocos meses, altera comunmente la atmósfera; ¿quánto la debia alterar el de todo el orbe terrestre? En las historias se notan grandes pestes por causa de las inundaciones; y las del Nilo, segun Alpino (1), son la única causa de las pestes de Egipto. La corrupcion en todo compuesto, dice el gran físico Lanis (2), es tanto mayor, quanto mayor abundancia de agua hay en él. La experiencia convence ser poco sanos los sitios húmedos; y á la abundancia de lluvias en América, en que (como bien nota Riccioli (3)) llueve mas que en todas las demas partes del mun-

(1) *Prosperi Alpini de medicina ægyptior.* Venet. 1591, 4, lib. 1, cap. 15, fol. 27.

(2) *Magisterium naturæ, et artis à Franc. de Lanis. Soc. J.* Parmæ, 1692, fol. vol. 3: en el vol. 3, lib. 17, cap. 7, prop. 12, p. 112.

(3) *Geographiæ, et hidrographiæ libri à Joan. Bapt. Riccioli, Soc. J.* Bonnoniæ, 1661, fol. lib. 10, seccion 1, cap. 7, p. 4. Computa Riccioli, que las aguas de los rios de Europa equivalen á ochenta y ocho veces las del rio Po: las aguas de los rios de Africa á ciento y noventa veces el mismo rio Po: las de Asia á quatrocientas sesenta y dos veces; y las de los rios de América á dos mil ochocientas cinqüenta y nueve.

mundo, deben quizá su orígen las pestes misteriosas que la despueblan. Las demasiadas lluvias; las inundaciones y las aguas estancadas inficionan la atmósfera llenándola de insectos, que siempre acompañan á la peste, como bien observó Kircher (1) en una romana, superando, como dice Vallisneri (2), en su recto imaginar á muchos médicos antiguos, y abriendo campo á los venideros para pensar mejor. Debió pues alterarse notablemente la atmósfera con el diluvio universal; y se puede congeturar que la atmósfera del pais, que ahora parece ser el mas sano, comparada con la que en todos paises habia ántes del diluvio, seria reputada poco sana, y aun nociva. Á esto se añade la falta total de lluvia que á mi parecer habia ántes del diluvio. Despues de este dió el Señor á los hombres el arco iris (que es efecto natural de las lluvias) por señal cierta de su alianza con los hombres, y de su promesa de no anegarlos otra vez con el diluvio; y esto hace congeturar, que ántes del diluvio no se vió el arco iris, y consiguientemen-

(1) *Scrutinium phisico-medicum contagiosæ luis: ab Athanasio Kirchero è Soc. J.* Romæ, 1658, 4: en el cap. 7, p. 37.

(2) *Opere fisico-mediche d' Antonio Vallisneri.* Venet. 1731, fol. vol. 3: en el vol. 2, p. 12.

mente no hubo lluvias. Pererio, docto intérprete (1) del Génesis, juzga con muchos autores que Dios dió por señal de la alianza el arco iris que se vió ántes del diluvio; porque si no hubiera existido, ciertamente hubieran faltado las aguas, sin las quales la tierra no hubiera producido sus frutos. Esta objecion pudiera juzgarse fuerte, si los nuevos descubrimientos geográficos no nos hubieran hecho conocer paises grandes, como el Perú, en que, como tambien en Egipto, sin lluvia alguna la tierra es fecundísima de producciones. El texto sagrado da fundamento para conjeturar, que no llovió ántes del diluvio; y el haberse descubierto paises en que no llueve jamas, es prueba de la conjetura. De qualquiera manera que se suponga el obrar de la naturaleza en el tiempo antediluviano, parece innegable que la atmósfera debia ser entónces mas pura y sana que despues de la universal y durabilísima inundacion de la tierra con el diluvio. Los paises de atmósfera mejor, en que es mas larga la vida humana, son los montañosos, que son los mas secos; y parece indubitable que la atmósfera y la superficie terrestre fuéron mas secas ántes del diluvio, que despues de él.

Ademas de los funestos efectos que en la atmósfera debió causar el diluvio, se pueden considerar otros naturales que tengan influxo sobre la sanidad corporal, y vida del hombre; quales son la variedad cierta del ángulo de la eclíptica con el equador,

(1) Véase *Commentaria in Pentatheucum Moysis à Cornelio à Lapide, Soc. J.* Ant. 1616. *In Genesis* 6, 5, p. 66. *Benedicti Pererii, Soc. J. commentar. in Genes.* Romæ, 1592, fol. vol. 4: en el vol. 2, lib. 14, n. 83, p. 258.

dor, que cada siglo se estrecha sensiblemente: la mutacion del exe terrestre, y varios fenómenos que son nuevos, ó se han hecho mas universales, como el de la aurora boreal. Todas estas nuevas causas son ciertas; y es muy probable su influxo para alterar notablemente la atmósfera y los climas. Prescindiendo de estas causas, tenemos otras ciertísimas, que influyen mucho para abreviar la vida, y no existiéron ántes del diluvio. Los primeros hombres viviéron dispersos gozando sóbriamente con sus trabajos los frutos terrestres, sin conocer el luxo y los vicios de la poblacion. En esta los hombres tienen vida ménos larga que en el campo, con tanta diferencia, que en este la vida de uno con otro es casi de quarenta años, y en las poblaciones grandes es de veinte y quatro años. ¿Quánto mas larga seria la vida de los antediluvianos, que probablemente viviéron sin conocer vicio alguno de los muchos que causa la poblacion humana? No parezca fantástica esta conjetura, de la que encuentro prueba eficaz en el ningun vestigio que se ha visto, ni se conserva de fábrica ó manufactura antediluviana. Si los antediluvianos hubieran tenido sombra de luxo, hubieran empezado á usarlo con la comodidad y magnificencia de sus habitaciones; y de estas se conservarian aun reliquias eternas. Ahora muchos hombres que no llegan á vivir cinqüenta años, fabrican magníficos edificios, de que quedan reliquias claras para centenares de millares de años, aunque viniera un diluvio universal que las derrivara. ¿Qué edificios tan soberbios hubieran fabricado los antediluvianos (que llegaban á vivir mas de novecientos años) si hubieran tenido sombra del luxo de la poblacion unida? Reflexionen bien sobre esto mismo los incrédulos; é inferirán claramente ser modernísimo el

mundo, en el que no se encuentran reliquias de otros edificios sino de los que consta haber sido hechos por las naciones antiguas, que se notan en la historia sagrada.

A la falta del luxo y de poblacion unida, se deben añadir la sobriedad en comer, y el ningun uso del vino, conocido despues del diluvio. El uso de las carnes, probabilísimamente fué rarísimo ántes del diluvio, como dice Suarez (1), aunque no fué prohibido. Basta observar, que el Señor dixo á los antediluvianos: "os he dado las yerbas, y los frutos »de los árboles para vuestro alimento"; y á los postdiluvianos: "todo animal será vuestro alimento co»mo lo eran las yerbas": basta, vuelvo á decir, cotejar estos dos textos sagrados (2) para inferir claramente, que ántes del diluvio era rarísimo ó ninguno el uso de la carne. Esta empezó á comerse comunmente despues del diluvio; porque, como bien nota Pererio citado, así lo pedia la nueva necesidad de la naturaleza; y yo diré, porque esta despues del diluvio empezaria á degenerar algo con la alteracion de la atmósfera, y con los vicios de los hombres; y porque alterados notablemente con el diluvio los principios de la corrupcion, las yerbas no tendrian tanto vigor y substancia como ántes del diluvio, para alimentar al hombre. Al mismo fin pudo concurrir el vino, usado solamente despues del diluvio. El uso de la carne pudo ser útil por las nuevas necesidades de la naturaleza; mas siempre es

(1) *Doctoris Francisci Suarez, Soc. J. de opere sex dierum, &c.* Lugduni, 1621. fol. lib. 5. cap. 6. n. 30. p. 286.

(2) Génes. cap. 1. v. 29. cap. 9. v. 3.

es peligroso, y expuesto á causar nuevas enfermedades. El uso de las carnes, dice Hostman (1), es contrario á la vida larga, y á él se debe el orígen de un exército de nuevas enfermedades. La carne es una substancia mas compuesta que qualquiera fruto terrestre; y á la corrupcion, como dice Lanis citado, está mucho mas expuesta la substancia compuesta, que la simple. Hipócrates al principio de su tratado de la medicina antigua, con gran conocimiento, y con noticia quizá de lo sucedido ántes del diluvio, dixo: "hablando de la mas remota antigüedad »juzgo, que el uso de alimentos comunes hoy entre »los sanos, no se hubiera hallado, si hubieran bas»tado á los hombres el mismo manjar, y la misma »bebida que á las bestias, como son el heno, las »yerbas, y demas frutos terrestres: aunque soy de »sentir, que al principio los hombres usáron este a»limento. Los manjares hallados hasta ahora, me pa»recen efecto de muchas observaciones..... expues»tos á dolores fuertes, enfermedades y vida bre»ve..... es creible que pereciéron con este manjar »muchos de naturaleza endeble; y que duráron mas »tiempo los que pudiéron superarlo." Parece pues, innegable, que el uso de las carnes causa mas enfermedades que el de los simples frutos de la tierra; y que los antediluvianos, no necesitando de comer car-

(1) Hostman repite sobre el uso de las carnes lo que ántes habian dicho filósofos y físicos insignes, como Plutarco en los tratados de comer carne, y de defender la sanidad: Porfirio en el largo tratado de las abstinencias de carnes: Alpino en la obra citada, lib. 1. cap. 11. Gaspar Reyes en su obra: *Elysius jucundar. quæstion. campus.* Francf. 1670. 4. En la qüestion 8. 5. p. 1094, &c.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

carne para mantener el vigor de su naturaleza, debiéron gozar mayor sanidad, mas larga vida, y padecer menor número de especies de enfermedades. Estas ántes del diluvio serian tan simples, y tan pocas en el número de especies, como son actualmente las de los animales, que se mantienen con los frutos terrestres. Finalmente, los hombres antédiluvianos se pueden considerar respecto de los postdiluvianos, con la distincion y diferencia que hay entre un vestido nuevo, y otro viejo y remendado; y segun esta consideracion debió ser diversa su duracion vital.

Ademas de las causas expuestas y concurrentes á la mas larga vida de los antediluvianos, quizás hubo otras, que son desconocidas; mas las que se han indicado bastan para conjeturar que la duracion de su larga vida fué efecto natural de causas maravillosamente dispuestas por la divina providencia. Efecto natural fuéron tambien la vida extraordinariamente larga de los hombres en las primeras generaciones despues del diluvio, y el estado presente de la actual vida humana, de que se tratará en el siguiente artículo.

ARTÍCULO II.

Duracion de la vida actual de los hombres.

Los términos de la duracion de la vida humana se hallan solamente descritos en el libro de la naturaleza; y vanamente se pretende leer los señalados en el de la divina revelacion, en que nunca se escribiéron. Algunos doctores christianos se han figurado hallar determinado el término de la duracion

cion de la vida humana en las palabras que el señor dixo á Moysés anunciándole el diluvio: mas el contexto y las circunstancias de lo que se refiere en tal anuncio, indican claramente que el señor no habló de los términos de la duracion de la vida humana en general; sino únicamente del determinado tiempo de vida que tendrian los vivientes entónces hasta el diluvio. El señor, viendo la libertad viciosa de estos, dixo á Noe: "los dias (1) del hombre »solamente compondrán ciento y veinte años.... le »exterminaré de la tierra juntamente con todos los »animales." En las versiones hebrea, siriaca, en la de los Setenta intérpretes, y en la hebreo-samaritana se lee casi literalmente como en la biblia vulgata, la expresion en que se dice: "*los dias del hombre compondrán ó serán ciento y veinte años:*" mas en las versiones caldea (ó en el targo de Onkelos) y arábiga, se lee, que se daria (á los antediluvianos) el espacio de ciento y veinte años. En este sentido se debe entender la limitacion de ciento y veinte años, que vanamente se pretende aplicar á la duracion de la

(1) Génes. 6. 3. *Eruntque dies illius centum viginti annorum.*

Versiones literales.
- Hebrea. . . . . *Anni viginti, et centum eius dies.*
- Siriaca. . . . . *Diesque illius centum viginti anni.*
- De los Setenta. *Dies eorum centum viginti annorum.*
- Caldea. . . . . *Terminus dabitur eis centum, et viginti annorum.*
- Arábiga. . . . *Mora, quam protraham ipsis, centum, ac viginti annorum.*

Véase en el tomo 1. p. 22. de la Biblia poliglota londinense de Brian Walton del 1657.

la vida humana en general: aplicacion contraria al sentido claro del texto sagrado, y á los hechos ciertos con que la desmienten las historias sagrada y profana, y la experiencia, como breve y fácilmente lo demostraré.

La sagrada escritura nota los años que viviéron varios hombres en los primeros siete siglos despues del diluvio, y en todos ellos se halla que algunos viviéron con este órden: de los nacidos en el primer siglo llegó á durar la vida quatrocientos sesenta y quatro años: de los nacidos en el segundo siglo llegó á doscientos treinta y nueve años: de los nacidos en el tercer siglo, á doscientos cinco años: Isaac nacido en el siglo sexto, ó quizá mas tarde, vivió ciento y ochenta años; y Amram padre de Moysés, vivió ciento treinta y siete años. Los hechos pues ciertos, que refiere la sagrada escritura, declaran vana la interpretacion de los que de ella infieren habe se limitado á ciento y veinte años la duracion de la vida humana despues del diluvio. Esta verdad, que como nota Nicolai (1), es segun el sentir de los santos doctores Chrisóstomo, Agustin y Gerónimo, y de los mejores intérpretes sagrados, conviene con la repetida experiencia registrada en la historia profana, y aun en la memoria y deposicion ocular de los vivientes.

Plinio (2) refiere contenerse en la tradicion é historia antigua, que Argantonio rey tartesio habia vi-

(1) *Dissertazioni, è lezioni di sacra scrittura: d' Alfonso Nicolai della comp. di Gesù.* Firenze, 1760. 4. vol. 8. En el vol. 4. disertacion 38. p. 6.

(2) Plinio: historia natural de la edicion de Harduino, lib. 7. §. 49. cap. 48.

vivido ciento y cinqüenta años: Cinira de Cipro, ciento y sesenta: Ejimio, doscientos: Pictoreo, y los reyes de Arcadia, trescientos: Dandon Ilirico, quinientos; y un rey tirio, seiscientos años. De la larga vida de estos últimos habla Plinio como de una fábula; porque no creeria posible en tiempo antiguo lo que veía suceder en el suyo: mas la conformidad de esta tradicion, vanamente creida fabulosa por Plinio, con la sagrada escritura, y con relaciones ciertas de historias profanas (de que se hablará inmediatamente), convence y demuestra que duró varios centenares de años la vida de los hombres que floreciéron en los primeros siglos despues del diluvio.

Los anales del imperio chino son la historia mas verídica, que despues de la sagrada, debe reconocer la crítica, como largamente se prueba en mi tomo de la edicion italiana, sobre la dispersion de las gentes despues del diluvio; y en ellos se da larga vida á los primeros emperadores, que ciertamente fuéron contemporáneos á los patriarcas postdiluvianos. Á los tres primeros emperadores, que fuéron Tou-hi, Chin-nong y Hogan-ti, se señala sucesiva y respectivamente la duracion de gobierno por ciento y quince años, ciento y quarenta, y ciento. Este largo gobierno en personas que, segun los mismos anales, entraban á mandar, no por herencia, sino por eleccion, prueba que su vida era de dos ó tres siglos. Desde el nono emperador se señala la duracion de gobierno, que comunmente se nota en las historias modernas de otras naciones. ¿Quién pues, dixo á los chinos, ignorantes siempre de la historia sagrada, que sus primeros emperadores, contemporáneos á los patriarcas postdiluvianos, viviéron dos, y mas siglos, como de la historia sagrada nos consta haber vivido los hom-

hombres en los primeros siglos despues del diluvio? Esta verdad la aprendiéron los chinos del hecho cierto; porque en aquel tiempo los hombres debian tener vida igualmente larga en la China, que en la Caldea, en que estaban los patriarcas postdiluvianos. Adviertan bien los ignorantes incrédulos, que las historias profanas, quanto son mas exâctas, tanto mas claramente declaran la verdad de los hechos contenidos en la sagrada. En mi historia del diluvio se propone la admirable conformidad de la historia china con la sagrada.

Historias mucho mas modernas que los anales de los primeros emperadores de la China, y hechos sucedidos en varios siglos hasta el presente, nos dan pruebas ciertas de que la naturaleza, constante siempre en su obrar, quando no encuentra obstáculos invencibles, no ha restringido jamas la duracion de la vida humana al término de ciento y veinte años. Herodoto habla de los etíopes que, por su vida frugal, vivian ciento y veinte, y mas años. Plinio dice que en Vellefacio, lugar montañoso cerca de Plasencia de Italia, habia seis personas de ciento y diez años: quatro de ciento y veinte; y una de ciento y quarenta. Segun el mismo Plinio, en la region V. (que comprehendia los estados de Parma (1), Módena y Mirándula, parte del Mentuano, Ferraresado y Boloñés, y casi to-

(1) En un tomo de las obras de Plinio, perteneciente á la librería de mi amigo el señor Marques Alexandro Ghini, he leido una nota ms. que dice: "en Suasa, aldea cerca de Parma, en el año 1550 vivian Juan y Francisco Rabaja de ciento y veinte años; y muchas personas de cien años."

toda la Romaña) se contáron cinqüenta y siete personas de ciento y diez años: dos de ciento veinte y cinco: quatro de ciento y treinta; y una de ciento y quarenta (1). Estas noticias las sacó Plinio de la matrícula ó padron hecho en tiempo de Vespasiano. San Simeon, segundo obispo de Jerusalén, fué crucificado siendo ya de ciento y veinte años (2); y su sucesor san Narciso, en el de ciento noventa y nueve, contaba ciento y diez y seis años de edad. Olao Magno (3), hablando de las naciones septentrionales de Europa, dice, que su larga vida, como tambien la de los ingleses y escoceses, llega á ciento y sesenta y mas años; y que de estos fué el Obispo David, que vivió mas de ciento y setenta años. En el año de mil seiscientos treinta y cinco fué presentado (4) á Cárlos I. de Inglaterra Tomas Park, que en el mismo año murió de ciento cinqüenta y dos años de edad. En dicho año la Condesa Arondel presentó á la reyna una muger de ciento veinte y tres años, que hasta la edad de ciento veinte y uno habia hecho el oficio de comadre. La Condesa de Demonde (5), madama Teklestone (llamada tambien Ekles-

(1) Plinio citado.

(2) *Eusebii Pamph. historia ecclesiast. gr. ac lat. interprete Henr. Valesio.* Cantabr. 1720. fol. lib. 3. cap. 32. p. 127. y lib. 6. cap. 11. p. 269.

(3) Olao Magno citado, lib. 4. §. 4. fol. 45.

(4) *Critica della morte.* Venez. 1704, 16, p. 6. Derham y otros autores llaman Parre al viejo Park.

(5) *Dizionario universale d' Efraimo Chambers.* Venez. 1749, al artículo *longevita.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lestone), irlandesas, y Lorenzo Antland (1), murié-ron de ciento y quarenta años. Yoskshire vivió ciento y sesenta, y Yenkis ciento sesenta y nueve. En el de mil setecientos setenta y cinco murió en Sevilla de ciento diez y seis años el negro Salvador de la Cruz, natural del reyno de Mandinga. En el de mil setecientos setenta y ocho, en Altagracia, y en otros paises del gobierno de Córdoba de Tucuman, en la América meridional, vivian varios negros de cien años, una negra llamada Manuela de ciento y veinte, y otra llamada Luisa de mas de ciento y sesenta años. El año de mil setecientos ochenta y dos, en Transilbania, murió el viejo Rapun, de ciento y quarenta años. Entre los hotentotes (2) se encuentran muchos de ciento y treinta años.

Estos y otros casos prácticos é indubitables que han sucedido en todos los siglos, y suceden en el presente, demuestran que en todos tiempos, y en todos los paises sanos han vivido muchas personas mas de ciento y veinte años; y por tanto injuriosa es, al obrar de la naturaleza, á la experiencia, á la razon, y á la revelacion divina, la opinion de los que pretenden inferir del sagrado texto, que el Señor limitó á ciento y

(1) *Teologie phisique par Guillaume Derham.* Haye, 1740, 8. En el lib. 4, cap. 10, p. 248, Derham habla de Park (que llama Parre, y dice haber muerto de 152 años, y 9 meses) de Yenkis, y de otras personas de larga vida. Añade, que en dos parroquias del condado de Shrop (en que nació Park), la sexta parte de sus feligreses pasaba de 60 años.

(2) *Storia generale de' viaggj*, vol. 18, lib. 14, cap. 3. *Draper, description de l' Afrique.*

y veinte años la vida humana. Esta rarísimas veces pasa hoy de cien años; mas tal limitacion no proviene de ley divina, ni de la naturaleza; sino de los vicios de los hombres.

Las sentencias de algunos autores antiguos, que limitaban los términos de la vida humana, son relativas á lo que ellos oyéron ó viéron en sus tiempos. Epigenes decia, que la vida humana no pasaba de ciento y doce años; y Beroso, que no pasaba (1) de ciento y diez y siete años; esto dixéron Epigenes y Beroso porque quizá no conociéron persona alguna de mayor edad. En el libro sagrado de los chinos, llamado Siao-hio (2), se lee, que la vida humana se limita á cien años; pero de los anales chinos, como ántes se notó, se infiere, que los primeros Emperadores de la China viviéron mas de ciento y sesenta años; por lo que es creible que en el libro Siao-hio se hable de la vida comunmente mas larga en los últimos tiempos. El santo rey David dice (3), que la vida humana suele ser de setenta años, en algunos privilegiados de ochenta; y que en pasando de esta edad, la vida suele ser dolorosa. Esto, que sucederia en Palestina en tiempo de David, se experimenta actualmente: no obstante en Palestina la vida llegaba tambien á ser de ciento y treinta años; edad en que murió (4) el Pontífice Joíada. Solon decia (5), que la vi-

(1) Plinio citado, lib. 7, cap. 48, §. 49.

(2) El Jesuita Francisco Noel citado: *ethica sinensis, pars* 2, *sect.* 3, n. 5, p. 156.

(3) Salmo 89, v. 10.

(4) II. Paralipomenon, 24, v. 15.

(5) *Diogenis Laertii de vitis philosophor. libri* 10, *interpr. Marco Meibomio.* Amstel. 1692, 4, lib. 1, in Solon, §. 55, p. 33.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vida humana era de setenta años; quizá entendió hablar de la vida humana, útil y capaz de fatiga, porque así sucederia en su tiempo y pais. De este dicho de Solon se reirán las naciones de larga vida, como la chilena, de quien habla así Ovalle (1), autor acreditado: "Como el natural de esta gente es tan robus-»to, no hace el tiempo en los chilenos la mella que »en nosotros; y así encubren mucho los años, no so-»lo por lo lampiño, que esto es comun á otras nacio-»nes, sino porque no encanecen sino muy viejos, »de cinqüenta y cinco á sesenta y mas años, que »de ahí para atras parecen siempre mozos; y así »quando llegan á tener la cabeza blanca, ó comien-»zan á tener alguna calva, es allá vecino á los cien »años; y hay de ordinario indios muy viejos, y mu-»cho mas las indias; y los unos y los otros, aunque »lleguen á edad decrépita, quando falta ya el con-»cierto en el discurso, no les falta jamas la reten-»tiva de la memoria, que esta les dura hasta morir, »para acordarse de las menudencias, y primeros pa-»sos de la niñez; y lo que en aquella edad viéron ú »oyéron contar. Tambien conservan largo tiempo la »dentadura y la vista, y finalmente todos los acci-»dentes y achaques de viejos, que son alguaciles de »la muerte, llegan á executarles á sus casas mas tar-»de, y á paso mas lento que á otras naciones."

Esta relacion, y los exemplos ántes propuestos, hacen conocer prácticamente, que la duracion de la vida actual de los hombres, es relativa á su conducta, y á las circunstancias del pais en que viven. No hay

(1) Histórica relacion del reyno de Chile, por Alonso de Ovalle, de la Comp. de Jesus. Roma, 1646, fol. lib. 3, cap. 5, p. 95.

hay cosa temporal que á los hombres importe mas que la vida; y no hay cosa de que ménos cuiden ellos, y sus leyes civiles. La vida se abrevia por el mal clima, por los víveres nocivos, por la carestía de alimentos, y singularmente por los vicios del hombre. ¿Quiénes son los que ménos viven? Los que son muy viciosos. Esto demuestran la experiencia y los cálculos ciertos que de ella se infieren, y se notarán despues. Disposicion no de providencia ciega, sino perspicacísima y sabísima, que la brevedad de la vida humana sea castigo cierto del regalo y del vicio; y que la vida sana y larga sea premio del trabajo, de la frugalidad y honestidad de costumbres. Madrastra cruel, y no madre piadosa, seria la naturaleza, si á la casual fortuna y á la viciosa usurpacion que dan las riquezas, y al abuso que de ellas casi siempre se hace, hubiera unido los mayores bienes temporales, quales son la sanidad y la mayor duracion de la vida. Las leyes de los hombres, hechas por los ricos, protegen las riquezas y su vicioso abuso: las de la naturaleza protegen al hombre frugal y honesto.

Ley de la naturaleza parece ser, que el hombre se alimente con los frutos terrestres que puede producir el pais en que habita. No es tan ignorante la naturaleza, que para los hombres en sus respectivos paises no sepa producir lo que en ellos les es mas sano y mejor; no es tan impotente, que no sepa producirlo, ni es tan cruel, que los obligue á viajar para hallar en otros paises lo que en los suyos mas les conviene. ¡Qué cosa mejor para el recien-nacido que la leche de la propia madre, de quien es produccion; y para el hombre, que los frutos de la tierra, en cuyo maternal gremio vive! Los animales se alimentan con las producciones de los paises en que estan: solamente el hombre, no contento con ellas, extiende

de

de su gula hasta donde llega su poder, buscando en los paises mas remotos lo que la naturaleza, madre caritativa, no le quiere dar ni producir en el propio. ¡Ó hombres! ¿Sereis tan ciegos que juzgueis que os son mas sanos los frutos que la naturaleza os niega; ó creereis que esta es tan cruel, que os niegue lo mejor; ó que sea tan ignorante, que no sepa lo que os conviene? Nó, no juzgueis así, haciendo injuria á vuestra razon, á la naturaleza y á su Hacedor. "¿Por ventu»ra, exclama bien Vertua (1), si Dios y la natura»leza, cuya propiedad es no hacer en vano cosa al»guna, hubieran previsto útiles y convenientes á »nuestro temperamento los víveres forasteros, dexa»rian de haberlos dado? Lo cierto es, que con los »víveres forasteros, vienen las enfermedades nuevas »y extrañas. Las cosas de comer y beber, dice Por»firio (2), que nacian fuera de Egipto, se miraban »con tanta adversion, que los egipcios tenian por »pecado aun el tocarlas." La mala política solamente prohibe como dañosos los géneros forasteros, cuya introduccion se opone á sus intereses de avaricia, y no lo que precisamente es nocivo á la vida humana; mas la política, buena y benéfica procura que los hombres cultiven en sus respectivos paises todos los comestibles que pueden producir, y niega la entrada á todos los forasteros que no son de primera necesidad, y de los que por disposicion admirable son sanos en todos los paises, y para todos los hombres.

(1) *De morte retardanda tractatio, auctore Joanne Vertua.* Mediol. 1616, 8: en el cap. 23, p. 153.

(2) *Porphirii de abstinencia ab esu animalium libri 4, interpr. Joan Bernardo Feliciano.* Venet. 1547, 4. En el libro 4, fol. 80.

bres. Cada especie de animales tienen su propio alimento, sin el qual enferma fácilmente, ó vive poco; y el alimento propio de cada animal se produce en el pais, en que libremente vive. Lo que la naturaleza concede á los animales, no niega al hombre: este, en quanto al cuerpo, conviene con aquellos en ser criatura suya, y sujetarse á las mismas leyes.

Á la brevedad de la vida, y á la poca sanidad de la salud, concurre tambien la mala situacion de muchos lugares, en que los hombres (ménos discretos que las bestias, que huyen de ellos) se obstinan en estar porque naciéron en ellos, aunque la experiencia hace conocer que no son sanos. "La vecindad de los »rios (ó su determinada situacion) ocasiona tal vez »pestilencia, dice Zanini (1); y en la atmósfera, que »no es sana, la direccion de las ventanas y puertas »puede producir variedad notable de efectos. Así se »lee, que Hipócrates en una gran pestilencia, con »mudar á otro lado las puertas y ventanas, dió la »salud á muchos; y tambien se lee, que estando Var»ron en la isla de Corfú con el exército enfermo, le »reduxo á buen estado con cerrar las puertas y ven»tanas que miraban al viento malo, y con abrir otras »que mirasen al septentrion."

Á la poca sanidad, y á la brevedad de la vida conducen mucho los males contagiosos, cuya propagacion cada dia será mayor y mas funesta, si no se oponen á sus progresos las buenas providencias públicas, que únicamente los pueden refrenar y atajar. ¿Quánto se ha enervado el vigor natural en innumerables familias con la pestilencia del mal venereo: quán-

(1) *Dell' architetura di Gioseffo Viola Zauini.* Padova, 1629, 4: en el lib. 1, cap. 37, p. 170.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

quánto con el escorbuto y otros males hereditarios? Los animales conservan la sanidad que tenian los que habia en tiempo de los hijos de Noe: sus enfermedades son siempre las mismas: no sucede esto á los hombres cuya naturaleza se ha corrompido con enfermedades nuevas, y achaques hereditarios. Los animales en el ócio, á que los destinó la naturaleza, viven haciendo correrías, y huyendo solamente de la inclemencia de los climas, sin capacidad para buscar el regalo; por lo que su vigor, fecundidad y duracion de vida, son ahora como fuéron ántes, y serán por lo venidero: no sucede así á los hombres, á quienes el uso de los víveres forasteros, el regalo y los vicios roban la sanidad, y abrevian la vida: así vemos, que viven mas los campesinos, que los lugareños; estos, mas que los ciudadanos; los pobres trabajadores, mas que los ricos ociosos y regalados; las mugeres, mas que los hombres, á quienes comunmente se aventajan en el recato y en la moderacion; los religiosos, mas que los seglares, y las religiosas, mas que los religiosos. La varia duracion de la vida humana, en la diversidad de edades, sexôs, estados y climas, es punto dignísimo de la consideracion filosófica, y propísimo del asunto presente; por lo que á su exámen consagro los siguientes cálculos y reflexiones.

AR-

ARTÍCULO III.

Cálculos y reflexiones sobre la vitalidad humana.

¡En quántas qüestiones se emplea inútilmente la mente del hombre! Enredándose en las ideas que freqüentemente produce por pasion, falsa educacion ó fanatismo, se finge laberintos, entra y corre por ellos sin objeto útil, sin saber el paradero de sus giros mentales, y sin poder sacar fruto de sus meditaciones. El hombre, con capacidad para pensar en lo útil y dañoso, en lo verdadero y falso, pocas veces sigue su inclinacion para buscar y encontrar la verdad y utilidad. No hay cosa que al hombre mas importe que la meditacion y conocimiento de su Hacedor, y de sí mismo: á estos dos objetos se reduce toda su felicidad, y de ellos se derivan la utilidad, y el buen uso de todo lo criado para su servicio. El hombre vivo goza solamente de los bienes temporales; y á la conservacion y sanidad de su vida, como á ídolo suyo, ofrece y consagra la naturaleza sus producciones. Mas el hombre con sus vicios, defrauda las intenciones de la naturaleza. Viviendo, tiene gozo innato de su vida, y confiesa que esta es el mas precioso don que goza; pero esta confesion no le obliga, ni aun le merece la consideracion, y el atento exámen de lo que conspira á hacerle momentánea la duracion de tan gran bien, que podia ser muy duradero. Quiere vivir mucho, y al mismo tiempo ser vicioso, para perder la salud, y morir presto: pretende hacer amigables las cosas que la naturaleza hizo contrarias; y á despecho de la continua experiencia, espera vanamente contra ella lo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lograr larga vida, sin abandonar los vicios que la cortan. La política del gobierno público, pretende igualmente, desea, y aun quiere significar á sus súbditos, que procura todos los medios para que su vida se conserve, y sea próspera, siendo su sanidad y conservacion los mayores bienes temporales de la sociedad; mas los efectos no corresponden á sus deseos, y dificilmente podrán corresponder, miéntras la legislacion, que hoy con empeño, aunque oculto, se endereza totalmente á engrandecer la exterior y pomposa magestad de los soberanos, por adulacion de sus ministros, no tenga por objeto principalísimo el inspirar á los súbditos el amor de la virtud, y el desarraigar las causas destructivas de la larga y sana vitalidad de los hombres, quales son los vicios exterminadores del género humano. De estos en gran parte se deben considerar como causa la miseria que en los pobres, y la abundancia y el luxo que en los opulentos, ocasionan la suma y perniciosa desigualdad en los bienes de fortuna.

La presente política del gobierno público, y la de cada súbdito en particular (esta confesion es dolorosa, pero necesaria) no hace hoy sino fomentar deseos contrarios á sus hechos, girando por un laberinto de proyectos y de ideas falsas, sin llegar jamas á encontrar la felicidad temporal que fingen buscar. En todos los proyectos, que hoy son diarios, resuenan las voces *felicidad*, *poblacion*, y otras sinónimas, cuyos objetos son incompatibles con la vida, que los vicios permitidos hacen efímera. La conciencia que, sin hablar, nunca calla, y la naturaleza con sus hechos constantes, enseñan los medios para alargar y hacer sana la vida humana, sin cuya duracion y sanidad, no se da felicidad temporal, ni aumento de poblacion dichosa; pero los hombres,

bres, al paso que juzgan crecer en la que llaman civilizacion, tanto mas debilitan su salud, y acortan su vida. Los límites de la vida humana, por razon de los vicios, son ya estrechísimos: lo que hoy llamamos vejez avanzada, se contenia antiguamente en los términos de la infancia. La naturaleza es hoy lo que antiguamente: ella no escasea sus dones; mas el abuso los hace inútiles. Prueba convincente de todo esto se contendrá en los cálculos y reflexiones prácticas que expondré sobre la vitalidad humana. Los cálculos se fundarán en observaciones experimentales de varios autores, y en no pocas que he hecho para descubrir las épocas y circunstancias en que naufraga la vida humana. Este descubrimiento servirá para que el físico conozca bien muchas causas graves, mas despreciadas injustamente, de la mortalidad; y para que el hombre iluminado promueva las favorables, y evite las contrarias.

§. I.

Cálculos sobre la mortandad humana, y observaciones sobre sus resultados.

Es funesto el primer año de la vida humana: mas funesto es su primer mes: mas lo es su primera semana; y funestísimo es su primer dia.

De dos mil setecientos treinta y siete recien-nacidos en la ciudad de Verona, segun las observaciones de Zeviani (1), muriéron doscientos noventa y dos en el primer dia de su vida; esto es, murió ca-

(1) *Dissertazione sulle numerose morti de' bambini: opera del dott. Verardo Zeviani.* Verona, 1775. 4.

casi la nona parte: mortandad extraordinaria que, en mi juicio, debe atribuirse á causa irregular, y para mí desconocida, porque Zeviani no la señala, y yo no tengo conocimiento práctico del clima de Verona. Segun mis cálculos hechos sobre el número de muertos que he hallado por noventa y cinco años (1) en los registros de la catedral de la ciudad de Albano, desde el de 1687, hasta el de 1690 inclusive, se bautizáron quatrocientos sesenta recien-nacidos en dicha catedral, y en el primer dia muriéron diez y nueve; varones trece, y hembras seis. Murió una veintésima parte de los nacidos. Asimismo observé, que de once mil doscientos veinte recien-nacidos por noventa y un años (esto es, desde el 1697, hasta el 1787), muriéron doscientos noventa en el primer dia: ciento sesenta y cinco eran varones,

(1) En el Octubre del corriente año de 1789, el excelso Monseñor Aurelio Roverella, dignísimo oidor del Papa, me honró, como acostumbra, llevándome en su compañía á pasar en Albano tres semanas de vacaciones que le permitia su ministerio. Me valí de su autoridad para que se me dexase observar los libros de bautizados y muertos que habia en su catedral, y que habia oido alabar por su exâctitud. El señor canónigo Don Joseph Silvestroni, encargado de ellos, me favoreció luego, haciendo llevar á mi habitacion todos los libros del archivo, que deseaba ver. Con esta ocasion he formado varias tablas sobre la vitalidad humana, y principalmente las que despues pondré sobre la mortandad de los infantes (con distincion de sexós) en los primeros dias y semanas de su vida, y en cada mes de su primer año. Tablas necesarísimas que deseaban los literatos para calcular exâctamente la mortandad humana en la infancia, con distincion de sexós.

nes, y ciento veinte y cinco hembras: esto es, murió uno de treinta y nueve; y esta mortandad puede servir de regla, porque se funda en la observacion de noventa y un años. Dia verdaderamente funesto es el primero de la vida humana; pues que él solo roba á lo ménos una quarentésima parte de los nacidos, haciéndoles volar desde el útero materno hasta el sepulcro (1).

De los quatrocientos sesenta recien-nacidos en quatro años, muriéron diez y nueve en los cinco dias siguientes. Esta mortandad es doble de la del primer dia; mas sucedió en cinco dias. De los once mil doscientos veinte nacidos en noventa y un años, muriéron trescientos diez en los cinco dias siguientes á su nacimiento; varones ciento sesenta, y hembras ciento cinqüenta: mortandad poco mayor que la del primer dia; por lo que parece que en este mueren tantos infantes, como en los cinco dias si-

(1) *Mortandad de infantes en la primera semana de su vida.*

	De los 460 recien-nacidos muriéron		De los 11220 recien-nacidos muriéron.	
	Varones.	*Hembras.*	*Varones.*	*Hembras.*
En el dia I.	13.	6.	165.	125.
II.	7.	4.	37.	20.
III.	2.	2.	37.	36.
IV.	1.	2.	30.	36.
V.	0.	0.	34.	37.
VI.	0.	1.	22.	21.
VII.	6.	7.	181.	145.
	29.	22.	506.	420.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

siguientes. El dia séptimo, segun la tabla ántes puesta, parece funestísimo; mas no es tanto como parece, porque el número de muertos que en él se señala, comprehende tambien los que muriéron hasta la mitad de la segunda semana de su vida, esto es, en los dias siete, ocho, nueve y diez de su vida. De los once mil doscientos veinte recien-nacidos, se ponen trescientos veinte y seis muertos en estos quatro dias: mortandad verdaderamente grande, que se debe atribuir á alguna impresion periódica y mortal en el séptimo dia de la vida humana; porque en él sucede mayor mortandad que en cada uno de los tres dias siguientes. Al gran número de muertos que he hallado en el séptimo dia de su vida, concurre, que de muchos infantes muertos al sexto ó al octavo dia de su vida, se suele decir que muriéron siendo ya de una semana. Esta, como tambien el primer mes, y primer año, son en los infantes números sonoros de edad, como en los adultos lo son los números decenales; y por esto hallé, que en los libros de los muertos tales números se hallan muy cargados. Si un infante muere de veinte y ocho dias, se dice que murió de un mes; y si un viejo muere de setenta y nueve años y pocos dias, se dice que murió de ochenta años. Ya Buffon, Toaldo y otros, que han publicado tablas de la vitalidad humana, advirtiéron que en los libros de los muertos estaban demasiadamente aumentados los números decenales.

Segun la tabla puesta, de los quatrocientos sesenta recien-nacidos, muriéron cinqüenta y uno en los primeros diez dias, esto es, una nona parte; y de los once mil doscientos veinte, muriéron en los primeros diez dias novecientos veinte y seis, esto es, una dozava parte. Esta segunda mortandad puede servir de regla para inferir la que sucederá en otros pai-

paises. En el primer dia, de los once mil doscientos veinte infantes, murió una treintésima nona parte, como se notó ántes: si en cada uno de los nueve dias siguientes hubiera muerto una treintésima parte de los nacidos, hubiera faltado mas de una quarta parte de estos al dia décimo de su vida; y no habiendo faltado sino una dozava parte, se ve claramente, que la mortandad fué disminuyendo.

El número de muertos en las demas semanas hasta el primer mes de su vida, se nota en la tabla que se pone abaxo (1). En la segunda semana noté los muertos que hallé desde el dia once de su vida, hasta el dia diez y ocho inclusive: en la tercera noté los muertos desde el dia diez y nueve de su vida, hasta el veinte y seis; y en el primer mes noté los que hallé haber muerto desde el dia veinte y siete hasta el quarenta y cinco inclusive de su vida. Segun el número de muertos que se señala en cada semana, se ve, que la se-

(1) *Mortandad de infantes en los primeros quarenta y cinco dias de su vida.*

	De los 460 recien-nacidos muriéron.		De los 11220 recien-nacidos muriéron.		
	Varones.	*Hembras.*	*Varones.*	*Hembras.*	*Muertos.*
En la semana I.	29.	22.	506.	420.	En los primeros diez dias.
II.	2.	6.	111.	92.	Desde el dia 11 hasta el 18.
III.	1.	2.	27.	38.	Desde el dia 19 hasta el 26.
De un mes.	6.	6.	129.	116.	Desde el dia 27 hasta el 45.
	38.	36.	773.	666.	

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

segunda es fatal, ménos fatal la tercera, y fatalísima la quarta; ó á lo ménos es fatalísimo el intervalo de dias desde el treinta hasta el quarenta, en que hallé ser grande la mortandad de infantes. De los quatrocientos sesenta recien-nacidos, al primer mes (esto es hasta los quarenta y cinco dias de su vida) muriéron setenta y quatro, esto es, la sexta parte; y de los once mil doscientos veinte, en el mismo tiempo muriéron mil quatrocientos treinta y nueve, esto es, casi la séptima parte.

Segun las observaciones de Vianelli, citadas por Toaldo en su disertacion, de que despues se dará noticia, de mil ciento quarenta y dos nacidos en Choza, ciudad del Veneciano, y muertos ántes de cumplir el año, muriéron ochocientos ochenta y nueve en la quarentena del puerperio; esto es, muriéron mas de tres quartas partes de los muertos al año. Segun mis listas, de tres mil quatrocientos diez infantes muertos en el primer año de su edad, muriéron mil quatrocientos treinta y nueve en los primeros quarenta y cinco dias de su vida; esto es, murió algo mas de la tercera parte, ó casi dos quintas partes. La mortandad de infantes en Choza es extraordinaria. Toaldo que la ha publicado, no señala la causa; mas yo que he estado muchas veces en lugares cerca de Choza, situada en las riberas del mar Adriático, la reconozco clarísima en su maligno clima por la humedad, y por los nocivos vientos australes, que todos los años ocasionan epidemia de tercianas pertinaces, y de mal carácter. La mortandad que resulta de mis cálculos y observaciones, parece bastante regular.

La mortandad de los infantes va disminuyendo con graduacion clara en el segundo, tercero y demas meses de su vida, hasta el duodécimo, que aparece ser mas

mas funesto, como se puede observar en la tabla que se pone abaxo (1). En los libros de muertos que he observado, comunmente se nota, que el infante habia muerto de uno, dos, &c. meses ó años; y no pocas veces se nota que el infante habia muerto de tantos meses, y de tantos dias; ó de tantos años, y de tantos meses. Segun estas notas, para arreglar mis listas, puse en el primer mes los muertos en los primeros quarenta y cinco dias de su vida: en el segundo mes puse los que se notaba haber muerto de dos meses, ó en los quince dias siguientes, y lo mismo hice respectivamente en los muertos en los demas meses. En el primer año noté no solamente los que habian muer-

(1) *Mortandad de infantes en el primer año de su vida.*

	De los 460 recien-nacidos muriéron.		De los 11220 recien-nacidos muriéron.	
	Varones.	*Hembras.*	*Varones.*	*Hembras.*
En el mes I.	38.	36.	773.	666.
II.	2.	6.	105.	70.
III.	1.	3.	67.	60.
IV.	3.	1.	53.	40.
V.	3.	0.	58.	35.
VI.	2.	0.	77.	56.
VII.	1.	1.	54.	39.
VIII.	2.	1.	43.	55.
IX.	1.	1.	55.	45.
X.	0.	1.	36.	67.
XI.	1.	1.	14.	22.
De un año	6.	5.	453.	467.
	60.	56.	1788.	1622.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

muerto de un año, sino tambien los que habian muerto en los seis meses siguientes, despues de los quales, hasta los dos años y medio, noté los que se pondrán muertos en el año segundo de su vida, &c. Advertí, que son funestísimos los meses doce y trece de la vida de los infantes; y su mortandad grande en estos meses me parece que debe atribuirse á lo mucho que padecen al romper la dentadura, y á la abundancia ó poca simplicidad de los manjares que comen, y fácilmente se corrompen con la leche.

Nacen mas varones que hembras, como se demostrará despues; y al primer año, de los once mil doscientos veinte nacidos, muriéron mil setecientos ochenta y ocho varones, y mil seiscientos veinte y dos hembras. La diferencia es de ciento sesenta y seis varones de mas; esto es, muriéron once varones por diez hembras. He aquí la naturaleza igualadora de los dos sexôs.

Para cotejar con mis resultados los de otros calculadores de la vitalidad humana, y para proponerlos todos con la mayor simplicidad en un punto de vista, he calculado el número de muertos que en el primer año corresponden á setecientos nacidos, segun mis observaciones citadas, y segun los autores de las tablas de la vitalidad humana, que se pondrán despues, y hallo que son como se expresan en la tabla siguiente (1).

La

(1) *Mortandad de infantes al primer año de su vida.*

	De setecientos nacidos muriéron.
En parroquias campestres de las montañas de Padua. .	275.
En parroquias campestres de Paris.	235.

En

La diferencia que se halla en la mortandad de infantes, segun los cálculos expuestos, se advierte claramente, cotejando el número mayor, que es 275, con el menor, que es 100. El número 275 es al número 100, como 11 es á 4; por lo que la diferencia de mortandad es poco ménos que triple, pues 12 es triple de 4. Me parece demasiada esta diferencia; y sospecho, que provenga ó de la poca exâctitud en calcularse los muertos de Breslaw (á quienes pertenece el número 100), ó de ser pequeño el número de los muertos que se calculáron. La mayor mortandad es en las parroquias campestres de las montañas de Padua: el frio y la pobreza son males físicos y mortíferos de los recien-nacidos en paises montañosos, comunmente frios y pobres.

En la tabla antecedente se expresa la mortandad respectiva de infantes al primer año en determinados paises; y de estas mortandades respectivas se podrá inferir en general la humana al primer año de la vida de los hombres. Segun la dicha tabla (1) hallo, que

En la ciudad de Padua.	233.
En Lóndres.	212.
En Albano, desde el 1697 hasta el 1788 exclusive. .	212.
En parroquias campestres de los llanos de Padua. . .	204.
En Albano, desde el 1687 hasta el 1691 exclusive. .	176.
En varios paises de Holanda.	170.
En Paris.	142.
En los barrios de los hebreos de Padua y Verona. .	138.
En la ciudad de Breslaw.	100.

(1) He aquí el cálculo que he hecho. En la tabla antecedente se han notado once partidas de infantes nacidos y muer-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que generalmente muere poco mas de una quarta parte de los nacidos al primer año de su vida ; esto es, de ciento mueren veinte y siete en el primer año de su vida.

Casi otra quarta parte de los nacidos muere en los cinco años siguientes , ó hasta el sexto año cumplido de su vida ; pues hallo que de 84812 habian muerto á los seis años cumplidos 41669 ; esto es , cerca de la mitad. En el primer año , como se notó ántes , muere poco mas de la quarta parte de los nacidos , y poco ménos de otra quarta muere en los cinco años siguientes : dos quartas partes de una cosa , hacen la mitad de ella. Abaxo noto los cálculos (1), de donde infiero morir á los seis años de su

---

muertos : cada partida de los nacidos es de 700 ; luego las once partidas hacen 7700 nacidos. Los muertos que se notan en las once partidas , son 2101 ; y este número 7700 es al número 2101 , como 20 es á 5 , 45. El número 5 , 45 es poco mas que una quarta parte del número 20 (las cifras 45 expresan centésimas partes de la unidad); para explicarme mas claramente , el número 5 , 45 es á 20 , casi como 27 es á 100.

(1) *Mortandad de infantes á los seis años completos de su vida.*

Los resultados que aquí se notarán, los he sacado de las tablas ya citadas , que se pondrán despues. La mortandad de los infantes en la ciudad de Albano la he calculado sobre el número de 10773 infantes , con distincion de

su vida casi una mitad de los nacidos. Añado otra tabla , en que noto , con distincion de sexôs , la mortan-

---

de sexôs ; como se nota en la tabla separada que se pondrá inmediatamente.

Infantes nacidos.		*Muertos en los primeros 6 años de su vida.*
En parroquias campestres de las montañas de Padua.	13107.	6887.
En parroquias campestres de Paris.	10805.	5639.
En la ciudad de Padua.	10859.	5506.
En Lóndres.	1280.	729.
En parroquias campestres de los llanos de Padua.	21154.	10598.
En Albano.	10773.	5285.
En varios paises de Holanda.	1400.	470.
En Paris.	13189.	5793.
En los barrios de los hebreos de Padua y Verona.	1245.	454.
En la ciudad de Breslaw.	1000.	308.
	84812.	41669.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tandad de 10773 infantes (1), segun los libros de muertos en la ciudad de Albano; é infiero la graduacion ó los saltos que la mortandad hace en ellos cada año. En el número I. de dicha tabla se ve que en seis años muriéron 2752 varones, y 2533 hembras; esto es, por cada cinqüenta varones, muriéron quarenta y seis hembras. En el número segundo se ven los saltos y la proporcion con que la mortandad de infantes va disminuyendo. En el primer año es extraordinariamente grande; de lo que (como se dirá despues) en Albano es causa principal la intemperie de los meses de Julio y Agosto, en que perece notable número de infantes. En los años 2, 3, 4 y 5 la

(1) *Tabla de la mortandad de diez mil setecientos setenta y tres infantes, hasta los seis años cumplidos de su vida.*

Número I.

De 10773 infantes en Albano muriéron.

	Varones.	*Hembras.*	*Suma.*	*Quedáron vivos.*
En el año I.	1721.	1565.	3286.	7487.
II.	431.	433.	864.	6623.
III.	240.	211.	451.	6172.
IV.	161.	154.	315.	5857.
V.	101.	91.	192.	5665.
VI.	98.	79.	177.	5488.
	2752.	2533.	5285.	

Nú-

la mortandad disminuye notablemente: en el sexto su diminucion empieza á ser pequeña.

He advertido que la mortandad de los infantes bastardos de las inclusas, es notablemente mayor que la de los infantes que son hijos legítimos; lo que hace conocer que la vigilancia pública, y la caridad de los que cuidan de los bastardos, no llegan á suplir ó equivaler al amor que los padres tienen por sus hijos. He observado varias listas de la inclusa, y del hospital del Santo Espíritu de esta ciudad de Roma, des-

Número II.

He aquí la graduacion de la mortandad respecto del número total de los nacidos, y respecto de los que en cada año quedáron vivos.

Respecto de los 10773 infantes, la mortandad fué

En el año I. . . de una $\frac{1}{3}$ parte, y $\frac{24.}{100.}$

II. . . de una $\frac{1}{12}$ parte, y $\frac{46.}{100.}$

III. . . de una $\frac{1}{23}$ parte, y $\frac{88.}{100.}$

IV. . . de una $\frac{1}{34}$ parte, y $\frac{20.}{100.}$

V. . . de una $\frac{1}{56}$ parte, y $\frac{10.}{100.}$

VI. . . de una $\frac{1}{60}$ parte, y $\frac{86.}{100.}$

La

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

desde el año de 1694; mas porque en ellas hay intervalos de noticias confusas, solamente he podido calcular las de veinte y tres años; esto es, desde el de 1762 hasta el de 1788 (no comprehendidos los años 1763, 1764 y 1773); y segun ellas hallo, que de 17136 infantes bastardos, murièron 11439 en su infancia; esto es, murièron mas de dos terceras partes. Por cada cien varones, murièron sesenta y siete hembras. La mortandad en los veinte y tres años fué muy desigual; porque la mayor fué de seis ve-

---

La mortandad respective de los que en cada año quedáron vivos, fué

	Muertos.	*Vivos.*	*De estos murièron.*
Año I.	3280.	10773.	una $\frac{1}{3}$ parte, y $\frac{24.}{100.}$
II.	864.	7487.	una $\frac{1}{8}$ parte, y $\frac{66.}{100.}$
III.	451.	6623.	una $\frac{1}{14}$ parte, y $\frac{68.}{100.}$
VI.	315.	6172.	una $\frac{1}{19}$ parte, y $\frac{59.}{100.}$
V.	192.	5857.	una $\frac{1}{30}$ parte, y $\frac{50.}{100.}$
VI.	177.	5665.	una $\frac{1}{32}$ parte.

veces mas grande (1) que la menor.

En Barcelona el año de 1787, de mil novecientos quarenta y quatro bastardos de varias edades hasta los siete años cumplidos, murièron quatrocientos diez; esto es, de cada ciento murièron veinte y uno en un año. Mortandad bastante grande.

Salgamos ya del funesto y lúgubre campo de sanguinosa guerra que la inhumana muerte nos presenta en la infancia de los hombres, cortando con su guadaña las flores al abrir, secando muchas plantas, y malogrando las semillas de otras muchas. Hermosa, lozana y vigorosa empieza á parecer la naturaleza humana al último de la vida infantil de los

---

(1) La mortandad de los bastardos tuvo las siguientes proporciones por veinte y tres años. Un año pereció la décima octava parte de los bastardos que habia. Otro año pereció la undécima parte de los mismos bastardos.

Por seis años pereció en cada uno de ellos una sexta parte de bastardos.

Por siete años pereció en cada uno de ellos casi una quinta parte.

Por tres años pereció en cada uno de ellos algo mas de una quinta parte.

Por dos años pereció en cada uno de ellos casi una quarta parte.

Por dos años pereció en cada uno de ellos mas de una quarta parte.

Por un año pereció la tercera parte.

Son veinte y tres años en que los bastardos pereciéron con este órden: $\frac{1}{18}$ $\frac{1}{11}$ $\frac{1}{6}$ $\frac{1}{5}$ $\frac{1}{4}$. $\frac{1}{3}$.

La mortandad mas constante y general fué entre una sexta y quinta parte de los bastardos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los hombres. Estos al entrar en la niñez, que á la infancia se sigue en el órden de edades, forman una compañía de sanísimos campeones que se hacen respetables á la descarada muerte. El respeto de esta, que por naturaleza tiene el no perdonar á ningun viviente, se reduce únicamente á diferir su golpe mortal; y efectivamente, respecto de ninguna edad de la vida humana, lo difiere tanto como respecto del último periodo de la infancia; esto es, respecto de los años seis y siete de la vida del hombre, como el lector lo podrá observar en las tablas que despues se pondrán. En ellas advertirá, que el mayor número de años de vida media, ó sobrevivencia, corresponde á los dos últimos de la infancia.

Despues de esta, la muerte sigue asaltando ménos freqüentemente á los hombres. Se notó ántes, que en el primer año de la infancia, de cien nacidos suelen morir veinte y siete; y desde siete años hasta la edad de treinta cumplidos, segun mis observaciones en el cálculo de los muertos en Albano, de cien personas muriéron diez y ocho. He aquí que en veinte y quatro años (desde los siete hasta los treinta inclusive) la muerte roba una tercera parte ménos de hombres, que habia robado en su primer año. La mortandad humana desde los siete años de edad hasta los treinta, se contiene comunmente entre los límites de diez y siete (1) hasta veinte y ocho muer-

(1) Del cálculo de la vitalidad de los hebreos, cuya tabla se pondrá despues, se infiere, que desde la edad de siete años hasta la de treinta, de cada cien hebreos muriéron solamente trece: mortandad pequeñísima, que se debe atribuir á la abstraccion y ocupacion de la juventud hebrea.

muertos por cada cien personas vivas en la ciudad de Albano; pero en la infancia suele ser mas grande: lo contrario sucederá en otros paises segun las varias circunstancias de sus climas, y de la ocupacion de sus habitadores. Desde los siete años hasta los treinta, la mortandad mayor en Albano fué algun año quatro veces mas grande que la menor, y por los primeros seis años de la vida humana fué, como se notó ántes, en el primer año casi once veces mayor que en el sexto. Esto hace ver los saltos grandes que hace la mortandad en las varias edades del hombre. Desde siete años hasta treinta, este último me parece ser el mas crítico y funesto: esto infiero de la tabla que pongo abaxo (1), y de las ob-

(1) *Mortandad de cinco mil quatrocientos ochenta y ocho infantes en Albano, desde la edad de siete años hasta la de treinta cumplidos, por el espacio de sesenta y tres años. De los diez mil setecientos setenta y tres nacidos, muriéron, como se notó ántes, cinco mil doscientos ochenta y cinco en los primeros seis años de su vida: quedáron pues, cinco mil quatrocientos ochenta y ocho, de los que muriéron*

	Varones.	*Hembras.*		*Varones.*	*Hembras.*
En el año VII.	32.	31.	En el año XIX.	28.	12.
VIII.	37.	33.	XX.	38.	16.
IX.	31.	30.	XXI.	17.	6.
X.	26.	25.	XXII.	30.	14.
XI.	22.	13.	XXIII.	21.	16.
XII.	22.	15.	XXIV.	24.	13.
XIII.	15.	10.	XXV.	40.	19.
XIV.	27.	15.	XXVI.	12.	8.
XV.	19.	7.	XXVII.	20.	7.
XVI.	24.	16.	XXVIII.	19.	6.
XVII.	26.	6.	XXIX.	9.	1.
XVIII.	38.	22.	XXX.	39.	33.
				616.	374.

observaciones de otros calculadores de la vida humana.

§. II.

Tablas sobre la vitalidad humana en varios paises de Europa.

Las reflexiones que hasta aquí se han hecho, se han fundado en gran parte en mis observaciones: á estas añado las de algunos calculadores de la vitalidad humana, poniendo las tablas que han publicado sin distincion de las personas de cada sexô, y sin notar las particularidades de la gran mortandad de infantes en el primer año de su vida. El cálculo exâcto de la vitalidad humana supone muchas observaciones en diferentes paises, con la distincion de sexôs, edades, clases, &c. de las personas muertas que se notan; y de esta calidad no tenemos observaciones algunas. Guillermo Petit fué el primero que se dedicó á hacer observaciones sobre los catálogos de los nacidos y muertos en Lóndres y en Dublin. Graunt, Simpson, Smart y Short las han hecho en varios paises de Inglaterra; Parcieux y Dupré de Saintmaur en Francia; Kerseboom y Strik en Holanda; Wargentin en Suecia; Hallei y Susmilch en Alemania, y Toaldo en Italia: las de este, publicadas en el 1787, son bastante exâctas.

Las tablas que al fin de este párrafo pongo, son:

I. Tabla formada por Dupré sobre 10,865 muertos en doce parroquias campestres de Paris.

II. Tabla formada por el mismo Dupré sobre 13,189 muertos en tres parroquias de Paris.

III. Tabla sobre la vida media de dichos muertos en las parroquias campestres, y en las de Paris, que formó Buffon. La vida media de los hombres

bres se computa con relacion á determinado número de ellos: nacen por exemplo mil infantes, que mueren en diversas edades; y se halla ser de 33,000 años la suma de los años que han vivido los mil infantes. En este caso, dividiéndose esta suma por los mil infantes, á cada uno de estos tocará la duracion vital de treinta y tres años; y su vida media se dirá ser de treinta y tres años. A los siete de su vida suele perecer una mitad de los nacidos; por lo que, si la suma de los años que vive la otra mitad viviente es tal, que á cada uno de los que sobreviviéron tocan quarenta y dos años, se dirá que de quarenta y dos años es su vida media á los siete años de su vida. Segun esta idea se ha formado la tercera tabla, que propiamente conviene á los habitadores de Paris, y de su campaña, porque se ha formado sobre la vida de sus muertos.

IV. Tabla formada por Toaldo sobre 13,107 muertos en cinco parroquias montañosas y campestres de Padua: se nota la vida media.

V. Tabla de Toaldo sobre 21,154 muertos en seis parroquias de los llanos de Padua: se nota su vida media.

VI. Tabla de Toaldo sobre 10,859 muertos en la ciudad de Padua: se nota su vida media.

VII. Tabla de Toaldo sobre la vitalidad de 2400 monges de la congregacion Casinense de san Benito; y sobre 1934 religiosos, computada desde la edad de diez y seis años, en que empezáron á profesar la vida religiosa: se nota su vida media.

VIII. Tabla de Toaldo sobre la vitalidad de 636 religiosas, computada desde la edad de diez y seis años: se nota su vida media.

IX. Tabla de Smart, rectificada por Simpson, sobre 1280 muertos en Lóndres. No he notado su vida

da media, porque me parece poco exácto el cálculo que de ella se ha publicado en las tablas de Simpson.

X. Tabla de Hallei sobre 1000 muertos en Breslaw. Me parece poco exácta, y ménos la vida media que Hallei señala; por lo que la he omitido.

XI. Tabla de Kerseboom sobre 1400 muertos en Holanda, formada sobre los libros de vitalicios; por lo que algunos juzgan no pertenecer á los cálculos de la vitalidad humana en general; mas yo la he hallado conforme á esta: nótase la vida media de los muertos.

XII. Tabla de Toaldo sobre 1245 hebreos de los barrios de hebreos de Padua y Verona: se nota su vida media (1).

La simple vista de las tablas bastará para que á la menor reflexion se penetre su artificio. En todas las tablas se ponen el número de los muertos en cada año, y el de los que sobreviven (2): en mu-

(1) Las tablas de Dupré estan en el segundo tomo de las obras de Buffon: *Histoire naturelle.* Paris, 1749. en 4. véase la p. 590. En la p. 601. se halla la tabla de la vida media que formó Buffon. Las tablas de Toaldo se hallan en su obra (que se citará despues) de la vitalidad. Las tablas de Smart, Hallei y Kerseboom se hallan en varias obras, y principalmente en la enciclopedia ó diccionario razonado de las ciencias en la edicion francesa de 1771. Véase en el volúmen 17. el artículo *vie*, p. 214. He corregido algunos yerros en estas últimas tablas, y en las de Toaldo, los quales probablemente eran de la imprenta.

(2) El nombre *sobrevivientes*, que pongo en las tablas, no conviene propiamente á los vivos que se ponen enfrente del 0, pero conviene á todos los demas que se notan en los años de la edad humana.

muchas de ellas se nota la vida media de los muertos, como se ha advertido ántes. Cuento los años de la vida humana desde 0 hasta 100. He empezado desde el 0, porque en este algunos calculadores ponen los infantes muertos ántes del primer año de su vida, como se ve en algunas tablas. La vida media que se hace corresponder al 0, conviene á los hombres en el momento en que nacen.

En todas las tablas se encuentra gran irregularidad (como se notó ántes) en los muertos, que corresponden á números decenales, principalmente si son altos, como 50, 60, 70, &c: en los demas números se halla bastante regularidad hasta la edad de noventa años, en que la vitalidad humana da saltos sin órden alguno.

Sobre la vitalidad de los españoles no encuentro observaciones para inferirla: las he deseado, mas no me he atrevido á provocar el favor de ninguno para que me las proporcionase. Desearia que algun español publicase observaciones sobre la vitalidad de sus nacionales; la empresa es mas enfadosa que molesta, pero fácil de hacer á todos. Fácil es tambien el modo material de señalar metódicamente los muertos en cada dia, mes ó año de su vida; no obstante indicaré aquí el que yo he observado. En la márgen de un gran pliego noté 1, 2, 3, &c. dias de la vida del hombre. Despues, primera, segunda y tercera semana: despues primero, segundo, &c. mes del primer año; y últimamente 1, 2, 3, 4, &c. años

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

años de la vida humana hasta 100. Enfrente de todos estos números tiré otras líneas paralelas; y encima de cada una de ellas con lineillas perpendiculares señalaba los varones; y debaxo de cada paralela señalaba las hembras así: Lo mismo hice para observar las muertes repentinas, y los muertos y nacidos en cada uno de los doce meses del año.

TA-

	TABLA I.ª		TABLA II.ª		TABLA III.ª	
	De 10,865 muertos en parroquias campestres.		De 13,189 muertos en ciudad.		Vida media ó sobrevivencia.	
Años de edad.	*Muertos en cada año.*	*Sobrevivientes en cada año.*	*Muertos en cada año.*	*Sobrevivientes en cada año.*	*Años.*	*Meses.*
0..	0..	0..	0..	0..	8...	0....
1..	3738..	0..	2716..	0..	33...	0....
2..	963..	7067..	1415..	10473..	38...	0....
3..	350..	6104..	635..	9058..	40...	0....
4..	256..	5754..	444..	8423..	41...	0....
5..	178..	5498..	331..	7979..	41...	0....
6..	154..	5320..	252..	7648..	42...	0....
7..	107..	5166..	200..	7396..	42...	3....
8..	99..	5059..	141..	7196..	41...	6....
9..	62..	4960..	92..	7055..	40...	10....
10..	59..	4898..	55..	6963..	40...	2....
11..	35..	4839..	46..	6908..	39...	6....
12..	44..	4804..	56..	6862..	38...	9....
13..	36..	4760..	37..	6806..	38...	1....
14..	38..	4724..	35..	6769..	37...	7....
15..	41..	4686..	49..	6734..	36...	9....
16..	42..	4645..	55..	6685..	36...	0....
17..	47..	4603..	57..	6630..	35...	4....
18..	67..	4556..	48..	6573..	34...	8....
19..	44..	4489..	61..	6525..	34...	0....
20..	78..	4445..	63..	6464..	33...	5....
21..	51..	4367..	42..	6401..	32...	11....
22..	80..	4316..	81..	6359..	32...	4....
23..	68..	4236..	66..	6278..	31...	10....
24..	62..	4168..	59..	6212..	31...	3....
25..	121..	4106..	78..	6153..	30...	9....
26..	66..	3985..	68..	6075..	30...	2....
27..	55..	3919..	80..	6007..	29...	7....
28..	77..	3864..	74..	5927..	29...	0....
29..	42..	3787..	54..	5853..	28...	6....
30..	146..	3745..	91..	5799..	28...	0....
31..	42..	3599..	40..	5708..	27...	6....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SIGUEN LAS TABLAS I.ª, II.ª Y III.ª

Años de edad.	Muertos en cada año.	Sobrevivientes en cada año.	Muertos en cada año.	Sobrevivientes en cada año.	Vida media. Años.	Meses.
32..	101...	3557...	79...	5668..	26...	11....
33..	62...	3456...	71...	5589..	26...	3....
34..	50...	3394...	82...	5518..	25...	7....
35..	146...	3344...	119...	5436..	25...	0....
36..	77...	3198...	110...	5317..	24...	5....
37..	71...	3121...	81...	5207..	23...	10....
38..	76...	3050...	84...	5126..	23...	3....
39..	27...	2974...	60...	5042..	22...	8....
40..	245...	2947...	159...	4982..	22...	1....
41..	35...	2702...	46...	4823..	21...	6....
42..	82...	2667...	110...	4777..	20...	11....
43..	44...	2585...	84...	4667..	20...	4....
44..	52...	2541...	64...	4583..	19...	9....
45..	139...	2489...	168...	4519..	19...	3....
46..	51...	2350...	89...	4351..	18...	9....
47..	43...	2299...	69...	4262..	18...	2....
48..	62...	2256...	96...	4193..	17...	8....
49..	22...	2194...	72...	4097..	17...	2....
50..	216...	2172...	164...	4025..	16...	7....
51..	22...	1956...	57...	3861..	16...	0....
52..	56...	1934...	96...	3804..	15...	6....
53..	38...	1878...	63...	3708..	15...	0....
54..	44...	1840...	66...	3645..	14...	6....
55..	111...	1796...	169...	3579..	14...	0....
56..	54...	1685...	76...	3410..	13...	5....
57..	51...	1631...	78...	3334..	12...	10....
58..	61...	1580...	121...	3256..	12...	3....
59..	19...	1519...	71...	3135..	11...	8....
60..	269...	1500...	265...	3064..	11...	1....
61..	21...	1231...	60...	2799..	10...	6....
62..	51...	1210...	126...	2739..	10...	0....
63..	50...	1159...	111...	2613..	9...	6....
64..	48...	1109...	113...	2502..	9...	0....
65..	82...	1061...	140...	2389..	8...	6....
66..	75...	979...	141...	2249..	8...	0....

SIGUEN LAS TABLAS I.ª, II.ª Y III.ª

Años de edad.	Muertos en cada año.	Sobrevivientes en cada año.	Muertos en cada año.	Sobrevivientes en cada año.	Vida media. Años.	Meses.
67..	42...	904...	100...	2108..	7...	6....
68..	69...	862...	160...	2008..	7...	0....
69..	25...	793...	72...	1848..	6...	7....
70..	133...	768...	248...	1776..	6...	2....
71..	25...	635...	83...	1528..	5...	8....
72..	100...	610...	171...	1445..	5...	4....
73..	37...	510...	72...	1274..	5...	0....
74..	44...	473...	124...	1202..	4...	9....
75..	88...	429...	170...	1078..	4...	6....
76..	24...	341...	90...	908..	4...	3....
77..	33...	317...	87...	818..	4...	1....
78..	38...	284...	109...	731..	3...	11....
79..	15...	246...	46...	622..	3...	9....
80..	89...	231...	156...	576..	3...	7....
81..	16...	142...	40...	420..	3...	5....
82..	30...	126...	56...	380..	3...	3....
83..	11...	96...	61...	324..	3...	2....
84..	21...	85...	36...	263..	3...	1....
85..	12...	64...	48...	227..	3...	0....
86..	9...	52...	30...	179..	0...	0....
87..	8...	43...	25...	149..	0...	0....
88..	9...	35...	34...	124..	0...	0....
89..	5...	26...	8...	90..	0...	0....
90..	9...	21...	23...	82..	0...	0....
91..	1...	12...	7...	59..	0...	0....
92..	3...	11...	13...	52..	0...	0....
93..	0...	8...	7...	39..	0...	0....
94..	0...	8...	7...	32..	0...	0....
95..	3...	8...	7...	25..	0...	0....
96..	1...	5...	4...	18..	0...	0....
97..	0...	4...	2...	14..	0...	0....
98..	3...	4...	5...	12..	0...	0....
99..	0...	1...	1...	7..	0...	0....
100..	1...	0...	4...	6..	0...	0....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TABLA IV.ª

De 13,107 muertos en parroquias campestres de montaña.

Años de edad.	Muertos en cada año.	Sobrevivientes en cada año.	Vida media. Años.	Meses.
0.	5024.	13107.	4..	11..
1.	638.	8083.	41..	0..
2.	428.	7445.	44..	9..
3.	271.	7015.	47..	3..
4.	218.	6746.	47..	0..
5.	167.	6528.	47..	11..
6.	141.	6361.	48..	3..
7.	100.	6220.	48..	0..
8.	94.	6120.	47..	6..
9.	91.	6026.	47..	0..
10.	79.	5945.	46..	6..
11.	52.	5866.	45..	9..
12.	56.	5814.	45..	0..
13.	50.	5758.	44..	7..
14.	35.	5708.	44..	0..
15.	48.	5673.	43..	8..
16.	37.	5625.	42..	7..
17.	36.	5588.	41..	11..
18.	66.	5552.	41..	2..
19.	37.	5486.	41..	0..
20.	86.	5449.	40..	0..
21.	34.	5363.	39..	2..
22.	78.	5329.	38..	3..
23.	57.	5251.	37..	4..
24.	77.	5198.	36..	5..
25.	68.	5121.	35..	7..
26.	65.	5053.	34..	7..
27.	39.	4988.	33..	9..
28.	64.	4949.	32..	10..
29.	38.	4885.	31..	11..
30.	96.	4747.	31..	0..
31.	26.	4751.	30..	9..

TABLA V.ª

De 21,154 muertos en parroquias campestres de llanura.

Muertos en cada año.	Sobrevivientes en cada año.	Vida media. Años.	Meses.
6488.	21154.	6..	2..
1559.	14666.	34..	8..
1002.	13107.	38..	6..
630.	12105.	41..	9..
386.	11475.	43..	9..
294.	11089.	44..	9..
239.	10795.	44..	3..
154.	10402.	44..	6..
151.	10402.	42..	8..
131.	10251.	41..	10..
97.	10120.	41..	0..
88.	10022.	40..	10..
111.	9935.	40..	5..
65.	9824.	39..	8..
99.	9759.	38..	10..
81.	9660.	38..	3..
89.	9579.	37..	7..
60.	9490.	37..	0..
104.	9430.	36..	2..
64.	9326.	35..	6..
152.	9262.	34..	8..
69.	9110.	34..	1..
110.	9041.	33..	2..
76.	8931.	32..	0..
153.	8855.	31..	11..
127.	8702.	31..	3..
144.	8575.	30..	6..
88.	8431.	29..	9..
147.	8343.	28..	11..
59.	8196.	29..	0..
280.	8137.	28..	2..
60.	7857.	27..	5..

SIGUEN LAS TABLAS IV.ª Y V.ª

Años de edad.	Muertos en cada año.	Sobrevivientes en cada año.	Vida media. Años.	Meses.	Muertos en cada año.	Sobrevivientes en cada año.	Vida media. Años.	Meses.
32.	54..	4725..	29..	11..	135..	7797..	27..	5..
33.	35..	4671..	29..	2..	92..	7662..	27..	0..
34.	82..	4636..	28..	4..	167..	7570..	26..	1..
35.	94..	4554..	27..	11..	118..	7403..	25..	3..
36.	75..	4460..	27..	3..	191..	7285..	24..	3..
37.	42..	4385..	26..	7..	77..	7094..	23..	5..
38.	63..	4343..	25..	11..	32..	7017..	22..	6..
39.	33..	4280..	25..	2..	38..	6985..	21..	6..
40.	165..	4247..	24..	5..	486..	6947..	20..	6..
41.	42..	4084..	24..	....	75..	6461..	19..	11..
42.	57..	4042..	23..	2..	187..	6386..	19..	11..
43.	40..	3985..	22..	4..	52..	6199..	19..	3..
44.	57..	3945..	21..	5..	128..	6147..	18..	5..
45.	90..	3888..	20..	8..	155..	6019..	17..	9..
46.	82..	3798..	20..	....	75..	5864..	17..	4..
47.	43..	3716..	19..	4..	67..	5789..	16..	6..
48.	64..	3673..	18..	6..	136..	5722..	15..	8..
49.	26..	3609..	17..	10..	64..	5586..	15..	2..
50.	215..	3583..	16..	11..	463..	5522..	14..	4..
51.	44..	3368..	16..	11..	58..	5059..	14..	0..
52.	73..	3324..	16..	1..	141..	5001..	13..	8..
53.	49..	3251..	15..	5..	117..	4860..	13..	0..
54.	88..	3202..	14..	7..	162..	4743..	19..	9..
55.	96..	3114..	14..	4..	172..	4581..	11..	11..
56.	114..	3018..	14..	0..	242..	4409..	11..	5..
57.	43..	2909..	13..	2..	60..	4167..	11..	2..
58.	79..	2861..	12..	3..	191..	4107..	11..	2..
59.	36..	2782..	11..	4..	54..	3916..	10..	10..
60.	323..	2746..	10..	5..	681..	3862..	9..	11..
61.	67..	2423..	9..	10..	38..	3181..	9..	9..
62.	100..	2356..	8..	11..	168..	4143..	9..	3..
63.	87..	2256..	8..	8..	136..	2979..	8..	9..
64.	123..	2169..	8..	3..	196..	2839..	8..	6..
65.	149..	2046..	7..	9..	207..	2645..	8..	4..
66.	113..	1897..	7..	7..	176..	2436..	7..	10..

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SIGUEN LAS TABLAS IV.ª Y V.ª

Años de edad.	Muertos en cada año.	Sobrevivientes en cada año.	Vida media. Años.	Meses.	Muertos en cada año.	Sobrevivientes en cada año.	Vida media. Años.	Meses.
67.	105..	1784..	7..	2..	79..	2260..	7..	5..
68.	115..	1679..	6..	8..	137..	2181..	6..	10..
69.	44..	1564..	6..	3..	11..	2044..	5..	11..
70.	253..	1520..	5..	5..	476..	2033..	5..	2..
71.	39..	1167..	6..	3..	35..	1557..	5..	11..
72.	134..	1128..	5..	6..	143..	1522..	5..	2..
73.	85..	994..	5..	5..	175..	1379..	5..	2..
74.	98..	909..	4..	11..	161..	1204..	5..	6..
75.	127..	811..	4..	8..	157..	1043..	5..	4..
76.	79..	684..	4..	5..	118..	886..	4..	8..
77.	77..	605..	3..	9..	73..	768..	3..	11..
78.	78..	528..	2..	11..	78..	695..	4..	1..
79.	35..	450..	2..	9..	29..	617..	4..	0..
80.	165..	415..	2..	1..	213..	588..	3..	9..
81.	39..	450..	3..	4..	24..	375..	6 .	0..
82.	47..	211..	3..	0..	42..	351..	5..	2..
83.	29..	164..	2..	4..	17..	309..	4..	11..
84.	29..	135..	2..	0..	46..	292..	3..	11..
85.	38..	106..	2..	1..	37..	246..	3..	10..
86.	18..	68..	1..	11..	24..	209..	3..	6..
87.	13..	50..	2..	0..	54..	185..	2..	5..
88.	11..	37..	2..	11..	10..	131..	2..	6..
89.	9..	26..	2..	0..	35..	121..	1..	7..
90.	5..	17..	3..	0..	44..	86..	1..	0..
91.	3..	12..	3..	0..	5..	42..	4..	5..
92.	2..	9..	3..	0..	2..	37..	4..	0..
93.	0..	7..	2..	5..	3..	35..	4..	0..
94.	3..	7..	2..	0..	7..	32..	4..	0..
95.	1..	4..	1..	6..	7..	25..	4..	0..
96.	1..	3..	1..	0..	3..	18..	3..	8..
97.	1..	2..	0..	11..	3..	15..	3..	8..
98.	2..	0..	0..	0..	3..	12..	3..	6..
99.	0..	0..	0..	0..	7..	9..	2..	0..
100.	0..	0..	0..	0..	2..	2..	2..	10..

TABLA VI.ª

De 10,859 muertos en ciudad.

TABLA VII.ª

De 4,334 Religiosos muertos.

Años de edad.	Muertos en cada año.	Sobrevivientes en cada año.	Vida media. Años.	Meses.	Muertos en cada año.	Sobrevivientes en cada año.	Vida media. Años.	Meses.
0.	3588.	10859.	5..	11..	0...	0..	0..	0..
1.	765.	7271.	43..	0..	0...	0..	0..	0..
2.	424.	6506.	48..	0..	0...	0..	0..	0..
3.	323.	6082.	49..	2..	0...	0..	0..	0..
4.	215.	5759.	50..	9..	0...	0..	0..	0..
5.	122.	5544.	51..	0..	0...	0..	0..	0..
6.	69.	5422.	50..	11..	0...	0..	0..	0..
7.	28.	5353.	50..	9..	0...	0..	0..	0..
8.	39.	5325.	50..	0..	0...	0..	0..	0..
9.	30.	5286.	49..	3..	0...	0..	0..	0..
10.	33.	5256.	48..	8..	0...	0..	0..	0..
11.	19.	5223.	47..	6..	0...	0..	0..	0..
12.	29.	5204.	46..	8..	0...	0..	0..	0..
13.	29.	5175.	45..	11..	0...	0..	0..	0..
14.	30.	5146.	45..	5..	0...	0..	0..	0..
15.	26.	5116.	45..	0..	0...	0..	0..	0..
16.	29.	5090.	44..	0..	4...	4334..	50..	2..
17.	21.	5061.	43..	1..	6...	4330..	49..	2..
18.	34.	5040.	42..	2..	4...	4324..	48..	3..
19.	40.	5006.	41..	2..	6...	4320..	47..	3..
20.	51.	4966.	40..	3..	5...	4314..	46..	3..
21.	44.	4915.	39..	4..	11...	4309..	45..	4..
22.	63.	4871.	38..	5..	21...	4298..	44..	5..
23.	39.	4808.	37..	7..	27...	4278..	43..	7..
24.	46.	4769.	36..	7..	8...	4248..	42..	7..
25.	50.	4723.	35..	8..	17...	4240..	41..	7..
26.	50.	4673.	34..	9..	25...	4223..	40..	8..
27.	36.	4623.	33..	10..	20...	4198..	39..	9..
28.	54.	4587.	32..	11..	21...	4178..	38..	10..
29.	30.	4533.	32..	1..	20...	4157..	38..	0..
30.	85.	4503.	31..	6..	27...	4137..	37..	1..
31.	27.	4418.	31..	3..	12...	4110..	36..	2..
32.	58.	4391.	30..	5..	25...	4098..	35..	3..

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SIGUEN LAS TABLAS VI.ª Y VII.ª

Años de edad.	Muertos en cada año.	Sobrevivientes en cada año.	Vida media. Años.	Meses.	Muertos en cada año.	Sobrevivientes en cada año.	Vida media. Años.	Meses.
33.	71..	4333..	29..	9..	34..	4073..	34..	5..
34.	62..	4262..	29..	1..	23..	4939..	33..	6..
35.	65..	4200..	28..	6..	36..	4016..	32..	8..
36.	80..	4135..	28..	1..	22..	3980..	31..	9..
37.	47..	4055..	27..	6..	30..	3958..	30..	10..
38.	69..	4008..	26..	9..	33..	3928..	30..	1..
39.	35..	3937..	26..	2..	49..	3895..	29..	3..
40.	146..	3904..	25..	3..	53..	3846..	28..	7..
41.	23..	3758..	25..	0..	21..	3793..	27..	10..
42.	64..	3735..	24..	1..	45..	3772..	27..	0..
43.	39..	3671..	23..	5..	29..	3727..	26..	3..
44.	51..	3632..	22..	7..	39..	3698..	25..	6..
45.	83..	3581..	21..	9..	50..	3659..	24..	8..
46.	72..	3498..	21..	1..	47..	3609..	24..	0..
47.	60..	3426..	20..	7..	36..	3562..	23..	2..
48.	79..	3366..	20..	1..	35..	3526..	22..	3..
49.	36..	3287..	19..	8..	35..	3491..	21..	4..
50.	164..	3251..	18..	10..	88..	3456..	20..	6..
51.	31..	3087..	18..	6..	52..	3368..	19..	9..
52.	82..	3056..	18..	2..	60..	3316..	19..	0..
53.	33..	2974..	17..	4..	47..	3256..	18..	4..
54.	78..	2941..	16..	4..	49..	3209..	17..	9..
55.	88..	2863..	15..	6..	71..	3160..	17..	0..
56.	69..	2775..	14..	8..	83..	3089..	16..	2..
57.	40..	2706..	13..	10..	55..	3006..	15..	7..
58.	82..	2666..	12..	11..	81..	2951..	14..	10..
59.	24..	2584..	12..	0..	51..	2870..	14..	1..
60.	289..	2560..	11..	10..	164..	2819..	13..	4..
61.	37..	2271..	11..	8..	57..	2655..	13..	0..
62.	97..	2234..	11..	8..	84..	2598..	12..	3..
63.	60..	2137..	11..	4..	118..	2514..	11..	6..
64.	93..	2077..	10..	9..	90..	2396..	11..	1..
65.	101..	1984..	10..	3..	119..	2306..	10..	6..
66.	128..	1883..	9..	9..	109..	2187..	9..	11..
67.	66..	1755..	9..	5..	108..	2078..	9..	4..

SIGUEN LAS TABLAS VI.ª Y VII.ª

Años de edad.	Muertos en cada año.	Sobrevivientes en cada año.	Vida media. Años.	Meses.	Muertos. en cada año.	Sobrevivientes en cada año.	Vida media. Años.	Meses.
68.	78..	1689..	8..	10..	82..	1970..	8..	9..
69.	45..	1611..	8..	5..	81..	1888..	8..	1..
70.	253..	1566..	8..	4..	151..	1807..	7..	6..
71.	35..	1313..	8..	2..	87..	1656..	7..	4..
72.	97..	1278..	8..	0..	119..	1569..	6..	9..
73.	69..	1181..	7..	3..	121..	1440..	6..	3..
74.	86..	1112..	6..	5..	117..	1319..	5..	7..
75.	103..	1026..	5..	9..	129..	1202..	5..	3..
76.	80..	923..	5..	4..	123..	1073..	5..	2..
77.	74..	843..	4..	3..	110..	950..	4..	10..
78.	91..	769..	3..	8..	76..	840..	4..	6..
79.	43..	678..	3..	8..	83..	764..	4..	4..
80.	157..	635..	3..	11..	134..	681..	4..	2..
81.	39..	478..	3..	0..	64..	547..	3 .	10..
82.	69..	439..	3..	3..	76..	483..	3..	6..
83.	52..	372..	3..	0..	48..	407..	3..	1..
84.	80..	320..	2..	10..	71..	359..	3..	0..
85.	62..	240..	2..	10..	59..	288..	3..	3..
86.	40..	178..	2..	0..	52..	239..	2..	10..
87.	29..	138..	2..	8..	40..	187..	2..	9..
88.	29..	109..	2..	6..	33..	147..	3..	3..
89.	14..	80..	2..	4..	24..	114..	4..	4..
90.	22..	66..	2..	0..	35..	90..	3..	4..
91.	11..	44..	2..	0..	8..	55..	2..	9..
92.	10..	33..	2..	8..	9..	47..	2..	6..
93.	3..	23..	3..	0..	7..	38..	2..	4..
94.	7..	20..	2..	2..	10..	31..	1..	10..
95.	2..	13..	2..	0..	4..	21..	1..	3..
96.	5..	11..	1..	2..	8..	17..	2..	10..
97.	4..	6..	1..	0..	2..	9..	1..	8..
98.	0..	2..	1..	0..	2..	7..	1..	1..
99.	0..	2..	1..	0..	2..	3..	1..	0..
100.	1..	1..	1..	0..	2..	1..	1..	1..

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TABLA VIII.ª

De 636 Religiosas muertas.

Años de edad.	Muertas en cada año.	Sobrevivientes en cada año.	Vida media. Años.	Vida media. Meses.
0..	0.....	0.....	0...	0...
1..	0.....	0.....	0...	0...
2..	0.....	0.....	0...	0...
3..	0.....	0.....	0...	0...
4..	0.....	0.....	0...	0...
5..	0.....	0.....	0...	0...
6..	0.....	0.....	0...	0...
7..	0.....	0.....	0...	0...
8..	0.....	0.....	0...	0...
9..	0.....	0.....	0...	0...
10..	0.....	0.....	0...	0...
11..	0.....	0.....	0...	0...
12..	0.....	0.....	0...	0...
13..	0.....	0.....	0...	0...
14..	0.....	0.....	0...	0...
15..	0.....	0.....	0...	0...
16..	2.....	636....	53...	1...
17..	3.....	634....	52...	2...
18..	0.....	631....	51...	6...
19..	2.....	631....	50...	6...
20..	0.....	629....	49...	10...
21..	3.....	629....	48...	11...
22..	2.....	626....	47...	11...
23..	1.....	624....	46...	11...
24..	1.....	623....	45...	11...
25..	3.....	622....	44...	11...
26..	3.....	619....	44...	0...
27..	4.....	616....	43...	0...
28..	0.....	612....	42...	1...
29..	3.....	612....	41...	1...
30..	6.....	609....	40...	2...
31..	1.....	603....	39...	4...
32..	6.....	602....	38..	4...

TABLA IX.ª

De 1,280 muertos en ciudad.

Muertos en cada año.	Sobrevivientes en cada año.
410...	1280..
170...	870..
65...	700..
35...	635..
20...	600..
16...	580..
13...	564..
10...	551..
9...	541..
8...	532..
7...	524..
7...	517..
6...	510..
6...	504..
6...	498..
6...	492..
6...	486..
5...	480..
6...	474..
6...	468..
7...	462..
7...	455..
7...	448..
7...	441..
8...	434..
8...	426..
8...	418..
8...	410..
8...	402..
9...	394..
9...	385..
9...	376..
9...	367..

SIGUEN LAS TABLAS VIII.ª Y IX.ª

Años de edad.	Muertas en cada año.	Sobrevivientes en cada año.	Vida media. Años.	Vida media. Meses.	Muertos en cada año.	Sobrevivientes en cada año.
33..	10...	596...	37..	5....	9...	358..
34..	2...	586...	36..	8....	9...	349..
35..	6...	584...	35..	9....	9...	340..
36..	1...	578...	34..	10....	9...	331..
37..	4...	577...	33..	10....	9...	322..
38..	2...	573...	32..	10....	9...	313..
39..	5...	571...	31..	11....	10...	304..
40..	9...	566...	31..	0....	10...	294..
41..	1...	557...	30..	10....	10...	284..
42..	4...	556...	29..	10....	10...	274..
43..	5...	552...	29..	0....	9...	264..
44..	4...	547...	28..	2....	9...	255..
45..	7...	543...	27..	6....	9...	246..
46..	5...	536...	26..	8....	9...	237..
47..	4...	531...	25..	10....	8...	228..
48..	3...	527...	24..	11....	8...	220..
49..	5...	524...	23..	11....	8...	212..
50..	15...	519...	23..	0....	8...	204..
51..	6...	504...	22..	1....	8...	196..
52..	4...	498...	21..	10....	8...	188..
53..	5...	494...	21..	0....	8...	180..
54..	8...	489...	20..	0....	7...	172..
55..	7...	481...	19..	6....	7...	165..
56..	8...	474...	19..	4....	7...	158..
57..	10...	466...	18..	7....	7...	151..
58..	8...	456...	17..	8....	7...	144..
59..	11...	448...	16..	10....	7...	137..
60..	22...	437...	16..	1....	7...	130..
61..	6...	415...	15..	7....	6...	123..
62..	8...	409...	14..	9....	6...	118..
63..	19...	401...	13..	11....	6...	111..
64..	7...	382...	13..	4....	6...	105..
65..	12...	375...	12..	7....	6...	93..
66..	12...	363...	11..	8....	6...	87..
67..	14...	351...	10..	11....	6...	81..

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SIGUEN LAS TABLAS VIII.ª Y IX.ª

Años de edad.	Muertas en cada año.	Sobrevivientes en cada año.	Vida media. Años.	Meses.	Muertos en cada año.	Sobrevivientes en cada año.
68..	17...	337...	10...	6....	6...	75..
69..	13...	320...	10...	1....	6...	0..
70..	26...	307...	9...	6....	5...	0..
71..	5...	281...	9...	6....	5...	64..
72..	10...	276...	8...	7....	5...	59..
73..	11...	266...	7...	8....	5...	54..
74..	16...	255...	7...	0....	4...	49..
75..	17...	239...	6...	6....	4...	45..
76..	23...	222...	5...	10....	3...	41..
77..	21...	199...	5...	1....	3...	38..
78..	14...	178...	5...	0....	3...	35..
79..	15...	164...	4...	6....	3...	32..
80..	27...	149...	4...	6....	0...	29..
81..	19...	122...	4...	6....	0...	0..
82..	18...	103...	4...	6....	0...	0..
83..	5...	85...	4...	0....	0...	0..
84..	16...	80...	3...	4....	0...	0..
85..	9...	64...	3...	7....	0...	0..
86..	13...	55...	3...	6....	0...	0..
87..	6...	42...	3...	0....	0...	0..
88..	7...	36...	2...	1....	0...	0..
89..	8...	29...	2...	0....	0...	0..
90..	7...	21...	4...	0....	0...	0..
91..	2...	14...	4...	0....	0...	0..
92..	0...	12...	4...	0....	0...	0..
93..	2...	12...	3...	0....	0...	0..
94..	3...	10...	2...	6....	0...	0..
95..	1...	7...	1...	11....	0...	0..
96..	3...	6...	1...	0....	0...	0..
97..	1...	3...	2...	0....	0...	0..
98..	0...	2...	1...	0....	0...	0..
99..	1...	2...	1...	0....	0...	0..
100..	1...	1...	0...	5....	0...	0..

TABLA X.ª

De 1000 muertos en ciudad.

Años de edad.	Muertos en cada año.	Sobrevivientes en cada año.	Años de edad.	Muertos en cada año.	Sobrevivientes en cada año.	Años de edad.	Muertos en cada año.	Sobrevivientes en cada año.
0.	0.	0.	34.	9..	499..	68.	10..	162..
1.	145.	1000.	35.	9..	490..	69.	10..	152..
2.	57.	855.	36.	9..	481..	70.	11..	142..
3.	38.	798.	37.	9..	472..	71.	11..	131..
4.	28.	760.	38.	9..	463..	72.	11..	120..
5.	22.	732.	39.	9..	454..	73.	11..	109..
6.	18.	710.	40.	9..	445..	74.	10..	98..
7.	12.	692.	41.	9..	436..	75.	10..	88..
8.	10.	680.	42.	10..	427..	76.	10..	78 .
9.	9.	670.	43.	10..	417..	77.	10..	68..
10.	8.	661.	44.	10..	407..	78.	9..	58..
11.	7.	653.	45.	10..	397..	79.	8..	49..
12.	6.	646.	46.	10..	387..	80.	7..	41..
13.	6.	640.	47.	10..	377..	81.	6..	34..
14.	6.	634.	48.	10..	367..	82.	5..	28..
15.	6.	628.	49.	11..	357..	83.	3..	23..
16.	6.	622.	50.	11..	346..	84.	0..	20..
17.	6.	616.	51.	11..	335..	85.	0..	0..
18.	6.	610.	52.	11..	324..	86.	0..	0..
19.	6.	604.	53.	11..	313..	87.	0..	0..
20.	6.	598.	54.	10..	302..	88.	0..	0..
21.	6.	592.	55.	10..	292..	89.	0..	0..
22.	6.	586.	56.	10..	282..	90.	0..	0..
23.	6.	580.	57.	10..	272..	91.	0..	0..
24.	6.	574.	58.	10..	262..	92.	0..	0..
25.	8.	568.	59.	10..	252..	93.	0..	0..
26.	7.	560.	60.	10..	242..	94.	0..	0..
27.	7.	553.	61.	10..	232..	95.	0..	0..
28.	7.	546.	62.	10..	222..	96.	0..	0..
29.	8.	539.	63.	10..	212..	97.	0..	0..
30.	8.	531.	64.	10..	202..	98.	0..	0..
31.	8.	523.	65.	10..	192..	99.	0..	0..
32.	8.	515.	66.	10..	182..	100.	0..	0..
33.	8.	507.	67.	10..	172..			

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TABLA XI.ª

De 1400 muertos en poblacion.

Años de edad.	*Muertos en cada año.*	*Sobrevivientes en cada año.*	Vida media. *Años.*	*Meses.*
0.	275.	1400.	0..	0..
1.	50.	1125.	41..	9..
2.	45.	1075.	42..	8..
3.	37.	1030.	43..	6..
4.	29.	993.	44..	2..
5.	17.	964.	44..	5..
6.	17.	947.	44..	3..
7.	17.	930.	44..	0..
8.	9.	913.	43..	9..
9.	9.	904.	43..	3..
10.	9.	895.	42..	8..
11.	8.	886.	42..	2..
12.	8.	878.	41..	7..
13.	7.	870.	40..	11..
14.	7.	863.	40..	3..
15.	7.	856.	39..	7..
16.	7.	849.	38..	11..
17.	7.	842.	38..	3..
18.	7.	835.	37..	7..
19.	9.	826.	36..	11..
20.	9.	817.	36..	3..
21.	8.	808.	35..	7..
22.	8.	800.	35..	0..
23.	9.	792.	34..	5..
24.	11.	783.	33..	10..
25.	12.	772.	33..	3..
26.	13.	760.	32..	8..
27.	12.	747.	32..	1..
28.	12.	735.	31..	6..
29.	12.	723.	31..	0..
30.	12.	711.	30..	6..
31.	12.	699.	30..	1..
32.	12.	687.	29..	8..

TABLA XII.ª

De 1,245 hebreos muertos en ciudad.

Muertos en cada año.	*Sobrevivientes en cada año.*	Vida media. *Años.*	*Meses.*
253.	1245.	46..	0..
78.	992.	60..	0..
47.	914.	63..	0..
39.	867.	62..	6..
24.	828.	62..	6..
8.	804.	62..	10..
5.	796.	64..	0..
6.	791.	63..	1..
6.	785.	62..	1..
0.	779.	61..	2..
3.	779.	60..	2..
1.	776.	59..	4..
6.	775.	58..	4..
1.	769.	57..	6..
5.	768.	56..	6..
4.	763.	55..	7..
3.	759.	54..	7..
5.	756.	53..	7..
4.	751.	52..	7..
3.	747.	51..	8..
7.	744.	50..	8..
9.	737.	49..	8..
9.	734.	48..	8..
3.	725.	47..	9..
2.	722.	46..	9..
4.	720.	45..	9..
0.	716.	44..	9..
3.	716.	43..	9..
5.	713.	42..	9..
1.	708.	41..	10..
7.	707.	40..	10..
0.	700.	39..	10..
5.	700.	38..	10..

SIGUEN LAS TABLAS XI.ª Y XII.ª

Años de edad.	*Muertos en cada año.*	*Sobrevivientes en cada año.*	Vida media. *Años.*	*Meses.*	*Muertos en cada año.*	*Sobrevivientes en cada año.*	Vida media. *Años.*	*Meses.*
33.	10..	675..	29.	3..	1..	695..	37.	11..
34.	10..	665..	28.	10..	3..	694..	36.	11..
35.	10..	655..	28.	4..	11..	691..	36.	0..
36.	10..	645..	27.	10..	3..	680..	35.	0..
37.	10..	635..	27.	3..	2..	677..	34.	0..
38.	10..	625..	26.	8..	5..	675..	34.	0..
39.	10..	615..	26.	1..	0..	670..	33.	0..
40.	9..	605..	25.	6..	18..	670..	33.	0..
41.	9..	596..	24.	10..	1..	652..	32.	0..
42.	9..	587..	24.	2..	6..	651..	31.	0..
43.	9..	578..	23.	6..	4..	645..	30.	0..
44.	9..	569..	22.	11..	5..	641..	29.	0..
45.	10..	560..	22.	4..	14..	636..	29.	0..
46.	10..	550..	21.	9..	4..	622..	28.	0..
47.	10..	540..	21.	2..	3..	618..	27.	8..
48.	12..	530..	20.	7..	8..	615..	26.	10..
49.	11..	518..	20.	0..	2..	607..	26.	0..
50.	12..	507..	19.	5..	22..	605..	25.	1..
51.	13..	495..	18.	10..	0..	583..	24.	1..
52.	12..	482..	18.	4..	6..	583..	23.	1..
53.	12..	470..	17.	10..	1..	577..	22.	2..
54.	12..	458..	17.	3..	7..	576..	21.	2..
55.	12..	446..	16.	9..	25..	569..	20.	4..
56.	13..	434..	16.	2..	3..	544..	19.	6..
57.	13..	421..	15.	8..	2..	541..	18.	6..
58.	13..	408..	15.	2..	7..	539..	17.	6..
59.	13..	395..	14.	7..	5..	532..	16.	8..
60.	13..	382..	14.	1..	39..	527..	15.	8..
61.	13..	369..	13.	7..	0..	488..	14.	0..
62.	13..	356..	13.	1..	12..	488..	14.	0..
63.	14..	343..	12.	7..	14..	476..	13.	11..
64.	14..	329..	12.	1..	8..	462..	13.	8..
65.	14..	315..	11.	7..	33..	454..	12.	10..
66.	14..	301..	11.	1..	11..	421..	12.	4..
67.	14..	387..	10.	7..	6..	410..	12.	1..

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SIGUEN LAS TABLAS XI.ª Y XII.ª

Años de edad.	*Muertos en cada año.*	*Sobrevivientes en cada año.*	Vida media. *Años.*	*Meses.*	*Muertos en cada año.*	*Sobrevivientes en cada año.*	Vida media. *Años.*	*Meses.*
68.	14..	373..	10..	1..	9..	404..	11..	8..
69.	14..	359..	9..	7..	2..	395..	11..	5..
70.	14..	345..	9..	2..	51..	393..	10..	5..
71.	14..	331..	8..	8..	4..	342..	9..	7..
72.	14..	317..	8..	2..	17..	338..	8..	7..
73.	14..	203..	7..	9..	10..	321..	7..	8..
74.	14..	189..	7..	3..	8..	311..	7..	0..
75.	15..	175..	6..	10..	57..	303..	6..	1..
76.	15..	160..	6..	5..	10..	246..	6..	0..
77.	15..	145..	6..	0..	13..	236..	7..	6..
78.	15..	130..	5..	8..	16..	223..	6..	10..
79.	15..	115..	5..	4..	2..	207..	6..	0..
80.	13..	100..	5..	0..	53..	205..	5..	1..
81.	12..	87..	4..	9..	5..	152..	5..	0..
82.	11..	75..	4..	5..	13..	147..	4..	8..
83.	9..	64..	4..	1..	4..	134..	4..	1..
84.	10..	55..	3..	8..	24..	130..	3..	6..
85.	9..	45..	3..	4..	29..	106..	4..	0..
86.	8..	36..	3..	1..	7..	77..	3..	8..
87.	7..	28..	2..	10..	7..	70..	3..	6..
88.	6..	21..	2..	7..	10..	63..	2..	7..
89.	5..	15..	2..	5..	1..	53..	1..	11..
90.	3..	10..	2..	2..	29..	52..	0..	11..
91.	2..	7..	2..	0..	0..	23..	3..	0..
92.	2..	5..	1..	9..	7..	23..	2..	6..
93.	1..	3..	1..	6..	2..	16..	2..	0..
94.	1..	1..	1..	0..	6..	14..	1..	6..
95.	1..	0..	0..	6..	4..	8..	1..	0..
96.	0..	0..	0..	0..	2..	4..	1..	0..
97.	0..	0..	0..	0..	0..	2..	2..	0..
98.	0..	0..	0..	0..	1..	2..	1..	0..
99.	0..	0..	0..	0..	1..	1..	0..	6..
100.	0..	0..	0..	0..	1..	0..	0..	1..

§. III.

Observaciones sobre varias circunstancias de la vitalidad y mortandad humana.

Aunque el hombre nace y muere en todo tiempo, diferenciándose de muchísimas bestias en lo primero, y conviniendo con todas ellas en lo segundo, la experiencia no obstante enseña, que el nacimiento y la muerte de los hombres en ciertos tiempos del año, son mas freqüentes que en otros. La muerte que no perdona ninguna edad del hombre, en el tiempo de su infancia le es mas cruel que en qualquiera otra edad: así tambien le es mas cruel en unos meses del año, que en otros, segun las varias circunstancias de los climas. Atendiendo solamente á estas, y prescindiendo del influxo mortal que en los hombres tienen la fatiga corporal, los vicios y las pasiones del ánimo, he observado en todos los meses del año la varia mortandad de tres mil trescientos dos infantes en el primer año de su vida, en el que obran solamente su naturaleza ó complexion, y el clima. En estas observaciones que noto abaxo (1), he

(1) *Mortandad de tres mil trescientos dos infantes, que de varios dias, semanas y meses de edad hasta el primer año de su vida, muriéron en Albano en los siguientes meses.*

	Varones.	*Hembras.*
Enero	203. . . .	159.
Febrero.	125. . . .	94.
Marzo.	122. . . .	133.
	450.	386.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

he hallado resultados, que no convienen comunmente á paises, cuyo clima sea igualmente sano en todos los meses del año. En estos paises la mortandad de infantes muertos dentro del primer año de su vida, es constantemente mayor en los seis meses frios del año (que son los de otoño é invierno), que en los otros seis calientes (que son los de primavera y verano): así segun las observaciones

	Varones.	*Hembras.*
	450.	386.
Abril.	104. . . .	78.
Mayo.	99. . . .	90.
Junio.	112. . . .	108.
Julio.	196. . . .	177.
Agosto.	202. . . .	178.
Setiembre. . . .	154. . . .	152.
Octubre.	158. . . .	140.
Noviembre. . . .	178. . . .	101.
Diciembre. . . .	120. . . .	119.
	1773.	1529.

La diferencia ó exceso de los varones sobre las hembras, es de doscientos quarenta y quatro, esto es, por cada cinqüenta varones muriéron quarenta y tres hembras.

En los seis meses frios (que son los de otoño é invierno) muriéron mil seiscientos cinqüenta y dos infantes (novecientos seis varones, y setecientas quarenta y seis hembras); y en los seis calientes (que son los de primavera y verano) muriéron mil seiscientos cinqüenta infantes (ochocientos sesenta y siete varones, y setecientas ochenta y tres hembras). Muriéron notablemente mas hembras en los meses calientes, que en los frios: lo mismo, pero con menor exceso, sucedió á los varones.

nes de Zeviani (1), de seis mil ochenta y quatro nacidos en Verona, desde Octubre hasta Abril muriéron en los seis meses frios mil quinientos, esto es, una quarta parte; y de cinco mil ciento cinqüenta nacidos tambien en Verona, desde Abril hasta Octubre muriéron en los seis meses calientes quatrocientos sesenta y ocho, esto es, una undécima parte. La mortandad infantil en los meses frios es verdaderamente extraordinaria: Zeviani no declara su causa, la qual (segun noticias que tengo del clima de Verona) consiste en la desigualdad del temple de esta ciudad, y principalmente en el rigor de su frio por la vecindad á montañas altísimas. En Albano, en que yo hice mis observaciones, el clima es benigno, y casi el mismo que el de esta ciudad de Roma, de que dista seis leguas; mas en los meses de verano participa no poco del influxo pestilencial de la campaña romana; y este influxo es la causa clara de la excesiva mortandad de infantes en los meses de Julio y Agosto, que son los mas mortíferos

En los meses de Enero, Julio, Agosto, Setiembre, Octubre y Noviembre, muriéron mil novecientos noventa y ocho infantes (mil noventa y un varones, y novecientas siete hembras); y en los otros seis meses del año muriéron mil trescientos quatro infantes (seiscientos ochenta y dos varones, y seiscientas veinte y dos hembras). La misma mortandad excedió á la segunda en seiscientos noventa y quatro muertos: exceso grande.

(1) Verardo Zeviani: *disertazione sulle numerose morti de' bambini.* Verona, 1775. 4.

ros en la dicha campaña. Los meses de mayor mortandad fuéron Enero (muriéron trescientos sesenta y dos infantes), Julio (muriéron trescientos setenta y tres) y Agosto (muriéron trescientos ochenta): Enero es el mes mas frio del año, y Julio y Agosto son los mas calientes: el calor, aunque no excesivo en Albano, tiene efecto mas mortal que el mayor frio, por causa de la corrupcion de la atmósfera. Esta corrupcion hace que la mortandad de infantes en los seis meses calientes, sea casi la misma que en los seis meses frios: en estos fué de mil seiscientos cinqüenta y dos infantes, y en los calientes fué de mil seiscientos cinqüenta. Por lo contrario, si se combina la mortandad de tres meses calientes (quales son Julio, Agosto y Setiembre, (en que la atmósfera de Albano es poco sana) y de tres meses frios (que sean Enero, Octubre y Noviembre) se hallará, que los muertos en estos seis meses fuéron á los muertos en los otros seis meses del año, como ciento á sesenta y cinco: exceso verdaderamente notable que nos hace conocer prácticamente la suma sensibilidad del hombre al influxo del clima en los primeros meses de su vida, no obstante que en ellos vive en el mayor retiro.

En esta ciudad de Roma, actualmente se agita en las conversaciones la qüestion problemática, si la atmósfera de su campaña es mas pestilencial ahora, que en el siglo pasado, por la falta de arboledas y gran corta que se ha hecho de selvas y bosques en los años pasados. Con esta curiosidad observé en Albano por quatro años (no pude detenerme para observar otros) del siglo pasado la mortandad de los infantes hasta el primer año de su vida en los respectivos meses del año; y hallé, que los muertos en los seis meses frios eran á los muertos en los seis me-

meses calientes, como el número 14 al número 11. Resultado que me maravilló, y me hizo conjeturar que la atmósfera se habia maleado en los meses calientes por la falta de arboledas y selvas, que el antiguo paganismo, conociendo su utilidad, respetó como consagradas á las deidades. Entre los españoles convendria introducir este respeto, para que la atmósfera de España fuese mas sana, las lluvias fuesen mas freqüentes, y la superficie terrestre se conservase ménos árida. Las arboledas bien distribuidas producen estos buenos efectos, que no se logran tan felices con las selvas ó bosques espesos, en que el agua huye á lo profundo de la tierra, y la superficie de esta es una continua malla de raices de árboles que la cubren.

Por regla general (prescindiendo de las circunstancias de algunos climas determinados, que los físicos deben observar atentamente) la mayor mortandad de los recien-nacidos es en los meses frios (1); y por esto comunmente mueren ménos infantes al primer año en la poblacion, que en el campo; y en la llanura, que en la montaña. Atendiendo á esta mortandad excesiva de infantes en los meses frios, Zeviani citado, y Toaldo, hacen reflexîonar que puede causarles daño notable el llevarlos en tiempo muy frio á bautizar en las iglesias. En Italia es muy comun la costumbre de bautizar los recien-nacidos en el segundo dia de su vida, y en tiempo frio los bautizan con agua tibia. En España no los bautizan tan presto, con peligro (entónces grande) de que mue-

(1) No he tenido observaciones bastantes para determinar, si despues de algunos meses de la infancia mueren mas hembras en tiempo de calor, que en tiempo frio.

mueran sin bautismo. "No hay, dice Toaldo (1), ley »eclesiástica, que obligue á llevar prontamente los »recien nacidos á la iglesia; por lo que la pruden»cia de los párrocos podria suplir en los meses frios, »arreglándose segun las circunstancias." He notado ántes que en el primer dia de la vida de los hombres suele perecer casi la quarentésima parte de ellos: esta observacion basta para que se debiesen (2) bautizar todos los infantes luego que salen á luz pública; y despues de semanas ó meses se llevasen á la iglesia, en que se celebrase su primer entrada con las devotas ceremonias que se añaden al bautismo. El uso de algunas naciones antiguas y modernas de sumergir en agua fria los recien-nacidos, no se puede aconsejar; porque á mi parecer faltan las pruebas necesarias para demostrar su utilidad.

La vejez del hombre es la edad que á su infancia mas se asemeja en hacerse sensible al influxo de la atmósfera. Segun Zeviani citado, en Verona la mortandad de viejos en los seis meses frios es á la mortandad de los mismos en los seis meses calientes, como siete es á quatro. En muchos paises de invierno frio, la proporcion suele ser como seis á quatro: en Verona hay algun exceso por el rigor de su in-

(1) Joseph Toaldo: *tavole di vitalita.* Padova, 1787. 4: al núm. 40 p. 41.

(2) En Lima, y en otras ciudades y poblaciones del Perú, los recien nacidos se bautizan en las casas en que nacen, y despues de algunos dias se llevan solemnemente á la iglesia. Esta costumbre parece haberse introducido porque algunos morian fácilmente de pasmo en el primer dia de su vida si sentian los efectos de la atmósfera rigida: sin grave motivo no pudo haberse introducido tal costumbre.

invierno. El clima romano es benigno, y propicio á la vejez: en él segun mis observaciones, de personas muertas de mas de sesenta años, la mortandad en los meses frios, respecto de la mortandad en los meses calientes en el espacio de noventa años, apénas llega á ser como quince á trece. Aunque la complexion de los hombres se acomoda mucho al clima del pais en que viven, no obstante, siempre en los paises frios por invierno, mueren mas viejos que por verano.

En el registro de los libros de muertos, que para formar los cálculos de este discurso he visto, he observado que freqüentísimamente mueren en una misma semana infantes, niños y jóvenes de una misma edad: esto mismo se verifica no pocas veces en personas adultas y avanzadas en edad. Despues de haber hecho esta observacion, que noté entre los resultados de mis cálculos, lei que Toaldo citado habia hecho la misma observacion al registrar los libros de muertos. Los físicos pues, no deben ignorar los influxos de la atmósfera, viendo que la calidad de algunas impresiones de ella produce por lo comun los mismos perniciosos efectos en personas de la misma edad; y á la misma causa en parte se deben atribuir las epidemias que se restringen á personas de casi la misma edad. En la infancia por esto algunos males parecen epidémicos.

No fácilmente se podrá establecer regla cierta y universal sobre la mortandad de los adultos en las varias estaciones del año; porque la atmósfera no es igualmente sana en todos los paises, y el clima es muy vario y desigual en algunos. Á esto se añaden la demasiada fatiga de los operarios, y la manera mas ó ménos sana de alimentarse. El uso de los alimentos influye tambien mucho en la sanidad, ó en mul-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

multiplicar las enfermedades, y hacerlas sumamente perniciosas. Por exemplo, enseñando yo las letras humanas en el colegio jesuítico de Cáceres en Extremadura, observé que en esta se hace abuso del pimenton, y de la carne de puerco (abuso que aprendí, y me costó caro); y son malignos y freqüentísimos los dolores de costado, que en gran parte provienen del pimenton que enciende la sangre, y de la carne de puerco que, haciendo dificil la transpiracion, la engruesa y vicia. Si los tributos que en Extremadura hay sobre el carnero y la vaca, se pusieran sobre el pimenton y los cerdos, no serian en ella tan freqüentes ni malignos los dolores de costado. Los físicos deben procurar desacreditar los alimentos que en las provincias son respectivamente mortíferos. Siendo pues, muy varias las causas accidentales de la mortandad humana en cada pais, la observacion práctica de los que mueren, y del tiempo en que sucede la mayor mortandad, podrá dar luz para determinar algunas reglas sobre esta, utilísimas á los físicos para que yerren ménos, y necesarias para aumentar la poblacion. Entre tanto que se publiquen las dichas reglas, no hallo razon para desechar la siguiente sobre la mortandad en las quatro estaciones del año. La regla es así: si en primavera mueren cien personas, morirán ciento quatro en verano, ciento sesenta en otoño, y ciento treinta en invierno. El exceso de mortandad en otoño é invierno, proviene comunmente de los muchos infantes y viejos que mueren en estas dos estaciones del año.

Hasta la edad de treinta años, segun mis cálculos ántes puestos, mueren mas varones que hembras. Se notó ya que de once mil doscientos veinte recien-nacidos, muriéron en el primer dia de su vida ciento

to sesenta y cinco varones, y ciento veinte y cinco hembras, esto es, quatro varones por tres hembras: diferencia notable que observé casi la misma en todos los decenios por noventa y un años. Esta diferencia proviene, ó del padecer ménos en el nacer las hembras que los varones, por ser mas pequeñas que ellos; ó de la mayor resistencia de nervios en las hembras, no obstante que aparecen mas delicadas que los varones. La diferencia de mortandad entre varones y hembras, va disminuyendo despues del primer dia de su vida; pues que, segun los cálculos citados, en el primer año muriéron mil setecientos ochenta y ocho varones, y mil seiscientas veinte y dos hembras, esto es, once varones por cada diez hembras. Nacen mas varones que hembras, y la naturaleza va igualando el número de personas de cada sexô, como despues se dirá mas largamente. Al año sexto, de diez mil setecientos setenta y tres infantes, habian muerto dos mil setecientos cinqüenta y dos varones, y dos mil quinientas treinta y tres hembras, esto es, muriéron veinte y cinco varones por cada veinte y tres hembras. Desde los siete años hasta los treinta, muriéron seiscientos diez y seis varones, y trescientas setenta y quatro hembras, esto es, muriéron ocho varones por cada cinco hembras. Este resultado me admiró; pues imbuido en la doctrina especulativa de los físicos, esperaba que desde doce años hasta treinta muriesen tantas ó mas hembras que varones, porque sobre los males de estos, las mugeres en tal tiempo tienen los de la preñez, parto, &c. El exceso notable de la mortandad de los hombres sobre las mugeres, le atribuyo á las causas siguientes: I. Mis observaciones fuéron sobre gente casi toda trabajadora; y participando la ciudad de Albano (en

que las hice) del maligno influxo de la campaña romana, debiéron en esta perecer mas hombres que mugeres, porque pocas de estas van al campo. II. En ciudades grandes, y en paises vecinos á ellas, perece mayor número de jóvenes, que en las aldeas lejanas del gran comercio civil y vicioso. Esta gran mortandad de jóvenes proviene de la viciosa sensualidad; siendo cierto, que ningun mal físico es tan contrario al aumento de poblacion, como lo son los vicios. III. Al observar el dicho resultado, tuve la curiosidad de preguntar al médico y al cura si eran rarísimas las muertes de mugeres en el parto; y me respondiéron que eran fenómeno rarísimo. Las aguas pueden influir mucho en este buen efecto. Yo me acuerdo de haber oido á Enrique Alonso, sacristan antiquísimo de la iglesia parroquial del Horcajo, en que nací, que no se acordaba haber oido la muerte de ninguna muger en el parto. La villa del Horcajo tiene quizá quatro mil almas. Los desórdenes pues, los vicios y las fatigas corporales, roban mas hombres que mugeres: estas causas mortales no pueden producir sus efectos en la infancia, en que suele obrar sola la naturaleza.

Segun la lista de los infantes bastardos de la inclusa romana, de que ántes se habló, muriéron cien varones por cada sesenta y siete hembras; esto es, tres varones por cada dos hembras. Esta mortandad de varones es muy grande. En los hospitales de Madrid en quatro años (que fuéron los de 1785, 86, 87 y 88) de sesenta y un mil quatrocientos ochenta y seis hombres enfermos, muriéron seis mil ochocientos setenta y nueve, esto es, de cada cien enfermos muriéron once, y en los mismos quatro años de diez y ocho mil trescientos ochenta y tres mugeres enfermas, muriéron dos mil ochocientas cinqüenta, esto es, de cada ciento muriéron quince. En estos años la mortandad de las mugeres fué á la de los hombres, como quince á once; mortandad irregular en Italia, y quizá sucede en Madrid, porque las mugeres se reducen á ir al hospital, quando ya estan notablemente agravadas de la enfermedad; y los hombres quando empiezan á sentirla (1).

War-

(1) Observo, que en los dichos quatro años, la diferencia entre el mayor y menor número de hombres enfermos, llegó á ser casi un tercio; pues que un año fué de trece mil, y otro de diez y ocho mil enfermos. En las mugeres enfermas la diferencia llegó á ser una séptima parte. De los hombres, comunmente mas viciosos que las mugeres, enferma mayor número que de estas.

He observado la lista de los muertos en el hospital mayor de Roma desde el año de 1694, hasta el de 1788: en un año, que fué el de 1734, de quince enfermos murió uno: en los demas años la mortandad fué siempre mayor; se puede pues inferir, que á lo ménos en los hospitales grandes, de quince enfermos muere uno. En el año de 1762 en Cáceres asistí al hospital del exército español, confesando, y proveyendo á lo temporal que el comisario de guerra y el proto-médico Padros, dexáron á mi cuidado: el hospital tenia quatrocientos cinqüenta enfermos; y cada dia por un mes muriéron diez y ocho. Los hospitales del exército son verdadero sepulcro de vivos: en ellos la avaricia y la inhumanidad hacen mas estrago que la espada y el cañon en el campo de batalla. No debo hacer mencion de esta época sin mostrarme eternamente agradecido al favor de los vecinos de Cáceres, en cuya compañía no conté dia en que de su bondad (singular fué la de todos los señores Ovandos) no recibiese alguna gracia, principalmente en el tiempo en que quedé solo asistiendo á los enfermos (de

Wargentin observó, que en Stokolmo morian veinte y un hombres por cada diez y siete mugeres (1). Busching dice (2), que en Suecia la mortandad de los varones es á la de las hembras, como treinta y cinco á treinta y tres. He visto algunas listas de muertos en Sevilla y Barcelona hasta el año de 1779, y segun ellas muriéron diez y nueve varones por cada trece hembras: esta proporcion no puede servir de regla, porque se funda en la observacion de pocos años.

Es pues constantemente cierto, que si nacen ménos hembras que varones, de estos desde el primer dia de su vida muere mayor número que de hembras; y la duda únicamente está en determinar el año de la vida humana, en que los dos sexôs quedan iguales en número. Segun mis observaciones conjeturo, que á los veinte años de la vida humana es casi igual el número de las personas de entrámbos sexôs; y que desde dicho tiempo hasta los cinqüenta años, mueren tantos varones como hembras en los paises en que la viciosa sensualidad no roba ó abrevia la vida á notable número de hombres.

los dos jesuitas con quienes estaba, á la segunda semana de la asistencia murió uno, llamado Tomás Fernandez, y enfermó totalmente el otro llamado Diego Rivera), y en el de la enfermedad que contraxe, y que por muchos dias me tuvo inmoble en las garras de la muerte, de las que mucho hizo por sacarme la caridad de los que me asistian y favorecian.

(1) Academia real de las ciencias en Suecia: véanse los tomos 16, &c. de los años 1754. 1755.

(2) Federico Busching: *nuova geografia*, vol. 1. *introduzione*, num. 61.

bres. En la vejez se hallan mas hembras que varones; así en la ciudad de Albano observé, que por noventa años habian muerto treinta y dos mugeres, y veinte hombres en la edad desde noventa años hasta los ciento (1). El exceso de las mugeres vivientes sobre los hombres en dicha edad, es de mas de una tercera parte. Por observacion de los muertos en treinta años en la parroquia de san Sulpicio de Paris, se halla que desde noventa años hasta los ciento, muriéron ciento cinqüenta y seis mugeres, y sesenta y tres hombres, esto es, en dichos años el número de mugeres era al de los hombres, como diez á quatro; diferencia verdaderamente grande. Kerseboom juzgó, que la vida de las mugeres era á la de los hombres como diez y ocho á diez y siete: proporcion que no me parece irregular; y segun ella, si trescientas mugeres (sumando todos sus años) viven diez y ocho mil años, trescientos hombres vivirán diez y siete mil, esto es, una muger con otra vivirá sesenta años; y un hombre con otro vivirá cinqüenta y seis años y ocho meses.

Segun mis observaciones conjeturo, que en la vida humana hay algunos quinquenios constantemente críticos. Me parece que, desde cinqüenta años hasta cinqüenta y cinco, mueren mas mugeres que hombres; y quizá lo mismo sucede desde quarenta y cinco hasta cinqüenta. El quinquenio desde sesenta hasta sesenta y cinco, parece ser mas crítico á los hombres y mugeres, que el quinquenio siguiente; y cla-

(1) Observé, que de ciento noventa y siete recien-nacidos, uno solo llegó á ser nonagenario; y que de quatro mil setecientos veinte, uno solo llegó á la edad de cien años.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

claramente es mas crítico, como tambien advirtió Toaldo, el quinquenio desde setenta hasta setenta y cinco, que el quinquenio siguiente: si en el primero de estos quinquenios muere una mitad de los que son de su edad, en el segundo quinquenio no llega á morir una tercera parte. El quinquenio sobre los ochenta años, no suele ser muy crítico; pero lo es el siguiente. Desde los noventa años cesan todas las reglas y conjeturas. Nuevas y exâctas observaciones podrán aclarar estas dudas.

Las mugeres, como se ha notado, tienen vida mas larga que los hombres; no porque la naturaleza sea madrastra con estos, y solamente madre piadosa con aquellas, concediéndoles virtud natural para tener mas larga vida; sino porque las mugeres se abstienen comunmente mas que los hombres del vicio contrario á la sanidad y larga vida. Por esta misma causa se advierte, que en las ciudades grandes la vida media de los hombres es mas breve que en las pequeñas; en estas mas breve que en los lugares pequeños, y en estos mas breve que en el campo. En donde la sociedad humana es mayor y mas brillante, allí suele reynar mas el vicio, y la vida humana es ménos sana y larga. Por mas que los sabios del mundo quieran honrar y entronizar el vicio, jamas le harán respetable á la razon, y útil al linage humano. No solamente la razon le declarará infame, sino tambien la naturaleza: al ver entronizado el vicio entre los hombres, se mostrará casi cruel con ellos, intimándoles la pena cierta de la enfermedad, y de la vida corta. En las ciudades europeas de primer órden cada año suele morir uno de veinte y quatro de sus habitantes (en Lóndres se dice, que mueren dos de cada quarenta y cinco). En las ciudades medianas muere uno de cada veinte y ocho: esto sucede en Ve-

Verona, que tiene cinqüenta mil habitantes (segun las observaciones de Zeviani): en Padua, que tiene treinta mil habitantes, muere uno de cada veinte y cinco (segun las observaciones de Toaldo); y en Mannheim (1), que tiene veinte y dos mil ochocientos, no contando los hebreos y anabaptistas, muere uno de cada veinte y siete. En los lugares suele morir uno de treinta y dos; y en el campo (si se exceptúa la mortandad de infantes hasta el primer año de su vida) apénas llega á morir uno entre quarenta: no exceptuándose dicha mortandad, muere uno entre treinta y quatro.

La vida mas larga está anexa á la mayor moderacion; así las religiosas viven mas que los religiosos, estos mas que las mugeres seglares, y estas mas que los seglares; porque entre todas estas clases de personas, su moderacion en lo físico, civil y moral, es con el mismo órden que se observa en la varia duracion de su vida. Si se observan y cotejan los resultados de las tablas de la vitalidad humana, se verá, que en ninguna de ellas á las personas seglares en la edad de diez y seis años conviene mayor vida media ó sobrevivencia que de quarenta y quatro años; que á los religiosos corresponde la de cinqüenta y dos años y dos meses, y á las religiosas la de cinqüenta y tres años y un mes. La nacion he-

(1) La tropa militar, en que está la flor de la robustez y de la buena edad, si no es viciosa, tiene vida larguísima. En la ciudad de Mannheim, de seis mil quatrocientos veinte y ocho soldados que hay en ella, por varios años ha muerto uno entre setenta. Véase *acta academiæ Theodoro-palatinæ*. Mannhemii, 1770. 4. En el tomo 2. año 1766. p. 440.

hebrea, parca generalmente en alimentarse, y en sus conveniencias, y toda empleada en la ocupacion mercantil, tiene vida larguísima, pues que á los diez y seis años le corresponde la sobrevivencia de cinqüenta y quatro años y siete meses. Los romanos que, aunque de profusion en sus gastos, miran con microscopio sus intereses, sin haber calculado distintamente la vitalidad de sus hebreos, habian conocido que era de muchos años, y por esto acostumbran comprar en nombre de personas hebreas los *vacables* romanos, que son especie de vitalicios. Algunos modernos han pretendido probar, que el celibato perjudica á la vida larga; y para prueba alegan la mas temprana y respectiva muerte de muchos célibes seglares. Debian estos modernos calcular la vitalidad de los célibes religiosos, y no la de los profanos: ninguno duda que el celibato profano, por ser comunmente vicioso, perjudica á la vida larga; y que á esta conspira el verdadero celibato: lo demuestran las tablas de la vitalidad de las personas religiosas.

Del celibato profano, y de otros vicios, proviene el poco aumento de la poblacion, y no del celibato sagrado, como vanamente pretenden probar algunos modernos. De este asunto se trató largamente en el tomo 3.°; y por ahora baste notar las siguientes observaciones. He visto los cálculos de las diversas clases de personas de esta ciudad de Roma por mas de siglo y medio; y de ellos he inferido, que por cada cinqüenta seglares ha habido un eclesiástico; por cada quarenta y cinco seglares un religioso, y por cada cien mugeres seglares una religiosa. En España, segun el cálculo que publiqué el año de 1779 en el quarto tomo de mi obra italiana, de sesenta y ocho personas seglares hay una ecle-

eclesiástica. Son pocos los célibes eclesiásticos en comparacion de los profanos. En el año de 1786 en el reyno de Nápoles (no comprehendiéndose el de Sicilia) hubo ciento sesenta y seis mil trescientos sesenta y ocho nacidos, y habia quatro millones, trescientos quarenta y seis mil trescientos ochenta y tres habitantes; esto es, un nacido por veinte y seis personas. En Roma, segun mis observaciones por quarenta años, nace cada año un infante por cada treinta personas. En Manheim de ochenta y cinco nacidos se casa uno solo: en Berlin (1) se casa uno por cada sesenta y siete, y lo mismo sucede en Leipsiz, Augsbourg, Dantzik y Amsterdam, segun Susmilch. Segun los cálculos de King, en Inglaterra (2), de ciento y quatro personas se casa una sola. Los casamientos sin extrema pobreza, son el medio único de lograr el aumento mayor de poblacion: el número de los nacidos suele comunmente ser quadruplo del número de casamientos: mil de estos, por exemplo, dan quatro mil nacidos. El celibato profano no solamente no aumenta la poblacion, sino que ciertamente la desminuye con los perniciosos efectos de la sensualidad viciosa.

Esta se entroniza principalmente en las ciudades grandes, que suelen ser matadero del linage humano (3). En Lóndres, segun Derham citado, el número

ro

(1) Véase la obra citada: *acta academiæ Theodoro-palatinæ, &c.*

(2) Guillermo Derham citado, lib. 4, cap. 10, p. 252.

(3) En el tomo 3.° se dixo, que quanto las ciudades grandes disminuyen con los vicios la poblacion, tanto la au-

ro de muertos excede al de los nacidos. Por observacion de varios años del siglo presente, se ha visto que los nacidos solian ser diez y siete mil seiscientos, y los muertos veinte y seis mil ochocientos. En Roma hallo, que desde el de 1721 han nacido trescientos quarenta mil quatrocientos treinta y nueve, y han muerto quatrocientos treinta y seis mil ciento noventa y tres. El exceso del número de muertos sobre el de los nacidos depende tal vez del concurso de forasteros en las ciudades grandes. En Paris, por muchos años del presente siglo, han nacido diez y ocho mil trescientos, y han muerto diez y ocho mil doscientos. En Sevilla, el año 1778, el número de nacidos excedió al de los muertos en mil doscientos y ochen-

---

aumentan la sobriedad é industria de los habitantes de lugares, aldeas y del campo; mas parece que la política del presente siglo es contraria á esta máxima, poniéndose la felicidad de los reynos en el fausto de ciudades grandes, y en el horror de los desiertos intermedios, y por esto ha crecido la poblacion de no pocas ciudades en el siglo presente; y van creciendo de modo que empiezan á dar miedo á sus soberanos. He aquí la poblacion antigua y moderna de algunas ciudades principales de Europa.

	En el año de 1678.	*En el año de 1788.*
Lóndres tenia.	696000 personas: tenia. . .	900000.
Paris.	448000	650000.
Ruan.	66000	80000.
Burdeos.	60000	110000.
Bristol.	48000	60000.
Roma.	125000	165441.
Nápoles.	26000	362800.

ochenta. En Barcelona el de 1775 naciéron setenta y uno mas que los que muriéron: en el de 1776 el exceso de los nacidos fué de quatrocientos quarenta y siete: en el de 1777 fué igual el número de nacidos y muertos: en el de 1778 fué de quatrocientos cinqüenta y cinco el exceso de los nacidos; y en el de 1787 dicho exceso fué de ciento noventa y dos. Irregular es la varia proporcion entre nacidos y muertos en Barcelona, y proveniente quizá de epidemia, hambre, &c. En el cálculo de los muertos no se computan las personas religiosas. Segun listas que he tenido de los nacidos y muertos en la ciudad de Nápoles, hallo, que en ella, desde el año de 1775 hasta el de 1788 exclusive, naciéron ciento cinqüenta y seis mil treinta personas, y muriéron ciento trece mil tres; esto es, naciéron cien personas por cada setenta y dos muertas; exceso extraordinario, y propio del clima napolitano, que es quizá el mejor de Europa. En el reyno de Nápoles (no comprehendiéndose la capital) desde el año de 1775 hasta el de 1788 exclusive, hubo dos millones ochenta y tres mil seiscientos treinta y tres nacidos, y un millon seiscientos ochenta y cinco mil quatrocientos setenta y seis muertos: aquellos fuéron á estos, como ciento á ochenta. La miseria de muchos paises, y las calamidades que con los terremotos han padecido en los años antecedentes, hacen que la razon entre nacidos y muertos en el reyno de Nápoles sea menor que en la capital, en que, segun el órden regular, debia ser menor que en el reyno.

Es dignísima de observar la proporcion entre los varones y hembras que nacen: de ella discurrí en el tomo 1º de esta historia, y ahora brevemente produciré algunas pruebas prácticas.

Desde el año de 1697 hasta 20 de Octubre del de

1789, en la catedral de Albano se bautizáron cinco mil novecientos treinta y tres varones, y cinco mil quatrocientas setenta y dos hembras; esto es, han nacido trece varones por cada doce hembras. Segun un cálculo de Morand, en Francia naciéron en veinte y seis años sesenta y quatro mil quarenta varones, y sesenta y un mil trescientas quarenta y seis hembras; esto es, sesenta y quatro varones por sesenta y una hembras, ó casi diez y seis varones por cada quince hembras. En treinta años se bautizáron en la parroquia de san Sulpicio de Paris treinta y cinco mil quinientos treinta y un varones, y treinta y quatro mil seiscientas nueve hembras; esto es, naciéron veinte y quatro varones por cada veinte y tres hembras.

En el reyno de Nápoles (no comprehendiéndose la capital) en el año de 1786 naciéron ochenta y cinco mil quinientos y once varones, y ochenta mil ochocientas cinqüenta y siete hembras: los varones fuéron á las hembras casi como diez y seis á quince.

En el de 1776 naciéron en Barcelona mil quinientos veinte y un varones, y mil quatrocientas setenta hembras: los varones fuéron á estas como veinte y cinco á veinte y quatro. En el de 1778 naciéron mil quinientos quarenta y un varones, y mil quatrocientas noventa y nueve hembras: los varones fuéron á está como ciento á noventa y siete. En el de 1778 en Sevilla naciéron en sus treinta parroquias mil trescientos cinqüenta varones, y mil trescientas veinte hembras: los varones á estas no llegan á ser como cinqüenta á quarenta y nueve. Pocas son estas observaciones para determinar la proporcion entre varones y hembras en España, en que parece ser pequeñísima su diferencia.

Segun Graunt, en Lóndres y en su territorio los va-

varones á las hembras al nacer son como catorce á trece; proporcion, dice Graunt, segun la qual la religion christiana, que prohibe la poligamia, es mas conforme á la ley de la naturaleza, que la mahometana, y otras religiones que la permiten. "Juzgo, añade Derham citado, que es justa esta proporcion de »Graunt, que he hallado conforme á mis observaciones." Nieuwentyt (1) pone la lista de los bautizados en Lóndres por ochenta y dos años, desde el de 1629 hasta el de 1710, y de ella se infiere: 1º Por los ochenta y dos años, el número de varones nacido excedió siempre al de las hembras que naciéron en los mismos años. 2º El exceso ó diferencia se halla siempre entre extremos poco varios entre sí. 3º Aunque siempre naciéron mas varones que hembras, nunca todos los nacidos fuéron varones. Segun estos antecedentes, Nieuwentyt y Derham razonan así: "Arbuthnot, versadísimo en el cálculo de juegos de fortuna, ha demostrado, que la proporcion entre los »varones y hembras al nacer, por ochenta y dos años, »es efecto de la providencia sabia, y no del ciego »acaso. Supone Arbuthnot, que Ticio, por exemplo, »apuesta contra Sempronio, que no nacerán mas varones que hembras por ochenta y dos años; y halla »que Sempronio, apostando en contrario, llega á »apostar uno contra cinco quatrimillones." Sgravesande hizo el mismo cálculo, como observa Nieuwentyt; y atendiendo á lo que en los juegos de fortuna (como en el de dados) suele suceder, y al constante exceso de los varones sobre las hembras al nacer, infirió, que el juzgar casual este constante exce-

(1) *L' existence de Dieu demontree &c. par Mr. Nieuwentyt.* Amsterd. 1740, 4, lib. 1, ch. 10, p. 172.

ceso, seria lo mismo que hallar inmediatamente un grano determinado de arena en un monton que tuviese granos 7559821522955246913580246913580246913580246 9. Esta cantidad numérica consta de quarenta y quatro cifras; y debe aquí oportunamente notarse, que para expresar el número de granos de arena que se contuviéran en un globo tan grande como el terrestre, quizá bastaria una cantidad numérica que constase de treinta y tres cifras, de las quales la primera sea ocho, y las demas sean treinta y dos ceros. Segun esta reflexion, si el cálculo hecho sobre los nacidos en Lóndres por ochenta y dos años, se hiciera sobre los nacidos en Europa, no por ochenta y dos años, sino por quatro mil, deberiamos inferir que, si el constante exceso de los varones sobre las hembras al nacer, es casual, podrá suceder que un hombre, buscando mas de dos mil veces un determinado grano de arena en cien montones de ella, tan grandes como todo el volumen del orbe terrestre, lo encuentre siempre; y podrá suceder, como efecto casual, que tirándose un dado tantos millones de veces, quantos son los granos de arena que hay en el globo terrestre, siempre, sin interrupcion alguna, salga un mismo y determinado número que se apueste. Estas son las conseqüencias absurdísimas que está obligado á conceder el que no oye las voces que la naturaleza silenciosamente da con su constante obrar en la generacion humana de los diversos sexôs que el admirable y oculto manejo de la suprema providencia diferencia y sella.

La naturaleza, siendo mortal, procura con todas sus fuerzas, (como dice Platon en el diálogo del convite, ó del amor) hacerse inmortal con la generacion, substituyendo el jóven al viejo; mas esta inmortalidad no se logrará sin la diferencia de sexôs; di-

diferencia que, quanto es mas proporcionada entre sí, tanto mas conspira á hacer inmortal la naturaleza.

Importantes y no solamente curiosas son las observaciones que se han expuesto, y que suministra la consideracion de la vitalidad y mortandad humana; y no dudo, que consideracion mas atenta suministrará otras importantísimas, porque nada en el hombre obra la naturaleza, que no sea dignísimo de su atencion. El filósofo, el físico, el ético y el político tienen en la naturaleza humana un libro, cuya leccion siempre les será necesaria, y les hará conocer que su estudio no tiene fin. Á mis observaciones añadiré la indicacion de las tres siguientes que he hecho en los citados libros de nacidos y muertos en Albano. Observé pues: 1º Desde el año de 1697 hasta 20 de Octubre de 1789, en cuyo tiempo naciéron once mil quatrocientos cinco infantes, hubo diez partos de gemelos, y uno de trigemelos. Cinco de los partos de gemelos fuéron de entrámbos sexôs: tres partos fuéron de hembras solas, y dos de solos varones. 2º En los meses de Enero, Febrero, Noviembre y Diciembre naciéron respectivamente mas infantes que en los demas meses del año: el exceso de nacidos en estos quatro meses, respecto de los nacidos en otros quatro meses del año, fué una sexta parte. No tuve la advertencia de notar si era sensible y constante la diferencia de los dos sexôs en algun determinado mes ó estacion del año, y el diverso estrago que el gran frio ó calor hace en cada uno de los sexôs al primer mes y año de su vida. 3º De cada ochenta y cinco muertos en Albano suele morir uno de repente: las muertes repentinas son rarísimas en las mugeres.

§. IV.

Observaciones sobre la mortandad de mugeres en tiempo de parto, y sobre la de los recien-nacidos.

Con noticias últimamente adquiridas he hecho las siguientes nuevas observaciones (1) sobre la mortandad de las mugeres en el parto y sobreparto, y sobre las funestas resultas de no pocos desgraciados nacidos ó no nacidos, que ó tienen por sepulcro el seno de su concepcion, ó de este salen para ser llevados al sepulcro. Al principio de esta historia apelé al zelo de la felicidad pública, y principalmente al de la caridad christiana (sin cuyo espíritu son ineficaces, ó poco útiles los mejores proyectos) para promover el necesario y piadoso establecimiento de casas de parto, en que encuentren asilo y asistencia conveniente las pobres mugeres casadas, y las infelices que, reconociéndose desgraciadamente madres, con peligro de la vida propia, y de la del feto que infamemente concibiéron, son fieras contra este y contra sí mismas. Para precaver esta inhumanidad ó fiereza, y avivar nuevamente el espíritu de piedad y compasion con los que la naturaleza hizo nuestros semejantes é iguales, y la religion santa nos obliga á amar como á nosotros mismos, pondré á la vista de la caridad christiana una breve relacion de la mortandad que en varios paises sucede en las mugeres de parto y en los recien-nacidos. Las observaciones de que principalmente

(1) El autor escribió estas observaciones al principio del año 1790.

te me sirvo, publicadas por Tenon (1) en el año de 1788, sobre la dicha mortandad en Francia, han hecho conocer á esta, que creyéndose humana, experimentaba efectos de la mayor inhumanidad por descuido de la vigilante y caritativa asistencia en los hospitales destinados para las mugeres de parto. El mismo Tenon, ántes de proponer el cálculo de su mortandad, con confesion ingénua dice (2): "tene»mos á bien confesar que es maravillosa la mor»tandad de mugeres en tiempo de parto." El indica las causas de este gran mal: causas que, por desgracia comun de la humana sociedad, se suelen hallar en toda clase de hospitales. Quanto en la erección de estos fuéron loables la piedad y el zelo de sus fundadores, tanto suele ser vituperable el descuido de los que no correspondiendo á los fines del fundador, abandonan su buena conservacion. La experiencia, confirmando lo que la razon dicta, hace conocer prácticamente, que no es feliz la conservacion de los hospitales, porque sus xefes comunmente no se animan del espíritu christiano con que se fundáron.

En el presente discurso, sin distraerme en reflexiones, indicaré históricamente algunas observaciones, cuya noticia lláme la atencion del gobierno christiano, para precaver ó remediar los males de que proviene la gran mortandad de criaturas, y de mugeres de parto. Sobre las causas que á esta concurren, y pertenecen al gobierno económico de los hospitales, la citada obra de Tenon da mucha luz; y

(1) *Memoires sur les hopitaux de Paris par Mr. Tenon.* Paris, 1789. 4.

(2) Tenon citado: Memoria IV. p. 260.

y sobre otras causas que pertenecen á la medicina se podrán consultar los mejores autores del arte obstetricia (1).

He

(1) Sobre el arte obstetricia leo alabadas las siguientes obras: *Traitè de la theorie, et practique des accouchemens: traduit de l' anglois de Mr. Smellie.* Paris, 1755. 8. vol. 3. En los dos tomos últimos se ponen observaciones sobre el arte obstetricia.

Essai sur l' abus des regles generales, et contre les prejuges, qui s' opposent aux progres de l' art. des accouchemens: par Mr. Andrè Levret. Paris, 1766. 8. *L' art. des accouchemens; par Mr. Levret.* Paris, 1761. *Observations sur les causes, et les effets des plusieurs accouchemens laborieux: par Mr. Baudeloque.* Paris, 1781. 8. vol. 2. En el volumen 1. p. 11, y al principio del volumen 2. este autor defiende el uso de las tenazas para los partos dificiles, contra las impugnaciones de algunos fisicos que pretenden su total destierro, como de instrumento que ha hecho mas mal que bien. En la p. 13. echa de ver, que la muchedumbre de obras publicadas sobre el arte obstetricia es tan grande, que apénas bastaria un tomo para indicar sus títulos. Entre tantas obras, p. 14., propone como dignísimas las de *Mauriceau, Smellie y Levret* sobre la dicha arte, y como despreciables las de *Viardel, Peu, Portal, Deventer, Amand*, y de otros innumerables autores. *Baudeloque* observa método claro y práctico en su obra, cuya leccion podrá ser útil. En el vol. 1. parte 2. seccion 1. n. 627. p. 217. trata bien y largamente de los partos en que el infante nace de cabeza en diferentes posturas.

La practique des accouchemens, par Mr. Alphonse Le-Roy. Paris, 1776. 8. Es obra histórico-crítica de la doctrina y práctica de partos, dividida en dos partes: no he

He aquí en un punto de vista la mortandad de mugeres de parto en varios paises de Europa, segun las relaciones públicas. En el hospital británico de Lón-

he visto la segunda. En la primera hace buena crítica sobre varias dudas: en la p. 110. trata del uso de las tenazas, y de las opiniones varias de los autores; y p. 15. alaba á *Smellie y Deventer*, y dice, que *Mauriceau, Roederer*, y principalmente *Levret*, han atrasado los progresos fisicos. *Le-Roy* ha publicado tambien: *Essai sur l' histoire naturelle de la grossesse, et de l' accouchemen.* Paris, 1787. 8. En el prefacio p. 13. dice: "me atrevo á decir, "que no hay necesidad de las tenazas para los partos. En "veinte y dos años las he usado solamente una vez." En la p. 77. dice: "la verdadera tenaza es la lanceta." *Recherches sur les habillemens des femmes, et des enfans.* Par. 1772. 8. En esta obra se trata del peligro y abuso de los vestidos de los recien-nacidos, infantes y mugeres.

Elemens de l' art. des accouchemens par J. G. Roederer. Par. 1765. 8. Obra metódica y clara. *Essais historiques litteraires, et critiques sur l' art. des accouchemens, par Mr. Sue.* Paris, 1779. 8. vol. 2. Obra erudita. En el volumen 1. se trata de las costumbres y de los usos antiguos y modernos en los partos; y en el segundo se da noticia de los autores que han escrito sobre ellos.

La discordia de los autores sobre varios puntos importantes del arte obstetricia, prueba que esta dista aun mucho de su perfeccion, á la que concurriria la publicacion de todos los partos revesados, de sus causas, efectos, &c. Tenon citado en la Memoria IV. p. 252. publicó las siguientes observaciones. "En el hospital de Dios en Paris "hubo quatro mil novecientos ochenta y seis partos en los "años de 1775, 1776 y 1777; y naciéron de pies sola- "mente quatrocientas ochenta y tres criaturas: una buena

 "ha-

Lóndres, desde Noviembre de 1749, hasta el año de 1782, el número de mugeres de parto fué quince mil novecientas treinta y seis, y de estas muriéron trescientas y seis. Luego por cada cinqüenta y dos mugeres de parto murió una.

En el hospital de Dios en Paris, por once años desde el de 1776, hasta el de 1786 inclusivamente, el número de mugeres de parto fué de diez y siete mil ochocientas setenta y seis, y de estas muriéron mil ciento quarenta y dos, esto es, por cada quarenta y siete mugeres de parto muriéron tres, ó casi una por cada quince mugeres. Mortandad verdaderamente maravillosa, que en gran parte debe atribuirse á causas accidentales y remediables, como confiesa Tenon citado, que la ha publicado.

En la casa de parto de esta ciudad de Roma, lla-

» habilidad vuelve fácilmente su postura... En los dichos » tres años se usáron solamente una vez, en doscientos » quarenta y seis partos, las tenazas para sacar los infan- » tes, que por su gran volumen no podian nacer... se sal- » vó la mitad de las mugeres con quienes se usáron las te- » nazas." Segun estos antecedentes, en diez ú once partos un infante solo nace de pies; postura nada peligrosa quando está pronta la asistencia de persona hábil. Si en doscientos quarenta y seis partos se usáron una vez las tenazas, el uso de estas se debió hacer veinte veces; pues que en los dichos tres años hubo quatro mil novecientos ochenta y seis partos simples, y treinta y cinco partos dobles ó de gemelos, que hacen la suma de cinco mil veinte y uno. Se salvó la mitad de las mugeres con quienes se usáron las tenazas; y así, por cada quatrocientos noventa y dos partos, murió una de las mugeres con quienes se usáron las tenazas.

llamada san Roque, por treinta años, desde el de 1760, hasta el de 1790, hallo apénas una muerta entre trescientas cinqüenta mugeres de parto. Es cierto que muchas de estas salen, porque quieren, de la dicha casa, luego que han parido, y se ignora la mortandad de ellas; pero á lo mas podrá suponerse en dicho número, que llegan á morir veinte de las que salen luego que han parido; y en este caso por cada trescientas treinta mugeres de parto morirá una. De muertes acaecidas en el momento del parto, no me atrevo á contar una entre seiscientos partos, segun las noticias individuales que me ha dado el rector de dicha casa, que la gobierna desde el de 1760. Á la pronta asistencia de físicos hábiles, y á la caridad vigilante de los eclesiásticos directores de dicha casa, mas que al favorable influxo del clima romano, debe atribuirse tan pequeña mortandad de mugeres de parto.

La mortandad de mugeres de parto, con relacion al número de nacidos en las ciudades siguientes, fué:

	Nacidos.
En Leipsick por diez años desde el de 1740 hasta el de 1749 inclusivamente, murió una muger de parto por	61.
Desde el de 1759 hasta el de 1763, murió una por.	57.
Desde el de 1764 hasta el de 1768, murió una por	79.
En Saltuvedel y Armsee desde el de 1774 hasta el de 1776, murió una por	66.
En Gotha desde el de 1735 hasta el de 1751, murió una por	69.
En el de 1770 murió una por	70.
En Lebus en el espacio de treinta y quatro años, murió una por	72.

En

En quarenta villas de Prusia desde el de 1774 hasta el de 1776, murió una por . . . . . 80.

En Berlin (1), desde el de 1740 hasta el de 1746, murió una por . . . . . 111.

En el de 1746 murió una por . . . . . 103.

En el de 1747 murió una por . . . . . 98.

En el de 1748 murió una por . . . . . 95.

Desde el de 1764 hasta el de 1774, murió una por . . . . . 87.

En Vassenda de Suecia murió una por . 55.

En el hospital británico de Lóndres murió una por . . . . . 53.

En Lóndres por noventa años desde el de 1659 hasta el de 1749, murió una (2) por . . . . . 60.

Las

(1) La proporcion de la mortandad de las mugeres de parto, con el número de nacidos en las citadas ciudades de Alemania, se lee en la obra alemana de Sussmilch intitulada: *El órden divino en las mudanzas del género humano, probado por el nacimiento de los hombres, su mortandad y propagacion.*

(2) En la lista de las mugeres muertas de parto en Lóndres, se compara el número de estas, no con los nacidos, sino con los bautizados; y ciertamente aquellos debiéron ser mas que estos. El número de bautizados en los noventa años fué un millon, quatrocientos setenta mil ochocientos tres; y muriéron veinte y quatro mil setecientas treinta y dos mugeres de parto; esto es, muriéron dos mugeres por casi ciento diez y nueve bautizados. Yo he supuesto que murió una muger por sesenta nacidos, ó dos mugeres por ciento y veinte; porque es creible, que por

Las proporciones que se acaban de proponer entre el número de nacidos, y el de mugeres muertas en el parto, no bastan para determinar con exâctitud la mortandad de estas; para este fin son mas útiles las proporciones que pondré inmediatamente entre el número total de personas que mueren cada año, y el número de mugeres muertas de parto. Siendo casi iguales el número de varones y el de hembras en la edad viril, se puede suponer sin error notable, que cada año mueren tantos varones como hembras; y segun esta suposicion he formado las proporciones siguientes, publicadas con relacion á la mortandad total de personas de uno y otro sexô.

	Mugeres muertas.
En Gera desde el año de 1740 hasta el de 1748, murió una muger de parto por cada	56.

En

por ciento y veinte nacidos, muriese uno sin bautismo. Es de advertir, que en los noventa años fué muy varia la proporcion entre el número de nacidos, y el de mugeres muertas en el parto. He aquí las proporciones por algunos decenios. Desde el año de 1659, por un decenio, la proporcion fué como uno á treinta y cinco: en el segundo decenio, como de uno á quarenta y siete: en el tercer decenio, como de uno á quarenta y tres: en el quarto decenio, como de uno á sesenta y uno: en el quinto decenio, como de uno á sesenta y tres: en el decenio desde el año de 1729, hasta el de 1739, fué como uno á setenta; y en el decenio último desde el año de 1739, hasta el de 1749, fué como uno á setenta y siete. Se ve, que en los dos primeros decenios, la mortandad fué casi dos veces mayor que en los dos últimos.

En Berlin en el de 1746 murió una por cada. . . . . 55.
En el de 1757 murió una por cada . . . 65.
En Ginebra por ochenta años desde el de 1700 hasta el de 1781, murió una por cada . . . . . 45.
En Leipsick por diez años desde el de 1740 hasta el de 1749, murió una por cada 43.
En Gotha por diez y seis años desde el de 1735 hasta el de 1751, murió una por cada . . . . . 37.

Esta mortandad que hallo publicada por Sussmilch y Tenon, me parece increible. Estos autores la ponen con relacion á las mugeres muertas; y por estas entienden niñas, solteras y casadas.

No parece creible que en las ciudades nombradas de cada cinqüenta hembras muera una de parto, y esta es casi la proporcion media que resulta de la mortandad de hembras que en dichas ciudades se pone. Sturm (1) entre varias observaciones que pone sobre la vitalidad humana, nota las siguientes: "de cien niños que nacen anualmente, tres se hallan muertos al »nacer: de ciento y quince personas muertas, una »muger muere de parto: entre quatrocientas personas muertas, una muger muere de dolores de parto." De estas observaciones solamente la de nacer tres niños muertos entre ciento, hallo algo conforme á mis observaciones, segun las quales, como ántes se notó, de ciento diez y siete nacidos en la ciudad de Albano, morian tres en el primer dia de su nacimiento.

(1) *Considerazioni sopra l' opere di Dio, di C. C. Sturm: traduzione dal Tedesco.* Napoli, 1784. 8. vol. 12. en el vol. 10: dia 24 Octubre, p. 79.

to. Haciendo yo reflexion sobre la mortandad, que por quince años he observado en la provincia de Romaña, y por ocho años en esta ciudad de Roma, entre personas nobles, juzgo que de ciento y cinqüenta mugeres casadas apénas una muere de parto. La mortandad grande que de mugeres de parto se nota en las memorias del hospital Británico de Lóndres, y del hospital de Dios en Paris, debe atribuirse á falta de asistencia, y á otras causas accidentales. A estas mismas causas se debe atribuir la mortandad excesiva de infantes al nacer en las siguientes ciudades.

En Lóndres, en el hospital Británico, de treinta y un infantes murió uno al nacer, ó nació muerto.

En Berlin, desde el año de 1759 hasta 1763, de cada quarenta y siete muriéron dos.

En el hospital Británico, desde Noviembre de 1749 hasta el año de 1782, naciéron diez y seis mil ciento y dos infantes; de los que al nacer se halláron quinientos treinta y un muertos. Hubo ciento sesenta y seis partos dobles; esto es, de cada noventa y siete partos uno fué doble, ó de gemelos. De los diez y seis mil ciento y dos infantes, hubo ocho mil trescientos veinte y quatro varones, y siete mil setecientas setenta y ocho hembras; luego por cada catorce de estas naciéron quince varones. Antes se notó que en el hospital de Dios en Paris de cinco mil veinte y un partos, hubo quatro mil novecientos ochenta y seis partos simples, y treinta y cinco partos dobles; luego estos fuéron á los simples como uno á ciento quarenta y tres: luego los partos dobles en Lóndres son á los partos dobles en Paris como ciento quarenta y tres á noventa y siete, ó casi como treinta á catorce; esto es, de mil novecientos quarenta

partos en Lóndres, veinte son dobles, y en Paris solamente lo son catorce.

En Paris, en el hospital de Dios, por once años muriéron quatro por cada cinqüenta y cinco infantes nacidos (1). Esta mortandad lamentable acusa el

(1) *Tabla de los infantes nacidos, vivos y muertos; y de las mugeres de parto muertas desde el año de 1776 hasta el de 1786 en el hospital de Dios de Paris.*

Meses del nacimiento.	Nacidos. *Vivos.*	*Muertos.*	*Mugeres muertas en el parto.*	*Años.*	*Partos simples.*	*Partos dobles.*	*Partos de tres.*
Enero.....	1600.	166..	127..	1775.	1668..	13.	1..
Febrero...	1547.	121..	130..	1776.	1652..	11.	...
Marzo....	1623.	127..	101..	1777.	1663..	9.	1..
Abril.....	1460.	117..	104..	1778.	1677..	17.	...
Mayo.....	1438.	096..	081..	1779.	1688..	12.	...
Junio.....	1225.	097..	056..	1780.	1704..	17.	...
Julio.....	1237.	102..	058..	1781.	1652..	19.	...
Agosto....	1240.	103..	063..	1782.	1665..	16.	...
Setiembre..	1234.	090..	048..	1783.	1635..	21.	...
Octubre...	1294.	114..	073..	1784.	1554..	25.	...
Noviembre.	1240.	082..	137..	.....	.....	...	...
Diciembre.	1391.	132..	164..	.....	.....	...	...
	16529.	1347.	1242.		16481.	160.	2..

Los meses de menor mortandad de mugeres de parto son los calientes; conviene á saber, Mayo, Junio, Julio, Agosto, Setiembre y Octubre: en estos meses muriéron trescientas setenta y nueve mugeres de parto; y en los otros seis, que son los meses frios, muriéron setecientas se-

el descuido que se ha tenido en la administracion y gobierno de dicho hospital.

Las observaciones que he referido sobre la mortandad de infantes y de mugeres de parto, no dan fundamento grave para establecer regla, ni aun para conjeturarla prudentemente, ó inferirla del número de nacidos y de mugeres de parto que mueren anualmente. Se podrá decir, que las dichas observaciones en gran parte se han formado, ó con poca exâctitud, ó sobre las notas de los hospitales en que la excesiva mortandad proviene de causas accidentales, que no son comunes á las personas que viven en sus respectivas casas. Es afrentosa á la caridad christiana, y aun á la

sesenta y tres mugeres; esto es, en los meses frios murió un doble mas de mugeres que en los calientes. Esto hace ver que las mugeres de parto en los meses frios deben tener la mayor cautela y cuidado de su salud. Es cierto que en los meses frios nació casi una séptima parte mas de infantes (naciéron nueve mil seiscientos y seis) que en los meses calientes, en los quales naciéron ocho mil doscientos y setenta; mas si en los meses frios hubiera muerto solamente una séptima parte mas de mugeres que en los meses calientes, esta séptima parte de muertas se deberia atribuir al número mayor de partos en los meses frios; pero habiendo sido doble la mortandad de las mugeres, el exceso se debe atribuir al tiempo frio.

En los seis meses calientes muriéron seiscientos y dos infantes; y en los frios muriéron setecientos quarenta y cinco; esto es, en los meses frios murió casi una quinta parte mas que en los meses calientes. Estos dos últimos resultados en meses frios y calientes, á mi parecer, son comunes en todos los paises en que las estaciones del año son muy diferentes en la actividad y duracion de calor y frio.

la humanidad, la escasez de fundaciones, ó casas piadosas para salvar la vida de los hombres; y es infame el descuido y abandono de las fundadas. El amor del próximo, y el zelo para ayudarle segun los preceptos y el espíritu de nuestra santa religion, deben ser el carácter y el salario de los directores de los hospitales, si se desea que estos correspondan al fin santo de su fundacion. Para estimular los subalternos al cumplimiento debido de sus oficios, convendria que anualmente se publicáran notas exâctas de la mortandad (1) de toda clase de personas

(1) *He aquí la proporcion entre los muertos y enfermos de varios hospitales principales de Europa; y la lista de los infantes muertos hasta la edad de cinco años en el hospital de bastardos de Paris.*

	Enfermos.
En el hospital Real de Edimburgo muere uno por	25½.
En el hospital de la ciudad de San Denis muere uno por	15⅛.
En el hospital de Dios en Leon de Francia muere uno por	13⅔.
En el hospital general de Viena de Austria muere uno por	13⅕.
En el hospital del Espíritu Santo de Roma muere uno por	11.
En el hospital de Dios en Estampes muere uno por	10½.
En el hospital de Dios en Ruan muere uno por	10.
En el hospital de la caridad en Versalles muere uno por	08⅖.
En el hospital de San Bartolomé en Lóndres muere uno por	08⅓.
En el hospital de la caridad en Paris muere uno por	07½.
En el hospital de la parroquia de San Sulpicio de Paris muere uno por	06½.
En el hospital de Dios en Paris desde el año de 1776 hasta el de 1786 murió uno por	04½.

En el hospital general de Madrid, por cálculo de dos años solos, he hallado que de nueve hombres murió uno; y en el de la pasion de casi siete mugeres murió una.

La mortandad de los bastardos en el hospital de ellos en Paris, desde el año de 1773 hasta el de 1777, fué la siguiente:

Años.	*Bastardos recibidos.*		
1773.	1989.	Muriéron en el primer mes de su entrada	21985.
1774.	6333.	Muriéron en los restantes meses del primer año	3491.
1775.	6505.	Muriéron en el segundo año	1325.
1776.	6419.	Muriéron en el tercer año	332.
1777.	6705.	Muriéron en el quarto año	107.
	31951.	*Muertos*	27240.
		Quedáron vivos	4711.
		Bastardos recibidos	31951.

nas en los hospitales, y de todas las circunstancias que pueden dar luz para conocer qualquier mal, impedirlo y remediarlo. Por observaciones, que con reflexiones

De

flexiones no pasageras he hecho por veinte y tres años en Italia, estoy firmemente persuadido á que apénas de quatro mil mugeres casadas morirá una en los dolores anteriores al parto; y que en este y en el sobreparto apénas moriria una entre dos mil, si hubiera personas hábiles en el arte obstetricia para asistir prontamente en los partos revesados á la gente pobre; si la rica se criara con ménos delicadeza, y tuviera la debida cautela en los sobrepartos, en que perece la mayor parte de las mugeres acomodadas; y si se establecieran casas públicas de parto (dirigidas por personas eclesiásticas, ó seglares exemplarmente virtuosas) para las casadas pobres. Dixe ántes, que en la casa de parto en esta ciudad de Roma, entre trescientas cinqüenta mugeres de parto, apénas muere una, no obstante la imprudencia de muchas que dan motivo para perecer en el parto. En tres mil ochocientos partos solamente se ha hecho la operacion cesarea una vez; y dió motivo á ella la conducta imprudente de la muger en que se hizo. En el hospital de Dios en Paris, desde el año de 1773 hasta el de 1785, se bautizáron veinte mil doscientos treinta y quatro nacidos, y se hizo seis veces la operacion cesarea; esto es, se hizo una vez por cada tres mil tres-

De los bastardos recibidos muriéron en el primer mes de su entrada mas de dos terceras partes; mortandad horrible. En el primer año, de los treinta y un mil novecientos cinqüenta y un bastardos, muriéron veinte y cinco mil quatrocientos setenta y seis; esto es, de cien bastardos muriéron casi ochenta; mortandad no ménos horrible, y que parece increible en paises en que se profesa el christianismo, que manda gravemente la asistencia mas escrupulosa y caritativa al próximo.

trescientos setenta y dos bautizados. A estos se deberia añadir el número de infantes nacidos muertos, para inferir exâctamente por quánto número de mugeres de parto se hizo una vez la operacion cesarea. Tenon citado juzga, que cada operacion cesarea en el dicho hospital se puede calcular por cada tres mil quatrocientas quarenta y cinco mugeres de parto. Si este cálculo vale en los hospitales, es creible que entre diez mil mugeres de parto bien asistidas en sus casas, apénas se deberá hacer una vez la operacion cesarea (1).

He notado estas noticias para llamar y excitar la mas viva atencion, y el humano y religioso zelo del gobierno público, cuyas acertadas providencias se necesitan para impedir la grande y funesta mortandad de infantes, y de mugeres de parto, que suele suceder por falta de su asistencia corporal, ó por descui-

(1) Paw. en su obra: *Defense des recherches philosophiques sur les americains*: Berlin, 1770, 8. En el capít. 7, p. 24, dice: En Europa, y en muchos paises del Asia, como en Georgia, Mingrelia y Circasia, en donde la sangre humana es mejor, y está perfeccionada la especie, las mugeres paren con dolor; y en América, en donde no es tan buena la sangre humana, y no se ha perfeccionado tanto la especie, las mugeres paren sin dolor, y con felicidad admirable. En Europa de cien mugeres de parto no suele morir mas que una. En América de mil muere una. Paw., como han demostrado varios Ex-Jesuitas que despues del año de 1770 han escrito historias americanas, habla de la América sin mas instruccion que la del influxo de su fantasia. El parto en las mugeres americanas tiene los mismos efectos que en las europeas y asiáticas.

cuido de físicos ignorantes ó inconsiderados. La humanidad tiene todo su interes en procurar á los hombres todo quanto concurre para su mayor felicidad corporal y espiritual ; y el christianismo perfecciona los buenos afectos del corazon humano , estableciendo por dogma fundamental de su doctrina, que el verdadero zelo de la felicidad de los hombres , debe tener por objeto el logro del mayor bien corporal y espiritual de su sociedad , y el impedir ó alejar de ella todo mal , de que el vicio es causa ó efecto.

APÉN-

APÉNDICE.

Observaciones enviadas por el autor despues de haber remitido el presente tomo.

A las muchas observaciones puestas en mi discurso sobre la vitalidad humana , añado las siguientes , que por la primera vez he leido despues de haberle escrito. De estas observaciones las primeras que pondré se hiciéron en el hospital de paridas de Dublin por el Doctor Clarke (que por medio de Price las comunicó á la sociedad Real de Lóndres) segun el registro que en dicho hospital halló desde el año de 1758 hasta el de 1785. Los hospitales, como tambien los tiempos de epidemia , no nos dan las observaciones necesarias para calcular exâctamente la vitalidad humana ; porque la mayor parte de personas muere fuera de los hospitales , y en tiempos que no son epidémicos : no obstante son útiles para calcular circunstancias notables de la dicha mortalidad ; y esta utilidad será mayor quando se logre la serie de muchas observaciones exâctas en hospitales, y en tiempos epidémicos. Convendria que en dichas observaciones sus autores procuraran indicar las causas que ellos creen concurrir á efectos raros. Por exemplo : Malovin (*Histoire de l' academie royal des sciences : annèe* 1751 : *Paris*, 1755, *p.* 137.) en su historia ú observacion de las enfermedades epidémicas de Paris , en el año de 1751 , dice que muriéron diez y seis mil quatrocientas quarenta y quatro personas seglares, eclesiásticas y religiosas ; y este número de muertos es muy pequeño , é increible , si es cierto , como dicen los franceses , que Paris en el año de 1751 tenia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mas de seiscientos mil habitantes. Asimismo dice, que Diciembre fué el mes en que entró en los hospitales mayor número de enfermos, y que en Julio entró el menor número de ellos; y que en Mayo muriéron mas mugeres que en ningun otro mes del año. Todas estas observaciones generalmente son falsas. El mes de Marzo y el principio del otoño suelen ser comunmente funestos en muchísimos paises de Europa.

Las observaciones de Clarke se ponen con alguna confusion, y no sin algunos yerros de imprenta en la edicion de la siguiente obra: volumen 13: *Compendio delle transazioni filosofiche: notomia e fisica animale*: tomo 2. Venecia, 1795, 8: artíc. 8, p. 79. He procurado corregir los dichos yerros, y proponer con claridad los resultados de las observaciones en las siguientes reglas.

I. De diez y nueve mil setecientos ochenta y nueve partos, hubo uníparos diez y nueve mil quatrocientos cinqüenta y cinco: bíparos trescientos treinta y uno: tríparos tres. Corresponde un parto bíparo á cada sesenta partos; y un parto tríparo á cada sesenta y quatro mil quatrocientos ochenta y cinco partos.

II. De diez y nueve mil quatrocientas cinqüenta y cinco mugeres de parto uníparo, muriéron doscientas catorce: murió una por cada noventa y una mugeres de parto.

III. De las doscientas catorce mugeres de parto muertas, naciéron ciento setenta y seis varones, y ochenta y ocho hembras.

Es mas peligroso el nacimiento de los varones que el de las hembras.

IV. En los diez y nueve mil quatrocientos cinqüenta y cinco partos uníparos, hubo diez mil trescientos cinco varones, y nueve mil ciento cinqüenta hembras: por cada diez y siete varones naciéron quince hembras.

V. Naciéron muertos dos mil novecientos tres infantes en los diez y nueve mil quatrocientos cinqüenta y cinco partos: corresponden dos infantes muertos á cada trece partos.

VI. De los dos mil novecientos y tres infantes nacidos muertos, eran varones mil seiscientos cinqüenta y seis, y hembras mil doscientas quarenta y siete: una quarta parte mas de varones que de hembras nació muerta.

El número de niños nacidos muertos es al número total de niños como uno á poco ménos que seis; y el número de niñas nacidas muertas es al número total de niñas como uno á poco ménos que ocho: luégo en cada seis partos de niñas nació muerta una de estas. Esta observacion sexta confirma la verdad de la observacion tercera; mas madres é hijos perecen en el parto de estos, que madres é hijas en el parto de estas.

VII. En los diez mil trescientos quarenta y cinco partos de niños, naciéron seiscientos dos en estado de morir, pues ninguno de ellos llegó á vivir diez y siete dias.

En cada diez y siete partos de niños nació uno de estos en estado de morir. En los nueve mil ciento y cinqüenta partos de niñas, naciéron trescientas cinqüenta y una de estas en estado de morir. En cada veinte y seis partos de niñas, nació una de estas en estado de morir. Esta observacion VII conviene con las observaciones III y VI.

VIII. Sumando los infantes nacidos muertos, y los que naciéron en estado de morir, resultará la suma de tres mil ochocientos cinqüenta y seis. Segun

esta suma se infiere, que de los diez y nueve mil quatrocientos cinqüenta y cinco partos uníparos, casi una quinta parte habia perecido en los diez y siete dias despues del parto.

IX. En los trescientos treinta y un partos bíparos muriéron quince mugeres; esto es, murió una muger por cada veinte y dos partos bíparos.

X. En los dichos partos bíparos naciéron muertos veinte y nueve varones, y muertas veinte hembras; esto es, naciéron diez y siete varones por cada diez y seis hembras.

XI. En los dichos partos bíparos naciéron muertos veinte y nueve varones, y muertas veinte hembras; esto es, por cada quarenta y siete gemelos naciéron quatro muertos, y por cada sesenta y quatro gemelas naciéron quatro muertas: esta observacion conviene con la observacion III.

XII. De trescientos y trece gemelos que naciéron vivos, ciento diez y seis de ellos muriéron prontamente, y de trescientas gemelas que naciéron vivas, noventa y dos de ellas muriéron prontamente.

Se infiere que de los gemelos nacidos murió prontamente mas de la tercera parte; y que de las gemelas nacidas vivas murió prontamente poco ménos que la tercera parte.

Estas observaciones de los partos bíparos hacen conocer que estos son funestísimos á los gemelos y á sus madres; y substancialmente convienen con las de los partos uníparos.

Ademas de las observaciones, de que he inferido los resultados propuestos, Clarke hizo las siguientes sobre el peso de los recien-nacidos, y sobre la medida ó grandeza de sus cabezas.

Sesenta recien-nacidos pesados.	*Libras que pesan cada varon y hembra.*	*Sesenta recien-nacidas pesadas.*
0	4	2.
2	5	9.
6	6	14.
32	7	25.
16	8	8.
3	9	2.
1	10	0.

Los sesenta recien-nacidos pesáron quatrocientas treinta y cinco libras; y las sesenta recien-nacidas pesáron trescientas noventa y quatro libras: cada libra es de diez y seis onzas.

El peso medio de los recien-nacidos, ó de uno con otro, fué de siete libras y quatro onzas.

El peso medio de las hembras fué de seis libras y nueve onzas.

De los sesenta varones los cinqüenta y quatro pesáron desde seis hasta ocho libras inclusivamente: parece que estos pesos sean los mas comunes en los varones.

De las sesenta hembras las cinqüenta y seis pesáron desde cinco hasta ocho libras inclusivamente: parece que estos pesos sean los mas comunes en las hembras.

El peso de quatro libras es raro en los infantes de partos uníparos; y parece indicar que estos nacen poco sanos, ó ántes de tiempo. En doce partos bíparos se halló, que el menor peso de dos gemelos fué de ocho libras y media, y el mayor peso de trece libras.

La medida de la cabeza de los recien-nacidos, se hizo de dos maneras: una fué midiendo la circunfe-

rencia ó redondez de la cabeza por el cogote y la frente ; y se halló , que en los varones la medida media , ó de uno con otro, era de catorce pulgadas ; y en las hembras era de trece pulgadas y cinco octavas partes de pulgada.

La segunda medida de la cabeza se hizo desde una oreja á otra , pasando por encima de la cabeza, y se halló , que en los varones la medida media era de siete pulgadas y dos octavas partes de pulgada ; y en las hembras era de siete pulgadas y dos nonas partes de pulgada.

Clarke no midió la altura de los recien-nacidos, la qual , segun Roederer (véase la memoria de este, intitulada : *de pondere et longitudine infantium recens natorum*, publicada el año de 1793 entre las memorias de la Real sociedad de Gotingen), en algunos varones se halló de veinte pulgadas , y casi una quinta parte de pulgada ; y en algunas hembras se halló de casi veinte pulgadas.

Estas observaciones sobre el peso y la medida de los infantes recien-nacidos , son bastante exâctas : se advierte poca exâctitud en algunas obras , que á estos dan mucho mayor peso que el hallado en dichas observaciones , en las que la libra se supone de diez y seis onzas , y en las observaciones de los autores italianos se supone de doce onzas.

Segun las observaciones de Clarke , en Dublin el parto bíparo es mas freqüente que en otras partes de Europa; y consiguientemente serán freqüentes las desgracias de la muerte de los gemelos y de sus madres. Asimismo en Dublin es funestísima la mortalidad de los recien-nacidos. Los resultados de los cálculos de Clarke y de Tenon hacen conocer , que los hospitales no son tan útiles como se debia desear , ó porque falta la caridad en los superiores y sirvientes de ellos, ó

ó porque la muchedumbre de enfermos y de mugeres de parto perjudica al buen órden. Los superiores de los hospitales no debian ser mercenarios , sino personas que por caridad voluntariamente se encargasen de su direccion y administracion. Mil enfermos en diez hospitales causan doble gasto que mil enfermos en un hospital solo ; mas en este perecen muchos mas enfermos : la humanidad , y mucho mas la caridad, dictan que el ahorro de gastos no se debe hacer con perjuicio de la vida humana.

Nacen constantemente mas varones que hembras; por tanto deben morir mas varones que hembras. Estas en los demas accidentes son ménos desgraciadas que los varones , pues de estos nacen mas muertos , y mayor número en estado de morir ; y el nacimiento de varones es mas funesto que el de las hembras á sus respectivas madres. El primer periodo de vida en los varones es mas funesto que en las hembras. La causa de esta diferencia de funestos efectos ¿ es substancial ó accidental ? Si es accidental , ¿ por qué no se observa bien , y no se impide por la buena providencia ? Si es substancial , ¿ por qué la anatomía, hasta ahora silenciosa , no lo ha declarado ?

Si en los varones el peso total y la cabeza son mayores que en las hembras , se descubre alguna causa de las desgracias mas freqüentes en el nacimiento de los varones , que en el de las hembras. Mas se ignora si los miembros de estas son mas ó ménos capaces de compresion que los de los varones ; y no pocas veces sucede que la preñez de los varones no incomoda tanto como la de las hembras.

Paso á dar breve noticia de otras observaciones publicadas en el volumen 14 del citado compendio de las transacciones filosóficas. En este volumen , impreso en Venecia en el año de 1796 , se contiene el to-

tomo ó parte 1ª de la medicina y cirugía, y los cinco artículos primeros de la seccion 1ª se dedican tambien á la vitalidad humana, poniéndose observaciones hechas en tan pocos paises, y por tan poco tiempo, que poca luz pueden dar para establecer reglas generales sobre la mortalidad de los hombres. En el artículo 1º se leen las observaciones de White en la ciudad de York por siete años, en los que naciéron casi tantas hembras como varones, y muriéron diez y ocho mugeres por cada diez y seis hombres. Estas observaciones contradicen á lo que generalmente se experimenta en Europa: quizá se hiciéron con poca exâctitud, ó dependen de causas accidentales. Observó asimismo White, que en los tres meses primeros del año muriéron novecientas diez y ocho personas: ochocientas y diez personas en los tres meses siguientes: seiscientas ochenta y dos personas en Julio, Agosto y Setiembre, y setecientas cinqüenta y nueve personas en los tres meses últimos del año. Heberden observó (como se lee en el artículo 3º de dicha seccion) que en la isla de la Madera, en ocho años, contados desde el de 1759, muriéron trescientas y nueve personas en los tres meses primeros del año: trescientas treinta y tres personas en los tres meses siguientes: trescientas quarenta y ocho personas en los tres meses de verano; y doscientas ochenta y dos personas en los tres meses últimos del año. El verano es el tiempo mas sano en York, y el ménos sano en la isla de la Madera. En esta por cada veinte varones naciéron diez y nueve hembras en el espacio de ocho años.

En el artículo 2º de dicha seccion se ponen algunas observaciones de Tomas Percival, segun las quales el número de viudos es casi doblado del número de viudas; mas en el artículo 5º se leen las reflexiones del médico Pinel, que dice: "En Breslaw mu-

»riéron en ocho años mil ochocientos noventa y un »casados, y mil ciento noventa y seis casadas: en »Pomerania en nueve años muriéron quince casados »por cada once casadas; y en Escocia muriéron treinta y dos casados por cada doce casadas." Si, segun Percival, el número de viudos es mayor que el de viudas, deben morir mas casadas que casados; y esto no sucede, repite Pinel, diciendo que mueren mas viudas que viudos; y así en Dresde, en quatro años, muriéron quinientas ochenta y quatro viudas, y ciento quarenta y nueve viudos: en Gota muriéron setecientas y sesenta viudas, y doscientos y diez viudos: en Pomerania, en nueve años, de personas del campo muriéron mil quinientas cinqüenta y tres viudas, y quatrocientos once viudos. Pinel añade, que viven mas las casadas que las solteras; mas esto es falsísimo, porque las monjas viven mas que las casadas, aunque comunmente se suelen casar las mugeres mas sanas. Muchos mas viudos que viudas pasan á segundo matrimonio; por lo que debe haber mas viudas que viudos.

En el volumen 15 del citado compendio de las transacciones filosóficas se contiene el tomo ó parte 2ª de la medicina y cirugía, y se ponen nuevas observaciones sobre la vitalidad humana, en el artículo 12 de la seccion 3ª, recogidas por Roberto Bland, profesor del arte obstetricia. Bland propone sobre la mortalidad humana, hasta la edad de veinte y seis años, algunas observaciones que nada añaden á las que ántes se han puesto; y sobre los partos, infiere de los registros de ellos en el departamento de Westminster, que de mil ochocientas noventa y siete mugeres de parto, una en cada treinta de ellos tuvo parto dificultoso; una en cada ciento y cinco partos

le tuvo revesado, presentándose la criatura por los pies; una en cada cinqüenta y dos partos le tuvo revesado, presentándose por las nalgas; y una en cada doscientos treinta y seis partos le tuvo revesado, presentándose con un brazo, en cuyo caso convino revolverla. Nueve mugeres en el parto padeciéron hemorroide uterina (esto es, una por cada doscientas y diez mugeres), y solamente muriéron tres de ellas. De las mil ochocientas noventa y siete mugeres, las mil setecientas noventa y dos no padeciéron accidente extraordinario, ó desgracia alguna. En los mil ochocientos noventa y siete partos, por cada quarenta y seis varones naciéron quarenta y cinco hembras: una muger por cada ochenta mugeres tuvo parto bíparo; y una sola entre mil ochocientas noventa y siete tuvo parto tríparo, en el que naciéron tres hembras. De mil ochocientos noventa y siete nacidos solamente ocho naciéron con pequeña ó grande deformidad; y uno de estos ocho tenia dos cabezas y quatro brazos; mas esta deformidad tan grande muchas veces no se halla en un millon, ni aun en dos millones de partos.

De mil trescientas ochenta y nueve mugeres naciéron dos mil setecientos quarenta y siete varones, y dos mil seiscientas setenta y dos hembras (treinta y seis varones por cada treinta y cinco hembras), y de ellas ciento y dos tuviéron nueve hijos; mas una sola de las nueve crió todos los nueve hijos: trescientas y veinte y una mugeres tuviéron seis hijos; y solamente diez y nueve de ellas criáron todos los seis hijos.

Despues de estas observaciones se pone la de la mortalidad de cinco mil y quatrocientos recien-nacidos hasta la edad de veinte y seis años, en la que quedáron solamente tres décimas partes de ellos; esto es, muriéron tres mil setecientos y ochenta, y sobrevi-

viviéron mil seiscientos y veinte.

Ultimamente se pone el cálculo de la vitalidad de tres mil doscientas treinta y seis personas casadas, y habitantes de Lóndres; de las que una quarta parte sola (esto es, ochocientas veinte y quatro personas) habia nacido en Lóndres, y las demas eran forasteras, y se observan algunas particularidades sobre estas personas; mas las observaciones carecen de muchas circunstancias, cuya noticia se necesita para dar reglas probables en los cálculos de la mortalidad humana.

Para que al presente discurso de la vitalidad humana nada faltase de las observaciones y cálculos hasta ahora publicados sobre ella, he añadido en este apéndice las noticias expuestas que se leen en los citados volúmenes de las transacciones filosóficas. Algunas de estas noticias quizá no serán muy exâctas ni aplicables para establecer reglas generales; mas otras podrán ilustrar las que ántes se han establecido. Muchas nuevas observaciones, y noticia de particulares circunstancias se necesitan saber para perfeccionar de tal modo los cálculos de la vitalidad humana, que se puedan adoptar por ciertos y universales sus resultados, y se llegue á conocer la calidad del remedio que se puede y debe poner para impedir la gran mortandad que comunmente se experimenta por tres motivos; de los que uno es el moral de las malas costumbres; el segundo es el civil de la pobreza grande y universal de los individuos de una nacion, y de la falta de acertadas providencias en los que la gobiernan; y el último es el físico de la ignorancia de la física útil.

Los dos motivos primeros dependen única é inmediatamente del gobierno público, que tiene no poco influxo sobre el motivo tercero. Muchos males de

este ha precavido, y aun remediado el estudio de la física moderna. La inoculacion de las viruelas, el régimen refrescativo en las calenturas, el uso de los antisécticos ó antipútridos, y de la dieta en las enfermedades, la introduccion de ayre nuevo en las habitaciones, &c. han hecho gran guerra á las causas de la mortalidad humana. La misma guerra han hecho la poblacion de los campos, la disminucion de las poblaciones grandes (en las que crecen, se anidan y se reconcentran todos los males físicos, civiles y morales), la anchura y limpieza de las calles y casas, los pavimentos y empedrados que impidan la mala evaporacion terrestre, la multiplicacion de casas de huérfanos y de hospitales no grandes, las arboledas con que se purifica el ayre, el uso de alimentos simples y sanos, la observacion y el destierro de las causas mas comunes de los abortos, de la gran mortalidad de infantes en los dos años primeros de su vida, y de la pérdida de robustez, y aun la sanidad en los jóvenes que por sus vicios contraen perpetuos achaques, y por herencia los dexan á sus hijos.

La destruccion de todo lo que aumenta la mortalidad de los hombres, y hace miserable su vida, no se logrará jamas sin destruir sus causas totales, que son la moral en órden á las malas costumbres, la civil en órden á la pobreza y gobierno poco acertado, y la física en órden á no aprovecharse de las luces que da la buena física. Las buenas costumbres son medio esencialmente necesario para lograr toda especie de felicidad; por tanto, la razon pide y manda que se establezca un tribunal, el primero y mas venerable de una nacion, el qual cuide de la educacion de la niñez y de la juventud en toda ella, obligando á que esta educacion se dé ó costee por los padres que la puedan dar ó costear, y á que la tengan los huérfanos,

nos, y todos los que no la puedan tener sin providencia del gobierno público, que es padre de toda la nacion.

El mayor manantial de la pobreza se secará con el cuidado de la buena educacion. Hay tambien otros manantiales, que provienen del número grande de artesanos, del luxo, de la multitud de criados, y de animales domésticos inútiles, de la institucion de mayorazgos, vínculos, &c. y todos estos manantiales se deben cegar, y al mismo tiempo se deben abrir los de las obras espirituales y corporales de misericordia, con fundaciones respectivas que se administren por personas no asalariadas, sino caritativas no pagadas, que jamas faltan, y son las únicas que pueden corresponder al fin de las dichas fundaciones. Las naciones católicas tienen en los religiosos muchas personas que por sola caridad cuiden de lo espiritual y temporal de toda clase de fundaciones piadosas. El gobierno público debe aprovecharse del útil servicio de estas personas religiosas, sin excluir las buenas seglares que quieran emplearse en él. Multiplíquense las fundaciones piadosas segun la necesidad; porque á la multiplicacion corresponderá necesariamente la felicidad total de la nacion; y todos los bienes de esta, por razon y religion, tienen el peso y obligacion de mantener tales fundaciones. Casas grandes para enfermos, para educacion, y generalmente para casi toda clase de obras piadosas, no convienen: las medianas son las mas útiles, aunque el gasto deba ser mayor, porque se gobiernan con mejor órden y efecto, y llaman mas é interesan el amor y la atencion de las respectivas parroquias y gremios para que se destinan, ó á que pertenecen.

Las luces grandes y utilísimas que la medicina y la física pueden dar para impedir los asaltos evitables

bles de la mortalidad humana, promoviendo los medios é industrias ántes indicadas, se lograrán solamente quando se establezcan juntas de personas instruidas y caritativas, que tengan por fin la observacion y aplicacion de las ciencias físicas á la mayor sanidad y robustez de toda clase de individuos de la nacion. Las personas eclesiásticas, y mucho mas las religiosas, casi por necesidad de su estado deben estudiar filosofía, de la que es ramo la física: la estudian, ó deben estudiar por título ó motivo de buena educacion civil, los niños ó jóvenes de las familias acomodadas. En estas clases se encontrarán siempre personas instruidas y caritativas, que compongan las dichas juntas, y sin mas interes que el de servir á Dios, y de ser útiles al próximo, satisfagan al fin santo de ellas.

Estas máximas, que el lector habrá leido dispersas en otras partes de esta obra, no inútilmente se repiten aquí unidas, porque siendo esencialmente necesario llevarlas á efecto para que una nacion sea totalmente feliz, hasta que se efectuen, no inútil, sino convenientísima, provechosa y necesaria será siempre su repeticion; y siempre se insiste racionalmente sobre lo que no habiéndose hecho, hay obligacion de hacer.

§. V.

§. V.

Reflexiones sobre la breve duracion de la vida humana.

El hombre solo, visto á la luz de la experiencia y de la razon, se considera como una sombra, que está para desaparecer en el momento mismo en que aparece tener cuerpo. Su presencia se ve siempre con el temor de su momentánea desaparicion; porque la vista humana no descubre jamas los confines entre la vida y la muerte. ¿Quién es el que, teniendo su fortuna dependiente del sutilísimo hilo de la vida de otro hombre, no tiembla, y á cada momento teme la hora de su desgracia? ¿Quién es el que se atreve á contar seguramente, ni por un momento, con la fugitiva vida de ningun hombre en particular? Parece pues, que para computar la varia duracion de la vida humana, no debemos hacer caso de la vida de ningun hombre en particular; porque esta, en el cálculo de la vitalidad humana, si no es cero, no nos da alguna cantidad numérica de años que sea cierta ó segura. Para formar tal cómputo, debemos considerar á los hombres en su reunion ó multitud. Quando los hombres se hallan en esta, deslumbrados y aturdidos con la pompa y con el bullicio de su sociedad, miran como eterna su union social, en la que no saben estar sin pensar y querer obrar como inmortales. ¿Pero qué sólido y gran fundamento para estos pensamientos de inmortalidad les da la duracion de su vida? Consideremoslo en la vida media que conviene á los hombres en union. La vida media se considere no ya desde el momento en que á la luz pública se dexan ver los hom-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hombres, porque en él su vida apareceria fugitivo relámpago; sino desde el fin de su primer dia, desde el qual la vitalidad humana se propone por sus calculadores, como uno de los buenos puntos de su vista.

Varia es la duracion de la vida media que á los hombres dan desde el fin del primer año de su propia vida los calculadores de la vitalidad humana; mas entre la variedad de opiniones no se juzga la ménos improbable la de los que establecen la dicha duracion entre treinta y tres y treinta y cinco años. Supongo para las siguientes reflexiones la vida media de treinta y tres años, que se señala en la tabla III. Segun esta, á los siete años de edad en punto corresponde al hombre la duracion mayor de su vida media, que es de quarenta y dos años y tres meses. Esta es la edad mas favorable para los vitalicios, por lo que si se hubiera de señalar un vitalicio para mil infantes de siete años, se necesitaria dar mayor capital que para señalar el mismo vitalicio á mil personas en qualquiera otra edad. Mil infantes de siete años vivirian la suma de quarenta y dos mil doscientos y cinqüenta años (dando á cada infante la vida media de quarenta y dos años y tres meses); y mil jóvenes, en la edad de veinte y cinco años, vivirian la suma de treinta mil setecientos cinqüenta años; por tanto, distribuyéndose anualmente á los mil infantes un vitalicio de cien escudos, se necesitaria la suma de quatro millones doscientos veinte y cinco mil escudos; y para los mil jóvenes bastarian tres millones setenta y cinco mil. Por la misma razon, en un vitalicio semejante para mil recien-nacidos (cuya vida media es de treinta y tres años) se gastarian tres millones trescientos mil escudos; y esta suma corresponderia solamente para vitalicio de setecientos ochenta y un infan-

fantes de siete años. Este cómputo, que para arreglar los vitalicios se forma en virtud de la duracion de la vida media, correspondiente á los hombres en cada año de su vida propia, puede servir para inferir la cantidad de tributos personales que una ciudad ó provincia, atendido el número de sus habitantes, y su edad, pueda dar en uno ó mas años. Asimismo puede servir para inferir el número de años que los hombres pueden ser útiles para la agricultura, las artes, y el servicio militar.

El conocimiento de la duracion de la vida humana sirve tambien para inferir el número de sus habitantes, constando del número de sus muertos ó nacidos. Por exemplo, en Paris al principio del siglo, morian anualmente veinte y cinco mil personas; y porque en Paris la vida media es de veinte y quatro años, multiplicando por veinte y quatro el número de los muertos, resultará el número de habitantes, que es de seiscientos mil. En Lóndres morian anualmente treinta mil personas, cuyo número multiplicado por veinte y quatro, dará el número de sus habitantes; esto es, de siete millones y doscientos mil. En esta ciudad de Roma, la vida media no suele pasar de veinte y cinco años; mas porque en algunas parroquias llega á ser de treinta y cinco y mas años, se infiere, que en otras no será de veinte años. Por exemplo, en la parroquia de Santa María *In-via-lata* (en que está el colegio romano en que viví) colocada en el centro de Roma, he observado, que por ochenta años de cada treinta y seis personas apénas ha muerto una. La sanidad del sitio de la dicha parroquia (1) se debe atribuir á la mul-

(1) Muchos tratados se han escrito sobre la atmósfe-

multitud de las personas que le habitan. En las poblaciones medianas, en que la vida media suele ser de treinta y dos años, por este número se de-

---

ra pestilencial de la campaña de Roma, y sobre el modo de poblarla. Cinco años ha que se publicó uno, y el esclarecido Monseñor Cacciapiatti en un discurso académico, que despues de comer en su palacio haciamos los convidados, me empeñó á dar mi parecer por escrito sobre este asunto. Lo hice tan prontamente, que se lo envié al dia siguiente, y la substancia del discurso reduciré á estas breves expresiones; los sitios mas sanos de Roma son hoy aquellos que serian los mas enfermos si estuvieran despoblados. Esta proposicion es evidente para los que tengan conocimiento práctico de Roma, y observen la mortandad varia de diversos barrios suyos. La sanidad de tales sitios, enfermos por su física constitucion, proviene de la muchedumbre de poblacion; porque tales sitios son los mas poblados. De estas observaciones ciertas se infiere, que para poblar la campaña de Roma no basta poblarla, sino que es necesario unir ó apiñar las casas de cada aldea ó villa, que se fabriquen, quanto sea posible, para que se forme con la poblacion un cuerpo de atmósfera sana. Convendria plantear la poblacion de modo, que se uniesen el humo de todas las chimeneas, los hálitos de los vivientes, &c. para purificar la atmósfera de la poblacion, baxo de la qual deben dormir todos los habitantes en los meses críticos, quales son los de verano. Si por exemplo, en Aranjuez, de cuya nociva atmósfera oí hablar muchas veces en Madrid, estuvieran unidas en quadrado ó círculo todas sus casas habitadas, su atmósfera seria sana en verano. Las casas habitadas, que estan dispersas, no causan alteracion en la atmósfera; pero la causan grande las que estan unidas con buena proporcion.

debe multiplicar el de sus muertos, para inferir el de sus habitadores. La vida media de los que habitan en campos de atmósfera sana, suele ser de treinta y nueve y de quarenta años, por lo que las naciones en que hay mejor número de gente campesina, son las que mas crecen en poblacion. Despues de esta gente, los que mas viven son los artesanos (hablo de las personas seglares), por lo que el gobierno público con gran zelo debe cuidar de esta clase de personas expuestas al vicio enmedio de la poblacion, haciendo que los hijos é hijas miserables por horfandad ó pobreza, se crien en conservatorios, ó se instruyan gratuitamente en escuelas de artes mecánicas.

Lo que se ha dicho de los cálculos de muertos y habitadores de una poblacion, conviene á los que se puedan hacer sobre una nacion, de cuya vitalidad se tengan observaciones exáctas. Por exemplo, siendo de treinta y tres años la vida media de los hombres, en este periodo de años deben morir tantas personas quantas tenga la nacion; por lo que, siendo de diez millones de almas las respectivas poblaciones de España é Italia (comprehendo sus islas adyacentes), se inferirá, que en una y otra mueren cada año trescientas tres mil y treinta personas: cada dia ochocientas treinta, y cada dos horas mueren sesenta y nueve. Segun el mismo cálculo, suponiendo que casi mil y quarenta millones de personas pueblan siempre el orbe terrestre, se inferirá, que mueren en cada minuto sesenta personas; cada hora tres mil seiscientas: cada dia ochenta y seis mil quatrocientas; y cada año treinta y un millones y medio y trescientas mil personas. Quizá este mismo número de personas nace en los treinta y tres años. Si desde el dia de hoy no nacieran mas per-

sonas, despues de setenta años, en el mundo habria solamente cinco millones de viejos.

En los cómputos hechos se podrá decir, que *lusimus in numeris, sed non illusimus orbi.* Los he formado en la suposicion de la vida media de treinta y tres años, que corresponde al hombre al fin del primer año de su vida propia. En el dia en que nacen los hombres, perece casi una quarentésima parte de ellos, como se observó ántes: ¿qué es pues la vida media de los hombres, computada desde el momento en que aparecen á la luz pública? Segun la tabla III. es de ocho años: segun la tabla IV. es de quatro años y once meses: segun la V. es de seis años y dos meses; y segun la tabla VI. es de cinco años y once meses. Distribuyamos la vida media entre todos los que á ella tienen derecho, esto es, entre todos los concebidos, de los que casi la quarta parte perece en los abortos. He aquí, que con esta nueva distribucion, la vida media de los hombres se hace verdaderamente efímera.

Pero aunque supongamos la vida media de los hombres afortunados, concediéndoles treinta y tres años á cada uno de ellos, no pocos de estos le deberemos quitar, porque en ellos viven los hombres como muertos, racional ó corporalmente: *exigua est pars vitæ, quam vivimus*; decia con razon Séneca (1). La duracion de treinta y tres años es larguísima respecto del tiempo que verdaderamente viven los hombres. Con toda razon se deben quitar de la vida del hombre el tiempo de su infancia, y el de su edad decrépita; porque en estos tiempos vive como las bestias, sin conocer aun que vive. Tambien

(1) Séneca: *de brevitate vitæ*, cap. 2.

bien se debe quitar el espacio de once años, que por lo ménos roba el sueño, en el que el hombre solamente se distingue de los muertos en la respiracion. El tiempo de la enfermedad no se debe llamar vida, pues que lo es de su martirio. El hombre en sus enfermedades graves tendria por favor y gracia de la naturaleza, que su vida se eclipsase miéntras ellas durasen. Tampoco se deberá llamar vida el tiempo de las pesadumbres, congojas y aflicciones, que suceden freqüentemente, y llenan de amargura todo placer. Los hombres sensuales llamarán vida el tiempo que pasan desahogando y apacentando sus sentidos; pero en esta vida se confunden perfectamente con las bestias. Breve y brevísima es en sí, y no solamente á la vista de la razon, la representacion que en el gran templo de la naturaleza, valle de miserias, y teatro de desengaños, hacemos los hombres de esclavos y dueños, de criados y amos, de súbditos y de superiores, de pobres y ricos, de infelices y afortunados. No obstante esta brevedad de vida, los hombres viven como si no hubieran de morir, y siempre piensan en estender los límites al desahogo de sus pasiones, como si hubiera de ser eterno su imperio. Su engaño y preocupacion sobre la brevedad de su vida son tales, que ellos, olvidándose de lo fugitivo de sus años pasados, se ocupan en buscar medios para pasar ménos enfadosamente el tiempo que les parece largo y pesado: procuran que se deslice presto, y buscan y ponen espuelas al ligerísimo y alado genio que le conduce, para que volando con mayor velocidad, los ponga luego en el término de la vida, que es la muerte.

Mas si considerada la brevedad de la vida, causa admiracion el ver la conducta de los hombres que viven como si fuesen inmortales, ¿qué admiracion no

no deberá causar el ver, que no obstante el demasiado apego que tienen al vivir, unos con sus vicios se cortan su vida tan breve; y otros temerariamente se la quitan? La vida se aprecia racionalmente, como el don temporal mas precioso, que de la mano de Dios recibe el hombre: sin ella son vanos todos los bienes del mundo, y con ella se hacen sufribles las desgracias. No obstante ser la vida el mayor bien temporal, el qual locamente por muchos se aprecia mas que es debido, se ve que estos mismos con sus vicios acortan su duracion. Se ve mas: se ve lo que no sin horror de la naturaleza se puede referir: se ve que muchos hombres se hacen verdugos de sí mismos. Esta es la nueva filosofia, que en el siglo presente nos enseñan los sabios que habitan las tierras boreales de Europa. La naturaleza en las bestias no perdona esfuerzo alguno para conservar su vida, aunque carecen de conocimiento para apreciarla; y los hombres que conocen el bien de la vida, y que tal vez la miran como el mayor bien, no contentos con no procurar su conservacion, se la quitan. ¿No es esto obrar contra la misma naturaleza? ¿No es hacerse los hombres mas indignos de la vida que lo son las bestias? Entre estos hombres el suicidio es una opinion; y el horror que la naturaleza tiene á su destruccion y aniquilamiento es una preocupacion; y es supersticiosa la religion que prohibe el fiero atentado de matarse á sí mismo. Si no se viera practicar esta doctrina, ¿se creería posible que un viviente fuese suicida? Si algun vicio fuera creible en el hombre, seria el de inmortalizar su vida: este vicio se ha visto en algunos, en los que si su deseo es poco racional, merece á lo ménos excusa, por nacer de la inclinacion natural á conservar la vida; mas el vicio de

de destruirse y aniquilarse, parece increible, si no se viese y experimentase: él es no solamente contra la razon, sino tambien contra el instinto y precepto de la naturaleza, á los que no faltan las bestias. Digamos, que si la razon es una sola, y siempre una misma, ella no se halla tal vez en los que se llaman racionales; pues que estos, por el apego que comunmente muestran á su vida, cometen frequentemente injusticias é infamias, sin término ni medida alguna; y al mismo tiempo, por un bocado de manjar nocivo, por un deleite momentáneo, por una palabra de desafio, pronunciada pueril é impetuosamente, y por otras cosas semejantes, venden sus vidas. Sus vidas venden por el precio mas vil á aquellos que, por no sufrir la mas leve incomodidad corporal, sacrifican tesoros y personas en la sociedad civil, en que por sus riquezas gozan de alguna representacion.

§. VI.

Algunas personas á quienes la muerte ha respetado.

En este discurso en que se ha tratado de la varia duracion de la vida humana ántes y despues del diluvio, debe tener lugar la historia de algunas personas respetadas por la muerte. Entre estas, la primera y mas antigua de que se ofrece tratar, es el patriarca Enoch, que nació en el año 622 de la creacion del mundo: en el 997 engendró á Matusalem abuelo de Noe; y en el 987 desapareció de la vista de los hombres por disposicion divina (1). Es-

(1) Génes. 5. 24.

Este gran patriarca, de que las historias sagradas y profanas (1) hacen mencion honorífica, fué trasladado de este mundo, como dice el santo apóstol Pablo, para que no gustase las amarguras de la muerte. El Señor le robó de la tierra, y segun la comun opinion de los padres de la iglesia, le tiene depositado (ignoramos el lugar del depósito) hasta el fin del mundo. Convienen en esto la creencia de los católicos, y la tradicion y opinion de los hebreos. Convienen tambien estos con los christianos en creer, que el profeta Elias, arrebatado divinamente, y desaparecido repentinamente á la vista humana, está depositado como Enoch, hasta el fin de los siglos, en que aparecerá á los hombres como gran profeta del Altísimo, oponiéndose á la predicacion del Antichristo.

Fundamentos gravísimos alegan muchos autores para probar que el Santo Evangelista Juan está tambien depositado como Enoch y Elias hasta el fin del mundo. De las santas escrituras nos consta, que el Divino Redentor dixo á sus discípulos: "que algu-»nos de ellos (2) no moririan hasta que le viesen venir »juez de vivos y muertos." Asimismo, de las dichas escrituras consta, que el ángel del Señor dixo á Juan (3): "que convendria que otra vez volviese á »predicar á las gentes, á los pueblos, á las naciones, »y á muchos reyes." Esta profecía intimada al santo en su vejez, no se verificó en el poco tiempo que vi-

(1) Véase el diccionario biblico de Calmet, al artículo *Enoch*.

(2) Matth. 16. 28. Véase tambien en San Juan, cap. 21. v. 22.

(3) Apocalips. San Juan, cap. 10, v. 11.

vivió retirado y visible entre los hombres. Segun varios escritores antiguos (1), el santo en su avanzada vejez entró en el sepulcro á vista de sus discípulos en Efeso, y luego desapareció; por lo que el señalarse su sepulcro en Efeso, no da fundamento grave para afirmar su muerte; ni tampoco lo es el grande y continuo milagro del maná, que por muchos años salió de dicho sepulcro por disposicion del Señor que quiso honrarlo. De este maná que San Efren Teopolitano (2) llama unguento sagrado, hablan los santos Agustin, Gregorio Turonense, Pedro Damiano, y otros.

La historia profana, que deberá llamarse moderna por no ser anterior al siglo XIII, hace mencion de un personage fabuloso, llamado Judio Errante, que se dice ser el portero de Poncio Pilato, aun viviente, esperando la venida del Divino Salvador para

(1) *S. Hilarii Pictaviensis opera studio monachor. S. Bened.* Paris, 1693. fol. El santo en el libro 6 *de Trinitate*: col. 905. indica la opinion de que San Juan no moriria. *S. Joan. Damasceni opera gr. ac lat. edente Jac. Bullio.* Paris, 1577. fol. El Santo en la oracion de la transfiguracion del Señor, p. 360. dice; que algunos excelentes varones han juzgado que no moriria San Juan. *Sancti G. F. Gregorii episcopi turonensis opera studio Theodori Ruinart monachi benedict.* Lutetiæ Paris. 1699. fol. El Santo en el libro 1. de *gloria martyrum*, cap. 30. col. 753. habla del maná que aun en su tiempo salia del sepulcro de San Juan, que en él se habia entrado vivo. Véase San Agustin: *tract. 124. in S. Joannem.*

(2) *Photii myriobiblon, sive bibliotheca gr. ac lat. edente Andrea Schotto, Soc. J.* Coloniæ Agrip. 1611. fol. En el códice 229. col. 799.

ra juzgar el género humano. El autor mas antiguo, que entre los europeos ha dexado registrada esta fábula, me parece ser el monge Mateo Paris (1), el qual refiere, que en el año de 1228 (en que él vivia) habia estado en Inglaterra un arzobispo armenio, que conocia dicho judio. Mateo Paris dice, que en Inglaterra preguntáron al arzobispo si le conocia; y en la pregunta se indica, que ántes de la llegada del arzobispo, se tenia noticia del Judio Errante. Esta noticia se esparció por los mahometanos, pues hallo (2), que entre sus romances sagrados se habla de un viejo, que se dexó ver, y vivia en tiempo del Divino Salvador. La fábula de este viejo, fundada en la historia de Elias, se aplicó á uno que vivia en tiempo de Jesuchristo, y este fingido personage despues se ha convertido en el Judio Errante, cuyo nombre, para engañar al ignorante y crédulo vulgo, han tomado algunos charlatanes, que entendian algunas lenguas orientales, y tenido algunas noticias de la historia antigua. Este me parece ser claramente el orígen y la historia del fingido Judio Errante, cuya fábula (3) por ser conocida como tal, no merece que se haga alguna impugnacion de ella.

CA-

(1) *Matthæi Paris monachi albanensis, historia major.* Londini, 1640. fol. *In Henricum III.* anno 1228. p. 352.

(2) *Bibliotheque orientale, par Mr. Herbelot.* Paris, 1697. fol. al artículo *Zerib. Bar Elia*, p. 532.

(3) *Histoire de la religion des juifs par Mr. Basnage.* Rotterdam. 1707. 8. vol. 5. En el volumen V. lib. 7. cap. 19. p. 1834. se trata largamente de la fábula del Judio Errante.

CAPITULO X.

Espíritu del hombre.

Se ha considerado el hombre desde su concepcion hasta su muerte, término de su vida corporal; mas no por esto se ha dado fin á la historia de la vida del hombre, en quien con la muerte llamada corporal, nada muere físicamente, sino solamente se separan lo material de lo espiritual, y lo insensible del principio siempre vital de su vida inmortal. De este principio se debe tratar, como del ente que ennoblece la naturaleza humana, y la hace no solamente vegetable, como son las plantas, y sensitiva y conoscitiva, como son los animales, sino tambien discursiva y perfectamente racional, como no es ninguna otra naturaleza sensible. El tiempo mas oportuno para tratar de tan noble principio, que es el espíritu humano, es aquel en que él se separa del cuerpo, ó sucede la separacion que llamamos muerte corporal del hombre, porque se desunen las dos partes, esto es, espíritu y cuerpo que lo componian. La naturaleza de un compuesto, nunca se conoce mejor que quando se resuelve en las partes que lo componian: entónces cada una de ellas aparece á la vista perspicaz y contemplativa del filósofo en su mayor simplicidad. Qué sea físicamente el hombre, lo dicen y declaran mejor que la filosofía, la práctica idea y conocimiento experimental que cada hombre tiene de sí mismo. El experimenta que vegeta y siente como los animales, percibe como ellos, y entiende y razona como ninguno de ellos sobre toda especie de objetos. Reconoce en sí efectos comunes á los de los animales, y efectos esen-

ra juzgar el género humano. El autor mas antiguo, que entre los europeos ha dexado registrada esta fábula, me parece ser el monge Mateo Paris (1), el qual refiere, que en el año de 1228 (en que él vivia) habia estado en Inglaterra un arzobispo armenio, que conocia dicho judio. Mateo Paris dice, que en Inglaterra preguntáron al arzobispo si le conocia; y en la pregunta se indica, que ántes de la llegada del arzobispo, se tenia noticia del Judio Errante. Esta noticia se esparció por los mahometanos, pues hallo (2), que entre sus romances sagrados se habla de un viejo, que se dexó ver, y vivia en tiempo del Divino Salvador. La fábula de este viejo, fundada en la historia de Elias, se aplicó á uno que vivia en tiempo de Jesuchristo, y este fingido personage despues se ha convertido en el Judio Errante, cuyo nombre, para engañar al ignorante y crédulo vulgo, han tomado algunos charlatanes, que entendian algunas lenguas orientales, y tenido algunas noticias de la historia antigua. Este me parece ser claramente el orígen y la historia del fingido Judio Errante, cuya fábula (3) por ser conocida como tal, no merece que se haga alguna impugnacion de ella.

CA-

(1) *Matthæi Paris monachi albanensis, historia major.* Londini, 1640. fol. *In Henricum III.* anno 1228. p. 352.

(2) *Bibliotheque orientale, par Mr. Herbelot.* Paris, 1697. fol. al artículo *Zerib. Bar Elia*, p. 532.

(3) *Histoire de la religion des juifs par Mr. Basnage.* Rotterdam. 1707. 8. vol. 5. En el volumen V. lib. 7. cap. 19. p. 1834. se trata largamente de la fábula del Judio Errante.

CAPITULO X.

Espíritu del hombre.

Se ha considerado el hombre desde su concepcion hasta su muerte, término de su vida corporal; mas no por esto se ha dado fin á la historia de la vida del hombre, en quien con la muerte llamada corporal, nada muere físicamente, sino solamente se separan lo material de lo espiritual, y lo insensible del principio siempre vital de su vida inmortal. De este principio se debe tratar, como del ente que ennoblece la naturaleza humana, y la hace no solamente vegetable, como son las plantas, y sensitiva y conoscitiva, como son los animales, sino tambien discursiva y perfectamente racional, como no es ninguna otra naturaleza sensible. El tiempo mas oportuno para tratar de tan noble principio, que es el espíritu humano, es aquel en que él se separa del cuerpo, ó sucede la separacion que llamamos muerte corporal del hombre, porque se desunen las dos partes, esto es, espíritu y cuerpo que lo componian. La naturaleza de un compuesto, nunca se conoce mejor que quando se resuelve en las partes que lo componian: entónces cada una de ellas aparece á la vista perspicaz y contemplativa del filósofo en su mayor simplicidad. Qué sea físicamente el hombre, lo dicen y declaran mejor que la filosofía, la práctica idea y conocimiento experimental que cada hombre tiene de sí mismo. El experimenta que vegeta y siente como los animales, percibe como ellos, y entiende y razona como ninguno de ellos sobre toda especie de objetos. Reconoce en sí efectos comunes á los de los animales, y efectos esen-

cialmente diversos, y de órden infinitamente superior: efectos tan diferentes piden necesariamente principios esencialmente diversos en su naturaleza. De la substancia ó ente que llamamos espíritu, provienen claramente todos los efectos vitales, intelectuales y discursivos: tiene espíritu el hombre: le tienen los animales; mas la diferencia inmensa entre los efectos del espíritu humano, y del espíritu animal, dice su infinita distancia. La nobleza y elevacion del espíritu humano, no solamente se conocen por la universidad de su pensar sobre todo objeto, y por la sublimidad de sus conocimientos y discursos especulativos y morales, sino tambien por los mismos actos viciosos con que el hombre, alejándose de la recta razon, se acerca á la sensualidad de las bestias. Se experimenta que los vicios que tocan un poco al espíritu humano, hacen al hombre insensible á los placeres de que son capaces las bestias. El alma queda lánguida, y como insensible á toda sensualidad, quando se halla herida de algun vicio suyo; así el vanaglorioso y el avariento son insensibles á los placeres sensuales, quando se les presentan ocasiones para satisfacer á su vanidad y avaricia. Efectos claros son estos de la sublime naturaleza del espíritu humano, y de su elevada superioridad sobre el de los animales. Se conocen y confiesan estas verdades; mas algunos filósofos han juzgado ser compatible con ellas la opinion de los que afirman ser comun la naturaleza del espíritu humano, y del animal, y aun de la materia. Á proferir proposicion tan absurda no se puede llegar sin contradecir á los principios de la física y metafísica. Segun estos, por los efectos y por las propiedades esenciales de las causas, llegamos á descubrir su verdadera naturaleza. No conocemos la materia sino

no por su figura, extension, &c. Si confundimos estas propiedades, ó prescindimos de ellas á nuestra consideracion, desaparecerá la materia, y quedará como la nada. Así tambien, no conocemos el espíritu humano sino por sus actos intelectuales; si confundimos la naturaleza ó diversidad de estos, el espíritu nos parecerá una quimera. Si suponemos material el espíritu, no podemos hallar de esta suposicion la verdad ó falsedad, sino señalando en él alguna propiedad cierta y esencial á la materia: por lo contrario, para suponer inmaterial el espíritu, basta que se señale algun efecto suyo, incompatible con alguna propiedad cierta de la materia. Si con la direccion de estos y otros principios ciertos que enseña la sana filosofia, Hobbes y Locke hubieran considerado la naturaleza del espíritu humano, Hobbes no hubiera tenido la temeridad filosófica de pretender explicar sus actos intelectuales por medio del movimiento; ni Locke inconsideradamente hubiera pronunciado, que en la materia no se descubre ó demuestra imposibilidad para poder pensar. Estas proposiciones repugnan tanto á los principios de la sana filosofia, que sin hacer injuria á esta no pueden ni deben impugnarse; mas aunque es vergonzosa la impugnacion de objeciones sin sombra de razon, porque tales proposiciones se hallan publicadas en las obras de dichos autores, y pueden leerse por persona, cuya ignorancia no llegue á descubrir su falsedad, dedicaré á su exámen el artículo primero de este discurso, y despues pasaré á establecer la verdadera diferencia que el espíritu humano tiene del animal, y demostraré su espiritualidad é inmortalidad. Al tratar estos puntos, los incrédulos, declarándose abogados de la mortalidad del espíritu humano, é instigados de sus pasiones, y del interes

res de poder desahogarlas sin temor de los castigos en la vida inmortal, han buscado con el mayor empeño en todas las ciencias los mayores sofismas, de que sutil y agudamente se valen para desfigurar la falsedad, y ofuscar la verdad; por lo que al impugnarlos procuraré con igual empeño poner á esta en su mas luminosa y clara vista. Si el lector tiene la bondad y paciencia que deseo, para leer este discurso, me lisongearé del ningun desagrado que le causará haberle leido. El asunto de que se trata es el mayor: es el mas importante al hombre: es raiz de todo lo bueno y malo que hay, puede haber, y ha habido: de su decision depende toda la temporal y eterna felicidad ó infelicidad de la naturaleza humana. Nada importa al hombre el saber si hay Dios, si ignora si es mortal ó inmortal su espíritu. En la historia de la vida del hombre, ni en ninguna ciencia se ha tratado, ni se tratará qüestion, cuya decision sea mas importante que la presente. Tantos y tales motivos me aseguran de la bondad y paciencia del lector para leer una qüestion que tanto le importa.

ARTÍCULO I.

Se demuestra repugnante á los principios de física y metafísica la opinion de los que pretenden poderse explicar por medio del movimiento impreso en la materia, la naturaleza del entendimiento humano.

¡Notable época de tiempos! Siglo ilustrado se llama por los viciosos este en que vivimos rodeados de tinieblas: siglo en que ha sido acusado Aristóteles, condenado y echado á empellones de las escuelas (casi sin darle tiempo para que se defendiese) porque entre muchos axíomas acertados habia escrito el despropósito de fingirse formas materiales que apetecia la materia (delirio puramente metafísico sin influxo ni relacion á la ciencia moral); y en que al mismo tiempo los que han declarado á Aristóteles blasfemo contra la física por el apetito que á las fingidas formas materiales concedia en la materia, y pintan con horror este delirio mental, aplauden y promueven las funestísimas proposiciones de un Locke, que dice no demostrarse la incapacidad de la materia para poder pensar; y de un Hobbes, que afirma temerariamente, que la materia en realidad piensa. Quien reflexíone sobre este modo de proceder en los filósofos modernos, es necesario que desde luego reconozca en ellos no el espíritu de la verdad y de la sabiduría, sino el de fanatismo y entusiasmo. No ha gran tiempo que Des-Cartes, célebre filósofo, conociendo la inmensa distancia entre el espíritu humano y el de las bestias, propuso á estas como ciertas máquinas, y pretendió explicar con este medio sus operaciones. El pensamiento de Des-Cartes se recibió con aplauso, y lo tuvo miéntras se miró en él aquel buen semblante que finge tener toda novedad; pero pronto fué desmascarado, impugnado y desechado como repugnante á las ideas ciertas que todos los hombres tienen del obrar de la naturaleza sensible. Ahora Hobbes, adelantando los delirios de Des-Cartes, querria figurarse y probar que los hombres son otras tantas máquinas; y en nuestro siglo ilustrado, este evidente error de Hobbes se recibe y promueve con mayor aplauso que la despreciada hipótesis de Des-Cartes. Los filósofos han pretendido probar máquinas á las bestias y á los hombres: ya no les queda otra cosa que decir, sino que todas

das las máquinas son bestias y hombres. Ninguno se avergüenze de decir este despropósito, que ciertamente logrará aplauso entre los viciosos, que por temor de los castigos de la otra vida querrian seguramente asemejarse á las bestias en la mortalidad de su espíritu. Mas volvamos á nuestro principal intento, y exâminemos la doctrina y los fundamentos en que la fundan los defensores de la materia pensante; y aunque con un mismo raciocinio se impugnan la opinion de Hobbes y la de Locke, para mayor claridad se considerará separadamente cada una de ellas, dando principio por el exámen de la opinion de Hobbes.

Este filósofo de nueva raza, ántes de llegar á caer en el entusiasmo de establecer la naturaleza de los pensamientos en movimientos materiales, debió ocuparse solamente en la consideracion de los exercicios sensuales del cuerpo, que son los mas materiales del espíritu; y en fuerza de esta consideracion, y sin combinarla con la de los actos puramente mentales, pronunció que toda idea consistia en movimiento. Llegó á preveer Hobbes, que se descubria dificultad indisoluble contra su opinion en la consideracion de las ideas que la mente humana forma de objetos abstractos, de su totalidad, bondad, malicia, &c. pero juzgó que le convenia mas despreciarla que impugnarla; y por esto la insinuó brevemente, infiriendo al mismo tiempo ser comun la naturaleza de toda especie de ideas: "porque todo »lo que concebimos, dice (1), se percibe ántes en la sen-

(1) *Thomæ Hobbes, opera philosophica.* Amstel. 1668. 4. vol. 2. En el vol. 2º *Leviathan, sive de materia, forma, et potestate civitatis,* p. 1. cap. 3. p. 12.

»sensacion, no puede el hombre tener imaginacion »de cosa que no sea percebible por los sentidos..... »lo demas depende de expresiones insignificativas, »que se han admitido por razon de la autoridad de »algunos filósofos, ó escolásticos alucinados." La impugnacion de esta proposicion repugnante al sentido comun, bastaria para demostrar, que los conocimientos humanos exísten sin dependencia ni relacion á la materia; mas dexando para otra ocasion la demostracion de la absoluta espiritualidad de los actos mentales y mas nobles del espíritu humano, me limito ahora á impugnar solamente la pretendida materialidad del espíritu que Hobbes establece considerando los actos mas materiales del espíritu, ó los que este exercita con mayor dependencia del cuerpo. Hobbes no consideró lo mas noble del espíritu humano: en lo mas endeble de este, esto es, en sus operaciones, claramente dependientes del cuerpo, está el mayor fuerte de su doctrina; mas segun buena filosofía, debió considerar bien los actos que el espíritu, estando en el cuerpo, puede producir con dependencia de este, para conocer é inferir que el espíritu no era material: yo tampoco consideraré tales actos para impugnar á Hobbes; si no me contentaré con considerar aquellos que él juzgó los mas idóneos para inferir la materialidad del espíritu.

Veamos pues el fundamento en que Hobbes apoya su doctrina. "La causa de la sensacion de un objeto(1), »dice, es el mismo objeto externo, cuya impresion »inmediata ó mediata sobre los sentidos corporales, »causa movimiento continuo hácia el celebro, y luego »hácia el corazon; de donde resulta la resistencia de »es-

(1) Leviathan, p. 1, cap. 1, p. 3.

»este, ó su conato para librarse de la presion con »movimiento que aparece cosa externa. Esta apari»cion ó fantasma es la sensacion..... la imágen (1) que »del objeto tenemos, es la imaginacion..... y la ima»ginacion, que nace ó proviene de la conversacion, ó »de otras cosas voluntarias, se llama entendimien»to (2) por ilaciones, afirmaciones y negaciones..... »En nosotros (3) no hay otra cosa sino movimientos »diversos; y el movimiento no produce otra cosa »que movimiento."

Esta es la explicacion del pensar, segun Hobbes; explicacion verdaderamente ridícula; y por tanto debe ser pesada ó enfadosa su impugnacion: hará bien el lector, que despreciando el pensar de Hobbes, la dexe de leer; y con ménos disgusto y mayor provecho pase á leer los artículos siguientes. La explicacion de Hobbes es tal, que si se aplicára para explicar cómo se forman los vientos, los torbellinos, y otros fenómenos de la atmósfera, cuyo espíritu es el continuo movimiento, se podria recibir con alguna indiferencia; mas si se aplicára para explicar la formacion de los metales, encontraría no pocas dificultades difíciles de solucion; y muchas mas y gravísimas encontraria si se aplicase para explicar la accion vejetativa de las plantas; esto es, cómo crecen ó se desenvuelven las partes de su semilla; y cómo de la nutricion xugosa, una parte se convierte en corteza, otra en hojas, y otra en fruto. Dificultades notablemente mayores y mas graves ocurririan contra la dicha opinion, si con ella se pretendiese explicar la sensi-

(1) Cap. 2, p. 5.
(2) P. 8.
(3) Cap. 1, p. 3.

sibilidad de los animales; y Hobbes no tuvo ninguna en aplicarla para explicar la formacion y la naturaleza de los actos mentales. Hobbes pues, filósofo de nueva invencion, no tuvo dificultad en confundir los efectos con sus causas, ni de mostrarse ignorante físico, que no sabe por aquellos conocer las naturalezas de estas, é inferir su diferencia. ¿Quién hasta ahora se ha atrevido á confundir tan materialmente, como Hobbes lo hace, el objeto sensible, el modo de hacerse sensible, y el principio sensitivo? Para que la sensacion se forme, es cierto que se necesitan objeto é impresion suya en el órgano, producida por el medio del movimiento del celebro; mas quien concibe objeto, impresion de este, y movimiento de tal impresion, no por esto concibe, aunque la sensacion exista; y si esta se supone existir, concibiéndose solamente objeto, su impresion y movimiento de esta, será sensible un leño; y todo lo material, por tener capacidad para recibir tal impresion, será sensibilísimo, y estará en continua lucha de sensaciones ingratas ó agradables, que serán la repulsion y atraccion que segun la moderna física se hallan en toda materia. ¿Se dirá por ventura que la sensacion consiste en la progresion de la impresion del objeto por los nervios, ó en la aparicion que la impresion hace en el celebro? Esto sin duda, dice Hobbes; ¿mas quién no conoce, y aun ve claramente, que la progresion de la impresion, ó su aparicion en el celebro, no dice otra cosa de nuevo sino la mudanza de lugar, y que la mudanza de sitios no puede físicamente ser la sensacion? La aparicion de la impresion en el celebro, no es otra cosa que el fin de la progresion de la impresion: si la sensacion no sucede sino quando ha llegado el fin de dicha progresion, señal cierta es que en el sitio en que la progresion acaba, hay un

principio sensitivo, con el qual no se entenderá jamas, ni exístirá la sensacion.

Por mas giros, movimientos y rodeos que la mente humana pueda concebir ó figurarse en la impresion de los objetos, no llegará jamas á concebir ni formar idea de la sensacion, hasta que se entienda un principio sensitivo en que acabe la progresion de la impresion del objeto; porque la sensacion es acto propio y peculiar del ente sensitivo; y el movimiento y la aparicion de la impresion del objeto en el celebro no son otra cosa que ocasiones y medios con que se excita la sensacion, la qual no se excitaria jamas si el ente no fuera sensitivo; así como la impresion de una piedra tirada contra un leño, no causa en este dolor alguno, porque no es ente sensitivo. Mas Hobbes no se turba con estas respuestas; ántes bien, cobrando nuevo ánimo, insta y replica con mayor tono de voz, diciendo: la sensacion es movimiento, porque el movimiento solamente produce movimiento. Y yo vuelvo á responderle, diciéndole, que con suma ignorancia confunde la sensibilidad del ente sensitivo con la impresion objetiva, y su progresion, que es medio para hacerla sensible: confunde las causas físicas, y no distingue de ellas los efectos físicos que ocasionan. Que del movimiento no pueda provenir sino movimiento, es cosa falsísima, aun en lo físico; porque del movimiento provienen la luz y el fuego, y ninguno hasta ahora ha dicho que la luz y el fuego no son cosa distinta del movimiento. De este procede la vejetacion de las plantas; mas por esto ¿sus hojas y sus frutos no serán otra cosa sino movimiento? Segun los principios de Hobbes, se deberá decir, que las hojas y los frutos de las plantas son un puro movimiento, porque este es ocasion de su exístencia; y el movimiento no engendra sino movimiento. Segun los mismos principios se podrá esperar, que las cámaras ó máquinas ópticas se manifiesten sensibles á la impresion de los objetos, que en ellas se hace de un modo semejantísimo á la que sucede en la vista corporal. Igualmente se puede esperar, que el ingenio humano llegue á formar estatuas sensibles, y aun pensantes; porque no consistiendo la sensacion y el conocimiento, segun Hobbes, sino en el movimiento material, producido por la externa impresion de los objetos en los sentidos corporales, si el mecanismo de estos se imita en el de una estatua, esta podrá sentir y conocer. La física nos enseña que todas las variaciones que en el movimiento suceden, se contienen en la precisa esfera de direcciones, celeridades y cantidades: todas estas cosas pueden combinarse de infinitas maneras por el ingenio humano en sus mecanismos; luego segun los principios de Hobbes, no se probará imposible la formacion de un mecanismo humano sensitivo, y aun pensante. He aquí que si la filosofía de Des-Cartes hace máquinas á las bestias; la de Hobbes hace posible la transformacion de las máquinas en bestias y hombres.

Para responder directamente á Hobbes, podia valerme de las razones que inmediatamente demuestran la inmaterialidad del alma, y que se pondrán despues para probar su espiritualidad: podia tambien desde el principio haber concedido á Hobbes, que en nosotros no hay otras cosas accidentales, que el movimiento, y que este no engendra sino movimiento, y haberle negado que en este consisten la sensacion y el conocimiento; porque estas dos cosas se conciben bien, suponiendo un compuesto de cuerpo y espíritu con el movimiento de la impresion de los objetos; mas de estas razones he prescindido, porque sin ellas, y con analizar las que Hobbes alega en favor

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vor de su opinion, se impugna esta claramente. Segun esta idea, continúo la impugnacion preguntando á Hobbes: ó confiesas que son inmutables, y siempre idénticas las esencias de las cosas; ó niegas que lo son: si lo negases, se necesitaria decir, que hasta ahora no sabes, qué cosa sea esencia: y tanta ignorancia no debo suponer en un filósofo como Hobbes. Si concedes la inmutabilidad de las esencias, vuelvo á preguntarte, ¿en qué consiste esencialmente el movimiento de un cuerpo, ó de un átomo indivisible? Me responderás prontamente, que en la traslacion del dicho átomo desde un lugar á otro. Segun esta respuesta, discurro así: si el pensar consiste físicamente en un movimiento de una pura traslacion de un lugar á otro, será cierto que siempre que por casualidad ó necesidad, ó por artificio humano, se dé tal traslacion de uno ó muchos átomos, resultará, ó podrá físicamente resultar conocimiento en dichos átomos. La conseqüencia se infiere necesariamente, porque aunque la palabra *traslacion* embeba, ó suponga cuerpo que se traslada, y lugares de donde y adonde se traslada, el pensar no consiste en el cuerpo que se mueve, pues segun Hobbes consiste solamente en el movimiento; y si consistiera en el cuerpo movible, este pensaria ántes y despues de trasladarse. No se puede decir que el pensar consista en los lugares de donde y adonde el cuerpo se traslada; porque si consistiera en ellos, los mismos lugares serian pensantes; y el pensar no consistiria en el movimiento: luego no queda que decir sino que el pensar consiste en la pura traslacion; y consiguientemente siempre que esta por casualidad ó arte suceda, podrán ser, y se dirán pensantes los átomos á quienes se den la variacion, direccion, celeridad y cantidad de movimiento que tienen los supuestos átomos de Hobbes en el celebro humano. Esperen los maquinistas ser cada uno un Prometeo con el estudio de la filosofía de Hobbes: para formar hombres no necesitarian subir al cielo, y arrebatar fuego para animarlos, como hizo aquel. Hobbes ha encontrado la manera de ahorrarles este largo viaje, substituyendo en las máquinas el movimiento en lugar del fuego celestial.

De la impresion de objetos puesta en movimiento, proviene el conocimiento de estos, que tambien es movimiento, dice Hobbes; mas quando vemos un baston derecho, que teniendo su mitad metida en agua, nos envia la impresion de estar torcido, y no obstante juzgamos que, por ser engañosa la impresion, el baston es perfectamente derecho; entónces este juicio de cosas materiales no proviene de su impresion. Asimismo leyendo, ú oyendo el hombre alguna noticia infaustísima, se suele abandonar á un tropel de pensamientos funestos, cuya causa física no pueden ser ni las palabras ni las letras con que se da ó pinta la noticia infausta: las palabras pronunciadas constan de acentos por su naturaleza no significativos; y las escritas constan de letras que son figuras arbitrarias. ¿Qué impresion de objeto hay entónces, que pueda causar físicamente un tumulto de pensamientos, deseos, temores, &c. de cosas quizá no oidas ni pensadas? No deberia yo sacar mas conseqüencias para demostrar las contradicciones filosóficas del pensar de Hobbes: deberia respetar la sentencia del docto Mako, que en circunstancias de impugnarle, dixo: (1) *Nescio, quomodo fanaticus iste philosophus quidvis mal-*

(1) *Methaphisic. institut. à Paulo Mako Soc. J.* Vindobonæ, 1762, 8. *De psychologia*, n. 431.

malle videtur , quam se non ineptum : sed ego fortasse insipientior , qui quidem contra eum disputem. Mas prescindiendo de esta sentencia , que respeto , concluiré añadiendo otras breves reflexiones contra la doctrina de Hobbes.

Si el pensar es movimiento , porque procede de movimiento; se seguirá que , porque este obra necesariamente en toda la naturaleza , ningun acto mental del espíritu humano es libre. Este ciertamente tiene libertad , como la tuvo Hobbes, para pensar á su capricho , y contra el sentir comun de los hombres. ¿Y de dónde procederá esta libertad ? Deberá proceder de las leyes naturales del movimiento , que son necesarias ; esto es , lo libre procederá de lo necesario. El espíritu humano , unas veces forma juicio de sus pensamientos , otras veces no lo forma , dependiendo de su libertad el determinarse á formar tales juicios. ¿ Quién pues determina el hombre á analizar los pensamientos que ha formado sobre las impresiones de objetos externos ? La analisis y el juicio que forma son actos mentales , relativos á los objetos , y á sus impresiones ; y ciertamente no provienen físicamente de estas ni de sus movimientos ; porque si provinieran , el hombre no se experimentaria libre para determinarse á juzgar ó no juzgar sobre sus conocimientos. Yo debia tratar aquí de la naturaleza de los actos mentales , con que se conocen la bondad, malicia , utilidad , necesidad , y otras muchas propiedades de las operaciones externas é internas del hombre : debia poner á la vista de la consideracion filosófica la naturaleza de las ideas abstractas de las ciencias , y las operaciones mas nobles del espíritu humano ; mas omito estas razones , porque para impugnar la opinion de Hobbes , bastan las que se infie-

fieren de las operaciones mas sensibles del espíritu humano (1). Despues se considerará este segun sus mas nobles operaciones ; y sobre estas se dirá algo en la im-

(1) Quien no conoce los límites de la sabiduría humana , es mas inepto para las ciencias , que el idiota que se cree sabio. No conoció su propia ignorancia , ni los límites de la filosofía humana , el filósofo Hobbes , que se atrevió á explicar las operaciones que resultan del siempre misterioso comercio de alma y cuerpo ; por este temerario atrevimiento se precipitó en un abismo de errores físicos y metafísicos. A Hobbes deberé decir con san Agustin- *Numquid ideo negandum est , quod apertum est , quia: comprehendi non potest , quod ocultum est ? Numquid dicturi sumus , quod ita esse perspicimus , non ita esset, quoniam cur ita sit , non possumus invenire ?* (*de dono perseverantiæ* , n. 37.) Hobbes quiso fundar su sistema en las extravagancias que algunos filósofos antiguos habian dicho sobre la naturaleza del alma. El sin duda leyó á Plutarco (*Plutarchi Chæronens. opera gr. ac lat. interprete Guillermo Xylandro.* Lutet. Paris. 1624, fol. en el volumen 2 , de *placitis philosophor.* lib. 4 , cap. 2, p. 898) que dice : "Talés fué el primero que dixo ser »el espíritu de naturaleza , que siempre ó por si mismo »se mueve : Pitagoras dixo , que era número que se mo»via á sí mismo : Platon dixo , que era substancia inte»lectual , que se movia por sí misma , y su movimien»to era segun el número armónico..... Dicearco dixo, »que era la armonía de los quatro elementos ; y Ascle»piades , médico , dixo que era el exercicio de los senti»dos." He aquí que Hobbes sobre estos antiguos solamente añadió , que en nosotros no habia otra cosa sino movimiento. Plutarco , citado en el principio del cap. 3 , di-

impugnacion que inmediatamente propondré de la opinion ya insinuada de Locke.

Este filósofo, que conoció y confesó ingénuamente ser inexplicable la naturaleza de los actos de la mente humana, se dexó arrebatar del entusiasmo y de la demasiada libertad que tenia en pensar, y con fanatismo filosófico llegó á proferir la siguiente proposicion, en que los protectores del materialismo pretenden fabricar el fuerte de su doctrina. "No se pue-„de demostrar, dice Locke, en la materia incapaci-„dad esencial de pensar, porque para demostrarla era „necesario que tuviéramos conocimiento de todas las „propiedades esenciales de la materia; y el entendi-„miento humano carece de tal conocimiento." Esta es la nueva metafísica de Locke (1), segun la qual es imposible demostrar que la verdad no es mentira, porque para demostrarlo es necesario conocer todas las propiedades esenciales de la verdad y de la mentira, y

dice: "Todos los filósofos que he nombrado, hacen inma-„terial al espíritu, y le conceden naturaleza que se mue-„ve por sí misma, y está adornada de mente." Si en esta suposicion Hobbes hubiera fundado su sistema, este, aunque falso, no contuviera errores evidentes contra los principios de física y metafísica.

(1) *Essai philosophique concernant l'entendement humain par Mr. Locke, traduit de l'anglois par Mr. Coste.* Amsterdam, 1755, 4. Coste, en el aviso preliminar á su traduccion, dice, que esta habia sido vista y aprobada por Locke. El traductor, en el lib. 4, cap. 3, §. 6, p. 440, pone por notas al texto las respuestas que Locke habia dado á las objeciones de Stillingfleet sobre su opinion acerca de la inmaterialidad del alma. Coste me parece ser mas exâcto en copiar las dichas respuestas, que sus objeciones. Las proposiciones que en el texto he atribuido á Locke, son la substancia de lo que él dice con expresiones difusas: las pondré literalmente por no faltar á la fidelidad, y porque servirán para que mejor se penetre la impugnacion que haré. Locke dice en el lugar citado: "Nos „es imposible descubrir con la contemplacion de nuestras „ideas, y sin revelacion, si Dios no ha dado la facultad „para conocer y pensar á algunos montones de materia „dispuestos como ha querido ó juzgado convenir; ó si á la „materia, de este modo dispuesta, ha añadido una subs-„tancia inmaterial que piense; pues que á nuestro co-„nocimiento no es mas fácil concebir que Dios puede (si „quiere) añadir á nuestra idea de la materia la facultad „para pensar, que el comprehender que á esta materia „une una substancia con facultad para pensar. La razon „es, porque nosotros ignoramos en qué consiste el pen-„samiento, y á qué especie de substancia el Sér supre-„mo ha hallado conveniente el conceder la dicha facul-„tad." Hasta aquí Locke en el texto. En las notas, á la p. 441, se leen sus respuestas á Stillingfleet asi: "Convengo en que no hay manera de concebir cómo la materia „pueda pensar; mas inferir de esto, que Dios no pueda „dar á la materia facultad para pensar, es decir, que todo el poder divino está reducido á límites estrechísimos; „porque el entendimiento humano es limitado. Si Dios no „puede dar á una parte de materia otra facultad sino la „que los hombres pueden inferir de su esencia en gene-„ral; y si la esencia, ó las propiedades de la materia „se destruyen por todas las calidades que nos parecen ser „superiores á ella, y que nosotros no sabriamos sacar co-„mo conseqüencias de la materia, en este caso es evi-„den-

y el entendimiento humano no las conoce, ó ciertamente ignora si las conoce todas. Asimismo se inferirá necesariamente, que es imposible demostrar que el fuego no es agua, que lo blanco no es negro, que la tierra no es cielo, que el gato no es perro, que la quietud no es movimiento, que el círculo no es triángulo, &c. &c. porque el entendimiento humano no conoce todas las propiedades esenciales de estas cosas. Segun esta metafísica de nueva invencion, nada hay cierto en este mundo: todo se puede y debe negar; y nada se demostrará jamas. Tales son los principios filosóficos de este nuevo pensador, y de sus sequa-

---

„dente que se destruiria la materia en la mayor parte de „los entes sensibles de nuestro sistema, como en las „plantas y en los animales. No se alcanza á comprehender, „cómo la materia pueda pensar; luego Dios no puede „darle facultad para pensar. Si esta razon es buena, tam„bien saldria en otras ocasiones. No puedes concebir que „la materia pueda atraer materia á alguna distancia, y „ménos á distancia grande; luego Dios no puede darle „tal poder. No puedes concebir que la materia pueda sen„tir ó moverse, ó incorporar un ente inmaterial, y ser „movida por él; luego Dios no puede darle estas facul„tades..... No alcanzas cómo una substancia extendida y „sólida pueda pensar; luego Dios no sabria hacer que „piense. ¿Puedes tú concebir cómo piensa tu alma, ó có„mo una substancia piensa? Dirás que en realidad tu al„ma piensa: esto mismo conozco yo; mas desearia que „alguno me enseñase cómo sucede la accion de pensar; „porque confieso que esto es superior totalmente á mi „conocimiento; no obstante esto, yo no sabria negar la „exîstencia del pensar."

quaces: ellos dicen ser filósofos; mas esta filosofía es de quien sueña ó delira.

A la verdad, ¿quién hasta ahora, sin faltarle en parte el juicio, pudo pensar, y ménos afirmar, que no se puede demostrar absolutamente, que el círculo no es quadrado, porque no se conocen todas las propiedades esenciales de estas dos figuras? ¿Quién ignora, que segun todos los principios de buena metafísica, basta conocer en el círculo una sola propiedad esencial que repugne á alguna del quadrado, para que se afirme que este no es ni puede ser círculo? Segun los mismos principios, es innegable que para demostrar evidentemente la incapacidad para pensar en la materia, bastaria que en esta se conozca una sola propiedad esencial, que repugne á los actos mentales, ó al pensar del espíritu. Viniendo pues á la comparacion entre este y la materia, y al cotejo y exámen de sus propiedades notorias, deberemos discurrir así. Sentimos dentro de nosotros mismos, y por propia experiencia conocemos, que el espíritu es activo, obra libremente, y que quando quiere empieza sus operaciones ó meditaciones, las promueve ó suspende segun su arbitrio; y por lo contrario conocemos especulativa y experimentalmente, que la materia, léjos de tener propia actividad para obrar ó suspender libremente la operacion que se le ve exercitar, es un ente perfectamente pasivo, y dotado de la virtud intrínseca de inercia; esto es, tiene la sola virtud pasiva, indiferencia ó inercia para moverse, mudar de movimiento, dilatarse, variar de figura, &c. sabemos que no produce por sí misma estos efectos, sino que necesariamente deben provenir de causas exteriores; y que la materia dura ó persevera en el estado que tiene de movimiento, quietud, de tal figura, &c. ó miéntras dura el obrar de las

las causas que la violentaban, ó miéntras no haya causas contrarias, que obrando contrariamente la obliguen á variar de estado. Estos son principios, y efectos ciertos, sobre los quales, como sobre dos basas las mas sólidas é inmobles de la naturaleza, se apoya, entiende y explica el obrar de esta. Por lo contrario experimentalmente conocemos, que el espíritu humano por sí mismo piensa, promueve, varía y suspende libremente sus pensamientos, sin influxo de causa extrínseca. La materia recibe impresiones solamente de objetos materiales; y el espíritu piensa sobre objetos inmateriales. La materia obra necesariamente forzándola á obrar así su virtud de inercia, que le impide ser activa, obrar por sí misma, y por sí misma suspender ó variar la operacion: todo lo contrario sucede al espíritu. Los efectos de la materia deben ser materiales y particulares; por lo que provienen de impresiones materiales y determinadas; mas los actos mentales son muchas veces objetivamente universales é inmateriales; y consiguientemente no pueden provenir de impresiones materiales.

De esta última proposicion resulta el siguiente raciocinio, con que mas y mas se aclara y demuestra su verdad. No pudiendo ser universal ninguna cosa material, y siendo universales muchos actos del entendimiento, estos no pueden ser materiales; porque si lo fueran, lo material podria ser universal; y si los actos de la mente por esta razon no pueden ser materiales, ¿cómo podrán concebirse efectos de substancia material? Lo extensible, lo divisible, &c. (propiedades de la materia) no pueden producir efectos que no sean extensibles, divisibles, &c. Si se me dice, que la materia pensante es un átomo indivisible y sin extension, responderé preguntando así: Si la materia pensante es un átomo indivisible, ¿todo átomo

mo indivisible pensará? Pues si piensa todo átomo indivisible, todos quantos átomos hay en la naturaleza sensible deberán pensar; porque no hay razon para decir, que no sean indivisibles, como lo es el del alma pensante. En caso de ser un átomo indivisible la materia pensante, sus pensamientos serán otros tantos átomos, ó serán movimientos, ó efectos de impresiones en el átomo pensante. Los pensamientos ciertamente no pueden ser átomos que se reciban en el átomo pensante indivisible, porque un átomo indivisible no puede ser susceptible de infinitos átomos, quales serian los pensamientos; y porque en tal caso era necesario decir, que el átomo pensante criaba de nuevo ó de nada átomos; lo que ciertamente no se dirá por filósofo alguno. Si se me dice, que los pensamientos son movimientos del átomo indivisible pensante, se me vuelve á decir lo que se impugnó en la sentencia de Hobbes. Mas aunque se prescinda de la divisibilidad, extension y figura de la materia, propiedades incompatibles con los efectos ciertos del pensar, no se deberá prescindir de su inercia esencial, á la que repugna esencialmente la actividad de la mente pensante. Locke insta diciendo, que Dios puede añadir á la materia propiedades que nosotros no podemos concebir. Esto es cierto; pero tambien es ciertísimo, que Dios podrá destruir los entes, mas no hacerles esencial una propiedad incompatible ó repugnante á su esencia.

Locke, arguyendo contra la inmaterialidad del alma, funda sus razones en que no debemos negar la posibilidad que no podemos concebir. Si esta razon valiera, tampoco él deberia afirmar como ciertamente posible lo que por experiencia ó razon no conoce ser tal. Mas los contrarios que impugna Locke, no niegan la posibilidad de un átomo pensante, porque

no

no la pueden concebir ; sino porque la conocen esencialmente repugnante á las propiedades claras de la materia. Si á esta se concede posible la facultad activa de obrar materialmente , es necesario desterrar de la filosofía y de la mente humana la idea que se forma de su esencia : y esta idea se deberá tener por quimérica , si á la materia se concede posible la facultad de obrar mentalmente. Estas conseqüencias se infieren necesariamente en caso de afirmar posible la facultad de pensar en un ente material.

Las ideas de Locke sobre la posibilidad de la materia pensante , y las conseqüencias que de ellas se infieren , podrán dar motivo para que se juzgue que Locke negaba la inmortalidad del alma. Esta acusacion preocupó á Locke diciendo en el lugar citado: "No pretendo con mi opinion disminuir la creencia »de la inmortalidad del alma.... porque en el estado »en que al presente vivimos , que no es de vision »(locucion que usan los teólogos) , la fe y la proba»bilidad nos deben bastar para muchas cosas ; y res»pecto de la inmaterialidad del alma , de que ahora se »trata , si no podemos llegar á su certidumbre demos»trativa , no nos debemos maravillar. Todos los gran»des fines de la doctrina moral y de la religion se »apoyan sobre excelentísimos fundamentos , sin la »ayuda de las pruebas de la inmaterialidad del alma, »sacadas de la filosofía ; pues que es evidente , que »el Sér supremo que nos ha empezado á dar aquí la »subsistencia como de sensibles é inteligentes, y que en »este estado nos ha conservado muchos años, puede y »quiere hacernos gozar tambien de un estado siempre »de sensibilidad en otro mundo , y hacernos capaces »de recibir la pena ó el galardon que ha destinado á »los hombres , segun su conducta en esta vida. Por es»ta razon la necesidad de determinarse en favor ó en »con-

»contra de la inmaterialidad del alma no es tan gran»de como algunos piensan." Yo concedo á Locke, que la inmortalidad del alma subsistiria segun toda razon filosófica aun en caso de ser esta un ente material ; pues que la materia existirá eternamente si Dios con su poder absoluto no la reduce á la nada, de que la sacó ; mas si la dicha inmortalidad es compatible con la materialidad , con esta no lo es la facultad de pensar.

Baste ya de impugnaciones. Me he detenido demasiado en insinuar las del moderno pensar de los nuevos filósofos que , queriendo darnos prueba de su fecundo ingenio, piensan y escriben con tanta libertad como si no hubiera otros pensadores en el mundo ; y como si no hubiera principios evidentes de ciencia alguna. Desde que hubo hombres en el mundo , hubo quien dixese quanto ahora nos dicen los modernos , pues sobre los asuntos especulativos que no dependen del tiempo , ni de la experiencia , el hombre desde luego , como se dixo (1) en otro lugar , llegó por razon natural á descubrir todo lo que naturalmente puede alcanzar el entendimiento humano ; y reduciendo esta doctrina á nuestro asunto, podemos y debemos decir , que la espiritualidad del alma fué desde luego conocida , admitida y confesada por todos los hombres , como se insinuará despues mas largamente. He dicho por *todos los hombres* , porque uno ú otro filósofo que la hayan negado , ó por mejor decir , que no la hayan querido confesar , por encontrar nuevos motivos de darse á los placeres de la carne , nada prueba ni debe probar , respecto del juicio comun de todo el género hu-

(1) En el segundo tomo de esta historia.

humano; como nada prueba, que un Heráclito (1) negase la quietud ó reposo á la naturaleza, que algunos filósofos (2) dixesen que el mundo era un animal, &c. para que no conozcamos evidentemente que hay quietud, que el mundo no es animal, &c. Esta respuesta desde luego debiamos haber dado á Hobbes, Locke, &c. sin necesidad de habernos detenido en impugnarlos; mas ya que la impugnacion por este motivo se hace casi inútil, podrá servir para dar mejor luz al asunto principal, que en este discurso nos hemos propuesto, y es la demostracion de ser el alma substancia espiritual é inmortal, de que se trata en los siguientes artículos.

ARTÍCULO II.

Naturaleza del espíritu humano, y su diversidad del alma de los brutos.

En un asunto, qual es el presente, que pertenece á la metafísica y física, es necesario que hablemos rigurosamente, segun los principios innegables de estas facultades; y entre estos el primero y fundamental que desde luego se ofrece, es, que las esencias de las cosas son inmutables é incapaces de ser conocidas en sí mismas, y que los efectos constantes y naturales nos dicen las propiedades en que aquellas intrínsecamente consisten. En esta suposicion no podemos dudar, que para conocer la esencia de nuestra alma tenemos mucho adelantado; pues el hom-

(1) Plutarco, L. 1. sobre las opiniones de los filósofos, cap. 23.

(2) Plutarco citado, L. 2. cap. 2.

hombre siente prácticamente sus operaciones, y sus actos mismos intelectuales, y á este sentimiento práctico se sigue el conocer reflexamente tales operaciones y actos, lo que es otro medio infalible para suponer su exîstencia, y venir en conocimiento de su esencia. Es necesario persuadirnos, que suponer la exîstencia y esencia de una cosa, sin la prueba de las señales ó efectos ciertos, es discurrir como filósofos fantásticos, así como no confesar la esencia de la cosa que se descubre por los efectos, es de hombres obstinados á seguir el impulso de su entusiasmo, contra los mas evidentes principios de la razon, y contra los instintos de la naturaleza. Si yo veo, por exemplo, que un animal siente, debo necesariamente suponer en él un principio sensitivo. Si advierto que conoce, debo suponer en él un principio conocente. El sentir y el conocer suponen sus dos respectivos principios, como causas necesarias. En estas suposiciones no hay ni puede haber engaño, ni peligro de errar; pero lo podrá haber en que yo suponga acto de conocimiento lo que es, ó puede ser efecto de causa natural sin conocimiento; y por esto debo exâminar bien los actos que llamo de conocimiento, y cotejarlos con los efectos necesarios y naturales. Si un hombre criado solo en un desierto, sin haber visto animal alguno, llegase en edad crecida, quando su entendimiento estuviese formado, á ver un animal, á primera vista, creeria que todo su modo de obrar era por conocimiento; mas si continuando á ver el animal, observase atentamente que su obrar era tan constante como si fuese efecto de alguna ley de naturaleza, y despues viese que este mismo obrar, y con la misma perfeccion se hallaba en todos los animales grandes y pequeños de la misma especie, desde luego empeza-

ria á sospechar que tales animales no hacian con conocimiento muchas operaciones, que á primera vista parecian hechas con advertencia. Si despues este hombre viendo las demas especies de animales, observase que cada una tenia su obrar diferentísimo y constante, y que ninguna aprendia de la otra cosa alguna; se figuraria ver en ellas otras tantas máquinas vitales.

Este discurso se verifica aun respecto de ciertas operaciones que, no siendo naturales ó comunes á todos los animales de una especie, aprenden algunos de ellos con la ayuda de la humana industria. El filósofo debe llamar á juicio estas operaciones, y analizar su naturaleza para descubrir si por ventura tales animales no son capaces de aprender sino ciertas operaciones que tengan relacion con las que á toda su especie dicta la naturaleza. De este modo debe proceder el filósofo para inferir si es necesario ó libre el principio de dichas operaciones no comunes. En una palabra, el filósofo debe inferir siempre de los efectos ciertos, bien conocidos y exâminados, la naturaleza de su causa. Efectos materiales dan causas materiales: efectos espirituales dan causas espirituales: de principios necesarios proceden todos los efectos necesarios; y de causas libres provienen los efectos libres. Efectos imperfectos en qualquiera clase, dan causas imperfectas en la misma clase; y efectos de calidad dudosa, no pueden dar á conocer ciertamente la naturaleza de sus causas. Segun estas máximas fundamentales en la física y metafísica, expondré raciocinios que descubran la naturaleza del espíritu humano. Alma ó espíritu humano, se llama el ente que dentro de nosotros mismos es sabedor de sí mismo, de lo que hace, de lo que piensa, de lo que se ve y siente fuera de nosotros.

otros. La exîstencia de este ente se demuestra evidentemente por los innegables y sensibles efectos del conocer, pensar, dudar, &c.: "si alguno duda, de-„cia San Agustin, vive." Si yo pienso, cierto es que en mí exîste un ente pensante. Si dudo de mi exîstencia, la misma duda me dice que exîsto. Qualquiera acto mental demuestra, mas íntima y prácticamente que todo exercicio corporal, la exîstencia del ente que nos anima. El pensar, conocer, dudar, querer, aborrecer, acordarse de cosas pasadas, &c. son efectos sensibles y ciertos que demuestran la exîstencia y natural capacidad de nuestro espíritu para exercitar muchos y diferentes actos. He aquí como, sin necesidad de los discursos prolixos de metafísica que se proponen en algunos artes de pensar, una simple idea ó reflexîon de lo que pasa dentro de nosotros basta para que conozcamos con evidencia la exîstencia de nuestro espíritu, y su naturaleza.

El raciocinio hecho para inferir con certidumbre la exîstencia del espíritu humano y su naturaleza, sirve para descubrir en esta el principio de la libertad con que el mismo espíritu procede, el progreso de sus actos mentales, y sus varias propiedades. Prueba práctica de todo esto presento en las reflexîones siguientes. Aunque el conocimiento de la verdad me inclina á abrazarla, no obstante, por experiencia sé, que libremente la abrazo ó la rehuso. Libremente me detengo en su exámen: promuevo ó detengo mis dudas como quiero. Reflexîono sobre mis conocimientos, mis asensos ó disensos, y actos libres; mido su duracion, y exâmino los fundamentos de su verdad ó falsedad.

La reflexîon sobre mis actos mentales, me sirve de escala para que, sin perderlos de vista, vue-

le

le á observar la varia naturaleza de sus objetos. Por mas ocultos que estos sean, me es sensible la idea de aquellos sobre que pienso; conozco que unos son materiales, cercanos á mí, ó distantes millares ó millones de leguas, y que con el pensamiento paso instantáneamente de unos á otros, sin conocer ni pararme, ni pasar por los que estan en medio: conozco que otros objetos no son extensos, ni divisibles, ni particulares, como los materiales: que de estos algunos como los representados por ideas generales (tales son *género*, *diferencia*, *semejanza*, *&c.*) no exîsten sino es en mi mente; y que algunos otros objetos (como son *ente racional*, *libre*, *&c.*) existen como exîste mi alma pensante. De todas estas reflexîones ó conocimientos, desde luego infiero que mis actos mentales no son materiales, pues que unas veces abrazan en sí objetos materiales, sin pasar por los que estan en medio de ellos: otras veces abrazan objetos que no tienen mas exîstencia que la mental que yo les doy; y otras veces se exercitan sobre entes invisibles, racionales y libres, los quales serán espíritus, porque en ellos no encuentro sino razon, libertad, y otros atributos que no son materiales, ni tienen relacion ni dependencia de la materia. Ultimamente, reflexîonando sobre lo que pasa entre mi cuerpo, y mi ente pensante; yo veo y experimento, que ciertos impulsos de aquel, sirven como de estímulo á la determinacion de los actos de este; y al mismo tiempo experimento, que el ente pensante queda superior siempre que quiere; y cede igualmente á los impulsos quando quiere: por lo contrario experimento, que á la voluntad del ente pensante se mueve el cuerpo: que este, como por un efecto natural, se disturba al suceder qualquier afliccion del ánimo: veo últimamente, que haciéndo-

dose sensible al espíritu qualquiera ligera impresion en el cuerpo, este tal vez se halla atormentado é inminente á su destruccion, y que el espíritu tal vez ocupado en sus ideas interiores, nada siente, como sucede al valeroso soldado que pelea hasta el último aliento; y tal vez conociendo y sintiendo su tormento, como sucede á muchos enfermos, se mantiene superior é inalterable en medio del extremo dolor del cuerpo. De aquí desde luego infiero, que entre el cuerpo y el espíritu hay una especie de comercio, en el que este hace de amo, y aquel de criado: que el espíritu debe ser substancia para poder causar disturbios sensibles en el cuerpo, y que es substancia de órden sumamente superior.

Hemos inferido hasta aquí por medio del práctico conocimiento de nuestros actos mentales, de los objetos sobre que se exercitan, y del superior obrar del espíritu, su naturaleza de substancia inmaterial, racional y libre: probemos ahora lo mismo por medio del raciocinio abstracto, fundado en lo que se ha expuesto.

Llamamos ó entendemos por substancia ó sujeto de un ente, lo inmutable de él á distincion de las cosas que en él mismo se mudan, y que llamamos con razon modos. Vemos pues, que en el ente pensante que está dentro de nosotros, exîsten succesivamente como modos, varias acciones ó actos de entender, acordarse, querer, aborrecer, &c. y que al mismo tiempo aquel ente permanece invariable, inmutable, y siempre el mismo, como sujeto que recibe las dichas acciones ó modos. El ente pensante es el que produce tales actos, ó porque quiere, ó porque es llamado por las impresiones externas, y de esto se infiere nuevamente, que él es substancia activa; porque los modos no producen modos, y si los

los produxeran, los modos podrian estar por sí mismos sin dependencia de substancias; y así es falsísima la proposicion de Hobbes, que dixo, el movimiento solamente produce movimiento; y solo es verdadero decir, el movimiento es produccion de substancia activa, ó de cuerpo en movimiento, así como es efecto de la misma causa la mayor ó menor celeridad de la materia que se mueve.

Nuestro espíritu, que es substancia, como se ha dicho, es al mismo tiempo simple ó indivisible; porque si él distingue perfectamente todas sus ideas, reflexîones, juicios, &c. todas estas cosas deben existir en una substancia simple, pues existiendo alguna vez á un mismo tiempo, el espíritu, si fuera divisible, no las pudiera conocer ó distinguir sino sucesivamente. Si el espíritu no fuera substancia simple, ó cada parte suya seria pensante, ó lo serian todas las partes en union. Si se dice lo primero, cada parte del espíritu seria una alma, y así el alma seria indivisible, pues que tal es una substancia pensante sin partes. Mas en este caso se seguirán notables absurdos; esto es, serian inútiles las demas partes pensantes del espíritu: seria indeterminable el número de almas, ó de partes pensantes en cada hombre: unas no conocerian los pensamientos de otras: sus juicios no serian uniformes, su libertad seria muy varia, &c. &c. Si se dice que cada parte de la substancia inteligente es pensante quando está unida con las demas partes, se inferirán otros absurdos mayores; porque en tal caso, cada parte de substancia no seria pensante por sí misma, sino por razon de la union con otras; lo que le es cosa accidental, esto es, la union, que es un modo, produciria actos físicos de entender, juzgar, querer, &c. lo que repugna á toda razon, pues los modos provienen del obrar

obrar de las substancias. En el mismo caso no se concibe como una causa divisible obre efectos indivisibles, quales son los actos de entender &c.; ni como una cosa indivisible se reciba en partes de substancia divisible. Mas prescindiendo de estas y otras reflexîones, desde luego se ofrece como repugnante á toda razon, que la union de partes de substancia pueda mudar la esencia de estas; y ciertamente la mudaria, si dichas partes en union fueran pensantes, y sin union fueran incapaces de pensar.

Pasemos ya á considerar la naturaleza de nuestro espíritu, substancia simple, pensante, inmaterial. Los entes inmateriales pueden considerarse de infinitas especies y relaciones: de aquí es, que distinguimos con razon algunas especies con estas expresiones: *Ente inmaterial sin ninguna relacion á lo sensible, ó ente que es espíritu puro*: *Ente inmaterial con relacion ó capacidad de exercitar funciones sensibles, ó espíritu humano*: *Ente inmaterial esencialmente dependiente de la materia en que exercita sus sensaciones*. No aparece al entendimiento humano ninguna repugnancia en concebir que se den tales entes inmateriales, independientes y dependientes esencialmente de la materia, pues aunque el hombre estuviera solo en el mundo sin bestias ni plantas, él por sí mismo podia inferir que era posible un cuerpo vegetable ó que creciese: un cuerpo que sintiese corporalmente sin entender nada: un ente que conociese imperfectamente los sentimientos del cuerpo, y obrase con esencial dependencia de él; y así podia discurrir de otros entes de superior órden, clase ó especie.

Al referir toda esta variedad de entes, desde luego se ofrece el que anima á las bestias, cuya consideracion es necesaria para distinguir prácticamente la sublime naturaleza del espíritu humano. Yo ahora

prescindo de las nobilísimas propiedades de este, en órden á los objetos abstractos de las ciencias físicas y morales: á las conseqüencias que saca por medio de una inmensa serie de discursos encadenados y fundados sobre las relaciones y los fundamentos de ellas, que se observan en el obrar visible de la naturaleza, ó se suponen segun los principios del raciocinio metafísico, &c: prescindo pues de estos exercicios físicos, de los de la libertad moral, de los conocimientos del espíritu, de la deidad, y de otros semejantes que desde luego nos descubren que la naturaleza del espíritu humano dista mas de la del mas perfecto bruto, que este de la tierra, fuego, agua ó ayre, y paso solamente á considerar aquellas propiedades que en los brutos aparecen de mayor perfeccion, y que son causa de aquel conocimiento material ó imperfecto, que se les suele atribuir.

Muchas experiencias convencen ser divisibles las almas de los animales, principalmente de aquellos que llamamos insectos. A la verdad es necesario confesar que en algunos de estos la naturaleza se ve obrar claramente (1) segun las mismas leyes con que obra en las plantas por una verdadera vegetacion: así vemos animales, cuya reproduccion se hace sin juntarse, y por los mismos medios que la de las plantas: la multiplicacion de los gorgojos sucede tal vez como la de las plantas, que se siembran; y la de los pólipos se hace con modo poco diferente de la de los árboles. Si el reyno animal nos fuera bien conocido, siendo innumerables las especies de insectos, no dudo que en ellos descubririamos muchísimas especies como la de los

(1) Véase el primer tomo de la historia natural de Buffon.

los gorgojos; mas sin necesidad del conocimiento total del reyno animal, tenemos ya como cosa ciertísima que hay verdaderos animales, en los quales la naturaleza obra como en las plantas. Hacemos distincion entre los animales, distinguiéndolos en dos clases que llamamos perfectos é imperfectos; y advertimos en los primeros ciertas operaciones que parecen mostrar ó suponer algun conocimiento. Antes de exâminar este punto, no puedo dexar de hacer presente que no tenemos prueba cierta de ser indivisibles (1) las almas de los animales perfectos; y que si fuesen divisibles, dificultosamente se concibe que ellas puedan tener aun conocimientos imperfectos. Mas supongamos que sean indivisibles las dichas almas, pues el que tengan ó no tengan conocimiento los brutos, se debe decidir segun otros principios que no dependen de la

(1) Me han contado testigos oculares, que la cabeza del Caiman americano ó Cocodrilo, mordia despues de doce dias cortada, siempre que la tocaban, de la misma manera que quando el Caiman estaba vivo. El P. Jumilla en su obra intitulada: *Orinoco ilustrado*, atestigua haber hecho cortar en muchas partes una culebra, y que volviéndose á unir las partes, la culebra quedaba siempre como inmortal; y solamente las partes no se unian quando se cortaba de raiz la cabeza. Los modernos suelen defender indivisible el alma de los brutos perfectos: de este sentir fuéron Santo Tomás (*9. de anima, art. 10. in I. dist. 8. q. 5. art. 12. cont. gentes. c. 72.*): Alberto Magno (*lib. 1. de anima, cap. ult. l. 2. c. 7.*): San Buenaventura (*in I. dist. 8.*); y el P. Francisco Suarez (*de anima, l. 1. c. 13.*). San Agustin (*l. 1. de quantitate animæ, c. 31.*) creyó indivisibles las almas de los insectos.

la divisibilidad ó indivisibilidad de su alma, como lo voy á probar con las siguientes prácticas observaciones.

Es innegable que en los insectos obra la naturaleza como en las plantas; pues que vemos en algunos las señales ciertas de la vegetacion, con que crecen algunas partes de sus cuerpos, y en otros vemos que su reproduccion es como la de las plantas; mas no sabemos (1) con certidumbre, si en ellos se dan algunas señales de un obrar semejante á aquel que en los animales perfectos da ocasion á suponer en estos una especie de conocimiento imperfecto. Obsérvase en los animales perfectos un obrar constante y conforme, como se advierten constantes (2) las leyes de la naturaleza: lo mismo hacen los animales pequeños de una especie, que los grandes; y quien ha visto el obrar de un

(1) Algunos insectos se hacen guerra entre sí, y se ofenden de un modo semejante al de los animales perfectos: no se empeñan, por exemplo, en seguir su camino por sitios en que necesariamente perecerian, ántes bien huyen de ellos; y á este modo hacen otros actos como de libertad fisica.

(2) Así con razon dice Plutarco en el tratado que escribió sobre el amor de los padres á sus hijos. "Quando »discordemos sobre puntos importantes y necesarios, con»sultemos al obrar de los animales, en quienes la natura»leza es la directora. En las fieras la naturaleza conserva »puras y sinceras sus leyes, ni nos debemos maravillar que »en los animales se observen mejor que entre los racionales las leyes de la naturaleza; porque las plantas, que »carecen de virtud imaginativa y apelativa (la qual suele »pervertir el órden natural), siguen mas la naturaleza »que las bestias."

un animal, ya sabe el que tiene toda su especie. Este obrar uniforme se ve aun en los exercicios que se creen hechos con algun conocimiento, como en el defenderse, ofender, hacer caricias, limpiarse, comer, beber, &c. en tales circunstancias, y de tal determinado modo; y á dicha conformidad nada perjudica la diferencia de edades, ni del clima, sino que en todos los climas y edades hacen siempre una misma cosa, asi como los árboles producen siempre unos mismos frutos. Quien ve á un castor fabricar una casa, y á una abeja hacer sus celditas, por la perfeccion de las obras podrá sospechar conocimiento en los artífices; mas si reflexîona que las celditas, por exemplo, de todas las abejas se hacen con la misma simetría, como si fueran hechas con un solo molde; que lo mismo hace una abeja de dos meses, que otra de doce años, que lo que una hace hacen todas: que nada se hace ni se adelanta de nuevo, ni nada se dexa de lo que hacen todas, desde luego se persuadirá que este fabricar de las abejas es como el producir flores y frutos las plantas; y que el principio que mueve las abejas á hacer una fábrica (en que, como demuestra (1) el P. Scherffer, se ve practicada la sublime doctrina del libro 5. de los elementos de Euclides) es como el que obra en los vegetables, y hace que en ellos veamos maravillosa proporcion en sus flores. Asimismo, quien vea á las hormigas esconder el trigo baxo de tierra, y que muerden ó cortan su renuevo para que no retoñe; desde luego admirará una industria tan particular que podria pasar por parto de un grande ingenio; mas si reflexîona en las hormigas lo mismo que se ha dicho de

(1) *Dissertatio de cellulis apium à P. Scherffer, Soc. J.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de las abejas, desde luego se persuadiria que las hormigas tiran el bocado al renuevo del trigo (que para ellas será como una golosina) sin mas conocimiento que el que pide un obrar necesario de la naturaleza. Esto sin duda debemos decir, ya porque la invariable manera de obrar es señal de una ley constante, y ya porque si tales obras en las abejas y hormigas fueran efecto del conocimiento, no se verian tan uniformes ó semejantes en todas ellas; y estos animales tendrian mayor conocimiento que los hombres, lo que evidentemente es falso. Por tanto, es necesario segun toda racional filosofia, conceder en los brutos un principio necesitante, que solemos llamar instinto natural de cada especie, en virtud del qual hacen todas aquellas operaciones, que aunque son industriosas, y casi superiores al comun pensar de los hombres, se advierten uniformes en los individuos de cada especie, y demuestran no conocimiento en estos, sino la suma sabiduría de su autor supremo.

Vemos asimismo, que las operaciones de los animales mas perfectos, se encierran siempre dentro de los límites de lo material, esto es, son de cosas gustosas, olorosas, dolorosas, ásperas, suaves, &c. todas son de principios materiales, y acaban en lo material; mas al mismo tiempo observamos, no sin admiracion, que algunos animales con la enseñanza humana llegan á hacer exâcta y puntualmente cosas que no son comunes á los demas individuos de sus especies; y que la naturaleza no les hubiera enseñado, si eternamente se hubiesen mantenido en la compañía de sus semejantes; y este modo de operaciones particulares, dirigidas y dependientes de la enseñanza humana, dan fundamento para conjeturar, que en tales animales exîste un ente intelectual. Á la verdad, si el obrar uniforme de los animales supone en ellos una causa necesaria ó ley natural, necesitante á determinadas operaciones, se deberá decir, que el obrar sin uniformidad, y el obrar con relacion á lo que se les enseña, suponen en ellos algun ente libre é intelectual. Los efectos necesarios nos obligan á reconocer principios necesitantes; y los efectos que no aparecen necesarios, nos deben obligar á juzgarlos provenientes de los principios no necesitantes.

En fuerza de este argumento, algunos autores conceden á los animales una alma inmaterial, esencialmente dependiente de la materia en todo su obrar; y esto es lo mas que se puede conceder al alma de los brutos, discurriendo filosóficamente; mas pareceme que si se reflexîona un poco sobre la notable y sensible limitacion de los que se llaman conocimientos imperfectos de los animales, se descubrirá y encontrará insuperable dificultad para darles el puro nombre de conocimientos. Se descubre y advierte claramente á la primera reflexîon, que así en los animales imperfectos como en los perfectos, reyna constantemente una ley natural é irresistible, ó un principio necesitante que los dirige y gobierna en todas las operaciones que son comunes á todos los individuos de cada especie, y se puede decir que se derivan del dicho principio todas las operaciones que por sí mismos hacen todos los animales. En esta suposicion innegable, si se admite en los animales algun conocimiento, aunque material é imperfecto, es necesario concederles tambien una libertad física imperfecta: si no se les concede esta libertad, les seria absolutamente inútil qualquiera conocimiento, aunque imperfecto; y si se les concede, no se concibe ni se hace creible que todos los animales hayan de mostrarse siempre tan uniformes en las operaciones que vemos comunes á cada especie. Es comun á muchos animales hacer sus nidos, como los hom-

hombres hacen sus casas; mas si vemos que el animal de una especie no hace nido, sabemos que ninguno otro de su misma especie lo hará. De los animales que hacen nidos, los de cada especie los hacen siempre de una manera determinada; por lo que si vemos el nido del individuo de una especie, se ha visto el modelo cierto de los nidos de todos los demas individuos de la misma especie. Esta uniformidad se opone ciertamente á la libertad mas imperfecta; pues que en tales operaciones no se descubre sombra de libertad, sino efectos claros de causas necesitantes.

Hobbes (1), observando el obrar constantemente acertado de los animales, dixo: "lo que entre el hombre y el bruto forma la diferencia esencial, no es la »prudencia, porque varios animales observan mas co»sas que conducen á su fin, y las hacen con mayor »prudencia al primer año de su vida, que un niño de »diez años"; y podia decir, que un viejo de mas de novecientos años como Matusalem. Mas Hobbes ¿en qué pensaba quando llamó prudencia la manera de obrar que tienen los animales segun el instinto de la naturaleza? Podria haber dicho que las plantas son mas prudentes que los hombres; porque no yerran jamas su fin, ni los medios de llegar á él. La prudencia en el hombre hasta ahora se ha creido y llamado un acto intelectual que proviene de la observacion de la experiencia, ó de reflexiones justas, segun las máximas morales y civiles; y quando el hombre obra segun estos principios, aunque no acierte, se llama prudente, y se dice que obra con prudencia. El acierto de los animales, es efecto del instinto natural que en ellos obra directa ó indirectamente, como se explicará

(1) Leviatham citado: p. 1. cap. 3. p. 12.

rá despues. La naturaleza con su influxo directivo y necesitante suple en ellos la falta de conocimiento, y segun sus necesidades los amaestra por momentos en la ciencia práctica de quanto es necesario para su conservacion y propagacion, que son los dos objetos primarios de la naturaleza. Los progresos y efectos de la razon en el hombre, son notoriamente diferentes de los del instinto en los animales: este se perfecciona rápidamente, segun las necesidades de los animales; y la razon camina lentamente á su perfeccion con la reflexion y con la observacion de la experiencia. El hombre no acaba jamas de aprender: aunque fuera tan viejo como el mundo, siempre tendria materias nuevas de estudio, y lograria noticias desconocidas: despues de cien mil años de vida, no podria decir que sabia todas las cosas. Nosotros sabemos, ó tenemos depositada en los libros toda la ciencia de los hombres que han florecido desde el principio del mundo, y conocemos que nuestra ignorancia es mayor que nuestra sabiduría. En todas las especies de animales, cada individuo, sin mas maestro que el instinto natural, va aprendiendo lo que conduce á su estado, y llega prontamente al fin de su ciencia natural. Si un animal viviera mil años, haria en el último de su vida lo mismo que en el primero; esto es, repetiria siempre las mismas operaciones. No ha negado la naturaleza á los hombres el instinto que ha concedido á las bestias; mas hay la diferencia, como nota Pará (1), que el instinto en los hombres se halla siempre acompañado ó seguido del conocimien-

(1) *I principi della sana filosofia dell' abate Pará, traduzione francese.* Venezia, 1781. 8. vol. 2. En el vol. 1. p. 1. sec. 2. §. 2. p. 116.

miento que le observa, exâmina, detiene ó fomenta, le aplaude ó condena: todo esto falta en los animales, en que el instinto es una potencia ciega y necesaria, sin principios que le dirijan, sin luz que le alumbre, y sin razon que apruebe ó rehuse.

Contra esta doctrina, que demuestra la exístencia cierta de un principio necesitante en los animales, se podrá hacer la siguiente reflexion. Es innegable que estos no aprenden, si no son inspirados de la naturaleza su maestra, para saber prácticamente, ó exercitar con acierto natural todo lo que conduce á su conservacion y propagacion; y consiguientemente sus operaciones, dirigidas á estos fines, provienen de la direccion de un principio necesitante, que llamamos instinto natural; pero de este principio no provienen ni pueden provenir las operaciones y habilidades que hacen los animales por medio de la instruccion humana; por tanto, parece que en estos hay principio necesitante para las operaciones dirigidas á su conservacion y propagacion; y en el mismo principio hay capacidad para aprender nuevas operaciones, exercicios ó habilidades por medio de la enseñanza; como los hombres con esta aprenden las ciencias.

Á esta reflexion ú objecion, el filósofo, á mi parecer, dará respuesta evidentemente clara, y fundada en la naturaleza de los exercicios que los animales instruidos hacen, y en la manera de hacerlos. Procuraré exponerla en su verdadera y luminosa vista, analizando lo que los animales hacen con la enseñanza humana. Sin esta, los animales entre sí nada aprenden: mil animales, siempre juntos, hacen siempre lo mismo que cada uno de ellos separado: son capaces de aprender algunas cosas determinadas; no de inventar, perfeccionar lo enseñado, ni enseñar-

ñarlo. Los animales son vivientes, destinados al servicio del hombre, y son mas que vejetables. Si sus operaciones se restringiéran rigurosa y físicamente á los límites de lo materialmente necesario para su conservacion y propagacion, no harian nada mas que las plantas, las quales naturalmente se conservan y propagan. En este caso, serian infinitamente ménos útiles al hombre, que las mismas plantas; pues no haciendo por naturaleza sino lo que estas para su conservacion y propagacion, tendrian únicamente la particularidad, sumamente nociva á los hombres, de andar errantes, llevando por vanguardia el estorbo, la ferocidad y el horror. Todos estos inconvenientes perjudicialísimos evitó la naturaleza, amplificando las operaciones que en los animales provienen del principio necesitante que los gobierna. Algunos de ellos aprenden, con la enseñanza ó direccion de los hombres, ciertas operaciones, que exercitan con exáctitud y puntualidad; pero en todas ellas se descubren claramente los límites del materialismo mas riguroso, y de la esfera ó clase determinada en que se contienen; de modo que, si se intenta enseñarles cosas diferentes, aunque sean mas materiales, y de clase inferior, no es posible que las aprendan, por mayor y mas constante que sea la industria humana en enseñárselas. He aquí la razon filosófica con que se descubre claramente el principio influente en todas las operaciones de los animales.

La limitacion ciertísima de estos para no aprender sino determinada clase de operaciones, mostrándose totalmente incapaces para aprender otras aun mas materiales, porque son de clase diferente, nos obliga á conjeturar y á defender como cosa indubitable, que el impedimento para aprender estas últimas operaciones, no proviene de los objetos ni de la enseñanza,

sino de un principio interno, á lo ménos negativo, ó de una esencial capacidad para no pasar los límites de cierta clase de operaciones. Asimismo la dicha limitacion nos obliga á conocer, que las determinadas operaciones que los animales aprenden y exercitan por medio de la enseñanza, no son efecto de conocimiento de los objetos, ni de lo que aprenden, sino solamente de su instinto, ó ley natural necesitante, y algo extendida á las operaciones que son análogas á las necesarias para su conservacion y propagacion; y de aquí proviene claramente, que los animales aprendan las operaciones que se conforman ó favorecen los impulsos del instinto natural, y sean incapaces de aprender las operaciones que á dichos impulsos no son conformes (y mucho ménos las contrarias), aunque sean mas materiales y mas fáciles de aprender. He aquí descubierto el misterioso obrar de los animales.

Esta asercion, que nos descubre la naturaleza del instinto de los animales, se prueba claramente con la siguiente reflexion. Los animales aprenden algunos determinados exercicios, y los llegan á hacer con mayor exâctitud y perfeccion que los hombres: no por esto se podrá decir, que los animales se aventajan á los hombres en razon. ¿Cómo pues los llegan á exceder en la perfeccion de algunos determinados exercicios que aprenden? Los exceden, porque estos en su raiz proceden de un principio necesitante, ó del instinto natural, modelado con la enseñanza, y extendido á las operaciones, que son análogas á las que inspira su natural instinto. He aquí la razon filosófica con que, iluminado el hombre, dexa de maravillarse al ver, que un guarda de puercos, que internándose con una manada de centenares de ellos en un espeso é intrincado bosque, y manteniéndolos unidos por tres dias, los lleva á dormir al sitio en que

que hace la majada; al quarto dia les da absoluta libertad; ellos se descarrian; se alejan de la majada seis y siete leguas; andan errantes por el bosque buscando la bellota; y al caer el dia, todos, como si tuviéran relox á vista, ó fuéran llamados á son de campana, encaminándose á la majada, llegan á ella casi al mismo tiempo, sin extraviarse, y como si fuéran tirados de cuerdas que terminasen en la majada como en un centro. Esto, que parece fenómeno, se ve repetido tantas veces, quantas el guarda muda de majada. En este caso vemos, que el puerco obra segun le han enseñado: mas al mismo tiempo añade á la enseñanza una nueva perfeccion, de que no es capaz el hombre mas práctico en caminar por los bosques; pues si este se internase seis leguas en un bosque cerradísimo sin sendas, no sabria quizá dar en un mes con el sitio de la majada; y cada puerco descarriado por sitios adonde el guarda no los ha llevado, y sin atender á señal alguna, ni entender horas del tiempo, viene derechamente á la majada en hora determinada, como si fuese tirado de una cuerda; esta es el impulso de su natural instinto. Asimismo en las bestias, de que nos servimos para cavalgar, advertimos, que quando ellas han ido una vez por un sendero, no le yerran; y por esto nos abandonamos á su direccion como á la de la mas práctica guia. En estos y otros casos semejantes, en que precede la enseñanza, estamos obligados á reconocer claramente los efectos del obrar de la naturaleza, y no los del conocimiento; quando no se quiera decir que los animales exceden infinitamente á los hombres en el conocimiento; absurdo, que nunca se podrá decir; porque si tales operaciones provinieran de conocimiento, este seria de una naturaleza quimérica; ya que en ciertos exercicios seria angélico, y

sino de un principio interno, á lo ménos negativo, ó de una esencial capacidad para no pasar los límites de cierta clase de operaciones. Asimismo la dicha limitacion nos obliga á conocer, que las determinadas operaciones que los animales aprenden y exercitan por medio de la enseñanza, no son efecto de conocimiento de los objetos, ni de lo que aprenden, sino solamente de su instinto, ó ley natural necesitante, y algo extendida á las operaciones que son análogas á las necesarias para su conservacion y propagacion; y de aquí proviene claramente, que los animales aprendan las operaciones que se conforman ó favorecen los impulsos del instinto natural, y sean incapaces de aprender las operaciones que á dichos impulsos no son conformes (y mucho ménos las contrarias), aunque sean mas materiales y mas fáciles de aprender. He aquí descubierto el misterioso obrar de los animales.

Esta asercion, que nos descubre la naturaleza del instinto de los animales, se prueba claramente con la siguiente reflexion. Los animales aprenden algunos determinados exercicios, y los llegan á hacer con mayor exâctitud y perfeccion que los hombres: no por esto se podrá decir, que los animales se aventajan á los hombres en razon. ¿Cómo pues los llegan á exceder en la perfeccion de algunos determinados exercicios que aprenden? Los exceden, porque estos en su raiz proceden de un principio necesitante, ó del instinto natural, modelado con la enseñanza, y extendido á las operaciones, que son análogas á las que inspira su natural instinto. He aquí la razon filosófica con que, iluminado el hombre, dexa de maravillarse al ver, que un guarda de puercos, que internándose con una manada de centenares de ellos en un espeso é intrincado bosque, y manteniéndolos unidos por tres dias, los lleva á dormir al sitio en que

que hace la majada; al quarto dia les da absoluta libertad; ellos se descarrian; se alejan de la majada seis y siete leguas; andan errantes por el bosque buscando la bellota; y al caer el dia, todos, como si tuviéran relox á vista, ó fuéran llamados á son de campana, encaminándose á la majada, llegan á ella casi al mismo tiempo, sin extraviarse, y como si fuéran tirados de cuerdas que terminasen en la majada como en un centro. Esto, que parece fenómeno, se ve repetido tantas veces, quantas el guarda muda de majada. En este caso vemos, que el puerco obra segun le han enseñado: mas al mismo tiempo añade á la enseñanza una nueva perfeccion, de que no es capaz el hombre mas práctico en caminar por los bosques; pues si este se internase seis leguas en un bosque cerradísimo sin sendas, no sabria quizá dar en un mes con el sitio de la majada; y cada puerco descarriado por sitios adonde el guarda no los ha llevado, y sin atender á señal alguna, ni entender horas del tiempo, viene derechamente á la majada en hora determinada, como si fuese tirado de una cuerda; esta es el impulso de su natural instinto. Asimismo en las bestias, de que nos servimos para cavalgar, advertimos, que quando ellas han ido una vez por un sendero, no le yerran; y por esto nos abandonamos á su direccion como á la de la mas práctica guia. En estos y otros casos semejantes, en que precede la enseñanza, estamos obligados á reconocer claramente los efectos del obrar de la naturaleza, y no los del conocimiento; quando no se quiera decir que los animales exceden infinitamente á los hombres en el conocimiento; absurdo, que nunca se podrá decir; porque si tales operaciones provinieran de conocimiento, este seria de una naturaleza quimérica; ya que en ciertos exercicios seria angélico, y

y en otros seria nada. Los animales pues, incapaces de hacer por medio del conocimiento las dichas operaciones, las exercitan en virtud de los instintos que la enseñanza modifica ; mas en la modificacion siempre se esconden relaciones claras al fin de la conservacion y propagacion de los animales. Las operaciones que los animales aprenden, parecen totalmente diversas de las que practican abandonados á la sola direccion de su instinto ; mas analizadas filosóficamente, se hallarán siempre análogas á ellas : sino hay esta analogía en las dichas operaciones, que parecen diversas, los animales no las aprenderán jamas : son incapaces de aprenderlas. Demuestro estas proposiciones con los exemplos prácticos que se han alegado. El acierto que los animales en que cavalgamos tienen para llevarnos sin errar por senderos en que nos perderiamos ; y la exâctitud de los puercos en volver á su majada en tiempo determinado, y sin extraviarse ni perderse por los mas cerrados bosques, no son otra cosa que efectos del instinto natural de los animales para salir de sus camas, cuevas ó nidos con el fin de alimentarse, y despues volver á sus moradas para lograr descanso, y librarse de las inclemencias del tiempo. Toda la enseñanza humana en determinar majadas, se reduce á determinar otros tantos nidos ó cuevas para su morada. Así los puercos por la mañana salen en fuerza del natural instinto para buscar el alimento, y por la tarde, gobernados del mismo instinto, vuelven á su morada en aquella hora que es comun á todos los individuos de su misma especie. Este obrar, léjos de llamarse efecto de conocimiento, se debe reconocer y llamar justamente efecto de indispensable necesidad, que los animales tienen de obedecer á la ley natural y necesitante que el supremo Hacedor les dió para la conservacion y pro-

propagacion propia. Lo que los puercos hacen en los bosques, se ve en los aviones y vencejos, que atropados multuaria y confusamente por la atmósfera, distinguen repentinamente sus nidos, y freqüentemente visitan á los hijuelos que en ellos tienen.

Las particulares habilidades que se ven en los perros llamados galgos y perdigueros, son efecto de la enseñanza ; mas en su raiz provienen de los impulsos del instinto necesitante que se extiende á ellas. Todo su conocimiento y toda su industria no son otra cosa que el instinto ó ley natural y necesitante ; y toda la enseñanza que les da el cazador, no es otra cosa que la modificacion de un instinto natural, relativa á otro instinto. En los perros perdigueros, por exemplo, hay el instinto natural de peseguir todo animal volátil que se pone en tierra, ó se les acerca ; y de practicar todas las industrias naturales para cazarlo, como alimento que le ha destinado la naturaleza. A este fin se hallan adornados de olfato delicadísimo, con el que llegan á percibir en donde han dormido ó han estado los volátiles, y van siguiendo el rastro de ellos. Todo esto hacen, dirigidos del principio necesitante, que conspira á su conservacion. Si con la enseñanza aprenden á no seguir ningun otro volátil sino la perdiz ; este obrar no es otra cosa sino efecto de otro instinto mas fuerte, que modifica y limita los impulsos del instinto de perseguir toda especie de volátiles. Sí ; en los perros, como en todos los demas animales, hay el instinto fuerte y privilegiado para conservar cada uno su propio individuo; y á este fin evita, ó huye de todo lo que le ofende, ó le puede incomodar ó destruir. De este instinto se sirve el cazador que, para enseñar al perro perdiguero, le castiga quando sigue qualquiera volátil que no sea la perdiz, y le premia quando sigue ó coge á esta.

En

En varias provincias de Italia, los perros cazadores se llaman perros de codornices, porque comunmente aprenden solamente la caza de estas; y si tal vez en dichas provincias encuentran alguna perdiz, no la siguen, porque no es de la especie de aquellos volátiles que pertenecen á su enseñanza. Todo esto se reduce á hacer prevalecer en el perro el instinto fuerte de conservar su individuo, al qual se opone el castigo que le dan quando sigue otros volátiles, y animales diferentes de los que la enseñanza y el castigo le prescriben seguir y cazar. Las industrias del perro enseñado para lograr la caza, son siempre análogas á los efectos del instinto natural con que la haria sin enseñanza alguna; y radicalmente son como las industrias de las abejas, hormigas, &c. en órden á los objetos á que se limita su instinto. En muchísimos animales, las operaciones de un instinto se pueden modificar con las de otro instinto que sea mas fuerte; y esto determinadamente sucede, y se logra fácilmente en todos los animales destinados al servicio humano.

De este modo, que sorprehende y dexa estática la mente del filósofo verdadero que lo considera, la infinita sabiduría de nuestro supremo Hacedor, prescribió á las plantas leyes necesarias y simples para vejetar y producir flores y frutos: á los insectos prescribió otras leyes ménos simples, pero necesarias, con que se propagasen, nutriesen, se alimentasen con determinados manjares, y produxesen obras admirables y útiles al género humano, como lo hacen las abejas, los gusanos de seda, y otros insectos; y á los animales mas perfectos que destinó al inmediato servicio del hombre, prescribió otras leyes particularísimas, y mucho ménos simples, con que se conservasen, se propagasen, y sirviesen al hombre. Á este fin era necesario, que sin detrimento de su obrar natural tuviesen varios instintos que se modificasen recíprocamente por la industria humana, pues de otra manera serian inútiles al hombre: serian como plantas andantes con notable daño de los hombres. Toda la ciencia de estos en enseñar á los animales algunas habilidades ú operaciones, consiste en contraponer las de un instinto á otro instinto ménos fuerte; en cuyo caso los animales obran siempre por impulsos que tienen su raiz en un principio necesitante, y no en la razon. Por esto los animales, para volver á sus nidos ó camas, ó á las majadas, no se dirigen ni gobiernan por las señales de árboles, yerbas, senderos, &c. como hacen los hombres en quienes la razon del espíritu suple el defecto del instinto de la naturaleza, si no se abandonan ciegamente á una ley natural, ó á ún impulso proveniente de principio necesitante que los gobierna.

El influxo y la direccion de este principio necesitante se observan claramente en todos los animales, y nos hacen conocer claramente la uniformidad de sus costumbres, ó mudanza constante de ellas en circunstancias determinadas. Por exemplo, vemos que los animales mas domésticos y mas tímidos se muestran repentinamente intrépidos, valientes, y aun temerarios, atreviéndose á reñir con animales mas fuertes quando se hallan en caso de defender sus hijuelos. Vemos que los animales mas descuidados, en el parto, y despues de él por algunos meses, se muestran repentinamente diligentísimos; y que los mas golosos, por alimentar sus hijuelos, quedan hambrientos, como cantó Homero. Parece que en los animales no se pueda dar acto de mayor conocimiento, que el comun de exponer su propia vida por defender la de sus hijuelos, y sufrir las agudas punzadas del hambre por alimentarlos. Pero si estos actos son efectos

del conocimiento, ¿cómo es posible que se hallen tan constantes en todos los animales; y que sean tan varios en los hombres dotados de razon? ¿Por qué los animales, despues que ha pasado el tiempo necesario para la crianza de sus hijuelos, no los socorren en otras necesidades ó peligros, ántes bien los persiguen y maltratan como á enemigos? ¿Por qué algunos animales se comen los hijos, por cuya defensa exponian ántes la propia vida? ¡Ah! que todos estos efectos, verdadera ó aparentemente contrarios, continuados ó suspendidos en determinadas circunstancias, provienen siempre, no de razon, sino de instintos ó principios necesitantes: á estos los debe reducir la consideracion filosófica, admirando con humildad y confusion las obras de la eterna é infinita sabiduría del Hacedor.

Pesando con justa balanza todas las razones expuestas, se infiere demostrativamente, que los animales obran, no por razon, sino dirigidos de instintos ó principios necesitantes; y que los filósofos que, considerando á los animales como máquinas, quieren explicar todas sus operaciones por medio de simple y puro mecanismo, se apartan de la verdad infinitamente ménos que los que quieren concederles qualquiera conocimiento, aun el mas imperfecto.

Es difícil, ó casi imposible, que la mente humana llegue á conocer la verdadera naturaleza del principio, ó ente necesitante que impele los animales á obrar; mas no obstante esta ignorancia, parecen evidentes las dos siguientes proposiciones: 1ª De las operaciones que constantemente son comunes á los individuos de cada especie de animales, la causa no puede ser sino un principio necesitante que los dirige y gobierna como las leyes físicas de la naturaleza determinan la vejetacion y propagacion de las plantas.

Es

2ª Es evidente que varias industrias ó exercicios que los animales hacen por enseñanza, tienen relacion clara con otras operaciones, provenientes del instinto natural, ó de principio necesitante; y consiguientemente deben provenir de estas mismas causas. Lo mismo se debe decir de las demas habilidades é industrias que hacen por enseñanza, aunque en ellas no se descubra relacion clara, con las operaciones provenientes del instinto natural; porque el no descubrirse tal relacion, no prueba que no la haya; y porque si tales industrias no son efecto del instinto, lo serán de la razon; esto es, de una razon quimérica, cuya limitacion, en casos determinados, repugna á la idea metafísica que se tiene de toda razon. Para prueba de esto servirá la siguiente reflexion. Todas las causas son uniformes y constantes en obrar, segun su naturaleza, quando concurren las mismas circunstancias; por tanto, si un animal obra por razon, quando por enseñanza distingue dos objetos materiales, deberá obrar tambien por razon en la distincion que se le enseñe de otros dos objetos materiales, diversos y mas fáciles de distinguir; mas la experiencia demuestra que no sucede esto, pues se ve que algunos animales aprenden fácilmente ciertas habilidades, y se muestran incapaces para aprender otras mas fáciles; luego es necesario decir, que todas sus operaciones aprendidas tienen relacion esencial con otras provenientes de principios necesarios, y que de ellos proceden. Segun lo expuesto, y lo que vemos en la universal naturaleza, si queremos filosofar rectamente, parece que deberemos discurrir así. Por quanto los animales mas perfectos que conocemos, no se muestran capaces de aprender sino determinadas operaciones materiales, y limitadas á varias especies, si se encontráran otros animales capaces de aprender otras operaciones ma-

teriales, de cuya práctica é instruccion son incapaces los primeros, serian ciertamente mas perfectos que estos, ó de órden superior á ellos. Asimismo, experimentándose que los animales mas perfectos que conocemos, nada adelantan aun en lo material, que por la naturaleza no se dirija á su conservacion, si hubiera animales capaces de adelantar algo solamente en el órden material, y con relacion á sus placeres, ciertamente esta tercera clase de animales seria de órden superior á las dos clases antecedentes. Mucho mas superior seria la clase de aquellos animales, que no solamente fuese capaz de adelantar algo en lo material, con relacion á sus placeres, sino tambien de exâminar y reducir á máximas ó principios fundamentales las relaciones de los efectos sensibles con sus respectivas causas. Seria de superior perfeccion la clase de los que no solamente penetrásen la relacion de las causas materiales con sus efectos, su influxo, atraccion, repulsion, &c. sino tambien llegase á formar idea de los objetos inmateriales, de sus esencias, de la verdad y falsedad de los juicios, y de quanto pertenece á la pura metafísica. Ultimamente, seria de perfeccion infinitamente superior un ente espiritual, que ademas de los conocimientos expuestos, y relativos á la física y metafísica, tuviese tambien los que suministra la ética, en cuyos principios se fundan todas las relaciones morales de las criaturas entre sí y con su Criador; y las máximas que arreglan los deberes de la religion, de la sociedad civil, y del uso que las criaturas superiores deben hacer de las inferiores á ellas subordinadas, ó destinadas para su servicio. Un ente espiritual de esta naturaleza; ente que trascienda con su conocimiento lo material é inmaterial, lo físico, lo metafísico y lo moral, y no reconozca límites en inventar é idear cosas nuevas, es el espíritu humano, el qual á

á la mas simple reflexion se presenta, y aparece claramente espiritual, inmortal y libre por esencia; á distincion del espíritu de los animales, el qual, aunque se le conceda conocimiento imperfecto, á despecho de las razones alegadas, que demuestran su imposibilidad, depende evidentemente de lo material en que principian y acaban, y á que se limitan todas sus operaciones, y es totalmente incapaz de ideas metafísicas y morales.

ARTÍCULO III.

La espiritualidad del alma del hombre.

En los discursos antecedentes, al impugnar la materialidad del espíritu humano, establecer su naturaleza, y demostrar su diferencia del alma de los brutos, se han insinuado algunas razones que indirectamente probaban su espiritualidad; y ahora directamente se demostrará esta, uniendo todas las reflexiones que la consideracion física, metafísica y moral de la naturaleza del espíritu humano, suministra para inferir y evidenciar su espiritualidad. Segun los principios de metafísica, son de diversa especie las substancias, cuyas propiedades físicas ó metafísicas son incompatibles; y evidentemente son incompatibles las propiedades del espíritu humano, y de la substancia material. A esta es esencial la inercia, repugnante no solamente á la virtud motriz, sino tambien á la vital y sensitiva, que incluyen esencialmente la misma virtud motriz; por lo contrario, al espíritu humano repugna la inercia, pues experimentamos, que él por sí mismo piensa, promueve, fomenta, ó suspende libremente sus pensamientos y deseos;

seos ; y miéntras el hombre siente en sí mismo estos actos intelectuales , vive y siente ; por lo que con razon atribuye la vitalidad y sensibilidad de su cuerpo al espíritu que produce tales actos. Al hombre es tan natural el obrar mentalmente , que el vivir sin materia en que exercitar sus actos mentales , es para él especie de muerte vital. El hombre , aunque abunde de bienes de fortuna , busca con ansia , y sufre gustosamente las fatigas de la ocupacion , y vive teniéndolas siempre por menor pena que el ocio. Su alma, siempre deseosa de encontrar nuevo pasto de pensamientos , y siempre ocupada en ellos , le dice que por naturaleza es enemiga de todo ocio mental. Lo que en lo físico es mas penoso al espíritu humano , es lo que mas repugna físicamente á su naturaleza ; y ciertamente al espíritu del hombre sano , en la calma de los placeres mundanos , no hay cosa que le sea mas penosa que la ociosidad. Figuraos al hombre mas sano y regalado, que teniendo vendados los ojos, oidos , &c. ande errante , sin poder apacentar su mente con las ideas de impresiones de nuevos objetos; en este caso su espíritu no dexa de obrar , ántes bien obrará tan fuertemente, que llegue á desconcertar sus humores , y el mecanismo de su cuerpo. Este obrar continuo é interno por propia actividad , repugna á todo lo material ; por tanto repugna que el espíritu sea material.

El obrar de todos los agentes materiales , es necesario siempre que en ellos se supongan las cosas necesarias , ó prerequisitos para que exista el efecto ; así el fuego calienta necesariamente , la luz alumbra , y el movimiento traslada los cuerpos de un lugar á otro; mas el espíritu humano , teniendo ya todos los prerequisitos para obrar , ó determinarse , suspende quando y como quiere sus operaciones con toda libertad. El

El bruto en libertad no suspenderá jamas su operacion contra lo que le sugiere su instinto ó fantasía ; y el espíritu humano la suspenderá siempre que quiera. La necesidad y la libertad son dos propiedades intrínsecamente contrarias , con repugnancia esencial para existir en un mismo agente sobre los mismos objetos, ó en órden á las mismas operaciones. La necesidad es propiedad esencial de todo lo material ; luego á este repugna la libertad , la qual por tanto solamente puede existir en agente inmaterial ó espiritual.

Los efectos de toda causa material deben ser materiales ; y repugna efecto inmaterial de causa material , porque seria mas noble que su misma causa. Todo lo material ocupa espacio ; y un punto material (aunque se suponga indivisible) no puede ocupar el espacio en que deben estar muchos puntos materiales. Segun estos principios , si las ideas , aun de objetos materiales , fuéran materiales en qualquiera sentido por su extension , intension ó duracion , ocuparian espacio , y el agente que las produce y recibe , seria divisible. Si las dichas ideas ocuparan espacio , este deberia ser inmenso , siendo innumerables las ideas de objetos casi infinitos en número y grandeza. Si el espíritu fuera divisible en cada parte infinitísima de él , la impresion de un objeto solo , por exemplo, de una estatua , excitaria ideas de tantas estatuas , quantas fuéran las partes infinitísimas de que se componia el espíritu. Las ideas del cielo, tierra, mares , &c. son algo ; mas ciertamente no pueden ser cosa material ; luego son cosa espiritual.

Á las ideas de la mente humana no comunican sus propiedades los objetos : así no es infinita la idea del infinito ; ni es divina la idea de la divinidad. Por tanto , de la materialidad de los objetos que el espíritu conoce , falsamente se infiere que son materiales sus

sus ideas. Tampoco lo son por razon del principio que las produce; porque lo material, esencialmente inerte, es incapaz de producciones activas; luego las ideas mentales no son materiales.

La naturaleza de las operaciones de qualquiera ente, no puede ser superior á la del propio ente: asimismo la mayor felicidad de un ente no puede ser de calidad superior á la naturaleza del mismo ente; porque si lo fuera, este seria incapaz de gozarla. La razon natural dicta, que un ente material es incapaz de felicidad espiritual, y que esta solamente se puede gozar por un ente espiritual. De aquí es, que si llegamos á conocer la naturaleza de los placeres de un ente, conocerémos tambien la naturaleza de este. Observemos los placeres del hombre. En este, como bien distingue Sherlock (1), se ve por experiencia darse dos especies de felicidades independientes entre sí, y diversísimas en especie: unas crecen, menguan y perecen con el cuerpo, y se llaman materiales ó corporales; porque de él dependen, y él prácticamente las goza: otras son claramente del espíritu, sin mas conexion ni relacion al cuerpo, que ser este morada del espíritu quando las tiene y goza; tales son los placeres que resultan del conocimiento de las ciencias, y de la virtud. Todos los hombres tienen práctica demostrativamente experimental, de su exercicio, placer y deleyte en el conocimiento, y en los progresos de las ciencias, de la verdad, bondad moral, &c. y este placer y deleyte no pertenecen ciertamente á lo material incapaz de su goce. Los alimentos

(1) *De l' inmortalité de l' ame, et de la vie eternelle par Guillaume Sherlock. Traduit de l' anglois.* Amsterd. 1708, 8, ch. 2, sect. 2. p. 87.

tos de cada substancia nos descubren la naturaleza de esta; y el deleyte en el uso de ellos, si la substancia es capaz de tenerle, nos hace reconocer mejor la naturaleza de la substancia: así dixo bien un poeta (1).

Os sibi vult escas, lactatur imagine rerum
Visus, in exemplis fercula mentis habe.
Ægris prima, secunda pigris, sed tertia doctis
Mensa placet, vires, otia, dogmata parant.

Los platónicos, con quienes convienen San Gregorio Nacianceno y San Gregorio Niseno, para probar la espiritualidad del alma se valian de la diferencia esencial, y naturaleza diversa de los manjares materiales con que se alimenta y deleyta el cuerpo, y de los actos mentales con que se apacienta gustosamente el espíritu. Este tanto se alimenta y deleyta con los actos mas elevados con que considera la esencia, bondad &c. de las cosas, la probabilidad y verdad de las aserciones, que abstraida en su contemplacion, queda insensible á las mas fuertes impresiones de los objetos materiales. El cuerpo, como dice San Gregorio Niseno en el *diálogo sobre el alma*, tiene sus propias calidades, las quales son sensi-

(1) *Philippus Abbas: fragmenta:* véase *Q. Tertuliani opera cum notis Joan. de la Cerda, Soc. J.* Paris, 1630. fol. vol. 2. En el vol. 2. lib. *de anima*, cap. 6. §. 102. p. 251. Cerda en las notas á este capítulo pone las mejores pruebas de los platónicos para demostrar la espiritualidad del alma: pruebas que, como bien nota Cerda, en vano pretende impugnar Tertuliano.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sibles; mas las virtudes y los hábitos del espíritu no se sujetan ni miden, ó gozan por ningun sentido; y así deben ser espirituales. La razon, la experiencia y la opinion comun de todos los hombres, convienen en que la felicidad y el placer puro del alma por el conocimiento de la sabiduría y de la virtud, son mayores, y de calidad infinitamente mas noble que la felicidad y los placeres corporales. Á ninguno se ha echado en cara que es muy sabio, prudente, humano y virtuoso. El exceso en los placeres corporales, aun por los viciosos no se alaba, y entre todos llega á ser infamia; pero jamas ha sido ni será vituperable el exceso en la sabiduría y en la virtud sobre la comun práctica de los hombres, y aun quando no hubiera otra vida, y el espíritu pereciera con el cuerpo, la virtud siempre seria objeto de la alabanza, del premio y de la admiracion; y las leyes de la mejor sociedad civil la inspirarian y protegerian. ¿En qué nacion, aun la mas bárbara, la ciencia y la virtud no ha merecido la alabanza y el respeto á quien las profesan? Ninguno hasta ahora ha sido alabado por abandonar los deleites espirituales, y ninguno ha sido castigado ó vituperado por abandonar los sensuales. Los deleites mas geniales á un ente son los que mas se le asemejan en la naturaleza; y son aquellos que no le dan nunca materia de arrepentimiento. ¿Quándo el hombre se ha arrepentido por haber sido sabio ó virtuoso? Si el alma no fuera espiritual, anhelaría solamente por los deleites que no son espirituales: no tendria fuerza ni gusto para combatir y contradecir á la corporal inclinacion, y al placer de los sensuales: ni aun seria capaz de tener otros deleites. El placer sensual que logra el cuerpo, proviene de la impresion de objetos exteriores, sin cuyo influ-

fluxo no podrá gozarlo, porque lo material no puede acarrearse por sí mismo ningun placer; mas el espíritu que piensa por sí mismo, y se deleita de sus pensamientos y conocimientos, por sí mismo se ocasiona y produce su placer y deleite; por tanto, el espíritu no puede ser cosa material, y sin dependencia de toda materia goza sus deleites y placeres.

ARTÍCULO IV.

Inmortalidad del espíritu.

Es raiz de todas las ideas que al hombre forman civil en la sociedad con sus semejantes, y obsequioso y sujeto á Dios en la religion, la inmortalidad de su espíritu: sin ella vacilarian, y aun desaparecerian la religion y la sociedad: sus leyes se mirarian como lazos ideales contra la libertad que daba la naturaleza sensible: los placeres de esta serian la única ocupacion, y el objeto solo de los hombres; y la sociedad civil, y la inclinacion humana para estar en ella, serian causas y efectos que, repugnando entre sí, conspirarian á hacer al hombre mas infeliz que las fieras. De tantas y tales consequencias seria la mortalidad del espíritu humano: la naturaleza, igualándole en ella con el espíritu de las bestias, seria madre piadosa de estas, é inhumana madrastra de los hombres: la criatura mas feliz seria la ménos noble y ménos enriquecida de dotes naturales: el espíritu humano en fin, si fuera mortal, exístiendo seria ménos feliz que la nada. Estos absurdos resultantes de la mortalidad del espíritu humano, dan bien á entender que esta es quimérica. Demostraré esta verdad con razones evidentes, que subministran las ideas reveladas divinamente, ó

innatas de los hombres, y los principios de física, metafísica y ética.

§. I.

Idea innata de los hombres, ó divinamente revelada sobre la inmortalidad de su espíritu.

La diversidad en el pensar y obrar, es tan propia de los hombres, como lo es su libertad en que se funda. Si por la faz del universo tendemos la vista de la consideracion, apénas hallaremos en los hombres otra semejanza ó cosa comun, sino en ser corporales y racionales, y en el conocimiento de los axíomas que inmediatamente se derivan de la impresion mas clara de los objetos materiales, y de los dictámenes evidentemente manifiestos de la conciencia. De esta verdad se tiene prueba práctica en la diferencia, conque no solamente las naciones en sociedad, sino los hombres en particular, piensan y obran en lo científico, civil y político. Toda esta diversidad, que es efecto inmediato de la libertad humana, dirigida variamente, y combatida de la preocupacion y de las pasiones, nos obliga á reconocer como ingénito en el hombre todo lo que pareciendo ser efecto de la libertad, se halla comun á todo el género humano: si lo que vemos practicarse por los animales de una especie, juzgamos ser innato á ella, mucho mas juzgaremos innato al género humano, lo que á todos los hombres, no obstante su libertad, es comun. Así miramos como ingénita (1) en ellos la moral sindéresis, llamada conciencia, que manifiesta y dicta los preceptos naturales: así tambien debe ser ingénita la idea de la inmortalidad del espíritu humano que se halla constantemente comun en todas las naciones. Algunas de estas han errado en creer inmortal el espíritu de los brutos, mas ninguna ha dexado de creer inmortal el espíritu humano. El error en juzgar inmortal el espíritu de las bestias, no se opone á la idea verdadera y cierta de la inmortalidad del espíritu humano; ántes bien la confirma, pues que las naciones que han caido en tal error, lo han inferido del suponer que el alma de los brutos es el espíritu humano, que habiendo sido vicioso en el cuerpo humano, por pena y castigo de sus maldades, es condenado á animar el cuerpo de las bestias.

(1) En el párrafo siguiente se explicará lo que en las ideas significa la expresion *innata*, ó *ingénita*.

Platon en su *fedon* ó tratado del alma, introduce á Sócrates que, queriendo probar la inmortalidad de esta, alega por su primera prueba la antigua opinion que decia baxar á los abismos el alma que salia del cuerpo humano, y luego volvia á vivificar otros cuerpos. Sócrates, que se valia de esta opinion sin aprobarla, con ella á lo ménos probaba la comun idea de los hombres, de la continuada existencia del espíritu humano despues que se separaba del cuerpo. Esta idea, que Sócrates y otros filósofos antiguos defendiéron ser comun á todas las naciones conocidas en sus tiempos, se ha descubierto ya universal en todas las naciones del mundo. La idea de la divinidad se halla en todas las naciones, pero no igualmente clara: en unas es inmediata, y mediata en otras; mas la idea de la inmortalidad del alma se halla clarísima en todas las naciones. Llámense á juicio filosófico las mas bárbaras: estas son segun la historia cierta de los descubrimientos de casi todo el mundo, las que se hallan en varias provincias de Amé-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

América, como en la California, en sus paises boreales, y en las cercanías del rio Orinoco; y en todas ellas se encuentra comun y fuertemente sellada la idea clarísima de la inmortalidad del espíritu humano. Algunos autores se han ocupado en formar relacion histórica de las ideas que las naciones mas bárbaras tienen innatas ó heredadas sobre la dicha inmortalidad: yo no me juzgo obligado á esta empresa hoy no necesaria. No, no es necesario ya hacer induccion de las naciones que confiesan la inmortalidad del espíritu humano, sino basta decir que son todas las del mundo: si hay alguna que no lo confiese, que la nombren, que la señalen (1) los que se declaran protectores de la opinion fantástica que

(1) Es ridícula la autoridad de Herodoto (despues se citarán sus palabras), que dice haber sido los egipcios los primeros que afirmáron ser inmortal el álma. Esta inmortalidad la creyéron todas las naciones antiguas, como se infiere de sus funerales al espíritu humano: la han creido y creen todas las naciones civiles y bárbaras que se han descubierto despues que Herodoto escribió su historia; y ciertamente los egipcios no han predicado ni enseñado á todas las naciones del mundo el dogma de la inmortalidad del alma. Ciceron en el libro 1. de las qüestiones Tusculanas dice: " *sed quod litteris extet Pherecydes Syrus pri-* " *mum, dixit animos hominum esse sempiternos.*" Esta proposicion es indigna de un filósofo, que debia haber conocido y reflexîonado que, siendo comun á todo el género humano el dogma de la inmortalidad (como confiesa el mismo Ciceron que se citará despues), necesariamente debia haberse afirmado este dogma desde el principio del mundo, y Ferecides repitió lo que ántes de él habian dicho todos los hombres.

que supone mortal el espíritu humano; y entre tanto que no se nombre con documentos ciertos, se tendrá por verdadero que la idea de la inmortalidad del espíritu humano es comun en todas las naciones del mundo.

Todas estas tienen por dogma la inmortalidad del espíritu humano: todas creen y dicen una misma cosa sobre este punto, para cuya determinacion no se ha hecho asamblea alguna del género humano. ¿Y qué, la confesion tan uniforme de este no será voz de la naturaleza que habla en los hombres? Si lo que todos estos dispersos creen y afirman constantemente, no es voz de la naturaleza humana, ¿dónde y cómo conoceremos quando esta habla? No es dogma humano dirá alguno, el que por todos los hombres no se cree y confiesa, y sabiéndose que algunos filósofos han negado la inmortalidad del espíritu, no se podrá pretender ó afirmar dogmática entre los hombres su fe. Segun esta objecion, el entusiasmo ó la contrariedad de quatro individuos del género humano en el pensar, puede hacer ridícula toda la autoridad de este; y el modelo del recto pensar humano se ha de hallar solamente en un Epicuro, en un Neron, y en otros hombres viciosos, y no en todos los hombres virtuosos que ha habido y hay en todo el género humano. Porque ha habido algunos fanáticos filósofos que han negado los derechos de la naturaleza y de la honestidad ¿se podrá dudar prudentemente de ellos? ¿No es notorio que en estos, como en los que niegan la inmortalidad del espíritu, habla no la naturaleza, sino la pasion contra esta? Ellos dicen no lo que se sienten inspirados á creer, sino lo que por el temor del castigo en la otra vida desearian que sucediese. La inmortalidad del alma es dogma que, ó debe poner freno

no á sus desórdenes, ó les intima el castigo cierto por ellos en la otra vida: ninguno de estos dos extremos agrada á los viciosos, y por esto pretenden evitarlos lisongeando sus pasiones y temores con la mortalidad que desearian en su espíritu; mas los deseos del hombre no pueden alterar la naturaleza de los entes, ni hacer mortales los que son inmortales.

La mortalidad del alma pues, es dogma de todo el género humano, cuya unánime confesion es voz ó de la naturaleza, ó de la revelacion divina. Todas las naciones creen y confiesan la inmortalidad del alma: de este sentimiento uniforme pueden descubrirse solamente dos causas, como bien nota Sherlock citado: una es el instinto de la naturaleza cultivado por la razon á quien es conforme; porque la naturaleza solamente imprime las ideas, y el sello de estas se perfecciona, y hace mas visible por medio de la razon. La otra causa es la tradicion, que desde la creacion del mundo pudo pasar de padres á hijos. Si el instinto natural inspira la inmortalidad del espíritu, esta será dogma pronunciado por la naturaleza, oráculo infalible del supremo Hacedor. Si el dogma de dicha inmortalidad proviene de la antigua tradicion de los hombres, se deberá inferir, ó que estos en algun tiempo han hecho asamblea para determinarlo, y establecer que de generacion en generacion pasase de padres á hijos, ó que todas las naciones provienen de una familia sola, que por revelacion divina habia sabido el dicho dogma. La asamblea de todo el género humano, ciertamente no se ha hecho ni se ha podido hacer, si el mundo eternamente ha estado poblado de hombres; luego es necesario inferir, que el dicho dogma se ha hecho universal en todas las naciones, porque todas ellas provienen de una ó pocas familias que

que en algun tiempo estuviéron unidas. En este caso se deberá decir, que el dogma de la inmortalidad del alma nació con el género humano; y que á este en el momento de aparecer en el mundo, fué comunicado por revelacion divina; pues por este único medio pudo arraigarse tan tenazmente entre los hombres. El dogma pues de la inmortalidad del alma se debe respetar como sacrosanto, debiendo su orígen al instinto natural, ó á la autoridad, y al recto pensar de todo el género humano, ó á la revelacion divina. Sobre los motivos que la filosofía suministra para juzgar inmortal el espíritu humano, discurrió bien Ciceron diciendo (1): "La opinion de todas las »gentes sobre qualquiera asunto, se ha de conside»rar como una ley de la naturaleza. ¿Quién llora la »muerte de los suyos, sino porque juzga que con ella »carecen de los bienes corporales de esta vida? Si »faltára este juicio, faltaria el duelo que se hace en »la muerte de nuestros parientes y amigos. Mas la na»turaleza nos da silenciosamente prueba grande de »la inmortalidad de nuestros espíritus. El que planta »árboles, fructuosos solamente en los siglos venide»ros, dice que estos tambien le tocan á él, como di»ce Estacio. Lo mismo creen los que dexan leyes, que »harán feliz la república despues de su muerte. Este »mismo sentir se infiere de la procreacion de los hi»jos, de la diligencia en hacer testamento, de los elo»gios sepulcrales, y de las ilustres acciones con que »los hombres quieren eternizar su nombre. Sin gran»de esperanza de la inmortalidad, ninguno se sacri»ficaria á la muerte por servir á la patria: pudo Te»místocles tener una vida ociosa: la pudo tener Epa»mi-

(1) *Ciceron: Tusculanar. quæstion.* lib. 1, num. 31.

»minondas; y para no cansarme en alegar exemplos »antiguos y modernos, pude yo tambien tenerla; »mas no sé cómo en el ingenio humano se siente un »natural vaticinio de la eternidad; y este innato agüe»ro existe principalmente en los hombres grandes. Si »faltase este natural indicio de los futuros siglos, ¿quién »seria tan loco que quisiera vivir siempre entre los »trabajos y peligros? Los poetas, los artesanos, los »filósofos, no ménos que los héroes de la patria, an»helan por la gloria de su nombre despues de su muer»te. Si el comun consentimiento de los hombres es una »misma voz de la naturaleza, y todos los hombres de »todos los paises convienen en que sigue y continúa »existiendo alguna cosa que pertenecia á los que mu»riéron corporalmente, debemos juzgar que es con»forme á la verdad la inmortalidad de los espíritus."

§. II.

Inmortalidad del espíritu humano, segun principios de física y metafísica.

La muerte separa el espíritu del cuerpo; pero la separacion de dos partes que forman un compuesto, no es su aniquilacion, y segun el órden de la naturaleza, no es capaz de alterar sus esencias. En el órden natural las partes de un compuesto que se desunen, no pierden sino el accidente de la union: su naturaleza es la misma en la union, que en la separacion. Union y separacion de partes son dos efectos que se pueden concebir obras de la naturaleza; mas no se pueden concebir como tales la alteracion esencial, ó el aniquilamiento de las partes unidas ó separadas. La separacion de las partes que forman un viviente, es efecto que vemos y experimentamos con-

tenerse dentro de los límites de la naturaleza: no podemos afirmar lo mismo de la union de todas las partes que forman el viviente; porque no tenemos prueba experimental que nos demuestre el poder de la naturaleza para formar vivientes con la sola union de las partes que los componen; y por esto juzgamos bien no ser demostrable que la naturaleza pueda formar animales con la union de las dos substancias que los componen. A la verdad, si la naturaleza tuviera tal poder, en tantos accidentes y combinaciones de entes sensibles, alguna vez se hubiera visto nacer un animal de las piedras ó de la tierra en virtud de la union de innumerables partes heterogeneas; mas hasta ahora no se ha visto provenir ni una planta de tal union. Ménos se podrá conceder á la naturaleza poder alguno para formar un hombre, cuyo espíritu, superior infinitamente á la naturaleza misma, con su conocimiento la trasciende, y con su industria la altera y analiza, como si fuera dueño absoluto de ella. El espíritu humano, á la menor reflexion filosófica, aparece claro é inmediato efecto de su Criador: el filósofo, no encontrando en toda la naturaleza agente alguno que sea capaz de formarle, para hallar este se sublima hasta tocar con su conocimiento el poder y el obrar inmediato del supremo Hacedor.

El orígen del espíritu humano no aparece obscuro ni misterioso al verdadero filósofo que le refunde, y halla claramente en su Criador; porque reconociendo criado al mismo espíritu, no descubre en la naturaleza poder para criar, ó sacar de la nada cosa alguna. Mas la duracion eterna del espíritu humano (que te llama su inmortalidad) ¿se conocerá tan claramense como su orígen? Segun la sana filosofía parece que sí; porque el filósofo, viendo que todo el poder de la naturaleza se ocupa en transformar, unir ó di-

solver entes; que en estos efectos se alteran accidentalmente los compuestos, y no substancialmente sus esencias; y que como estas no pueden criarse por la naturaleza, tampoco pueden aniquilarse, infiere luego, segun principios ciertos de física, que el cuerpo y el espíritu, partes componentes del hombre, en su desunion no padecen alteracion substancial, no se aniquilan, si no continúan existiendo: el cuerpo queda lo que substancialmente era, esto es, tierra; y el espíritu consiguientemente debe quedar lo que era en el momento de su union con el cuerpo. La naturaleza nada cria, y nada aniquila; no sabe, ni puede hacer otra cosa, sino unir, separar, transformar, envolver y desenvolver entes. Lo que en ella llegó á existir una vez, segun principios de física, debe existir eternamente hasta que lo aniquile el que lo crió. Criar y aniquilar, aunque expresiones de efectos diametralmente opuestos, son sinónimas de un mismo poder; porque solamente quien puede criar puede aniquilar; y por lo contrario, solamente puede aniquilar el que puede criar. Por tanto, constándonos evidentemente de la existencia de las dos partes, ó principios diversos que componen el hombre, esto es, cuerpo y espíritu, inferimos legítima y necesariamente que estas dos partes, aunque separadas, deben existir eternamente hasta que las aniquile el poder que las crió. Las substancias materiales simples en el órden natural no perecen, ni pueden naturalmente faltar, porque no tienen contrario alguno; y aunque le tuviéran, este les contrastaria el lugar, la accion, &c. mas no la existencia, sobre que no hay poder en ningun agente natural. Solamente le tiene Dios, que las puede aniquilar; mas para aniquilarlas es necesario que obre no como autor de la naturaleza, sino como supremo Hacedor sobre ella. Segun el órden na-

natural se destruyen los cuerpos, no por aniquilamiento de sus elementos, sino por su disolucion; así como el fuego no aniquila el leño que quema, sino disuelve ó separa sus partes. Lo que sucede en la naturaleza es lo que obra Dios en ella como su autor. Si el Criador concede á las substancias materiales simples la eterna duracion natural, ¿negará esta á las substancias espirituales? Si la materia es eterna, ¿deberá ser mortal y perecedero el espíritu, infinitamente mas perfecto que la materia?

El espíritu humano es mortal, dice el incrédulo, mas que lo es el cuerpo; y la razon es, muere el cuerpo, y despues de su muerte no se experimenta efecto sensible del espíritu, como se experimenta en el cuerpo cuya materia queda; por tanto, se debe decir que el espíritu perece. Mal modo de argüir: debia argüirse así: muere el cuerpo, y despues de su muerte no se experimenta efecto sensible del espíritu, que es material como el cuerpo; por tanto, como este con la muerte pierde su figura, con la muerte tambien el espíritu pierde su actividad.

Esta proposicion, que es falsísima, debia ser el antecedente para inferir bien la conseqüencia que se saca. El incrédulo vuelve á insistir, arguyendo así: el espíritu obra con dependencia del cuerpo; luego perece faltando el cuerpo de quien depende. Este argumento es sofístico por muchas razones. 1.°: El espíritu obra con dependencia del cuerpo, mas no siempre: no se demostrará jamas la dependencia total en todas sus operaciones. 2.°: Aunque se conceda que el espíritu, miéntras está en el cuerpo, obra siempre con dependencia de él, no se demostrará jamas que separado del cuerpo, no pueda obrar. 3.°: El fuego depende tanto del movimiento, que sin él no obra: no por esto se podrá inferir, que aniquilándose el mo-

vi-

vimiento, se aniquila el fuego. Para demostrar que el espíritu perece, es necesario demostrar que repugna físicamente su inmortalidad, ó que esta es esencialmente incompatible con la muerte del cuerpo. Diré mas: segun buena filosofía, para afirmar que el espíritu perecerá, no bastaria demostrar que podia perecer; porque ilegítimamente se inferirá que sucederá todo lo que puede suceder: es pues necesario demostrar que debe perecer. Estas breves reflexiones bastan para conocer la total insubsistencia de los argumentos que se hacen contra la inmortalidad del espíritu. Vuelvo á continuar el discurso interrumpido con los argumentos del incrédulo.

En el órden natural, como se probó ántes, la substancia que llegó á existir una vez, no se aniquila jamas; por lo que, segun principios de física, se infiere ser eternamente durables la substancia del espíritu humano, y la materia del cuerpo que anima. Segun estas máximas, fundadas en el poder de la naturaleza, y en su práctico obrar, se deberá inferir tambien, que segun principios de física, son eternamente durables la substancia del espíritu de los animales, y la materia de su cuerpo. Esta conseqüencia es recta y necesaria, segun el órden natural; y con relacion á este debiéron sacarla los egipcios, y aquellos filósofos griegos que defendiéron la metensicosis ó transmigracion de las almas desde el cuerpo humano al de las bestias, la qual comunmente se llama pitagórica (1). Esta opinion, que aun defienden

(1) Diógenes Laercio (*de vitis philosophor. libri* 10, *gr. ac lat. edente Marco Meibomio.* Amst. 1698, 4, lib. 8, segm. 13, num 14, p. 499.) dice, que segun la comun opi-

den y tienen por dogma varias naciones del Indostan, es infinitamente ménos disparatada que la de los filósofos defensores de la mortalidad del espíritu humano; porque el obrar de la naturaleza nos induce mas á conceder la inmortalidad al espíritu de las bestias, que á negarla al humano. Si nos limitamos ó restringimos á las ideas simples de la física, segun ellas, para probar que el espíritu humano es inmortal, y no el de las bestias, hallarémos pruebas particulares y evidentes, fundadas en la esencia substancialmente diferente de uno y otro espíritu, y en el fin físico de su creacion (1). Propondré con la mayor claridad estas pruebas en las siguientes reflexiones.

En

opinion, Pitágoras habia sido el primero que habia enseñado la transmigracion de las almas. Herodoto Halicarnaseo (*historiar. gr. ac lat. libri* 9, *edente Jac. Gronovio.* Lugd. Batav. 1717, fol. lib. 2, n. 123, p. 135.) habia escrito mucho ántes que Laercio, "que los egipcios habian sido los primeros defensores de la inmortalidad del espíritu humano; y que este, despues de la muerte del cuerpo, pasaba al de los animales, y despues volvia al cuerpo de los hombres. Hay algunos griegos, añade Herodoto, que han usurpado esta opinion haciéndola propia: sé sus nombres, y no los escribo." Estas expresiones de Herodoto convencen, que en Egipto, ántes que en Grecia, se defendió la metensicosis que probablemente se denominó pitagórica, porque Pitágoras la hizo célebre en las escuelas. Hay naciones orientales, que desde tiempo inmemorial tienen la metensicosis por dogma religioso; y probablemente de ellas lo aprendiéron los egipcios, que en tiempo de Sesostris hiciéron conquistas en oriente.

(1) A ningun dogma religioso ni filósofo se opone la opi-

En todas las obras del supremo Hacedor hay el *porqué físico* y el *porqué moral* de su creacion y existencia, mas ó ménos duradera, temporal ó eterna. To-

opinion, que supone criados los espíritus de los animales. David, en el salmo 103, hablando de la muerte de estos, dice que quitándoles el Señor su espíritu, se convierten en su polvo: y que enviándoles de nuevo su espíritu, se crian, y de este modo renueva la faz terrestre. David en estas palabras habla claramente de la muerte y reproduccion de los animales. El texto de la edicion vulgata dice así: *Auferes spiritum eorum, et deficient, et in pulverem suum revententur: emittes spiritum tuum, et creabuntur: et renovavis facien terræ.* En la version griega de los setenta intérpretes se leen literalmente las mismas palabras. Segun el Jesuita Juan Lorino en su larga exposicion de los salmos, tomo 3.°, de la edicion lugdunense del año de 1616, p. 139, San Agustin lee *aufer* en lugar de *auferes*; y otros leen *colliges, tolles, removebis, retrahes, congregabis, consumes, finies.* Estas varias lecciones, á mi parecer, aluden á las diversas opiniones sobre el aniquilamiento total, ó sobre la transmigracion de los espíritus de las bestias. La consideracion filosófica del espíritu de las bestias no descubre motivo ni razon para conjeturar que él continuase exîstiendo despues de haberse separado del cuerpo; por lo que, ó debe perecer, ó debe transmigrar al cuerpo de otras bestias. Qualquiera de estas dos opiniones se puede defender sin lesion de ningun dogma católico ni filosófico. Las versiones arábiga, caldea, siriaca y hebrea del citado texto, dicen así, segun la poliglota londinense de Walton: la arábiga dice: *Eripis spiritum eorum, atque moriuntur, et in pulverem suum revertuntur: mittis spiritum tuum, et creantur, et renovas faciem terræ, vice altera.* He aquí la reproduccion de los animales. La caldea dice: *Congregabis spiritum eorum, et deficient, et in pulverem suum revertentur: mittes spiritum sanctum tuum, et creabuntur, et renovabis faciem terræ.* La siriaca dice: *Tollis spiritum eorum, et moriuntur, inque pulverem suum revertuntur: mittis spiritum tuum, et creantur; atque renovas faciem terræ.* La hebrea dice: *Revertentur in suum pulverem, spirabunt, eorum spiritum colliges, terrebuntur: Domini gloria erit: terræ facies innovabis, et creabuntur, tuum Spiritum mittes ad terram.* He aquí que, hablándose del espíritu de las bestias, se dice: *auferes, eripis, congregabis, tollis, colliges:* estas expresiones aluden á la muerte de las bestias, y aludiéndose á su nueva vida, se dice siempre: *emittis spiritum tuum, et creabuntur.* Segun estas últimas expresiones, parece que David supone la creacion nueva del espíritu de las bestias; y consiguientemente en las primeras expresiones (que son algo confusas) se debe entender su aniquilamiento. Si la faz terrestre se recrea con la creacion de nuevos espíritus de bestias, los de las bestias muertas deben aniquilarse; porque el obrar del espíritu de las bestias nos hace conocer claramente que no hay fin físico ni moral de su exîstencia separada del cuerpo.

Todas las criaturas exîsten por algun fin físico ó moral: este es mas noble que el otro, y nos es mas conocido; porque las verdades morales son mas claras é indefectibles que las físicas. Del *porqué*, ó fin moral de la existencia del espíritu humano, y del de las bestias, discurriré despues: ahora me limito á discurrir solamente del físico que debemos conocer, é inferir de la naturaleza de los actos de uno y otro espíritu: estos actos nos descubrirán claramente la diferen-

rencia de sus respectivas esencias físicas, y nos harán conocer, si segun los principios de física y metafísica les compete la mortalidad ó inmortalidad.

El espíritu humano, substancia inmaterial, como se demostró ántes, dentro del cuerpo obra y exerce actos que de este no dependen, ni á él se refieren; y el fin físico de la creacion y exîstencia de las substancias espirituales (prescindiendo de lo que en ellas Dios obra como autor de la gracia) se dirige al exercicio libre de sus actos mas propios y nobles, quales son los puramente mentales. Este exercicio es tan connatural al espíritu humano (1), que algunos filósofos han juzgado serle esencial, y que es imposible exîstir el espíritu pensante, sin estar en exercicio de pensar. El hombre en sí mismo siente experimentalmente el efecto de esta verdad; pues experimenta serle tan imposible el impedir que su espíritu piense, como lo es á

(1) Quando veo un sabio, que en la vejez decrépita, ó en la enfermedad, perdió todas las ideas adquiridas, y que apénas en el momento presente retiene las que adquirió en el antecedente, me figuro ver en él la sombra del pensar lánguido del espíritu del hombre en el principio de su infancia. El alma del sabio que en la enfermedad perdió sus ideas antiguas, es tan perfecta como era quando las tenia: la permanencia ó la desaparicion de las ideas, respecto del alma, son como la permanencia ó desaparicion de los objetos sensibles, respecto de la vista; son cosa totalmente extrínseca al alma: si le fuéran intrínseca, el hombre, que con la vejez ó enfermedad padece algun trastorno momentáneo ó duradero en su máquina intelectual, no seria esencialmente el mismo que en el estado perfecto de sanidad: seria otro ente esencialmente diverso en especie; lo que es cosa absurda.

á la naturaleza el impedir que el fuego queme. La falta de memoria en unos hombres, y en otros la languidez ó poca intension en el pensar, les hacen creer que por algun tiempo de la vida, como en el de la infancia, vejez decrépita, enfermedad, &c. su espíritu está sin pensar; mas esta creencia es ilusoria, como la del que dispertando del sueño, no se acuerda de haber dormido, porque no se acuerda de lo que ha soñado. El espíritu humano, capaz de pensar, debe pensar siempre; porque para formar sus pensamientos, le basta su capacidad de pensar: sus pensamientos podrán ser mas ó ménos lánguidos, y totalmente pasagera la impresion de sus ideas; y por esto el hombre cree que no pensaba en el principio de su infancia. No solamente en todo estado es connatural el pensar al espíritu humano, sino que este, aun quando anima el cuerpo, forma pensamientos con independencia total de él; tales son los conocimientos de las verdades eternas en lo moral y metafísico. El espíritu humano, por sí mismo, sin instruccion de maestro alguno, conoce estas verdades y las abraza: ellas no dependen de la impresion de objeto alguno externo: no exîsten en este, ni en el cuerpo que el espíritu anima: solamente (1) pueden exîs-

(1) Gran guerra filosófica mueven los modernos sobre las ideas innatas. Locke, en su obra citada (lib. 1, cap. 11.) empieza impugnando la exîstencia de toda idea innata. Mas la impugnacion de Locke y de otros modernos seria inútil si se supusiera la justa definicion de las ideas innatas. La palabra *innato* hace juzgar que se trata de ideas concriadas con el alma, ó de ideas que en ella exîsten como semillas que despues vejetan. Este juicio es muy erróneo. Ideas in-

existir en el espíritu que las conoce. Si este pues, vivificando el cuerpo, exerce sus actos mas nobles, sin dependencia de este, podrá exercerlos tambien fuera del cuerpo; por tanto, no faltando el fin físico y mas noble de su existencia, que es el de pensar (el pensar en el alma es mas noble que el vivificar el cuerpo), no aparece en el órden natural razon por la que el espíritu humano sea mortal, ó dexe de existir luego que se separa del cuerpo; ántes bien, segun el mismo órden, se infiere que Dios, para destruir ó aniquilar el espíritu humano, obraria como autor no natural, sino contra la naturaleza; pues impediria el fin físico que con mayor perfeccion conseguiria el espíritu humano, exercitando sus nobilísimos actos mentales fuera del cuerpo, en el que miéntras le anima está expuesto á muchas ilusiones, causadas por la confusion de las impresiones de los objetos materiales.

Este fin físico falta en el espíritu de las bestias, cuyas operaciones nos hacen inferir, que él fué formado solamente para vivificar el cuerpo, y para servir útilmente al hombre miéntras le anima. El conocimiento de las bestias es filosóficamente indistinguible de su instinto, y qualquiera conocimiento que se les

innatas, segun la sana metafísica, son las que la mente humana puede formar por sí sola, sin consultar á ningun oráculo de la naturaleza sensible. El alma, aunque animase un tronco de árbol, por sí misma formaria idea de su existencia, de las verdades necesarias, de la bondad ó malicia intrínseca de los actos mentales, &c. Estas son las ideas que se llaman innatas, porque para su formacion no se vale la mente de objeto alguno sensible ó extrínseco á ella. Con esta explicacion me parece que todo filósofo debe conceder al alma las ideas innatas.

les conceda, debe ser imperfecto, limitado y correspondiente únicamente á su conservacion natural, y al destino de servir al hombre. Su espíritu es claramente incapaz de exercitar actos perfectamente espirituales, y siempre obra con cierta especie de habitualidad sobre determinados objetos, con analogía á su instinto natural, y á su destino. Todo esto prueba que tal espíritu para obrar, depende esencialmente del cuerpo, y que al disolverse éste, falta el fin físico de su posterior existencia. Asimismo, si atentamente observamos que el obrar de las bestias, su principio y fin, sus placeres, y los objetos de su deseo y gusto se contienen solamente dentro de los límites de lo material, limitadísimo á sus respectivas especies, inferiremos necesariamente, que aunque á ellas se conceda algun conocimiento (cuya verdadera calidad nos sea desconocida), este no obstante, por tener relacion esencial con lo material, y por no estenderse á objetos y fines que no pertenezcan en algun modo á la esfera visible, no existe, ni puede existir sino quando la máquina corporal sea tal, que por medio de ella el espíritu de las bestias pueda exercitar los actos materiales de que es capaz. De aquí proviene, que pensándose bien sobre la diferencia suma que hay entre el obrar de las bestias y el de los hombres, desde luego se descubre claramente la insubsistencia del sofisma que contra la inmortalidad del espíritu humano hacen los impios, valiéndose de la mortalidad del espíritu de las bestias.

El sofisma pues, se reduce á estas breves expresiones. Las bestias tienen mucha semejanza con el hombre en el concebirse, nacer, sustentarse y gozar de los objetos materiales: aquellas mueren enteramente; luego tambien los hombres mueren enteramente como las bestias. Mas si este raciocinio es exácto, tambien lo serán los siguientes. Las bestias se asemejan á los

los hombres en la concepcion, en el nacimiento, y en la muerte: ellas son incapaces esencialmente de las ciencias, luego tambien lo son los hombres. Asimismo se podrá decir: los hombres se asemejan á las bestias en la concepcion, nacimiento y muerte del cuerpo: ellos no mueren en el espíritu: luego tampoco en este mueren las bestias. Si á estos argumentos se responde que las bestias se suponen incapaces de las ciencias, y totalmente mortales; yo responderé que los hombres se suponen inmortales en el espíritu, porque este es capaz de las ciencias; y se inferirá, que en buena metafísica el argumento de los impios es un verdadero sofisma de que se puede hacer uso para probar igualmente mortales é inmortales las almas de las bestias y de los hombres.

Si alguno con mejor filosofía quisiese responder diciendo que se suponen mortales las almas de las bestias, porque en ellas no se dan conocimientos, placeres y deseos sin dependencia de lo material, y del cuerpo; y faltando este, deben faltar las dichas almas, porque falta la razon suficiente de su existencia; de esta respuesta inferiré, que el espíritu humano no debe faltar jamas, sino debe existir eternamente, porque por la eternidad no falta la razon suficiente de su existencia, la qual razon es su capacidad intrínseca para exercitar sus actos puramente espirituales, que son los mas nobles y propios de su naturaleza. Véase aquí como el argumento de la semejanza entre el hombre y la bestia, en órden á determinados objetos materiales de los sentidos corporales, es totalmente sofístico para inferir la semejanza en todo; y como para resolver filosóficamente la qüestion de la inmortalidad del espíritu humano, y de la mortalidad de las almas de las bestias es necesario recurrir á particulares principios, de donde

de resulten la tal inmortalidad ó mortalidad.

No será importuna la exposicion filosófica de los dichos argumentos en breves y claras expresiones. La haré pues. No se puede negar, que entre el hombre y la bestia hay semejanza en órden á ciertos exercicios, y tambien hay infinita esencial desemejanza en órden á otros. La semejanza produce necesariamente efectos semejantes, y la desemejanza los debe producir desemejantes. Siendo pues semejantes el hombre y el bruto en órden á la vegetacion y sensacion material, los efectos y el fin de estas deben ser comunes al hombre y al bruto: si este muere enteramente en órden á lo vegetativo y sensitivo de los males y placeres materiales, el hombre tambien debe morir enteramente en órden á los mismos efectos. Mas en el bruto no hay sino males y placeres materiales; y en el hombre ademas de estos efectos provenientes ó dependientes de su vegetacion y sensacion, hay otros males ó placeres que nada tienen de material, y en sí y en sus objetos son perfecta y puramente espirituales; y en estos actos el hombre es desemejante de las bestias, como estas lo son de los árboles en la sensibilidad; luego como la mortalidad de los árboles en lo vegetable, en que convienen con las bestias, no prueba la total mortalidad de estas en lo sensitivo, en que les son desemejantes, y para probar la mortalidad del alma de las bestias, que es la raiz de su sensibilidad, se acude á principios particulares de que se infiera; así para probar la mortalidad de los hombres en el espíritu racional, en que son desemejantes de las bestias, no podemos valernos de la total mortalidad de estas, sino debemos recurrir á otros principios particulares é independientes de la mortalidad de las bestias, y estos principios se encuentran en lo que forma la esencial desemejanza

za entre las mismas bestias y el hombre; esto es, en ser este perfectamente racional y libre, y asemejarse en esto á su Criador. Ciertamente en buena metafísica la mortalidad del espíritu humano no se inferirá de su nobilísima racionalidad y libertad física y moral, ántes bien por lo contrario se inferirá su inmortalidad; porque si el hombre es mortal en lo que se asemeja á las bestias, inmortal deberá ser en lo que de ellas se diferencia y se asemeja á su Criador inmortal. Este es el eficaz argumento que Platon en su tratado sobre el alma pone en boca de Sócrates, diciendo: "Es claro »que el hombre en el espíritu es semejante á Dios, co»mo en el cuerpo es semejante á lo mortal: el espíri»tu es invisible y racional como Dios; y el cuerpo es »visible, y no racional: este obedece, y el espíritu »manda y señorea, como manda el mismo Dios: por »tanto, si el hombre muere en el cuerpo, porque este »se asemeja á lo mortal, él vive eternamente en el es»píritu, porque en este se asemeja á lo divino, á lo »inmortal, á lo inteligible, á lo uniforme y á lo indi»soluble, que siempre persevera de un mismo modo." Concluyamos las pruebas físicas y metafísicas de la inmortalidad del espíritu humano, con otro argumento platónico que propone Felipe Solitario, diciendo (1): "Si te mueves, ó alma, y eres movida por tí, es prue»ba de que eres eterna; porque lo que se mueve á sí »mismo, no dexándose jamas á sí mismo, jamas de»xará de moverse." Este argumento, que en parte puede convenir al espíritu de las bestias, conviene singularmente al espíritu humano en órden á los actos y exercicios de su vida puramente mental.

(1) Felipe Solitario (*dioptra*: lib. 2. cap. 3.) citado por Luis de la Cerda en su comentario de Tertuliano, §. 93. p. 240. del lugar citado.

§. III.

Inmortalidad del espíritu humano segun los principios de Ética.

Los principios éticos nos descubren el *porqué moral* de la creacion y existencia del espíritu humano. Las bestias incapaces de actos puramente espirituales, y de conocer la bondad ó malicia moral de sus acciones, lo son tambien de los méritos ó castigos que les corresponden; y su espíritu fuera del cuerpo, despues de la disolucion de este, seria un ente aislado, inútil, é incapaz de algun fin moral; por lo que, faltándole el *porqué moral* de su posterior existencia despues de la muerte del cuerpo que animaba, debe perecer por sabia providencia del Altísimo. Lo contrario debe suceder al espíritu humano, el qual, pudiendo exercitar fuera del cuerpo sus mas nobles actos, y conociendo su bondad y malicia moral, por derecho natural pide el castigo ó premio que se merece, que comunmente no suele tener en la vida mortal, y de que es capaz en la eterna. El derecho de equidad en el órden moral, es como el de las leyes físicas en el órden natural; mas es superior á este, es mas claro, y sus máximas son eternas, y esencialmente verdaderas. Las que se infieren de las leyes físicas son naturalmente necesarias, y sujetas al poder del supremo Hacedor sobre la naturaleza; y las que se infieren de los principios de la equidad, son esencialmente necesarias. Estas no pueden engañar: con su claridad y eterna verdad nos descubren lo que tal vez confusamente se oculta en las leyes físicas, y lo que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ha sucedido y siempre sucederá. Por tanto, aunque la inmortalidad del espíritu humano no se infiera del fin físico de su exîstencia, deberemos confesarla, si se infiere de su fin moral, que nos descubre la doctrina ética. Segun esta propondré brevemente dos argumentos convincentes de la inmortalidad del espíritu humano.

El primer argumento que puede llamarse ético-físico, consiste en el siguiente raciocinio. El espíritu humano debe necesariamente ser inmortal; porque tiene capacidad para gozar de un último fin eterno y espiritual, á cuyo goce no puede llegar en la vida mortal. La capacidad de un ente en qualquiera linea, en esta nos dice su esencia: el Hacedor no hizo las criaturas capaces de un bien, á cuyo goce repugne su esencia, y ciertamente á la capacidad que el espíritu humano tiene de gozar de su último fin, repugnaria su esencia si fuera esencialmente mortal. Esta razon en que se indica una de las esenciales propiedades con que el hombre se diferencia de las bestias, es convincentísima aun quando se prescinda del mérito que el hombre con el buen uso de su libertad puede hacer para adquirir un premio espiritual; porque en el órden natural vemos que vegetables y animales logran por sí mismos, consiguen, y casi agotan todo aquel fin de que son capaces; así de las semillas nacen las plantas, crecen sacando el alimento del xugo terrestre que les es propio, llegan á madurez, producen flores y frutos, y no pudiendo tener otro fin, á nada mas se estienden, sino que mueren, ó perecen naturalmente quando ya han agotado su fin, y no tienen otro que lograr; así tambien el animal á beneficio de una inclinacion que la providencia del Altísimo imprime en todos los brutos para conservar, propagar y hacer útiles al género humano sus respectivas especies, crece y hace uso de los objetos materiales de que es capaz.

paz. Si los animales no gozan otros infinitos objetos materiales, como los de la música, pintura, &c. esto no prueba que no gocen de todo su fin, sino que este es limitadísimo dentro de la esfera de los objetos materiales. Pues si las plantas y los animales en el órden natural gozan aquel fin de que son capaces, ¿con qué filosofía se negará que el hombre en el mismo órden no tiene derecho natural para gozar el fin espiritual de que es capaz? Si la felicidad verdadera del hombre, aun quando los estímulos de su carne le contradicen y hacen guerra fierísima, consiste en la virtud y en la práctica de quanto enseña la ética; y esta práctica es mas cierta y segura quando su espíritu está separado del cuerpo, ¿por qué á este se negará la posterior exîstencia ó estado de inmortalidad en que logre la felicidad pura y espiritual de la virtud? Estas razones se descubren mas y mas eficaces si se considera que en el hombre exîste eterna y esencialmente el dictámen innato y cierto de la conciencia, que proponiéndole viles, infames y abominables los placeres corporales, le estimula á huir de ellos. Así pues, al espíritu humano, que segun los impios es mortal, el dictámen innato y cierto de la conciencia, segun la sana filosofía, pinta abominables los placeres corporales, y le estimula á aborrecerlos y evitarlos: por tanto, si unimos estas dos opiniones de la mortalidad del espíritu humano segun los impios, y del dictámen de conciencia para aborrecer y huir de todo placer vil, se inferirá que el hombre no tiene naturalmente ni fin corporal ni espiritual.

La capacidad de un agente racional para qualquier fin ú objeto, es el verdadero fundamento en que segun la filosofia estriban los actos mentales que el mismo agente puede exercitar en órden á tal fin ú objeto. Toda capacidad de un agente para un fin es rela-

tiva á este, así como el fin es relativo á la misma capacidad; y de aquí es, que en la capacidad del espíritu humano para un fin espiritual siempre duradero, y en el conocimiento de ella se fundan y estriban naturalmente los deseos y el juicio tan natural, quanto comun, que de la inmortalidad del mismo espíritu forman los hombres. Sin temor de errar deberá decirse, que en los hombres los deseos y la persuasion de la vida inmortal de sus espíritus les son cosa tan innata, como es esencial á los mismos espíritus la capacidad para vivir eternamente. Los deseos del espíritu humano corresponden á su capacidad, ó por mejor decir, nos hacen conocer su naturaleza; pues en el órden natural un agente no puede desear cosa que repugne intrínsecamente á su capacidad y naturaleza. El caballo incapaz de ser rey de los hombres, es ciertamente incapaz de desear un reyno humano; y si tuviera tal deseo, sin duda alguna la naturaleza no le hubiera hecho intrínsecamente incapaz de poder lograrlo. El deseo pues, de la inmortalidad que tiene el espíritu humano, descubre su capacidad intrínseca para gozar la cosa deseada.

Los deseos del espíritu humano no tienen límites; se extienden hasta el infinito. Desea el hombre con vehemencia y ansiedad un bien temporal, en cuya posesion, como de objeto de sus deseos, falsamente se promete hallar la mayor paz: le llega á poseer y gozar, y luego falta naturalmente el deseo del bien que ya se goza, mas no se encuentra la paz; porque el bien adquirido estimúla á otro deseo de mayor bien. Así el hombre, á proporcion que va adquiriendo nuevos y mayores bienes temporales, se va sublimando y realzando con nuevos deseos, que tal vez en la abundancia de honores y bienes le disturban mas que en la ausencia de ellos. Los deseos del hombre traspa-

pasan todos los límites: podrá gozar todos los bienes temporales de que es físicamente capaz; pero no por esto sus deseos llegarán al término, ó dexarán de atormentarle: los deseos calmarán ó cesarán solamente quando se dirijan á un bien sin límites, qual es el infinito: todos los bienes finitos no bastan para llenar el hueco que dexan en el espíritu humano, el qual ciertamente fué criado para gozar un bien infinito, porque este solo puede corresponder á sus deseos. Quien desea todo lo finito, y luego que lo posee desea otro mayor bien, desprecia todo lo finito que posee: es como el que nada posee, y desea poseer. No hay felicidad verdadera con deseos insaciables que acarrean la inquietud irremediable. En quien posee los mayores bienes, y desea otros mayores, la inquietud del deseo quita toda la paz que el gusto del bien poseido puede dar. Segun estas máximas ciertas, los deseos que tiene el espíritu humano de la inmortalidad, ó son indicios ciertos de su capacidad para lograrla, ó son efectos quiméricos de una naturaleza monstruosa, como mas largamente se demostrará en el discurso siguiente.

El impio que, teniendo en la vida eterna su castigo merecido, afirma ó pretende persuadirse que su alma es mortal; finge creer, ó quisiera creer un dogma repugnante al claro y universal impulso de la naturaleza humana. En todo hombre es innato el deseo de su fama memorable siempre y en todo lugar. El deseo de esta fama es el de la inmortalidad que los hombres se buscan con sus hazañas y proezas. Los hombres pues, que desean vivir eternamente en la memoria de sus semejantes, y que se hacen heroycamente grandes por hacer inmortales sus nombres, ¿no desearán naturalmente con mayor ansia la inmortalidad de su espíritu, ó ser ellos mismos inmortales? El

im-

impio quiere falsificar este impulso universal de la inmortalidad en todos los hombres: pretende engañarse creyendo mortal su alma: espera acabar en nada: esperanza que repugna esencialmente al deseo que todos los hombres tienen de inmortalizar sus nombres, y á sí mismos. La inmortalidad es un bien infinito, no se puede conocer sin desearlo: si el espíritu humano lo conoce, necesariamente lo desea: si lo desea, necesariamente es capaz de lograrlo; y esta capacidad es su misma naturaleza. Pero ¿de dónde proviene al impio la esperanza de acabar y confundirse con la nada? ¿De dónde esta esperanza tan contraria al impulso natural que todo hombre tiene de la inmortalidad? Proviene del temor que el impio tiene de la pena eterna merecida por su mal obrar; y siendo mejor ser nada, que ser eternamente infeliz, por instinto natural desea acabar en nada. El se quiere engañar teniendo por dogma filosófico de fe la esperanza que le inspira el temor contra sus naturales deseos: se esfuerza á esperar que acabará en nada: esperanza contra el deseo comun de la inmortalidad: así con un principio natural destruye otro principio natural. El que no teme justamente la pena eterna, no pretende engañarse persuadiéndose la mortalidad de su espíritu; y por esto se observará, que solamente duda ó niega la inmortalidad de este el que teme justamente la pena eterna por su mal obrar. El impio pues, fingiéndose la mortalidad de su alma, contrapone el deseo de no ser eternamente infeliz con el comun de la inmortalidad del alma; y como tal deseo proviene del instinto natural que le inclina á huir del mayor mal, con un instinto sofoca el impulso de otro instinto natural que le inclina á creer la inmortalidad del espíritu. Sucede al impio como á las bestias, en las que, como ántes se dixo, un instinto natural prevalece contra otro instinto. ¿Y por qué prevalece en el impio? Porque queriendo continuar en las malas obras, se figura poder obrar con paz, desterrando ó desarraigando el temor de la pena eterna. Este consejo dió el incrédulo poeta, que empezando á tratar de la naturaleza del espíritu humano, dispone al lector (1), aconsejándole "que deseche totalmente el miedo del infierno; miedo que disturba radicalmente la vida humana, ofuscando todas las cosas con el horror de la muerte, y no permite que sean puros ó en paz los deleytes de la vida."

Paso á proponer el segundo argumento prometido. Infiérese tambien filosóficamente la inmortalidad del espíritu de su libertad moral, y de la idea natural que todos tenemos de un Dios remunerador. El hombre no es libre para confundir la malicia con la bondad moral, sino que necesariamente conoce el bien y el mal moral; mas es absolutamente libre para hacer lo que le parezca. Así el hombre en sí mismo representa la figura de monarca despótico, asistido por un consejero que no engaña ni le puede engañar. Su razon natural le presenta á la vista de la mente lo que es ó no es honesto; y su intrínseca libertad le dexa en su arbitrio el depotismo para hacer lo que quiera. En esta suposicion es necesario decir, ó que el impulso de la razon natural es fátuo, ó que el hom-

(1) *Hasce secundum res animi natura videtur,*
Atque animæ claranda meis jam versibus esse:
Et metus ille foras præceps Acheruntis agendus
Funditus, humanam qui vitam turbat ab imo,
Omnia suffundens mortis nigrore: neque ullam
Esse voluptatem liquidam, puramque relinquit.
Lucretii Cari de rerum natura libri 6, lib. 3, v. 35.

hombre tiene obligacion de seguirle: la razon es clara; porque si el hombre no tiene obligacion de obrar bien, no se descubre motivo racional de la existencia de la razon naural, que le haga conocer el bien y mal moral, y le estimúle á abrazar aquel, y á dexar este. Añado mas: el impulso de la razon natural ó conciencia es totalmente inútil, si la misma utilidad se saca de obrar bien que mal; porque ¿quién juzgó necesaria la vista para caminar, quando no se saca utilidad alguna de ver el sitio por donde se camina? Si como al hombre es libre el obrar bien ó mal, le fuera libre el tener ó no tener la luz de la razon natural para conocer la bondad ó malicia; podria darse algun lugar á la duda si estaba obligado á seguir el dictámen de la razon natural; mas en caso de existir este necesariamente en el hombre, como en realidad existe, segun todos principios de buena metafísica y ética, es necesario inferir, ó que el hombre está obligado á seguir el dicho dictámen, ó que este es un efecto fátuo de la naturaleza. En una palabra, el mérito ó demérito no es cosa quimérica, sino real, práctica y comunísima en el comercio humano; y el mérito ó demérito son efectos necesarios de la libertad. Luego quien obra con esta, obra siempre con mérito ó demérito. La ilacion es legítima, pues que no se reduce sino á inferir los efectos que suponen esencialmente la existencia de una causa cierta é innegable.

En esta suposicion, desde luego ocurre, que el hombre virtuoso, ó que se hace mérito, debe ser premiado; así como debe ser castigado el malo, ó el que hace demérito. Esta máxima, que es la que rige y mantiene la sociedad civil de los hombres, y pertenece á los primeros principios de la razon natural, desde luego nos conduce á estas tres reflexiones:

1ª Ve-

1ª Vemos no pocas veces á los malos victoriosos, felices, triunfantes, y premiados en este mundo; y por lo contrario, vemos oprimidos, deshonrados y castigados á los buenos. En este caso, que sucede con freqüencia, es necesario decir, que hay otra vida en que el bueno será premiado, y el malo será castigado; ó que Dios, con mala providencia, dió al hombre dictámen para obrar bien, y libertad para hacer bien ó mal. Exercicio libre sin mérito ó demérito, repugna esencialmente; y si faltan el debido premio y castigo, ¿de qué sirven el mérito y demérito? ¿de qué el dictámen de la razon? Este raciocinio es tan poderoso en sí, que aunque no tuviéramos prueba ni revelacion alguna de la inmortalidad del espíritu humano, la debiamos inferir filosóficamente de la libertad humana, de la relacion que esta tiene al mérito y demérito, y de la relacion que estos tienen al premio y castigo. La segunda reflexion es: Aunque la sociedad humana fuera tal, que procurára siempre premiar al bueno, y castigar al malo; por quanto los hombres se pueden engañar sin culpa en órden á las acciones de otros hombres, se infiere que es necesaria otra vida, en que Dios, que es incapaz de errar, premie al bueno, y castigue al malo. La tercera reflexion es: Es innegable que el hombre es capaz de hacer actos buenos exteriores é interiores, y de fingir una bondad exterior, y ser interiormente un malvado. De aquí es, que aunque la sociedad humana no pudiera errar en dexar de conocer la bondad exterior del hombre, siempre es verdadero que puede quedar sin premio ó castigo la bondad ó malicia interior; y que por tanto es necesaria otra vida, en que Dios, escudriñador de los corazones, premie ó castigue la bondad ó malicia interior.

En esta última reflexion se embebe otra razon, y es, que el hombre que exterior é interiormente es bueno, tiene mérito en el acto exterior é interior; y no teniéndose en esta vida corporal premios sino para los actos exteriores, quedan sin premio los actos buenos interiores. Que en esta vida no se puedan dar premios sino para los actos exteriores, se infiere claramente de la naturaleza del mérito material del acto exterior, y de los premios materiales de este mundo, que todos se reducen á riquezas y honores vanos de títulos de Ilustrísimo, Excelentísimo, &c. los quales no dan ni quitan nada en el órden moral, ni de la naturaleza. La misma razon se esfuerza tambien así. La sombra de mérito ó demérito en una bestia dócil ó indócil, puede corresponder á todo el premio ó castigo de que es capaz la bestia; esto es, á darle bien de comer, ó castigarla; de estas cosas solas es capaz la bestia, y á ellas se extiende la sombra de su mérito ó demérito; luego el verdadero mérito ó demérito interno y externo del hombre, puede igualmente corresponder á todo el premio ó castigo de que él es capaz; ¿y quién duda que el hombre es capaz de un premio espiritual, qual es el gozar de su Dios? Segun toda razon, y la idea innata que todos tenemos de nuestro supremo Hacedor, este no puede ménos de amar y de premiar á un espíritu racional que libremente obra bien; y mucho mas al hombre que obra bien con singular mérito, por estar su espíritu vestido de carne que le inclina al mal. Si fuera posible concebir un Dios que no premiase el mérito, y castigase el demérito, era necesario decir, que la providencia humana era mas perfecta que la divina; que Dios era piadoso con las bestias, y riguroso con los hombres; y que seria mejor

jor ser bestia que hombre; como se demostrará en el siguiente párrafo, para dar fin á las pruebas de la inmortalidad del espíritu, segun los principios de ética y metafísica.

§. IV.

Si el espíritu humano es mortal, Dios es mas benéfico con los brutos que con el género humano, y mejor es ser bestia que hombre. (1)

Felicidad, bondad y perfeccion son términos ó propiedades correlativas en el órden total de naturaleza: si no se concede esta máxima, vacilan los principios de metafísica, segun los quales repugna á toda razon, que lo que es en sí ménos perfecto, sea capaz de mayor felicidad, y sea en efecto siempre mas feliz que lo que es mas perfecto. Para unir la mayor felicidad con la mayor imperfeccion en las criaturas, es necesario concebir que Dios no obra como autor de la naturaleza, sino de poder absoluto con el que haga que la criatura realmente mas perfecta no pueda ser tan feliz como lo es la criatura ménos perfecta. Nadie puede dudar que el hombre es mas perfecto que los brutos; por tanto, si en alguna suposicion estos son y deben ser mas felices que el hombre, Dios en tal suposicion es ménos benéfico

(1) Esta qüestion se trata bien en la excelente obra: *il gentiluomo istruito del signore Dorell gentiluomo inglese cattolico per l' istruzione d' un giovine cavaliere inglese: tradotta nell' idioma italiano.* Padova, 1734, 4. El autor de esta obra es el Jesuita Dorell, inglés.

néfico con este, que con aquellos; y para usar de tan varia beneficencia es necesario que contra los hombres obre como autor sobre la naturaleza. De aquí se sigue tambien en la misma suposicion, que no siendo en sí apreciable la perfeccion de una criatura, sino por relacion al bien ó felicidad de que sea capaz, y á la excelencia de tal bien ó felicidad, debemos necesariamente decir, que la criatura ménos perfecta y mas feliz es preferible á la mas perfecta que necesariamente es ménos feliz. Este es el caso práctico en suposicion de ser mortal el espíritu humano; en el qual caso, siendo la bestia mas feliz que el hombre, seria mejor ser bestia que hombre. La prueba de esta suposicion se funda en el parangon de la felicidad material de las bestias y de los hombres, pues que estos, si su espíritu es mortal, no son capaces de otra.

Los brutos tienen el cuerpo con sentimientos tan vivos y ardientes para desfogar sus pasiones, y gozar los deleytes materiales de que son capaces, como puede gozarlos el cuerpo humano; y los hombres, por lo contrario, son mas sensibles á las inclemencias de los tiempos, y mas expuestos á las enfermedades, que los brutos. En una palabra: el cuerpo de estos se deleyta tanto en los placeres materiales, como el del hombre; y es mas fuerte y sano que este; por tanto, el bruto saca en lo material ventajas al hombre; y es, que es ménos sensible á los males físicos, que el hombre. Esta ventaja resplandece mas por ciertas circunstancias que la acompañan. Nace el hombre como la bestia, y en el principio de su vida, esta y aquel dependen del cuidado de las madres. ¿Mas quándo se encontró hombre que fuese tan cuidadosamente asistido por su madre, como lo son las bestias por las suyas propias? Nace el hombre á esta vida mortal; pero al nacer se presenta delicado, desnudo y menesteroso de quien le alimente y cubra. Nace la bestia cubierta ya de escamas, ya de pelo, ya de lana, y ya de plumas; y se presenta con cuerpo ménos sensible á las inclemencias del tiempo, y mas defendido para sufrirlas. La naturaleza viste á las bestias, y el hombre debe trabajar para vestirse; de donde proviene, que toda la industria humana no puede hallar ni inventar vestido tan útil y propio al cuerpo del hombre, como es el vestido que la naturaleza da á las bestias. Algunas bestias necesitan de habitacion; mas esta ó se la hacen prontamente, y todas nacen con la ciencia de hacerla con perfeccion, ó se la encuentran hecha en las enramadas, bosques, &c. El hombre necesita de habitacion, si no quiere perecer luego en medio de la inclemencia; y para hacérsela necesita pensar mucho, y trabajar no poco. Podemos decir: la bestia solamente tiene que buscar que comer, y el hombre tiene que ocuparse en buscar de comer, vestirse, y en hacer habitacion. La bestia, despues de pocos dias de nacer, es capaz de hacer quanto necesita para mantenerse: no sucede así al hombre; y por esta razon este se carga con el trabajo de alimentar y vestir su prole. La bestia encuentra alimento con facilidad, el qual come como la naturaleza se lo da, porque su natural complexion pide poca variedad de alimentos (lo que es ocasion de mayor sanidad), y abraza á estos como se crian. El hombre, de cuerpo mas tierno que las bestias, necesita buscar ciertos alimentos, y prepararlos para que no le ocasionen daño; y toda esta variedad y preparacion no hacen que su paladar sienta con ellos mas deleyte que el de las bestias con los suyos. Estas, sin conocimiento, rehusan todo alimento venenoso ó malo que les dañe: el hombre, con su co-

no-

nocimiento apénas llega á distinguir lo sano de lo dañoso.

La bestia que está en algun placer material, lo goza tan completamente quanto lo puede gozar, porque no tiene miedo de perderlo; no sabe que le faltará; no conoce la envidia de que otra bestia goce de mayor placer; no conoce la vergüenza; no tiene respeto á lugar, tiempo, ni á viviente alguno; no teme tener despues arrepentimiento, y no le acongoja cuidado de la necesidad de sus hijos, ó de la que ella podrá tener á otro dia. Si concebimos una criatura capaz de un fin determinado, y que está en posesion de él, sin conocimiento de que le haya de faltar, y sin objeto ó pensamiento que por entónces le hayan de angustiar; tenemos á esta criatura en su mayor felicidad; ó por mejor decir, tenemos un caso práctico de lo que pasa en las bestias. Estas asimismo son ménos infelices en sus males físicos que los hombres; porque los sufren sin saber quanto han de durar, porque no tienen capacidad para afligirse por lo mucho que han sufrido ántes; y porque no conocen los bienes de que les priva, ni los que pueden apetecer, ó les pueden ser útiles ó gustosos. Por lo contrario, si consideramos al hombre en placer ó mal corporal, encontrarémos que el uno y otro es de inferior condicion á las bestias.

Si el espíritu humano es mortal, el hombre, no teniendo otra vida que la corporal, y siendo capaz de los placeres materiales, tiene derecho, como las bestias, á buscar aquellos que mas le deleytan. La quietud y consuelo de la criatura estan en gozar de todo aquel mayor placer de que es capaz; así como su mayor pena consiste en sufrir el mayor mal que puede padecer. Si el hombre no tiene mas vida que la corporal, en esta estará su felicidad, la qual debe ser corporal, co-

como la vida. Por tanto las leyes de la pública honestidad que la sociedad juzga necesarias para gobernar á los hombres, se oponen esencialmente al derecho natural de estos. El dictámen de la conciencia, que ofrece como hermosa la virtud, y vergonzosamente feo el vicio, es una quimera que el supremo Hacedor ha fixado en la mente humana. Los temores de perder el placer que se goza, la idea del horror de la muerte que aniquila al hombre, los pensamientos funestos del arrepentimiento, de la vergüenza pública, del vituperio de otros hombres, son efectos contra la misma naturaleza. El hombre es mortal y corporal como las bestias; es capaz de los placeres, como estas; y así, quanto mayores sean sus placeres, tanto mayor será su felicidad. La mayor felicidad supone en el hombre mortal la mayor perfeccion; y todo lo que se opone á esta felicidad, se opone igualmente á la naturaleza de la mortalidad.

Estas y otras conseqüencias puede y debe inferir el hombre en la suposicion de ser mortal su espíritu: es justo que todas ellas se representen en un punto de vista para que en su union se conozcan mejor. Por esto yo las propondré en la boca de un verdadero filósofo, que justamente declamaria y blasfemaria contra la naturaleza, si el espíritu humano fuera mortal.

§. V.

Parenesis filosófica á la naturaleza.

Si mi espíritu es mortal, debo declamar y blasfemar justamente contra tí, ó naturaleza. ¿Por qué tú, no madre, sino madrastra y maestra de la iniquidad, tú, dando á los hombres y á las bestias espíritu mortal, con estas te muestras tan piadosa, y tan

tan cruel conmigo y con los demas hombres? Si mi espíritu es mortal, ¿por qué, engañadora, me escondes y ocultas su mortalidad, con tantas señales de inmortalidad? Si él es material, ¿por qué le privas de las propiedades claras y características de la materia, por las que yo ciertamente conoceria su naturaleza? Si es mortal, ¿por qué, tirana, permites que él produzca y fomente dudas y pensamientos de su inmortalidad? ¿Por qué le haces capaz de los temores de castigos eternos por el vicio, y de la esperanza de los premios eternos por la virtud? ¿Por qué con aquellos temores y estas esperanzas, le disturbas, y no le dexas gozar pacíficamente los puros deleytes del cuerpo? A las bestias no las haces capaces de tales temores y esperanzas: esta gracia les dispensas á manos llenas: eres liberal y generosa con las bestias, incapaces de serte agradecidas; y con los hombres, capaces de conocer y agradecer tus beneficios, te muestras austera, avarienta, y cruel: endulzas los deleytes de las bestias, y llenas de amargura los del hombre. Madre de quien no te puede amar, y madrastra de quien puede y debe aborrecerte, eres no ménos iniqua en tu piedad con las bestias, que en tu crueldad con los hombres.

Me has hecho, ó naturaleza, mas noble que las bestias; lo confieso, no pudiendo negar lo que claramente conozco. Pero me has dado esta nobleza para hacerme mas infeliz que ellas. Soy criado para tener envidia de las bestias, á quienes soy superior en el sér, é inferior en la felicidad. Este fué el fin de tu liberalidad conmigo: me hicistes mas noble que las bestias, para qué así fuese mas infeliz que ellas. Eres tanto mas cruel, quanto mas aparentemente favoreces: tus favores son mas temibles y horribles que tus manifiestas crueldades.

Aun-

Aunque yo, no pudiendo lograr demostracion alguna de la esencia de mi espíritu, fuera solamente capaz de dudar justamente de su inmortalidad ó mortalidad, seria mas infeliz que las bestias; y mi vida corporal, comparada con la de ellas, seria peor que su muerte. Las bestias, sin conocer la mortalidad de su espíritu, viven como inmortales: han de morir; pero viven sin temor de la muerte que no conocen. Huyen de los peligros de morir, no por conocimiento de ellos, sino por instinto ó impulso natural. Las condenas á la muerte, ó naturaleza; mas, como juez piadosísimo, las escondes siempre el patíbulo; y mueren en él, sin verlo. Conmigo eres no un juez riguroso, sino un cruel verdugo. La mortalidad é inmortalidad de mi espíritu son dos dogmas contrarios: las dudas que me permites sobre qualquiera de ellos, me llenan siempre de congojas y amarguras. Conozco la mortalidad de mi cuerpo, y con este conocimiento vivo siempre temeroso del mayor mal temporal, que es la muerte. Temo á esta; me asusta el pensamiento de su venida cierta, y me llena de espanto su cercana presencia. Si yo supiera ciertamente que mi espíritu es mortal, la certidumbre sola de su mortalidad, y de haber de acabar en la nada, extenderia sobre mi imaginacion un negro manto de admiracion y horror. Mas si mi espíritu es mortal, y yo, no obstante su mortalidad no manifiesta evidentemente á mi conocimiento, soy capaz de formar dudas sobre ella, y de creerle inmortal, no soy libre para librarme del disturbio y guerra que me causan la inclinacion corporal á los deleytes, el horror que contra ellos me inspira el dictámen de la conciencia, y el temor de incurrir en las penas eternas que se merecen. Yo, sin libertad, fomento pensamientos y dudas eficaces sobre la inmortalidad de mi espíritu,

sobre la bondad ó malicia de mis actos, y sobre la obligacion de hacer los buenos, y omitir los malos. De estas dudas hallo pruebas que, á despecho de la inclinacion viciosa, aparecen indisolubles, y coherentes con la idea que formo, y la ética me enseña formar de la virtud, y con la obligacion que juzgo tener de abrazar á esta. Si obro lo que juzgo honesto, y ser tal me dicen la ética de la razon, y la legislacion humana, y mi espíritu es mortal; obro con engaño, porque faltando la inmortalidad del espíritu, falta todo fundamento de honestidad. ¿Por qué pues, ó naturaleza, si mi espíritu es mortal, me inclinas á estos engaños? ¿Por qué permites que mi razon me inquiete, si no los abrazo? Me haces mortal en cuerpo y espíritu; esto es, me destinas á los deleytes materiales y temporales, de que solamente es capaz la criatura totalmente mortal; y si quiero gozarlos, abrevio mi vida, que es mi mayor bien temporal, me robo la sanidad del cuerpo, pierdo la paz del espíritu, y no hallo proteccion ni honor, sino castigos é infamias en las leyes de la sociedad civil, en que, por conveniencia propia, y por derecho natural, debo vivir. Me has dado innata inclinacion á la sociedad: nací para vivir con mis semejantes: sin su compañía no encuentro deleyte ni felicidad; y entre ellos, segun sus leyes, no puedo vivir felizmente si no practico la virtud que creo buena y necesaria por engaño. Quimérico es tu obrar, ó naturaleza; porque el verdadero bien solamente se halla abrazando lo que tú llamas mentiroso y engañoso; y no se encuentra sino mal, si se abraza lo que llamas cierto y verdadero. Si la idea de la inmortalidad del espíritu, de la bondad ó malicia de los actos humanos, y de sus premios ó castigos es engañosa y mentirosa, ¿por qué en esta mentira se funda la buena legislacion de toda la

la sociedad? ¿por qué en ella consiste la verdadera felicidad de los hombres? La sociedad humana seria peor y mas infeliz que la de rabiosas fieras, si los hombres que la componen, sabiendo ser mortal su espíritu, obrasen como inspira este conocimiento. ¿Luego yo, teniendo espíritu mortal, para ser feliz, yno vivir entre mis semejantes como entre fieras, debo vivir como si tuviera espíritu inmortal, y hubiera premios y castigos eternos? Debo vivir segun lo que dictan el engaño y la mentira: en esta se fundan todas las leyes de la sociedad, y los derechos particulares de sus miembros, y segun ella es la ética del género humano: si esto es así, tú, naturaleza, eres, no obra del supremo Hacedor, sino produccion de la quimera; porque haces que la felicidad se funde sobre la mentira, y la verdad sobre la falsedad. Los medios que propones, repugnan á su fin, y este á ellos.

Estas son las conseqüencias que el verdadero filósofo sacaria declamando justamente contra la naturaleza, si el espíritu humano fuera mortal. Veamos ahora las que, segun la mas sana y rigurosa filosofía se deben sacar contra los impios incrédulos de la inmortalidad del espíritu humano.

CONCLUSION.

Parenesis á los impios incrédulos.

En el asunto presente de la inmortalidad del espíritu humano (lo mismo se debe decir sobre el de la existencia de Dios, y sobre el de la verdad del catolicismo) procedeis siempre, ó impios, de una misma manera: unos mismos son los argumentos y fundamentos sobre que apoyais vuestra infidelidad. Para manteneros en esta, os contentais con qualquiera sofisma ó conjetura aparente; y para abrazar la verdad

de la inmortalidad del alma, y de la religion revelada, pedis obstinadamente evidencias y demostraciones. Nosotros no dexamos de daros estas demostraciones; os las damos como tales en el concepto y en la opinion de la mayor y mas sana parte de los hombres que por su acreditada doctrina y honestidad pueden decidir mejor que vosotros sobre la naturaleza de las demostraciones: vosotros, no obstante, pertinazmente os obstinais en no reconocerlas como tales. Ahora vengo contra vosotros haciendo guerra á vuestra pertinacia: os obligaré á conocer esta, ó vuestra impiedad, ó á confesar la verdad que os demuestro.

Raciocino así con vosotros, ó impios. Supongamos que las razones en favor de la inmortalidad del alma, y de la verdad de la religion revelada, no sean demostraciones: yo os concedo esto por gracia; mas no por esto podreis negar que son razones eficacísimas, y de mayor peso que vuestras conjeturas á favor de vuestra infidelidad. Si teneis descaro filosófico, y atrevimiento temerario para negar esto, no me irritaré con vosotros: seré paciente y condescendiente: yo os concederé mas de lo que de mí podeis pretender. Os concederé pues, que las razones que militan en favor de la inmortalidad del alma, y de las verdades reveladas, no tienen mas fuerza que las conjeturas que formais en favor de vuestra infidelidad. Vosotros conoceis y confesareis que os concedo quanto podeis desear. En este caso pues, ó impios, quiero argüiros con certidumbre de convencer vuestra obstinacion, que aunque conocida, quizá no la confesareis declarándoos hereges, no de la religion (que poco ó nada os importa), sino de la razon.

Os arguyo así brevemente. Siendo de igual fuerza las razones á favor de la inmortalidad del espíritu humano, y de las verdades reveladas, que las conjeturas vuestras á favor de la infidelidad; seria cosa indiferente seguir unas ó otras, si las resultas de las dos opiniones fueran siempre las mismas, ó poco diferentes; mas siendo diferentísimas entre sí las resultas que se deben temer en uno y otro caso; y siendo resultas de la mayor importancia, vosotros no debeis ni podeis racionalmente mirar como cosa indiferente la decision ó resolucion sobre esta materia. El negocio de que se trata, es de sumo interes: es el mayor que puede suceder á una criatura: Dios no es capaz de constituirla en empresa ó negocio de mayor consideracion: es negocio que no se puede errar dos veces: debeis pues resolveros, y dar la decision. Para esta, suponiendo que las razones en favor y en contra de vuestra infidelidad son igualmente poderosas y fuertes, y por esto no bastantes para convencer vuestro entendimiento, y obligar vuestra voluntad: es necesario que consulteis á las resultas en uno y otro caso; y por ellas os determineis. Veamos estas. Si abrazais el dogma de la inmortalidad del espíritu humano, y confesais las verdades reveladas, nada perdeis, sino el goce de pocos y breves placeres mundanos (en caso que podais tenerlos, pues estos no son cosa cierta); por tanto, aunque el catolicismo y sus dogmas fuesen una fábula, vosotros no perdeis sino una cosa incierta, que si la gozarais seria momentánea. Si abrazais las máximas de la infidelidad, y es verdadero el dogma de la inmortalidad del alma y del catolicismo, vosotros os perdeis eternamente, y eternamente sereis infelices en sumo grado. La qüestion pues, en caso de ser dudosas las razones á favor del catolicismo y de sus dogmas, se reduce á estos breves términos. *Si renunciais á la infidelidad y á los placeres momentáneos, sabeis evidentemente que*

que no sereis eternamente infelices, y dudais solo si sereis eternamente felices; mas si no renunciais á la infidelidad y á los placeres momentáneos, sabeis evidentemente que no sereis eternamente felices; y dudais si sereis eternamente infelices. En estas circunstancias, en este laberinto estais, ¡ó impios! Entre ahora la prudencia humana á decidir lo que se debe hacer. ¿Qué cosa determina esta en las cosas dudosas? Ya lo dice el axioma comun en estos términos: *Quoties incerta erunt omnia, tibi fave.* En toda especie de dudas, de que es imposible la resolucion, mira por tí mismo: confronta lo momentáneo que dexas, con lo eterno que dudas perder ó padecer: confronta las resultas; porque las razones en que ellas se fundan, no se pueden confrontar por ser igualmente dudosas.

Confieso ingénuamente que esta sola razon de las resultas, aunque faltáran la revelacion, los milagros, y demas pruebas de la religion y de la inmortalidad del alma, me bastaria para mantenerme en el dogma de la religion revelada. Mas sigamos el argumento, que aun tiene mayor eficacia. Os he concedido, ó impios, que sean de igual peso las razones en favor y en contra de la infidelidad: ahora os concedo que las razones en favor de estas sean eficacísimas, y que sean meras conjeturas las razones del católico á favor de la inmortalidad del alma. En este caso, injurioso á la razon y á la verdad, os hago este argumento. Por mas eficaces que sean las razones á favor de la infidelidad, ellas no son demostraciones. No me lo negareis. Si tales razones no son demostraciones, aun es cierta la proposicion arriba puesta: esto es, *si renunciais á la infidelidad y á los placeres momentáneos, sabeis evidentemente que no sereis eternamente infelices, y puede ser que seais eternamente felices; mas si no renunciais á vuestra infidelidad, y á los placeres momentáneos, sa-*

sabeis evidentemente que no sereis eternamente felices; y puede ser que seais eternamente infelices. Luego, ó impios, miéntras las razones á favor de la infidelidad no sean demostraciones claras, innegables ó evidentes, si no abrazais el dogma católico de la inmortalidad del alma, siempre preponderan el peligro, la duda y el temor de perder un eterno bien, y de ser eternamente infelices. Ahora, impios, que tantas cautelas, objeciones y sofismas oponeis á la verdad, y que por abrazar la falsedad, resistis á las mas eficaces razones (que ya no llamo demostraciones); pensad bien en las resultas que se infieren de las razones en favor y en contra del dogma católico de la inmortalidad del alma, exâminándolas atentamente: el asunto es de sumo interes y momento: pesad fielmente vuestros temores (1) y vuestras esperanzas, y confrontad sus objetos. No creais que os es cosa útil vivir en el engaño: teneis razon para salir de él: consultadla, seguid su direccion, que entónces el Altísimo se dignará de

(1) Son dignas de consideracion las palabras que, á confusion de los impios, pone Platon en el *Fedon* en boca de Sócrates, el qual, considerando ser de la mayor importancia la resolucion del punto de la inmortalidad del espíritu humano, dice: "Se debe investigar en este asunto todo lo que se dice de cierto sobre él, y no se debe cesar „ hasta que se aquiete el ánimo. Debemos exâminar cómo „ es esta cosa, y si nos fuere imposible el investigarlo clara„ mente, elijamos el partido mejor segun la razon mas „ convincente y mas dificil de ser confutada. De este mo„ do caminaremos sobre tal razon, como quien va en un „ leño sobre agua; y nuestro caminar será seguro quando „ sepamos por medio de la palabra divina lo que hay en „ este asunto."

de asistiros para que llegueis á conocer y confesar la verdad.

CAPÍTULO XI.

Resurreccion del cuerpo humano.

El hombre no es el espíritu solo, ni el cuerpo solo, sino una y otra cosa: por tanto, en la sola consideracion del espíritu humano no debemos entender al hombre segun la verdadera y completa idea que de él formamos. En el hombre pues, hemos contemplado y demostrado espiritual é inmortal su alma, y hemos visto ser caduco y perecedero su cuerpo. Parece que desdecia ser morada de lo inmortal una cosa tan frágil como es el cuerpo; y no repugnando á este la inmortalidad, conjetúrase ó júzgase cosa conveniente que el supremo Hacedor se la hubiera concedido para que fuera morada proporcionada al espíritu inmortal; y el hombre, que ha de ser eterno en este, lo fuese tambien en todo aquello que embebe la naturaleza humana. En efecto, la bondad del Señor crió así al hombre en el principio del mundo, en el que la misma filosofia profana, con documentos que prueban evidente la tradicion de su feliz creacion, nos pinta al hombre inmortal en el espíritu y en el cuerpo. Perdió el hombre la inmortalidad de este por haber sido desobediente á su Dios; mas la pérdida de tal don no privó á la naturaleza humana de una como congruencia ó sombra de derecho para que el Señor infinitamente misericordioso concediese al hombre la inmortalidad corporal, que por el pecado, y en pena de este habia perdido. Esto es; en el fin físico y moral de la creacion del hombre, y en la infinita bondad y poder de nuestro Dios se encuentran razones que, prescindiendo del dogma de nuestra santa religion, nos per-

persuaden eficazmente que el cuerpo del hombre, aunque reducido á polvo, ha de volver á unirse al espíritu que le animaba, y ha de ser eternamente su morada; y esto es lo que creemos firmemente por aquel artículo de nuestra fe, en que se nos promete la resurreccion de los cuerpos en el último dia de los siglos.

Esta resurreccion se nos propone clara y distintamente en los libros del nuevo y viejo Testamento; y es digno de advertirse, que en los libros de este se halla la descripcion que de su resurreccion hace el santo Job, el qual, por no ser hebreo, tendria noticia de ella por la tradicion constante que se conservaria entre los gentiles con quienes él mismo vivia. De esta conjetura nos dan prueba clara las muchas sentencias que sobre la resurreccion hallamos en las obras de varios filósofos paganos, que probablemente no trataron ni conocieron al pueblo hebreo. Y esto mismo nos hace conocer que Adan tuvo revelacion ó conocimiento de la resurreccion universal de los cuerpos; y que de esta, por continua tradicion, se conservó la noticia entre los gentiles.

Esto es en substancia todo quanto se puede y debe tratar en el presente discurso de la resurreccion de los cuerpos, el qual, para mayor claridad, se dividirá en dos partes. En una de estas se pondrán los testimonios del dogma santo y de la filosofía profana, y en la otra las razones de congruencia á favor de la resurreccion de los cuerpos con la solucion de las dificultades que contra ella se pueden proponer. En la solucion de estas dificultades, como tambien en las pruebas de congruencia que la razon descubre para esperar la resurreccion de los cuerpos, hallará el lector lo que puede oponer la filosofía de los modernos sa-

de asistiros para que llegueis á conocer y confesar la verdad.

CAPÍTULO XI.

Resurreccion del cuerpo humano.

El hombre no es el espíritu solo, ni el cuerpo solo, sino una y otra cosa: por tanto, en la sola consideracion del espíritu humano no debemos entender al hombre segun la verdadera y completa idea que de él formamos. En el hombre pues, hemos contemplado y demostrado espiritual é inmortal su alma, y hemos visto ser caduco y perecedero su cuerpo. Parece que desdecia ser morada de lo inmortal una cosa tan frágil como es el cuerpo; y no repugnando á este la inmortalidad, conjetúrase ó júzgase cosa conveniente que el supremo Hacedor se la hubiera concedido para que fuera morada proporcionada al espíritu inmortal; y el hombre, que ha de ser eterno en este, lo fuese tambien en todo aquello que embebe la naturaleza humana. En efecto, la bondad del Señor crió así al hombre en el principio del mundo, en el que la misma filosofia profana, con documentos que prueban evidente la tradicion de su feliz creacion, nos pinta al hombre inmortal en el espíritu y en el cuerpo. Perdió el hombre la inmortalidad de este por haber sido desobediente á su Dios; mas la pérdida de tal don no privó á la naturaleza humana de una como congruencia ó sombra de derecho para que el Señor infinitamente misericordioso concediese al hombre la inmortalidad corporal, que por el pecado, y en pena de este habia perdido. Esto es; en el fin físico y moral de la creacion del hombre, y en la infinita bondad y poder de nuestro Dios se encuentran razones que, prescindiendo del dogma de nuestra santa religion, nos per-

persuaden eficazmente que el cuerpo del hombre, aunque reducido á polvo, ha de volver á unirse al espíritu que le animaba, y ha de ser eternamente su morada; y esto es lo que creemos firmemente por aquel artículo de nuestra fe, en que se nos promete la resurreccion de los cuerpos en el último dia de los siglos.

Esta resurreccion se nos propone clara y distintamente en los libros del nuevo y viejo Testamento; y es digno de advertirse, que en los libros de este se halla la descripcion que de su resurreccion hace el santo Job, el qual, por no ser hebreo, tendria noticia de ella por la tradicion constante que se conservaria entre los gentiles con quienes él mismo vivia. De esta conjetura nos dan prueba clara las muchas sentencias que sobre la resurreccion hallamos en las obras de varios filósofos paganos, que probablemente no trataron ni conocieron al pueblo hebreo. Y esto mismo nos hace conocer que Adan tuvo revelacion ó conocimiento de la resurreccion universal de los cuerpos; y que de esta, por continua tradicion, se conservó la noticia entre los gentiles.

Esto es en substancia todo quanto se puede y debe tratar en el presente discurso de la resurreccion de los cuerpos, el qual, para mayor claridad, se dividirá en dos partes. En una de estas se pondrán los testimonios del dogma santo y de la filosofía profana, y en la otra las razones de congruencia á favor de la resurreccion de los cuerpos con la solucion de las dificultades que contra ella se pueden proponer. En la solucion de estas dificultades, como tambien en las pruebas de congruencia que la razon descubre para esperar la resurreccion de los cuerpos, hallará el lector lo que puede oponer la filosofía de los modernos sa-

saduceos (1). Sé que, segun estos, en la presente qüestion trato de un romance de la naturaleza; mas si alguno de ellos, sin ascos de estómago mal afilosofado, no desprecia su leccion, no se arrepentirá de haber leido lo que sobre la resurreccion enseña la verdadera y única filosofía. A esta, que segun la conciencia de todo hombre, y segun el raciocinio y la opinion de los sabios, reconoce y confiesa la existencia del supremo Hacedor, apelo para todas las pruebas, que produciré segun la historia profana, y segun la razon. A esta tambien apelo para juzgar imparcialmente sobre la verdad ó falsedad de la resurreccion de nuestro divino Salvador, de la que en esta obra, dirigida para instruir al hombre, y prepararle para que conozca la única religion con que Dios quiere ser servido del género humano, debo tratar, como del hecho mas autorizado por la fe humana, el mas convincente de la verdad de la religion christiana, y el que sella todas las esperanzas de los que la profesamos. Debiendo discurrir de la certidumbre de la resurreccion de los hombres, segun el dogma christiano, y de su probabilidad, segun la razon natural; á esta, al dogma christiano, y á las pruebas de nuestra santa religion haria yo injuria manifiesta si no tratase juntamente de la resurreccion de nuestro divino Salvador, que con ella quiso autorizar su mision contra los incrédulos, y mostrar el camino del eterno premio, adonde nos llevan y arrastran nuestras esperanzas. La razon humana llega solamente á hacer probable la resurreccion universal: la autoridad profana la propone como cierta por una tradicion que en su misma antigüedad se obscurece; y las escrituras santas la enseñan como dogma cierto de la religion revelada. A favor de la resurreccion estan la razon, la autoridad de la tradicion humana, y la fe divina: *y esta será vana* (1), *si Jesuchristo no ha resucitado despues de su muerte*; por lo contrario será sólida si ha resucitado. "*Si Jesuchristo* (2) *ha resucitado de* »*en-*

(1) Los saduceos que, como se dirá despues, negaban la resurreccion de los cuerpos, eran entre los hebreos como los que actualmente entre los europeos se quieren llamar filósofos y espíritus fuertes: eran epicureos como estos. Nota Joseph hebreo, hablando de los saduceos (véase *Flavii Josephi opera gr. ac lat. edente Sigiberto Havercampo.* Amstel. 1726, fol. vol. 2. En el vol. 1, *antiquitatum judaicar.* lib. 18, cap. 1, §. 4, p. 871, lib. 13, cap. 10, §. 6, p. 663.), que estos tenian poder sobre los ricos, y los fariseos sobre el pueblo; pero quando los saduceos ocupaban la magistratura, convenian con las opiniones de los fariseos (sobre la inmortalidad del alma, &c.) por temor al pueblo. He aquí lo que ahora pasa con muchos saduceos que mandan ó fundan su poder en los ricos, &c. Ménos ignorantes, ó mas advertidos los saduceos modernos, no pudiendo negar la inmortalidad del alma, impugnan la resurreccion de los cuerpos. *Ad alios sadducæos præparamur partiarios sententiæ illorum* (*sadducæorum hebræorum*), escribia Tertuliano al principio de su tratado sobre la resurreccion de la carne. Con estos mismos saduceos parciales hablo yo en este discurso.

(1) *Si autem Christus non resurrexit, inanis est ergo prædicatio nostra: inanis est et fides nostra.* I ad Corinthios 15, 14.

(2) *Si autem Christus prædicatur quod resurrexit à mortuis, quomodo quidam dicunt in vobis, quoniam resurrectio mortuorum non est?* En la citada epistola, vers. 13.

»*entre los muertos, ¿cómo es posible que algunos digan* »*que no sucederá la resurreccion de estos?*" El Apóstol Pablo, de quien son estas palabras, reduce al hecho demostrable de la resurreccion del divino Salvador la prueba mayor de la resurreccion universal de los hombres: seguiré el exemplo del Apóstol en este discurso, en que despues de haberte probado, lector mio, la posibilidad, congruencia y certidumbre de la resurreccion de los hombres, con razon, con autoridades profanas y sagradas, te la demostraré nuevamente con el hecho de la resurreccion del divino Salvador. En esta refundiré todas mis pruebas: si ella es verdadera, es verdadero todo lo que la religion christiana nos enseña sobre la resurreccion universal, y en los demas dogmas suyos; pero si fuese falsa, falsísima será la religion christiana, y supersticiosos impostores serémos los que la profesamos, creemos y defendemos. ¡Oh, de quán felices ó fatales conseqüencias es manantial la qüestion de la resurreccion humana! Merece por tanto que yo la trate con la mayor crítica para descubrir su verdad ó falsedad; y que tú, ó lector, leas mi exámen crítico con la mayor atencion para desechar la falsedad, ó abrazar la verdad. Sé pues juez imparcial en la decision de un punto el mas importante á tí y á los demas hombres.

AR-

ARTÍCULO I.

Testimonios sagrados y profanos de la resurreccion de los cuerpos.

El primer testimonio de la resurreccion que debemos poner á la vista, es del santo Job. El merece ser nombrado en primer lugar, porque es el mas antiguo que se halla escrito; porque es de un Santo que lo aprendió y profirió en medio del paganismo; y porque es tan claro y circunstanciado, que sobre tal misterio contiene todo lo que ha de suceder. Job pues, miserablemente llagado en todo su cuerpo, y afligido en su espíritu, viéndose abandonado de sus amigos, de sus criados y de su propia consorte; y conociendo que esta vida todo era trabajos y miserias, tendió la vista sobre su miserable cuerpo, que parecia un vivo retrato de dolores, llagas y palidez: observó (1) que en él, consumidas las carnes, solamente se veia la piel; y que esta apénas cubria sus dientes. Entónces, dando un suspiro desde lo último de su corazon, y renovando la memoria de la viva esperanza de su resurreccion, exclamó así. " ¡Quién »me concediera (2) que mis palabras se escribiéran »con

(1) Cap. 19, v. 20: *Pelli meæ, consumptis carnibus, adhæsit os meum, et derelicta sunt tantummodo labia mea circa dentes meos.*

(2) *Quis mihi tribuat, ut scribantur sermones mei?.. Stylo ferreo, et plumbi lamina, vel celte sculpantur in silice? Scio enim, quod Redemptor meus vivit, et in novissimo die de terra surrecturus sum: Et rursum circumda-*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»con caractéres indelebles en el duro mármol! Yo sé »que vive mi Redentor, y que he de resucitar de »la tierra en el último dia de los siglos. Entónces »otra vez seré revestido de mi misma piel, y en mi »misma carne veré á mi Dios. A este veré yo mis»mo; y ninguno otro por mí: le veré con mi pro»pia vista corporal. Esta es la esperanza que, depo»sitada en mi seno, me alimenta y conforta en me»dio de tantas miserias corporales y espirituales." En estas vivas y claras expresiones el santo Job ya nos propone la resurreccion corporal con relacion al misterio sacrosanto de nuestra redencion, ó como una conseqüencia que de ella se deriva, y ya nos dice que la resurreccion ha de ser en el último momento de los tiempos, en que el espíritu se revestirá otra vez del mismo cuerpo que ántes animaba; y que ella dará principio á la bienaventuranza de su cuerpo. Firmísima esperanza de esta tenian tambien los santos siete hermanos mártires de que se habla en el libro segundo de los macabeos. Uno de ellos en la última agonía dió al Señor el espíritu envuelto en estas palabras (1). "Tú, juez perverso, nos privas de la vi»da presente; mas sábete que el Rey del mundo nos »premiará con la resurreccion á vida eterna." Otro de los mismos santos hermanos, en punto de muerte

dabor pelle mea, et in carne mea videbo Deum meum: quem visurus sum ego ipse; et oculi mei conspecturi sunt, et non alius. Reposita est hæc spes mea in sinu meo. Con razon el santo Job se llama Evangelista de la resurreccion de la carne.

(1) II Mach. cap. 7, v. 9: *Tu quidem scelestissime in præsenti vita nos perdis, sed rex mundi defunctos nos pro suis legibus in æternæ vitæ resurrectionem suscitabit.*

te dixo: "Nuestra consolacion es la esperanza que »tenemos en el Señor (1) de que él nos resuscitará, ó »hará volver otra vez á vida." Con esta esperanza la madre (2) de estos siete mártires los animaba y confortaba en el martirio.

Conformes á estas expresiones que se leen en los libros de Job y de los Macabeos, se hallan otras muchas en los libros del antiguo Testamento. Así Isaías, pintando aquel tremendo dia en que el Señor juzgará al mundo, dice (3), que los huesos brotarán como brota la yerba; y de esta misma expresion se vale el santo Rey David para significar la resurreccion. Daniel nos dice que los buenos resucitarán á vida eterna (4), y los malos á oprobio sempiterno. Así tambien hablan el Eclesiástico (5), el autor del libro

(1) Vers. 14: *Potius est ab hominibus morti datos spem spectare à Deo, iterum ab ipso resuscitandos.*

(2) Vers. 23: *Mundi creator, qui formavit hominis nativitatem, quippe omnium invenit originem, et spiritum vobis iterum cum misericordia reddet, et vitam, sicut nunc vosmetipsos despicitis propter leges ejus.*

(3) Cap. 66, v. 14: *Ossa vestra, quasi herba, germinabunt.* David en el salmo 71, v. 16, salmo 33, v. 21, salmo 48, v. 16, en donde la expresion de *manu inferi* significa *de sepulchro*; y salmo 103, v. 29 y 30.

(4) Daniel, cap. 12, v. 2: *Et multi de his, qui dormiunt in terræ pulvere, evigilabunt: alii in vitam æternam, et alii in opprobrium, ut videant semper.* Isaias, cap. 26, v. 19. *Vivent mortui, interfecti mei resurgent, &c.*

(5) Eccl. 46, 14. Sap. cap. 3; y 5 Osseas, cap. 6, v. 2. El profeta Ezequiel en el cap. 37 hace una larga descripcion de la resurreccion, Sophon. cap. 3, v. 8.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bro de la sabiduría, y varios profetas; por lo que entre los hebreos la resurreccion era mirada como un dogma de religion; y así el autor de los libros de los macabeos nos dice (1), que Judas macabeo pensaba piadosa y religiosamente sobre la resurreccion de los muertos. Es cierto que entre los hebreos estaban los saduceos que negaban la resurreccion; pero estos se deben mirar no solamente como hereges de la ley escrita, sino tambien de la natural; pues que eran de doctrina epicurea, como se infiere de los actos de los apóstoles, en donde de ellos se habla así (2): "Los saduceos no reconocen resurreccion, ni »ángeles ni espíritus; y los fariseos confiesan todas es»tas cosas." Algunos autores se han figurado que entre los hebreos no era dogma religioso la resurreccion, porque admitian á la comunion de los exercicios y empleos religiosos los saduceos que negaban la resurreccion de la carne, y porque algunos de ellos fuéron presidentes de la sinagoga (3); mas estas cosas no prueban el intento que se figuran, porque los saduceos

(1) II Machab. 12, 43, &c. *Misit Jerosolymam offerri pro peccatis mortuorum sacrificium bene, et religiose de resurrectione cogitans. Nisi enim eos, qui ceciderant, resurrecturos speraret, superfluum videretur, et vanum orare pro mortuis.*

(2) Act. apostolor. 23, 8: *Sadducæi enim dicunt, non esse resurrectionem, neque angelum, neque spiritum: pharisæi autem utraque confitentur.* Véase S. Mateo, 22, 23, en donde se dice, que los saduceos que negaban la resurreccion, pusiéron al Señor dificultades sobre ella.

(3) Act. apostolor. 5, 17: *Exurgens autem princeps sacerdotum, et omnes, qui cum illo erant, quæ est hæresis sadducæorum, repleti sunt zelo.*

ceos negaban tambien la existencia de los ángeles y espíritus; y no por esto se dirá que los hebreos la negaban. Se notó ántes con Joseph hebreo que los saduceos, quando eran superiores, se acomodaban á la comun creencia del pueblo, que seguia la doctrina de los fariseos: los saduceos hacian entónces lo que hoy hacen muchos saduceos ó ateistas modernos, que ocupando los primeros empleos del gobierno, profesan exteriormente la religion del pueblo, aunque en su corazon, en sus palabras y en sus obras, dan pruebas claras de profesar interiormente el ateismo. La antigua y siempre invariable tradicion del dogma de la resurreccion entre los hebreos, consta claramente de los libros del antiguo testamento, y principalmente de los ya citados sobre los hechos de los macabeos. Consta tambien de las obras que sucesivamente en todos tiempos han escrito los rabinos (1) para instruir en el dogma de la resurreccion á la nacion hebrea. Con razon Meyer (2) lamentándose de Spencer, Grocio, Marsham, &c. por afirmar ó dudar que los hebreos no tuviesen por dogmas ciertos la resurreccion y

(1) *Thesaurus antiquitatum sacrar. edente Blasio Ugolino*, Venecia, 1744. fol. vol. 35. En esta coleccion se contienen varios tratados de hebreos que hablan de la resurreccion. Véanse los volúmenes 23 y 25. Los talmudistas que niegan la autoridad de las penas del infierno para el hebraismo, la conceden para los hebreos que niegan la resurreccion.

(2) *Joannis Meyeri, tractatus de temporib. et festis dieb. hebræorum*, cap. 6. Véase en el volúmen 1. del tesoro de antigüedades sagradas ántes citado, p. 520. Véase tambien *riti e costumi degli ebrei da Paolo Medici.* Venecia, 1776. 8. cap. 31. p. 275.

y la vida futura, dice así: "Causa admiracion que au-»tores doctísimos y de profesion christiana profieran »tales cosas, constando que los hebreos tenian por »dogma fundamental enseñado por Moysés y por los »Profetas la resurreccion de los muertos, y la vida »eterna."

En el nuevo testamento tenemos muchos testimonios clarísimos de la verdad de la resurreccion, que nos dexáron el Señor y los apóstoles. "Llegará la ho-»ra, dixo el divino Salvador (1), en que oirán la voz »del hijo de Dios todos los que dormirán en los se-»pulcros; y resucitarán á vida eterna los que hubie-»sen obrado bien, y á eterna condenacion los que hu-»biesen obrado mal." Asimismo el divino Salvador para confundir á los saduceos que negaban la resurreccion, se dignó de explicar (2) algunas circunstancias de ella, alegando en su confirmacion la doctrina de las santas escrituras. Los santos apóstoles nos dexáron sus escritos llenos de admirables y consolantes expresiones sobre la resurreccion de los cuerpos; pero habiendo sido esta claramente propuesta é ilustrada por nuestro divino maestro, es inútil la exposicion de sus discípulos: en oportuna ocasion me valdré despues de algunas expresiones de San Pablo, que con singular doctrina trató de la resurreccion de los cuerpos.

Lo que sobre el dogma de esta enseña el christianismo, ántes que este se publicase, se enseñó y creyó por filósofos insignes, y por naciones del paganismo; y aun se podrá conjeturar que de la creencia de dicho dogma antiguo y universal entre las naciones,

(1) S. Joan. Evangel. 5. 28.
(2) S. Math. 22. 29. S. Marc. 12. 24. S. Luc. 20. 34

nes, y despues desfigurado con las fábulas del vulgo, y con las opiniones filosóficas de la metensicosis, proviniéron muchas ceremonias lúgubres que casi todas las naciones conocidas usaban para honrar á los difuntos.

Por primer testimonio profano cito el de una Sibila, entre cuyos versos ménos dudosos, nos han quedado los que para probar la resurreccion cita Lactancio (1). "Dificultad para creer, dice la Sibila, tiene »todo el linage humano; pero quando al mundo y á »los mortales llegare el dia de su juicio que hará Dios »juzgando los impios y los buenos, entónces arrojará »finalmente los impios á las tinieblas y al fuego; mas »los que han abrazado la virtud, volverán á vivir en »la

(1) *Lucii Cæcilii Firmiani Lactantii, opera ad LXXX mss. codices collata &c. edente Nicol. Lenglet.* Lutet. Paris. 1748. 4. vol. 2. En el vol. 1. *divinar. institutionum*, lib. 7. cap. 23. p. 578. se ponen los versos en griego y latin. Los dos últimos dicen así:

Qui autem pietatem colunt iterum vivent in terra,
Spiritu Dei dante honorem simul et vitam ipsis.

Con esta expresion conviene el oráculo de la Sibila, que San Teofilo, de quien se hablará despues, pone literalmente en griego. Las últimas sentencias del oráculo, segun la traduccion latina, dicen así:

Qui autem Deum colunt verum, et æternum
Vitam hæreditate accipient in æternum tempus, &c.

Véase en las obras de San Teofilo, que se citarán inmediatamente, libro segundo á Autolico, núm. 36. p. 408.

»la tierra, pues que el espíritu divino les dará honor »y vida." Tales Milesio, insigne sabio de Grecia, creyó posible la resurreccion como insinúa Aristóteles (1), que solamente la impugna como físicamente imposible, segun las leyes de la naturaleza. Demócrito, llamado omniscio por Diógenes Laercio (2), esperaba la resurreccion, de cuya vana esperanza Plinio (3), buen historiador en referirla, se burla como ignorantísimo filósofo. Crisipo (4) que, segun Ciceron, era sustentáculo de la filosofia estoica, en los libros que escribió sobre la providencia, decia, que no aparecia imposibilidad alguna en que nosotros despues de haber acabado esta vida mortal, y de ciertas revoluciones de tiempos, volviesemos otra vez á vivir, y á estar como ahora estamos. Teopompo creia en la resurreccion; y este dogma, como nota Diógenes

(1) Aristóteles, *de anima*, lib. 3. cap. 6. Segun Agustin Calmet en su diccionario biblico al artículo *resurrectio*, y en su disertacion sobre la resurreccion, inserta en su tomo de comentarios sobre las epístolas de San Pablo. Aristóteles prueba la imposibilidad natural de la resurreccion en el lib. 1. *de anima*, cap. 3. texto 41. y en el cap. 11. ó último del lib. 2. de la generacion y corrupcion.

(2) Diógenes Laercio en la edicion citada, lib. 9. segment. 43. p. 573. Παντοδαης δημοκριτος.

(3) Plinio: *historia natural*, lib. 7. cap. 55. *Similis et de asservandis corporibus hominum ac reviviscendis promissa Democrito vanitas, qui non revixit.* Varron insinuó tambien esta opinion de Demócrito. Véase la nota de Juan Harduino al dicho texto de Plinio en su edicion pliniana.

(4) Firmiano Lactancio en el lugar citado.

nes Laercio (1) alegando á Eudemio Rodio, lo afirmaba segun la sentencia de los magos caldeos, diciendo: "que los hombres volverian á revivir, y serian »inmortales." Que el dogma de la resurreccion fuese conforme á la opinion de muchos filósofos, lo insinúa claramente el gran filósofo y heroyco apologista del christianísmo Atenágoras, en la apología que para defender á los christianos presentó en el año de 177 á Marco Aurelio emperador, y á su hijo Cómodo: en ella dice así (2): "Que no solamente los christianos »juzguemos la resurreccion de los muertos, sino que »tambien la hayan creido muchos filósofos, es cosa »inútil el demostrar ahora, que no quiero dar moti»vo para que se crea que introduzco qüestiones no »pertenecientes al presente asunto." Atenágoras, filósofo insigne, que por sí mismo aparece en juicio, presentando al emperador la apología por los christianos, no se hubiera atrevido á decir en ella sin verdad que muchos filósofos paganos defendian la resurreccion. En el paganismo no solamente se creia que sucederia la resurreccion, sino que tambien se adoraban hombres resucitados. Escribiendo en el año de 160 el santo obispo antioqueno Teofilo, á Autólico filósofo pagano, que se burlaba de los dogmas christianos, le escribe así sobre el de la resurreccion: "Muéstrame (3) »di-

(1) Diógenes Laercio en la edicion citada: proemio: segmento 4. p. 7.

(2) *S. Justini, Tatiani, Athenagoræ, Theophili, &c. opera, studio monachor. S. Bened.* Venet. 1747. fol. *Athenagoræ legatio pro christianis*, núm. 36. p. 333.

(3) *S. Theophili episc. antiocheni ad Autolycum:* en el lib. 1. núm. 13. p. 368. de la edicion citada de S. Justino, &c.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»dice, uno de los que han resucitado, para que crea »en la resurreccion despues de haberlo visto. No ha»rás gran cosa, responde el Santo, si crees solamente »lo que has visto. Mas tú crees que vive Hércules des»pues de haberse quemado, y que Esculapio despues »de haber sido muerto con un rayo volvió á la vida." Platon concluye el décimo ó último diálogo de su república, contando la resurreccion de Ero Panfilio á los doce dias de haber muerto. "Esta resurreccion, »dice Marsilio Ficino (1) comentando á Platon, la tiene »por verdadera Justino platónico, y mártir christia»no; y no me opondré á esta opinion, porque como »dice Olimpiodoro, Platon llamó apólogos ó fábulas »á las historias y razones." Lo cierto es, que Platon en boca de Ero resucitado, cuenta el juicio que Dios ha-

(1) *Omnia divini Platonis opera translatione Marsilii Ficini.* Venet. 1556. fol. Véase: *De repub. seu de justo, dialogus X.* p. 454. p. 445. En esta última página estan las palabras de Ficino.

Eusebio Panfilo (*Eusebii Pamphili præparatio evangelica gr. ac lat. edente Franc. Vigero, Soc. J.* Paris, 1628. fol.) refiere literalmente la resurreccion de Ero (como la cuenta Platon) en el lib. XI. cap. 35. p. 563. Eusebio en el capítulo siguiente refiere otro caso de resurreccion que se leía en las obras de Plutarco. Fortunato Liceto en su obra *de sexto-quæsitis, resurrectione multiplici, &c. responsa.* Utini, 1603. 4. cap. 5. p. 29. trata de esta resurreccion, de la de Ero Panfilio, y de otra de Tespesio que se refiere por Plutarco, y juzga que fuéron verdaderas. Del mismo sentir fué Jayme Mazzoni en su defensa del célebre poeta Dante. No las alego yo como verdaderas, sino como de un hecho no increible entre los paganos.

hace de los hombres despues de su muerte, y su futuro estado, como lo enseña la revelacion en las sagradas escrituras. Y en esta ocasion, como tambien en el *Fedon*, (tratado del alma) Platon distingue dos clases de pecados, que en griego llama ανιατα (1) (mortales, insanables), y ιασιμα (sanables ó veniables.)

Yo prescindo de la verdad de la resurreccion de Ero Panfilio, y de otros hombres, aunque conozco que solamente por revelacion ó por tradicion de esta hecha á los primeros hombres, se pueden saber algunas particularidades que Platon refiere, ó pone en la boca de Ero sobre el estado de la otra vida; mas al prescindir de los hechos prácticos de la resurreccion, observando que esta se esperaba por varios filósofos insignes que debian conocerla superior á las fuerzas naturales, conjeturo que ellos contra el obrar de la naturaleza esperaban la resurreccion, fundándose en la tradicion ó en la razon. De los fundamentos que esta suministra, se tratará despues; y ahora de los que pudo suministrar la tradicion. Los hallo clara y distintamente descritos por Platon en la relacion que Eusebio Cesariense copió literalmente de sus obras, porque justamente la creyó convincente para demostrar la idea misma de la resurreccion, que segun el dogma christiano tenian los paganos. He aquí las palabras de Platon segun Eusebio (2): "Nos refiriéron »(la generacion antigua de los hombres) nuestros ma»yo-

(1) Cerca del fin del tratado *Fedon.*

(2) Eusebio en la edicion citada, lib. 11. cap. 33. p. 561. Las sentencias que Eusebio copia de Platon, se hallan en el diálogo de este sobre el reyno, que se suele llamar, el político. Véase *dialogus civilis, vel de regno,* p. 142. en la edicion citada de las obras de Platon.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»yores, que viviéron cerca de los tiempos en que ella »sucedió. Á estos hemos tenido por pregoneros de esta »fama, á la que hoy muchos contradicen. Lo que de »estas noticias se infiere, lo debemos conocer, pues »que es cosa congruente que los viejos vuelvan á la »edad pueril, y que de los ya muertos y sepultados »en la tierra, resuciten algunos... El mundo todo re»vuelto (1) con la lucha de cosas contrarias, y con »los terremotos, ocasionada una peste entre los ani»males, despues de algun tiempo volverá al acostum»brado curso; pues que el Hacedor, para que no se »deshaga, tomará las riendas del gobierno, dester»rará todo desórden, le adornará, y le hará inmortal, »é incapaz de envejecerse."

En estas palabras de Platon se exprimen distinta y claramente dos cosas relativas al dogma de la resurreccion. La primera es, que la noticia de esta se propone como conseqüencia de la tradicion de los antiguos; tradicion que, como nota Platon, en su tiempo se contrastaba demasiadamente. La segunda es; que quando suceda la resurreccion se acabará el mundo mortal, y empezará el inmortal, esto es, que al fin del mundo mortal, en que tendrá fin la presente generacion terrestre, despues de haber precedido gran lucha de elementos, á que seguirá la resurreccion, se verá un nuevo mundo inmortal. Este nuevo mundo es anunciado por San Pedro en su epístola segunda, diciendo: que habiéndose consumido todo este mundo con el fuego, habrá nuevos cielos y nueva tierra.

Platon, sabio instruido en la historia, é insigne en la filosofía, no debió inferir el dogma de la resurreccion,

(1) Eusebio en la edicion citada, cap. 34. p. 562.

cion, alegando por fundamento la doctrina de los antiguos, si en su tiempo se hubiera conservado memoria del primer filósofo que lo habia enseñado. El mismo dogma, como se ha notado, creyéron Demócrito, Teopompo, Tales Milesio, y los magos caldeos, y expuso con las mas distintas circunstancias el Santo Job, nacido y criado entre paganos. ¿No nos obligarán á juzgar estos documentos ciertos que la resurreccion fué dogma entre los primeros hombres aprendido por revelacion, y pasado despues por tradicion desde ellos á sus descendientes? ¿Por ventura, de esta tradicion algo controvertida por los filósofos, ú obscurecida con la extravagancia de sus ideas, no provino en parte la opinion de la metensicosis que hiciéron célebre los pitagóricos, y algunos platónicos? "Estos filósofos, dice justamente Tertuliano en el »principio de su tratado sobre la resurreccion de la »carne, reconociéron el revivimiento corporal del »alma: han variado, pero no han negado la resurrec»cion: tocáron á lo ménos la verdad, aunque no la »conociéron, ó dixéron perfectamente: así piensa el »siglo, el qual, aun quando yerra, no ignora la re»surreccion de los muertos."

La idea comun de la resurreccion de los muertos es demostrada y autorizada por las ceremonias lúgubres de las naciones en sus sepulcros: "La confianza »de los christianos, dice Tertuliano empezando el ci»tado tratado, es la resurreccion: la verdad obliga á »creerlas, y Dios manifiesta esta verdad; pero el vul»go se burla creyendo que despues de la muerte no »quedará cosa alguna, y no obstante esta creencia, »hace funerales á los muertos segun sus costumbres, »poniéndoles comestibles, suponiendo que estan ham»brientos los que dicen ó juzgan ser insensibles. Si »la resurreccion no es dogma de valor alguno en tu

»imaginacion, escribia San Cirilo (1), ¿por qué conde»nas á los que desentierran los cadáveres, ó abren los »sepulcros? Reflexîona bien y atentamente, porque »aunque con los labios niegues la resurreccion, esta »queda indeleblemente sellada en tu conciencia." Estos raciocinios de Tertuliano y de San Cirilo los han juzgado convincentes aun algunos filósofos modernos, entre los que uno de pensar libre contra la religion y contra el mismo obrar de la naturaleza (2), llegó á con-

(1) *S. Cyrilli archiepiscopi hierosolymitani opera gr. ac lat. studio Antonii Augustini Toutte, Ord. S. Bened.* Paris, 1720, fol. *Catechesis. 18. n. 5. p. 287.* Las disertaciones contenidas en esta edicion se critican por los literatos de Trevoux en sus memorias del Diciembre, 1721. art. 102.

(2) Pará en su obra *principj della sana filosofia, &c.* (citada ántes en el artic. 2. del capítulo antecedente) al número 88. p. 131. dice: "La exîstencia del dogma de la »resurreccion entre todas las naciones conocidas, antiguas »y modernas, no es un hecho equívoco y problemático, »sino cierto, que confiesan aun los mas declarados incré»dulos, quales son el autor de la filosofia de la historia: »el autor de las inquisiciones sobre el despotismo oriental, »y de la antigüedad descubierta ó desmascarada; y el au»tor de las inquisiciones filosóficas sobre los americanos.... »Este dice que ha gastado nueve años en formar sus in»quisiciones sobre los americanos." Este autor es Paw, que publicó *recherches philosofiques sur les americains par Mr. P.* Berlin, 1770. 8. vol. 2. Obra en que el autor con tanto descaro y poco recato, propone su extravagancia de ideas físicas, y altera los hechos de la historia, como si escribiera solo para los californios que no tienen ciencia alguna. Ha sido impugnada en Berlin por dos autores, y mejor por el Abate Clavigero, en su antigua historia de México. Nuevas impugnaciones se harán en dos historias natural y civil del Paraguay, que quanto ántes publicarán dos ex-jesuitas españoles.

confesar y decir así (1): "Es necesario decir que el »dogma de la resurreccion de los cuerpos por Euro»pa, Asia y Africa se haya esparcido mas general»mente que se conjetura por los historiadores; y esto »se infiere al observar que quizá no haya nacion an»tigua (de que tengamos noticia) la qual en los se»pulcros no haya colocado al lado de sus muertos ar»mas, utensilios de cocina, víveres, lámparas y mo»nedas. Esta ceremonia prueba incontrastablemente, »que se creia una vida futura (2). Las ceremonias »fúnebres pueden servir para explicar los diversos »sistemas que sobre el estado de las almas se han »adoptado en varios paises; y quizá este seria uno »de los medios para resolver la qüestion, poco im»por-

(1) Segun Pará citado son palabras de Paw.

(2) Prudencio infiere de los honores sepulcrales á los cadáveres humanos la idea y esperanza comun de su resurreccion. Dice así:

35 *Venient cito sæcula, quum jam*
Socius calor ossa revisat,
Animataque sanguine vivo
Habitacula pristina gestet.
45 *Hinc maxima cura sepulcris*
Impenditur: hinc resolutos
Honor ultimus accipit artus,
Et funeris ambitus ornat.

M. Aurel. Clem. Prudenti carmina: cum not. Faustini Arevalv. Romæ, 1788, 4, vol. 2. Cathemerincon, v. 35, p. 353, vol. 1.

»portante á mi parecer, y agitada tantas veces acer-»ca de la opinion de los antiguos hebreos sobre la »resurreccion."

Observacion digna de hacerse es, que no dándose la resurreccion entre las obras conocidas de la naturaleza, en todos los idiomas, aun de las naciones mas bárbaras, se halle palabra que la signifique en su verdadero sentido. Oportuna al caso presente, y graciosa es la siguiente relacion que el eruditísimo Burriel pone en la historia de los californios, que á ninguna nacion ceden en barbarie. Dice así la relacion (1): "En estas y otras tales entradas (en Califor-»nia) se ocupó el almirante (Don Isidro Otondo y »Antillon), y entre tanto los jesuitas se aplicáron á »aprender las dos lenguas que se hablan en el pais. »Quando ya tuviéron algun mediano conocimiento »de ellas, se aplicáron á traducir la doctrina chris-»tiana; pero nada les costó tanto trabajo, como sa-»car á los indios alguna voz que equivaliese á este »artículo: *resucitó de entre los muertos*. Fué menes-»ter acudir á la industria; y ve aquí la que sugirió »la necesidad, segun refiere el padre Kino á su maes-»tro el padre Enrico Scherér, en una carta que este »publicó. Tomáron algunas moscas, y las ahogáron »en agua á vista de los indios, que las tuviéron por »muertas. Revolviéronlas luego entre ceniza, y las »pusiéron á calentar al sol; y con el calor de este, »desentumecidas las moscas, cobráron nuevos alien-»tos

(1) Noticia de la California, sacada de la manuscrita del jesuita Miguel Venegas. Madrid, 1757, 4, vol. 3: en el vol. 1, parte 2, §. 5, p. 232: el autor de esta obra, como se ha notado en otro lugar, es el jesuita Andres Burriel.

»tos vitales, y empezáron á moverse y á revivir. »Espantados los indios, clamáron luego: *ibimuhueite*, »*ibimuhueite*. Escribiéron esta voz los jesuitas, y »haciendo sobre ella nuevas indagaciones, la acomo-»dáron para significar la resurreccion."

ARTÍCULO II.

La resurreccion de los cuerpos es muy conforme á la razon natural.

Decimos y sabemos que el hombre es formado de tierra, y que se ha de convertir en ella. En esta proposicion se incluyen dos verdades, cuyos conocimientos son muy diferentes, ó provienen de muy distintas causas. La segunda verdad es práctica, y la podremos llamar visible; pues que prácticamente vemos convertirse los hombres en tierra. La primera verdad no es visible, pero la inferimos de la segunda, porque cada cosa se resuelve en aquello de que fué compuesta; y por tanto el hombre, que se resuelve en tierra, de esta debe estar compuesto. Ahora pues, para averiguar cómo las dos dichas verdades aparecerian al entendimiento en otras circunstancias, hago esta suposicion: Si como Dios crió á Adan en edad ya perfecta, criara en la misma á un hombre mortal, como somos todos, y de un conocimiento, como lo suelen tener los hombres de mayor talento; y á este nuevo hombre, inmediatamente despues de haber sido criado, presentáramos una hermosa flor en una mano, y en otra un poco de polvo, ó de tierra, y le dixéramos que la flor era tierra, y que esta y aquella eran compuestas de una misma cosa, ¿lo creeria fácilmente? Yo soy de sentir que resistiria á creer tal cosa. Mas si despues de algun tiem-

tiempo el nuevo hombre viese que la flor se habia convertido en polvo, ó viese nacer de la tierra otras flores; desde luego se persuadiria á que la flor era tierra. Si despues á este nuevo hombre dixéramos, que de la tierra en que se habia convertido la flor, volveria esta otra vez á salir, ó formarse, ya no tendria tanta dificultad en creer esto; ya por lo que habia visto, y ya porque al entendimiento humano no causa dificultad que se forme un cuerpo segunda vez de aquellos elementos con que se sabe que se ha formado la vez primera. Esto es decir que si las flores resucitáran otra vez despues de convertidas en polvo, esta resurreccion pareceria á la mente humana un efecto mas natural y fácil que la primera formacion de las mismas flores.

Esta conseqüencia hace conocer que la resurreccion de los cuerpos debe aparecer ménos misteriosa al entendimiento humano, que su primera formacion. Ciertamente si al nuevo hombre, de que hablamos, se le dixera (despues que hubiese conocido que la flor y la tierra eran una misma cosa) que el cuerpo del hombre era tambien tierra, como la flor, tendria mas dificultad en creer esto, que en creer que la flor era tierra; mas si con el tiempo viese convertirse en tierra el cuerpo humano, se veria obligado á conceder una verdad, que para él, como para todos los hombres, siempre es misteriosa. Digo que es misteriosa, porque formándose el cuerpo humano dentro de otro cuerpo viviente, la mente no llega jamas á entender cómo en tal oficina se pueda formar de tierra un cuerpo viviente. Así el sapientísimo San Justino, en su primera apología decia con razon (1): "Si no fuéramos

(1) Véase en la edicion citada de las obras de San Justino, su apología primera, presentada á Antonino Pio en el año 150, n. 19, p. 55.

»mos corporales; y alguno nos describiera el modo »con que de un punto se forma la máquina corporal »del hombre con huesos, carne, nervios, &c. no cree»riamos posible tal formacion, si no tuviéramos cien»cia práctica de ella; mas como esta cosa nos pare»ceria imposible, y con todo eso sucede práctica»mente; así, aunque nos parezca igualmente impo»sible la resurreccion de los cuerpos, no podemos »ménos de conocer que Dios, obrando con alguna »semejanza, á lo que vemos, en la naturaleza, pue»da facilísimamente hacer que otra vez se formen los »cuerpos de aquellos elementos mismos en que se han »deshecho, y de que se habian formado ántes."

Es cierto que en la naturaleza, segun sus actuales leyes, no hay virtud para hacer resucitar un mismo cuerpo; mas de la virtud que en ella hay para la primera formacion de este, se infiere, que en la naturaleza exíste una virtud mas admirable que la de la resurreccion, pues que esta por sí misma aparece al filósofo ménos difícil que la primera formacion. Y aunque á la naturaleza Dios no ha concedido la virtud propia de resucitar rigurosamente un mismo cuerpo, le ha concedido la de hacer un efecto equivalente y semejantísimo á la resurreccion; el qual efecto consiste en la reproduccion de quanto se siembra y planta, y en la nueva vivificacion de varios insectos, como el gusano de seda, del pólipo, gorgojo, &c. Así el apóstol San Pablo, para explicar la resurreccion (1), se valió del exemplo de un grano que

(1) I. ad Corinth. cap. 15, v. 35, &c.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que se siembra, y despues de haberse corrompido, nace otra vez. Así tambien San Teofilo escribia al filósofo Autiloco (1): "Si el labrador cree que la »tierra tiene virtud de reproducir las semillas; si el »enfermo cree al médico; tú, criado por el Señor, »¿no creerás que este te pueda resucitar despues »que hayas muerto?" A la verdad, la reproduccion que la naturaleza hace de las semillas despues de corrompidas, y la vivificacion misteriosa de tantos insectos que en ella se ven, son tan semejantes á la verdadera resurreccion, que en buena filosofía se deben considerar todos estos efectos casi tan análogos como son los movimientos por línea recta y curva.

El discurso expuesto se puede analizar con las dos siguientes proposiciones que de él se infieren. La primera es, que la creacion y la primera formacion de qualquiera cuerpo, aparecen y son mas misteriosas que pudiera ser su resurreccion despues de haberse deshecho, ó de haberse resuelto en los elementos de que se habian formado. La segunda es, que en el obrar constante de la naturaleza se advierten unos efectos mas prodigiosos que lo que pueden ser los de la resurreccion, y otros muy semejantes á los de esta; notándose al mismo tiempo, que con poquísima variacion en las leyes naturales podria concebirse natural la resurreccion de los cuerpos. De aquí es, que en el presente discurso no podemos ni debemos en buena filosofía natural detenernos en probar posible á Dios la resurreccion; pues esta, que claramente se descubre imposible, segun el presente obrar

(1) Lib. 1, n. 8, p. 365 de la edicion citada de sus obras.

obrar de la naturaleza, por ningun capítulo se puede probar esencialmente imposible. Esta imposibilidad no aparece de parte de Dios, porque no es cosa indigna de su Magestad la resurreccion; ni es cosa injusta; ántes bien, como se dirá despues, la resurreccion del cuerpo humano es cosa justísima, y por tanto conveniente ó decente á la Magestad divina. Tampoco la resurreccion es imposible, porque Dios no la quiera hacer; porque (prescindiendo de la religion católica, que nos la propone como dogma) en fuerza solamente de la historia, se infiere prudentemente, como se expuso ántes, que la noticia de la resurreccion llegó á los paganos por tradicion desde los primeros hombres, y que estos la supiéron por revelacion divina. En sí la resurreccion no repugna, porque de ningun principio de metafísica aparece la menor repugnancia en que un cuerpo, por particular providencia de Dios, se vuelva á formar otra vez de los mismos elementos ó materia de que ántes fué compuesto; pues quando un cuerpo se deshace, la materia ó sus elementos no perecen, sino solamente la union de ellos. Para afirmar la posibilidad y probabilidad de la resurreccion, no incurriré en la vulgaridad de apelar al quimérico apetito peripatético que se suponia sofísticamente en la materia, sin forma, no real, sino ficticiamente. La probabilidad se funda en pruebas eficaces que suministra la razon; y la posibilidad en la superabilidad de las leyes de la naturaleza, por quien las estableció. ¿Quándo y cómo el físico tendrá el atrevimiento de decir, y ménos de probar que las leyes de la naturaleza son inmutables é insuperables por quien sacó la naturaleza de la nada? ¿Quándo probará que la separacion del alma y cuerpo embebe esencial repugnancia á su reunion por voluntad de quien hizo su

primera union? ¿No es mas incomprehensible esta que la reunion? Sucede de hecho la union de un modo incomprehensible é inexplicable, segun las leyes de la naturaleza; ¿por qué se alegarán estas para negar absolutamente posible la reunion? Se alegan únicamente, porque se trata de un hecho que no se ve, y que probablemente no sucede. Razon vulgar. Veo que el hombre muere: no veo que ninguno haya resucitado; luego la resurreccion no es posible. Esta conseqüencia, aun en el órden de la naturaleza, no se infiere; pero prescindiendo de su ilacion, segun dicho órden, yo afirmo la posibilidad de la resurreccion, y conjeturo la probabilidad de su futura existencia, fundándome en el poder y en la voluntad del supremo Hacedor de la naturaleza, y en el conocimiento de sus atributos. La naturaleza no me da pruebas en favor ni en contra de la resurreccion, que afirmo por razon. Lo que la naturaleza hace, me lo dicen los sentidos, con que veo y toco sus efectos: lo que en ella contra sus leyes puede, y probablemente debe suceder, no lo hace la naturaleza, no me lo dicen mis sentidos; me lo descubre y enseña únicamente la razon. Segun esta debo juzgar de lo que no veo, y preveo lo que probablemente debe suceder. "Quando considero, dice justamente Sher»lock (1), impugnando las ilegítimas ideas y cen»suras de Tomas Wolston sobre el hecho de la re»surreccion de nuestro divino Salvador, como sub»sis»sisto; quando pienso que todos mis movimientos na»turales y necesarios para mi vida, son independien»tes de mi voluntad; que mi corazon se agita, y da »latidos sin mi consentimiento y sin mi direccion; »que la digestion y nutricion se hacen por canales y »modos que no conozco; que mi sangre circula per»petuamente (lo que es contrario á las leyes de mo»vimientos que no son conocidas): quando considero »pues, todos estos fenómenos, no puedo dexar de »creer que la conservacion de mi vida á cada mo»mento, es efecto de un poder tan grande como el »que es necesario para resucitar á un hombre; y »quien atentamente reflexione sobre su propia exis»tencia para conocer lo que debe al poder supremo, »deberá necesariamente inferir, que el mismo poder »que ha animado su materia destituida de todo senti»miento, y que tiene siempre en movimiento los re»sortes de su máquina corporal, puede dar la vida al »cuerpo muerto; pues que ciertamente el dar la vida »á un cuerpo muerto, no es mayor milagro que el »darla á un cuerpo que no ha sido viviente." A la verdad, el vivificar la materia es milagro á lo ménos tan grande, como el hacerla revivir despues que se ha extinguido su primera vivificacion: esta no obstante se pone en el órden de la naturaleza, porque en él vemos la continua vivificacion de materia: ¿por qué pues el hacer revivir á esta, si no se pone en el órden de la naturaleza por que no sucede, no se colocará dentro de los límites del poder que crió la naturaleza, y modeló sus efectos? Para afirmar la posibilidad de la resurreccion, no necesita el filósofo idearse hipótesis metafísicas; apele solamente á aquel supremo poder que él conoce regulador de toda la naturaleza. Poca ó ninguna idea tenia Plinio de la filosofía, quando se atrevió á proferir este discurso no ménos pueril que ri-

(1) *Les temoins de la resurreccion de Jesus-christ. traduit de l' anglois par A. Lemoine.* Paris, 1703, 12, p. 138. Este tratado, en que el asunto se agita como causa legal con grande energía, se publicó sin nombre de autor, que lo es Sherlock.

ridículo. "Dios, dice (1), no puede hacer revivir á »los muertos, ni hacer que no haya vivido el que ha »vivido; como no puede hacer que dos veces diez no »sean veinte." Hacer que dos veces diez no sean veinte, seria hacer un imposible; mas ¿qué filósofo á este imposible metafísico une la imposibilidad física de la resurreccion? Imposibilidad que no pide mas poder que el necesario para que nazca una planta de su semilla; pero que el Criador no ha querido dar á la naturaleza.

Contra la absoluta posibilidad de la resurreccion, algunos que se creen filósofos, oponen una repugnancia, que en el estado y circunstancias presentes llaman esencialmente consiguiente. Estos filósofos dicen, conocemos y confesamos que Dios puede resucitar un cuerpo; pero como en la presente providencia y estado de cosas puede suceder y sucede que un hombre se alimente con carne humana, ó con animales que la hayan comido, nos parece imposible que pueda resucitar todos los hombres; pues en tal caso la carne de unos pasaria á ser carne de otros. Esta objecion es la única que en el discurso presente se puede hacer por un filósofo; mas es dificultad, que bien analizada, no excede los límites de una filosofía muy vulgar: no obstante, responderé á ella despues de haber propuesto las razones que persuaden naturalmente, ó hacen esperar la resurreccion. Estas razones son generales, y se refieren á todos los hombres: por tanto, no pierden nada de su eficacia, aunque en un determinado ó pequeñísimo número de ellos se encontrase alguna par-

(1) *Plinio*: histor. natur. lib. 2. cap. 7. *Deus non potest revocare defunctos, nec facere, ut qui vixit, non vixerit.... ut vis dena viginti non sint.*

particular dificultad: espero que el lector iluminado no encontrará ni sombra de ella. Paso pues á indicar los motivos que la filosofía descubre para esperar la resurreccion.

La razon mas eficaz que fomenta la esperanza natural de la resurreccion, consiste á mi parecer en el premio ó castigo que, segun el innato dictámen de la conciencia, debe darse á los hombres en la otra vida, y en la capacidad esencial que siempre tiene el espíritu humano de exercitar operaciones sensitivas en el cuerpo que anima. En órden al dictámen natural del premio ó castigo en la otra vida, nada nos debemos detener, porque este es un punto en que no solamente convienen los filósofos, sino tambien los ignorantes; quiero decir, que esta es una voz de la naturaleza, y es verdad que, como se expuso ántes, se infiere filosóficamente de la libertad humana. En esta suposicion, pasemos á discurrir de las conseqüencias que á nuestro asunto se infieren de la verdad de tal premio ó castigo en la otra vida.

El hombre miéntras vive en este mundo, está en estado de merecer y desmerecer; y este estado es muy diferente del que tendria una criatura puramente espiritual, como es el ángel, que obrase con la libertad que tiene el espíritu del hombre, porque esta criatura no tendria que pelear ó contradecir continuamente al cuerpo que la inclinase á lo irracional; mas el espíritu humano tiene necesidad de estar en continua batalla con su cuerpo, y con su inclinacion á los placeres. En una palabra, el mérito ó demérito no pertenecen solamente al espíritu humano, sino al hombre; y hombre en mérito ó demérito no es solamente espíritu, sino espíritu y cuerpo. Si el hombre pues, es el que merece ó desmerece, el hombre mismo debe ser premiado ó castigado. El hombre no solamente me-

mereció con exercicios mentales, sino tambien con privarse de placeres corporales, y con sufrir incomodidades corporales: ¿por qué pues, no deberá ser premiado no solamente con placeres espirituales, sino tambien con placeres corporales? Si su espíritu tiene intrínseca capacidad para gozar de un premio corporal, ¿por qué ha de ser privado de este, habiendo hecho méritos proporcionados á la naturaleza de tal premio? Supongamos que Dios en este mundo criase juntamente un hombre y un ángel en estado de merecer y de desmerecer; y que uno y otro obrasen bien. En este caso el mérito todo del ángel seria de cosas espirituales, y el del hombre seria de exercicios espirituales y corporales. Habiendo Dios de premiar á uno y otro, desde luego se ofrece que el ángel solamente tenia algun derecho á un premio meramente espiritual, y ningun derecho tendria á premio corporal: lo contrario debemos pensar del hombre, el qual tendria derecho á premio espiritual y corporal; y si Dios premiase solamente al espíritu humano, ciertamente este no gozaria del premio con aquella diferencia con que su mérito se distinguia del mérito del ángel. En este caso seria premiado el espíritu que componia al hombre todo, que es el que merecia; mas no se premiaba todo este hombre. Asimismo, el hombre que en vida habia merecido con todos aquellos diferentes actos con que podia merecer, no seria premiado en tal caso con todo aquel galardon que era capaz de gozar. De aquí es, que el ingeniosísimo Atenágoras en su admirable tratado de la resurreccion (1), dice: "Si »no es justo que el alma sola reciba el premio de las co-

(1) *Athenagoræ de resurrectione mortuorum*, núm. 23. p. 355. de la edicion citada.

»cosas que hizo juntamente con el cuerpo; ni tampo»co este solo puede ser premiado, porque es incapaz »de conocimiento: se infiere que el hombre, que se en»tiende un compuesto de alma y cuerpo, debe ser pre»miado. En esta vida el justo no recibe el premio de »su buen obrar, ántes bien suele ser afligido espiri»tual y corporalmente, y el impio suele vivir en de»licias y prosperidades. Despues de la muerte no ha»llamos que sea premiada sino el alma del justo que »obra bien, porque resuelto el cuerpo en sus elemen»tos, el alma sola vive separada; por tanto debe ha»ber un estado en que esta alma sea premiada en el »mismo modo con que obraba, esto es, debe suceder »la resurreccion, en la que, como dice el Apóstol, lo »corruptible se vestirá de la inmortalidad, y cada »uno será premiado ó castigado segun las obras que »hizo en vida corporal. Si no decimos esto, será ne»cesario decir que Dios propiamente no juzga al mis»mo que obró bien ó mal, pues que quien obró era el »hombre, y no el alma sola." Este pensamiento le esfuerza ingeniosamente el mismo filósofo Atenágoras con estas reflexiones. Hay virtudes y vicios, los quales no los podemos comprehender como efectos del espíritu humano separado (tales son la penitencia corporal, la continencia, el desahogo de las pasiones sensuales, &c.), y tales virtudes y vicios tienen relacion á su premio correspondiente. Esta reflexion se reduce claramente á la siguiente proposicion: por virtudes ó vicios que no son ni pueden ser efecto del alma separada, no se proponen al alma sola el galardon ó castigo. Esta razon se esfuerza con el siguiente discurso. Dios ha impuesto leyes no solamente al espíritu humano; sino á este en el cuerpo, ó al hombre. Así el precepto de honrar á los padres no se dirige á los padres del espíritu humano, que es criado, sino á los

los padres del hombre: ménos se dirige al solo espíritu humano el precepto de la sobriedad y continencia christiana de los sentidos. Si Dios pues, ha impuesto leyes que no se dirigen al espíritu solo, sino á este animando el cuerpo; y leyes que serian perfectamente inútiles si se intimasen á un espíritu puro, es necesario inferir que tambien el Señor dará premio ó castigo proporcionados á tales leyes; esto es, que premiará ó castigará á aquel mismo sugeto que obró bien ó mal, ó en las mismas circunstancias y modo con que mereció ó desmereció.

No, no es justo que honrando y sirviendo á Dios el hombre con su espíritu y cuerpo juntamente, no reciba de su inmensa bondad el premio correspondiente al carácter del premiador, y al del premiado. El hombre filosóficamente confundido con las bestias, tiene no ménos que estas derecho á la bienaventuranza corporal; y no pudiendo como racional gozarla en este mundo, tiene derecho á un estado en que la goce; y este estado es el de la resurreccion. El hombre superior á las bestias, y capaz de mayor bienaventuranza corporal que ellas, tiene derecho al premio corporal de que es capaz, sin lesion de los derechos de la racionalidad: la capacidad natural para gozar un bien, y el derecho natural para gozarlo en los agentes naturales, se confunden, y son siempre relativos; mas ¿podrá obtenerse ó gozarse la bienaventuranza corporal de que el hombre es capaz, si él en su espíritu siente el peso é influxo de una ley contraria á la inclinacion que su cuerpo tiene á los placeres? ¿Qué ley debe prevalecer, la del espíritu ó la del cuerpo? Si esta prevalece, el hombre obrará peor que las bestias; porque su mayor conocimiento le hará mas bestial que ellas. La naturaleza no dió facultad al hombre para que se hiciese bestial. Debe pues, prevalecer

cer la ley del espíritu; segun cuya direccion el hombre niega al cuerpo el desahogo bestial de sus pasiones, y tal vez por refrenar el ímpetu violento de estas, enflaquece sus fuerzas, y abrevia su vida si es necesario, teniendo justamente por mejor el morir presto como el hombre, que el sobrevivir á su racionalidad, convirtiéndose en bestia. Si el hombre no resucita, no habrá premio correspondiente á este obrar tan racional, heroyco y necesario. "Llegáron algu-»nos impios á la extrema vejez, dice San Juan Chri-»sóstomo (1): muriéron muchos buenos en la flor »de su edad: si no hay resurreccion, ¿quándo, có-»mo, y en qué tiempo recibirán la retribucion cor-»respondiente á sus obras?" El hombre es capaz de bienaventuranza corporal; "mas en este valle de lá-»grimas no se da facultad, dice bien San Agustin (2), »para gozarla; y esta impotencia es prueba convin-»cente de la necesidad de la resurreccion."

El espíritu y la carne estan siempre juntos en el tiempo del mérito ó del demérito, ¿y no se juntarán jamas en el tiempo del premio ó de la pena? ¿En qué jurisprudencia se contienen leyes tan iniquas, que no arreglen la retribucion correspondiente á la calidad de las obras? Tal jurisprudencia no exîste ni puede exîstir; porque repugna á la razon, que no sean compañeros en la retribucion los que lo fuéron en el mérito ó demérito. "El alma, dice ingeniosa y sa-»bia-

(1) *S. Joan. Chrysost. opera gr. ac lat. studio Bernardi Montfaucon mon. bened.* Paris, 1728. fol. vol. 12. Homilia 65. (alias 65.) in S. Joan. §. 3. p. 397.

(2) S. Agustin: lib. 13. *de Trinit.* cap. 8 y 20.

»biamente Tertuliano (1), no está sin la compañía »de la carne, miéntras la vivifica: nada obra sin la »carne, á quien no desampara jamas en este mundo. »La carne es como administradora de sus pensamien»tos, que por medio de ella se dexan conocer exte»riormente. Esté el alma interiormente pensativa; »luego el semblante, que es espejo de las intencio»nes, publica indicios de los pensamientos. Nieguen »pues en los hechos la compañía, á quienes no se »puede negar la compañía en los pensamientos. Si »ellos cuentan las flaquezas de la carne, la qual, »por delinquir con ellas, debe tener castigo, noso»tros, por lo contrario, les objetarémos y opondré»mos las virtudes de la misma carne, la qual por »ellas deberá tener su premio. Si el alma es la que »obra, la carne es la que condesciende en obrar. No »es lícito figurarse á Dios juez injusto ó inerte: se»ria injusto si separase, al dar el premio, la com»pañera en las obras que lo mereciéron: seria iner»te, si no uniese en la pena á la compañera en el de»lito. La censura ó justicia humana es tanto mas per»fecta, quanto mas inquiere y busca los ministros »de un hecho, no perdonándolos, ni dexándoles que »desear, y haciendo que se castiguen ó premien con »los autores de él." La jurisprudencia humana llega á confundir justamente el ministro con el autor, segun la calidad del hecho; ¿y la divina los separará? La carne por sí misma no tiene voluntad, ni conocimiento, ni sentido alguno: ella, se podrá decir, no es como los ministros humanos, que sirven con el

(1) Tertuliano en el tratado citado de la resurreccion de la carne.

el exercicio y con la voluntad; y por esto no debe participar de los premios ó de las penas que se dan á los autores de las obras buenas ó malas. "La car»ne es un vaso en que está el espíritu; mas un vaso, »sigue Tertuliano, que el apóstol Pablo manda tra»tar con honor. El mismo apóstol la llama hombre »exterior..... Se dice vaso la carne, porque contiene »en sí el alma; y se dice hombre, porque comuni»ca ó participa su naturaleza." Pero aunque sea la carne, no ministra, sino un puro instrumento del espíritu; siempre, segun las leyes sabias y justas de la humana jurisprudencia, los instrumentos de acciones heroycas aparecen gloriosamente en la pompa de los triunfos; y los instrumentos de los delitos insignes, se muestran vergonzosamente en los infames suplicios. Así prescribe, y así obra la justicia humana que se llama, y es justa y sabia: ¿y los hombres no esperarán este obrar de la justicia divina en órden al premio ó al castigo que merecen su espíritu y cuerpo? O la justicia humana mas sabia es verdadera injusticia, ó injustamente piensan los que no esperan el premio, ó temen el castigo en la resurreccion de sus cuerpos.

Las razones expuestas convencen naturalmente la resurreccion de los hombres; pero porque ellas se fundan en el bien ó mal obrar de estos, se podrá decir ú oponer que las dichas razones no prueban inmediata y directamente la resurreccion de aquellos hombres que mueren ántes del uso de la razon, ó no fuéron capaces de esta; porque ellos llegan á la muerte sin haber obrado en esta vida mal ni bien moral, de cuyo conocimiento eran incapaces. Segun este raciocinio, parece que deben estar exceptuados de la resurreccion los hombres que mueren sin haber tenido conocimiento en su vida mortal para obrar

segun las reglas de la mortalidad. No obstante esta excepcion, á estos hombres se pueden aplicar, y favorecen con cierta proporcion, algunas razones expuestas por varios motivos. Primeramente las leyes generales se dirigen á todos los súbditos, y los comprehenden, principalmente en lo favorable, aunque á algunos de ellos accidentalmente no convengan todos los motivos que para intimarlas tuvo el legislador; esto que sucede, y es loable en las leyes humanas, no debe negarse á las divinas, particularmente en una determinacion que es favorable á todos los que de ella se quieran aprovechar con singular ventaja propia. Es cierto que los hombres que mueren sin haber tenido uso de razon, no obráron en su vida segun las reglas de la moralidad, porque de su conocimiento eran incapaces; pero tampoco obráron contra ellas: no tienen algun demérito personal, ni dexáron de obrar bien moralmente por culpa suya; por tanto, parece congruente á la equidad, y mucho mas á la bondad infinita del supremo Hacedor, que como autor grato y sobrenatural no niegue el premio de la resurreccion á los hombres que, como autor natural, dexó morir sin uso de razon, ó en los primeros dias de su vida. Para proponer con mayor claridad esta razon, es justo que hagamos una breve reflexion sobre las muertes tempranas de los hombres. La naturaleza humana, que en su creacion fué inmortal, perdió la inmortalidad por la culpa de nuestro primer padre Adan. Á la pérdida de la inmortalidad siguiéron la mortalidad, y las conseqüencias que de ella resultan, las quales Dios, como autor natural, no tiene obligacion de impedir; pues el Señor, como autor natural, no tiene obligacion de hacer milagro alguno con que impida el efecto de la muerte (por exemplo) que naturalmente viene á un infante en el útero materno por desórdenes de la madre, ó por enfermedad de esta, &c. Mas siendo el Señor infinitamente piadoso, y habiendo criado todos los hombres para su servicio, y para que alaben y gocen de sus obras maravillosas, no es creible que este fin no se efectúe en nada; ántes bien es creible que su piedad infinita prepare al hombre algun estado, en el que de algun modo el mismo hombre, como hombre, goce de las bondades de nuestro Dios en todo aquello que no se oponga á la pena del pecado original. Aquí viene una ingeniosa reflexion de Atenágoras. "Consideremos (1), dice, en »la creacion del hombre, los fines de esta con rela»cion á Dios y al hombre, y hallarémos, que el Se»ñor, por un efecto de su suma bondad, crió al hom»bre para que le reconociese como á su Hacedor, y »le sirviese: le crió tambien para que tuviese vida de »hombre, y gozase del mundo corporal ó visible que »habia criado en beneficio del mismo hombre. Estos »fines tienen gran conexion con el estado de la natu»raleza humana que comprehende un cuerpo y alma, »y suponen ó se fundan en la existencia de ella; por »tanto, existiendo siempre los fines, tambien siem»pre debe existir la naturaleza humana con espíritu y »cuerpo." A esta reflexion se puede añadir la siguiente: Los fines porque Dios crió al hombre, no tienen efecto en los que mueren al principio de su vida; porque el Señor no quiso con ellos exceder el poder ó límites de autor natural; mas siendo infinita su bondad, y conociéndose esto por razon natural, ¿será creible que siendo inmortal el espíritu humano, el Señor no use de una particular gracia, con la qual este es-

(1) Tratado citado, n. 12, p. 345.

espíritu pueda en algun modo gozar del fruto de tales fines? No hay duda que los hombres que mueren ántes del uso de la razon, pueden despues de resucitados reconocer á su supremo Criador, y gozar de sus obras visibles. Podemos añadir otra reflexion, y es, que siendo todo lo visible criado para todos los hombres, si algunos de estos no resucitan, el fin en el criar todo lo visible no se efectúa respecto de todos los hombres; lo que no es creible en la bondad infinita de Dios. Ménos creible es que, siendo el hombre el señor de las criaturas visibles, esten entre estas los animales que suelen vivir centenares de años; y que el Señor en ningun estado conceda á los hombres una gracia que concede á las criaturas destinadas para servicio de ellos. Ultimamente, suponiendo la revelacion del estado de la inocencia, en que fué criada la naturaleza humana, y de la inmensa gracia de Dios en reparar por medio de la redencion de nuestro divino Salvador, los males que en ella habia causado el pecado de nuestros primeros padres, podemos de tales principios inferir naturalmente la resurreccion. Porque si con la redencion sabemos ciertamente que se remedian los males causados en el espíritu del hombre, ¿no se remediarán tambien los del cuerpo, que son de inferior órden? Si el hombre, ántes amigo del Señor, é inmortal en el cuerpo, quedó por el pecado enemigo del Señor, y mortal en el cuerpo; y la redencion hace otra vez reconciliar á los hombres con su Dios, ¿no les hará volver la misma redencion otra vez á la inmortalidad de sus cuerpos? En buena razon es necesario inferir naturalmente de la redencion, la resurrecion; y así parece que la inferia el Santo Job quando, queriendo hablar de la resurreccion de su cuerpo, dixo: "Creo que vive mi »Redentor, y que he de resucitar en el último dia »de

»de los siglos." Y á esto parece que alude aquel dicho de San Pablo (1): "Si los muertos no resucitan, »Christo no habrá resucitado; mas porque Christo »ha resucitado, sabed que como por un hombre en»tró la muerte, así por otro hombre sucederá la re»surreccion de los muertos; y como todos mueren en »Adan, así todos en Jesuchristo serán vivificados (2)."

ARTÍCULO III.

Dificultades que se oponen á la resurreccion de los cuerpos.

Habiéndose propuesto la resurreccion conforme al dogma santo de la religion, á la tradicion conservada en la historia profana, y al dictámen de la razon natural, debemos pasar á hacer exámen de las di-

(1) Ad Corinth. 1ª cap. 15, v. 13, 16, 21, 22.

(2) Sin tomar partido en el litigio teológico sobre la distincion de derechos entre los hombres que mueren bautizados, ó sin bautizar, diré brevemente que de la doctrina revelada se infieren razones para probar la resurreccion de los que mueren en la infancia con el bautismo ó sin él. Si mueren bautizados, con el bautismo les fué aplicado el mérito de nuestro divino Salvador, no solamente en el espíritu, sino tambien en el cuerpo; para que se verifique que todo hombre goza del premio. Si mueren sin bautismo, retienen la culpa original que inficionó no solamente el espíritu, sino tambien el cuerpo; por lo que este y aquel deben carecer del premio de que ella los privó en el órden sobrenatural, y en el natural deben gozar el premio que les corresponda, y sea compatible con la pena debida por la tal culpa.

dificultades que se oponen á la posibilidad de la resurreccion. En primer lugar se deben despreciar desde luego todas aquellas dificultades que prueban solamente necesitarse milagros para que los cuerpos humanos resuciten. De esto ninguno duda; pues segun el sistema actual del obrar de la naturaleza, en esta no hay virtud para hacer que un cuerpo resucite rigurosamente. Es cierto que en la naturaleza se ven ciertos efectos que se asemejan mucho al de la rigurosa resurreccion; mas esto solamente prueba, como se insinuó ántes, que una ligerísima alteracion de sus leyes bastaria para que se viese naturalmente la resurreccion. La dificultad únicamente puede consistir en proponer imposible absolutamente la resurreccion; esto es, imposible esencialmente en sí, ó por voluntad divina. Esta imposibilidad se puede considerar con relacion á lo moral ó á lo físico. Será imposible la resurreccion en órden á lo moral, si es cosa injusta ó indigna de Dios, ó si constase que el Señor habia declarado su voluntad de no resucitar al hombre: mas nada de esto consta; ántes bien sucede todo lo contrario, pues la resurreccion (como se probó ántes) es conforme al dictámen de la razon natural; y lo que á esta es conforme, no es cosa injusta, ni indigna del Señor. La resurreccion, ademas de esto, segun la historia profana, y principalmente segun la revelacion, se prueba ser dogma, ó conforme á la voluntad divina. Será imposible la resurreccion en órden á lo físico, si supuesto el obrar de la naturaleza, se infiriese una imposibilidad que se llama consiguiente, de resucitar todos los hombres. Por exemplo, si suponemos que todos han de resucitar con las mismas carnes que tenian sus cuerpos en el punto de su muerte, y que algunos hombres que hayan comido carne humana, mueran despues de

de haber convertido esta en propia substancia, no tiene duda que en el órden físico resultará imposible la resurreccion de todos los hombres; porque si todos han de resucitar con las carnes que tenian al morir, y dos hombres, por exemplo, al morir habian convertido en propia substancia gran parte de la carne de otros dos hombres, no se puede verificar que todos estos quatro hombres resuciten con todas aquellas carnes que tenian al morir.

En esta suposicion, la resurreccion seria ciertamente imposible; mas la suposicion es imaginaria; y solamente prueba imposible que los cuerpos resuciten en un caso que se finge, y que no se prueba. O por mejor decir, la resurreccion se prueba imposible en tal caso; y este caso que se supone arbitrariamente, no se probará jamas. Se podia desde luego responder, diciendo: Dios que ha prometido la resurreccion, y es absoluto Señor de la naturaleza, tiene poder y conocimiento para prevenir y precaver todos aquellos casos que hagan imposible la resurreccion; pero para dar respuesta mas natural y filosófica, exáminemos algunos casos prácticos, segun los quales pueda suceder la resurreccion de todos los hombres, y estos mismos nos darán á conocer que el ingenio comprehende muy bien hipótesis, en que por ningun lado repugne la dicha resurreccion.

Supongamos el caso en que todos los hombres han de resucitar con las carnes mismas con que muriéron, y que haya antropófagos ú hombres que coman carne humana. En este caso diré yo, no aparece ninguna repugnancia, en que por providencia divina las carnes de un hombre no puedan jamas convertirse en la substancia de otro hombre. Esta proposicion no contiene nada de improbable, ni que desdiga al obrar de la naturaleza, pues en esta vemos efectos naturales

muy conformes á la dicha proposicion. Así vemos, que por un siglo se siembran trigo, cebada, &c. y otras simientes sanas en tierra de xugo venenoso, y que jamas reciben de ella las partículas venenosas que en ella hay, y que atraen las simientes venenosas como las de rejalgar, cicuta, &c. Esto nos hace conocer prácticamente que las plantas tienen sus propios alimentos, y que no todos los xugos se convierten en substancia propia de ellas. Con este exemplo y otros muchos que nos hacen ver que muchísimos animales estan determinados á comer solamente ciertos alimentos, y que mueren si comen otros que no les son propios, se confirman las ingeniosas proposiciones de Atenágoras, que dice (1): "Los que nos oponen con»tra la resurreccion los antropófagos, son hombres »que no consideran el poder y la sabiduría del supre»mo Hacedor, el qual ha determinado alimentos á ca»da animal; y no permite que toda especie de comi»da se convierta en substancia de todos los animales. »Es necesario que los adversarios nos prueben que la »carne humana es alimento propio del hombre, y no »del sepulcro: nos deben demostrar que tal alimento »le es natural, y que se convierte en su substancia; y »si esto fuese así, desde luego podemos celebrar ban»quetes de carne humana, lo que verdaderamente re»pugna á la misma naturaleza. Lo que no es pues, ali»mento natural del hombre, no sirve para nutrirle, si»no que se expele por medio de las varias y admirables »separaciones que en su estómago, intestinos, venas, »fibras, &c. se hacen de todo lo que come. Por tanto, »es

(1) Las proposiciones citadas de Atenágoras se hallan en los nn. 4. 5. 6. 7. 8. de su tratado sobre la resurreccion, p. 338 de la edicion citada.

»es error grande persuadirse que todo lo que se co»me se convierte en propia substancia; pues que mu»chas cosas resisten á la primera digestion, otras á »la segunda, otras á la tercera, &c." Esta doctrina de Atenágoras se halla muy conforme á los admirables efectos que ha descubierto la física química, en la que vemos algunas materias que resisten á unirse con otras, ó si se unen, no se mezclan perfectamente en ningun caso. Por exemplo, fundiéndose oro con plata resulta una mezcla, la qual puesta en agua fuerte, dexa luego el oro, y la plata se mezcla con el agua; y si despues se pone un poco de cobre, luego la plata se separa, y cae al fondo, como hizo el oro al unirse la plata con el agua fuerte. Asimismo, el aceyte ó sal de tártaro disuelto en agua, despues de haber herbido con azufre, se une con este: si despues de esta union se echa un poco de vinagre, el azufre se separa, y el aceyte de tártaro se une con el vinagre. Estos maravillosos efectos que se ven en millares de experiencias de cosas diferentes, suceden tambien en los animales; pues, como nota el docto Nieuwentit (1), no hay parte en el cuerpo de estos de que no se saque gran cantidad de sales alkalinas, las quales se unen y separan de los ácidos de mil modos prodigiosos. Así por exemplo, si el espíritu de sal marina (que es agria ó ácida) se mezcla con sal alkalina volátil de animales, de cuerno de ciervo, de sal armoniaca, &c. se advertirá un gran herbor, despues del qual todos estos ingredientes se unen y forman una mixtura, en que la sal volátil pierde gran parte de lo vo-

(1) *L' existence de Dieu demontreé par les merveilles de la nat.* L. 3. c. 5. p. 528. de la edicion citada.

volátil, y de su olor. Si despues se añade un poco de sal tártara, luego se separa del mixto el espíritu de sal marina, advirtiéndose un nuevo olor fuerte, y se mezcla con la sal tártara, que es alkalina. Si á este compuesto se echa otra sal alkalina, sucederá otra nueva separacion, como se puede ver en la física química. Estos herbores, uniones y separaciones suceden en todos los cuerpos por la gran cantidad que en ellos hay de ácidos y alkalis; y tales efectos maravillosos nos hacen conocer las admirables leyes que Dios ha puesto en la naturaleza, para que las plantas y animales arrojen de sí todas aquellas cosas que no sirven ó no son destinadas para convertirse en su propia substancia. Segun este general y constante obrar de la naturaleza, no hay repugnancia alguna en que se suponga, que no siendo las carnes humanas alimento propio del hombre, estas naturalmente no puedan convertirse en substancia del cuerpo humano; y que se separen naturalmente en la segunda, tercera ó quarta digestion que se hace en el estómago, mesenterio, hígado, &c. Este modo de pensar, que se funda en el mismo obrar de la naturaleza, me parece ser muy conforme á la doctrina que sobre la resurreccion nos da San Pablo, hablando no solamente como doctor de la religion, sino tambien como gran filósofo. "Me »preguntará alguno, dice San Pablo (1), ¿cómo resuci»tarán los muertos, y con qué cuerpos?... Yo os digo: »no toda carne es la misma carne; pues es diferente »la carne humana de la carne de las ovejas: diferente »es

(1) I. ad Corinth. c. 15. v. 35. 39. *Sed dicet aliquis: Quomodo resurgunt mortui? qualive corpore venient?.... Non omnis caro, eadem caro: sed alia quidem hominum, alia verò pecudum, alia volucrum, alia autem piscium.*

»es la de las aves, y diferente la de los peces."

La doctrina que hasta aquí he dado, basta para proponer y probar un caso en que sea posible la resurreccion de todos los hombres; y la suposicion de tal caso, léjos de ser repugnante ó aerea, se ha probado ser muy conforme á las actuales leyes de la naturaleza. Mas en la dicha doctrina he concedido mas de lo que debo conceder para que se verifique la resurreccion de todos los hombres en sus propios cuerpos, como se echará de ver por las siguientes reflexiones.

Sabemos que los hombres han de resucitar; mas no sabemos quál será la grandeza de sus cuerpos, y ménos sabemos qué cantidad de materia se contendrá en cada uno de ellos. Si supusieramos que cada hombre debiera resucitar con un cuerpo que tuviese por exemplo ciento y quarenta libras de materia terrestre, desde luego podriamos conjeturar con poca diferencia el mayor número de años que podia durar el mundo; y para tal conjetura nos daria alguna luz el cálculo que hiciesemos sobre la cantidad (1) de materia que

(1) Un pie cúbico de tierra crasa pesa comunmente 140 libras: por tanto, una legua cúbica de dicha tierra (la legua tiene 13,698 pies de Paris) pesará 359775200000000 libras; y suponiendo que toda la materia terrestre sea proporcionalmente del peso mismo de la tierra crasa, el globo terrestre pesará 44899400000000000000000 libras. (*Este número contiene veinte y cinco cifras*). Si suponemos que la mitad de este peso es de metales y de otras materias desproporcionadas para formar el cuerpo humano, resulta el mismo número de ceros con estas cifras al principio 2224497. El cuerpo humano convierte en sí la materia de la atmósfera: por tanto, la materia de esta de-

que hay en la tierra y en su atmósfera. Mas esta suposicion es aerea, y ciertamente no conviene á aquel estado de inmortalidad en que resucitarán los hombres con su propio cuerpo para vivir eternamente sin necesidad de alimentarse, ni de otras cosas que son conseqüencias naturales del continuo alimento, y sucesiva nutricion. Yo confieso ingénuamente que nos es desconocido el modo con que resucitarán los cuerpos; pues el ingenio humano descubre varios, y al mismo tiempo conoce que en los arcanos de la divina sabiduría se contendrán archivados otros infinitos, que no podemos alcanzar ni entender las criaturas. No obstante todo esto, de un artículo que sobre la resurreccion

---

debe tambien entrar en cuenta. El peso de la materia de la atmósfera se calcula mejor y mas claramente que el de la tierra; porque segun las experiencias del barómetro, podemos suponer que el peso de toda la atmósfera equivale al que tendria una atmósfera de agua de treinta pies de altura. Por quanto un pie cúbico de agua llovediza suele pesar de 63 á 64 libras, suponiendo el peso de 63 libras, se infiere que sobre cada pie quadrado de la tierra corresponden 30 pies cúbicos de agua, que pesan 1890 libras; y porque cada legua quadrada consta de 187635204 pies quadrados, cada legua quadrada contendrá sobre sí el peso que resulta de este último número, multiplicado por 1890. Últimamente, porque toda la faz terrestre consta de 25858089 leguas quadradas, para inferir el peso de toda la atmósfera, basta multiplicar este número de leguas por el número de libras de peso que descarga ó corresponde á cada legua quadrada, y resultará una cantidad numérica poco menor que la que se puso ántes para expresar el peso de toda la tierra.

Esta cantidad de materia de la atmósfera, con la que con-

cion nos enseña el dogma, y de lo que sobre la misma dicta la razon natural, infiero una conjetura bastantemente probable del modo con que el cuerpo resucitará. El dogma y la razon nos dicen que la resurreccion del hombre para recibir el premio ó castigo merecido, debe ser en su *propio* y *mismo* cuerpo en que vivia, y obró bien ó mal. Segun esto, la duda toda se reduce á investigar qual sea el *mismo* y *propio* cuerpo del hombre.

Segun toda física debemos considerar en este un cuerpo que podemos llamar *propio*, y otro que digamos *accidental*, *pasagero* ó *visible*. Esta distincion no es

---

contiene la tierra, bastaria para que el mundo durase muchos millones de años con el número de hombres que ahora le pueblan; pues si suponemos de 34 años la vida media de todos los hombres, y que el número de estos en el mundo sea mil millones, en un millon de años habrán vivido 2941200000000 hombres: los quales (contando 140 libras de tierra por cada uno) tendrian el peso de 411768000000000 libras; y este número es millares de veces menor que el número de libras que pesa la atmósfera, y mucho menor que el número de libras que pesa el globo terrestre. Esto se infiere en suposicion de conceder á cada hombre en la resurreccion 140 libras de peso; mas porque, como se dirá despues, los hombres resucitarán en su *propio* cuerpo, y este es de pocos átomos, la materia terrestre bastaria para que el mundo aunque estuviera millones de millones de veces mas poblado que está actualmente, pudiera durar mas millones de años que puede comprehender distintamente el ingenio humano. El lector no desprecie estas máximas como conseqüencias de cálculos arbitrarios: si los he hecho, como matemático, como físico y filósofo, los he fundado en antecedentes probables.

es arbitraria, sino real, como inmediatamente se probará. Es cierto que la prueba no llega á mostrar sino lo que es cuerpo accidental ó pasagero del hombre; mas si nos constase de lo que es cuerpo accidental, esto nos bastaria para saber lo que es cuerpo propio del hombre, al qual solamente se promete la resurreccion.

Para venir en conocimiento práctico y evidente de la verdadera distincion entre el cuerpo *propio* y *accidental* del hombre, basta que reflexionemos sobre un caso que sucede freqüentemente, y es el siguiente. Enferma un hombre gruesísimo que pesa quatrocientas libras, y despues de una gravísima enfermedad de varios meses, se ve quedar como un esqueleto viviente sin carnes, enjutos los huesos, nervios y piel. El hombre pues, que ántes pesaba quatrocientas libras, suele despues pesar ménos de ciento. El enfermo convalece y vuelve otra vez á su antigua gordura. En este caso en que el hombre pierde mas de trescientas libras de carne, y despues vuelve á recobrar otras trescientas, pregunto yo: ¿se deberán ó podrán llamar cuerpo *propio* del hombre las trescientas libras de carne que perdió, y las otras trescientas libras que despues adquirió? Ciertamente no son su cuerpo *propio* las trescientas libras de carne que perdió; ni tampoco las trescientas libras que de nuevo adquirió, porque si suponemos otra enfermedad igual, las volverá á perder otra vez. Este exemplo práctico nos hace concebir una idea clara de que en el hombre se da un cuerpo, que con razon llamamos accidental ó pasagero; y al mismo tiempo nos hace conocer que á este cuerpo pertenecen los efectos diarios que vemos en la continua y sucesiva mutacion de carnes que hay en el hombre, como claramente se prueba con el siguiente práctico exemplo.

Su-

Supongamos en la edad de ciento sesenta años una persona que habiendo sido robustísima, se halla ya casi un esqueleto viviente, con huesos, nervios y piel, y con el humor preciso para la vida; y que su peso sea de sesenta libras. Este caso quizá se da prácticamente hoy en la negra llamada Luisa de Tucuman, de que se habló ántes. En esta suposicion calculemos el peso de los alimentos que en toda su anterior vida ha tomado ó comido esta negra, lo que ha convertido en propia substancia, y lo que ha perdido sucesivamente. Computándose por alimento la comida, la bebida, y lo que se recibe de la atmósfera, se puede suponer de ocho libras el alimento diario, el qual en ciento y sesenta años hará el peso de quatrocientas sesenta y siete mil, y doscientas libras. De este peso quitemos lo que cada dia la negra convertia en propia substancia. Esto es, supongamos que cada dia de las ocho libras de alimento, convertia en propia substancia una sola onza. En esta suposicion la negra habrá convertido en propia substancia tres mil seiscientas y cinqüenta libras de alimento; y las otras quatrocientas sesenta y tres mil quinienta y cinqüenta libras que sobran, habrán resistido á la incorporacion, ó habrán sido expelidas sin mezclarse nada con la substancia corporal. Esto nos hace conocer, como en un antropófago, por mas carne humana que coma, puede esta no mezclarse jamas con el cuerpo del antropófago.

Pasemos ahora á exâminar ó averiguar el vario suceso de las tres mil seiscientas y cinqüenta libras de alimento que la negra ha convertido en propia substancia; y veamos si ellas forman ó no su propio cuerpo. Por quanto la negra pesa actualmente sesenta libras, y en ciento y sesenta años ha convertido tres mil seiscientas y cinqüenta libras de alimen-

to en propia substancia, se infiere que la dicha negra en su edad pasada ha perdido sesenta veces el peso actual de sesenta libras que tiene. Ahora pues, habiendo perdido la negra sesenta veces el peso actual de su cuerpo, pregunto yo, ¿quál es el propio cuerpo de la negra? Lo perdido ciertamente no lo es. ¿Lo será todo el cuerpo visible que ahora tiene? Esto es imposible, porque si vive aun treinta y dos meses, y suponemos que para mantenerse convierte cada dia una onza en propia substancia, en este tiempo habrá adquirido sesenta libras de substancia; y puede ser que despues de dicho tiempo pese ménos de sesenta libras. En este caso los huesos, nervios, carne y piel habrán dexado por traspiracion muchas partecillas de propia substancia para dar lugar á las que por medio de la continua nutricion han entrado en su lugar, ó se han convertido en propia substancia. Y esto que decimos en el caso de la negra, se debe entender de todos los hombres, los quales diariamente convierten en propia substancia alguna cosa de los alimentos, y al mismo tiempo van perdiendo lo que ántes han adquirido; "por »lo que, como dixo el gran Hipócrates (1), con »quien

(1) *Magni Hippocratis Coi opera gr. ac lat. studio Petri Van-der-Liuden.* Lugd. Batav. 1665, 8, vol. 2, lib. 1, n. 21, p. 198. Platon dice: "Qualquiera de los »animales, miéntras vive, se dice que siempre es el mis»mo en la juventud ó en la vejez: mas no por esto con»tiene siempre las mismas cosas; pues continuamente se »está renovando, y despojándose; esto es, del pelo, »de la carne, de los huesos, de la sangre, y de to»do el cuerpo." Véase: *Omnia divini Platonis, opera*

»quien conviene Platon, el cuerpo por naturaleza »y necesidad no persevera jamas el mismo, pues se »disuelve en todas las cosas, y con todas se mezcla."

Segun esta explicacion es innegable que en el hombre existe un cuerpo que se debe llamar *pasagero ó accidental*; y que habiendo de resucitar el hombre en su *propio* cuerpo, no debemos entender por propio cuerpo lo que es accidental al hombre; pues que yo, por exemplo, no reputo por propio cuerpo mio las carnes y substancia que perdí diez años ha. La dificultad está en reducir la presente qüestion á sus últimos términos, é indagar de este modo qué cosa sea este cuerpo *propio* del hombre. Para esto voy á determinar mas claramente lo que es cuerpo accidental del hombre; y por medio de esta industria, excluyendo lo que es accesorio en el hombre, se podrá venir en conocimiento de lo que le es propio.

El cuerpo del hombre consta de sólidos y flúidos: en estos se entienden todos los humores y espíritus, ó xugos; y en aquello se entienden la carne, los huesos, nervios, membranas, &c. Los sólidos, segun los modernos, se pueden reducir solamente á huesos y nervios, pues que algunos hombres se llegan á secar tanto, que en ellos no se advierte otro sólido, sino nervios y huesos; y en estos, aunque partes las mas duras del cuerqo, se contiene gran cantidad de flúidos. Asimismo en el cuerpo del hombre se advierten determinadas leyes de obrar conformes á su naturaleza; así como en las plantas y animales se observan otras semejantes que convienen con su propia na-

ra translatione Marsilii Ficinii. Venet. 1556, fol. lib. 25: *convivium, vel de amore*, p. 294.

naturaleza; y de estas leyes proviene, que si el hombre y un pez, por exemplo, comen pan; este en el hombre forma flúidos y sólidos diferentes de los del pez. Constándonos de todo lo que compone ó forma el cuerpo del hombre, veamos ahora qué cosa es accidental ó propia del hombre en todo este compuesto. Los flúidos ciertamente no pertenecen al cuerpo propio del hombre; porque ellos se aumentan y disminuyen sensiblemente cada mes con la traspiracion y con las sangrías, las quales en algunas personas les hacen mudar toda la masa de la sangre en pocos años: y en la ciudad de Cesena conozco yo una señora que en dos años con las sangrías ha perdido tanta sangre como tiene. A la verdad, si en la hora de la muerte un hombre, por efecto de alguna rara enfermedad, perdiéra ó echára fuera de sí todos sus flúidos, no por esto diriamos que el cuerpo propio de este hombre se habia desaparecido. Por tanto es necesario decir, que los flúidos del cuerpo humano pertenecen al cuerpo accidental del hombre, y no al propio.

En órden á los sólidos del cuerpo, no podemos decir que todos ellos formen el cuerpo propio del hombre, porque no hay duda que los sólidos adquieren y pierden substancia, y en ellos hay gran flúido, como se ve por la experiencia en el mucho aceyte y agua que los alquimistas sacan de los huesos (1) que parecen estar muy secos; y prueba de lo mismo tambien es el ver que de un cuerpo humano quemado, apénas quedan siete onzas de cenizas. Esto nos hace concebir clara idea de la poca materia que com-

(1) *Nieuwentit. L' existence de Dieu demontree par les merveilles de la nature*, lib. 1, cap. 10.

compone lo que es cuerpo propio del hombre; y de que suponiéndose en esta poca materia una incapacidad ó resistencia á unirse con la substancia de qualquier viviente, todos los hombres puedan resucitar en su propio cuerpo.

Mas ya que en fuerza del natural raciocinio, fundado sobre la experiencia, se ha llegado á conocer y distinguir lo que es cuerpo accidental del hombre, parece que el mismo raciocinio nos podria dirigir hasta descubrir lo que es cuerpo *propio* del mismo hombre. No podemos señalar ó determinar este cuerpo propio tan visiblemente como se señala el accidental; mas se podrá señalar probabilísimamente diciendo, que el cuerpo propio del hombre es aquella materia á que se unió el alma; la qual materia contemplamos como una semilla ó pimpollo del cuerpo del hombre. Esto es, la semilla ó pimpollo del cuerpo humano se va desenvolviendo ó extendiendo; y al mismo tiempo va recibiendo dentro de sí otras partecillas de materia, con que se forma el cuerpo accidental; pues que estas sucesivamente se unen y desamparan al dicho pimpollo. A este físicamente se unió el alma quando Dios la crió, y por tanto persevera siempre en el hombre el pimpollo de su cuerpo; lo que no sucede á las partes accidentales de este, que no perseveran jamas unidas al dicho pimpollo. De aquí es, que para la resurreccion del hombre en su propio cuerpo, basta que el Señor conserve su cuerpo propio ó pimpollo, el qual desenvolverá hasta aquella grandeza que el Señor quiera. El mismo pimpollo, aunque de poquísima materia, se puede desenvolver hasta formar una extension grande; pues la materia de la luz, como un grano de arena, se extiende hasta ocupar espacios de millones de

de millones de leguas (1); y Dios puede llenar como quiera la extension que ocupe el pimpollo. De este modo se entiende bien como todos los hombres gran-

(1) En la parte primera del viaje estático al mundo planetario, jornada al sol, §. 3, se trata largamente del inmenso espacio que ocupa la materia de la luz que sea de igual peso á un grano de arena. Por ahora baste decir, que á la menor reflexîon encontrarémos en la tierra exemplos que nos den á conocer la grande extension que puede ocupar un grano de materia. Por exemplo: la llama de una vela de cera, que pese veinte y una dracmas y media, ó tres onzas ménos dos dracmas y media, se ve á la distancia de diez mil pies; esto es, se extiende por un espacio esférico, cuyo diámetro es de veinte mil pies, el qual contiene 41866000000000 pies cúbicos de espacio. La dicha vela suele durar cinco horas, ó diez y ocho mil minutos segundos; de donde se infiere, que en cada minuto segundo la vela pierde una décima quarta parte de grano de cera (sesenta granos hacen una dracma); ó en catorce minutos segundos, pierde un solo grano de cera. Siguiéndose los resultados del cálculo, se infiere, que en un minuto segundo, que es la duracion de una pulsada, salen de la dicha vela un número de partecillas de luz tan grande, qual se expresa por una cantidad numérica que empiece con el número quatro, y despues se sigan quarenta y tres ceros. El número de granos de arena de que puede constar todo el globo terráqueo, se manifiesta bastantemente por una cantidad numérica que empiece con el número ocho, y despues se sigan treinta y dos ceros; de donde se infiere, que en un segundo salen de dicha vela muchos millones de veces mas partículas que hay granos de arena en toda la tier-

grandes ó pequeños, que muriéron niños ó viejos, con todos sus miembros, ó sin algunos de ellos, resucitarán de una misma altura, grandeza y perfeccion; pues el pimpollo se extenderá de un modo algo semejante á aquel con que en la vida mortal se extendia para hacer visibles y grandes todos los miembros del cuerpo. La figura total de este está sellada y arraigada en su simiente ó pimpollo.

Todo este modo de pensar le hallo claramente expreso en la descripcion que de la resurreccion nos hace San Pablo, el qual, como ántes dixe, habla en este asunto no solamente como doctor divino, sino tambien como sumo filósofo. Son dignas de referirse, y de considerarse sus palabras formales, las quales son en estos precisos términos: "Preguntará alguno, »¿cómo, y con qué cuerpo han de resucitar los muer»tos? A este le responderé: ignorante, ¿no ves que »no se vivifica lo que siembras, si primeramente la »semilla no se corrompe ó muere; y que lo que »siembras, no es el cuerpo que despues ves crecido, »sino el solo grano, como por exemplo el de tri»go, y de otras semillas? Dios pues da al grano el »cuerpo que quiere, y como quiere, y á cada semilla »le da su propio cuerpo; pues no toda carne es la mis»ma carne, sino cada carne es diferente, como lo »son la del hombre, la de la oveja, la de las aves, »y la de los peces. Hay cuerpos terrestres, y cuerpos »celestes; mas la gloria de aquellos es diferente de »la

tierra. Véase por este exemplo, á quánto espacio se puede extender un grano de materia, y en quántas partes este se puede dividir; lo que hace conocer ser admirable é incomprehensible la sabiduría de nuestro supremo Hacedor.

»la de estos. Así son diferentes las claridades del sol, »de la luna, y de las estrellas; y una estrella se di»ferencia de otra en la claridad. Así pues sucederá »en la resurreccion de los muertos. Se siembra en »la corrupcion, y lo sembrado retoñará en la incor»rupcion..... Conviene que este cuerpo mortal se vis»ta de la inmortalidad, y que lo corruptible se vis»ta de la incorrupcion (1)." Estas son las palabras de San Pablo, el qual claramente nos dice que la resurreccion está prometida no al cuerpo *accidental* del hombre, sino al *propio*; esto es, á la carne á que se unió el espíritu humano; y el Señor vestirá, como quiera, esta carne: mas porque San Pablo nos dice, que á cada semilla da el Señor su propio cuerpo, podemos por esto entender que al pimpollo del cuerpo humano dará materia propia del mismo cuerpo; y siempre que resucite el pimpollo del cuerpo que perseveró perpetuamente en vida mortal unido con el alma, será verdad que el hombre resucita en su *propio* cuerpo: así como se dice que el hombre lleva á la sepultura el propio cuerpo que sacó del vientre de su madre; lo que rigurosamente se debe entender de lo que es cuerpo *propio* del hombre, y no cuerpo *accidental* (2).

AR-

(1) I. ad Corinth. cap. 15, v. 15.

(2) Los teólogos y sagrados intérpretes mueven muchas qüestiones sobre varias circunstancias de la resurreccion, como sobre el tiempo en que sucederá; si la resurreccion será de dia ó de noche; si precederá algun sonido ó voz sensible ántes de empezar la resurreccion; si resucitarán todos los muertos, y en un mismo instante; si la resurreccion sucederá en los sepulcros, adonde venga el es-

ARTÍCULO IV.

La admirable resurreccion de nuestro Señor Jesuchristo Dios humanado, fundamento de la universal resurreccion de todos los hombres, demostrada en juicio contradictorio.

"A Jesuchristo diré con Tertuliano (en su tra»tado sobre la resurreccion de la carne) estaba reser»vado el revelar las cosas ocultas, el declarar las du»do-

espíritu para animar al cuerpo; qual será la naturaleza de los resucitados; qual su edad, su estatura y sexô, y que sucederá á lós que muriéron sin bautismo y sin culpa personal. Lo que sobre estas dudas se puede responder, se contiene en esta breve reflexion. Es de fe que hasta los mismos ángeles (*Marc. 13. 32.*) ignoran el tiempo de la resurreccion universal, y que solamente Dios es el que lo sabe (*Act. apost. 17.*): por tanto, en vano se fatigan los hombres que señalan la duracion del mundo por tantos años. Es igualmente de fe que todos los hombres han de resucitar (*I. ad Corinth. 15. 51.*). Los judíos por tradicion (*S. Hieronym. in Matth. 24. 31.*) creian que la resurreccion seria de noche ó al amanecer, lo que se conforma con el tiempo en que nuestro Señor Jesuchristo resucitó. Precederá á la resurreccion una voz ó sonido sensible en todo el mundo, como claramente lo dice la sagrada Escritura (*Joan. 5. 28. Matth. 24. 31. I. Corinth. 15. 51.*). Segun varios intérpretes, y principalmente griegos (*S. Chrysost. Theophylat. Theod. in I. Corinth. 15. 51.*) los que vivan al tiempo del sonido para la resurreccion, padecerán una transmutacion en su vida mortal, segun aquel dicho del Apóstol (*I. Corinth. citada.*) *Omnes quidem resur-*

»dosas, el perfeccionar las empezadas, el representar »las anunciadas, y el probar la resurreccion de los »muertos, no solamente por sí mismo, sino tambien »en sí mismo." Vestido del manto mortal de la humanidad, apareció Dios entre los hombres como hombre, sin dexar de ser Dios, para enseñarles el camino de la vida eterna, y abrirles la puerta para entrar en ella. Como hombre dió pruebas de la humanidad mortal, padeciendo fatigas y trabajos, y sujetándose al mas cruel é iníquo suplicio á que le condenó la ciega impiedad, pretendiendo experimentar con él si era inmortal aun en la humanidad, el que con su doctrina celestial, y con sus obras milagrosas, mostraba participar de la divinidad. Murió el Señor como hombre en el suplicio, segun se habia anunciado en las pro-

surgemus, sed non omnes immutabimur: esta transmutacion será una especie de muerte, siendo verdad lo que el mismo Apóstol dice (*ad Hebr. 9. 27.*) *Statutum est hominibus semel mori, post hoc autem judicium.* No todos resucitarán en un mismo momento, sino primeramente resucitarán los Santos mas privilegiados, y los elegidos; y despues los réprobos, como claramente lo dice San Pablo por estas palabras: *Unusquisque autem in suo ordine* (*I. ad Corinth. 15. 23.*), *primitiæ Christus: deinde ii, qui sunt Christi, qui in adventu ejus crediderunt.* (*Ad Thessalon. 4. 15.*) *Mortui qui in Christo sunt, resurgent primi.* El cuerpo se formará ó unirá, y despues vendrá el espíritu á animarle, como dice el Santo Ecequiel (37. 12.). *Cum aperuero sepulcra vestra, et eduxero vos de tumulis vestris, et dedero spiritum meum in vobis, et vixeritis.* Se cree que los hombres resucitarán de la edad misma que murió nuestro Señor Jesuchristo, segun significa el Apóstol diciendo (*ad Ephes. 4. 13.*): *Donec occurramus omnes... in*

profecías; y segun estas resucitó como Dios humanado al tercer dia despues de su muerte. Esta desde la eternidad decretada, era necesaria para la redencion del linage humano, y su resurreccion debia dar principio al premio de la redencion, y al nuevo reynado de Jesuchristo en este mundo sobre sus fieles, los quales en ella tienen el hecho prodigioso, mas notorio y auténtico que alienta sus esperanzas, sella todos sus deseos, y les muestra visible su eterna felicidad espiritual y corporal. ¡O resurreccion divinamente prodigiosa de mi Salvador! tú eres incontrastable fundamento de mis esperanzas, fin cierto de mis deseos, centro de mis miras, y manantial inagotable de mis regocijos. Tú, tú eres la que das aliento y vigor á mi flaqueza: destierras de mi corazon toda angustia: vis-

tes

in virum perfectum in mensura ætatis plenitudinis Christi. Fundados en este texto, en otro semejante del Apóstol (*ad Rom. 9. 29.*), y en que nuestro Señor Jesuchristo dixo que los resucitados serán como los ángeles del Señor (*Matth. 23. 30.*): muchos autores antiguos (*Origen. in Matth. cit. S. Hilar. S. Hieron. in Matth. S. Athan. serm. 3. contr. Arian. &c.*) afirman que todos resucitarán con el sexô viril, pues que el sexô femenino (como dice Escoto) es cosa accidental á la naturaleza humana, y dirigida solamente á la propagacion. Los cuerpos de los justos resucitarán incorruptibles, inmortales, lucidos, y sin imperfeccion alguna: los de los réprobos resucitarán con todos los propios defectos. *Neque enim* (decia San Agustin, Enchirid. 92.) *fatigare nos debet incerta eorum habitudo, aut pulcritudo, quorum erit certa, et sempiterna damnatio.* En órden á los que mueren sin bautismo ni culpa personal, es comun opinion que el Señor les concederá una bienaventuranza temporal en este mundo renovado.

tes mi fantasía de un entusiasmo casi divino, y casi divinizas mi naturaleza con la inmortalidad. Quando yo en el mas silencioso y saludable retiro de mi soledad, recorro con mi vista mental el hecho prodigioso, y las circunstancias de la gloriosa resurreccion de mi Dios humanado, quedo estático en su contemplacion, y por efecto de esta, siento luego volar dentro de mí el espíritu alborozado, y con nueva vista y luz leo visiblemente escrita con caractéres celestiales por mano divina, aquella resurreccion que mi razon llegaba á descubrir, y me hacia esperar mi filosofía. Yo, aunque todavía en carne mortal, veo como en confuso llenas de claridad, y muy cercanas á mí, aquellas amenas y hermosísimas riberas de la eternidad (á cuya vista se inclinan las cumbres de los soberbios montes), y llego á descubrir claramente que en ellas se desmascaran la hipocresía y falsedad; se ve en su propio semblante la verdad; la iniquidad desaparece vergonzosamente fugitiva; y la honestidad aparece y se presenta siempre y á todos hermosa y halagueña. En ellas veo señalados los límites á que puede llegar la opresion de los inocentes, y el triunfo de los malvados: en ellas exclamo, están los confines del destierro y la entrada en la propia patria; y en ellas lo mortal pasa á ser inmortal. En medio de estas exclamaciones, y de mi arrebato mental, vuelvo en mí, y viéndome aun encenagado en el lodo de este mundo, y fuertemente amarrado con las cadenas de la mortalidad, suspiro por el dia de la libertad y del resplandor; pero con nueva benigna consideracion que debo al influxo celestial, me calmo en mis suspiros, conociendo que el supremo Hacedor no acelera el fin eternamente decretado de mis momentos vitales, porque en ellos esperanza mas meritoria sea digna de mayor premio. De este, y de la esperanza que en mi seno tengo

go depositada con certidumbre de ver cara á cara á mi divino Redentor, es fundamento incontrastable para mí y para todo christiano su resurreccion gloriosa, admirable en sí, en sus efectos, y en su relacion á la doctrina del christianismo; pues que siendo un hecho propio de la divinidad, fué auténticamente notorio á los hombres, y él solo bastará siempre para demostrar ser divina la religion que profesamos.

Ántes, ó lector mio, he discurrido de la resurreccion humana, probándola con la congruencia que dicta la razon, con la autoridad humana, y con los oráculos de profetas celestialmente inspirados; mas al deber tú leer el admirable hecho de la resurreccion de nuestro Salvador, olvídate en hora buena, si quieres, de los discursos hechos; no porque sea falso lo que en ellos te he dicho; sino porque es inútil á presencia ó en cotejo de lo que te diré sobre esta gloriosa resurreccion: á su vista los oráculos proféticos enmudecen, porque el cuerpo ocupa el lugar de la imágen que pintaban; y la humana razon y autoridad desaparecen como tinieblas fugitivas á la presencia de la luz divina. Calla todo lo humano, porque en el milagroso hecho de la resurreccion, se oye la voz clara de Dios. "El punto de la resurreccion del divino Sal»vador, dice bien Houtteville (1), debe decidir toda »controversia entre los deistas y los christianos. No »alegaré las demas pruebas del christianismo: míren»las como quieran los deistas; porque las reduzco to»das á este punto, en que los christianos quedemos »vencidos, ó seamos vencedores. El hecho de la re»sur-

(1) *La religion chretienne prouveè par les faits par l' abbè Houtteville.* Amsterdam, 1746. 8. vol. 4. En el vol. 3. lib. 2. cap. 13. p. 322.

»surreccion quanto mas prodigioso es, é impenetrable »al conocimiento humano, y sin exemplo, tanto mas »favorece á las pretensiones del deismo. No se deben »lamentar los deistas, porque los reduzco á un punto »ó artículo que se cree el mas improbable." El hecho pues, de la resurreccion de nuestro Señor Jesuchristo, de que trato para autorizar prácticamente con un exemplo innegable la resurreccion general de los hombres, servirá para este fin, y para demostrar la verdad de la religion christiana. Dos asuntos son estos en sí estrechamente enlazados, y que influyen á vivificar el espíritu de esta historia del hombre, en la que siempre he hablado á este segun el dictámen de la razon humana, la direccion de la naturaleza, y el dogma de la religion divinamente revelada.

Si he de probar que todos los hombres han de resucitar en algun tiempo, basta que demuestre claramente que ha resucitado nuestro divino Salvador, xefe y señor: con este deben estar los súbditos, los miembros con su cabeza, y los esclavos con su redentor. Para demostrar con toda evidencia la resurreccion del divino Redentor, me violentaré á mí mismo, y á la fe que de tal hecho tengo, y que en mí es ya razon y naturaleza. No puedo despojarme de ella; no obstante discurriré como si no la tuviese, y me finguiré no ménos obstinado para creerla que el mas pertinaz racional incrédulo. Me propondré probar su falsedad para encontrar y demostrar su verdad; y á este efecto me valdré de todas las luces y armas que me suministren la dialéctica mas rigurosa, y la jurisprudencia mas severa. Al tribunal de estas dos ciencias apelo; en él, presidiendo la imparcial razon, haré aparecer y leerse el proceso del hecho de la resurreccion del divino Salvador, como formado por un actor y un reo. El divino Redentor en vida mortal, se

se sujetó al juicio de hombres iníquos: ahora en vida inmortal el hecho de su resurreccion se sujeta al juicio de la razon humana: lo que el divino Salvador viviendo entre los hombres hizo para darles exemplos divinos, hago yo ahora para iluminarlos, y hacer que conozcan la verdad, sujetando al juicio humano la decision de la verdad ó falsedad de su gloriosa resurreccion.

Habiéndome propuesto exâminar en juicio contradictorio el hecho de la resurreccion del divino Redentor, para el mejor efecto del exámen, convendrá seguir el método legal, exponiéndole en un diálogo ó proceso verbal entre un saduceo que la niegue, y un christiano que la defienda ó demuestre. Los saduceos, como se notó ántes, formaban entre los hebreos la secta que entre los christianos forman los que se llaman espíritus fuertes ó incrédulos. La filosofía de estos es la que se llamó ciencia saducea entre los hebreos. El diálogo está hoy casi desterrado de las escuelas mayores, y confinado en las de los niños; porque la pesadez con que en él sucesivamente se exponen las razones, no se acomoda á la viveza de los ingenios europeos. Quando la filosofía estaba en su infancia, su doctrina se proponia no sin deleyte en diálogos, como lo hizo Platon. Pero aunque el diálogo al presente no se juzga el mas útil para enseñar las ciencias mayores, no por eso dexa de conducir mucho para declarar mejor los hechos, y desmenuzar sus circunstancias; y por esto se usa en los tribunales de no pocas naciones, en los que es diálogo el proceso verbal entre los actores y los reos. Segun este método, Jayme de Theramo (1) escribió una obra en que por ha-

(1) Jayme de Theramo: *Belial: de consolatione peccatorum.* Vincentiæ, 1506.

haber nuestro Señor Jesuchristo en su resurreccion despojado ó robado á los infiernos las almas de los justos que en ellos estaban depositadas, supone que los infiernos, querellándose al tribunal de la justicia divina, proponen en él su causa. Sherlock citado escribió contra Woolston un tratado (1), en que para confutar los despropósitos de este sobre la resurreccion del divino Redentor, hace exámen crítico de ella, formando un proceso judicial, como se usa en los tribunales de Inglaterra. En el proceso que yo propongo, no observaré las formalidades judiciales; sino expondré

(1) El tratado de Sherlock se citó en el artículo 2 de este capítulo. Tomás Woolston escribió en ingles varias obras impías, y entre ellas una intitulada: *Seis discursos sobre los milagros de Jesuchristo*, por la que el Tribunal seglar le castigó y encarceló hasta su muerte sucedida en el año de 1733. Escribiéron contra dichos discursos doctos ingleses, como Smalbrocke obispo de S. David, Lichfield, Ray calvinista, Pearce, Stebbing, Stevenson, Gibson, Wade, Pierre y otros doctores de la iglesia anglicana; pero entre todos mereció particular aplauso Sherlock por su tratado en forma judicial sobre la resurreccion del Redentor. Se imprimió diez veces este tratado, no atreviéndose á impugnarle Woolston ni sus partidarios. Despues de algunos años un partidario de Woolston pretendió responder con una obra anónima intitulada: *Exámen de los testigos de la resurreccion de Jesuchristo, &c.* A esta obra respondió Gilverto West con la siguiente, (á mi parecer mas crítica que la de Sherlock) *obsservations sur l' histoire, et sur les preuves de la resurrection de Jesus-Christ.* Paris, 1758. 8. Esta es traduccion de la que West escribió en ingles, y que se reimprimió prontamente quatro veces.

dré simplemente la relacion del hecho y de sus circunstancias, su impugnacion y defensa. El tribunal es la conciencia del que leyere este proceso ó diálogo, que empieza con las palabras del saduceo.

Diálogo entre un Saduceo y un Christiano, sobre el hecho y las circunstancias de la resurreccion de nuestro Señor Jesuchristo.

Saduceo. Acepto el desafio judicial que me has hecho, Christiano, para exâminar jurídicamente, sin mas textos que los de la justa crítica, y de la razon natural, el hecho y las circunstancias del que tú llamas Dios humanado, cuya doctrina reconocerias por divina (segun dices), aunque de ella no hubiera otra prueba sino la certidumbre de la resurreccion de quien la enseñó. No puedo negarte, que en la doctrina de tu Dios humanado se descubren claramente ápices de perfeccion celestial, ántes desconocida, y oculta á la vista mas perspicaz de los hombres. La doctrina que llamas evangélica, descubriendo los verdaderos resortes de la virtud y del vicio, ha dado el mayor realce á la ética. Admiro como celestial esta doctrina; pero el cielo la pudo inspirar á los hombres, sin que Dios baxase á enseñársela. Sócrates fué hombre sin duda privilegiado, é iluminado del cielo: San Justino (1) le exâlta (como tambien á Heráclito) por su admirable ética; y quizá hubiera exâltado mas al Sócrates de la China (hablo de Confusio su filósofo) si hubiera tenido no-

(1) En la edicion citada de las obras de S. Justino mártir, apología 1. núm. 46. p. 73.

noticia de él. Job, viviendo en medio del paganismo, escribió doctrina inspirada del cielo; y tal debió ser la de las sibilas. Parece pues que Dios se humanó, y vivió en vano entre los hombres para enseñarles la doctrina celestial que pudo inspirarles.

Christiano. Te he desafiado para disputar de la verdad ó falsedad de la resurreccion de Dios humanado, y no de los fines principales por que se humanó, y ménos de su doctrina. Prescindo de esta y de aquellos; y para descubrir la verdad de todo, te conduzco por el camino mas llano y mas corto, que es el exámen de las obras, que no pueden ser sino de Dios. Todo lo que Jesuchristo enseñó á los hombres, é hizo á su vista, pudo hacer qualquier hombre por poder divino; mas ninguna pura criatura puede hacer milagros para probar que es Dios: estas obras estan reservadas solamente á Dios, como pruebas de su divinidad. Por esto Jesuchristo, tentado y provocado por los fariseos, siempre los reducia y estrechaba con el argumento irrefragable de las obras milagrosas que hacia para probar su divinidad. Dios no hace milagros para que con ellos los hombres crean que es Dios la pura criatura. Este modo de argüir, que usó Jesuchristo con los hebreos, uso yo ahora contigo, y con todo incrédulo. Observemos unidad, y precision de asunto, y no pasemos los límites de la mas rigurosa dialéctica, como hacen comunmente los incrédulos en sus argumentos contra la religion revelada. Si quieres hablar de la doctrina celestial de Jesuchristo, estoy pronto á contextarte, pero en otra ocasion: ahora no es tiempo oportuno. Haz el concepto que quieras de ella, porque nada me importa para el presente asunto. Si me dices que Ciceron en sus libros *de officiis* recogió las antiguas y celestiales máxîmas de ética, no te contradigo: ténles el

el respeto que quieras: puedes convenir con tus filósofos de moral natural, en que al vulgo, en lugar de los evangelios, se den por catecismo moral los eloqüentes escritos de Ciceron; y por el efecto conocerás la divinidad de su doctrina. Mas de esta, y de todo lo que no es resurreccion, prescindamos ahora.

Sad. Convengo en que los milagros son la voz de Dios, que autoriza la verdad, para cuya manifestacion y confirmacion los hace. Esta idea es tan comun á los hombres, que casi se podrá llamar innata; y segun ella, todos los que han predicado religion nueva, han alegado ó pretendido confirmarla con milagros para probar que su mision era divina. En esta pretension, el christianismo se confunde con todas las demas religiones; y de ellas se distingue por la mayor claridad de su ética, ó quizá por la mayor racionalidad de su doctrina; y he aquí, que empezando yo á hablar de esta, hablaba de lo que caracteriza y distingue mas tu religion christiana, que los milagros en que conviene, y se confunde con las demas religiones.

Christ. Renuncio por ahora al honor intempestivo que á mi religion quieres hacer por la excelencia de su doctrina, de que no nos hemos propuesto hablar; y reduzcámonos al exámen puro de los milagros en que mi religion, como dices, conviene con las demas religiones. No debo distraerme del asunto propuesto para probar la falsedad de los milagros de otras religiones, porque esta se infiere necesariamente de la verdad de qualquier milagro que se pruebe en confirmacion del christianismo. Repugna esencialmente que Dios, opuesto á sí mismo, autorice con milagros el christianismo, y otras religiones á él contrarias. Si un milagro en confirmacion del christianismo, se prueba verdadero, de su verdad se infiere

necesariamente la falsedad de los milagros que se suponen en favor de las demas religiones exclusivas de la christiana ; y este milagro , segun nuestro desafio, se ha de exâminar en el hecho de la resurreccion de Jesuchristo.

Sad. Á tí te toca , ó Christiano , hacer la circunstanciada relacion de este hecho , valiéndote de testigos sin excepcion : si no alegases los contrarios, alega á lo ménos los imparciales , entre los que no se deben contar los que se obstináron en afirmar el hecho de la resurreccion , con irrision de los tribunales que los juzgáron , condenáron y castigáron , como consta del libro que tú llamas de los hechos apostólicos.

Christ. Las excepciones que pones , y las condiciones que pides , parecen dirigirse á evitar el exámen inmediato del hecho de la resurreccion , y á que nos internemos en un caos de disputas que no hacen al presente asunto. Para evitar este caos , y satisfacer filosófica y jurídicamente con la mayor brevedad á tus excepciones , he aquí las siguientes reflexiones , convincentes en todo tribunal.

I. Tú no puedes pedir que yo produzca sino los documentos que haya de la resurreccion , sean de testigos contrarios ó favorables.

II. Sabes bien que no existen sobre la resurreccion sino documentos alegados por testigos , y autores christianos , á quienes tú darás la excepcion de favorables ó parciales ; pero esta excepcion es injusta , segun las leyes y la razon. Estos testigos de la resurreccion la publicáron por voz y escrito en la ciudad de Jerusalen luego que sucedió en ella : fuéron llamados á juicio , y castigados porque la publicaban. Siguiéron publicándola entre los hebreos y las naciones inmediatas , como la egipcia y griega : en todas

das partes encontráron contradiccion ; pero en ninguna se probó su falsedad. Si era falso el hecho de la resurreccion , ¿por qué el magistrado de Jerusalen no justificó su falsedad ? ¿ Por qué los Celsos , Porfirios , Julianos apóstatas , y otros habilísimos filósofos que en los primeros siglos impugnáron la historia evangélica , no alegáron pruebas de la falsedad de la resurreccion ? ¿Por qué no han quedado escritos de estas pruebas , ni memoria citada de ellos en las obras de tantos contrarios que han impugnado el christianismo ? La falta de tales pruebas convence jurídicamente que el testimonio de los evangelistas se debe mirar como confesion de los contrarios. Produciré despues otras reflexiones , que hagan resaltar la autoridad del testimonio apostólico sobre la resurreccion de nuestro Señor Jesuchristo.

III. Prueba grande en favor de esta son las heregías que en el seno del christianismo , desde su primera época , han nacido impugnando la resurreccion general de los hombres. Los testigos domésticos, acusadores de su propio superior , son los mas idóneos para descubrir las verdades ocultas. Tenemos hereges que desde el principio del christianismo han impugnado el dogma de la resurreccion general , sin atreverse á impugnar la realidad de las apariciones de Jesuchristo resucitado. Es cierto que algunos hereges antiguos , como Marcion , Apeles , Manetes , &c. decian , que Jesuchristo era un fantasma humano; pero con esta opinion negaban que hubiese tomado verdaderamente carne humana , mas no la apariencia de sus apariciones despues de haber resucitado. Entre los corintios algunos negaban la resurreccion general ; pero no la de Jesuchristo , pues escribiéndoles San Pablo , prueba la resurreccion general con la

la de Jesuchristo (1); esto es, prueba con lo que se dudaba, con lo que se tenia por cierto. San Pablo, escribiendo á Timoteo, habla de Himeneo (2) y Fileto que negaban la resurreccion general. Esta al mismo tiempo se negaba por Simon Mago. Al principio del siglo II la negó Carpócrates, xefe de los gnósticos; y despues sucesivamente, hasta principios del siglo III, la negáron Basilides, Valentino, Marco, Colarbaso, Ceudon, Marcion, Apeles, &c. segun refieren San Ireneo y Tertuliano, que escribió contra estos hereges (3) el año de 201. Si entre

(1) I. ad Corinth. 12, 15. *Si autem Christus prædicatur, quod resurrexit a mortuis, quomodo quidam dicunt in vobis, quoniam resurrectio mortuorum non est? Si autem resurrectio mortuorum non est, neque Christus resurrexit.*

(2) II. ad Timoth. 2, 17. Himeneo y Fileto decian que habia sucedido la resurreccion.

(3) De Carpócrates, Basilides, &c. que negaban la resurreccion general, habla Tertuliano: véase *Q. Sept. Tertulliani opera cum adnotationib. Jac. Pamelii.* Paris, 1608, fol. En el libro *de præscriptionibus adversus hæreses;* desde la p. 340, cap. 48, 49, 50, 51; y desde el n. 305, &c. Las heregías contra la resurreccion general se notan en la obra: *Matæologia hæreticor. sive babilonia, &c. per Georgium Ederum.* Inglostadi, 1571, 8, Classis XII, p. 246. De las heregías de los primeros siglos contra la resurreccion, se trata eruditamente en la obra: *Istoria di tutte l' eresie descritta da Domenico Bernino compendiata, ed accresciuta da Guiseppe Lancisi.* Roma, 1726, 8, vol. 3. Véanse en el primer tomo cap. 1, p. 5, cap. 2, p. 21, p. 25. cap.

tre los christianos, desde el principio del christianismo, vemos sucesivamente por dos siglos hereges que niegan la resurreccion general de los hombres, y no la de Jesuchristo, deberémos inferir legítimamente que esta se admitia entre los mismos hereges como hecho evidente é innegable.

IV. Sabemos que Poncio Pilato escribió al Emperador Tiberio las obras prodigiosas de Jesuchristo; así lo dice Tertuliano en su apología (1), que envió á Roma en el año séptimo del Emperador Severo (esto es, el de 200 (2)) á favor de los christianos. Poncio Pilato pudo referir muchos milagros de Jesuchristo; mas es creible que refiriese los que le eran mas notorios; y entre estos el de la resurreccion le debia ser el mas evidente y manifiesto, pues que habia dado órden para que con soldados se guardase el sepulcro del divino Salvador. San Justino mártir, en su primera apología (3), ofrecida cerca del año 150 al

cap. 5, p. 29, cap. 6, p. 32, cap. 8, p. 36. Esta obra es mas exácta que la voluminosa del Bernino, de la que es compendio.

(1) En la edicion citada de las obras de Tertuliano: *apologeticus adversus gentes*, cap. 21, n. 329, p. 53. Véanse tambien n. 324, y cap. 5, n. 57, p. 31.

(2) Pamelio en la edicion citada juzga que Tertuliano envio en el año 200 la apología á Roma. Segun otros autores la envió en el 201. Véase en la dicha edicion: *Tertulliani vita: anno* 200, p. 29.

(3) San Justino, en la edicion de sus obras ántes citada, apologia 1, n. 35, p. 67, y n. 48, p. 74, habla dos veces de los actos de Pilato. Eusebio (*Eusebii Panphili ecclesiasticæ historiæ, libri 10, gr. ac lat. interpre-*

al Emperador Antonio Pio, habla de los milagros de Jesuchristo: "De los que, dice, podreis informa-»ros en los autos hechos por Poncio Pilato." Varios autores antiguos é insignes citan los autos de Pilato.

V. Ultimamente, aunque por las razones expuestas tengo derecho para pretender que á los evangelios se conceda la autoridad que se debe á una historia llamada millares de veces á juicio, impugnada obstinadamente, y nunca falsificada; no obstante, pido solamente que se les hagan aquella equidad y justicia que se conceden á las historias profanas de autores que refieren como testigos oculares los hechos contenidos en ellas. Esto en todo tribunal piden la justicia y la razon imparcial.

Sad. Con generosidad has abandonado algunos derechos que podias pretender para autorizar tu historia

---

prete Henrico Valesio. Moguntiæ, 1672, fol. lib. 2, cap. 2, p. 20.) habla de la carta que Pilato envió á Tiberio sobre la resurreccion y milagros de Jesus. Habla tambien de esta carta en su cronicon al año 36 de la era christiana. Pablo Orosio (*Pauli Orosii adversus paganos, lib. 8.* Coloniæ, 1574, 8, lib. 7, cap. 4, p. 578.) habla de dicha carta. San Gregorio Turonense (*S. Gregorii Turonici histor. Francorum, lib.* 10. Basileæ, 1568, 8, lib. 1, n. 21.) cita la carta de Pilato á Tiberio sobre la resurreccion de Jesuchristo. San Epifanio (*S. Epiphanii opera gr. ac lat. interprete Dionysio Petavio Soc. J.* Paris, 1622, fol. vol 2, en el vol. 1, *hæresis* 50, p. 420.) cita los autos de Pilato sobre la muerte de Jesus: lo mismo se cita en la homilía, ó sermon de *paschate*, de autor anónimo, que se halla en la p. 277 del suplemento del tomo 8º de las obras de San Juan Chrisóstomo, de la edicion de Paris, en el año de 1728.

ria evangélica; por tanto, yo, con la misma generosidad te concedo lo que pides, reservándome el derecho de oponer en otro tiempo alguna leve dificultad contra la autoridad de los evangelistas. Propon pues, segun estos la relacion del hecho de la resurreccion.

Christ. Lo que me concedes, no es efecto de tu generosidad, sino de justicia: me concedes lo que racionalmente no puedes negar, y es esencialmente necesario para analizar el hecho de que se disputa. Lo poco, que ahora por necesidad me concedes, me basta para mi intento. Tú no puedes negar, que mis reflexiones hechas sobre la autoridad de los evangelios, bastan para elevarla sobre la crítica humana á cuyo exámen por casi diez y ocho siglos han estado sujetos sin la menor sombra de infidelidad. En órden á la autoridad de las relaciones conformes en que se contiene el hecho de la resurreccion, espero darte nuevas eficacísimas pruebas. Empiezo pues, la relacion del hecho de la resurreccion.

En las sagradas escrituras, que llamamos antiguo testamento, estaba claramente prometido el Mesías: en ellas se contenian figuras y profecías claras de su nacimiento, vida admirable por su doctrina, milagros y exemplos virtuosos, muerte ignominiosa, y gloriosa resurreccion. Los evangelistas, que son la historia de la vida y muerte de Jesuchristo, producen puntualmente los hechos con que se verificáron todas las profecías de ellos.

Sad. Permite que te interrumpa tu relacion, ya que para exponer el hecho de la resurreccion de Jesuchristo adelantas la noticia de las profecías sobre ella. No te puedo negar que en el antiguo testamento son clarísimas las profecías del Mesías que ha de venir. Esto mismo te conceden actualmente la

continuacion de la tradicion jamas interrumpida entre los hebreos, y la esperanza en que estos viven todavía contando por momentos la tardanza en aparecer su Mesías siempre deseado y esperado. Son innegables las escrituras, y la tradicion en que se contiene el Mesías prometido: mas que haya de morir ignominiosamente, y al tercer dia despues de su muerte haya de resucitar, se cree y se lee solo por los christianos en el antiguo testamento; pero los saduceos (como ni tampoco los hebreos) no leemos tal cosa: ni la leyéron los apóstoles, pues como claramente se dice en tu historia evangélica, no creyéron jamas que el pretendido Mesías hubiese de morir ignominiosamente, y habiéndole visto morir, no creian que hubiese de resucitar, ántes bien oian como una fábula las relaciones de las mugeres, que les decian haber visto á Jesuchristo resucitado.

Christ. Con tu interrupcion me ahorras de trabajo; no obstante debo responder á la objecion que en ello me haces. He empezado por las profecías la relacion de la resurreccion, porque con la verificacion de ellas, mejor se conociese la realidad del hecho. No obstante, porque yo quiero estrechar dialécticamente el discurso quanto sea posible, y no darte motivos para que con la desarreglada lógica de muchos saduceos modernos, me pongas objeciones que no se oponen inmediatamente á la dificultad que se ha de exâminar, te reduciré á esta, no dándote libertad racional para declinar de ella. Oye pues, dos breves reflexiones con que desterraré de tu fantasía todo escrúpulo sobre las antiguas profecías de la resurreccion de Jesuchristo, y te obligaré poner tus dificultades solo sobre esta.

Primeramente juzgas, que no son claras, ántes bien muy confusas las profecías contenidas en el antiguo testamento sobre la sepultura y resurreccion de Jesuchristo. Convengo contigo en este punto: no puedes desear, ni pedir de mí mayor condescendencia. Dexo pues, en el olvido, y como si no fuere escrita, la profecía de Isaías, que segun los christianos hablaba (1) claramente del Mesías, quando dixo que

(1) Aunque en el discurso presente me propongo prescindir de las profecías del antiguo testamento sobre la muerte, sepultura y resurreccion del divino Salvador, no obstante para que qualquiera saduceo que lea esta qüestion, pueda formar algun concepto de la calidad de las profecías de Isaías, copio aquí el capítulo 53 de ellas, en el que la razon imparcial leerá expresas la muerte y sepultura del Mesías.

Cap. 53. 1. *Quis credidit auditui nostro? et brachium Domini cui revelatum est?*

2 *Et ascendet, sicut virgultum, coram eo, et sicut radix de terra sitienti: non est species ei, neque decor: et vidimus eum, et non erat aspectus, et desideravimus eum.*

3 *Despectum, et novissimum virorum, virum dolorum, et scientem infirmitatem: et quasi absconditus vultus ejus, et despectus: unde nec reputavimus eum.*

4 *Vere languores nostros ipse tulit, et dolores nostros ipse portavit: et nos putavimus eum quasi leprosum, et percussum à Deo, et humiliatum.*

5 *Ipse autem vulneratus est propter iniquitates nostras, attritus est propter scelera nostra: disciplina pacis nostræ super eum, et livore ejus sanati sumus.*

6 *Omnes nos, quasi oves, erravimus; unusquisque in viam suam declinavit: et posuit Dominus in eo iniquitatem omnium nostrum.*

7 *Oblatus est, quia ipse voluit, et non aperuit os suum:*

que despues de su muerte ignominiosa y cruel "tendria sepultura entre los impios, y seria sepultado como rico." Dexo tambien en silencio la profecía de Da-

suum: sicut ovis ad occisionem ducetur, et quasi agnus coram tondente se obmutescet, et non aperiet os suum.

8 *De angustia, et de judicio sublatus est: generationem ejus quis enarrabit? quia abscissus est de terra viventium: propter scelus populi mei percussi eum.*

9 Et dabit impios pro sepultura, et divitem pro morte sua: *eo quod iniquitatem non fecerit, neque dolus fuerit in ore ejus.*

10 *Et Dominus voluit conterere eum in infirmitate: si posuerit pro peccato animam suam, videbit semen longævum, et voluntas Domini in manu ejus dirigetur.*

11 *Pro eo quod laboravit anima ejus, videbit, et saturabitur: in scientia sua justificabit ipse justus servus meus multos, et iniquitates eorum ipse portabit.*

12 *Ideo dispertiam ei plurimos, et fortium dividet spolia pro eo, quod tradidit in mortem animam suam, et cum sceleratis reputatus est: et ipse peccata multorum tulit, et pro transgressoribus rogavit.*

¿Quién leyendo esta descripcion profética de la cruel é ignominiosa muerte de un justo condenado por iniquo entre los iniquos, y cotejándola con la relacion evangélica de la muerte de Jesuchristo, no sentirá su razon y voluntad obligadas á reconocer y creer á Jesuchristo en el justo de que habla Isaías? Jesuchristo fué crucificado en el monte *Golgotha*, esto es, sitio ó lugar de las calaberas; porque en él, como en lugar de ajusticiados, seria el entierro de estos. En el mismo monte habia un huerto en que estaba un sepulcro nuevo, y en este fué sepultado el divino Salvador: verificándose que sepultado en el lugar de los impios, tendria un hombre rico que

David, que hablando del Mesías segun la opinion de los christianos, pronosticó claramente su resurreccion. El dixo así en nombre del Mesías: "No dexarás mi alma en los abismos, (1) ni se corrompera el cuerpo de tu justo." Dexo, y olvido estas y otras profecías del antiguo testamento sobre la sepultura y resurreccion de Jesuchristo, porque el punto ó blanco de nuestra disputa y de tus dudas es, si resucitó, ó no resucitó Jesuchristo. Si él resucitó verdaderamente, con las profecías no se ha de probar el hecho de su resurreccion: y si no resucitó, ó con el hecho claramente justificado no se prueba su resurreccion, las profecías son inútiles para pro-

que le asistiese despues de su muerte. San Mateo (27. 57.) dice: *Venit quidam homo dives ab Arimathæa nomine Joseph..... petiit corpus Jesu..... et posuit illud in monumento suo novo.*

(1) Salmo 15, v. 10. *Quoniam non derelinques animam in inferno; nec dabis sanctum tuum videre corruptionem.* El cuerpo del divino Redentor, si no hubiera resucitado, se hubiera corrompido naturalmente quando la corrupcion no fuese impedida milagrosamente, como lo fué por todo el tiempo que estuvo en el sepulcro. San Pedro (*Act. apostol. 2. 3.*) alegó el citado texto de David para probar la profecía de la resurreccion de Jesuchristo. De sí propio no hablaba David, cuyo sepulcro decia san Pedro, hasta ahora está entre nosotros. Con esta exhortacion de san Pedro se convierten casi mil hebreos: esta conversion prueba, que estos, por tradicion ó enseñanza de sus maestros, juzgaban y creian que David hablaba de la incorrupcion del Mesias, y que su alma no quedaria depositada como la de los justos en el abismo ó limbo, que se llama de los justos.

probar la resurreccion que no hubo, ó para probar la que hubo si faltan documentos justificativos del hecho. Hasta aquí mi primera reflexion, en que ciertamente convenimos los dos: convendremos tambien en la segunda, aunque en ella te obligue á confesar verdaderas y claras profecías de la resurreccion de Jesuchristo.

He aquí mi segunda reflexion expuesta en pocas palabras. Dexemos enhorabuena la profecía del antiguo testamento; pero no debemos dexar la profecía clara, que los mismos fariseos, y los príncipes de los sacerdotes confesáron sobre la resurreccion delante de Pilato, diciéndole: (1) *Señor, nos acordamos ahora que aquel engañador, viviendo aun, dixo: he de resucitar al tercer dia; por tanto, manda que se pongan guardias á su sepulcro hasta el tercer dia, no sea que sus discípulos roben su cuerpo, y despues digan al vulgo que ha resucitado.* Esta profecía, Saduceo, debes concederla por fuerza; pues que los contrarios de Jesuchristo la confiesan. Afortunado y feliz el momento en que los fariseos se acordáron de esta profecía; pues que á tal memoria debemos que se pusiesen guardias al sepulcro, y se tenga un argumento irresistible contra la obstinacion de los fariseos en creer el hecho de la resurreccion.

Sad. Con singular placer he oido estas dos reflexiones: la razon me obliga á convenir contigo en ellas. No hablemos de profecías del antiguo testamento; te concedo, que Jesuchristo profetizó su resurreccion: y dexemos por ahora el exámen del argumento, que contra la obstinacion de los fariseos fundas en las guardias del sepulcro, y llamas de fuerza irresistible. Sigue pues, tu relacion del hecho de la resurreccion.

(1) San Mateo cap. 27, v. 63, &c. Estos textos se pondrán despues.

Christ. Me concedes que Jesuchristo anunció su resurreccion: si esta no sucedió, fué aquel un verdadero impostor y no profeta: y si yo pruebo que sucedió, debes confesarle profeta divino. Empiezo pues, las pruebas refiriendo lo que en el Evangelio de san Mateo se lee sobre el sello del sepulcro en que fué depositado el cuerpo de Jesuchristo, sobre las centinelas que le guardaban, y sobre la desaparicion del mismo cuerpo. Todos estos hechos fuéron anteriores á las apariciones de Jesuchristo resucitado: por tanto el buen órden pide, que ántes que estas sean referidos.

Sad. Me son notorios todos estos hechos: tengo muy presente la relacion que de ellos hace Mateo: debo ahorrarte el tiempo, y la molestia de referirlos; y al mismo decirte, que toda la relacion de estos hechos se reduce en tí á probar que el cuerpo de Jesuchristo desapareció milagrosamente del sepulcro al tercer dia de su muerte; y en mí á responderte, que le robáron sus discípulos, aprovechándose del descuido, ó sueño de las centinelas que le guardaban. Mateo dice, que hasta el tiempo mismo en que escribia su Evangelio, entre los hebreos corria la fama de haber robado el cuerpo de Jesuchristo sus discípulos: *Et divulgatum est*, dice cap. 28. v. 15. *verbum istud apud judæos usque in hodiernum diem.*

Christ. Mi condescendencia en abandonar como dudoso lo cierto, y mi deseo de convencerte y reducirte al mayor rigor dialéctico, son tales, que casi estoy para concederte ó suponerte como inaveriguable jurídicamente el suceso verdadero de la desapa-

aparicion del cuerpo de Jesuchristo en el sepulcro á presencia de los soldados que le guardaban. Me determino á concederte esta suposicion solamente en quanto ella se refiere al hecho de la resurreccion, pues te probaré la verdad de esta, aun suponiendo que no se hubiera pensado en poner centinelas al sepulcro. El objeto principal de nuestra qüestion es, si Jesuchristo resucitó ó no al tercer dia: y yo te la he de decidir con el testimonio irrefragable de los que le viéron resucitado.

Mas aunque por el solo fin de probar la resurreccion de Jesuchristo por los testimonios irrefragables de sus apariciones, pueda yo prescindir de la aparicion de su cuerpo en el sepulcro á presencia de los soldados que le guardaban; no puedo sin embargo, ni debo prescindir de ella para inferir claramente el engaño, y la contradiccion de los fariseos que publicáron la falsedad de haber sido robado el cuerpo de Jesuchristo por sus discípulos. Tampoco puedo prescindir de dicha desaparicion, para deducir otras verdades admirables que en la misma se esconden. A este fin te haré las siguientes breves reflexiones, reservando otras para ocasion mas oportuna.

I. El carácter del nacimiento y de la instruccion de los apóstoles te es notorio: las historias sagradas y profanas le pintan como en realidad era: esto es, de personas idiotas de baxísima esfera. Su atrevimiento y animosidad se echáron bien de ver en su amedrentamiento y dispersion al tiempo de la pasion de Jesuchristo. Conjeturo que los discípulos de Jesuchristo quedáron tan amedrentados, dispersos y confusos, que quizá ninguno de ellos supo la determinacion de poner guardia al sepulcro. Prueba de esta conjetura es lo que san Marcos refiere de María Magdalena, María de Jayme, y Salomé: "Estas (1) dice, llegáron al sepulcro salido „ya el sol, y entre sí decian: ¿quién nos quitará la „lápida de la puerta del monumento?" Esta piedra era *muy grande*, como advierte San Marcos; y tal, que ciertamente no la podian mover tres mugeres. Si estas hubieran sabido que los fariseos con órden de Pilato habian sellado la piedra del sepulcro, y habian puesto centinelas para su guardia hasta el tercer dia, que se completaba el lúnes por la tarde, ¿se hubieran atrevido á ir el domingo al salir el sol para ungir el cuerpo de Jesuchristo, y hubieran dudado de quién, ó cómo levantaria la piedra del sepulcro? La ida de estas mugeres al sepulcro, y su resolucion de buscar algunos que les ayudasen á quitar la piedra de su puerta, prueban evidentemente su ignorancia del sello, y de los centinelas; y que los discípulos con quienes trataban tenian la misma ignorancia, y consiguientemente despues de haberse puesto las centinelas no habian estado en el sepulcro. San Mateo dice, que al depositarse el cuerpo del Señor en el sepulcro, estaban sentadas enfrente de él las dos Marías; mas esto fué ántes que los fariseos pidiesen las guardias, y le sellasen, como claramente se expone por San Mateo.

II. Las centinelas del sepulcro, amaestradas por los fariseos, dice (28. 15.) San Mateo (2), esparciéron

(1) Véanse las palabras de San Marcos (16. 3.) que se pondrán despues.

(2) Pongo aquí todo lo que San Mateo dice de la sepultura y resurreccion de Jesuchristo, para mejor inteligencia de las reflexiones, y porque sucesivamente es necesario notar todo lo que los Evangelistas dicen sobre dichos asuntos.

ron que estando ellas durmiendo, los discípulos de Jesus habian robado del sepulcro su cuerpo. Los fariseos que aconsejáron esta excusa, no pudiéron ménos de

San Mat. Evangel. cap. 27. vers. 59. *Et accepto corpore, Joseph* (ab Arimathæa) *involvit illud in sindone munda.*

60 *Et posuit illud in monumento suo novo, quod exciderat in petra. Et advolvit saxum magnum ad ostium monumenti, et abiit.*

61 *Erant autem ibi Maria Magdalene, et altera Maria, sedentes contra sepulchrum.*

62 *Altera autem die, quæ est post Parasceven, convenerunt principes sacerdotum et pharisæi ad Pilatum,*

63 *Dicentes: Domine, recordati sumus, quia seductor ille dixit adhuc vivens: Post tres dies resurgam.*

64 *Jube ergo custodire sepulchrum usque in diem tertium: ne forte veniant discipuli ejus, et furentur eum, et dicant plebi: Surrexit à mortuis: et erit novissimus error pejor priori.*

65 *Ait illis Pilatus: Habetis custodiam, ite, custodite, sicut scitis.*

66 *Illi autem abeuntes, munierunt sepulchrum, signantes lapidem, cum custodibus.*

Cap 28. 1. *Vespere autem sabbati, quæ lucescit in prima sabbati, venit Maria Magdalene, et altera Maria, videre sepulchrum* (Marc. 16. 1. Joan. 20. 11.)

2 *Et ecce terræmotus factus est magnus. Angelus enim Domini descendit de cælo: et accedens revolvit lapidem; et sedebat super eum.*

3 *Erat autem aspectus ejus sicut fulgur: et vestimentum ejus sicut nix.*

4 *Præ timore autem ejus exterriti sunt custodes, et facti sunt velut mortui.*

de preveer que era vanísima; no obstante, la diéron para aquietar momentáneamente el vulgo, conociendo que gran parte de este poco pensadora, se contentaria

5 *Respondens autem angelus dixit mulieribus: Nolite timere vos: scio enim, quod Jesum, qui crucifixus est, quæritis:*

6 *Non est hîc: surrexit enim, sicut dixit: venite, et videte locum, ubi positus erat Dominus.*

7 *Et citò euntes dicite discipulis ejus quia surrexit: et ecce præcedit vos in Galilæam: ibi eum videbitis: ecce prædixi vobis.*

8 *Et exierunt citò de monumento cum timore et gaudio magno, currentes nunciare discipulis ejus.*

9 *Et ecce Jesus occurrit illis, dicens: Avete: Illæ autem acceserunt, et tenuerunt pedes ejus, et adoraverunt eum.*

10 *Tunc ait illis Jesus: nolite timere: ite, nunciate fratibus meis, ut eant in Galilæam, ibi me videbunt.*

11 *Quæ cùm abiissent, ecce quidam de custodibus venerunt in civitatem, et nunciaverunt principibus sacerdotum omnia quæ facta fuerant.*

12 *Et congregati cum senioribus, consilio accepto, pecuniam copiosam dederunt militibus,*

13 *Dicentes: Dicite, quia discipuli ejus nocte venerunt, et furati sunt eum, nobis dormientibus.*

14 *Et si hoc auditum fuerit à præside, nos suadebimus ei. Et securos vos faciemus.*

15 *At illi, accepta pecunia, fecerunt, sicut erant edocti: et divulgatum est verbum istud apud judæos usque in hodiernum diem.*

16 *Undecim autem discipuli abierunt in Galilæam in montem, ubi constituerat illis Jesus.*

17 *Et videntes eum adoraverunt: quidam autem dubitaverunt.*

ria con ella sin pasar á profundizar mas para hallar la verdad. Este modo de excusas vanísimas es antiguo en el mundo, y siempre se ha usado y usa por la falsa y superficial política de los cortesanos: con ellas se engaña gran parte del pueblo, pero no la gente iluminada, que despues desengaña al mismo pueblo.

Estaban durmiendo las centinelas, publicáron los fariseos, quando los discípulos del Señor viniéron, y á la sombra del descuido, y del sueño de los guardias, robáron su cuerpo. Excusa vanísima, dice bien San Agustin, alegar por testigos oculares á hombres que dormian: si estaban durmiendo, ¿cómo pudiéron ver los ladrones del cuerpo? Y si por estar durmiendo no viéron ni pudiéron ver cosa alguna, ¿cómo pudiéron ser testigos oculares? Supongamos que durmiendo las centinelas, viniéron los discípulos para robar el cuerpo de Jesus; en este caso solamente imaginario, no es creible que á presencia de las centinelas durmientes se atreviesen los discípulos á levantar la grande piedra del sepulcro, entrar en él, robar un cadáver, y huirse sin que se dispertase ninguno de los soldados. La piedra sepulcral, grande segun San Mateo, y grandísima segun San Marcos (16. 4.), no podia moverse por tres mugeres: de su existencia idéntica la tradicion y autoridad nos dan testimonio (1), y se cree

(1) San Cirilo que explicó su catecismo en la iglesia fabricada en el sepulcro de Jesuchristo, habla de la piedra sepulcral, que á su tiempo estaba inmediata al sepulcro. En la edicion citada de sus obras, *Catechesis X. n. 19. p. 146.* dice: sirve de testimonio la piedra que hasta hoy está por tierra. Lo mismo repite *Catechesis XIII. n. 39. p. 202.*

San Gerónimo habla de la dicha piedra, que en su tiempo estaba en el sepulcro: hablando de S. Paula dice: *Ingressa sepulchrum, resurrectionis osculabatur lapidem, quem ab ostio monumenti removerat angelus.* Véase su epístola 27, que en la nueva edicion es la 86.

El venerable Veda, testigo ocular, en el tratado de *locis sanctis*, cap. 2. dice de la dicha piedra: *Lapis, qui ad ostium monumenti positus erat, nunc fissus est: cujus pars minor quadratum altare ante ostium nihilominus ejusdem monumenti stat: major vero in orientalis ejusdem loco quadrangulum aliud altare sub linteaminibus exstat.*

(1) *Religionis naturalis et revelatæ principia à D. Jo. Hooke.* Venet. 1763. 4. vol. 2. En el vol. 1. parte 2. art. 3. p. 197. Dice Hooke que, segun algunos códigos, eran necesarios veinte hombres para levantar la piedra sepulcral: (esto es, para tenerla en el ayre, y no solamente para moverla).

cree que para levantarla se necesitaba (1) la fuerza de veinte hombres. Era losa, no de la fosa en que se metió el cadáver, sino de la puerta del sepulcro: puerta (*Mateo* 27. 60.) por donde se entraba en este. ¿Es pues creible que los pocos discípulos de Jesus, personas del vulgo, atemorizadas, fugitivas y dispersas, se atreviesen á presentarse en el sepulcro, guardado por tropa de soldados romanos, intrépidos y aguerridos, y que á presencia de ellos, aunque dormidos, rompiesen los sellos de la piedra, la apartasen de la puerta, entrasen en el sepulcro, quitasen la mortaja ó sábana al cuerpo, y el sudario á su cabeza, y dexando en el sepulcro la sábana en un lado, y en otro el sudario recogido ó doblado (como nota San Juan, vers. 7.) huyesen con el hurto sin ser impedidos ni sentidos de los soldados? Este modo de hurtar, ni la jurisprudencia humana, ni la razon, lo conocen posible.

Los

III. Los fariseos por sí mismos fuéron al sepulcro, le selláron, y le pusiéron la guardia (*Mateo* 27. 66.). El sepulcro era como una carta sellada, y entregada á los soldados para que estos no le pudiesen abrir. El lago de los leones en que fué echado Daniel, como se lee en el capítulo VI de sus profecías, estaba sellado con el sello de Darío, y de sus grandes; mas el sepulcro de Jesuchristo estaba no solamente sellado, sino tambien guardado de vista. Las centinelas y el sello guardaban el sepulcro contra los ladrones, y el sello era la guardia contra los guardias. No obstante estas precauciones, al tercer dia de la muerte de Jesus se encuentran rotos los sellos, la losa sepulcral se ve levantada, y el cuerpo depositado no se halla en el sepulcro. Los soldados eran responsables al depósito que guardaban; por tanto, ó ellos le habian robado, ó habian permitido que otros le robasen. Los fariseos hacen publicar que los discípulos de Jesus habian robado su cuerpo: este robo que, segun las reflexiones ántes hechas, es jurídica y racionalmente increible, se niega públicamente por los discípulos: uno de estos, que es San Mateo, escribe á los hebreos pocos años despues del hecho (esto es, como ocho años) su relacion genuina, descubriendo que los fariseos habian corrompido con dinero á los soldados, aconsejándoles que publicasen haberse robado el cuerpo de Jesus por sus discípulos. Esta excusa hacia reos á los guardias del sepulcro; no obstante, la publican por el interes del dinero, y porque habiendo desaparecido efectivamente el cuerpo, no podian alegar otra excusa humana. Tocaba pues, en estas circunstancias á los fariseos llamar á juicio los discípulos, probar que ellos habian robado el cuerpo, hacerles callar con el castigo y con la justificacion del hurto, y de este modo satisfacer á la expectacion y al juicio del público. De todo esto nada se hace sino llamar á los discípulos, amenazarlos y castigarlos, porque decian que el cuerpo se habia desaparecido milagrosamente. Insisten y continúan estos en su confesion: el pueblo empieza á creerlos; y los fariseos no producen otras pruebas sino castigos para impedir la publicacion del hecho. ¿Por qué pues, en lugar de castigos no usan las pruebas judiciales? Los soldados y los discípulos, actores y reos estaban en Jerusalen: eran gente baxa, y totalmente sujeta al juicio de los tribunales: la declaracion jurídica de estos descubriria la verdad, y tendria mejor efecto que los castigos; mas nada se justifica, y los fariseos, hombres sabios y poderosos, desisten de esta empresa: ¿qué juicio pues, deberemos formar del hecho de la desaparicion del cuerpo, cotejando todas estas circunstancias y reflexiones? La razon y la prudencia dictan, que no se pudo verificar el hecho del hurto, porque era absolutamente falso.

IV. Segun se infiere claramente de la historia evangélica, el cuerpo de Jesus no pudo estar en el sepulcro (1) mas que treinta y cinco horas; y en las diez y seis primeras estuvo sin guardias, pues San Mateo dice (27. 62.) que en el dia siguiente á la muerte de Jesus los fariseos se uniéron, despues fuéron á Pilato para pedir la guardia, y últimamente la pusiéron en el sepulcro: diligencias hechas en el sábado, que probablemente no se concluyéron hasta cerca del mediodia, desde el qual las guardias estuviéron en el sepulcro hasta la aurora del dia siguiente, en cuyo momento sucedió la resurreccion. Segun esta sucesion y combinacion de hechos ¿será creible que los discípu-

(1) Despues se señalará el momento preciso en que, segun San Mateo, resucitó Jesuchristo.

pulos de Jesus determinados á robar su cuerpo, no fuesen á robarle en las diez y seis horas que estuvo sin guardias, y le quisiesen robar en las otras diez y nueve horas en que los soldados le guardaban? Los soldados cerca del medio dia del sábado van al sepulcro: le hallan cerrado con la gran losa: le guardan; y á la aurora del domingo se halla levantada la losa. Al oir un juez la sucesion de estos hechos, ¿qué juzgará? Que los mismos soldados levantáron la losa, ó que gente armada se apoderó del sepulcro para levantarla. Los soldados puestos para que no se levantase la losa, ciertamente no la levantáron: gente armada no pudo haber, porque si la hubiera habido se hubieran publicado pruebas ciertas de la refriega entre ella y las guardias: tal gente armada no pudo ser, sino la compañía de algunos discípulos de Jesus, personas amedrentadas y fugitivas: estos últimamente no pudiéron tener la intencion de robar el cuerpo; porque si la hubieran tenido, hubieran ido á robarle quando estaba solo, y no quando le guardaban los soldados. Es necesario pues, decidir que fué manifiesta y contradictoria la impostura de los fariseos que publicáron haber robado el cuerpo de Jesus sus discípulos, á presencia de los que le guardaban.

Digno es tambien de observarse que la primera vez que la Magdalena fué al sepulcro, y le vió sin el cuerpo de Jesus, creyó que le habian robado, y fué á dar aviso de este robo á Pedro y á Juan. Estos con la noticia van á ver el sepulcro en compañía de la Magdalena: quedan confusos viéndole vacío; y la Magdalena queda en él llorando, y preguntando quien habia quitado el cuerpo, y en donde se le habia puesto. Toda esta relacion que hace San Juan, testigo ocular, prueba la total ignorancia que los discípulos tenian de todo lo que pasaba en el sepulcro. Los discípulos de Jesus, como despues se probará, no creyéron jamas la resurreccion hasta que le viéron resucitado. Los que no creian la resurreccion ¿habian de robar el cuerpo para publicarla?

Sad. He oido con gusto, y no sin novedad, tus reflexiones, cuyas razones convincentísimas, y en todo juicio humano irrefragables, me obligan á hacer una confesion que no poco cuesta á mi amor propio, y á la resistencia que siempre he tenido para creer que el cuerpo de Jesus desapareció milagrosamente. Las razones se deben respetar; porque su poder manda sin reconocer resistencia, y su influxo obliga quitando la libertad. Podrá el hombre obrar contra la razon, mas no es libre para juzgar interiormente contra ella. El que ve un objeto, podrá negar que le ve; pero no es libre para conocer y juzgar que le ve en efecto. La razon es respecto de nuestra mente lo que la vista respecto del cuerpo. Iluminado y convencido de tus razones, no soy libre para negar que jurídicamente no se prueba prodigiosa la desaparicion del cuerpo de Jesus; pero aunque no puedo negar esto, permíteme que, sin lesion de la substancia del prodigio, te proponga un escrúpulo sobre la aparente incoherencia de la relacion que San Mateo hace de la dicha desaparicion. Dice este escritor en su historia evangélica, que los soldados puestos para guardar el sepulcro, publicáron por consejo de los fariseos, que estando ellos durmiendo, los discípulos de Jesus habian robado su cuerpo. ¿Cómo pues es posible, que una patrulla de centinelas, puesta para guardar un cuerpo, publique que no lo ha sabido guardar? Esta excusa les era infame, pues que probaba que nada ménos habian hecho, que el ser centinelas. Tal excusa los declaraba reos; ¿y quién hasta ahora se infama á sí mismo, y sin ser llamado á juicio por sí mismo se confiesa reo?

Si las centinelas hubiéran publicado que, habiendo venido gran gente armada para robar el cuerpo, no habian hecho resistencia por conocerse incapaces de hacerla, parece que la excusa seria mejor inventada y mas legítima. Responde á esta escrupulosa objecion, para que yo quede perfectamente satisfecho.

Christ. Te respondo prontamente con esperanza y persuasion cierta de satisfacer á tu escrupulosa objecion; porque lo verdadero tiene la propia y particular propiedad, que quanto mas se analiza, tanto mas y mejor descubre su verdad; á diferencia de lo falso, que quanto mas se exâmina, tanto mas hace ver su falsedad. He aquí tres breves reflexîones, que te propongo por respuesta.

I. Antes de empezar á referir el hecho de la resurreccion, cediendo yo á las pruebas indisolubles que tenia para autorizar la verdad de la historia evangélica, he convenido contigo en que á lo ménos le des la fe que se suele dar á la profana de historiadores honestos, que hablan de los sucesos como testigos oculares. Habiéndose establecido de comun y racional consentimiento esta suposicion, á tí ventajosa, no debes ni puedes ya promover jurídicamente dudas sobre los hechos de la historia evangélica. Si no procedes con dicha suposicion, á cada hecho me opondrás las mismas dudas de la verdad de la historia; y toda nuestra qüestion será no sobre el punto propuesto, sino sobre la verdad de la historia.

II. Sin detenerme en el exámen general de la verdad de esta, y reduciéndome solamente al del caso presente, te haré conocer que es verdaderísima la relacion que San Mateo hace de la desaparicion prodigiosa del Cuerpo de Jesus. San Mateo es el solo evangelista que hace dicha relacion: nota sus circunstancias siguientes. La escribió en hebreo para los hebreos,

breos, quando probablemente vivian casi todos los soldados que guardáron el sepulcro, y los fariseos que los pusiéron: publica en ella un hecho infame á los soldados, corrompidos con el dinero, y á los fariseos sus corrompedores: la historia evangélica de San Mateo se lee por los christianos hebreos de Jerusalen, y llega necesariamente á noticia de los fariseos sus perseguidores, y de los demas habitantes: no obstante, los fariseos no se defienden de la relacion que los infamaba: persiguen y castigan á los discípulos de Jesus; pero guardan profundo silencio sobre el punto de su infamia, que les debia importar mas que la religion christiana. Pesadas bien en el fiel de la razon estas circunstancias, ¿qué deberémos juzgar? Me parece que, segun toda razon y justicia, debemos decidir que los fariseos no se defendiéron de tal infamia, porque la relacion de San Mateo era cierta; y no halláron modo de probar jurídicamente su aparente falsedad. Los demas evangelistas que escribiéron sus historias para instruccion de naciones diferentes de la hebrea, no hablan del robo del Cuerpo que los soldados y fariseos atribuyéron á los apóstoles; y aunque hubiéran hablado, su relacion, segun la crítica humana, no hubiera sido tan fidedigna como la de San Mateo, porque la escribiéron en lengua ó lenguas diferentes de la hebrea, que no entendian los fariseos, y la escribiéron fuera de Palestina. Dios dispuso maravillosamente que esta relacion se escribiese por San Mateo en hebreo para los hebreos, á presencia de ellos, y viviendo casi todos los que habian sido testigos oculares del hecho: circunstancias todas que á la relacion de San Mateo dan el mayor realce de autoridad en todo juicio humano.

III. No se puede negar que la confesion de los

soldados que dixéron haber sido robado el cuerpo de Jesus por sus discípulos, era infame á ellos; mas no los hacia temer el castigo, que para los soldados es peor que la infamia. Los fariseos fuéron (dice San Mateo, 27, 65.) los que pusiéron las centinelas: á ellos dió Pilato esta facultad y comision: ellos las pusiéron personalmente; por tanto los soldados eran solamente responsables á los fariseos: y oyendo que estos les aconsejaban la dicha confesion, la hiciéron prontamente con el premio del dinero que les diéron, y con la seguridad de que ellos se harian responsables al presidente Pilato. Todas estas circunstancias, que á la primera reflexion se descubren claramente expresas en la historia de San Mateo, hacen conocer que no aparece sombra de incongruencia en la dicha confesion de los soldados.

Sad. Conozco que para responderme has estudiado mas la historia evangélica, que yo para dificultar sobre ella, y hacerte objeciones. Ni mi penetracion, ni mi innata resistencia á creer la resurreccion de Jesus, me ofrecen nuevas dificultades sobre el hecho referido; por tanto, concediéndote su verdad, como debo por razon, te suplico que continues exponiendo los demas hechos sucesivamente posteriores al de la desaparicion del cuerpo de Jesus.

Christ. Te engañas (permite por una vez esta palabra poco civil) juzgando que yo en la historia evangélica he leido mas las respuestas, que las dificultades á ellas. Empecé á leerla, y creí sus hechos, ántes de saber dudar de ellos; y si yo no hubiera leido, ni oido poner dificultades á tales hechos, no hubiera pensado jamas en la respuesta que se les podia dar. Lo que tú erróneamente atribuyes á mi estudio como causa, es efecto necesario de toda verdad, la qual tanto mas claramente se descubre, quanto mas se impugna. La ilustracion de muchas verdades de las escrituras christianas, se debe á la impugnacion de los que han pretendido falsificarlas, ó interpretar siniestramente sus dogmas. Mas dexemos esta qüestion, que no tiene relacion alguna con la que estamos ventilando.

Sad. Á tí te toca continuar con la qüestion propuesta, produciendo las pruebas que tienes para demostrar jurídicamente, como pretendes, el hecho de la resurreccion.

Christ. Todas las pruebas que intento alegarte, se contienen en la historia de los quatro evangelistas, y en una breve relacion que San Pablo en su primera epístola á los corintios hace de algunas apariciones de Jesus resucitado. Te supongo bien instruido en estas historias; por lo que bastará indicarte los sucesos para que á ellos opongas las objeciones que juzgases dignas. Sobre qualquiera duda puedes consultar el texto original de los evangelistas quando lo juzgues oportuno: á este fin pongo á tu vista (1) los ca-

(1) Para mayor comodidad del lector, mas pronta y fácil inteligencia de las dificultades y sus soluciones sobre el suceso de la resurreccion de Jesuchristo, copio aquí lo que sobre esta refieren los evangelistas Juan, Lucas y Marcos. La relacion de San Mateo se puso ántes.

Evangel. sancti Joan. cap. 20, 1. *Una autem sabbati Maria Magdalene venit mane, cum adhuc tenebræ essent, ad monumentum: et vidit lapidem sublatum à monumento.* Mat. 28, 1. Marc. 16, 1. Luc. 24, v. 1, 22. 2 *Cucurrit ergo, et venit ad Simonem Petrum, et ad alium discipulum, quem amabat Jesus; et dicit illis: tulerunt Dominum de monumento, et nescimus, ubi posuerunt.*

Exiit

capítulos en que los evangelistas y San Pablo tratan de los hechos de la resurreccion de Jesuchristo. Empiezo pues la relacion de los sucesos de esta resurrec-

3 *Exiit ergo Petrus, et ille alius discipulus; et venerunt ad monumentum.*

4 *Currebant autem duo simul: et ille alius discipulus præcucurrit citius Petro, et venit primus ad monumentum.*

5 *Et cum se inclinasset, vidit posita linteamina: non tamen introivit.*

6 *Venit ergo Simon Petrus sequens eum, et introivit in monumentum, et vidit linteamina posita:*

7 *Et sudarium, quod fuerat super caput ejus, non cum linteaminibus positum; sed separatim involutum in unum locum.*

8 *Tunc ergo introivit et ille discipulus, qui venerat primus ad monumentum, et vidit, et credidit:*

9 *Nondum enim sciebant scripturam, quia oportebat eum à mortuis resurgere.*

10 *Abierunt ergo iterum discipuli ad semetipsos.*

11 *Maria autem ad monumentum foris, plorans. Dum ergo fleret, inclinavit se, et prospexit in monumentum.*

12 *Et vidit duos angelos in albis sedentes, unum ad caput, et unum ad pedes, ubi positum fuerat corpus Jesu.* Mat. 5. Marc. 5. Luc. 4.

13 *Dicunt ei illi: mulier, quid ploras? Dicit eis: quia tulerunt Dominum meum, et nescio ubi posuerunt eum;*

14 *Hæc cum dixisset, conversa est retrorsum, et vidit Jesum stantem: et non sciebat, quia Jesus esset...*

18 *Venit Maria Magdalene annuntians discipulis: quia vidi Dominum, et hæc dixit mihi.* Luc. 10.

Cum

reccion; y porque María Magdalena fué la primera persona (*Lucas* 9.) á quien Jesuchristo se apareció resucitado, por tanto, merece ser nombrada en pri-

19 *Cum ergo serò esset die illo una sabbatorum, et fores essent clausæ, ubi erant discipuli congregati propter metum judæorum, venit Jesus, et stetit in medio, et dixit eis: pax vobis.* Marc. 14. Luc. 36. I ad Corinth. 15, 5...

26 *Et post dies octo iterum erant discipuli ejus intus, et Thomas cum eis. Venit Jesus januis clausis, et stetit in medio, et dixit eis: pax vobis.*

Cap. 21, 1. *Postea manifestavit se iterum Jesus discipulis ad mare Tiberiadis. Manifestavit autem sic...*

14 *Hoc jam tertio manifestatus est Jesus discipulis suis, cum resurrexisset à mortuis.*

Evangel. sancti Luc. cap. 23, 55. *Subsecutæ autem mulieres, quæ cum eo venerant de Galilæa, viderunt monumentum, et quemadmodnm positum erat corpus ejus.*

56 *Et revertentes paraverunt aromata, et unguenta: et sabbato quidem siluerunt secundum mandatum.*

Cap. 24, 1. *Una autem sabbati valde diluculo venerunt ad monumentum portantes, quæ paraverant, aromata.* Mat. 1. Joan. 20, 1. Marc. 2.

2 *Et invenerunt lapidem revolutum à monumento.* Joan. 20, 1. Marc. 4.

3 *Et ingressæ non invenerunt corpus Domini Jesu.*

4 *Et factum est, dum mente consternatæ essent de isto, ecce duo viri steterunt secus illas in veste fulgenti.* Joan. 12, &c.

9 *Et regressæ à monumento nunciaverunt hæc omnia illis undecim, et cæteris omnibus.*

10 *Erat autem Maria Magdalene, et Joannes, et Ma-*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

primer lugar para que la relacion de los hechos corresponda al órden con que sucedièron.

Sad. Debo tomarme la libertad de interrumpirte ántes que empieces la relacion de las apariciones de Jesus resucitado; porque una advertencia hecha ahora me ahorrará de hacerte repetidas interrupciones, y

Maria Jacobi, et cæteræ, quæ cum eis erant, quæ dicebant ad apostolos hæc.

11 *Et visa sunt ante illos, sicut deliramentum, verba ista: et non crediderunt illis.* Marc. 11.

12 *Petrus autem surgens cucurrit ad monumentum, et procumbens vidit linteamina sola posita, et abiit secum mirans, quod factum fuerat* (24).

13 *Et ecce duo ex illis ibant ipsa die in castellum, quod erat in spatio stadiorum sexaginta ad Jerusalem, nomine Emmaus...*

15 *Et factum est, dum fabularentur, et secum quærerent, et ipse Jesus appropinquans ibat cum illis...*

21 *Nos autem sperabamus, quia ipse esset redempturus Israel: et nunc super hæc omnia tertia dies est hodie, quod hæc facta sunt.*

22 *Sed et mulieres quædam ex nostris terruerunt nos, quæ ante lucem fuerunt ad monumentum.*

23 *Et non invento corpore ejus, venerunt dicentes se etiam visionem angelorum vidisse, qui dicunt eum vivere* (10).

24 *Et abierunt quidam* (12) *ex nostris ad monumentum; et ita invenerunt, sicut mulieres dixerunt, ipsum vero non invenerunt...*

33 *Et surgentes eadem hora regressi sunt in Jerusalem; et invenerunt congregatos undecim* (Joan. 19), *et eos, qui cum illis erant.*

34 *Dicentes: quod surrexit Dominus vere, et apparuit Simoni.* I ad Corinth. 15, 5...

36 *Dum autem hæc loquuntur, stetit Jesus in medio eorum* (Joan. 19): *et dicit eis: Pax vobis...*

41 *Adhuc autem illis non credentibus, et mirantibus præ gaudio, dixit: habetis hic aliquid, quod manducetur?..*

50 *Eduxit autem eos foras in Bethaniam, et elevatis manibus suis, benedixit eis.*

51 *Et factum est, dum benediceret illis, recessit ab eis, et ferebatur in cælum.*

Evangel. sancti Marci, cap. 16, 1. *Et cum transisset sabbatum, Maria Magdalene, et Maria Jacobi, et Salome emerunt aromata, ut venientes ungerent Jesum.*

2 *Et valde manè una sabbatorum veniunt ad monumentum orto jam sole.*

3 *Et dicebant ad invicem: quis revolvet nobis lapidem ab ostio monumenti?*

4 *Et respicientes viderunt revolutum lapidem: erat quippe magnus valde.*

5 *Et introeuntes in monumentum viderunt juvenem sedentem in dextris, coopertum stola candida, et stupuerunt.*

6 *Qui dicit illis: nolite expavescere: Jesum quæritis Nazarenum, crucifixum: surrexit: non est hic: ecce locus, ubi posuerunt eum.*

7 *Sed ite: dicite discipulis ejus, et Petro, quia præcedit vos in Galilæam: ibi eum videbitis, sicut dixit vobis.*

8 *At illæ exeuntes fugerunt de monumento: invaserat enim eas tremor, et pavor: et nemini quidquam dixerunt: timebant enim.*

9 *Surgens autem manè prima sabbati apparuit primò*

y te dará á tí luz para preveer las objeciones que yo te podria hacer en ellas. Me persuado que convendrás conmigo en que los hechos mas confusos, y las circunstancias mas enmarañadas y aun contradictorias que ponen los evangelistas hablando de la resurreccion de Jesus, se embeben en la relacion que hacen de los viages ó visitas de María Magdalena, y de las demas mugeres, para ver el sepulcro, de la aparicion de los ángeles, y de Jesus á ellas, y de los avisos que diéron á los apóstoles de haber visto los ángeles á Jesus resucitado, y el sepulcro vacío. Marcos dice (2) que las mugeres llegáron al sepulcro despues de haber salido el sol: Juan (20, 1) dice que llegáron estando aun obscuro, ó siendo de noche: Lucas (1) que muy de mañana, ó ántes de la luz (22); y Mateo dice (1) que llegáron ántes de amanecer. ¿Cómo conciliarémos estas expresiones contradictorias? Juan, Lucas y Mateo convienen subs-

---

mò Mariæ Magdalenæ, &c.

10 *Illa vadens nunciavit his, qui cum eo fuerant lugentibus, et flentibus.* Luc. 10.

11 *Et illi audientes, quia viveret, et visus esset ab ea, non crediderunt.* Luc. 11.

12 *Post hæc autem duobus ex his ambulantibus ostensus est in alia effigie, euntibus in villam.* Luc. 13.

13 *Et illi euntes nunciaverunt cæteris; nec illis crediderunt.*

14 *Novissimè recumbentibus illis undecim apparuit; et increpavit incredulitatem eorum, et duritiam cordis; quia iis, qui viderant eum resurrexisse, non crediderunt.* 11, 12. Luc. 11...

19 *Et Dominus quidem Jesus postquam loquutus est eis, assumptus est in cælum, et sedet à dextris Dei.*

substancialmente: Marcos disiente de estos; y porque tres testigos conformes prevalecen contra uno, parece que Marcos no estaba bien informado, ó mintió.

Asimismo, segun Juan (2), la Magdalena luego que llegó al sepulcro, y vió levantada la lápida, corrió para avisar á Pedro y al discípulo amado (esto es, Juan), y decirles, que habian quitado del sepulcro el cuerpo de Jesus. Mateo dice (1) que María Magdalena y otra María entráron en el sepulcro, y viéron (5) un ángel, que les dixo haber resucitado Jesus. Marcos dice (1) que la Magdalena con otras dos mugeres al entrar en el sepulcro viéron un ángel. Lucas últimamente dice (1) que las mugeres habiendo entrado en el sepulcro viéron dos ángeles. ¿Cómo pues, se puede conciliar que la Magdalena ya estuviese sola, ya con una, y ya con dos compañeras: y que estas mugeres ya viesen un ángel, ya dos, y ya ninguno? Asimismo Juan dice (6) que Pedro con el aviso de las mugeres fué al sepulcro, y vió la mortaja ó sábana, y el sudario separado: y Lucas dice (12) que vió la sábana *sola*. En esta relacion se echa de ver contradiccion manifiesta.

Ya que te empeñas en empezar tu relacion con la de las visitas que las mugeres y Pedro hiciéron al sepulcro en la mañana del domingo, será justo que tengas presentes las contradicciones que te he insinuado.

Christ. Agradezco la advertencia hecha; y aunque no la hubieras hecho, no dexaria de haber procurado dar solucion á las dificultades que me has opuesto, y que tocan algunos intérpretes de los evangelios. Maldonado celebérrimo intérprete, aun en la opinion de sus contrarios, tuvo presentes las dichas dificultades; y juzgó que algunas eran despreciables, no siendo necesario para su solucion suponer

que la Magdalena y Pedro fuéron dos veces á ver el sepulcro. Respeto sumamente el mérito excelso del gran Maldonado; mas no por esto me sujeto á su autoridad, de que me aleja la razon.

Ninguno de los evangelistas, Saduceo, se propone referir todo lo que pasó, y aun supo de la vida, muerte y resurreccion de Jesuchristo, y ménos notar las menores circunstancias de cada hecho. Cada evangelista escribió en tiempo y pais diferente, y se contentó con referir lo que juzgaba mas oportuno: por lo que el silencio de un evangelista en un caso no condena la fidelidad de otro que lo refiera. Los evangelistas pues, unas veces hablan de un mismo hecho, notando cada uno de ellos diversas circunstancias; y otras veces hablan de hechos diferentes. Segun esta doctrina, que tú mismo experimentarás cierta en el caso presente, sobre este yo descubro claramente en el texto de los evangelistas las siguientes observaciones ó resultados.

I. Las mugeres que fuéron á ver el sepulcro, no iban todas en la misma compañía: saliéron de sus casas ántes de amanecer, y llegáron al sepulcro al salir el sol. Los ángeles en el sepulcro no se mostraban siempre visibles á todos los que llegaban á él.

II. Fuéron diversos, y en tiempos diferentes los anuncios que de la resurreccion diéron á los discípulos las mugeres; y á estas se apareció Jesuchristo dos veces.

III. La Magdalena dió ó hizo dos anuncios, y Pedro fué dos veces á ver el sepulcro.

Con estas suposiciones se combinan todos los hechos, y sus circunstancias segun el sentido y lo literal de la historia evangélica. He aquí su clara combinacion con pruebas ciertas. Los evangelistas Mateo, Lucas y Juan convienen substancialmente en la

la hora en que las mugeres fuéron al sepulcro: esto es, ántes de amanecer, ó en el momento en que confinan el dia y la noche; y por esto san Juan dixo, que las mugeres fuéron al sepulcro estando aun obscuro. San Marcos dice, que fuéron muy de mañana salido ya el sol. Estas palabras no contradicen á las de los otros tres evangelistas; ántes bien declaran el sentido en que estos habláron, y añaden algo mas, como bien nota Maldonado (1). Las palabras de san Marcos son: *Et valde manè una sabbatorum veniunt ad monumentum orto jam sole*: cuya construccion y sentido son: *y muy de mañana* (partiendo) *en el domingo llegan al sepulcro salido ya el sol.* La expresion *muy de mañana* alude á la salida de las casas para ir al sepulcro: y la expresion *salido ya el sol* alude á la hora en que las mugeres llegáron al sepulcro. Si no se entienden estas dos alusiones, es necesario decir, que san Marcos inútilmente ó con contradiccion pone casi seguidas las expresiones *muy de mañana*, y *salido ya el sol.*

Los idiotismos son comunísimos á todas las lenguas con particularidad en las expresiones que se usan freqüentemente. San Mateo, por exemplo, hablando de la hora en que las mugeres fuéron á ver el sepulcro, dice segun el texto griego, ὀψὲ δὲ σαββάτων, que en la edicion vulgata se traduce *vespere autem sabbati.* Mas ὀψὲ significa tarde ó tardamente; de tal modo, que la expresion ὀψὲ σαββάτων equivale literalmente á la latina *sero sabbatorum*; y san Gregorio Niseno, griego de nacion y lengua, advierte, como nota bien Maldonado citado, que dicha expresion ó idiotismo griego significan *pasado ya mucho ha el sábado.* A esta re-

(1) *Joan. Maldon. Soc. J. comment. in IV. evangelistas.* Mussop. 1596. fol. *In Matth.* cap. 28. 1. col. 547.

reflexion se puede añadir otra, y es que la partícula griega δε, como notan los gramáticos, sirve algunas veces para dar mayor aumento á la cosa de que se trata. En español se usan los dos idiotismos *mañana por la mañana*, y *mañana por la mañanita*, los quales traducidos literalmente en otras lenguas no tienen el sentido que en la española. Los dichos idiotismos en esta significan tiempos muy diversos. El idiotismo *mañana por la mañanita* significa mañana muy presto, al amanecer, al salir el sol, &c. y el idiotismo *mañana por la mañana*, significa todo el tiempo de la mañana desde amanecer hasta medio dia. En italiano, si uno dice á otro que se verán *al giorno* (esto es *al dia*); se quiere significar por esta expresion, que se verán despues de comer; y en español la expresion *al dia* significaria qualquiera hora del dia. Se ve pues, que en las lenguas los idiotismos son comunísimos á las expresiones usuales, las quales por tanto se deben entender, no segun su literal sentido, sino segun el del comun uso.

Segun esta doctrina se combinan claramente las horas en que las mugeres fuéron al sepulcro. I. San Mateo (con quien convienen san Lucas y san Juan) dice, que ántes de amanecer María Magdalena y la otra María fuéron á ver el sepulcro. En lugar del verbo *fuéron*, en griego se usa la palabra ηλθοξ, que significa ir ó llegar: y lo mismo puntualmente se significa por la palabra española *fuéron*. Si dos mugeres, por exemplo, al amanecer salen de su casa para ver un sepulcro, y llegan á este salido ya el sol; en español serán verdaderísimas estas dos expresiones: 1.ª *Al amanecer fuéron á ver el sepulcro*= 2ª. *Fuéron á ver el sepulcro salido ya el sol.* En la primera proposicion el verbo *fuéron* significa ir: y en la segunda significa llegar. San Mateo pues, señaló

ló la hora en que las mugeres saliéron para ver el sepulcro: esto es, ántes de amanecer. Y san Marcos añade la hora en que llegáron al sepulcro: esto es, salido ya el sol. El mismo san Marcos señala una y otra hora, diciendo: *muy de mañana en el domingo llegan al sepulcro salido ya el sol*, esto es, *saliendo muy de mañana*, *&c.* Convienen pues, los quatro evangelistas; pues que ó Marcos señala solamente la hora de la llegada al sepulcro; ó por mejor decir, señala las horas de la salida y de la llegada al sepulcro; y los otros tres evangelistas hablan solamente de la hora de la salida, ó en la que fuéron á ver el sepulcro.

II. Esta interpretacion, que conviene con lo literal de los textos, corresponde al carácter de las personas que fuéron al sepulcro. Mugeres solas, y comunmente temerosas, no debiéron salir tan presto de sus casas que llegasen de noche al sepulcro; pues querian entrar en él, buscar gente que (*Marcos* 3.) quitase de la puerta del sepulcro la piedra, y ungir el cuerpo de Jesuchristo. Apénas llegó María Magdalena (*Juan* 20. 1.) quando vió luego quitada la piedra de la puerta del sepulcro, y entró ciertamente en este, pues (2) vió que faltaba el cuerpo de Jesuchristo. Todas estas circunstancias prueban claramente que la Magdalena, y las demas mugeres no llegáron de noche al sepulcro.

III. En la relacion de san Mateo se echa de ver claramente que empieza á hablar de la hora en que la Magdalena salió á ver el sepulcro, para significar que en el mismo momento que Jesuchristo resucitó, baxó el ángel, levantó la piedra que cubria el cuerpo de Jesus, y las centinelas quedáron aturdidas y como muertas. San Mateo pues, literalmente dice así: "Pasado ya el sábado ántes de amane-

»cer

»cer María Magdalena y la otra María fuéron á ver »el sepulcro : y he aquí que sucedió un terremoto »grande ; porque el ángel del Señor baxó del cielo, »revolvió la piedra , y estaba sentado sobre ella..... »con el temor las centinelas se amedrentáron , &c." En esta literal traduccion del texto griego se descubre claramente que Mateo empieza á hablar de la hora en que la Magdalena salió á ver el sepulcro , para indicar que en la misma resucitó Jesuchristo (1). Ho-

(1) A Lapide (*Cornelii à Lapide è Soc. J. commentarii in IV. evangelia.* Lugd. 1638. fol. *In Matth.* cap. 28. v. 1. p. 547.) nota así la serie de la pasion y resurreccion de Jesuchristo. Desde la cena pasqual en la noche del juéves hasta las tres de la tarde del viérnes en que murió Jesuchristo , pasáron diez y ocho horas. Murió Jesuchristo á las tres horas de la tarde del viérnes ; y su cuerpo fué depositado en el sepulcro ántes de la noche , desde cuyo principio se empezaba á contar el sábado , dia de reposo. La resurreccion fué ántes de la aurora : esto es á treinta y seis horas despues de la muerte , por lo que causa maravilla que san Agustin (libro 3. de la Trinidad , cap. 6.) cuente quarenta horas desde la muerte de Jesuchristo hasta su resurreccion. Propiamente desde las tres horas de la tarde del viérnes en que murió Jesuchristo , hasta la aurora de la mañana del domingo hay apénas el intervalo de treinta y ocho horas : esto es nueve horas hasta la media noche del viérnes para el sábado : veinte y quatro horas del sábado ; y ménos de cinco horas de la media noche del domingo hasta la aurora. Resucitó Jesuchristo ántes de cumplirse las treinta y ocho horas despues de su muerte ; y de estas estuvo treinta y cinco horas depositado en el sepulcro su cuerpo. La resurreccion fué poco ántes de la aurora de la mañana del domingo.

Hora de tan glorioso suceso no debia haber quedado en el olvido. Si la Magdalena hubiera llegado ántes de amanecer al sepulcro , hubiera sentido el terremoto , hubiera visto al ángel que levantaba la piedra , y á las centinelas que estaban medio muertas , y de todo esto hubiera dado noticia á los apóstoles , y no les hubiera dicho (*Juan* 2) : *Quitáron el cuerpo de Jesus , y no sabemos en donde le han puesto.* Despues de la baxada del ángel las centinelas debiéron huir tan prontamente , que la Magdalena ciertamente no las vió ; pues que en este tiempo ella salia de su casa. Se infiere pues , claramente , que san Mateo diciendo que la Magdalena *fué* al sepulcro, quiso decir expresamente *salió* , y no pudo decir *llegó* ; y en el mismo sentido se deben entender san Lucas y san Juan.

Sad. No puedo negarte que con singular naturalidad , siguiendo la letra y el sentido de las historias evangélicas , has combinado bien las horas en que las mugeres saliéron de sus casas , y llegáron al sepulcro : y me parece que acertadísimamente reflexionas sobre la relacion de Mateo , infiriendo claramente , que él se propuso señalar la hora en que Jesuchristo resucitó. Continúa pues , tu discurso , que con placer oiré , si acertases á combinar tan naturalmente las demas circunstancias de las visitas de las mugeres , como has combinado la hora de su salida , y de la llegada al sepulcro.

Christ. Espero demostrar esta segunda combinacion : escucha atentamente las pruebas en que la fundaré. "La Magdalena , dice san Juan , vió quitada la »piedra del sepulcro : corrió pues , y dió aviso á Pe»dro y al discípulo amado (esto es, Juan), diciéndoles: »*Quitáron del sepulcro al Señor , y no sabemos en don»de le han puesto.*" Nota bien, Saduceo , que san Juan

solamente nombra á la Magdalena diciendo que fué al sepulcro ; y no obstante de nombrarla sola , advierte , que dixo *no sabemos* : si habia ido sola , debia decir : *no sé* : por tanto al decir *no sabemos*, claramente indica que no habia ido sola , sino acompañada de la otra María, como nota san Mateo (1). Sigue san Juan su relacion diciendo (3) : "Pedro y el »otro discípulo fuéron al sepulcro..... Pedro entró »en él , y vió los lienzos (ó mortaja), y el sudario que »habia estado sobre su cabeza , no con los lienzos, »sino separadamente envuelto en un sitio : entónces »entró el otro discípulo en el sepulcro , vió y creyó." Este anuncio de la Magdalena supone que ella no sabia que habia resucitado Jesuchristo , y consiguientemente no habia visto ángel alguno que se lo dixese; porque si lo hubiera sabido , no hubiera dicho á Pedro y á Juan que no sabia quien hubiese quitado el cuerpo del Señor , ni el lugar en que le habian puesto. Hasta aquí la primera visita de la Magdalena, y su primer anuncio á los apóstoles. Sigue san Juan su relacion, diciendo(10): "Los discípulos se fuéron; pero »María se quedó fuera del sepulcro llorando , y en »medio de su llanto se inclinó , miró al sepulcro , y »vió dos ángeles..... y vió á Jesus que estaba en pie, »y no le conoció. Jesus la dixo : ¿por qué lloras? y »ella creyendo que era el hortelano , le dice: si tú »le has quitado (esto es el cuerpo de Jesus) díme »en donde le has puesto , y yo le quitaré de allí. Dí»xola Jesus : María : ella le respondió : Maestro..... »fué María á los discípulos , diciéndoles , que habia »visto al Señor , &c." Este es el segundo anuncio que Magdalena hizo á los discípulos.

San Lucas (21) dice , que yendo dos discípulos á Emaus , y encontrando en el camino á Jesus sin que le conociesen , le decian : "Esperábamos que él hu»biese de redimir á Israel : y ya ha tres dias que su»cediéron estos hechos (esto es, su pasion y muerte); »pero ciertas mugeres de los nuestros , que ántes de »la luz fuéron al sepulcro , no habiendo hallado en »él su cuerpo , viniéron diciendo , que habian visto »ángeles que afirmaban que Jesus vivia. Fuéron al»gunos de los nuestros al sepulcro , y halláron las »cosas como las mugeres las habian contado ; pero »á Jesus no le halláron." He aquí un particular anuncio á los discípulos , de los quales algunos, movidos de curiosidad , ó de fe , fuéron , al sepulcro, y halláron ser cierto lo que las mugeres dixéron ; mas á Jesus no halláron : por tanto debiéron haber visto los ángeles , y no al Señor. Uno de estos discípulos fué Pedro , como se infiere de lo que san Lucas dice así (10) : "Estaban María Magdalena , Juana , Ma»ría de Jayme y las demas que habia con ellas , y »contaban estas cosas (esto es , que habian visto án»geles) : esto pareció una fábula á los discípulos , y »no creyéron ; mas Pedro levantándose corrió al se»pulcro , é inclinándose vió los lienzos *solos* , y se »fué admirándose de lo que habia sucedido." Esta es la segunda visita de Pedro al sepulcro : en ella se inclinó (no entró) para ver el sepulcro , y vió los lienzos *solos* : en la primera visita que hizo con san Juan , dice este que *entró* (6) en el sepulcro, y vió los lienzos y el sudario separadamente envuelto en otro sitio. Para ver el sudario era necesario entrar en el sepulcro : para ver los lienzos bastaba inclinarse á la puerta sin entrar. En la primera visita san Juan dice de sí mismo (8) que vió y creyó , y de Pedro nada dice. En la segunda visita Pedro (dice *san Lucas* 12) se fué maravillado de lo que habia sucedido. ¿Y qué habia sucedido? Habia visto los ángeles ; pues que san Lucas (24) dice , que algunos discípulos , oyendo

do á las mugeres la vision de los ángeles, habian ido al sepulcro, y habian visto como las mugeres habian dicho. San Pedro pues, oyó la primera vez á la Magdalena que el cuerpo de Jesus faltaba del sepulcro, y fué á verlo. Entónces los ángeles no se le hiciéron visibles. Volvió á oir, que el cuerpo faltaba, y que se habian visto ángeles, y corrió otra vez al sepulcro, y logró verlos. Pedro fué al sepulcro dos veces con diferentes motivos: por lo que á mi parecer se engañan aquellos intérpretes que no descubren nuevo motivo para la segunda visita de Pedro.

La Magdalena en la primera visita no vió los ángeles: en la segunda vió á estos y á Jesuchristo (*Juan* 12). San Mateo (9) dice, que volviendo del sepulcro la Magdalena, y la otra María viéron en el camino á Jesus. Esta aparicion quizá se hizo á otra compañía de mugeres, entre las que la Magdalena se halló al volver del sepulcro. Los evangelistas nombran á María Magdalena, María de Jayme, Salomé (*Marcos* 1), y Juana con quienes habia otras (Lucas 10). Se ignora su número; pero se conjetura que serian quizá siete ú ocho; pues que siendo galileas las mugeres que nombran los evangelistas (*Lucas* 23, 55), parece que estas debiéron valerse de algunas paisanas de Jerusalen para el arte de embalsamar el cuerpo de Jesus, y para que les enseñasen las calles y camino para ir de noche al sepulcro. He aquí claramente explicado á mi parecer, como se combinan los diferentes anuncios de la Magdalena, las dos visitas de Pedro al sepulcro, y como los ángeles se hacian ya visibles, y ya invisibles.

Sad. Si se tratase de un juicio en que no hubiese mas testigos que las mugeres de quienes has hablado, la crítica hallaria aun alguna objecion que pudiera oponer; mas confesándote sínceramente lo que siento, la objecion seria de poquísimo momento, y aun te debo decir que no tengo por graves las objeciones que contra dichas mugeres te he hecho; y me maravillo que algunos modernos de nuestra secta saducea, queriendo impugnar el suceso de la resurreccion de Jesuchristo, se hayan figurado hallar dignas impugnaciones en la relacion de las apariciones de los ángeles, y de Jesus á las mugeres. Yo pongo la historia evangélica en la esfera de la historia profana; y en esta suposicion se debe decir, que convienen substancialmente todas las relaciones que se hacen de las mugeres, pues que todas tienen un mismo objeto, y su diferencia es solamente en circunstancias á este accidentales. No puedo ménos de confesarte, que en pocas palabras me has combinado con bastante naturalidad algunos hechos, cuya combinacion no he hallado tan clara aun en los intérpretes modernísimos, que para responder á todas las objeciones de los modernos saduceos, debian haber procurado exponerla con la mayor claridad. Juzgo pues verisimil la armonía de los sucesos que has descrito; mas no por esto te concederé que la relacion de siete ú ocho mugeres baste para juzgar probado el hecho de la resurreccion. Lucas (11) dice, que al oirla los discípulos de Jesus, les parecia oir fábulas ó delirios de mugeres; y que no les diéron fe. Mucho tiempo ha que está muy desacreditada la fantasía mugeril, y á esta pertenece el ver ó figurarse ver ángeles y hombres resucitados. Los historiadores crédulos á la fantasía de las mugeres, han desacreditado sus historias aun segun la opinion de los críticos de tu secta christiana, que han juzgado ridículas las relaciones de algunas mugeres tenidas por santas. El asunto de que tratamos está fuera de los límites

mites de la ciencia mugeril, por lo que las mugeres no darán jamas testimonio idóneo para autorizarlo. Otros testigos de clase superior puedes y tienes que alegar: alégalos para probar tu intento.

Christ. Es cierto que la fantasía fácilmente convulsionaria de las mugeres, y su poca instruccion científica, las exponen freqüentemente á engaños inculpables; por lo que aun con juramento tal vez afirman una falsedad sin faltar en su conciencia á la verdad. De esta máxima hay pruebas en abundancia en las historias profana y eclesiástica; mas estas pruebas, no ménos que el testimonio de los hombres mas juiciosos, siempre se sujetan al rigor de la justa crítica. Segun esta, la historia eclesiástica entre los christianos tiene el mérito que corresponde á la verdad que se cuenta, y no á la autoridad del que la refiere. Los modernos saduceos que, con equivocacion grosera, confunden todas las historias eclesiásticas de los christianos con la del alcoran de los franciscanos, y otras semejantes, podian desengañarse de su error leyendo la crítica de los Sirmondos, de los Petavios, de los Natales Alexandros, de los celebérrimos autores de las actas de los santos, &c. &c. que descubren, publican é impugnan la menor equivocacion que se halla aun en las historias eclesiásticas, que públicamente se leen en las iglesias del christianismo. Mas prescindamos de esta qüestion, que ninguna conexion tiene con la presente, sobre la qual, respondiendo á tus reflexiones, diré.

La fantasía mugeril está expuesta á engaños: es cierto, pero en el caso presente no se descubre este peligro, porque se trata de referir que han visto una persona que conocian, que han hablado con ella, y que le han oido decir tales y tales cosas. Para que las mugeres en todo juicio puedan dar testimonio fidedigno

no de estos sucesos, basta probar que no eran locas. La locura ciertamente no se infiere de la historia evangélica: toca á tí el probarla.

He empezado á referir las apariciones de Jesus á las mugeres, porque estas fuéron las primeras que le viéron resucitado. He seguido el órden de los sucesos de la historia, sin dar preferencia á los mas notorios y autenticados. Oye ahora estos.

Jesuchristo en el primer dia de su resurreccion se apareció á la Magdalena (*Juan* 16, *Marcos* 9), á otras mugeres (*Mateo* 9), á los dos discípulos que iban á Emaus (*Lucas* 15), á Pedro (*Lucas* 34), á los once discípulos (*Marcos* 16. *Juan* 19.), y á los demas que estaban con ellos (*Lucas* 33, &c).

Se apareció al octavo dia á los discípulos, estando Tomás con ellos (*Juan* 26), y la tercera aparicion fué á los mismos que estaban en el mar de Tiberiades (*Juan* 21. 1).

Desde la resurreccion de Jesuchristo hasta su admirable ascension á los cielos, pasáron quarenta dias, y en este tiempo se apareció (1) varias veces á sus discípulos: se apareció (2) á Santiago (3), á mas de qui-

(1) *Præbuit seipsum vivum post passionem suam in multis argumentis per dies quadraginta apparens eis, et loquens de regno Dei.* Actus apostolor. 1. 3.

(2) *Visus est Cephæ, et post hoc undecim. Deinde visus est plusquam quingentis fratribus simul, ex quibus multi manent usque adhuc, quidam autem dormierunt. Deinde visus est Jacobo: deinde apostolis omnibus: novissimè autem omnium, tamquam abortivo, visus est mihi.* I. ad Corinth. 15. 5. &c.

(3) Santiago, esto es el menor, obispo de Jerusalen, que murió mártir siete años despues que san Pablo escribió

quinientas personas (de las que muchas vivian quando san Pablo escribió esta aparicion á los corintios, y algunas habian muerto); y últimamente se apareció á san Pablo. Tienes aquí diez apariciones en varios tiempos, y á varias personas, ya solas, y ya en compañía de otras, hasta el número de mas de quinientas. Estas apariciones y sus circunstancias dan materia abundante para hacer muchas reflexiones, que expondré mas oportunamente despues de haber oido las excepciones que tú juzgues oponer contra las dichas apariciones, y las personas que ocularmente las atestiguáron.

Sad. No hay duda que tus reflexiones serán mas acertadas y breves, si las haces teniendo presentes las excepciones que se pueden y deben dar contra la relacion que has expuesto de las apariciones de Jesuchristo resucitado: por esto, y para no interrumpir tus reflexiones con nuevas dificultades, te opondré ahora todas las excepciones que á mi parecer se deben dar contra la relacion hecha. Oyelas, que seré breve.

Primeramente. Confieso ser grande el número de testigos que alegas, y luminosas las circunstancias de las apariciones públicas, siendo anexa siempre la publicidad á la multitud. Ningun juicio humano para la justificacion de un hecho público pide tanto número de testigos, quando no conste que estos se declaran poseidos del entusiasmo ciego y popular. Pero en el caso

bió su primera epístola á los conrintios. De la aparicion de Jesuchristo á Santiago se hacia expresa mencion en el evangelio de los nazarenos, segun afirma san Gerónimo en el catálogo de los escritores eclesiásticos, hablando de Santiago.

so presente debes observar que los testigos, aunque muchos en número, son todos ignorantes por raza y oficio: se trata de un hecho sobrenatural, para cuyo exámen no basta el conocimiento vulgar del pueblo, que por su ignorancia y fanatismo religioso, tiene por milagrosa qualquiera obra natural que sea irregular. Los apóstoles, como consta de la historia evangélica, eran ignorantes por profesion, por su ninguna instruccion científica, y su ningun comercio civil con personas ilustradas. Haz entrar algunas personas de esta raza de gentes en una academia de experiencias físicas, ó en un expectáculo de titiriteros, y verás que confunden lo natural con lo milagroso.

En segundo lugar. Se han visto procesos hechos con centenares de testigos corrompidos: ¿por qué en el número de estos no pudiéron entrar los apóstoles, y los demas discípulos de Jesus?

En tercer lugar. El fanatismo tiene gran influxo sobre la fantasía humana; y por cooperacion de espíritus invisibles, quizá se da el arte mágica, como dicen que se exercitó por los magos de Egipto en competencia con Moyses á presencia de Faraon: por el célebre Simon Mago en competencia con Pedro apóstol; y por el famoso embustero Apolonio Tianeo. Segun estos principios, Porfirio (citado por San Gerónimo) decia: "Que los apóstoles, personas desgraciadas y pobres, predicaban una doctrina nueva por ambicion de honor y riquezas; y obraban por arte mágica cosas prodigiosas, como con la misma arte las habian obrado los egipcios magos, Jesuchristo, Apolonio Tianeo y Apuleyo."

En quarto lugar. Si Jesuchristo era Dios: si habia profetizado su resurreccion: si en realidad resucitó, y queria que le creyesen; ¿por qué no apareció á los fariseos sus acusadores, haciéndoles ver práctica-

mente que era el Mesías prometido en el antiguo testamento? El autor de la obra intitulada: *El christianismo descubierto ó desmascarado*, reflexiona bien diciendo, que la aparicion de Jesuchristo resucitado, hecha solemnemente en una plaza pública, hubiera sido mas decisiva que todas las diez apariciones clandestinas, hechas á hombres ignorantes, pobres é interesados en formar una nueva secta.

Ultimamente, los hebreos y los paganos se han opuesto siempre á la verdad de la resurreccion de Jesuchristo; y si los christianos la han publicado y creido sucesivamente en todos los tiempos, por lo contrario los hebreos en todos ellos sucesivamente hasta el presente, han dicho que la dicha resurreccion fué una invencion fabulosa de los discípulos de Jesus, que ocultamente robáron del sepulcro su cuerpo.

En estas cinco objeciones tienes, christiano, las principales dificultades que la juiciosa crítica debe oponer á la relacion de la resurreccion de Jesuchristo. Escucharé atentamente la solucion que des á ellas, no por sola curiosidad, sino tambien por racional y necesario deseo de descubrir y encontrar una verdad que conozco ser importantísima, si por ventura se halla en el suceso sobre que disputamos.

Christ. Estoy pronto á dar solución á tus dificultades: no seré ni puedo ser tan breve en responderte, como tú lo has sido en poner dificultades al hecho de la resurreccion. No ignoras que hay gran diferencia entre el tiempo que se necesita para fabricar un edificio, y el que se emplea en derribarle: mayor diferencia hay entre el tiempo que se necesita para probar un asunto y negarle. Para negarle basta un *no*; y para probar la verdad mas clara, se necesitan no pocos raciocinios. Con esta reflexion no pretendo abusar de tu

tu paciencia por horas: espero que en oir la solucion á tus dificultades, cuentes solamente minutos, aunque algunos mas que los que tú has tardado en exponer estas.

Sad. Jamas me pareció largo el discurso que desterrando de mi mente el engaño, me descubrió é hizo conocer la verdad: si llegares á probar esta, tus pruebas siempre me parecerán breves.

Christ. Sin perder tiempo, y agradeciendo tu gracia y buena disposicion para oirme, empiezo la solucion á tus excepciones con el órden mismo con que las has puesto.

La primera excepcion se funda, en que la gente vulgar, como era la apostólica, no sabiendo distinguir científicamente los límites de la naturaleza, confunde fácilmente lo natural con lo prodigioso. Convengo en que un tropel de ignorantes viendo, por exemplo, las experiencias que se suelen hacer en las academias físicas ó químicas, confundirá los efectos naturales, teniendo por prodigiosos los extraordinarios. Convengo asimismo, en que la humana prudencia pide menor rigor en exâminar los testimonios de hechos naturales, que los de hechos sobrenaturales: así, con mayor rigor se exâminará el testimonio de quien afirme haber visto volar un hombre, que el testimonio de quien diga que le ha visto caminar. Concedo estas y otras precauciones en los casos en que puede haber inculpable engaño ó ilusion fantástica sin conocimiento de los límites de la naturaleza; mas en el presente hecho no se necesitan tales precauciones; y si alguno las creyere necesarias, no perjudican á las pruebas que hay para demostrarlo. El hecho de la aparicion de Jesuchristo respecto del juicio humano, es como el hecho de ver qualquiera hombre vivo, en que no puede haber engaño. Supongamos que

en una ciudad se ajusticia hoy públicamente una persona conocida: se le ve ajusticiar y morir en el suplicio; y despues de tres dias, quinientas personas que la habian conocido, tratado y vivido con ella, atestiguan que varias veces la han visto resucitada, la han hablado, y han estado públicamente con ella. Estos testigos ciertamente afirman un hecho sobrenatural; mas es hecho cuyo conocimiento se sujeta á la capacidad del mayor idiota. En el conocimiento y testimonio de tal hecho, no entra ciencia alguna de límites ó derechos de la naturaleza: basta haber conocido algun ajusticiado en vida, y reconocerle despues de haber resucitado. El testimonio de haber visto un hombre resucitado, es el mismo que el de haberle visto vivo: la diferencia está únicamente en que el testimonio de haberle visto resucitado supone la noticia cierta de su muerte anterior á la resurreccion. Un hombre resucitado á la vista humana, es como un hombre vivo; y para distinguirle y dar testimonio de haberle visto, basta llegar á distinguir el cuerpo de su sombra. Esta es toda la ciencia de límites de naturaleza que se necesita para dar tal testimonio, y esta ciencia ciertamente la tenian las mugeres, los discípulos, y mas de quinientas personas que viéron á Jesus resucitado.

Tu segunda excepcion es, que se ha visto procesada la inocencia con el falso testimonio de centenares de testigos corrompidos. A esta segunda objecion uno la tercera, en que dices que los apóstoles por entusiasmo, interes y vanidad defendian el hecho de la resurreccion, y con arte mágica hacian obras prodigiosas para autorizar su verdad. Te concedo que la malicia humana tal vez ha oprimido la inocencia con centenares de testigos falsos: en nuestros tiempos hemos visto públicamente estos funestos efectos de la ma-

malicia humana; y los vió Jerusalen en el iniquo y público juicio que hizo de Jesuchristo, condenándole á la muerte infame que el pueblo, instigado de los fariseos, pidió á Pilato juez. Mas la iniquidad de este y otros juicios semejantes se descubre claramente á la menor reflexion. Prescindamos ahora de estos juicios, cuyo exámen deberia ser algo prolixo, y reduzcamos tu excepcion al caso y juicio presente. Tratamos de un juicio, en que se exâmina una verdad tan fácil de conocer, como es el haber visto ó no un hombre resucitado. Centenares de testigos afirman con juramento, que le han visto y tratado varias veves: estos testigos son acusados á los tribunales: aparecen en ellos para ser infamados, castigados y ajusticiados por su tenacidad en afirmar que habian visto un hombre resucitado; en efecto, se les amonesta, infama y castiga por perseverar en su confesion. Tales eran los apóstoles que daban testimonio de la resurreccion de Jesuchristo. Ellos la predican á despecho del furor de los fariseos, que crucificáron á Jesuchristo: gente pobre y desvalida, sin temor de los castigos y de la muerte, insiste predicándola por calles, plazas, templos, y en los tribunales á presencia de los jueces, que con castigos amenazaban é impedian la predicacion. Si la resurreccion era fabulosa, los apóstoles la predicaban contra lo que juzgaban; y se obstinaban en morir por sostener la mentira conocida. ¿Quándo se han visto hombres, que sin mas interes que el castigo y la muerte, se obstinen en defender por este premio la mentira conocida? El entusiasmo y la ambicion de honor y interes, ¿pueden empeñar el hombre á morir por defender una mentira conocida? ¿Hay memoria de haber muerto centenares de impostores por haber defendido la falsedad conocida? Esto repugna á la razon mas

que

que el creer la resurreccion de un hombre, afirmada solamente por un testigo. Conozco que el entusiasmo, por defender una secta falsa, ha llevado muchos sectarios á la muerte; mas este entusiasmo era con ignorancia de la falsedad de la secta. En el caso presente no puede tener lugar ninguna ignorancia. Se trata de cosa práctica é infalible; esto es, de haber visto varias veces ocularmente á Jesuchristo despues que habia muerto: de haber hablado y comido con él. Si esto era verdadero ó falso, ninguno lo podia saber mejor que aquellos que lo afirmaban. Vemos que estos dan la vida por sostener verdadera la resurreccion: ¿qué juicio pues se deberá formar de su testimonio? La jurisprudencia humana ni la razon no descubren mayores pruebas de la verdad de un testimonio, que las que se infieren de la pronta preparacion de los testigos para confirmarla con su muerte. Si otra prueba mayor no piden ni pueden pedir la jurisprudencia y la razon de los hombres, ¿por qué estos no creerán el testimonio de tantos discípulos de Jesus, que con su muerte defendiéron y autorizáron la verdad de la resurreccion de su maestro?

Segun toda jurisprudencia y razon, el carácter de los apóstoles da realce sumo al testimonio que daban de la resurreccion de Jesuchristo. Jesuchristo habia hablado tan claramente de su resurreccion á presencia de los fariseos (como despues notaré), que estos no dudaban de la persuasion de Jesuchristo; y por esto pusiéron guardias á su sepulcro (*Mateo* 27, 63.). Los apóstoles que, viviendo con Jesuchristo, debiéron oirle hablar muchísimas veces de la resurreccion, ó como idiotas no la entendiéron, ó ciertamente no la creyéron. En la historia evangélica se nota claramente esta incredulidad de los apóstoles. Las mugeres que habian ido á ver el sepulcro, les contaban que Jesuchristo habia resucitado segun el dicho de los ángeles (*Lucas* 11); y los apóstoles, sin creerles, oian sus relaciones como si fuesen fábulas. San Juan (9) confiesa que ni él ni Pedro habian creido que Jesus hubiese de resucitar. Jesuchristo (*Marcos* 14), apareciéndose á todos los apóstoles, reprehendió su incredulidad; y en la misma aparicion estaban al principio todavía incrédulos (*Lucas* 41). Las mugeres vivian tan ignorantes de la resurreccion, que al tercer dia fuéron á embalsamar el cuerpo de Jesus. Tomas se mostró incrédulo, y Pablo persiguió á los apóstoles hasta que con sus mismos ojos no vió á Jesuchristo resucitado.

He aquí, Saduceo, el carácter de la gente apóstólica incrédula de la resurreccion de Jesuchristo en su vida, muerte, y despues de haber resucitado. Ningun apóstol cree sino á lo que le dice su propia vista. ¿Se podrá oponer con justa crítica que los apóstoles por entusiasmo defendian la verdad de la resurreccion? Jesuchristo habia profetizado claramente su resurreccion: ellos no creen la profecía. Jesuchristo resucita; los ángeles anuncian su resurreccion; los apóstoles buscan su cuerpo, no le encuentran, y aun no creen la resurreccion. Jesuchristo resucitado se presenta visible á los apóstoles; y ellos aun dudan de la resurreccion. Estos apóstoles, incrédulos siempre de la resurreccion hasta ver á Jesuchristo resucitado, tímidos ántes, dispersos y fugitivos, ven despues á Jesus resucitado, y luego se muestran animosos é intrépidos, predicando, sin temor de castigos ni de muerte, la verdad de la resurreccion que habian negado teniéndola por fabulosa. Observemos bien las circunstancias anteriores y posteriores de la metamórfosis de estos testigos. Su carácter civil, científico y moral es notorio. Ellos, de nacimiento obscuro, de ba-

baxa profesion, y sin ninguna ciencia, siguen á Jesuchristo hasta su pasion y muerte, en que le desamparan. Oyéron con respeto y admiracion su celestial doctrina; mas su poca instruccion no los hizo capaces de entender muchas verdades reveladas por el divino Salvador; y una de estas, como se advierte en la historia evangélica, era la de la resurreccion. Creen últimamente esta, viéndola con sus ojos; y públicamente predican la doctrina del Salvador; doctrina que, inspirando horror á la mentira, y amor á la simplicidad, obliga á todos sus sequaces á perder todos los bienes y honores mundanos, y la propia vida, ántes que manchar la conciencia con ofensa moral. Los apóstoles con su voz, con sus escritos y exemplos, y con dar intrépidamente su vida, confirman esta doctrina. Ellos, sin el explendor del nacimiento, sin el poder de las riquezas, y sin el artificio de las ciencias, teniendo por contrarios el pueblo, sus superiores, los ricos, poderosos, y sabios; y faltos de todo apoyo humano, publican por todo el mundo la resurreccion de Jesuchristo, que ántes no habian creido. A presencia de sus enemigos, empeñados en desmentirlos, y poderosos para castigarlos é inspirar miedo en el pueblo que los creyese, insisten los apóstoles predicando la resurreccion, haciendo millares de prosélitos, que en medio de tanta contradiccion creen y aceptan su doctrina. ¿En qué juicio racional testigos de tales circunstancias, y hechos tan conformes á la verdad que atestiguaban, no se tendrán por esentos de toda excepcion? El incrédulo, haciéndose juez imparcial, dé á estas razones el valor que tienen; y si por su preocupacion resiste aun á formar el debido juicio, espero que se determinará á formarlo despues que haya oido las siguientes reflexiones, con que daré solucion á las dos últimas excepciones.

La

La quarta objecion tiene por objeto el investigar curiosamente los hechos de la divina providencia. ¿Por qué, dicen los saduceos, Jesuchristo que en vida hizo públicamente obras prodigiosas, no se apareció en público á los fariseos sus contrarios, y al pueblo de Jerusalen? Una aparicion con toda publicidad seria mas decisiva de su verdad, que todas las apariciones que se notan en la historia evangélica. A esta objecion, que algunos saduceos juzgan gravísima, y quizá la mas fuerte contra la verdad y autenticidad de la resurreccion, espero responder con reflexiones, que al exámen de la mas rigurosa crítica aparezcan las mas eficaces para demostrarla. Óyelas divididas en cinco respuestas.

I. Los saduceos parece, que para llamar auténticamente pública la resurreccion de Jesuchristo, querrian que el divino Salvador se hubiera aparecido en todas las casas de Jerusalen, para que todos los habitantes le viesen resucitado. No se requiere tanto en ningun juicio para que un hecho se declare auténtica y legítimamente público. Jesuchristo en vida hizo milagros en privado y en público, delante de pocos y de muchos testigos: y esta misma conducta observó en sus apariciones por quarenta dias; las quales, por ser de un famoso profeta crucificado públicamente, y por ser de un hecho no visto ni oido jamas, qual es la resurreccion de un hombre á vida inmortal, debiéron ser continua materia de los discursos de los sabios, y de las conversaciones de todas las gentes en la ciudad de Jerusalen. Es fácil el figurarse, que si hoy en la mayor ciudad del mundo sucediéran el juicio, la pasion, muerte y resurreccion que de Jesuchristo sucediéron en Jerusalen en el breve espacio de tres dias, durando las apariciones por quarenta dias; por todo este tiempo en dicha ciudad se ha-

blaria continuamente de estos sucesos. A todo esto se debe añadir la publicacion sucesiva que de ellos hiciéron los apóstoles en públicas plazas, y en los tribunales adonde fuéron acusados. Parece pues, que hechos tan públicos fuéron auténtica y legítimamente públicos.

II. Jesuchristo dixo en vida á sus discípulos (1), que los veria resucitado en Galilea. Los ángeles que en el sepulcro se apareciéron (*Mat.* 7, *Marc.* 7.) á las mugeres, les acordáron este dicho de Jesuchristo, y encargáron que lo acordasen á los discípulos. Esta noticia pública ántes que muriese Jesuchristo, repetida varias veces en el primer dia de su resurreccion, intimada y notoria á mugeres y discípulos, debió necesariamente ser pública en Jerusalen. En ella tenemos un pregon público de la aparicion que Jesuchristo queria hacer en un monte de Galilea. ¿Por qué pues los fariseos, y todos los que ocularmente querian desengañarse y certificarse de la realidad ó falsedad del hecho, no fuéron al lugar públicamente señalado para la solemne aparicion de Jesus resucitado? La intimacion de esta aparicion la hace pública por derecho; y así la aparicion á presencia de mas de quinientos testigos es pública de hecho. Debian interesarse los fariseos en averiguar personalmente si era verdadera ó falsa la aparicion intimada; pues que era decisiva de la inocencia ó impostura del que habian crucificado por hacerse Dios. La intimacion de la aparicion fué tan pública, que al monte de Galilea, en que sucedió, acudiéron algunos por curiosidad;

(1) Marcos 16, 28. *Sed postquam resurrexero, præcedam vos in Galilæam.* Véanse Mateo 28, 7 y 10. Marcos 16, 7. Lucas 24, 6.

dad; y de estos habla San Mateo (17), quando dice, que algunos dudáron viendo á Jesus resucitado. A la verdad, los que no le habian conocido personalmente en vida, pudiéron dudar de ser resucitado el hombre que no habian visto morir, ni habian conocido jamas. Si Jesuchristo se apareció á mas de quinientas personas, entre las que habia algunas ó incrédulas, ó que habian ido por curiosidad, tambien se hubiera aparecido á quinientas mil, aunque entre ellas hubiéran estado sus acusadores y falsos jueces. Todos estos pues, y los habitantes de Jerusalen, no pudiéron alegar excusa racional ó legítima de su incredulidad y engaño; porque pudiéron fácil y ocularmente desengañarse con la aparicion de Jesus pública por derecho y hecho.

III. Los fariseos y demas acusadores de Jesus, para creer la resurreccion de Jesus, no tenian razon, ó derecho de pedir aparicion alguna; porque ellos renunciáron á este derecho con la providencia que personalmente tomáron para averiguar si Jesus resucitaba ó no. He aquí la razon clara de esta proposicion. Jesus en vida profetizó su resurreccion, y los fariseos, noticiosos de esta profecía, selláron la lápida del sepulcro, como se notó ántes, y pusiéron á este centinelas, queriendo averiguar de este modo si la resurreccion era verdadera ó falsa. Ellos, para averiguar la realidad de la resurreccion, no pedian apariciones de Jesus resucitado, sino la seguridad del sello, y la vigilancia de las centinelas para que el cuerpo de Jesus no pudiese ser robado. Lográron los fariseos esta seguridad y vigilancia; y no obstante el cuerpo no se halló en el sepulcro: luego su desaparicion fué la única prueba práctica que ellos deseaban tener de su resurreccion; y esta prueba que tuviéron ciertamente, se demuestra hoy segun la historia evangélica.

En esta prueba, á que los fariseos se reduxéron por sí mismos para descubrir la verdad ó falsedad de la resurreccion, se embebe otra mas luminosa, que confirma todo lo expuesto, y al mismo tiempo demuestra la verificacion de una profecía de Jesuchristo. Oye atentamente, Saduceo, esta reflexion, en que maravillosamente se combinan una profecía de Jesus, y el empeño de los fariseos en falsificar su resurreccion. Refiere san Mateo, que los fariseos, escribas y saduceos pedian á Jesus que hiciese un milagro; y á esta peticion, hecha en dos diversas ocasiones, Jesus respondió (1) diciendo (como tambien cuenta san Lucas): "Esta raza, raza malvada, pide un mila»gro, ó señal de mision; y no logrará otro sino el »del Profeta Jonás; porque como este estuvo en el »vientre del pez tres dias y tres noches, del mismo »modo el hijo del hombre estará el mismo tiempo »en las entrañas de la tierra." Los fariseos pues, escribas y saduceos, pidiéron á Jesuchristo una señal que autorizase la verdad de lo que anunciaba; y Jesuchristo les dice, que la única señal decretada para iluminarlos, será la de resucitar habiendo estado tres dias en el sepulcro. En efecto, esta señal eligiéron por sí

(1) Matth. 12, 29. *Respondens ait illis: generatio mala, et adultera signum quærit; et signum non dabitur ei, nisi signum Jonæ prophetæ. Sicut enim fuit Jonas in ventre ceti tribus diebus, et tribus noctibus; sic erit Filius hominis in corde terræ tribus diebus, et tribus noctibus.*

La misma respuesta dió Jesus á los fariseos y saduceos (*Mateo* 16, 4) que en esta ocasion le pidiéron alguna señal de su mision. San Lucas (11, 29) refiere este mismo caso.

sí mismos los fariseos, escribas y saduceos, haciendo guardar diligentemente el sepulcro por soldados para que el cuerpo de Jesus no pudiese desaparecer sino milagrosamente. Tuviéron pues, los fariseos la señal que eligiéron y que Jesuchristo les habia profetizado: y para que esta señal fuese prueba incontrastable de la resurreccion, la suprema providencia dispuso que los fariseos pusiesen por sí mismos las centinelas al sepulcro. La combinacion de la profecía de Jesuchristo, de la desaparicion admirable de su cuerpo al tercer dia de haber sido sepultado, y del empeño, y de la diligencia de los fariseos para que no pudiese faltar del sepulcro el cuerpo sino por disposicion divina, es una prueba que demuestra la verdad de la resurreccion, y la obstinacion diabólica de los fariseos para no creerla. Ellos con los mismos medios con que pretendiéron falsificar el hecho de la resurreccion, verificáron la profecía de ella, sirviéron á los designios divinos, y selláron por sí mismos la prueba mayor y mas auténtica respecto de estos.

IV. Sin haber oido estas reflexiones, y solamente con la atenta leccion de la historia evangélica, Saduceo, no dexarias de conocer por tí mismo que los argumentos que de esta se infieren para probar la resurreccion de Jesuchristo, la hacen jurídicamente cierta: no obstante replicarás diciendo, que seria ménos expuesta á dudas, si Jesuchristo resucitado se hubiera aparecido á sus acusadores y jueces. A esta réplica respondo primeramente diciéndote las palabras que en una parábola ó relacion verdadera de la historia evangélica dixo el padre Abraan al rico comilon que estaba en el infierno (1): *Si Moysen, et*

(1) Lucas 16. 31.

UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

et prophetas non audiunt ; neque si quis ex mortuis resurrexerit , credent. Los que oyendo la razon no se convencen , ni creen , no creerán , aunque se la exponga un resucitado.

En segundo lugar te respondo con una reflexion que sirve para convencer la contumacia de los fariseos , y obligar todo hombre á la creencia de la resurreccion. Quando el hombre tiene todas las pruebas , que deben racionalmente convencerle á creer un dogma , vana y aun temerariamente pretende que la divinidad le suministre todas las demas pruebas que puede pedir su fantasía. Si esta pretension no fuera vana , temeraria é impia , iniquo seria el supremo Hacedor que á los hombres no inspira de su existencia conocimiento tan evidente que no dexe libertad para dudar de ella y para profesar el ateismo. Tocaria pues , al Ente supremo dar á todos los hombres todas las pruebas , que para conocer y confesar su existencia pidiese su entusiasmo ; y lo mismo se deberá decir de las luces jamas inextinguibles para conocer la fuerza y los límites del derecho natural, y para que este sea obedecido de todos los hombres. A este argumento el deista responde diciendo, que habiendo pruebas suficientes para conocer la existencia del supremo Ente , este por ningun derecho está obligado á dar otras mayores á los hombres. Si la luz de una hacha , por exemplo , me basta para hacerme ver bien de noche un camino , si le yerro , no tendré excusa por decir , que mayor luz hubiera tenido con la del sol ; y ménos tendré derecho para pedirla. Podia Dios habernos esclarecido mas las verdades del derecho natural : no lo ha hecho : ¿luego por esto no son ciertas , ni nosotros estamos obligados á confesarlas , y obrar segun ellas? Mala conseqüencia. Si las verdades del derecho natural

ral tienen la claridad que basta para conocerlas ; el defecto de mayor claridad no puede servir jamas de excusa para dexarlas de conocer sin ofender el mismo derecho, y á su supremo Autor. Si este dexára de dar la luz que basta para conocerle , ó no querria ser reconocido por los hombres , ó estos no tendrian obligacion de reconerle y servirle. Estos principios, que á la luz de la razon natural son evidentes , aplicados al asunto presente , convencen que no hay excusa ni derecho para pedir nuevas pruebas de la resurreccion de Jesuchristo , quando las que se tienen bastan para convencer la razon , y lograr decision favorable en todo tribunal humano. Si las apariciones de Jesus resucitado hubieran sido con la mayor publicidad posible , ciertamente serian mas decisivas : mas esto , que por ninguno se niega , no pertenece á la presente disputa. A esta toca probar si las apariciones sucedidas puestas en juicio bastan ó no para obligar racionalmente á creerlas. Por tanto, si yo pruebo, como ciertamente he probado , que estas apariciones fuéron tales y tantas que obligan racionalmente á su creencia , esta es necesaria en todo racional.

Respondo últimamente á la quinta objecion en que dices , Saduceo , que los hebreos y paganos siempre han negado la resurreccion de Jesuchristo , publicando y creyendo , que sus discípulos robáron su cuerpo. A esta objecion he respondido con reflexiones que reducen las pruebas á la evidencia : no obstante esto añadiré otras pruebas. Los hebreos que negáron la resurreccion despues que habia sucedido, ántes negaban que sucederia : los discípulos de Jesus ántes de su resurreccion no creian en ella ; y despues de haberla visto ocularmente , todos se ofrecian intrépidos y gustosos á sacrificar su vida en testimonio de

de su verdad. Los hebreos no se halláron en los lugares en que Jesuchristo resucitado se apareció : sus discípulos se halláron , y atestiguan todos que le han visto resucitado. Los hebreos y los paganos niegan la resurreccion sin falsificar los testimonios que se alegaban para probarla. Ellos no se valen de otros medios que de amenazar y castigar á los testigos de la resurreccion : y estos por lo contrario sin mas armas , ni sabiduría que la certidumbre del hecho , y el dictámen de su conciencia, insisten predicando públicamente la resurreccion, alegando circunstancias de tiempos , lugares y personas. Ya juntos , y ya dispersos en libertad y en opresion á presencia del pueblo y de sus acusadores publican uniformemente la historia circunstanciada de la resurreccion, citando sitios y lugares , y nombrando centenares de personas vivientes. Los quatro evangelistas escriben esta historia circunstanciada en diversos tiempos , lugares é idiomas , y todos dicen una misma cosa. ¿Cómo pues , es posible que personas ignorantes y dispersas por todo el mundo , por toda su vida se mantengan constantes en publicar uniforme una historia circunstanciada que sea falsa? Si la resurreccion hubiera sido falsa , es necesario que de todas las quinientas personas que fingiéron haberla visto , se hubiera formado una asamblea ó concilio nunca visto en que se estableciese el modo circunstanciado de contarla uniformemente por toda la vida de los concurrentes , y que todos con un entusiasmo increible se obligasen á sacrificar la vida por defender la supuesta verdad de tal historia falsa. Todo esto se necesitaba , y aun no bastaba , porque una cosa es el ofrecer dar la vida , y otra muy diversa el darla. Se necesitaba pues , que el entusiasmo concebido en el concilio tuviese influxo irresistible sobre la voluntad y

y libertad de los individuos de él por toda su vida, y que sus efectos fuesen tan extraños que les hiciese dulce la muerte por defender una falsedad. Esta combinacion de circunstancias monstruosas era necesaria para probar posible la falsedad de la resurreccion de Jesuchristo.

Este raciocinio con que se demuestra la verdad de la resurreccion , le he fundado solamente en la absoluta imposibilidad de haber podido fingirse la historia de la resurreccion de Jesuchristo por sus discípulos. Fundaré otro en el cotejo de las circunstancias, y de la contrariedad de los dichos discípulos y de los hebreos. Un hecho se hace constantemente tanto mas cierto, quanta mayor repugnancia tuviéron para creerle los que le atestiguan ; quanto mayor es la oposicion que se les hace por personas poderosas ; quanto mayores son los castigos que deben temer por su testimonio ; y quanto mas viles son los motivos mundanos que tienen para perseverar en su confesion. Para verificar prácticamente todas estas circunstancias , supongamos , Saduceo , que actualmente en una ciudad tan grande como Jerusalen , cuya poblacion la pondria entre las ciudades europeas de primer órden, sucede un caso semejante al que en Jerusalen sucedió sobre la resurreccion de Jesuchristo entre sus pobres é ignorantes discípulos , y entre los príncipes y sacerdotes de la ciudad. Los pobres discípulos , incrédulos de la resurreccion de su maestro en su vida , despues que le han visto morir crucificado , publican que ha resucitado citando circunstancias temporales , locales y personales de la resurreccion : son llamados á juicio , van á él , y sin temor de la mano carnicera que habia despedazado el cuerpo de su maestro , y no esperando que con ellos fuese benéfica , ratifican el testimonio de la resurreccion. Estos

discípulos son reprehendidos y castigados porque dan tal testimonio; y no obstante siguen dándole con peligro cierto de su vida. Pedro, uno (1) de los dos discípulos, predica públicamente en Jerusalen la resurreccion de Jesuchristo, y se convierten casi tres mil personas, que podian informarse de las quinientas que en Galilea viéron á Jesus resucitado. Sigue la predicacion de los discípulos de Jesus, y los creyentes llegan momentáneamente á ser cinco mil. Los apóstoles son llamados otra vez á juicio, y para convencerlos de falsos testigos los jueces, no alegan mas pruebas que los azotes. Los apóstoles continúan en su confesion: las armas que para su defensa tienen, son solamente la obscuridad de su nacimiento, su ignorancia, la infamia y los castigos. No obstante la falta de todo apoyo y medio humano, su confesion y predicacion hacen cada dia nuevos progresos á presencia de sus contrarios ricos, poderosos y jueces de ellos, y en medio de la gran poblacion en que se alegan sucedidas las apariciones de Jesus resucitado, y existian centenares de personas que le habian visto, conocido y tratado.

A vista de este proceder, ¿qué juicio dicta la recta razon? Si era falso el hecho de la resurreccion, este se predicaba en Jerusalen en que se suponia sucedido; se citaban á centenares los testigos de ella: ¿por qué pues, los fariseos y los príncipes de los sacerdotes en lugar de castigar á los apóstoles no los procesaban públicamente, llamaban á juicio los testigos que se citaban, y descubrian su falsedad? ¿Quién pudo jamas con-

(1) *Actus apostolor.* cap. 2, &c.

concebir posible que una falsedad de varias circunstancias inventada por quinientas personas no se descubra claramente llamando á exámen y juicio algunas de ellas? Los fariseos no podian ignorar que este era el único, seguro y eficaz medio para descubrir la supuesta falsedad, desacreditar á los apóstoles, é iluminar el pueblo para que no los creyese. Mas constándonos que los fariseos provocados y empeñados por la constancia de los apóstoles en su confesion no hiciéron contra estos proceso alguno para probar su pretendida falsedad; y que se contentáron con castigarlos, no obstante que experimentaban ser inútiles sus castigos, deberemos inferir necesariamente que ellos no tuviéron mas pruebas contra la verdad de la resurreccion que el infamar, encarcelar y azotar á los apóstoles.

Los paganos opusiéron á la historia evangélica las infamias y falsedades que contra ella publicáron los hebreos; pero ninguna probáron. La verdad de esta proposicion se demuestra con la siguiente breve reflexion. En los primeros siglos del christianismo impugnáron la doctrina y los hechos de la historia evangélica insignes filósofos paganos, como Celso, Porfirio, Juliano apóstata, &c. Las objeciones que estos opusiéron existen en las obras de muchos doctores christianos que les eran contemporaneos: en dichas objeciones se producen raciocinios contra los hechos evangélicos; mas no se alega ni una prueba judicial para falsificarlos. Luego ni los hebreos, ni los paganos tuviéron, ni alegáron pruebas judiciales para falsificar la historia evangélica. Si las hubieran tenido, las hubieran alegado; y aunque hubieran perecido sus escritos, su memoria quedaria en las respuestas que les diéron los christianos contemporaneos.

He respondido, Saduceo, á tus objeciones: á la

respuesta que he dado puedo añadir otros raciocinios que la harian mas larga ; pero no mas eficaz y convincente.

Sad. He oido tus reflexîones con no menor placer que atencion ; y sin faltar á esta , al mismo tiempo que pensativo te oia , he llamado tal vez en el fondo de mi conciencia á juicio momentáneo las razones que mas la herian : mas siempre he quedado inerte entre la admiracion , mi repugnancia á creer la verdad que probabas , y mi incapacidad para poder replicar contra la eficacia y evidencia de tus pruebas. En estos momentáneos éxtasis de mi mente tal vez he visto un relámpago de nueva luz que la iluminaba para conocer mejor y entender mas claramente lo que decîas; mas luego obscuro manto de tinieblas densas la cubria al ofrecérseme la siguiente reflexîon. Si lo que oigo fué tan cierto en su orígen y en el hecho , como aparece serlo en la narracion : ¿cómo es posible que su verdad no fuese conocida y abrazada aun de los mismos adversarios de Jesuchristo?

Christ. No pases adelante con el discurso que ha inundado de tinieblas tu mente : permite que te le interrumpa , porque preveo que él , sacándote del asunto propuesto , te precipita ó lleva á otro , cuyo exámen prolixo no podemos hacer sin introducir un nuevo artículo en la causa que disputamos ó litigamos. Tú me quieres decir que no sabes concebir en la malicia humana capacidad para contradecir á la realidad de los milagros verdaderos que se suelen llamar las obras mas luminosas del poder divino. Tanta ignorancia no la creeria yo posible en un Saduceo: con ella muestras claramente que has abrazado una secta sin conocer el carácter de sus insignes profesores. Estos , que hoy ocultan su secta con el nombre de sana filosofia , con sus obras te darán pruebas prác-

prácticas y evidentes de la capacidad que tú no descubres en la malicia humana. Díme: ¿el derecho natural es voz ménos clara de la divinidad , que los milagros? Ciertamente no lo es ; porque no hay milagro que demuestre el poder divino mas claramente , que el derecho natural demuestra no deberse tener la mentira conocida por verdad , ni la maldad por bondad. No obstante , en las cortes soberanas (teatro y escuela comun, en que á despecho de la mayor inocencia entronizada , suele triunfar la doctrina de los saduceos) hallarás muchas veces tenerse por verdad la falsedad mas notoria , y premiarse por bondad la mas iniqua y manifiesta maldad. Los fariseos y saduceos antiguos eran hombres, como lo son los saduceos modernos: la diferencia está solamente en los objetos : lo que aquellos hiciéron resistiendo á la certidumbre de los milagros , estos hacen rebelándose , y contradiciendo á la eficacia y á la evidencia de la razon y del derecho natural. Baste esta breve reflexîon para responder á tu dificultad , que no pertenece directamente al presente asunto ; sobre el qual concluyo diciéndote: Tus objeciones y mis respuestas se han propuesto con todo rigor dialéctico y legal ; por lo que , como filósofo, ó como jurisconsulto , debes dar la sentencia segun la razon imparcial.

Sad. A cada reflexîon mas y mas me estrechas: tus razones me oprimen , y me quitan la libertad racional de impugnarlas : ellas casi esclavizan mi voluntad ; pero no la mueven. Por último esfuerzo te haré una confesion , que aunque por razon juzgo necesaria , me cuesta mucho : casi no tengo libertad para hacerla. Conozco y te confieso , que si en la sociedad mas humana , mas sabia y mas bien formada , se estableciera un tribunal de sus mejores jurisconsultos, y en él apareciéramos con la causa judicial que hemos

mos tratado, no dudo que su decision seria á tu favor. A esta confesion debo añadir, que no obstante este conocimiento, no sé resolverme á creer un hecho que no he creido jamas, y que la mayor parte de los hombres no cree. Esta es mi resolucion; y esta es mi última palabra.

Christ. En los asuntos graves que importan sumamente al hombre, y se sujetan al exámen y criterio de la razon, respecto de esta es un cero toda la autoridad humana. Quando se trata de razon manifiesta, el mayor ó menor número de los que le contradicen, nada hace para darle ó quitarle fuerza. Séneca en su doctrina ética pensó contra toda la práctica del romano imperio, en que se comprehendia la mitad de las naciones conocidas en su tiempo: no obstante de ser Séneca un hombre solo, y constar de quatrocientos diez millones de personas el imperio romano, la razon decidirá siempre contra la práctica de este, y á favor de la doctrina de Séneca. El argumento de la pluridad de hombres para autorizar un dogma, es propio de quien nació para obrar sin pensar: el argumento de la razon es propio de los pensadores. Á estos es libre el exâminar ó no un dogma para hallar su verdad ó falsedad; pero despues de haberle exâminado, y de haber descubierto, por exemplo, la verdad, no les es libre el no abrazarla. El hombre que resiste á la razon, obra como si no la tuviese. Confiesas que la duda propuesta en todo tribunal segun razon y prudencia se decidiria á mi favor: luego ó debes confesarla; ó debes reconocerte insensible á la eficacia de la razon. No pidas mayor número de pruebas ó razones; supon que no las hay: y en esta suposicion, siendo el asunto de la mayor importancia, debes determinarte segun la razon dicta.

No

No sin compasion oygo tu modo de pensar comun á los que profesan tu secta saducea. El desprecio habitual en que viven de la religion revelada, y de todo derecho natural, los ciega y abisma en la incredulidad; por lo que siendo muy racionales para tratar los negocios mundanos, se muestran insensibles á la razon en los religiosos. He aquí una contradiccion, cuya exîstencia especulativamente se creeria imposible: ella no puede ser efecto de racionalidad, sino de una oculta y sabia providencia que anuncia el castigo cierto á la iniquidad. Este lenguage no le quieren entender los de tu secta saducea; pero solamente con él se descubren el orígen y el fundamento de la exîstencia de tan manifiesta contradiccion.

Concluyo, Saduceo, mi discurso, suplicándote que en los momentos que en el mas silencioso retiro debes consagrar á la meditacion importantísima de tí mismo, tengas presentes las reflexîones hechas; las consideres, y des á sus razones el peso que tienen. La iluminacion del entendimiento para conocer la verdad, es el único medio que la naturaleza racional y libre adelanta y tiene para obligar á abrazarla. Como racional estás obligado á abrazar la verdad que sabes no poder impugnar. El dogma propuesto y probado de la resurreccion de Jesuchristo, no dexa al hombre libertad para mantenerse en la indiferencia: es necesario que le abomine como falso, ó le crea como verdadero. Despliega pues, Saduceo, de tu mente su balanza, en que poniendo de una parte las pruebas de la falsedad de dicho dogma, y de otra parte las pruebas de su verdad, su fiel te diga claramente, y te haga ver quales son las mas pesadas; y ácia donde el fiel inclina, tú sin libertad debes inclinarte. Lo que dicta la razon es precepto del derecho natural; eco del infalible orâculo del supremo Hacedor: la ra-

zon

zon es sombra que en el hombre exîste de la divinidad, y de su absoluto poder.

Conclusion.

He expuesto el dogma de la resurreccion universal de los hombres segun la tradicion profana: la opinion de algunos filósofos: las escrituras santas, y la razon; y le he confirmado con el práctico exemplo de la gloriosa resurreccion de nuestro divino Salvador. En las pruebas que en favor del dogma ha subministrado la razon natural, se ha insinuado, y aun dado clara idea del estado de la futura vida de los hombres. De este estado que abraza las duraciones de todos los tiempos, y de la incomprehensible eternidad, parece que se debia tratar muy particularmente en la historia del hombre. Pero ¡quán larga deberia ser esta si me empeñára en tratar tal asunto segun su importancia, duracion, circunstancias de premios y castigos, y demas relaciones! Con los asuntos grandes se usa la particularidad, ó de solamente indicarlos, ó de tratarlos difusamente como merecen; porque ó basta nombrarlos para excitar en la mente humana la idea maravillosa que les corresponde; ó si esto no basta, es necesario despertarla con todas las pruebas que su naturaleza y circunstancias piden. Esta historia, por el método hasta aquí observado, no permite la difusion que corresponde al tratado en que se expusiera, como merece, el estado de la vida futura de los hombres: por tanto, bastará indicarlo.

El hombre que salió de la nada, no por sí mismo, sino por voluntad y accion del poder divino, por virtud de este mismo exîstirá eternamente sin volver á ella. Esta ha sido siempre y es la persuasion universal de todas las naciones, conviniendo en ella no ménos nos

nos las religiones falsas que verdaderas en todos tiempos. Escribo para el sabio y para el idiota: este no debe dudar de lo que dan por cierto todos los sabios; y estos saben que todas las naciones antiguas y modernas convienen en la exîstencia eterna del espíritu humano. Saben asimismo que todas las naciones en la exîstencia eterna de los espíritus humanos reconocen la que llaman vida futura, feliz ó infeliz, segun sus obras en la vida temporal. Esta creencia ha sido y es persuasion de todo el linage humano (1), y fundamento de toda religion: fundamento que en vano han pretendido contrastar la temeridad y el descaro de algunos hombres sin razon y sin autoridad. Lo que todas las naciones antiguas han creido sobre dichos dogmas, creen todas las modernas, y dicta la razon. Quien pien-

(1) En los tratados de ética, y particularmente en los apologéticos, no solamente de la religion revelada, sino tambien de la natural, se trata largamente del estado de la vida futura de los hombres. Remito el lector á estas obras citadas en el libro IV. Véanse tambien: *de futuro impiorum statu libri tres, authore Jo. Vincentio Patuzzi, Ord. Præd.* Venet, 1748. 4. En esta obra, cuyo objeto es tratar del futuro estado de los impios, se trata tambien del estado futuro de los buenos, segun muchas sectas. *De generis humani consensu in agnoscenda divinitate ab Aloysio Brenna, Soc. J.* Florentiæ, 1773. 4. vol. 2. De la idea que las naciones han tenido y tienen de los atributos divinos, se infiere la del estado futuro de los hombres. De la idea que del estado futuro tenian los hebreos ántes de su cautividad, se trata en la obra: *Casti Innocentis Ansaldi, Ord. Præd. de futuro sæculo ab hebræis ante captivitatem cognito commentarius.* Mediolani, 1748. 8.

piensa de otra manera, piensa contra esta, y contra la autoridad de todo el linage humano. Muchos hombres se pueden engañar; pero no todos: lo que dicen todos los hombres, es verdad que les inspira su naturaleza, porque esta habla por boca de todos sus individuos.

FIN DEL TOMO SÉPTIMO.

FE DE ERRATAS.

Página.	*Línea.*	*Dice.*	*Léase.*
5....	14....	desembolsarse.....	desenvolverse.
6....	18....	sublimemente.....	sensiblemente.
10....	últim..	su palabra.....	sus palabras.
13....	9....	ha.....	han.
24....	10....	En el etiopítico, *ptach* significa viejo-el, de donde proviene *agurator*.....	En el epirótico, *ptach* significa viejo, *plechenia*, senado. En la lengua cántabra *aguri-a* significa viejo-el, de donde proviene *aguratu*.
29....	3....	en.....	en el.
36....	28....	ménos.....	no ménos.
56....	7....	si se.....	sí.
58....	8....	si se.....	sí.
67....	16....	avena.....	arena.
78....	1....	que es.....	que.
82....	11....	debió.....	bebió.
86....	30....	aprisionando.....	apisonando.
106....	.....	estan equivocados los números de las notas.....	
124....	15....	rarísimas.....	muchísimas.
135....	7....	que.....	que no.
184....	26..	tomo 3.º.....	libro V.
185....	31..		
225....	22....	siete millones y doscientos...	setecientos y veinte.
231....	27....	997.....	957.
317....	23....	teniendo.....	temiendo.
389....	29....	qual.....	qual se.
406....	1....	con lo.....	lo.
409....	26....	evangelistas.....	evangelios.
410....	33....	poner.....	á poner.
416....	14....	aparicion.....	desaparicion.
421....	12....	Veda.....	Beda.
466....	7....	por.....	en.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta antes de la última fecha abajo indicada.

AE4
H45
v.7

132850

AUTOR
HERVAS Y PANDURO, Lorenzo

TITULO
Historia de la vida del hombre

FECHA DE VENCIMIENTO	NOMBRE DEL LECTOR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS